

LEIGH BARDUGO

THE DREGS

#1 NEW YORK TIMES—BESTSELLING AUTHOR

LEIGH BARDUGO

CROOKED KINGDOM

WHEN YOU CAN'T BEAT THE ODDS,
CHANGE THE GAME.

CROOKED KINGDOM

LEIGH BARDUGO

THE DREGS

CROOKED KINGDOM

THE DREGS 2

LEIGH BARDUGO



SINOPSIS

Kaz Brekker y su equipo acaban de ejecutar un golpe tan atrevido que ni siquiera ellos creyeron sobrevivir. Pero en lugar de obtener una enorme recompensa, vuelven a luchar por sus vidas. Traicionados y mutilados por el secuestro de un valioso miembro de su equipo, el grupo está escaso de recursos, alianzas y esperanza.

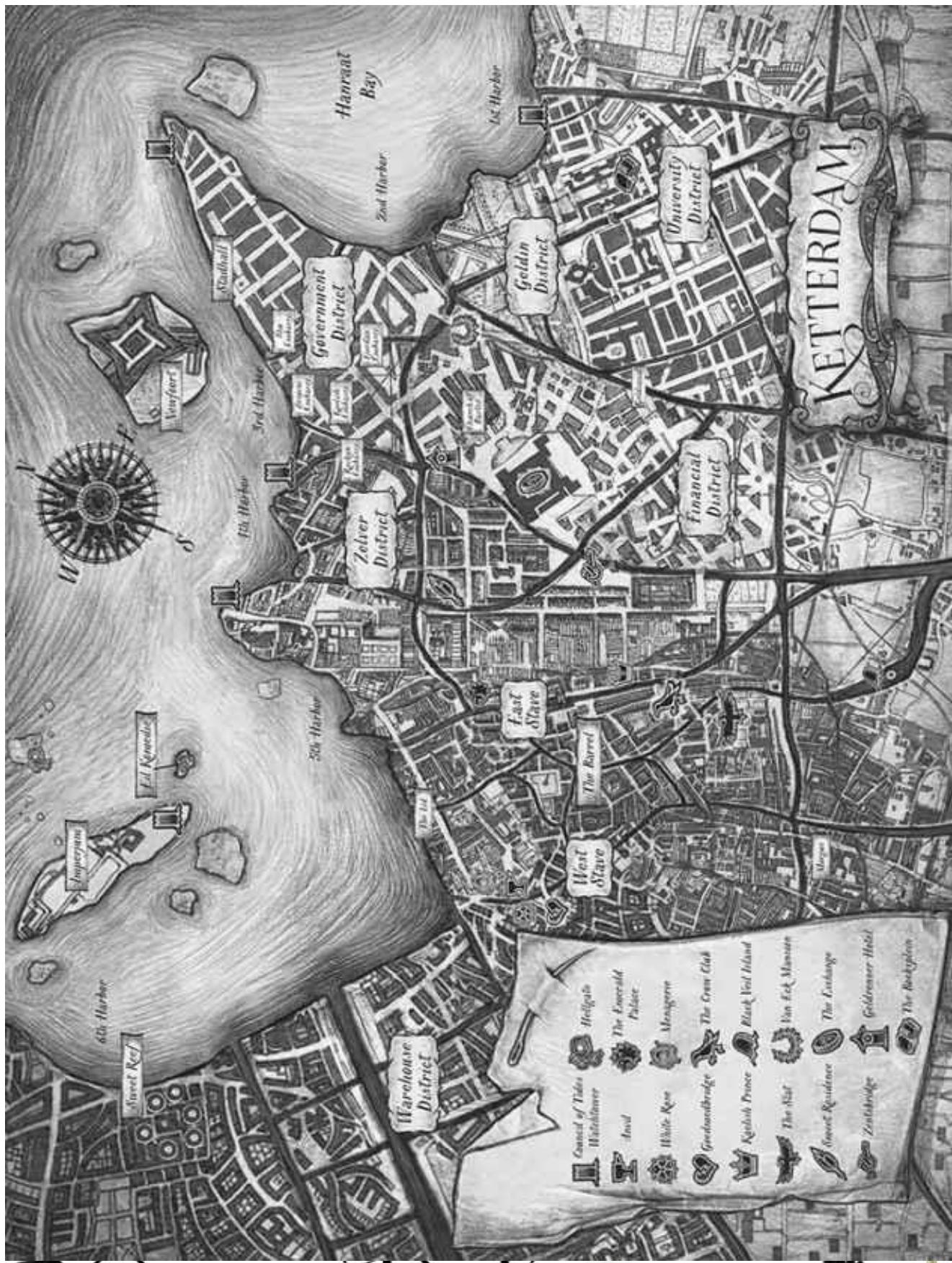
Mientras fuerzas poderosas alrededor del mundo descienden sobre Ketterdam para desenterrar los secretos de la poderosa droga conocida como *jurda parem*, viejos rivales y nuevos enemigos emergen para desafiar la astucia de Kaz y probar las frágiles lealtades del equipo. Una guerra se librará en las calles oscuras y retorcidas de la ciudad... una batalla por la venganza y redención que decidirá el destino de la magia en el mundo Grisha.





CROOKED KINGDOM





CROOKED KINGDOM

LOS GRISHA

SOLDADOS DEL SEGUNDO EJÉRCITO
MAESTROS DE LA PEQUEÑA CIENCIA

CORPORALKI

(LA ORDEN DE LOS VIVOS Y MUERTOS)

Cardios

Sanadores

ETHEREALKI

(LA ORDEN DE INVOCADORES)

Impulsores

Infernos

Mareomotores

MATERIALKI

(LA ORDEN DE FABRICADORES)

Durasts

Alquimios

CROOKED KINGDOM



LEIGH BARDUGO

THE DREGS

PARTE UNO

MALDITO





Traducido por Azhreik

Retvenko se reclinó contra la barra y metió la nariz en su sucio vaso. El whisky había fallado en calentarla. Nada podía calentarte en esta ciudad maldita, abandonada por los Santos. Y no había forma de escapar al olor, la atragantadora mezcla de agua de cloaca, almejas y piedras húmedas que parecía haberse filtrado en sus poros como si se hubiera estado impregnando en la esencia de la ciudad como la peor taza de té del mundo.

Era más notable en el Barril, incluso más en un basurero miserable como este... una taberna achaparrada acuñada en el piso inferior de uno de los edificios de departamentos más sucios de los barrios bajos, su techo estaba vencido por el clima y la construcción chapucera, sus vigas ennegrecidas por el hollín de una chimenea que había dejado de funcionar hacia mucho, el conducto tapado por escombros. El suelo estaba cubierto de aserrín para absorber cerveza derramada, vómito y cualquier otra cosa de la que los dueños del bar perdían el control. Retvenko se preguntó hace cuanto que las tablas habían sido limpiadas. Enterró la nariz más profundamente en el vaso, inhalando el dulce perfume del whisky fuerte. Hizo que los ojos se le aguaran.

—Se supone que lo bebas, no lo inhales por la nariz —dijo el camarero con una risa.

Retvenko bajó su vaso y miró al hombre borroso. Tenía un cuello ancho y pecho de barril, un verdadero matón. Retvenko lo había visto arrojar a más de un cliente alborotador a la calle, pero era difícil tomárselo en serio vestido con la absurda moda favorecida por los jóvenes del Barril: una camisa rosa con mangas que parecían a punto de desgarrarse sobre los enormes bíceps, un chaleco chillón a cuadros rojos y naranjas. Lucía como un cangrejo de concha suave acicalado.



—Dime —dijo Retvenko. Su kerch no era bueno para empezar, y era peor después de unos cuantos tragos—. ¿Por qué ciudad huele tan mal? ¿Cómo sopa vieja? ¿Como lavadero lleno de platos?

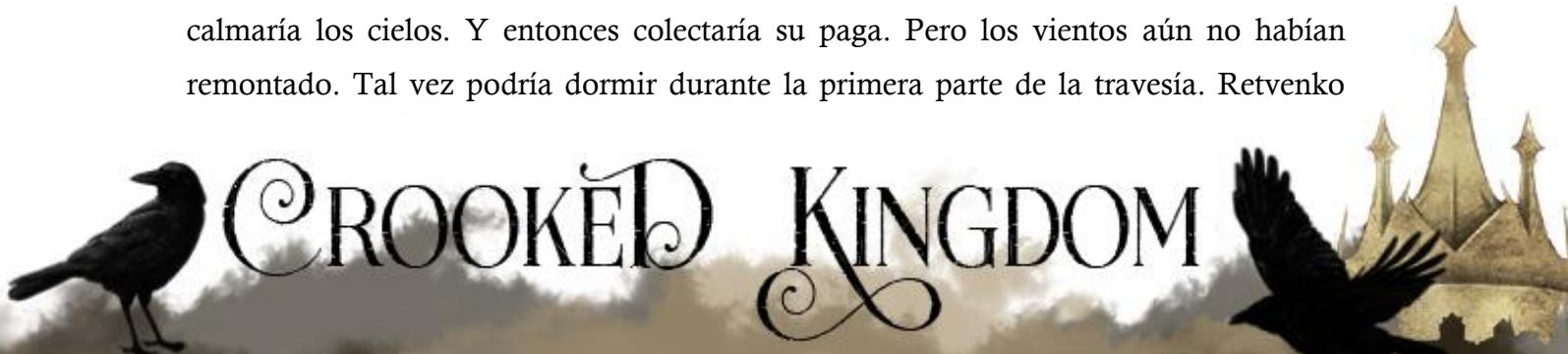
El cantinero se rio. —Es solo Ketterdam. Te acostumbras.

Retvenko agitó la cabeza. No deseaba acostumbrarse a esta ciudad o su peste. Su trabajo con el Concejal Hoede había sido soso, pero al menos sus habitaciones habían estado secas y cálidas. Como un atesorado Grisha con contrato vinculante, Retvenko había sido mantenido cómodo, con la panza llena. Había maldecido a Hoede en ese tiempo, aburrido con su trabajo pastoreando los costosos envíos de cargamento del mercader a través del mar, resintiendo los términos de su contrato, el trato tonto que había hecho para salir de Ravka después de la guerra civil. ¿Pero ahora? Ahora no podía evitar pensar en el taller Grisha en casa de Hoede, el fuego ardiendo felizmente en la chimenea, pan café servido con trozos de mantequilla y gruesos cortes de jamón. Después que Hoede había muerto, el Consejo Mercante de Kerch había permitido a Retvenko encargarse de travesías marítimas para pagar su deuda y librarse del contrato vinculante. La paga era terrible, pero ¿qué otras opciones tenía? Era un Grisha Impulsor en una ciudad hostil, sin habilidades más que los dones con los que había nacido.

—¿Otra? —preguntó el cantinero, haciendo gestos al vaso vacío de Retvenko.

Retvenko vaciló. No debería desperdiciar su dinero. Si era listo con sus peniques, solo necesitaría rentarse para una travesía más, tal vez dos, y tendría suficiente dinero para saldar su contrato y comprarse un boleto a Ravka en un camarote de tercera clase. Eso era todo lo que necesitaba.

Debía estar en los muelles en menos de una hora. Se habían predicho tormentas, así que la tripulación dependería de Retvenko para que dominara las corrientes de aire y guiara la nave tranquilamente a cualquier puerto que necesitaran que llegara. No sabía dónde y no le importaba. El capitán diría las coordenadas; Retvenko llenaría las velas o calmaría los cielos. Y entonces colectaría su paga. Pero los vientos aún no habían remontado. Tal vez podría dormir durante la primera parte de la travesía. Retvenko



golpeteó la barra y asintió. ¿Qué iba a hacer un hombre? Merecía algo de comodidad en este mundo.

—No soy un chico recadero —murmuró.

—¿Qué dijiste? —preguntó el cantinero mientras servía otra bebida.

Retvenko agitó la mano con desdén. Esta persona, este patán común, nunca podría entender. Él trabajaba incansablemente en las tinieblas. ¿Esperando qué? ¿Una moneda extra en su bolsillo? ¿Una mirada cálida de una chica bonita? Él no sabía nada de la gloria en la batalla, lo que era ser reverenciado.

—¿Ravkano?

A través del borrón confuso que el whisky había creado, Retvenko se puso alerta.
—¿Por qué?

—No hay razón. Solo suenas ravkano.

Retvenko se conminó a relajarse. Montones de ravkanos atravesaban Ketterdam buscando trabajo. No había nada en él que dijera Grisha. Su cobardía lo llenó de disgusto... hacia sí mismo, el cantinero, esta ciudad.

Deseaba sentarse y disfrutar su bebida. No había nadie en el bar que pudiera atacarlo, y a pesar de los músculos del cantinero, Retvenko sabía que podía encargarse de él con facilidad. Pero cuando eras Grisha, incluso quedarte quieto podía significar coquetear con el peligro. Recientemente, había más rumores de desapariciones en Ketterdam: Grisha desvaneciéndose de las calles o sus hogares, probablemente atrapados por esclavistas y vendidos al mayor postor. Retvenko no permitiría que eso le sucediera a él, no cuando estaba tan cerca de comprar su boleto de regreso a Ravka.

Se tragó su whisky, azotó una moneda en el mostrador y se levantó del taburete. No dejó propina. Un hombre podía trabajar para vivir.

Retvenko se sintió un poco tambaleante cuando se dirigió afuera, y la peste húmeda del aire no ayudó. Agachó la cabeza y puso rumbo hacia el Cuarto Puerto,



dejando que la caminata aclarara su mente. *Dos travesías más*, se repitió a sí mismo, unas cuantas semanas más en el mar, unos cuantos meses más en esta ciudad. Encontraría una forma para hacerlo soportable. Se preguntaba si alguno de sus viejos amigos podría estar esperándolo en Ravka. Se decía que el joven rey estaba otorgando indultos como dulces de a centavo, ansioso de reconstruir el Segundo Ejército, la milicia Grisha que había sido diezmada por la guerra.

—Solo dos viajes más —le dijo a nadie, pisoteando con las botas contra la humedad del muelle. ¿Cómo podía hacer tanto frío y humedad tan avanzado el año? Vivir en esta ciudad era como estar atrapado en el sobaco frío de un gigante congelado. Pasó por *Grafcanal*, estremeciéndose cuando captó un vistazo de la isla Velo Negro, metida en el recodo del agua. Ahí era donde los kerch ricos una vez habían enterrado a sus muertos, en pequeñas casas de piedra sobre el nivel del agua. Algún truco del clima mantenía la isla envuelta en nieblas cambiantes, y había rumores de que el lugar estaba embrujado. Retvenko apresuró sus pasos. No era un hombre supersticioso (cuando tenías un poder como el suyo, no había razón para temer a lo que podía merodear en las sombras) pero ¿a quién le gustaba pasar junto a un cementerio?

Se arrebujo más en su abrigo y recorrió rápidamente *Havenstraat*, manteniéndose alerta a los movimientos en cada callejón retorcido. Pronto estaría de vuelta en Ravka, donde podría recorrer las calles sin miedo. Asumiendo que obtuviera su indulto.

Retvenko se removió incómodo en su abrigo. La Guerra había enfrentado a Grisha contra Grisha, y su bando había sido particularmente brutal. Él había asesinado a antiguos camaradas, civiles, incluso niños. Pero lo que estaba hecho no podía deshacerse. El rey Nikolai necesitaba soldados, y Retvenko era un muy buen soldado.

Retvenko asintió una vez al guardia metido en la pequeña caseta en la entrada del Cuarto Puerto y miró por encima de su hombro, confirmando que no lo habían seguido. Avanzó más allá de los contenedores de carga a los muelles, encontró el amarradero apropiado y se puso en fila para registrarse con el primer oficial. Retvenko lo reconoció de travesías anteriores, siempre agobiado y de mal humor, un cuello esquelético asomaba del cuello de su abrigo. Sostenía un grueso fajo de documentos, y



Retvenko atisbió el sello púrpura de cera de uno de los miembros del Consejo Mercante de Kerch. Esos sellos eran mejor que oro en esta ciudad, garantizaban los mejores amarraderos en el puerto y acceso preferencial a los muelles. Y ¿por qué los concejales obtenían semejante respeto, semejante ventaja? Debido al dinero. Porque sus misiones traían ganancias a Ketterdam. El poder significaba algo más en Ravka, donde los elementos se inclinaban ante la voluntad de los Grisha y el país estaba regido por un rey adecuado en lugar de una catedra de mercaderes advenedizos. Claro, Retvenko había intentado deponer al padre de ese rey, pero el argumento seguía siendo válido.

—Aún no estamos listos para el resto de la tripulación —dijo el primer oficial cuando Retvenko dio su nombre—. Puedes permanecer caliente en la oficina del supervisor de puerto. Estamos esperando nuestra señal del Consejo de Mareas.

—Bien por ustedes —dijo Retvenko, sin impresionarse. Miró hacia una de las negras torres como obelisco que se alzaban por encima del puerto. Si había alguna posibilidad de que el grandioso Consejo de Mareas pudiera verlo desde su atalaya, les habría dejado saber exactamente lo que pensaba con unos cuantos gestos variados. Supuestamente eran Grisha, pero ¿ellos alguna vez habían levantado un dedo para ayudar a los otros Grisha en la ciudad? ¿Para ayudar a aquellos con mala suerte que podrían haber agradecido un poco de amabilidad?—. No, no lo han hecho —se respondió a sí mismo.

El primer oficial hizo una mueca. —*Caramba*, Retvenko. ¿Has estado bebiendo?

—No.

—Apestas a whisky.

Retvenko bufó. —Un poquitín de whisky.

—Solo ponte sobrio. Consíguete algo de café o *jurda* fuerte. Este algodón tiene que estar en Djerholm en dos semanas, y no te estamos pagando para que estés de resaca bajo cubierta. ¿Entendido?



—Sí, sí —dijo Retvenko con un gesto desdeñoso, ya dirigiéndose hacia la oficina del supervisor de puerto. Pero cuando estaba a unos pocos pasos de distancia, agitó la muñeca. Un diminuto torbellino atrapó los papeles que el primer oficial estaba sosteniendo, y los mandó volando por los muelles.

—¡Demonios! —gritó el hombre mientras se arrastraba sobre las tablas de madera, intentando capturar las páginas de su manifiesto antes que volaran al mar.

Retvenko sonrió con un placer sombrío, luego sintió que una oleada de tristeza se apoderaba de él. Era un gigante entre hombres, un Impulsor dotado, un gran soldado, pero aquí solo era un *empleado*, un triste viejo ravkano que hablaba kerch entrecortado y bebía demasiado. *Casa*, se dijo. *Pronto estaré en casa*. Obtendría su indulto y se probaría una vez más. Pelearía por su país. Dormiría bajo un techo que no goteara y vestiría una *kefta* azul de lana revestida con pelaje de zorro plateado. Sería Emil Retvenko de nuevo, no esta patética sombra.

—Hay café —dijo el empleado cuando Retvenko entró en la oficina del supervisor, haciendo gestos hacia una urna de cobre en la esquina.

—¿Té?

—Hay café.

Este país. Retvenko llenó una taza del brebaje oscuro, más que nada para calentarse las manos. No podía soportar el sabor, ciertamente no sin una saludable dosis de azúcar, que el supervisor había fallado en suministrar.

—El viento está soplando —dijo el empleado cuando una campana tañó afuera, sacudida por la brisa que se elevaba.

—Tengo oídos —gruñó Retvenko.

—No creo que aumente mucho aquí, pero una vez que salgas del puerto...

—Silencio —dijo Retvenko bruscamente. Se puso de pie, escuchando.

—¿Qué? —dijo el empleado—. Hay...



Retvenko se llevó un dedo a los labios. —Alguien grita. —El sonido había provenido de donde estaba anclada la nave.

—Son solo gaviotas. El sol saldrá pronto y...

Retvenko elevó una mano, y una ráfaga de aire azotó al empleado contra la pared. —Dije *silencio*.

El empleado abrió mucho la boca mientras permanecía pegado a los tablones. —¿Eres el Grisha que consiguieron para la tripulación?

Por todos los Santos, ¿Retvenko tendría que sacarle el aire de los pulmones a este chico y sofocarlo para que se callara?

A través de las ventanas mugrientas, Retvenko podía ver el cielo empezar a tornarse azul mientras el amanecer llegaba. Escuchó el trinar de las gaviotas buscando su desayuno entre las olas. Tal vez el licor estaba revolviendo su mente.

Retvenko dejó que el empleado cayera al suelo. Había derramado su café, pero no deseaba molestarlo con otra taza.

—Te dije que no era nada —dijo el empleado, mientras se ponía de pie lentamente—. No tenías que acalorarte tanto. —El empleado se sacudió y volvió a colocarse detrás del escritorio—. Nunca antes conocí a uno de ustedes. Grisha. —Retvenko bufó. El empleado probablemente sí los había conocido y sencillamente no lo sabía—. ¿Te pagan muy bien por las travesías?

—No lo bastante.

—Yo... —Pero lo que sea que el empleado estaba a punto de decir después se perdió, cuando la puerta de la oficina explotó en una granizada de astillas.

Las manos de Retvenko ascendieron para escudarse la cara. Se agachó y rodó detrás del escritorio del empleado para cubrirse. Una mujer entró en la oficina... cabello negro, ojos dorados. *Shu*.



El empleado alcanzó una pistola que Retvenko vio pegada debajo del escritorio.
—¡Han venido por la nómina! —gritó—. Nadie va a llevarse la nómina.

Retvenko observó en shock mientras el empleado desgarbado se levantaba como alguna especie de guerrero vengador y abría fuego. Por todo lo sagrado, nada podía motivar a los kerch como el efectivo.

Retvenko asomó la cabeza alrededor del escritorio a tiempo para ver que el disparo impactaba a la mujer directamente en el pecho. Ella salió despedida hacia atrás y colisionó con la jamba de la puerta, derrumbándose en el piso. Él olió la quemazón fuerte de la pólvora, el regusto metálico de la sangre. La barriga de Retvenko dio un retortijón de vergüenza. Había pasado mucho tiempo desde que había visto que le disparaban a alguien enfrente de él... y eso había sido en tiempo de guerra.

—Nadie va a llevarse la nómina —repitió el empleado con satisfacción.

Pero antes que Retvenko pudiera replicar, la mujer shu envolvió el marco de la puerta con su mano ensangrentada, impulsándose para ponerse de pie.

Retvenko parpadeó. ¿Exactamente cuánto whisky había tomado?

La mujer avanzó. A través de los restos de su blusa destrozada, Retvenko vio sangre, carne socavada con un perdigón, y el brillo de lo que lucía como metal.

El empleado tanteó para recargar, pero la mujer fue demasiado rápida. Ella le quitó el arma de las manos y lo golpeó con ésta, derribándolo de costado con una fuerza terrible. Arrojó el arma a un lado y giró sus ojos dorados hacia Retvenko.

—¡Llévate la nómina! —gritó Retvenko, trastabillando hacia atrás. Escarbó en sus bolsillos y arrojó su billetera casi vacía hacia ella—. Llévate lo que quieras.

La mujer sonrió ligeramente ante eso.... ¿con lástima? ¿diversión? Retvenko no sabía. Pero entendió que ella no había venido por el dinero en absoluto. Ella había venido por él. Y no importaba si era una esclavista o una mercenaria o algo completamente diferente. Se enfrentaría a un soldado, no a un debilucho acobardado.



Él se puso de pie de un salto, los músculos respondieron relutantes a sus demandas, y se acomodó en una postura de lucha. Sus brazos se arquearon hacia delante. Un viento aullante atravesó la habitación, arrojando una silla, luego el escritorio del empleado, luego la urna de café caliente hacia la mujer. Ella bateó cada objeto con poco interés, como si estuviera apartando telarañas sueltas.

Retvenko enfocó su poder y empujó ambas manos hacia delante, sintiendo que los oídos le pitaban cuando la presión bajó y el viento se inflamó en un yunque cumuliforme creciente. Tal vez esta mujer no podía ser detenida por balas. Veríamos cómo se enfrentaba contra la furia de una tormenta.

La mujer gruñó cuando el vendaval la alcanzó, arrojándola hacia atrás por el umbral despejado. Se aferró a la jamba, intentando mantenerse agarrada.

Retvenko se rio. Había olvidado lo bien que se sentía luchar. Luego, detrás de él, escuchó un crujido alto, el grito de clavos liberándose y desgarrando madera. Miró sobre su hombro y captó el más breve vistazo del cielo del amanecer, el muelle. La pared había desaparecido.

Unos fuertes brazos lo sujetaron, aferrando sus manos a los costados, previniendo que utilizara su poder. Se estaba elevando, navegando hacia arriba, el puerto se encogía debajo de él. Vio el techo de la oficina del supervisor, el cuerpo del primer oficial en un montón sobre el muelle, la nave en la que Retvenko debía haber zarpado... su amarradero era un desastre de tablas rotas, cuerpos apilados cerca de los mástiles destrozados. Sus atacantes habían estado allí primero.

El aire era frío en su cara. Su corazón palpitaba a un ritmo desigual en sus oídos.

—Por favor —rogó mientras se elevaban más, inseguro de qué estaba suplicando. Temeroso de moverse demasiado repentinamente o demasiado, dobló el cuello para mirar a su captor. Retvenko lanzó un gemido aterrorizado, en algún lugar entre un sollozo y el quejido de miedo de un animal atrapado en una trampa.

El hombre que lo sostenía era shu, su cabello negro estaba atado en un molote apretado, sus ojos dorados se entrecerraban contra la ráfaga de viento... y de su espalda



emergían dos vastas alas que se agitaban contra el cielo, con bisagras, forjadas grácilmente en una filigrana de círculos de plata y lona tirante. ¿Era un ángel? ¿Un demonio? ¿Alguna cosa mecánica extraña venida a la vida? ¿Retvenko sencillamente había perdido la cabeza?

En los brazos de su captor, Emil Retvenko vio la sombra que proyectaban sobre la superficie resplandeciente del mar, muy por debajo: dos cabezas, dos alas, cuatro piernas. Él se había convertido en una gran bestia y, aun así, esa bestia lo devoraría. Sus oraciones se tornaron en gritos, pero ninguno de los dos obtuvo respuesta.





Traducido por Azhreik

¿Qué estoy haciendo aquí?

Ese pensamiento había atravesado la cabeza de Wylan al menos seis veces al día desde que había conocido a Kaz Brekker. Pero en una noche como esta, una noche cuando estaban «trabajando», el pensamiento se elevaba y caía en su cabeza como un tenor nervioso que practicaba sus notas.

Quéestoyhaciendoaquíquéestoyhaciendoaquíquéestoyhaciendoaquí.

Wylan dio un tirón al dobladillo de su chaqueta azul cielo, el uniforme utilizado por los meseros en el club Cúmulo, e intentó lucir tranquilo. *Piensa en esto como una cena de gala*, se dijo a sí mismo. Había soportado incontables comidas incómodas en casa de su padre. Esto no era diferente. De hecho, era más fácil. Nada de conversaciones incómodas sobre sus estudios o cuándo planeaba empezar clases en la Universidad. Todo lo que tenía que hacer era permanecer callado, seguir las instrucciones de Kaz, y descubrir qué hacer con sus manos. ¿Unirlas al frente? Demasiado como un cantante en un recital. ¿Atrás? Demasiado militar. Intentó solo dejarlas colgando a los costados, pero eso tampoco se sentía correcto. ¿Por qué no había prestado más atención a la forma en que se paraban los camareros? A pesar de las garantías de Kaz de que el salón del segundo piso era suyo durante la noche, Wylan se sentía seguro que en cualquier momento un miembro real del personal entraría en la habitación, lo señalaría y gritaría: —¡Impostor! —Pero bueno, Wylan se sentía como un impostor la mayoría de los días.

Había pasado menos de una semana desde que habían llegado a Ketterdam, casi un mes desde que habían salido de Djerholm. Wylan había estado luciendo los rasgos



de Kuwei durante la mayor parte de ese tiempo, pero cuando captaba un vistazo de su reflejo en un espejo o un escaparate, tardaba un largo momento en darse cuenta que no estaba mirando a un desconocido. Esta era su cara ahora... ojos dorados, frente amplia, cabello negro. Su viejo ser había sido borrado, y Wylan no estaba seguro de conocer a la persona que quedaba... la persona que estaba parada en un salón privado en uno de los sitios de apuestas más lujosos de la Tapa, atrapado en otra de las maquinaciones de Kaz Brekker.

Un jugador en la mesa levantó su copa de champán para que se la llenaran, y Wylan se lanzó desde su lugar contra la pared. Las manos le temblaron cuando tomó la botella del balde plateado de hielo, pero existían algunos beneficios de los años que había pasado en las funciones sociales de su padre. Al menos sabía cómo servir un apropiado vaso de champán sin que hiciera espuma. Wylan casi podía escuchar la voz burlona de Jesper. *Habilidades útiles, mercito.*

Se atrevió a echar una mirada a Jesper ahora. El pistolero estaba sentado ante la mesa, encorvado sobre sus cartas. Vestía un maltratado chaleco azul marino con pequeñas estrellas doradas, y su camiseta arrugada brillaba blanca contra su piel café oscuro. Jesper se frotó una mano cansada sobre el rostro. Habían estado jugando cartas durante más de dos horas. Wylan no podía decir si la fatiga de Jesper era real o parte del acto.

Wylan llenó otra copa, enfocándose en las instrucciones de Kaz.

—Solo toma las órdenes de los jugadores y mantén un oído en la conversación de Smeet —había dicho—. Es un trabajo, Wylan. Hazlo.

¿Por qué todos lo llamaban trabajo? No se sentía como trabajar. Se sentía como perder un escalón y repentinamente encontrarte cayendo. Se sentía como pánico. Así que Wylan tomó nota de los detalles de la habitación: un truco que había utilizado con frecuencia para tranquilizarse cuando llegaba a algún lugar nuevo o cuando su padre estaba de un humor particularmente desagradable. Tomó inventario del patrón de los brotes estelares que se entrelazaban y formaban el pulido piso de madera, los nudos en forma de concha de los candelabros de gas, el papel tapiz de seda cobalto decorado con



nubes plateadas. No había ventanas que permitieran entrar luz natural. Kaz decía que ninguno de los salones de juego las tenía, porque los jefes deseaban que los jugadores perdieran la noción del tiempo.

Wylan observó a Kaz dar otra tirada a Smeet, Jesper, y los otros jugadores en la mesa redonda. Él vestía la misma chaqueta azul cielo que Wylan y sus manos estaban desnudas. Wylan tenía que esforzarse para no mirarlas fijamente. No solo era lo extraño, lo erróneo de ver a Kaz sin sus guantes, era que sus manos parecían animadas por una maquinaria secreta que Wylan no entendía. Cuando había empezado a aprender el dibujo de figuras, Wylan había estudiado ilustraciones de anatomía. Tenía un buen entendimiento de la musculatura, la forma en que los huesos y las articulaciones y ligamentos encajaban. Pero las manos de Kaz se movían como si hubieran sido hechas para el único propósito de manipular cartas, largos dedos blancos flexionándose en un ritmo fácil, el barajeo preciso, cada giro suelto. Kaz había proclamado que podía controlar cualquier baraja. Así que ¿por qué Jesper estaba perdiendo tan terriblemente?

Cuando Kaz había descrito esta parte del plan en el escondite en Velo Negro, Wylan había estado incrédulo, y por una vez, él no había sido el único con preguntas.

—Déjame entender bien esto —había dicho Nina—. Tu gran estrategia es dar a Jesper una línea de crédito y hacerlo jugar cartas con Cornelis Smeet?

—A Smeet le gustan las apuestas altas en el Tres Hombres Zarza y las rubias —dijo Kaz—. Así que vamos a darle ambas. Yo me encargaré de la primera mitad de la noche, luego Specht me relevará.

Wylan no conocía bien a Specht. Era un antiguo miembro de la Marina, un miembro de los Indeseables que había pilotado su barco hacia y desde la Corte de Hielo. Si Wylan era honesto, entre la mandíbula canosa y los tatuajes que cubrían la mitad del cuello de Specht, encontraba al marino ligeramente aterrador. Pero incluso Specht había parecido preocupado cuando dijo: —Puedo manejar cartas, Kaz, pero no puedo controlar una baraja.



—No tienes que hacerlo. Desde el momento que te sientes, será un juego honesto. Lo importante es mantener a Smeet en las mesas hasta la media noche. El cambio de turno es cuando nos arriesgamos a perderlo. Tan pronto yo me levante, él va a empezar a pensar en pasar a otro juego o dar la noche por terminada, así que todos tienen que hacer todo lo posible para mantener su culo firmemente plantado ante esa mesa.

—Puedo manejarlo —dijo Jesper.

Nina solo había fruncido el ceño. —Seguro, y tal vez para la fase dos de este plan puedo disfrazarme como vendedora de *jurda parem*. ¿Qué podría ir mal?

Wylan no lo habría puesto exactamente de esa forma, pero coincidía. Enfáticamente. Deberían estar manteniendo alejado a Jesper de los antros de juego, no animando su amor por el riesgo. Pero Kaz no se había conmovido.

—Solo hagan su trabajo y mantengan a Smeet absolutamente entretenido hasta medianoche —había dicho—. Saben qué está en juego. —Todos lo sabían. La vida de Inej. ¿Y cómo podía Wylan discutir con eso? Sentía una punzada de culpa cada vez que pensaba en ello. Van Eck había dicho que les daría siete días para entregar a Kuwei Yul-Bo... luego empezaría a torturar a Inej. Casi se les había acabado el tiempo. Wylan sabía que él no podría haber prevenido que su padre traicionara al equipo y la raptara. Lo *sabía*, pero aun así se sentía responsable.

—¿Qué se supone que haga con Cornelis Smeet después de medianoche? —preguntó Nina.

—Intentar convencerlo para que pase la noche contigo.

—¿Qué? —había barbotado Matthias, la cara se le había enrojecido hasta las orejas.

—Él no dirá que sí.

Nina bufó. —Con un demonio que no.

—Nina... —gruñó Matthias.



—Smeet nunca hace engaños en las cartas o a su esposa —dijo Kaz—. Él es como la mitad de novatos que se pavonean por el Barril. La mayor parte del tiempo él es respetable, escrupuloso... economía estricta y media copa de vino en la cena. Pero una vez a la semana disfruta sentirse como si fuera un renegado comparando ingenios con los grandes apostadores de la Duela Este, y le gusta una bonita rubia de su brazo cuando lo hace.

Nina frunció los labios. —Si es tan moral, entonces ¿por qué quieres que intente...?

—Porque Smeet está nadando en dinero, y cualquier chica de la Duela Oeste que se respete al menos haría el esfuerzo.

—No me gusta esto —dijo Matthias.

Jesper había sonreído con su sonrisa imprudente de pistolero. —Para ser justos, Matthias, no te gustan muchas cosas.

—Mantén a Smeet en el club Cúmulo desde las ocho campanadas hasta la medianoche —dijo Kaz—. Eso son cuatro horas de juego, así que sé listo al respecto.

Nina ciertamente estaba haciendo su mayor esfuerzo, y Wylan no sabía si estar impresionado o preocupado. Ella llevaba un vestido lavanda transparente, ajustado con alguna clase de corsé que empujaba su escote hasta alturas alarmantes, y aunque había perdido peso desde su batalla con *parem*, aún había bastante de ella de donde Smeet podía agarrarse. Ella había colocado su trasero firmemente en la rodilla de él, con el brazo alrededor de su hombro, y estaba canturreando lindamente en su oído, sus manos le acariciaban el pecho y ocasionalmente se deslizaban bajo la chaqueta de él, como un Beagle buscando premios. Se detuvo solo para ordenar otras u otra botella de champán. Wylan sabía que Nina podía manejar a casi cualquier hombre y cualquier situación, pero no creía que ella debiera tener que sentarse medio desnuda en un salón de apuestas con corrientes de aire, apoltronada sobre el regazo de un abogado que la miraba lascivamente. Al menos, probablemente iba a coger un resfriado.



Jesper se retiró de la partida de nuevo y exhaló una larga y exasperada bocanada. Había estado perdiendo lentamente durante las últimas dos horas. Había mantenido sus apuestas cautas, pero ni la suerte ni Kaz parecían estar de su lado esta noche. ¿Cómo iban a mantener a Smeet en la mesa si a Jesper se le acababan los fondos? ¿Los otros jugadores con grandes apuestas serían atractivo suficiente? Había unos cuantos, en la habitación, parados cerca de las paredes, observando el juego, cada uno esperando pillar un asiento si alguien se retiraba del juego. Ninguno de ellos conocía el juego real que Kaz estaba dirigiendo.

Cuando Wylan se inclinó para llenar la copa de Nina, escuchó a Smeet murmurar: —Un juego de cartas es como un duelo. Son los pequeños cortes y rasguños los que colocan el escenario para el letal golpe final. —Miró a través de la mesa a Jesper—. Ese muchacho está sangrando sobre la mesa.

—No sé *cómo* mantienes las reglas en orden en tu cabeza —dijo Nina con una risita.

Smeet sonrió, claramente complacido. —Esto no es nada comparado con manejar un negocio.

—Tampoco puedo imaginar cómo haces eso.

—A veces yo mismo no lo sé —dijo Smeet en un suspiro—. Ha sido una semana difícil. Uno de mis empleados nunca regresó de sus vacaciones, y eso significa que me quedé corto de personal.

Wylan casi dejó caer la botella que estaba sosteniendo: el champán salpicó en el piso.

—Estoy pagando para beberme eso, no llevarlo encima, chico —espetó Smeet. Se limpió los pantalones y murmuró—: eso es lo que se consigue de contratar extranjeros.

Se refiere a mí, se dio cuenta Wylan, mientras retrocedía apresuradamente. No sabía cómo hacerse asimilar la realidad de sus nuevos rasgos shu. Ni siquiera podía



hablar shu, un hecho que no lo había preocupado hasta que dos turistas shu con un mapa en mano lo habían abordado en la Duela Este. Wylan había entrado en pánico, hecho un elaborado gesto de encogerse de hombros, y huyó rápidamente a la entrada de los sirvientes del club Cúmulo.

—Pobre nene —dijo Nina a Smeet, pasándole los dedos por el cabello ralo y ajustando una de las flores acomodadas en sus sedosos rizos rubios. Wylan no estaba segura si ella le había dicho a Smeet que era de la Casa del Lirio Azul, pero él ciertamente lo habría asumido.

Jesper se reclinó en su asiento, sus dedos dieron golpecitos a las empuñaduras de sus revólveres. El movimiento pareció atraer la mirada de Smeet.

—Esas armas son extraordinarias. Madre perla real en las empuñaduras, si no me equivoco —dijo Smeet en el tono de un hombre que raramente se equivocaba—. Tengo una fina colección de armas de fuego, aunque nada en la línea de revólveres de repetición de los zemeníes.

—Oh, me encantaría ver tus armas —canturreó Nina, y Wylan miró al techo en un intento de evitar rodar los ojos—. ¿Vamos a sentarnos aquí toda la noche?

Wylan intentó ocultar su confusión. ¿No era todo el objetivo conseguir que se quedara? Pero aparentemente Nina lo sabía mejor, porque la cara de Smeet tomó un aspecto ligeramente testarudo. —Ahora silencio. Si gano en grande, puede que te compre algo bonito.

—Me conformaré con algunas ostras más.

—No te has terminado esas.

Wylan captó el temblor de las fosas nasales de Nina y pensó que debía estar inhalando una bocanada fortificante. No había tenido apetito desde que se había recuperado de su episodio con *parem*, y no sabía cómo había conseguido sorber casi una docena de ostras.



Ahora la observó tragarse la última con un estremecimiento. —Deliciosa — consiguió decir con una rápida mirada a Wylan—. Comamos más.

Esa era la señal. Wylan se acercó y recogió la gran bandeja cargada de hielo y conchas desechadas.

—La dama tiene antojo —dijo Smeet.

—¿Ostras, señorita? —preguntó Wylan. Su voz sonó demasiado alta—. ¿Langostinos a la mantequilla? —Demasiado baja.

—Tendrá ambos —dijo Smeet indulgente—. Y otra copa de champán.

—Maravilloso —dijo Nina, luciendo ligeramente verde.

Wylan se apresuró a cruzar la puerta batiente hacia la despensa de sirvientes. Estaba llena de platos, cristalería, servilletas y una diminuta tina llena de hielo. Un montaplatos ocupaba una gran sección de la pared más lejana, y había un tubo comunicador con forma de trompeta junto a este, para permitir al personal comunicarse con la cocina. Wylan colocó la bandeja de hielo y conchas en la mesa, luego pidió a la cocina ostras y langostinos a la mantequilla.

—Oh, y otra botella de champán.

—¿Qué cosecha?

—Eh... ¿más de la misma? —Wylan había escuchado a los amigos de su padre hablar sobre qué vinos eran buena inversión, pero no confiaba del todo en sí mismo para elegir un año.

Para cuando regresó al salón con la orden de Nina, Kaz se estaba levantando de la mesa. Hizo un gesto como si se estuviera sacudiendo las manos; la señal de que un crupier había terminado su turno. Specht se sentó, tenía un pañuelo azul de seda amarrado en la garganta para ocultar sus tatuajes. Sacudió los puños de la camisa y llamó a los jugadores para que pusieran dinero o se retiraran.

Los ojos de Kaz encontraron los de Wylan mientras se desvanecía en la despensa.



Este era el momento. De acuerdo a Kaz y Jesper, un jugador frecuentemente pensaba que su suerte estaba vinculada al repartidor y dejaría de jugar ante el cambio de turno.

Wylan observó, preocupado, mientras Smeet se estiraba y le daba al trasero de Nina una firme palmada. —Hemos tenido una buena racha —dijo, echando un vistazo a Jesper, que estaba mirando defraudado su exigua pila de fichas restantes—. Puede que encontremos juegos más sustanciosos en otra parte.

—Pero mi comida acaba de llegar. —Nina hizo un puchero.

Wylan se adelantó un paso, inseguro de qué decir, solo sabiendo que tenían que retrasar a Smeet. —¿Todo es de su gusto, señor? ¿Puedo ofrecerle algo más a usted y la dama?

Smeet lo ignoró, su mano aún estaba sobre la parte trasera de Nina. —Hay viandas más finas y mejor servicio que recibir por toda la Tapa, querida.

Un hombretón con traje a rayas se aproximó a Smeet, ansioso por adueñarse de su asiento. —¿Va a retirarse?

Smeet dio a Jesper un asentimiento amistoso. —Parece que ambos, ¿eh, muchacho? Mejor suerte la próxima vez.

Jesper no correspondió la sonrisa. —No he terminado aquí.

Smeet hizo un gesto hacia la triste pila de fichas de Jesper. —Ciertamente parece que sí.

Jesper se levantó y alcanzó sus armas. Wylan apretó la botella de champán en sus manos mientras los otros jugadores se apartaban de la mesa, listos para agarrar sus propias armas o lanzarse a cubierto. Pero todo lo que Jesper hizo fue desatarse el cinturón de armas. Suavemente, colocó los revólveres sobre la mesa, sus dedos acariciaron cuidadosamente las rugosidades de esmalte brillante.

—¿Cuánto por estas? —preguntó.



Wylan intentó atrapar la mirada de Jesper. ¿Esto era parte del plan? E incluso si lo era, ¿qué estaba pensando Jesper? Él amaba esas armas. Bien podría cortarse su propia mano y arrojarla al montón.

Specht se aclaró la garganta y dijo: —El Cúmulo no es una casa de empeños. Solo aceptamos efectivo y crédito del *Gemensbank*.

—Yo te financiaré —dijo Smeet con estudiado desinterés—, si eso hace que el juego se mueva de nuevo. ¿Mil *kruge* por las armas?

—Valen diez veces eso.

—Cinco mil *kruge*.

—Siete.

—Seis, y eso solo porque me estoy sintiendo generoso.

—¡No! —barbotó Wylan. La habitación se quedó en silencio.

La voz de Jesper fue fría. —No recuerdo pedirte consejo.

—¡Que insolencia! —dijo Smeet—. ¿Desde cuándo los meseros se involucran en el juego?

Nina fulminó a Wylan, y el tono de Specht fue de furia con incredulidad cuando dijo: —Caballeros, ¿avivamos este juego de nuevo? ¡Pongan sus apuestas!

Jesper empujó sus revólveres al otro lado de la mesa hacia Smeet, y Smeet a cambio deslizó un alto montón de fichas hacia Jesper.

—Muy bien —dijo Jesper, con ojos grises vacíos—. Reparte.

Wylan retrocedió de la mesa y desapareció en la despensa tan rápidamente como pudo. El plato de hielo y conchas había desaparecido, y Kaz estaba esperando. Se había colocado una larga capa naranja sobre su chaqueta azul. Sus guantes ya estaban de vuelta en su lugar.



—Kaz —dijo Wylan desesperadamente—. Jesper acaba de apostar sus armas.

—¿Cuánto obtuvo por ellas?

—¿Por qué eso importa? Él...

—¿Cinco mil *kruge*?

—Seis.

—Bien. Ni siquiera Jesper debería ser capaz de acabarse eso en menos de dos horas. —Lanzó a Wylan una capa y máscara, los adornos del Diablillo Gris, uno de los personajes de la *Komedie Brute*. Vamos.

—¿Yo?

—No, el idiota detrás de ti. —Kaz cogió el comunicador trompeta y dijo—: Manden a otro mesero. Este consiguió derramar champán en los zapatos de un gran apostador.

Alguien en la cocina se rio y dijo: —Muy bien.

Bajaron las escaleras y estuvieron fuera de la entrada de sirvientes apenas momentos después, sus disfraces les permitían moverse anónimamente a través de las multitudes de la Duela Este.

—Sabías que Jesper perdería. Te aseguraste de eso —acusó Wylan. Kaz raramente utilizaba su bastón cuando caminaban por partes de la ciudad donde podría ser reconocido. Pero a pesar de su andar ladeado, Wylan tuvo que trotar para seguirle el paso.

—Por supuesto que sí. Yo controlo el juego, Wylan, o no juego. Podría haberme asegurado que Jesper ganara cada mano.

—¿Entonces por qué...?

—No estábamos allí para ganar a las cartas. Necesitábamos que Smeet se quedara en las mesas. Él estaba mirando embobado esas armas casi tanto como el escote de Nina.



Ahora se está sintiendo confiado, como si estuviera a punto de tener una gran noche... si pierde, aun seguirá jugando. ¿Quién sabe? Jesper tal vez incluso vuelva a ganar sus revólveres.

—Eso espero —dijo Wylan mientras saltaba en una barca atiborrada de turistas y se dirigían al sur por el Tablón.

—Deberías.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Alguien como Jesper gana dos manos y empieza a llamarlo racha. Eventualmente pierde, y eso solo lo deja más hambriento por la próxima racha de buena suerte. La casa depende de eso.

Entonces ¿por qué hacer que entre en un salón de juego? Wylan lo pensó, pero no lo dijo. ¿Y por qué hacer a Jesper renunciar a algo que significaba tanto para él? Tenía que haber otra forma de mantener a Smeet jugando. Pero esas no eran las preguntas correctas. La pregunta real era por qué Jesper lo hacía todo sin vacilar. Tal vez aún estaba buscando la aprobación de Kaz, esperando volver a ganarse su favor después que el desliz de Jesper los hubiera conducido a una emboscada en los muelles que casi había costado la vida de Inej. O tal vez Jesper deseaba de Kaz algo más que perdón.

¿Qué estoy haciendo aquí? Wylan se preguntó de nuevo. Se encontró mordisqueándose el pulgar y se forzó a detenerse. Estaba aquí por Inej. Ella había salvado sus vidas más de una vez, y él no iba a olvidar eso. Él estaba aquí porque necesitaba desesperadamente el dinero. Y si había otra razón; una razón alta, desgarbada, con un gusto demasiado fuerte por los juegos de azar, no iba a pensar en ello ahora mismo.

Tan pronto llegaron a las afueras del Barril, Wylan y Kaz abandonaron sus capas y chaquetas azul cielo y se abrieron paso al este, en el distrito Zelver.

Matthias estaba esperándolos debajo de un umbral oscurecido en *Handelcanal*. —¿Todo despejado? —preguntó Kaz.



—Todo despejado —dijo el gran fjerdano—. Las luces se apagaron en el piso superior de la casa de Smeet hace más de una hora, pero no sé si los sirvientes están despiertos.

—Él solo tiene una doncella y una cocinera durante el día —dijo Kaz—. Es demasiado avaro para sirvientes de tiempo completo.

—¿Cómo est...?

—Nina está bien. Jesper está bien. Todos están bien excepto por mí, porque estoy atorado con una pandilla de nodrizas que se restriegan las manos de preocupación. Mantén la vigilancia.

Wylan se encogió de hombros en disculpa a Matthias, quien lucía como si estuviera considerando aplastar el cráneo de Kaz contra una pared, luego se apresuró por el empedrado detrás de Kaz. La casa de Smeet también servía como su oficina, y estaba localizada en una calle oscura con escaso tráfico peatonal. Las lámparas estaban encendidas a lo largo del canal y ardían velas en algunas de las ventanas, pero después de las diez campanadas, la mayoría de los ciudadanos respetables del vecindario ya se habían retirado a dormir.

—¿Sencillamente vamos a entrar por la puerta principal?

—Utiliza tus ojos en lugar de mover la boca —dijo Kaz, unas ganzúas ya estaban destellando en sus manos enguantadas.

Eso hago, pensó Wylan. Pero no era estrictamente verdad. Se había fijado en las proporciones de la casa, la inclinación de su techo a dos aguas, las rosas que empezaban a florecer en las jardineras de las ventanas. Pero no había mirado la casa como un acertijo. Con algo de frustración, Wylan podía admitir que era fácil de resolver. El distrito Zelver era próspero, pero no realmente rico: un lugar para artesanos exitosos, libreros y abogados. Aunque las casas estaban bien construidas y limpias, con vistas de un canal amplio, estaban apretujadas entre sí, y no había grandes jardines o muelles privados. Para acceder a las ventanas de los pisos superiores, él y Kaz tendrían que irrumpir en una casa vecina y abrir dos pares de cerraduras en lugar de uno. Mejor



arriesgarse con la puerta principal, y simplemente actuar como si tuvieran todo el derecho de estar ahí... incluso si Kaz cargaba ganzúas en lugar de llaves.

Utiliza tus ojos. Pero a Wylan no le gustaba mirar el mundo de la forma que Kaz lo hacía. Y una vez que hubieran obtenido su dinero, nunca más tendría que hacerlo.

Apenas un segundo después, Kaz presionó el pomo y la puerta se abrió. Inmediatamente, Wylan escuchó el golpetear de patas, garras sobre madera dura, bufidos bajos, cuando la jauría de sabuesos de Smeet corrió hasta la puerta, mostrando los dientes blancos, los gruñidos retumbando profundamente en sus pechos. Antes que pudieran darse cuenta que alguien aparte de su amo había venido a llamar, Kaz se metió el silbato de Smeet entre los labios y sopló. Nina había conseguido deslizarlo de la cadena que el abogado siempre portaba alrededor del cuello, luego lo metió debajo de una concha de ostra vacía para que Wylan la llevara a la cocina.

No hubo sonido del silbato... al menos no uno que Wylan pudiera escuchar. *No va a funcionar*, pensó, imaginando esas inmensas mandíbulas desgarrándole la garganta. Pero los perros se frenaron, chocando unos con otros en un enredo confuso.

Kaz sopló de nuevo, sus labios se frunciaron al ritmo del patrón de una nueva orden. Los perros se callaron y cayeron al suelo con un quejido contrariado. Uno incluso rodó de espaldas.

—¿Por qué la gente no puede entrenarse tan fácilmente? —murmuró Kaz mientras se acuclillaba para complacer al perro con una frotada de panza, sus dedos enguantados de negro acariciaron el pelaje corto—. Cierra la puerta detrás de ti.

Wylan lo hizo y se quedó parado con la espalda presionada contra ella, manteniendo un ojo vigilante sobre la pila de sabuesos babeantes. La casa al completo olía a perro: pelaje húmedo, tierra aceitosa, aliento caliente húmedo con la peste de la carne cruda.

—¿No le tienes aprecio a los animales? —preguntó Kaz.



—Me gustan los perros —dijo Wylan—. Solo que no cuando son del tamaño de osos.

Wylan sabía que el acertijo real de la casa de Smeet había sido algo espinoso de resolver para Kaz. Kaz podía abrir prácticamente cualquier cerradura y superar cualquier sistema de alarma, pero no había sido capaz de que se le ocurriera una forma simple (que no dejara su plan expuesto) para evitar los sabuesos sanguinarios de Smeet. Durante el día, los perros eran mantenidos en una perrera, pero durante la noche se les daba pase libre por la casa mientras la familia de Smeet dormía pacíficamente en las habitaciones ricamente decoradas del tercer piso, la escalera cerrada por una reja de acero. Smeet paseaba a los perros en persona, a lo largo de Handelcanal, siguiéndolos como un trineo gordinflón con sombrero costoso.

Nina había sugerido drogar la comida de los perros. Smeet iba al carnicero cada mañana para seleccionar cortes de carne para la jauría, y habría sido lo bastante fácil cambiar los paquetes. Pero Smeet deseaba a sus perros hambrientos por la noche, así que los alimentaba en las mañanas. Él habría notado si sus preciados perros hubieran estado adormilados todo el día, y no podían arriesgarse a que Smeet se quedara en casa para cuidar de sus sabuesos. Tenía que pasar esa tarde en la Duela Este, y cuando regresara a casa, era esencial que no encontrara nada fuera de lugar. La vida de Inej dependía de eso.

Kaz había hecho arreglos para el salón privado en el Cúmulo, Nina había arrebatado con caricias el silbato de debajo de la camisa de Smeet, y, trozo a trozo, el plan se había cohesionado. Wylan no deseaba pensar en lo que habían hecho para obtener las órdenes de silbato. Se estremeció cuando recordó que Smeet había dicho: *Uno de mis empleados nunca regresó de sus vacaciones*. Nunca lo haría. Wylan aún podía escuchar al empleado gritando mientras Kaz lo tenía colgado por los tobillos desde el faro *Hanraat Point*. *Soy un buen hombre*, había gritado. *Soy un buen hombre*. Fueron las últimas palabras que había dicho. Si hubiera hablado menos, tal vez habría vivido.

Ahora Wylan observó a Kaz rascarle detrás de las orejas al perro babeante y levantarse. —Vamos. Cuida donde pisas.



Rodearon la pila de perros en el vestíbulo y subieron silenciosamente las escaleras. La disposición de la casa de Smeet era familiar para Wylan. La mayoría de negocios en la ciudad seguían el mismo plan: una cocina y habitaciones públicas para reunirse con clientes en el piso inferior, oficinas y bodegas en el segundo piso, dormitorios para la familia en el tercer piso. Los hogares muy ricos tenían un cuarto piso para los cuartos de los sirvientes. De niño, Wylan había pasado más que unas cuantas horas ocultándose de su padre en las habitaciones superiores de su propia casa.

—Ni siquiera cerrada —murmuró Kaz mientras entraban en la oficina de Smeet—. Esos sabuesos lo han hecho perezoso.

Kaz cerró la puerta y encendió una lámpara, bajando la flama.

La oficina tenía tres pequeños escritorios acomodados junto a las ventanas, para tomar ventaja de la luz natural, uno para Smeet y dos para sus empleados. *Soy un buen hombre.*

Wylan se sacudió el recuerdo y se enfocó en las estanterías que ocupaban de piso a techo. Estaban llenas de libros de contabilidad y cajas llenas de documentos, cada una cuidadosamente etiquetada con lo que Wylan asumía eran los nombres de clientes y compañías.

—Tantos pichones —murmuró Kaz, escaneando las cajas con los ojos—. Naten Boreg, ese pequeño y triste granuja Karl Dryden. Smeet representa a la mitad del Consejo Mercante.

Incluyendo al padre de Wylan. Smeet había servido como el abogado y agente inmobiliario de Jan Van Eck desde que Wylan podía recordar.

—¿Dónde empezamos? —susurró Wylan.

Kaz sacó un libro gordo de las estanterías. —Primero nos aseguramos que tu padre no tiene nuevas adquisiciones bajo su nombre. Luego buscamos bajo el nombre de tu madrastra, y el tuyo.



—No la llames así. Alys apenas es mayor que yo. Y mi padre no mantendría propiedades a mi nombre.

—Te sorprendería lo que un hombre hace para evitar pagar impuestos.

Pasaron la mayor parte de la siguiente hora rebuscando entre los archivos de Smeet. Sabían todo sobre las propiedades públicas de Van Eck: las fábricas, hoteles y plantas manufactureras, el astillero, la casa de campo y granja en el sur de Kerch. Pero Kaz creía que el padre de Wylan tenía que tener posesiones privadas, lugares que había mantenido fuera de los registros públicos, lugares en donde escondería algo (o a alguien) que no quisiera que encontraran.

Kaz leyó nombres y entradas de libros de contabilidad en voz alta, haciendo a Wylan preguntas e intentando encontrar conexiones con propiedades o compañías que aún no habían descubierto. Wylan sabía que no le debía nada a su padre, pero, aun así, se sentía como traición.

—¿Geldspin? —preguntó Kaz.

—Una hilandería de algodón. Creo que está en Zierfoort.

—Demasiado lejos. No la mantendrá allí. ¿Qué hay de Firma Allerbest?

Wylan rebuscó en su memoria. —Creo que es una fábrica de conservas.

—Ambas prácticamente están imprimiendo efectivo, y ambas están al nombre de Alys. Pero Van Eck mantiene las grandes productoras de dinero para sí: el astillero, los silos en Arrecife Dulce.

—Te lo dije —dijo Wylan, jugueteando con un bolígrafo en uno de los papeles secantes—. Mi padre confía en sí mismo primero. En Alys hasta cierto punto. No dejaría nada a mi nombre.

Kaz solo dijo: —Siguiente libro. Empecemos con las propiedades comerciales.

Wylan dejó de juguetear con el bolígrafo. —*Había* algo a mi nombre?



Kaz se inclinó hacia atrás. Su mirada era casi retadora cuando dijo: —Una imprenta.

La misma vieja broma. ¿Así que por qué seguía doliendo? Wylan dejó el bolígrafo. —Ya veo.

—Él no es lo que yo llamaría un hombre sutil. *Eil Komedie* también está a tu nombre.

—Por supuesto que sí —replicó Wylan, deseando sonar menos amargado. Otra broma privada para disfrute de su padre... una isla abandonada con nada más que un parque de diversiones en ruinas, un lugar sin valor para su hijo analfabeto y sin valor. No debería haber preguntado.

Mientras los minutos transcurrían y Kaz continuaba leyendo en voz alta, Wylan empezó a agitarse cada vez más. Si tan solo pudiera leer, se estarían moviendo el doble de rápido entre los archivos. De hecho, Wylan ya conocería al derecho y al revés los negocios de su padre. —Te estoy retrasando —dijo.

Kaz dio vuelta a otro legajo de documentos. —Sabía exactamente cuánto tiempo tomaría esto. ¿Cuál era el apellido de tu madre?

—No hay nada a su nombre.

—Compláceme.

—Hendriks.

Kaz avanzó a los estantes y seleccionó otro libro. —¿Cuándo murió?

—Cuando yo tenía ocho. —Wylan cogió la pluma de nuevo—. Mi padre empeoró después que ella se fue. —Al menos así era como Wylan lo recordaba. Los meses después de la muerte de su madre eran un borrón de tristeza y silencio—. Él no me dejó ir a su funeral. Ni siquiera sé dónde está enterrada. De todas formas ¿por qué ustedes dicen eso? ¿Sin llantos, sin funerales? ¿Por qué no solo decir Buena suerte o Cuídate?



—Nos gusta mantener bajas nuestras expectativas. —El dedo enguantado de Kaz recorrió una columna de números y se detuvo. Sus ojos se movieron alternativamente entre dos libros, luego cerró de golpe las cubiertas de cuero—. Vámonos.

—¿Encontraste algo?

Kaz asintió una vez. —Sé dónde está ella.

Wylan no creyó imaginar la tensión en lo ronco de la voz de Kaz. Kaz nunca gritaba como lo hacía el padre de Wylan, pero Wylan había aprendido a escuchar esa nota baja, ese trocito de armonía negra que reptaba en el tono de Kaz cuando las cosas estaban a punto de volverse peligrosas. Lo había oído después de la pelea en los muelles cuando Inej yacía sangrando por el cuchillo de Oomen, luego cuando Kaz había descubierto que fue Pekka Rollins quien había intentado emboscarlos, de nuevo cuando el padre de Wylan los traicionó. Lo había escuchado alto y claro encima del faro mientras el empleado gritaba por su vida.

Wylan observó mientras Kaz recomponía la habitación. Movió un sobre un poco más a la izquierda, tiró un poquito de un cajón en el gabinete de archivos más grande, empujó la silla un tanto. Cuando terminó, revisó la habitación, luego recuperó la pluma de manos de Wylan y la colocó cuidadosamente en su lugar sobre el escritorio.

—Un ladrón competente es como un veneno competente, mercito. No deja rastro. —Kaz apagó la lámpara—. ¿Tu padre hace caridad?

—No. Paga el diezmo a Ghezen, pero dice que la caridad les roba a los hombres la oportunidad de una labor honesta.

—Bueno, él ha estado haciendo donaciones a la Iglesia de Santa Hilde durante los últimos ocho años. Si quieres presentar respetos a tu madre, probablemente ese es el lugar por el cual empezar.

Wylan miró confuso a Kaz en la habitación ensombrecida. Él nunca había escuchado de la Iglesia de Santa Hilde. Y nunca había sabido que Manos Sucias compartiera cualquier trozo de información que no le sirviera. —¿Qué...?



—Si Nina y Jesper hicieron correctamente sus trabajos, Smeet estará pronto en casa. No podemos estar aquí cuando regrese o el plan al completo se va al infierno. Andando.

Wylan sintió como si lo hubieran golpeado en la cabeza con un libro de contabilidad y luego le dijeran que simplemente lo olvidara.

Kaz abrió la puerta una rendija. Ambos se detuvieron en seco.

Por sobre el hombro de Kaz, Wylan vio a una niñita parada en el descansillo, inclinada sobre el cuello de uno de los masivos perros grises. Tenía que tener cinco años, sus dedos de los pies apenas eran visibles bajo el dobladillo de su camisón de franela.

—Oh, Ghezen —susurró Wylan.

Kaz salió al pasillo, cerrando casi por completo la puerta detrás de él. Wylan vaciló en la oficina oscurecida, inseguro de qué debería hacer, aterrorizado de lo que Kaz podría hacer.

La niña miró hacia Kaz con grandes ojos, luego se quitó el pulgar de la boca. —
¿Trabajas para mi pá?

—No.

El recuerdo vino de nuevo a Wylan. *Soy un buen hombre.* Habían emboscado al empleado al salir de la Colección y cargado con él hasta la cima del faro. Kaz lo había sostenido por los tobillos y el empleado se había orinado, gritando y rogando piedad antes que finalmente diera las órdenes de silbato de Smeet. Kaz había estado a punto de jalarlo hacia atrás cuando el empleado había empezado a ofrecer cosas: dinero, números de cuenta bancaria de los clientes de Smeet, y luego: *Tengo información sobre una de las chicas de la Colección, la zemeni.*

Kaz había pausado. *¿Qué sabes sobre ella?*



Wylan lo había escuchado entonces, esa peligrosa nota baja de advertencia. Pero el empleado no conocía a Kaz, no reconoció el cambio en el raspar ronco de su voz. Creyó que había encontrado una palanca, algo que Kaz deseaba.

Uno de sus clientes le está dando regalos costosos. Ella se está guardando el dinero. ¿Sabes lo que el Pavorreal le hizo a la última chica que atrapó ocultándole sus ganancias?

Sí, lo sé, dijo Kaz, sus ojos destellando como el filo de una navaja recta. *Tante Heleen la mató a golpes.*

Kaz... había intentado Wylan, pero el empleado siguió hablando.

Justo allí, en el salón, esta chica sabe que está frita si yo lo cuento. Me ve gratis solo para que yo mantenga la boca cerrada. Me hace entrar a escondidas. Haría lo mismo por ti, tus amigos. Lo que sea que te guste.

Si Tante Heleen lo descubre, mataría a tu zemeni, dijo Kaz. La haría un ejemplo para las otras chicas.

Sí, el empleado jadeó ansioso. *Ella hará todo lo que deseas, todo.*

Lentamente, Kaz empezó a permitir que las piernas del hombre se deslizaran de su agarre. *Es terrible, ¿no? Saber que alguien tiene tu vida en sus manos.*

La voz del empleado se elevó otra octava cuando se dio cuenta de su error. *Solo es una chica trabajadora, gritó ¡Ella conoce el negocio! Soy un buen hombre. ¡Soy un buen hombre!*

No hay hombres buenos en Ketterdam, dijo Kaz. El clima no armoniza con ellos. Y entonces sencillamente lo soltó.

Wylan se estremeció. A través de la abertura en la puerta, vio a Kaz acuclillarse para poder mirar a la niñita a los ojos. —¿Cuál es el nombre del grandulón? —dijo Kaz, posando una mano sobre el cuello arrugado del perro.

—Este es Maestro Avisos.

—¿En serio?



—Tiene un aullido muy fino. Pá me deja nombrar a todos los cachorros.

—¿Maestro Avisos es tu favorito? —preguntó Kaz.

Ella pareció pensarlo, luego sacudió la cabeza. —Me gusta más Duque Addam Von Ancaplateada, luego Morropeludo, *luego* Maestro Avisos.

—Es bueno saberlo, Hanna.

Su boca se abrió en una pequeña O. —¿Cómo conoces mi nombre?

—Conozco los nombres de todos los niños.

—¿De verdad?

—Oh, sí. Albert quien vive en la puerta de al lado y Gertrude en *Ammberstraat*. Yo vivo debajo de sus camas y en la parte trasera de los armarios.

—Lo sabía —respiró la chica, miedo y triunfo en su voz—. Mamá dijo que no había nada allí, pero yo lo sabía. —Ladeó la cabeza—. No luces como un monstruo.

—Te contaré un secreto, Hanna. Los monstruos realmente malos nunca lucen como monstruos.

Ahora el labio de la niña tembló. —¿Viniste para comerme? Pá dice que los monstruos comen niños que no se van a la cama cuando se les dice.

—Eso hacen. Pero yo no lo haré. No esta noche. Si haces dos cosas por mí. —Su voz era calmada, casi hipnótica. Tenía el raspar áspero de un arco demasiado lubricado—. Primero, debes meterte a la cama. Y segundo, nunca debes contarle *a nadie* que nos has visto, especialmente a tu pá. —Se inclinó hacia delante y le dio a la trenza de Hanna un tirón juguetón—. Porque si lo haces, le rajará la garganta a tu madre y luego a tu padre, y luego arrancaré los corazones de todos estos dulces sabuesos babeantes. Guardaré a Duque Ancaplateada al último, para que sepas que todo es tu culpa. —La cara de la niña estaba tan blanca como el encaje en el cuello de su camisón, sus ojos muy abiertos y brillantes como lunas nuevas—. ¿Entiendes? —Ella asintió frenéticamente, con la barbilla temblorosa—. Anda, anda, nada de lágrimas. Los



monstruos ven las lágrimas y eso solo abre su apetito. A la cama, y lleva también a ese inútil Maestro Avisos.

Ella retrocedió tambaleante sobre el descansillo y luego subió las escaleras. Cuando estaba a la mitad, lanzó una aterrorizada mirada a Kaz. Él se llevó un dedo enguantado a los labios.

Cuando ella se marchó, Wylan se deslizó desde detrás de la puerta y siguió a Kaz por los escalones. —¿Cómo pudiste decirle algo así? Es solo una niña.

—Todos fuimos solo niños una vez.

—Pero...

—Era eso o quebrarle el cuello y hacerlo lucir como que se cayó de las escaleras, Wylan. Creo que mostré un control extraordinario. Muévete.

Se abrieron camino entre el resto de perros, aún acostados en el pasillo. —Increíble —dijo Kaz—. Probablemente se quedarían así toda la noche. —Sopló el silbato y ellos saltaron, con las orejas erguidas, listos para custodiar la casa. Cuando Smeet regresara a casa, todo estaría como debería: sabuesos paseándose por el piso inferior; oficina intacta en el segundo piso; esposa durmiendo cómodamente en el tercer piso, e hija fingiendo hacer lo mismo.

Kaz revisó la calle y luego hizo gestos a Wylan para que saliera, pausando solo para cerrar la puerta detrás de ellos.

Recorrieron apresuradamente el empedrado. Wylan se asomó por encima del hombro. No podía creer del todo que se hubieran salido con la suya.

—Deja de mirar alrededor como si pensaras que alguien te está siguiendo —dijo Kaz—. Y deja de ir a la carrera. No podrías lucir más culpable si estuvieras interpretando el rol del Ladrón Número Tres en una obra de a centavo en la Duela Este. La próxima vez camina normalmente. Intenta lucir como si pertenecieras.

—No habrá una próxima vez.



—Por supuesto que no. Álzate el cuello.

Wylan no discutió. Hasta que Inej estuviera a salvo, hasta que hubieran obtenido el dinero que se les había prometido, él no podía hacer ningún grandioso ultimátum. Pero habría un fin a esto. Tenía que haberlo, ¿no?

Matthias dio un ruidoso canto de pájaro desde el otro extremo de la calle. Kaz echó un vistazo a su reloj y se pasó una mano por el cabello, desarreglándoselo salvajemente. —Justo a tiempo.

Giraron por la esquina y se chocaron directamente con Cornelis Smeet.





Traducido por Akonatec

Mathias se mantuvo en las sombras, observando cómo se desarrollaba esta extraña obra.

Cornelis Smeet se inclinó, perdiendo el equilibrio, el sombrero deslizándose de la cabeza casi calva. El chico que estaba con él dio un paso adelante, ofreciendo ayuda.

El chico era Kaz, pero él no era Kaz. El pelo negro estaba desordenado, su actitud nerviosa. Mantuvo los ojos apartados, el mentón escondido en el cuello, como irremediablemente avergonzado; un joven inmaduro, respetuoso a sus mayores. Wylan merodeaba detrás de él, encogido tan profundamente en el abrigo que Matthias pensó que en realidad podía desaparecer.

—¡Mira por dónde vas! —Smeet resopló indignado, acomodando el sombrero en su cabeza.

—Lo siento muchísimo, señor —dijo Kaz, sacudiendo los hombros de la chaqueta de Smeet—. ¡Maldita mi torpeza! —Se inclinó hacia los adoquines—. Oh cielos, creo que botó su billetera.

—¡Lo hice! —dijo Smeet con sorpresa—. Gracias. Muchísimas gracias. —Entonces, mientras Matthias observaba con incredulidad, Smeet abrió la billetera y sacó un billete de cinco *kruge*—. Aquí tienes, jovencito. Un pago por ser honesto.

Kaz mantuvo la cabeza baja, pero de alguna forma se las arregló para expresar un humilde agradecimiento mientras murmuraba: —Muy amable, señor. Demasiado amable. Que Ghezen sea tan generoso.



El corpulento abogado siguió por su camino, con el sombrero torcido, tatareando una melodía, ajeno al hecho de que acababa de encontrarse directamente con el repartidor de cartas que se había sentado frente a él por dos horas en el club Cúmulo. Smeet llegó a su puerta y tiró de una cadena de su camisa, y entonces palmeó frenéticamente su abrigo, buscando su silbato.

—¿No lo pusiste en la cadena? —preguntó Matthias mientras Kaz y Wylan se reunían con él en la oscura entrada. Sabía que esos trucos estaban dentro de las habilidades de Kaz.

—No me molesté.

Smeet escrutó la camisa, luego sacó el silbato y abrió la puerta, tarareando una vez más. Matthias no podía comprenderlo. Había mantenido su entrenada mirada sobre las manos enguantadas de Kaz mientras él se preocupaba por Smeet, pero aun sabiendo que Kaz trataba de devolver el silbato, Matthias no había sido capaz de detectar el momento del artificio. Estaba tentado a arrastrar a Smeet de vuelta y hacer que Kaz realizara el truco de nuevo.

Kaz se arregló el pelo con los dedos y le entregó los cinco *kruge* a Wylan. —No lo gastes todo en un solo lugar. Vamos.

Matthias los condujo junto al estrecho canal donde había amarrado el bote de remos. Le lanzó el bastón a Kaz y bajaron a tientas. Kaz había sido sabio al no permitirse usar el bastón esta noche. Si alguien notara a un muchacho con un bastón con cabeza de cuervo acechando a horas inusuales alrededor de las oficinas de Cornelis Smeet, si una repentina mención de ese hecho llegara de alguna manera a los oídos de Van Eck, todo su trabajo sería por nada. Para recuperar a Inej, necesitaban la sorpresa de su lado, y el *demjin* no era del tipo que dejaba nada al azar.

—¿Y bien? —preguntó Matthias mientras el bote se deslizaba por las oscuras aguas del canal.

—Cierra la boca, Helvar. A las palabras les gusta viajar por el agua. Sé útil y ayuda con los remos.



Matthias contuvo el impulso de quebrar sus remos por la mitad. ¿Por qué Kaz era incapaz de mantener una conversación civilizada? Daba órdenes como si simplemente esperara que todos las siguieran, y había sido el doble de insopportable desde que Van Eck se había llevado a Inej. Pero Matthias quería volver a Velo Negro y a Nina lo más rápido posible, así que hizo lo que le ordenaron, sintiendo la flexión en los hombros mientras el bote se movía contra la corriente.

Puso la mente en llevar un registro de los letreros que pasaban, tratando de recordar nombres de calles y puentes. Aunque Matthias estudiaba un mapa de la ciudad todas las noches, había encontrado casi imposible desenredar los nudos de los callejones y canales de Ketterdam. Siempre se había enorgullecido de un buen sentido de orientación, pero esta ciudad lo había derrotado, y con frecuencia se encontraba maldiciendo a cualquier loco que hubiera considerado oportuno levantar una ciudad en un pantano y luego organizarla sin orden ni lógica.

Una vez que pasaron bajo *Havenbridge*, estuvo aliviado de encontrarse familiarizado con los alrededores de nuevo. Kaz inclinó los remos, orientándolos en las turbias aguas de la Curva de los Mendigos, donde el canal se ampliaba y los guiaba a las aguas poco profundas de la isla Velo Negro. Dejaron el bote detrás de los restos de un sauce blanco y anduvieron a través de las tumbas esparcidas en el despeñadero.

Velo Negro era un lugar misterioso, una ciudad en miniatura de mausoleos de mármol blanco, muchos tallados en forma de barcos, los mascarones llorando mientras atravesaban un mar invisible. Algunos tenían el sello de la Moneda de la Gracia de Ghezen, otros los tres peces voladores de Kerch que Nina decía que indicaban que un miembro de la familia había servido en el gobierno. Otros pocos eran vigilados por los santos ravkanos, con túnicas de mármol. No había ninguna señal de Djel y su fresno. Los fjerdanos no querían ser enterrados encima de la tierra, donde no podían echar raíces.

Casi todos los mausoleos estaban en mal estado, y muchos eran poco más que pilas de rocas desplomadas cubiertas de vides y racimos de flores de primavera. Matthias se había horrorizado con la idea de usar un cementerio como casa de seguridad, sin



importar por cuánto tiempo hubiera estado abandonada. Pero, por supuesto, nada era sagrado para Kaz Brekker.

—¿Por qué ya no usan este lugar? —preguntó Matthias cuando se habían apoderado como escondite de una vasta tumba en el centro de la isla.

—La plaga —contestó Kaz—. El primer brote grave fue hace más de cien años, y el Consejo Mercante prohibió los entierros dentro de los límites de la ciudad. Ahora los cuerpos tienen que ser cremados.

—No si eres rico —agregó Jesper—. Entonces te llevan a un cementerio en el campo, donde tu cadáver puede disfrutar de aire fresco.

Matthias odiaba Velo Negro, pero reconocía que les había servido bien. Los rumores de apariciones mantenían a raya a los intrusos, y la niebla que rodeaba los sauce torcidos y los mástiles de piedra de las tumbas oscurecía la luz de una linterna de vez en cuando.

Por supuesto, nada de eso importaría si la gente escuchaba a Nina y Jesper discutiendo al tope de sus pulmones. Debían haber regresado a la isla y dejado su *gondela* en el lado norte. La irritada voz de Nina flotó sobre las tumbas y Matthias sintió una oleada de alivio, acelerando sus pasos, ansioso por verla.

—Creo que no estás mostrando la apreciación adecuada por lo que acabo de pasar —estaba diciendo Jesper, mientras daba pisotones por el cementerio.

—Pasaste una noche en las mesas perdiendo el dinero de alguien más —espetó Nina en respuesta—, ¿eso no es básicamente unas vacaciones para ti?

Kaz golpeó con fuerza su bastón contra una lápida y los dos se callaron, poniéndose rápidamente en posiciones de combate.

Nina se relajó tan pronto como los vio a los tres en las sombras. —Oh, son ustedes.



—Sí, somos nosotros. —Kaz usó el bastón para guiarlos a ambos al centro de la isla —. Y nos habrían escuchado si no hubiesen estado ocupados gritándose el uno al otro. Deja de mirar embobado como si nunca antes hubieras visto a una chica en un vestido, Matthias.

—No estaba embobado —dijo Matthias con toda la dignidad que fue capaz. Pero por el amor de Djel, ¿cómo se suponía que tenía que mirar cuando Nina tenía lirios metidos entre... todo?

—Cállate, Brekker —dijo Nina —. Me gusta cuando me mira embobado.

—¿Cómo fue la misión? —preguntó Matthias, tratando de mantener los ojos en la cara de ella. Fue fácil cuando se dio cuenta de lo cansada que se veía bajo el maquillaje que se había aplicado. Incluso tomó el brazo que le ofreció, apoyándose ligeramente en él mientras se abría paso por el terreno disparesco. La noche había pasado factura. No debería recorrer el Barril en trozos de seda; debería estar descansando. Pero los días hasta la fecha límite de Van Eck estaban disminuyendo, y Matthias sabía que Nina no se permitiría ningún consuelo hasta que Inej estuviera a salvo.

—No es una misión; es un trabajo —corrigió Nina —. Y salió espléndido.

—Sí —dijo Jesper—. *Espléndido*. Excepto que mis revólveres actualmente están recolectando polvo en la caja fuerte del club Cúmulo. Smeet tuvo miedo de caminar a casa con ellos, el gordito irritante. Solo de pensar en mis nenes en sus manos sudorosas...

—Nadie te dijo que los apostaras —dijo Kaz.

—Me arrinconaste con tu repartición. ¿Cómo demonios se supone que iba a hacer que Smeet se quedara en las mesas?

Kuwei asomó la cabeza por una enorme tumba de piedras mientras se acercaban.

—¿Qué te dije? —gruñó Kaz, apuntándolo con el bastón.

—Mi kerch no es muy bueno —protestó Kuwei.

—No juegues conmigo, niño. Es lo suficientemente bueno. Quédate en la tumba.



Kuwei bajó la cabeza. —Quédate en la tumba —repitió él con tristeza.

Siguieron al chico shu dentro. Matthias odiaba este lugar. ¿Por qué construir esos monumentos a la muerte? La tumba fue construida para parecer un antiguo buque de carga, el interior tallado en un enorme casco de piedra. Incluso tenía portillas de vidrio de colores que arrojaban arcoíris en el piso de la cripta al final de la tarde. Según Nina, las tallas de palmeras y serpientes en las paredes indicaban que la familia había sido comerciante de especies. Pero que debían haber caído en tiempos difíciles o que simplemente llevaron a sus muertos a otra parte, porque solo una de las bóvedas tenía un residente, y los estrechos pasajes en ambos lados estaban igual de vacíos.

Nina se sacó las horquillas del pelo y la peluca rubia y la lanzó contra la mesa que habían puesto en el centro de la tumba. Se dejó caer en una silla, frotándose los dedos sobre el cuero cabelludo. —Mucho mejor —dijo con un suspiro feliz. Pero Matthias no podía ignorar la apariencia casi verdosa de su piel.

Estaba peor esa noche. O bien se había metido en problemas con Smeet o simplemente se había exigido demasiado. Y, aun así, mirándola, Matthias sintió que algo en él se aliviaba. Por lo menos ahora se veía como Nina de nuevo, el cabello castaño en ondas húmedas, los ojos medios cerrados. ¿Era normal estar fascinado por la forma en la que alguien se inclinaba?

—¿Sabes lo que vimos al salir de la Tapa? —preguntó ella.

Jesper comenzó a buscar en las reservas de comida. —Dos buques de guerra de los shu asentados en el puerto.

Ella le lanzó una horquilla. —Iba a hacer que adivinara.

—¿Shu? —preguntó Kuwei, regresando a donde había extendido sus cuadernos en la mesa.

Nina asintió —Cañones fuera y banderas rojas ondeando.

—Hablé con Specht antes —dijo Kaz —. Las embajadas están llenas de diplomáticos y soldados. Zemeni, kaelish, ravkanos.



—¿Crees que saben de Kuwei? —preguntó Jesper.

—Creo que saben de *parem* —dijo Kaz—. Por lo menos, rumores. Y en la Corte de Hielo había montones de bandos interesados para recoger rumores sobre la... liberación de Kuwei. —Se volvió a mirar a Matthias—. También están aquí los fjerdanos. Tienen todo un contingente de *driuskelle* con ellos.

Kuwei suspiró con tristeza y Jesper se inclinó junto a él, dándole un empujón con el hombro. —¿No es agradable ser querido?

Matthias no dijo nada. No le gustaba pensar en el hecho de que sus antiguos amigos, su antiguo comandante, estaban a solo unos kilómetros de él. No se arrepentía de las cosas que había hecho en la Corte de Hielo, pero eso no significaba que hubiera hecho las paces con ellas.

Wylan tomó una de las galletas que Jesper había dejado en la mesa. Aún era perturbador verlo a él y Kuwei en la misma habitación. La confección de Nina había sido tan exitosa que a menudo Matthias tenía problemas para diferenciarlos, hasta que hablaban. Le gustaría que uno de ellos tuviera la amabilidad de ponerse un sombrero.

—Esto es bueno para nosotros —dijo Kaz—. Los shu y los fjerdanos no saben dónde empezar a buscar a Kuwei, y todos esos diplomáticos generando problemas en el Salón de la Guardia van a crear un buen ruido para distraer a Van Eck.

—¿Qué pasó en la oficina de Smeet? —preguntó Nina—. ¿Averiguaron dónde la tiene Van Eck?

—Tengo una idea bastante buena. Atacamos mañana a la medianoche.

—¿Es suficiente tiempo para prepararnos? —preguntó Wylan.

—Es todo el tiempo que tenemos. No vamos a esperar una invitación escrita. ¿Cuál es tu progreso con el gorgojo?

Las cejas de Jesper se elevaron. —¿El gorgojo?

Wylan sacó un pequeño frasco de su abrigo y lo puso en la mesa.



Matthias se inclinó para mirarlo. Parecía un montón de guijarros. —¿Eso es un gorgojo? —Pensaba en los gorgojos como plagas que entraban a los graneros.

—No es un gorgojo real —dijo Wylan—. Es un gorgojo químico. Todavía no tiene nombre.

—Tienes que ponerle un nombre —dijo Jesper—. ¿De qué otra forma lo llamarías a cenar?

—Olvida cómo se llama —dijo Kaz—. Lo que importa es que este pequeño frasco se va a comer las cuentas bancarias de Van Eck y su reputación.

Wylan se aclaró la garganta. —Posiblemente. La química es complicada. Esperaba que Kuwei nos ayudara.

Nina le dijo algo a Kuwei en shu. Él se encogió de hombros y apartó la mirada, el labio sobresaliendo ligeramente. Ya sea por la reciente muerte de su padre o el hecho de que se encontraba atrapado en un cementerio con una banda de ladrones, el chico se había vuelto cada vez más hosco.

—¿Entonces? —susurró Jesper.

—Tengo otros intereses —respondió Kuwei.

La negra mirada de Kaz fijó a Kuwei como la punta de una daga. —Te sugiero que reconsideres tus prioridades.

Jesper le dio a Kuwei otro empujón. —Esa es la forma en la que Kaz dice, «ayuda a Wylan o te encerraremos en una de las tumbas y veremos cómo les va a tus intereses».

Matthias ya no estaba seguro de que el chico shu entendía o no, pero aparentemente recibió el mensaje. Kuwei tragó saliva y asintió a regañadientes.

—El poder de la negociación —dijo Jesper y se metió una galleta en la boca.

—Wylan, y el obediente Kuwei, harán que funcione el gorgojo —continuó Kaz—. Una vez que tengamos a Inej, vamos por los silos de Van Eck.



Nina rodó los ojos. —Qué bueno que todo esto es acerca de recuperar nuestro dinero y no sobre rescatar a Inej. Definitivamente no es sobre eso.

—Si no te importa el dinero, Nina querida, llámalo por otros nombres.

—*Krige?* *Botín?* El único amor verdadero de Kaz?

—Libertad, seguridad, retribución.

—No le puedes poner un precio a esas cosas.

—¿No? Te apuesto que Jesper puede. Es el precio del embargo de la granja de su padre. —El pistolero miró la punta de sus botas—. ¿Y qué tal tú, Wylan? ¿Puedes ponerle un precio a la posibilidad de irte de Ketterdam y vivir tu propia vida? Y Nina, creo que tú y tu fjerdano quieren algo más para subsistir que ese patriotismo y miradas de anhelo. Puede que Inej también tenga una cifra en mente. Es el precio de un futuro y es el turno de Van Eck de pagar.

Matthias no se dejaba engañar. Kaz siempre hablaba lógicamente, pero eso no quería decir que siempre dijera la verdad. —La vida del Espectro vale más que eso —dijo Matthias—, para todos nosotros.

—Recuperaremos a Inej. Tomaremos nuestro dinero. Es así de simple.

—Así de simple —dijo Nina—. ¿Sabías que soy la siguiente en la línea de sucesión para el trono fjerdano? Me llaman Princesa Ilse de Engelsberg.

—No hay princesa de Engelsberg —dijo Matthias—. Es un pueblo pesquero.

Nina se encogió de hombros. —Si vamos a mentirnos a nosotros mismos, podríamos hacerlo a lo grande.

Kaz la ignoró, extendiendo un mapa de la ciudad sobre la mesa y Matthias escuchó a Wylan murmurarle a Jesper: —¿Por qué no simplemente dice que la quiere de vuelta?

—Conoces a Kaz, ¿verdad?



—Pero ella es uno de nosotros.

Jesper volvió a levantar las cejas. —¿Uno de nosotros? ¿Eso quiere decir que ella sabe el apretón de manos secreto? ¿Eso quiere decir que estás listo para hacerte un tatuaje? —Pasó un dedo por el antebrazo de Wylan y éste se puso rosa brillante. Matthias no pudo evitar simpatizar con el muchacho. Sabía lo que era estar abrumado y a veces sospechaba que podían olvidar toda la planificación de Kaz y dejar que Jesper y Nina conquistaran en sumisión a la totalidad de Ketterdam.

Wylan conscientemente tiró de su manga hacia abajo. —Inej es parte del grupo.

—Simplemente no lo presiones.

—¿Por qué no?

—Porque lo práctico para Kaz sería subastar a Kuwei al mejor postor y olvidarse completamente de Inej.

—No lo haría... —Wylan se calló abruptamente, la duda pasó por sus facciones.

Ninguno de ellos sabía realmente lo que Kaz haría o no haría. A veces Matthias se preguntaba si incluso Kaz estaba seguro.

—Está bien, Kaz —dijo Nina, quitándose los zapatos y moviendo los pies—, ya que todo esto es sobre el plan todopoderoso, que tal si dejas de meditar sobre ese mapa y solo nos dices qué nos espera.

—Quiero que te concentres en lo que tenemos que hacer mañana en la noche. Después de eso, tendrás toda la información que quieras.

—¿En serio? —preguntó Nina, tirando del corsé. El polen de uno de los lirios estaba disperso sobre su hombro desnudo. Matthias tuvo la abrumadora urgencia de limpiarlo con sus labios. *Probablemente es venenoso*, se dijo con severidad. Tal vez debería dar un paseo.



—Van Eck nos prometió treinta millones de *kruge* —dijo Kaz—. Eso es exactamente lo que vamos a tomar. Y otro millón por intereses, gastos y solo porque podemos.

Wylan rompió una galleta en dos. —Mi padre no tiene por ahí treinta millones de *kruge*. Incluso si toman todos sus activos juntos.

—Entonces deberías marcharte —dijo Jesper—. Solo nos asociamos con los herederos deshonrados de las fortunas *más grandiosas*.

Kaz estiró la pierna mala, flexionado ligeramente el pie. —Si Van Eck tuviera esa cantidad de dinero en la mano, le habríamos robado en lugar de irrumpir en la Corte de Hielo en primer lugar. Solo podía ofrecer una recompensa tan grande porque afirmaba que el Consejo Mercante estaba poniendo los fondos de la ciudad en ella.

—¿Y qué pasa con el cofre lleno de billetes que trajo a Vellgeluk? —preguntó Jesper.

—Mentiras —dijo Kaz, disgusto en la voz—. Probablemente falsificaciones de calidad.

—Entonces, ¿cómo obtenemos el dinero? ¿Robamos a la ciudad? ¿Robamos al Consejo? —Jesper se sentó más erguido, con las manos tamborileando en la mesa—. ¿Asaltamos doce bóvedas en una noche?

Wylan se removió en la silla y Matthias vio la inquietud en su expresión. Al menos alguien más en esta banda estaba reacio a seguir cometiendo crímenes.

—No —dijo Kaz—. Vamos a hacer lo que hacen los mercaderes y dejar que el mercado haga el trabajo por nosotros. —Se inclinó hacia atrás, con las manos enguantadas descansando en la cabeza del bastón—. Vamos a tomar el dinero de Van Eck y entonces tomaremos su reputación. Nos aseguraremos que nunca más pueda hacer negocios en Ketterdam o en ningún lugar de Kerch.

—¿Y qué pasa con Kuwei? —preguntó Nina.



—Una vez que el trabajo esté hecho, Kuwei; y cualquier otro convicto, Grisha y joven desheredado que tengan o no precio por sus cabezas, puede vivir con bajo perfil en las Colonias del Sur.

Jesper frunció el ceño. —¿Dónde estarás tú?

—Aquí mismo. Aún tengo muchos negocios que requieren mi atención.

Aunque el tono de Kaz era tranquilo, Matthias escuchó la oscura anticipación en sus palabras. A menudo se había preguntado cómo sobrevivía la gente en esa ciudad, pero era posible que Ketterdam no sobreviviera a Kaz Brekker.

—Espera un minuto —dijo Nina—. Pensé que Kuwei iba ir a Ravka.

—¿Por qué pensaste eso?

—Cuando vendiste tus acciones a Pekka Rollins, le pediste que enviara un mensaje a la capital ravkana. Todos lo escuchamos.

—Pensé que era una solicitud de ayuda —dijo Matthias—, no una invitación a negociar. —Nunca habían discutido entregar a Kuwei a Ravka.

Kaz los estudió con diversión. —Ninguna de las dos. Esperemos que Rollins sea tan crédulo como ustedes dos.

—Era un sueño —gimió Nina—, estabas manteniendo ocupado a Rollins.

—Quería preocupado a Pekka Rollins. Espero que tenga a su gente tratando de perseguir a nuestros contactos ravkanos. Deben ser difíciles de encontrar, ya que no existen.

Kuwei se aclaró la garganta. —Preferiría ir a Ravka.

—Preferiría un bañador a rayas negras —dijo Jesper—, pero no siempre obtenemos lo que queremos.



Apareció un surco entre las cejas de Kuwei. Aparentemente había alcanzado y superado su límite de entendimiento del kerch.

—Preferiría ir a Ravka —repitió con más firmeza. La mirada plana y negra de Kaz aterrizó en Kuwei y la sostuvo. Kuwei se retorció nerviosamente—. ¿Por qué me está mirando así?

—Kaz se pregunta si debe mantenerte con vida —dijo Jesper—. Terrible para los nervios. Te recomiendo respiraciones profundas. Tal vez un tónico.

—Jesper, détente —dijo Wylan.

—Ustedes dos tienen que relajarse. —Jesper palmeó la mano de Kuwei—. No vamos a dejar que te entierre.

Kaz levantó una ceja. —Todavía no hagamos ninguna promesa.

—Vamos, Kaz. No pasamos por todos esos problemas para salvar a Kuwei solo para convertirlo en comida de gusanos.

—¿Por qué quieres ir a Ravka? —preguntó Nina, incapaz de ocultar su impaciencia.

—Nunca acordamos eso —dijo Matthias. No quería discutir sobre eso, especialmente no con Nina. Se suponía que dejarían a Kuwei libre para vivir una vida anónima en Novyi Zem, no entregárselo al mayor enemigo de Fjerda.

Nina se encogió de hombros. —Tal vez deberías volver a pensar nuestras opciones.

Kuwei habló despacio, eligiendo las palabras con cuidado. —Allí es más seguro. Para los Grisha. Para mí. No me quiero esconder. Quiero entrenar. —Kuwei tocó los cuadernos frente a él—. El trabajo de mi padre puede ayudar a encontrar... —dudó, intercambiando unas palabras con Nina—, un antídoto para *parem*.

Nina juntó las manos, sonriendo.



Jesper se inclinó hacia atrás en la silla. —Creo que Nina está a punto de estallar en canto.

Un antídoto. ¿Eso era lo que Kuwei había estado escribiendo en sus cuadernos? La perspectiva de que algo pudiera neutralizar los poderes de *parem* era atractiva, y sin embargo, Matthias no podía evitar ser cuidadoso. —Poner todo este poder en las manos de una nación... —empezó.

Pero Kuwei interrumpió. —Mi padre trajo esta droga al mundo. Incluso sin mí, lo que sé, se volverá a hacer.

—¿Dices que alguien más va a resolver el acertijo de *parem*? —preguntó Matthias. ¿De verdad no había esperanzas de que esta abominación pudiera ser contenida?

—A veces los descubrimientos científicos son así —dijo Wylan—. Una vez que la gente sabe que algo es posible, aumenta la velocidad de nuevos descubrimientos. Después de eso, es como tratar que un enjambre de avispones vuelva a su nido.

—Realmente piensas que es posible un antídoto? —preguntó Nina.

—No lo sé —dijo Kuwei—. Mi padre era un Fabricador. Yo solo soy un Inferno.

—Eres nuestro químico, Wylan —dijo Nina con esperanza—, ¿qué piensas?

Wylan se encogió de hombros. —Tal vez. No todos los venenos tienen antídoto.

Jesper resopló. —Por eso lo llamamos Wylan Van Rayo de Sol.

—En Ravka, hay Fabricadores más talentosos —dijo Kuwei—. Podrían ayudar.

Nina asintió con énfasis. —Es verdad. Genya Safin sabe de venenos más que nadie, y David Kostyk desarrolló todo tipo de armas nuevas para el Rey Nikolai. —Miró a Matthias—. ¡Y otras cosas también! Cosas bonitas. Muy pacíficas.

Matthias negó con la cabeza. —Esta no es una decisión que se tome a la ligera.

La mandíbula de Kuwei se tensó. —Prefiero ir a Ravka.



—¿Ves? —dijo Nina.

—No, no lo veo —dijo Matthias—. No podemos simplemente entregar ese premio a Ravka.

—Es una persona, no un premio y él quiere ir.

—¿Todos obtenemos lo que queremos ahora? —preguntó Jesper—, porque tengo una lista.

Hubo una larga y tensa pausa, luego Kaz pasó el pulgar enguantado sobre el pliegue de sus pantalones y dijo —Nina, cariño, ¿traduce para mí? Quiero asegurarme de que Kuwei y yo nos entendamos.

—Kaz... —dijo como advertencia.

Kaz se inclinó hacia adelante y descansó las manos en las rodillas, un amable hermano mayor ofreciendo algún consejo amigable. —Creo que es importante que entiendas los cambios en tus circunstancias. Van Eck sabe que el primer lugar al que irías por asilo sería a Ravka, así que cualquier nave que vaya a sus costas será registrada de arriba abajo. Los únicos Confeccionistas lo suficientemente poderosos como para hacerte parecer alguien más están en Ravka, a menos que Nina quiera tomar otra dosis de *parem*.

Matthias gruñó.

—Lo que es poco probable —admitió Kaz—. Ahora, ¿me imagino que no quieres que te lleve de vuelta a Fjerd o a Shu Han?

Estaba claro que Nina había terminado de traducir cuando Kuwei gritó —¡No!

—Entonces tus opciones son Novyi Zem y las Colonias del Sur, pero la presencia de Kerch en las colonias es muy baja. Además, el clima es mejor, si te interesan esas cosas. Eres una pintura robada, Kuwei. Demasiado reconocible para vender en el mercado abierto, demasiado valioso para dejar libre. No tienes valor para mí.

—No voy a traducir eso —replicó Nina.



—Entonces traduce esto: Mi única preocupación es mantenerte alejado de Jan Van Eck, y si quieres que empiece a buscar opciones más concretas, una bala es mucho más barata que ponerte en una nave a las Colonias del Sur.

Nina tradujo, aunque de manera vacilante.

Kuwei respondió en shu. Ella dudó. —Dice que eres cruel.

—Soy pragmático. Si fuera cruel, lo elogiaría en lugar de conversar. Así que, Kuwei, irás a las Colonias del Sur, y cuando el fervor se haya calmado, puedes encontrar tu camino a Ravka o a la casa de la abuela de Matthias, no me importa.

—Deja a mi abuela fuera de esto —dijo Matthias.

Nina tradujo, y al final, Kuwei asintió con firmeza. Aunque Matthias se había salido con la suya, el desaliento en la cara de Nina dejó una sensación de vacío en su pecho.

Kaz comprobó su reloj. —Ahora que estamos de acuerdo, todos saben cuáles son sus responsabilidades. Hay muchas cosas que pueden salir mal entre ahora y mañana en la noche, así que repasen el plan y luego repásenlo de nuevo. Solo tenemos una oportunidad en esto.

—Van Eck establecerá un perímetro. La tendrá muy vigilada —dijo Matthias.

—Así es. Tiene más armas, más hombres y más recursos. Todo lo que tenemos es la sorpresa, y no vamos a desperdiciarla.

Un suave rasguño sonó afuera. Instantáneamente, todos estuvieron de pie y listos, incluso Kuwei.

Un momento después, Rotty y Specht entraron en la tumba.

Matthias soltó un suspiro y devolvió el rifle a donde lo guardaba, siempre al alcance de su mano.

—¿Qué asunto? —preguntó Kaz.



—Los shu se han instalado en su embajada —dijo Specht—. Todos en La Tapa están hablando de eso.

—¿Números?

—Cuarenta, más o menos —dijo Rotty, pateando el barro de sus botas—. Fuertemente armados, pero aun operando bajo banderas diplomáticas. Nadie sabe exactamente qué quieren

—Nosotros sí —dijo Jesper.

—No pude acercarme al Tablón —dijo Rotty—, pero Per Haskell está agitado, y no está siendo silencioso acerca de eso. Sin ti, el trabajo se le acumula al viejo. Ahora hay rumores de que volviste a la ciudad y que peleaste con un mercader. Oh, y que hubo una especie de ataque en los puertos hace unos días. Un grupo de marineros asesinados, la oficina del supervisor del puerto convertida en un montón de astillas, pero nadie sabe detalles.

Matthias vio que la expresión de Kaz se oscureció. Estaba hambriento por más información. Matthias sabía que el *demjin* tenía otras razones para ir tras Inej, pero el hecho era que, sin ella, su habilidad para reunir información se había visto severamente comprometida.

—Está bien —dijo Kaz—. ¿Pero nadie nos ha relacionado con la redada en la Corte de Hielo o *parem*?

—No que haya escuchado —dijo Rotty.

—Nop —dijo Specht.

Wylan parecía sorprendido. —Eso significa que Pekka Rollins no ha hablado.

—Dale tiempo —dijo Kaz—. Él sabe que tenemos a Kuwei escondido en alguna parte. La carta a Ravka solo lo mantendrá persiguiendo su cola un tiempo.

Jesper golpeó sus muslos con los dedos. —¿Alguien ha notado que toda la ciudad nos está buscando, está enojada con nosotros o quiere matarnos?



—¿Y? —dijo Kaz.

—Bueno, por lo general es solo la mitad de la ciudad.

Puede que Jesper bromeara, pero Matthias se preguntaba si realmente uno de ellos entendía el poder que se oponía a ellos. Fjelda, Shu Han, Novyi Zem, Kaelish, Kerch. Estas no era pandillas rivales o socios de negocios enojados. Eran naciones, determinadas a proteger a su gente y asegurar sus futuros.

—Hay más —dijo Specht—. Matthias, estás muerto.

—¿Perdón? —el kerch de Matthias era bueno, pero tal vez todavía había vacíos.

—Te acuchillaron en la enfermería de la Puerta del Infierno.

La habitación se quedó en silencio. Jesper se sentó pesadamente. —¿Muzzen está muerto?

—¿Muzzen? —Matthias no podía relacionar el nombre.

—Tomó tu lugar en la Puerta del Infierno —dijo Jesper—, para que pudieras unirte al trabajo de la Corte de Hielo.

Matthias recordaba la pelea con los lobos, Nina de pie en su celda, el escape de la prisión. Nina había cubierto a un miembro de los Indeseables con llagas falsas y le dio fiebre para asegurarse de que lo pusieran en cuarentena y lo mantuvieran alejado de la población general de la cárcel. *Muzzen*. Matthias no debería haber olvidado algo así.

—Pensé que habías dicho que tenías contactos en la enfermería —dijo Nina.

—Para mantenerlo enfermo, no a salvo. —El rostro de Kaz era sombrío—. Fue un éxito.

—Los fjerdanos —dijo Nina.

Matthias cruzó los brazos. —Eso no es posible.



—¿Por qué no? —dijo Nina—. Sabemos que hay *drüskelle* aquí. Si vinieron a la ciudad a buscarte e hicieron ruido en el Salón de la Guardia, les habrían dicho que estabas en la Puerta del Infierno.

—No —dijo Matthias—. No recurirían a una táctica tan secreta. ¿Contratar un asesino? ¿Matar a alguien en su lecho de enfermo? —Pero incluso mientras decía las palabras, Matthias no estaba seguro de creerlas él mismo. Jarl Brum y sus oficiales habían hecho cosas peores sin una punzada en su conciencia.

—Grande, rubio y ciego —dijo Jesper—. Del tipo fjerdano.

Él murió en mi lugar, pensó Matthias. *Y ni siquiera reconoci su nombre.*

—¿Muzzen tenía familia? —preguntó Matthias por fin.

—Solo los Indeseables —dijo Kaz.

—Sin llantos —murmuró Nina.

—Sin funerales —respondió Matthias bajito.

—¿Qué se siente estar muerto? —preguntó Jesper. La luz alegre se había ido de sus ojos.

Matthias no tenía respuesta. El cuchillo que había matado a Muzzen había estado destinado para él, y los fjerdanos podían ser los responsables. Los *drüskelle*. Sus hermanos. Querían que muriera sin honor, asesinado en la cama de una enfermería. Era una muerte adecuada para un traidor. Era la muerte que se había ganado. Ahora Matthias tenía una deuda de sangre con Muzzen, pero ¿cómo la pagaría? —¿Qué hicieron con el cuerpo? —preguntó

—Probablemente ya es cenizas en la Barcaza de la Parca —dijo Kaz.

—Hay algo más —dijo Rotty—, alguien está levantando polvo buscando a Jesper.

—Sus acreedores tendrán que esperar —dijo Kaz y Jesper hizo una mueca.



—No —dijo Rotty sacudiendo la cabeza—, un hombre apareció en la Universidad. Jesper, dice que es tu padre.





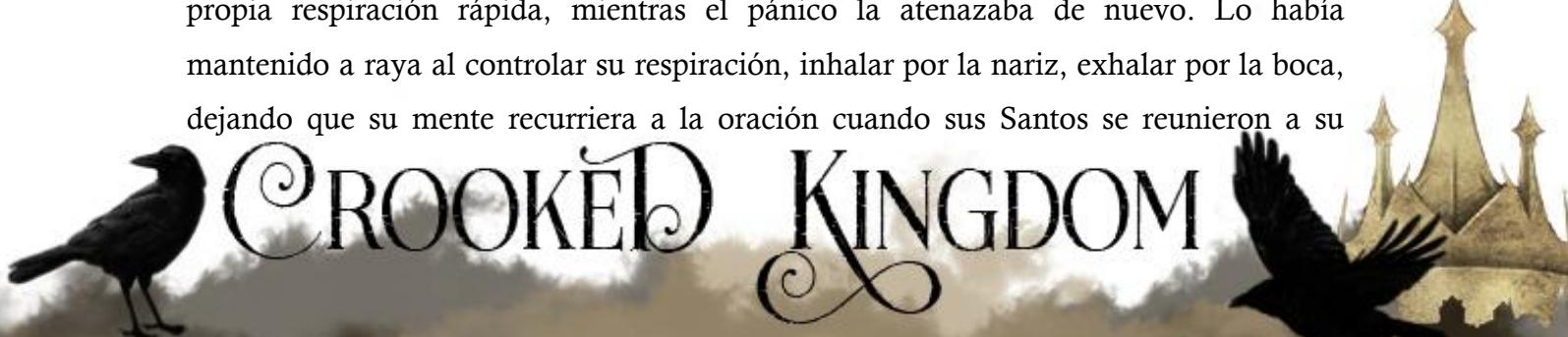
Traducido por Azhreik

Inej yacía bocaabajo, con los brazos extendidos enfrente de ella, revolviéndose como un gusano en la oscuridad. A pesar del hecho de que prácticamente se había estado matando de hambre, la ventila aún era estrecha. No podía ver a dónde estaba yendo; solo continuaba moviéndose hacia delante, impulsándose con las yemas de los dedos.

Había despertado en algún momento después de la pelea en Vellgeluk, sin noción de cuánto tiempo había estado inconsciente y sin idea de dónde estaba. Recordaba desplomarse desde una gran altura cuando uno de los Impulsores de Van Eck la dejó caer, solo para ser agarrada por otro; brazos como bandas de acero a su alrededor, el aire golpeando su cara, cielo gris a su alrededor, y luego dolor explotando en su cráneo. Lo siguiente que supo es que estaba despierta, con la cabeza palpitante, en la oscuridad. Las manos y tobillos estaban atados, y podía sentir una venda apretada en su rostro. Durante un momento, tuvo catorce años, siendo arrojada a la bodega de un barco esclavista, asustada y sola. Se forzó a respirar. Donde sea que estuviera, no sentía el mecer de un barco, ni escuchaba crujidos de velas. El suelo era sólido debajo de ella.

¿A dónde la habría traído Van Eck? Podía estar en un almacén, la casa de alguien. Podría ni siquiera seguir en Kerch. No importaba. Era Inej Ghafa, y no temblaría como un conejo en un cepo. *Donde sea que esté, solo tengo que salir.*

Ella había conseguido bajarse la venda raspándose la cara contra la pared. La habitación estaba negra como pozo, y todo lo que podía escuchar en el silencio era su propia respiración rápida, mientras el pánico la atenazaba de nuevo. Lo había mantenido a raya al controlar su respiración, inhalar por la nariz, exhalar por la boca, dejando que su mente recurriera a la oración cuando sus Santos se reunieron a su



alrededor. Los imaginó revisando las cuerdas en sus muñecas, insuflándole vida a sus manos. No se dijo que no estaba asustada. Hace mucho tiempo, después de una mala caída, su padre había explicado que solo los tontos no tenían miedo. *Nosotros enfrentamos el dolor*, había dicho, *damos la bienvenida al visitante inesperado y escuchamos lo que él tiene que decírnos. Cuando el miedo llega, algo está a punto de suceder.*

Inej tenía la intención de hacer que algo sucediera. Había ignorado el dolor en su cabeza y se forzó a moverse alrededor de la habitación, estimando sus dimensiones. Entonces utilizó la pared para ponerse de pie y la tocó, arrastrando los pies y yendo a saltitos, buscando cualquier puerta o ventana. Cuando escuchó pisadas aproximándose, se dejó caer al piso, pero no había tenido tiempo de volver a colocarse la venda. Desde entonces, los guardias la ataron con más fuerza. Pero eso no importaba, porque ella había encontrado la ventila. Todo lo que necesitaba entonces era una forma de quitarse las cuerdas. Kaz podría haberlo conseguido en la oscuridad y probablemente bajo el agua.

El único vistazo a fondo que tenía de la habitación donde estaba siendo retenida era durante las comidas, cuando ellos traían una linterna. Ella escuchaba llaves girando en una serie de cerrojos, la puerta se abría, el sonido de la bandeja siendo colocada sobre la mesa. Un momento después, la venda era levantada suavemente de su cara; Bajan nunca era brusco o abrupto. No estaba en su naturaleza. De hecho, ella sospechaba que estaba más allá de las capacidades de sus manos cuidadas de músico.

Nunca había algún cubierto en la bandeja, por supuesto. Van Eck era lo bastante sabio para no confiar en ella con ni siquiera una cuchara, pero Inej había aprovechado cada momento sin venda para escuchar en cada centímetro de la habitación desnuda, buscando pistas que podrían ayudarla a evaluar su ubicación y planear su escape. No había mucho de lo que partir: un piso de concreto marcado por nada más que una pila de mantas que le habían dado para acurrucarse en la noche, paredes alineadas con estantes vacíos, la mesa y silla donde tomaba sus comidas. No había ventanas, y la única pista de que podrían seguir cerca de Ketterdam era el rastro húmedo de sal en el aire.



Bajan le desataba las muñecas, luego las ataba de nuevo enfrente de ella para que pudiera comer... aunque una vez que descubrió la ventila, solo había picoteado la comida, comiendo lo suficiente para mantener su fuerza y nada más. Aun así, cuando Bajan y los guardias habían traído su bandeja esta noche, su estómago había gruñido audiblemente ante el olor de salchichas suaves y puchero. Había estado mareada del hambre, y cuando intentó sentarse, había derribado la bandeja de su lugar sobre la mesa, estrellando la taza y tazón de cerámica blanca. Su cena cayó al suelo en un montón humeante de hongos sabrosos y vajilla rota y ella había aterrizado a un lado, sin gracia, apenas evitando una cara llena de potaje.

Bajan había sacudido su sedosa cabeza oscura. —Estás débil porque no comes. El señor Van Eck dice que debo alimentarte a la fuerza si es necesario.

—Inténtalo —había dicho ella, mirándolo desde el suelo y desnudando los dientes—. Tendrás problemas enseñando piano sin todos tus dedos.

Pero Bajan solo se había reído, con una resplandeciente sonrisa blanca. Él y uno de los guardias la habían ayudado a volver a la silla, y él había mandado por otra bandeja.

Van Eck no podría haber escogido mejor a su carcelero. Bajan era suli, solo unos pocos años mayor que Inej, con grueso cabello negro que se rizaba alrededor de su cuello y ojos como gemas negras enmarcadas por pestañas lo bastante largas para espantar moscas. Él le contó que era un maestro de música con un contrato vinculante a Van Eck, e Inej se maravilló que el merca metiera a un chico como ese a su morada, dado que su nueva esposa tenía menos de la mitad de su edad. Van Eck era o muy confiado o muy estúpido. *Traicionó a Kaz*, se recordó. *Se inclina marcadamente a la columna de estúpido.*

Una vez que se limpió el desastre; por un guardia (Bajan no se rebajaba a semejante trabajo), y se procuró una nueva comida, él se había reclinado contra la pared para observarla comer. Ella había recogido un grumo de potaje con los dedos, permitiéndose solo unas cuantas mordidas incómodas.



—Debes comer más que eso —interrumpió Bajan—. Si eres un poco más obediente, si respondes sus preguntas, descubrirás que Van Eck es un hombre razonable.

—Un razonable mentiroso, tramposo y secuestrador —dijo, entonces se maldijo por responder.

Bajan no pudo ocultar su placer. Tenían la misma rutina en cada comida: ella picoteaba su comida. Él hacía charla, condimentado su charla con preguntas intencionadas sobre Kaz y los Indeseables. Cada vez que ella hablaba, él lo consideraba una victoria. Desafortunadamente, cuanto menos comía, más débil se ponía, y más difícil era mantener la sensatez.

—Considerando la compañía que sostienes, pensaría que mentir y hacer trampas serían puntos a favor del señor Van Eck.

—*Shevrati* —dijo Inej marcadamente. *No sabes nada*. Ella había llamado a Kaz así en más de una ocasión. Pensó en Jesper jugando con sus armas, Nina exprimiendo la vida de un hombre con un movimiento de muñeca, Kaz abriendo una cerradura con sus guantes negros. Matones. Ladrones. Asesinos. Y todos valían más que un millar de Jan Van Eck.

¿Entonces dónde están ellos? la pregunta tironeó de algún dobladillo cosido apresuradamente en su interior. *¿Dónde está Kaz?* Ella no deseaba mirar esa pregunta demasiado de cerca. Sobre todo lo demás, Kaz era práctico. *¿Por qué vendría por ella cuando él podía alejarse de Van Eck con el rehén más valioso en el mundo?*

Bajan arrugó la nariz. —No hablemos suli. Me pone sensiblero. —Vestía pantalones ajustados de seda y un abrigo de corte elegante. Unido a su solapa, una lira dorada coronada con hojas de laurel y un pequeño rubí indicaban tanto su profesión como la casa de su contrato.

Inej sabía que no debería continuar hablando con él, pero también era una recolectora de secretos. —¿Qué instrumentos enseñas? —dijo—. ¿Arpa? ¿Pianoforte?

—También flauta, y canto para las damas.



—¿Y cómo canta Alys Van Eck?

Bajan mostró una sonrisa perezosa. —Bellamente bajo mi instrucción. Podría enseñarte a hacer toda clase de sonidos placenteros.

Inej rodó los ojos. Él era justo como los chicos con los que ella había crecido, una cabeza llena de sinsentidos y una boca llena de encanto fácil. —Estoy atada y enfrentando el prospecto de tortura o peor. ¿Estás realmente coqueteando conmigo?

Bajan chasqueó la lengua. —El señor Van Eck y tu señor Brekker llegarán a un acuerdo. Van Eck es un hombre de negocios. Por lo que entiendo, él sencillamente está protegiendo sus intereses. No puedo imaginar que él recurra a la tortura.

—Si fueras el que está atado y vendado cada noche, tal vez tu imaginación no te fallaría tan completamente.

Y si Bajan hubiera conocido a Kaz en absoluto, él no estaría tan seguro de un intercambio.

En las largas horas que se quedaba a solas, Inej intentaba descansar y enfocar su mente en escapar, pero inevitablemente sus pensamientos giraban a Kaz y los otros. Van Eck deseaba intercambiarla por Kuwei Yul-Bo, el chico shu que habían robado de la fortaleza más mortal en el mundo. Él era la única persona que tenía esperanza de recrear el trabajo de su padre sobre la droga conocida como *jurda parem*, y el precio de su rescate habría dado a Kaz todo lo que siempre hubiera deseado; todo el dinero y prestigio que necesitaba para tomar su merecido lugar entre los jefes del Barril, y la oportunidad para vengarse de Pekka Rollins por la muerte de su hermano. Los hechos se alineaban uno tras otro, un ejército de dudas ensambladas con la esperanza que ella intentaba mantener controlada en su interior.

El curso de acción de Kaz era obvio: Pedir un rescate por Kuwei, tomar el dinero, encontrarse una nueva araña para escalar las paredes del Barril y que robara secretos para él. Y ¿no le había dicho ella que planeaba dejar Ketterdam tan pronto les pagaran? *Quédate conmigo.* ¿Lo había dicho en serio? ¿Qué valor poseía su vida frente a la recompensa que Kuwei podría representar? Nina nunca permitiría que Kaz la



abandonara. Ella lucharía con todo lo que tenía para liberar a Inej incluso si aún estaba en las garras de *parem*. Matthias la apoyaría con ese gran corazón lleno de honor. Y Jesper... Bueno, Jesper nunca dañaría a Inej, pero necesitaba dinero con urgencia si no deseaba que su padre perdiera su sustento. Él haría su mayor esfuerzo, pero eso podría significar no necesariamente lo que era mejor para ella. Además, sin Kaz, ¿alguno de ellos sería rival para la crueldad y recursos de Van Eck? *Yo sí*, se dijo Inej *Puede que yo no tenga la mente ladina de Kaz, pero soy una chica peligrosa.* //i

Van Eck había enviado a Bajan con ella cada día, y él no había sido más que amable y placido incluso cuando la presionaba por las ubicaciones de las casas de seguridad de Kaz. Ella sospechaba que Van Eck no venía él mismo porque sabía que Kaz mantendría estrecha vigilancia en sus movimientos. O tal vez él pensaba que ella sería más vulnerable con un chico suli que un merca artero. Pero esta noche algo había cambiado.

Bajan usualmente se marchaba cuando Inej dejaba claro que no comería más; una sonrisa de despedida, una pequeña reverencia y se marchaba, con el deber cumplido hasta la mañana siguiente. Esta noche, él se había entretenido.

En lugar de captar la señal para desvanecerse cuando ella utilizaba sus manos atadas para apartar su plato, él había dicho: —¿Cuándo viste a tu familia por última vez?

Una nueva aproximación. —¿Van Eck te ha ofrecido alguna recompensa si puedes extraerme información?

—Solo era una pregunta.

—Y yo solo soy una prisionera. ¿Te amenazó con castigos?

Bajan echó un vistazo a los guardias y dijo bajito: —Van Eck podría devolverte con tu familia. Él podría liquidar tu contrato con Per Haskell. Está dentro de sus posibilidades.

—¿Fue tu idea o la de tu amo?



—¿Importa? —preguntó Bajan. Había una urgencia en su voz que pinchó en las defensas de Inej. *Cuando el miedo llega, algo está a punto de suceder.* ¿Pero él temía a Van Eck o temía por ella?—. Puedes librarte de los Indeseables y Per Haskell y de ese horrible Kaz Brekker definitivamente. Van Eck podría darte transporte a Ravka, dinero para viajar.

—¿Una oferta o una amenaza? ¿Podría Van Eck haber encontrado a su madre y padre? Los suli no eran fáciles de rastrear, y serían precavidos con los desconocidos haciendo preguntas. Pero ¿qué tal si Van Eck había enviado hombres clamando tener información sobre una chica perdida? Una chica que se había desvanecido un amanecer frío como si la marea hubiera alcanzado la costa para reclamarla.

—¿Qué sabe Van Eck de mi familia? —preguntó ella, con la ira elevándose.

—Sabe que estás lejos de casa. Sabe los términos de tu contrato vinculante con la Colección.

—Entonces él sabe que fui una esclava. ¿Hará que arresten a Tante Heleen?

—No... lo cr...

—Por supuesto que no. A Van Eck no le importa que fui comprada y vendida como una madeja de algodón. Él solo está buscando una ventaja.

Pero lo que Bajan preguntó a continuación tomó a Inej por sorpresa. —¿Tu madre hace pan de sartén?

Ella frunció el ceño. —Por supuesto. —Era un platillo esencial suli. Inej podría haber hecho pan de sartén en sueños.

—¿Con romero?

—Eneldo, cuando teníamos. —Sabía lo que Bajan estaba haciendo, intentando hacerla pensar en el hogar. Pero tenía hambre y el recuerdo era tan fuerte que su estómago gruñó de todas formas. Podía ver a su madre amortiguando el fuego, verla dar



la vuelta al pan con rápidos pellizcos de sus dedos, oler la masa cocinándose sobre las cenizas.

—Tus amigos no vendrán —dijo Bajan—. Es tiempo de pensar en tu propia supervivencia. Podrías estar en casa con tu familia para el final del verano. Van Eck puede ayudarte si se lo permites.

Cada alarma dentro de Inej había resonado en peligro. La jugada era demasiado obvia. Bajo el encanto de Bajan, sus ojos oscuros, sus promesas fáciles, había miedo. Y, aun así, entre el clamor de sospecha, podía escuchar el tañido de otra campana, el sonido de *¿Qué tal si?* ¿Qué tal si se permitía ser consolada, renunciar a la pretensión de haber superado las cosas que había perdido? ¿Qué tal si sencillamente permitía que Van Eck la pusiera en un barco, que la enviara a casa? Ella podría probar el pan de sartén, calentarse junto a la olla, ver la oscura trenza de su madre entrelazada con listones, mechones de seda del color de caquis maduros.

Pero Inej lo sabía mejor. Ella había aprendido del mejor. *Mejor verdades terribles que mentiras amables*. Kaz nunca le había ofrecido felicidad, y ahora ella no confiaba en los hombres que le prometían proporcionársela. Su sufrimiento no había sido para nada. Sus Santos la habían traído a Ketterdam por una razón: un navío para cazar esclavistas, una misión para darle significado a todo lo que había atravesado. No traicionaría ese propósito o a sus amigos por algún sueño del pasado.

Inej siseó a Bajan, un sonido animal que lo hizo dar un paso sobresaltado hacia atrás. —Dile a tu amo que honre sus viejos tratos antes de empezar a hacer nuevos — dijo—. Ahora déjame en paz.

Bajan se había escurrido como la rata bien vestida que era, pero Inej supo que era tiempo de marcharse. La nueva insistencia de Bajan podría no significar nada bueno para ella. *Tengo que salir de esta trampa*, había pensado, *antes que esta criatura me atraiga con recuerdos y simpatía*. Tal vez Kaz y los otros venían por ella, pero no tenía la intención de aguardar y verlo.



Una vez que Bajan y los guardias se hubieron marchado, ella había deslizado la esquirla de tazón roto de donde lo había ocultado debajo de las cuerdas alrededor de sus tobillos y se puso a trabajar. A pesar de lo débil y mareada que se había sentido cuando Bajan había llegado con ese tazón de hongos de olor paradisiaco, ella solo había fingido derrumbarse para poder tirar deliberadamente su bandeja de la mesa. Si Van Eck realmente hubiera hecho su investigación, habría advertido a Bajan que el Espectro no caía. Ciertamente no en un montón torpe al piso, donde podría fácilmente meter un trozo afilado de cerámica entre sus ataduras.

Después de lo que pareció como una eternidad de serrar y raspar y sangrarse las yemas de los dedos con el borde afilado, finalmente había cortado sus cuerdas y liberado sus manos, luego se desató los tobillos y anduvo a tientas hasta la ventila. Bajan y los guardias no regresarían hasta la mañana. Eso le daba la noche entera para escapar de este lugar y alejarse lo más posible.

El pasaje era miserablemente estrecho, el aire en el interior estaba rancio con un olor que no podía identificar del todo, la oscuridad tan completa que bien podría haber tenido su venda puesta. No tenía idea de a dónde podría conducir la ventila. Podría abarcar unos cuantos metros más o medio kilómetro. Necesitaba haberse marchado para la mañana o ellos encontrarían suelta la rejilla que cubría la ventila en sus goznes y sabrían exactamente dónde estaba.

Buena suerte en sacarme, pensó sombríamente. Dudaba que cualquiera de los guardias de Van Eck pudiera apretujarse dentro del conducto de aire. Tendrían que encontrar algún pinche de cocina y engrasarlo con manteca.

Ella avanzó centímetro a centímetro. ¿Qué tan lejos había ido? Cada vez que inhalaba profundo, se sentía como si el conducto de aire se estuviera apretando alrededor de sus costillas. Por todo lo que sabía, podría estar en la cima de un edificio. Podría asomar la cabeza por el otro lado solo para encontrar una calle ajetreada de Ketterdam muy abajo. Inej podía contender con eso. Pero ¿si el conducto solo terminaba? ¿Si estaba cerrado en el otro lado? Tendría que retroceder agitándose la distancia completa y



esperar reajustarse las cuerdas para que sus captores no supieran lo que había hecho. Imposible. No podía haber callejones sin salida esta noche.

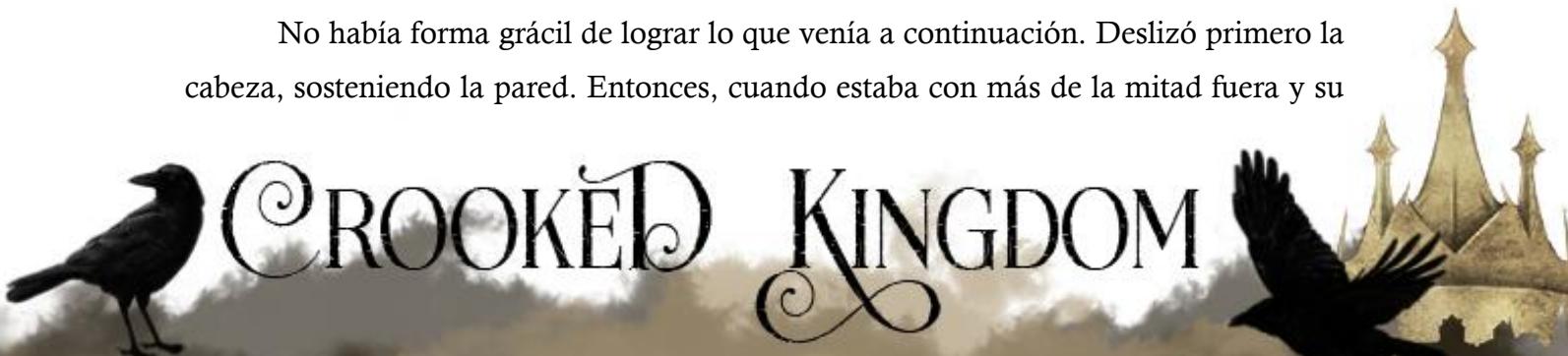
Más rápido, se dijo a sí misma, el sudor le perlaba la frente. Era difícil no imaginar el edificio comprimiéndose a su alrededor, sus paredes exprimiéndole el aire de los pulmones. No podía hacer un plan real hasta que alcanzara el final de este túnel, hasta que supiera qué tan lejos tendría que ir para evadir a los hombres de Van Eck.

Entonces lo sintió, la más mínima brisa de aire rozándole la frente empapada. Susurró una rápida oración de agradecimiento. Debía haber alguna clase de abertura enfrente. Olfateó, buscando un rastro de humo de carbón o los húmedos campos verdes de un pueblo. Cuidadosamente, se agitó hacia delante hasta que los dedos hicieron contacto con las ranuras de la ventila. No se filtraba luz, lo que supuso que era algo bueno. La habitación a la que estaba a punto de dejarse caer debía estar desocupada. Santos, ¿qué tal si estaba en la mansión de Van Eck? ¿Qué tal si estaba a punto de aterrizar sobre un merca durmiente? Escuchó en busca de sonidos humano: ronquidos, respiración profunda. Nada.

Deseó tener sus cuchillos, el peso consolador de ellos en sus palmas. ¿Van Eck aún los tenía en su posesión? ¿Los había vendido? ¿Arrojado al mar? Aun así, nombró las cuchillas: *Petyr, Marya, Anastasia, Lizabeta, Sankt Vladimir, Sankta Alina*; y encontró valentía en cada palabra susurrada. Entonces forcejeó con la ventila y le dio un fuerte empujón. Se abrió, pero en lugar de columpiarse en sus goznes, se soltó completamente. Intentó sujetarla, pero se deslizó más allá de sus dedos y traqueteó hasta el suelo.

Inej esperó, con el corazón palpitante. Un minuto pasó en silencio. Otro. Nadie vino. La habitación estaba vacía. Tal vez el edificio completo estaba vacío. Van Eck no la habría dejado sin vigilancia, así que sus hombres debían estar apostados afuera. Si ese era el caso, ella sabía que escabullirse de ellos presentaría poco desafío. Y al menos ahora sabía aproximadamente qué tan lejos estaba el suelo.

No había forma grácil de lograr lo que venía a continuación. Deslizó primero la cabeza, sosteniendo la pared. Entonces, cuando estaba con más de la mitad fuera y su



cuerpo empezó a inclinarse, dejó que la inercia la impulsara, se hizo un ovillo y acomodó los brazos debajo de la cabeza para protegerse el cráneo y cuello mientras caía.

El impacto fue casi indoloro. El piso era de concreto duro como el piso de su celda, pero ella rodó cuando impactó y se topó con lo que parecía ser la parte trasera de algo sólido. Se puso de pie, con las manos explorando lo que sea con lo que se había topado. Estaba tapizada en terciopelo. Mientras se desplazaba, sintió otro objeto idéntico junto a éste. *Asientos*, se dio cuenta. *Estoy en un teatro.*

Había montones de salones de música y teatros en el Barril. ¿Podría estar tan cerca de casa? ¿O tal vez en una de las respetables casas de ópera de la Tapa?

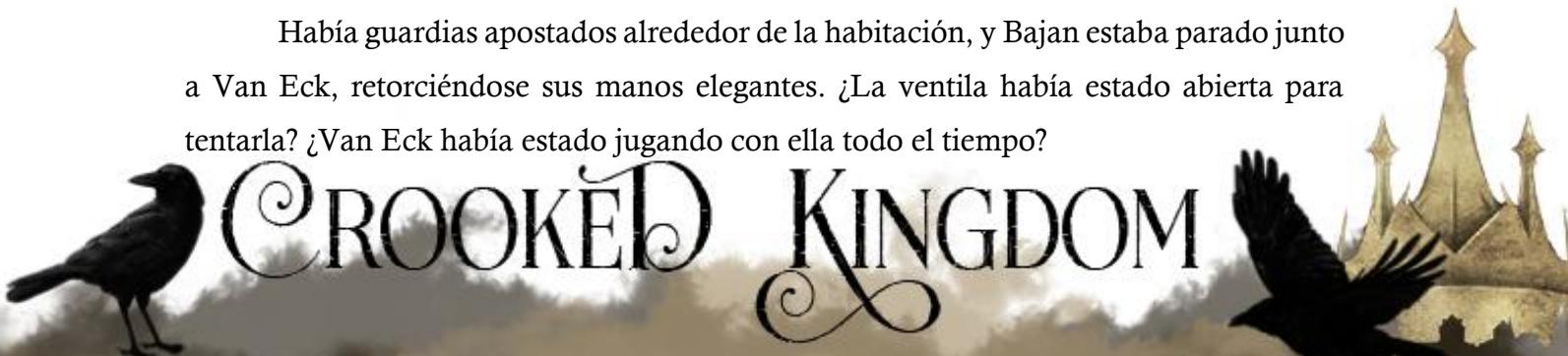
Se movió lentamente, con las manos extendidas ante ella hasta que alcanzó una pared en lo que creyó era la parte posterior del teatro. Toqueteó su superficie, buscando una puerta, una ventana, incluso otra ventila. Finalmente, sus dedos se engancharon sobre el marco de una puerta y sus manos rodearon el pomo. No se movía. Cerrada. La agitó tentativamente

La habitación se inundó de luz. Inej se encogió contra la puerta, bizqueando ante el repentino brillo.

—Si deseaba un recorrido, señorita Ghafa, sencillamente bien podría haberlo pedido —dijo Van Eck.

Él estaba parado en el escenario del teatro decrepito, su traje negro de merca era de corte severo. Los asientos de terciopelo verde del teatro estaban apolillados. Las cortinas que enmarcaban el escenario colgaban en jirones. Nadie se había molestado en retirar la escenografía de la última obra. Lucía como la visión terrorífica de un niño de la sala de operación de un cirujano, con sierras y mazos desproporcionados colgando de las paredes. Inej lo reconoció como la escenografía de *El Loco y el Doctor*, una de las obras cortas de la *Komedie Brute*.

Había guardias apostados alrededor de la habitación, y Bajan estaba parado junto a Van Eck, retorciéndose sus manos elegantes. ¿La ventila había estado abierta para tentarla? ¿Van Eck había estado jugando con ella todo el tiempo?



—Tráiganla aquí —le dijo Van Eck a los guardias.

Inej no vaciló. Saltó sobre el estrecho respaldo de la butaca más cercana, luego corrió hacia el escenario, saltando de fila en fila mientras los guardias intentaban trepar sobre los asientos. Ella aterrizó en el escenario, pasó junto a un alarmado Van Eck, evitó hábilmente a dos guardias más, y cogió una de las cuerdas del escenario, trepando por su longitud, orando para que aguantara su peso hasta que consiguiera llegar a la parte superior. Podía ocultarse en las vigas, encontrar un camino al tejado.

—¡Bájenla! —gritó Van Eck, con voz calmada.

Inej trepó más alto, más rápido. Pero segundos después vio una cara por encima de ella. Uno de los guardias de Van Eck, con un cuchillo en la mano. Él dio un tajo a la cuerda.

Cedió e Inej cayó hacia el piso, alistando las piernas para soportar el impacto. Antes que pudiera enderezarse, tres guardias estaban sobre ella, sosteniéndola en el sitio.

—En serio, señorita Ghafa —reprendió Van Eck—. Estamos bien enterados de sus dones. ¿Creyó que no tomaría precauciones? —No esperó una respuesta—. No va salir de esto sin mi ayuda o la del señor Brekker. Ya que él parece que no va aparecer, tal vez deba considerar cambiar de alianza.

Inej no dijo nada.

Van Eck se acomodó las manos tras la espalda. Era extraño mirarlo y ver el fantasma de la cara de Wylan. —La ciudad está inundada de rumores de *parem*. Una delegación de fjerdanos *drüskelle* ha arribado en el sector de la embajada. Hoy los shu atracaron dos naves de guerra en el Tercer Puerto. Le di a Brekker siete días para negociar un trato por el bienestar de usted, pero todos están buscando a Kuwei Yul-Bo, y es imperativo que lo saque de la ciudad antes que lo encuentren.

Dos naves de guerra shu. Eso es lo que había cambiado. A Van Eck se le acababa el tiempo. ¿Bajan lo había sabido o sencillamente percibió la diferencia en el humor de su amo?



—Había esperado que Bajan probara ser bueno para algo más que mejorar el talento de mi esposa en el pianoforte —continuó Van Eck—. Pero parece que usted y yo ahora debemos llegar a un acuerdo. ¿Kaz Brekker, dónde mantiene al chico?

—¿Cómo podría saber eso?

—Debe conocer las ubicaciones de las casas de seguridad de los Indeseadables. Brekker no hace nada sin preparación. Tendrá guardadas para ocultarse por toda la ciudad.

—Si lo conoces tan bien, entonces sabes que él nunca mantendría a Kuwei en algún lugar al que yo podría conducirte.

—No creo eso.

—No puedo evitar lo que crees o no crees. Probablemente tu científico shu ya se ha ido hace mucho.

—Me habría llegado la noticia. Mis espías están en todos lados.

—Claramente no en todos lados.

Los labios de Bajan se elevaron.

Van Eck sacudió la cabeza con cansancio. —Pónganla en la mesa.

Inej sabía que era inútil luchar, pero lo hizo de todos modos. Era luchar o ceder al terror que la atravesaba mientras los guardias la alzaban a la mesa y le ataban las extremidades. Ahora vio que una de las mesas de utilería estaba dispuesta con instrumentos que no lucían para nada como los mazos y sierras desproporcionados que colgaban de las paredes. Eran herramientas de cirujano reales. Escalpelos y sierras y tenazas que resplandecían con intención siniestra.

—Es el *Espectro*, señorita Ghafa, leyenda del Barril. Ha reunido los secretos de jueces, consejeros, ladrones y asesinos por igual. Dudo que haya algo en esta ciudad que no sepa. Me dirá las ubicaciones de las casas de seguridad del señor Brekker, ahora.



—No puedo decirte lo que no sé.

Van Eck suspiró. —Recuerde que he intentado tratarla con educación. —Se giró a uno de los guardias, un hombre de complexión robusta con una nariz afilada como cuchilla—. Preferiría que esto no se prolongue demasiado. Haga lo que piense que es mejor.

El guardia dejó que su mano flotara por encima de la mesa de instrumentos como decidiendo qué crueldad sería más eficiente. Inej sintió que su coraje se tambaleaba, la respiración salió en jadeos de pánico. *Cuando el miedo llega, algo está a punto de suceder.*

Bajan se inclinó sobre ella, con la cara pálida, los ojos llenos de preocupación. —Por favor dile. Seguramente Brekker no vale el quedar marcada o lisiada. Dile lo que sabes.

—Todo lo que sé es que hombres como tú no merecen el aire que respiran.

Bajan pareció aguijoneado. —No he sido más que amable contigo. No soy alguna clase de monstruo.

—No, eres el hombre que se queda ociosamente a un lado, felicitándote de tu decencia, mientras el monstruo se come su ración. Al menos un monstruo tiene dientes y agallas.

—¡Eso no es justo!

Inej no podía creer la blandura de esta criatura, que buscara su aprobación en este momento. —Si aún crees en justicia, entonces has llevado una vida muy afortunada. Quítate del camino del monstruo, Bajan. Terminemos con esto. —El guardia con nariz afilada se adelantó; algo brilló en su mano. Inej buscó un lugar de quietud dentro de sí, el lugar que le había permitido soportar un año en la Colección, un año de noches marcadas por dolor y humillación, de días contados en golpizas y peor—. Adelante —urgió, y su voz fue de acero.



—Espera —dijo Van Eck. Estaba estudiando a Inej como si estuviera leyendo un libro de contabilidad, intentando casar las cifras. Inclinó la cabeza a un lado y dijo—: rómpele las piernas.

Inej sintió que su valentía se fracturaba. Empezó a revolverse, intentando librarse del agarre del guardia.

—Ah —dijo Van Eck—. Eso es lo que pensé.

El guardia de nariz afilada seleccionó un tubo pesado.

—No —dijo Van Eck—. No quiero que sea una ruptura limpia. Utiliza el mazo. Destroza el hueso. —Su cara flotó sobre ella, sus ojos de un azul claro y brillante; los ojos de Wylan, pero desprovistos de algo de la amabilidad de Wylan—. Nadie será capaz de volver a armarla, señorita Ghafa. Tal vez pueda ganar dinero para pagar su contrato mendigando peniques en la Duela Este y luego arrastrarse a casa al Tablón cada noche, asumiendo que Brekker aún le dé una habitación allí.

—No. —No sabía si estaba rogándole a Van Eck o a sí misma. No sabía a quién odiaba más en este momento.

El guardia levantó un mazo de acero.

Inej se revolvió en la mesa, su cuerpo cubierto en sudor. Podía oler su propio miedo. —No —repitió—. No.

El guardia de nariz afilada probó el peso del mazo en sus manos. Van Eck asintió. El guardia lo levantó en un arco ágil.

Inej observó el mazo elevarse y alcanzar su cémito, la luz destelló de su amplia cabeza, la cara plana de una luna muerta. Escuchó el crujir de la hoguera de campamento, pensó en el cabello de su madre trenzado con seda caqui.

—¡Él nunca hará el intercambio si me rompes! —gritó, las palabras se soltaron de algún lugar profundo en su interior, su voz estaba en carne viva e indefensa—. ¡Ya no seré de utilidad para él!



Van Eck levantó una mano. El mazo cayó.

Inej lo sintió rozarle los pantalones cuando el impacto estrelló la superficie de la mesa a un cabello de distancia de su pantorrilla, toda la esquina colapsó bajo la fuerza.

Mi pierna, pensó, estremeciéndose violentamente. *Esa habría sido mi pierna*. Tenía un sabor metálico en la boca. Se había mordido la lengua. *Que los Santos me protejan. Que los Santos me protejan*.

—Dices un argumento interesante —dijo Van Eck, meditabundo. Se dio golpecitos en el labio con un dedo, pensando—. Medite sus lealtades, señorita Ghafa. Mañana en la noche puede que no sea tan misericordioso.

Inej no pudo controlar su temblor. *Voy a abrirte en canal*, prometió silenciosamente. *Voy a extraer esa patética excusa de corazón de tu pecho*. Era un pensamiento malvado, un pensamiento vil. Pero no pudo evitarlo. ¿Sus Santos sancionarían algo semejante? ¿La perdonarían si mataba no para sobrevivir sino porque ardía con odio luminoso y viviente? *No me importa*, pensó mientras su cuerpo tenía espasmos y los guardias levantaban su forma temblorosa de la mesa. *Haré penitencia por el resto de mis días si eso significa que consigo matarlo*.

La arrastraron de vuelta a su habitación a través del vestíbulo del teatro dilapidado y por un pasillo de lo que ahora sabía debía ser una vieja sala de equipo. Volvieron a atarle las manos y pies.

Bajan se movió para colocarle la venda sobre los ojos. —Lo siento —susurró él—. No sabía que él tenía intención... yo...

—*Kadema mehim*.

Bajan se sobresaltó. —No digas eso.

Los suli eran gente cercana, leales. Tenían que serlo, en un mundo donde no tenían tierra y donde eran tan pocos. Los dientes de Inej estaban castañeando, pero forzó las palabras a salir: —Estás maldito. Como me has dado la espalda a mí, igual ellos te darán la espalda a ti. —Era la peor de las acusaciones suli, una que te prohibía la



bienvenida de tus ancestros en el siguiente mundo, y condenaba tu espíritu a vagar sin un hogar.

Bajan palideció. —No creo en nada de eso.

—Lo harás.

Él aseguró la venda alrededor de su cabeza. Ella escuchó la puerta cerrarse.

Inej se acostó de lado, su cadera y hombro se clavaban en el piso frío, y esperó a que los temblores pasaran.

En sus primeros días en la Colección, ella había creído que alguien vendría por ella. Su familia la encontraría. Un oficial de la ley. Un héroe de una de las historias que su madre solía contarle. Habían llegado hombres, pero no para liberarla, y eventualmente su esperanza se había marchitado como hojas debajo de un sol demasiado brillante, reemplazada por un amargo capullo de resignación.

Kaz la había rescatado de esa desesperanza, y sus vidas habían sido una serie de rescates desde entonces, una hilera de deudas de la que no llevaban la cuenta mientras se salvaban el uno al otro una y otra vez. Acostada en la oscuridad, se dio cuenta que, a pesar de todas sus dudas, ella creía que él vendría a rescatarla una vez más, que él apartaría su avaricia y sus demonios y vendría por ella. Ahora no estaba tan segura. Porque no era solo el sentido de las palabras que había dicho lo que había inmovilizado la mano de Van Eck, sino la verdad que él había escuchado en su voz. *Él nunca hará el intercambio si me rompes.* Ella no podía fingir que esas palabras habían sido conjuradas por estrategia o siquiera astucia animal. La magia que habían realizado había nacido de la creencia. Un feo encantamiento.

Mañana en la noche puede que no sea tan misericordioso. ¿Esta noche había sido un ejercicio destinado a asustarla? ¿O Van Eck regresaría para ejecutar sus amenazas? Y si Kaz venía, ¿cuánto quedaría de ella?



LEIGH BARDUGO

THE DREGS

PARTE DOS
UN
VIENTO LETA
L

CROOKED KINGDOM





Traducido por Azhreik

Jesper sentía como si su ropa estuviera a rebosar de pulgas. Cuando el equipo dejaba la isla Velo Negro para merodear por el Barril, vestían los disfraces de la *Komedie Brute*; las capas, velos, máscaras y ocasionalmente cuernos que los turistas y lugareños por igual utilizaban para ocultar sus identidades, mientras disfrutaban los placeres del Barril.

Pero aquí en las avenidas y canales respetables del distrito universitario, el señor Carmesí y el Duendecillo Gris habrían atraído un montón de miradas, así que él y Wylan habían desecharo sus disfraces tan pronto estuvieron lejos de las Duelas. Y si Jesper era honesto consigo mismo, no deseaba reunirse con su padre, por primera vez en años, vestido con una máscara de ojos desorbitados o una capa de seda naranja o incluso su usual atuendo del Barril. Se había vestido tan respetablemente como pudo. Wylan le había prestado unos cuantos *kruge* para una chaqueta de tweed de segunda mano y un abrigo largo gris plomizo. Jesper no lucía precisamente respetable, pero de todas formas los estudiantes no debían lucir demasiado prósperos.

Una vez más se encontró intentando alcanzar sus revólveres, anhelando la sensación fría y familiar de las empuñaduras de perla debajo de sus pulgares. Ese abogado granuja había ordenado al jefe de piso que las almacenara en una caja fuerte en el Cúmulo. Kaz dijo que las recuperarían en poco tiempo, pero él dudaba que Kaz estaría tan calmado y tranquilo si alguien le hubiera arrebatado su bastón. *Tú eres el que las puso en la mesa como un imbécil*, se recordó Jesper. Lo había hecho por Inej. Y si era honesto, lo había hecho también por Kaz, para mostrarle que estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para enderezar las cosas. No que pareciera importar mucho.



Bueno, se consoló, no es como si hubiera podido traer mis revólveres en esta diligencia, de todas formas. Los estudiantes y profesores no iban de clase en clase cargando pólvora. Podría hacer más interesante un día escolar si lo hicieran. Aun así, Jesper había ocultado un triste remedo de pistola debajo de su abrigo. Esto era Ketterdam, después de todo, y era posible que él y Wylan estuvieran caminando hacia una trampa. Era por eso que Kaz y Matthias seguían sus pasos. Él no había visto señal de ninguno de los dos, y Jesper suponía que era algo bueno, pero aun así estaba agradecido que Wylan se hubiera ofrecido a acompañarlo. Kaz solo lo había permitido porque Wylan dijo que necesitaba suministros para su trabajo con el gorgojo.

Pasaron junto a cafeterías y librerías de estudiantes, escaparates abarrotados de libros de texto, tinta y papel. Estaban a menos de tres kilómetros del ruido y estrepito del Barril, pero se sentía como si hubieran cruzado un puente a otro país. En lugar de montones de marineros recién bajados de los botes, buscando problemas, o turistas empujándose desde cada ángulo, la gente se apartaba a un lado para dejarte pasar, mantenían sus conversaciones en voz baja. Ningún vocero gritaba desde las fachadas esperando hacer negocios. Los pequeños callejones torcidos estaban llenos de encuadradores y boticarios, y las esquinas estaban libres de chicas y chicos que carecían de asociación con una de las casas de la Duela Oeste y que habían sido forzados a ejercer su oficio en la calle.

Jesper se detuvo debajo de un toldo y respiró hondo por la nariz.

—¿Qué? —preguntó Wylan.

—Huele mucho mejor aquí. —Tabaco costoso, lluvia matutina que aún empapaba el empedrado, nubes azules de jacintos en las jardineras de las ventanas. Nada de orina, vomito, perfume barato o basura podrida. Incluso el olor fuerte del humo del carbón parecía más débil.

—¿Estás ganando tiempo? —preguntó Wylan.

—No. —Jesper exhaló y se encorvó un poco—. Tal vez un poco. —Rotty había llevado un mensaje al hotel donde el hombre que clamaba ser el padre de Jesper se estaba



quedando, para que pudieran fijar una hora y lugar para encontrarse. Jesper había deseado ir solo, pero si su padre realmente estaba en Ketterdam, era posible que estuviera siendo utilizado como carnada. Mejor encontrarse a plena luz del día, en un terreno neutral. La Universidad había parecido lo más seguro, muy lejos de los peligros del Barril o cualquiera de los territorios familiares de Jesper.

Jesper no sabía si deseaba que su padre lo estuviera esperando en la Universidad o no. Era mucho más placentero pensar en enfrentarse a una lucha, que la vergüenza de cómo había botado todo terriblemente, pero hablar sobre eso se sentía como intentar trepar a un patíbulo hecho de maderas podridas. Así que dijo: —Siempre me gustó esta parte de la ciudad.

—A mi padre también le gusta. Pone un gran valor en aprender.

—¿Más alto que el dinero?

Wylan se encogió de hombros, viendo una ventana llena de globos pintados a mano. —El conocimiento no es una señal del favor divino. La prosperidad sí.

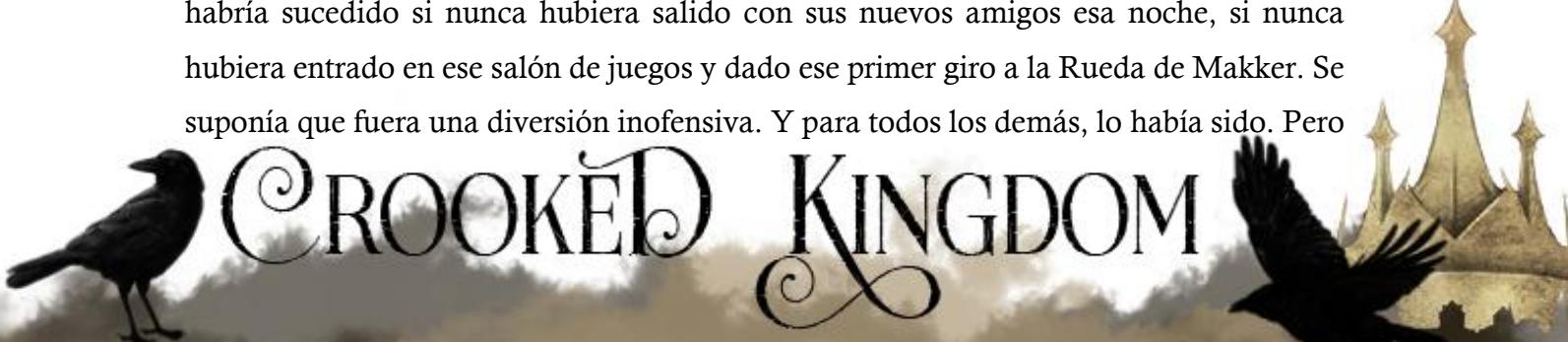
Jesper le lanzó una veloz mirada de reojo. Aún no estaba acostumbrado a que la voz de Wylan saliera de la cara de Kuwei. Siempre lo dejaba sintiéndose un poco desequilibrado, como si hubiera pensado que estaba alcanzando una copa de vino y obtuviera un sorbo de agua en su lugar. —¿Tu papá es realmente tan religioso, o solo es una excusa por ser un hijo de perra grosero en lo que se refiere a negocios?

—Cuando se refiere a cualquier cosa, en realidad.

—¿Particularmente matones y ratas de canal del Barril?

Wylan se reacomodó la correa de su morral. —Él piensa que el Barril distrae a los hombres del trabajo y la industria y conduce a la degeneración.

—Puede que tenga un argumento válido —dijo Jesper. A veces se preguntaba qué habría sucedido si nunca hubiera salido con sus nuevos amigos esa noche, si nunca hubiera entrado en ese salón de juegos y dado ese primer giro a la Rueda de Makker. Se suponía que fuera una diversión inofensiva. Y para todos los demás, lo había sido. Pero



la vida de Jesper se había dividido como un tronco en dos trozos distintos y desiguales: el tiempo antes que se hubiera acercado a esa rueda y cada día desde entonces—. El Barril se come a la gente.

—Tal vez —consideró Wylan—. Pero los negocios son negocios. Los salones de juego y burdeles responden a una demanda. Ellos ofrecen empleo. Pagan impuestos.

—Que buen niño del Barril te has vuelto. Esa es prácticamente una página sacada de los libros de los jefes. —Cada pocos años a algún reformador se le metía en la cabeza limpiar el Barril y purgar Ketterdam de su reputación desagradable. Era entonces cuando los panfletos salían, una guerra de propaganda entre los propietarios de los salones de juego y casas de placer en un lado y los mercaderes reformadores de trajes negros en el otro. Al final, todo se reducía a dinero. Los negocios de las Duelas Este y Oeste entregaban una ganancia considerable, y los habitantes del Barril lanzaban monedas muy honestas en las arcas de impuestos de la ciudad.

Wylan tironeó de la correa del morral de nuevo. Se había torcido en la parte superior. —No creo que sea muy diferente de apostar tu fortuna en un cargamento de seda o *jurda*. Tus probabilidades son mucho mejores cuando estás jugando en el mercado.

—Tienes mi atención, mercito. —Mejores probabilidades siempre eran de interés—. ¿Cuánto es lo máximo que tu padre ha perdido en un negocio?

—Realmente no lo sé. Dejó de hablar esas cosas conmigo hace mucho tiempo.

Jesper vaciló. Jan Van Eck era un completo tonto por la forma en que había tratado a su hijo, pero Jesper podía admitir que tenía curiosidad sobre el supuesto «padecimiento» de Wylan. Deseaba saber qué veía Wylan cuando intentaba leer, por qué parecía estar bien con ecuaciones o precios o un menú, pero no oraciones o signos. En su lugar, dijo: —Me pregunto si la proximidad al Barril hace a los mercaderes más estirados. Toda esa ropa negra y restricción, carne solo dos veces a la semana, cerveza clara en vez de brandy. Tal vez están compensando toda la diversión que nosotros tenemos.



—¿Manteniendo las escalas balanceadas?

—Claro. Quiero decir, solo piensa en los niveles de libertinaje que podríamos alcanzar si nadie mantuviera esta ciudad bajo control. Champán para desayunar. Orgías desnudas en el piso de la Bolsa de Valores.

Wylan hizo un ruido aturullado que sonó como un ave con los ojos cerrados y miró a cualquier lado menos a Jesper. Era tan maravillosamente fácil de perturbar, aunque Jesper podía admitir que no pensaba que el distrito universitario necesitara una dosis de lo sucio. Le gustaba justo como era: limpio y tranquilo y con olor a libros y flores.

—No tienes que venir, sabes —dijo Jesper, porque sintió que debía—. Tienes tus suministros. Podrías esperar seguro y cómodo en una cafetería.

—¿Es eso lo que deseas?

No. No puedo hacer esto solo. Jesper se encogió de hombros. No estaba seguro de cómo se sentía sobre lo que Wylan podría atestiguar en la Universidad. Jesper rara vez había visto a su padre enojado, pero ¿cómo podía no estar enojado ahora? ¿Qué explicaciones podría Jesper ofrecerle? Había mentido, puesto en peligro la fuente de ingresos por la que su padre había trabajado tan duro. ¿Y por qué? Una pila humeante de nada.

Pero Jesper no podía soportar la idea de enfrentar a su padre a solas. Inej lo habría entendido. No que él se mereciera su simpatía, pero había algo estabilizador en ella que él sabía reconocería y tranquilizaría sus propios miedos. Había esperado que Kaz se ofreciera a acompañarlo. Pero cuando se habían separado para aproximarse a la Universidad, Kaz solo le había dirigido una mirada oscura. El mensaje había sido claro: *Tú cavaste esta tumba. Ve a acostarte en ella.* Kaz aún lo estaba castigando por la emboscada que casi había terminado el trabajo de la Corte de Hielo antes que iniciara, e iba a requerir más que Jesper sacrificara sus revólveres para volver a estar en buenos términos con Kaz. ¿Kaz siquiera tenía buenos términos?

El corazón de Jesper latió con un poco de más fuerza cuando caminaron debajo del vasto arco de piedra hacia el patio de la *Boekspan*. La Universidad no era un edificio



sino una serie de ellos, todos construidos alrededor de secciones paralelas del *Boekcanal* y se unía al Puente Orador, donde la gente se reunía para debatir o beber una amigable pinta de cerveza clara, dependiendo del día de la semana. Pero *Boeksplein* era el corazón de la Universidad; cuatro bibliotecas construidas alrededor de un patio central y la Fuente del Erudito. Habían pasado casi dos años desde que Jesper había puesto un pie en los terrenos de la Universidad. Nunca había renunciado oficialmente a la escuela. Ni siquiera realmente había decidido no asistir. Simplemente había empezado a pasar más y más tiempo en la Duela Este, hasta que levantó la vista un día y se dio cuenta que el Barril se había convertido en su hogar.

Incluso así, en su breve tiempo como estudiante, se había enamorado de la *Boeksplein*. Jesper nunca había sido un gran lector. Amaba las historias, pero odiaba sentarse quieto, y los libros asignados por la escuela parecían diseñados para hacer que su mente vagabundeara. En *Boeksplein*, a donde quiera que sus ojos se desviaran, había algo que los ocupara: ventanas emplomadas con bordes de vitral, verjas de hierro forjadas en figuras de libros y barcos, la fuente central con su erudito barbudo, y lo mejor de todo: las gárgolas, cosas grotescas con alas de murciélagos con birretes, y dragones de piedra que se habían quedado dormidos sobre libros. Le gustaba pensar que quien sea que hubiera construido este lugar había sabido que no todos los estudiantes eran aptos para la contemplación silenciosa.

Pero cuando entraron al patio, Jesper no miró alrededor para saborear la cantería o escuchar el salpicar de la fuente. Toda su atención se enfocó en el hombre parado cerca de la pared este, que miraba las ventanas de vitral, con un sombrero arrugado en sus manos. Con una punzada, Jesper se dio cuenta que su padre se había puesto su mejor traje. Se había acomodado el cabello pelirrojo kaelish para apartarlo de su frente. Ahora había un gris en éste que no había estado cuando Jesper se marchó de casa. Colm Fahey lucía como un granjero camino a la iglesia. Totalmente fuera de lugar. Kaz (diablos, cualquiera del Barril) le echaría un vistazo y solo vería a un blanco andante.

La garganta de Jesper se sintió reseca como arena. —Pá —dijo con voz ronca.



La cabeza de su padre se levantó de golpe y Jesper se preparó para lo que podría venir a continuación: cualquier insulto o ataque que su padre le lanzara, se lo merecía. Pero no estaba preparado para la sonrisa aliviada que partió los rasgos arrugados de su padre. Alguien bien podría haber puesto una bala justo en el corazón de Jesper.

—¡Jes! —gritó su padre. Y entonces Jesper estaba cruzando el patio y los brazos de su padre lo rodeaban apretadamente, abrazándolo tan fuerte que Jesper pensó que en realidad sintió que las costillas se le doblaban—. Por todos los Santos, creí que estabas muerto. Dijeron que ya no eras un estudiante aquí, que sencillamente te habías desvanecido y... yo estaba seguro que te habían atacado bandidos o algo parecido en este lugar abandonado por los Santos.

—Estoy vivo, Pá —jadeó Jesper—. Pero si sigues apretándome así, no lo estaré por mucho.

Su padre se rio y lo liberó, manteniéndolo a distancia del brazo, con sus grandes manos sobre los hombros de Jesper. —Juro que estás una cabeza más alto.

Jesper agachó la cabeza. —Quince centímetros. Mm, este es Wylan —dijo, pasando de zemeni a kerch. En casa hablaban los dos, el lenguaje de su madre y el lenguaje de los negocios. El nativo kaelish de su padre había sido reservado para las raras veces que Colm cantaba.

—Gusto en conocerte. ¿Hablas kerch? —prácticamente gritó su padre, y Jesper se dio cuenta que era porque Wylan aún lucía shu.

—Pá —dijo, estremeciéndose de vergüenza—. Habla kerch muy bien.

—Gusto en conocerlo, señor Fahey —dijo Wylan. Benditos sus modales de merca.

—Igualmente, muchacho. ¿También eres un estudiante?

—Yo... he estudiado —dijo Wylan, incómodo.



Jesper no tenía idea de cómo llenar el silencio que siguió. No estaba seguro de qué había esperado de esta reunión con su padre, pero no era un amigable intercambio de formalidades.

Wylan se aclaró la garganta. —¿Tiene hambre, señor Fahey?

—Me muero de hambre —replicó el padre de Jesper agradecido.

Wylan le dio a Jesper un codazo. —Tal vez podríamos llevar a tu padre a almorzar?

—Almorzar —dijo Jesper, repitiendo la palabra como si acabara de aprenderla—. Sí, almorzar. ¿A quién no le gusta almorzar? —El almuerzo se sentía como un milagro. Comerían, hablarían. Tal vez beberían. Por favor, que pudieran beber.

—Pero Jesper, ¿qué ha estado sucediendo? Recibí una notificación del *Gemensbank*. El préstamo está por vencerse, y me indujiste a creer que era temporal. Y tus estudios...

—Pá —empezó Jesper—. Yo... la cosa es...

Un disparo resonó contra las paredes del patio. Jesper empujó a su padre detrás de él al tiempo que una bala resquebrajaba las piedras a sus pies, levantando una nube de polvo. Repentinamente, disparos hicieron eco del otro lado del patio. La reverberación hizo difícil decir de dónde provenían los tiros.

—¿Qué, en el nombre de todo lo sagrado...?

Jesper tironeó de la manga de su padre, jalándolo hacia el refugio de piedra de un umbral. Miró a su izquierda, preparado para sujetar a Wylan, pero el mercito ya estaba en movimiento, manteniendo el ritmo junto a Jesper en lo que pasaba como un agazaparse razonable. *Nada como el que te disparen unas cuantas veces para que aprendas rápido*, pensó Jesper, mientras alcanzaban la curva protectora del saliente. Inclinó el cuello para intentar ver al tejado, luego retrocedió rápidamente cuando sonaron más disparos. Otra retahíla de disparos resonó de algún lugar arriba y a la izquierda, y Jesper solo podía esperar que eso significara que Matthias y Kaz estaban respondiendo al fuego.



—¡Santos! —jadeó su padre—. ¡Esta ciudad es peor de lo que dicen las guías!

—Pá, no es la ciudad —dijo Jesper, sacando la pistola de su abrigo—. Están tras de mí. O tras de nosotros. Difícil decirlo.

—¿Quién está tras de ti?

Jesper intercambió una mirada con Wylan. ¿Jan Van Eck? ¿Una pandilla rival buscando desquitarse? ¿Pekka Rollins o alguien más a quien Jesper había pedido prestado dinero? —Hay una larga lista de candidatos potenciales. Necesitamos salir de aquí antes que se presenten más personalmente.

—¿Bandoleros?

Jesper sabía que había una buena posibilidad de que estuviera a punto de ser cubierto de hoyos, así que intentó controlar su sonrisa. —Algo así.

Se asomó por el borde de la puerta, disparó dos tiros, luego volvió a agacharse cuando explotó otro aluvión de disparos.

—Wylan, dime que traes más que plumas, tinta e ingredientes para el gorgojo.

—Tengo dos bombas destello y algo nuevo que equipé con un poco más de, um, contundencia.

—¿Bombas? —preguntó el padre de Jesper, parpadeando como para despertarse de un mal sueño.

Jesper se encogió de hombros con impotencia. —¿Piensa en ellos como experimentos científicos?

—¿Qué clase de cifras tenemos en contra? —preguntó Wylan.

—Mírate, formulando todas las preguntas correctas. Difícil decirlo. Están en algún lugar en el tejado, y la única forma de salir es de vuelta por el arco. Eso es un montón de patio que cruzar, con ellos disparando desde terreno elevado. Incluso si lo



conseguimos, supongo que tendrán más potencia esperándonos afuera de la *Boeksplein*, a menos que Kaz y Matthias puedan despejar un camino de alguna forma.

—Conozco otra salida —dijo Wylan—. Pero la entrada está en el otro lado del patio. —Apuntó a una puerta debajo de un arco tallado con alguna especie de monstruo cornudo que mordisqueaba una pluma.

—¿La sala de lectura? —Jesper evaluó la distancia—. Muy bien. A la de tres, corres. Te cubriré. Lleva a mi padre dentro.

—Jesper...

—Pá, te juro que explicaré todo, pero ahora mismo todo lo que necesitas saber es que estamos en una mala situación, y resulta que las malas situaciones son mi área de especialización. —Y era verdad. Jesper podía sentir que se avivaba, se apartó la preocupación que había estado siguiendo sus pasos desde que había recibido la noticia de la llegada de su padre a Ketterdam. Se sentía libre, peligroso, como siendo un pararrayos sobre la pradera—. Confía en mí, Pá.

—Muy bien, chico. Muy bien.

Jesper estaba muy seguro que pudo escuchar un *por ahora* sin decir. Vio a Wylan prepararse. El mercito aún era muy nuevo en todo esto. Con algo de suerte, Jesper no conseguiría que mataran a todos.

—Uno, dos... —Empezó a disparar a la de *tres*. Saltando al patio, rodó para ponerse a cubierto detrás de la fuente. Había ido a ciegas, pero vislumbró las figuras en el tejado rápidamente, apuntó por instinto, percibiendo movimientos y disparando antes que pudiera pensar en asegurar un buen tiro. No necesitaba matar a nadie, solo necesitaba asustarlos tremadamente y comprarle tiempo a Wylan y su padre.

Una bala impactó la estatua central de la fuente, el libro en la mano del erudito explotó en fragmentos de piedra. Cualquier munición que estuvieran utilizando, no estaban jugando.

Jesper recargó y se asomó desde detrás de la fuente, disparando.



—Por todos los *Santos* —gritó cuando el dolor le atravesó el hombro. Realmente odiaba que le dispararan. Se agachó detrás del borde de la piedra. Flexionó la mano, probando el daño a su brazo. Solo un rasguño, pero dolía endemoniadamente, y estaba sangrando sobre su nueva chaqueta de tweed—. Es por eso que no conviene intentar lucir respetable —murmuró. Sobre él, podía ver moviéndose las siluetas en el tejado. En cualquier minuto, iban a rodear al otro lado de la fuente y él estaría acabado.

—¡Jesper! —la voz de Wylan. Demonios. Se suponía que se pusiera a cubierto— . Jesper, a tus dos en punto.

Jesper miró hacia arriba y algo estaba cayendo en arco a través del cielo. Sin pensarlo, apuntó y disparó. El aire explotó.

—¡Metete en el agua! —gritó Wylan.

Jesper se arrojó a la fuente, y un segundo después el aire siseó con luz. Cuando Jesper asomó su cabeza empapada fuera del agua, vio que cada superficie expuesta del patio y sus jardines estaba llena de hoyos, volutas de humo se elevaban de los diminutos cráteres. Quien sea que estuviera en el tejado estaba gritando. ¿Qué clase de bomba había soltado Wylan?

Esperaba que Matthias y Kaz hubieran encontrado una cubierta, pero no había tiempo de pensar lo detenidamente. Se movió rápidamente hacia el umbral debajo del demonio que mordisqueaba el lápiz. Wylan y su padre estaban esperando en el interior. Cerraron la puerta con un azote.

—Ayúdenme —dijo Jesper—. Necesitamos bloquear la entrada.

El hombre detrás del escritorio vestía túnica gris de profesor. Sus fosas nasales estaban tan inflamadas por su descaro, que Jesper temió ser succionado en una de ellas.
—Jovencito...

Jesper apuntó su arma al pecho del profesor. —Muévase.

—¡Jesper! —dijo su padre.



—No te preocupes, Pá. La gente se apunta con armas los unos a los otros todo el tiempo en Ketterdam. Básicamente es un apretón de manos.

—¿Es eso cierto? —preguntó su padre mientras el profesor a regañadientes se apartaba y ellos empujaban el pesado escritorio enfrente de la puerta.

—Absolutamente —dijo Wylan.

—Ciertamente *no* —dijo el profesor.

Jesper les hizo señas. —Depende del vecindario. Vamos.

Atravesaron el pasillo principal de la sala de lectura entre largas mesas iluminadas por lámparas de cuellos curvados. Los estudiantes estaban acurrucados contra la pared y debajo de las sillas, probablemente pensando que todos estaban a punto de morir.

—¡Nada de qué preocuparse, todos! —gritó Jesper—. Solo una pequeña práctica de tiro en el patio.

—Por aquí —dijo Wylan, guiándolos a través de una puerta cubierta con un forjado elaborado.

—Oh, no deben —dijo el profesor corriendo detrás de ellos, con la túnica ondeando—. ¡No la sala de libros raros!

—¿Quiere estrechar manos de nuevo? —preguntó Jesper, luego añadió—. Prometo que no le dispararemos a nadie que no tengamos que hacerlo. —Le dio a su padre un suave empujón—. Sube las escaleras.

—¿Jesper? —dijo una voz desde debajo de la mesa más cercana.

Una bonita chica rubia tenía levantada la vista desde donde estaba acuclillada en el suelo.

—¿Madeleine? —dijo Jesper—. ¿Madeleine Michaud?

—Dijiste que iríamos a desayunar!



—Tuve que ir a Fjerda.

—¿Fjerda?

Jesper se dirigió a las escaleras, detrás de Wylan, luego asomó la cabeza de vuelta en la sala de lectura. —Si vivo, te compraré gofres.

—No tienes suficiente dinero para comprarle gofres —gruñó Wylan.

—Silencio. Estamos en una biblioteca.

Jesper nunca había tenido razón para entrar a la sala de libros raros mientras estaba en la escuela. El silencio era tan profundo que era como estar bajo el agua. Manuscritos coloreados estaban exhibidos en vitrinas de cristal iluminadas por haces dorados de luz de lámpara, y mapas raros cubrían las paredes.

Un Impulsor con una *kefta* azul estaba parado en un rincón, con los brazos levantados, pero retrocedió cuando entraron.

—¡Shu! —gritó el Impulsor cuando vio a Wylan—. No iré contigo. ¡Primero me mataré yo mismo!

El padre de Jesper levantó las manos como calmando a un caballo. —Tranquilo, muchacho.

—Solo vamos pasando —dijo Jesper, dándole a su padre otro empujón.

—Síganme —dijo Wylan.

—¿Qué está haciendo un Impulsor en la sala de libros raros? —preguntó Jesper mientras corrían entre el laberinto de estanterías y vitrinas, pasando junto a los ocasionales estudiosos o estudiantes agachados contra los libros, atemorizados.

—Humedad. Él mantiene el aire seco para preservar los manuscritos.

—Bonito trabajo, si puedes conseguirlo.



Cuando alcanzaron la pared oeste, Wylan se detuvo enfrente de un mapa de Ravka. Miró alrededor para asegurarse que no estaban siendo observados, entonces presionó el símbolo que marcaba la capital: Os Alta. El país pareció abrirse a lo largo del borde del Falso Océano, revelando una abertura oscura apenas lo bastante amplia para pasar apretujado.

—Conduce al segundo piso de una imprenta —dijo Wylan, mientras se metían—. Fue construida como una forma para que los profesores pasaran de la biblioteca a sus casas, sin tener que lidiar con estudiantes enojados.

—¿Enojados? —dijo el padre de Jesper—. ¿Todos los estudiantes tienen armas?

—No, pero hay una larga tradición de amotinarse por las calificaciones.

El mapa se cerró con un deslizamiento, dejándolos en la oscuridad mientras avanzaban de lado.

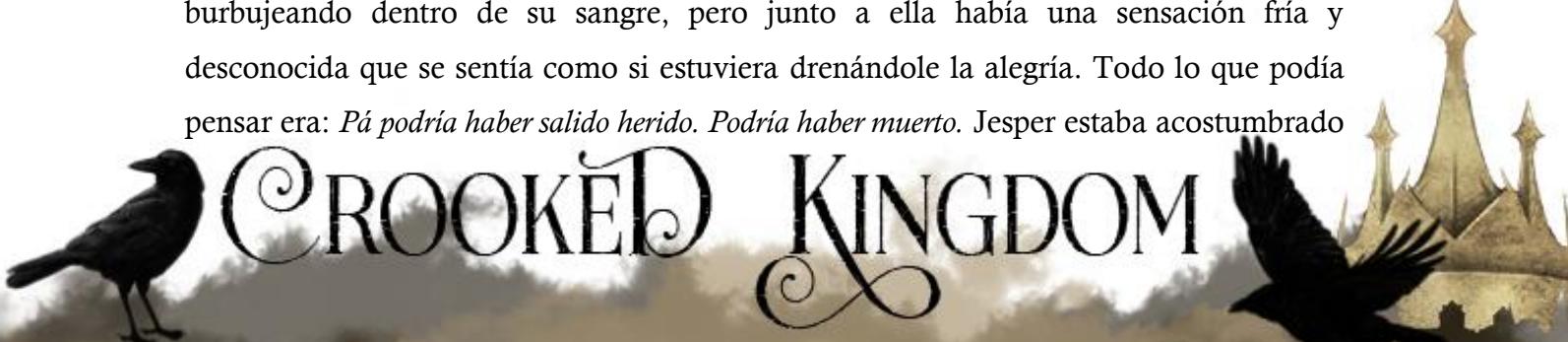
—No es por ser un engreído —murmuró Jesper a Wylan—, pero no habría creído que estarías familiarizado con la sala de libros raros.

—Solía reunirme con uno de mis tutores aquí, cuando mi padre aún pensaba... El tutor tenía un montón de historias interesantes. Y siempre me gustaron los mapas. Trazar las letras a veces me facilitaba... Así es como encontré el pasaje.

—Sabes, Wylan, uno de estos días voy a dejar de subestimarte.

Hubo una breve pausa y luego, desde algún lugar arriba, escuchó a Wylan decir:
—Entonces vas a ser mucho más difícil de sorprender.

Jesper sonrió, pero no se sintió del todo correcto. Desde detrás de él, podía escuchar gritos desde la sala de libros raros. Había estado cerca, él estaba sangrando del hombro, habían hecho un gran escape... estos eran los momentos por los que vivía. Debería estar zumbando por la emoción de la pelea. La emoción aún estaba allí, burbujeando dentro de su sangre, pero junto a ella había una sensación fría y desconocida que se sentía como si estuviera drenándole la alegría. Todo lo que podía pensar era: *Pá podría haber salido herido. Podría haber muerto.* Jesper estaba acostumbrado



a que la gente le disparara. Él habría estado un poco insultado si hubieran *dejado* de dispararle. Esto era diferente. Su padre no había elegido esta pelea. Su único crimen había sido poner su fe en su hijo.

Ese es el problema con Ketterdam, pensó Jesper mientras atravesaban inseguros la oscuridad. Confiar en la persona equivocada puede hacer que te maten.





Traducido por Azhreik

Nina no podía dejar de mirar fijamente a Colm Fahey. Era un poco más bajito que su hijo, más ancho de hombros, su color clásicamente kaelish: vibrante cabello pelirrojo oscuro y esa piel blanca como sal, densamente cubierta de pecas por el sol zemeni. Y aunque sus ojos eran del mismo gris claro que los de Jesper, poseían una seriedad en ellos, una especie de segura calidez que difería de la energía chispeante de Jesper.

No solo era el placer de intentar encontrar a Jesper en los rasgos de su padre lo que mantuvo la atención de Nina enfocada en el granjero. Sencillamente había algo muy extraño en ver una persona tan *integra* parada en el casco de piedra de un mausoleo vacío rodeada por lo peor de Ketterdam... ella entre ellos.

Nina se estremeció y atrajo más apretadamente a su alrededor la vieja manta de caballo que había estado utilizando como chal. Había empezado a contar su vida en días buenos y días malos, y gracias al trabajo de Cornelis Smeet, este estaba resultando ser un día muy malo. No podía permitir que la derrotara, no cuando estaban tan cerca de rescatar a Inej. *Que estés bien*, deseó Nina silenciosamente, esperando que sus pensamientos pudieran de alguna forma atravesar el aire, volar velozmente sobre las aguas de los muelles de Ketterdam y alcanzar a su amiga. *Permanece a salvo y completa y espéranos*.

Nina no había estado en Vellgeluk cuando Van Eck había tomado a Inej de rehén. Aún había estado intentando purgar la *parem* de su cuerpo, atrapada en la neblina del sufrimiento que había comenzado en la travesía desde Djerholm. Se dijo a sí misma que estuviera agradecida por el recuerdo de esa miseria, cada minuto tembloroso, doloroso,



y lleno de vómitos. La vergüenza de que Matthias lo atestiguara todo, sosteniéndole el cabello, humedeciéndole la frente, inmovilizándola tan suavemente como podía mientras ella discutía, se revolvía, y le gritaba que le diera más *parem*. Se hizo recordar cada cosa terrible que había dicho, cada placer salvaje ofrecido, cada insulto o acusación que le había arrojado a él. *Disfrutas verme sufrir. Quieres que ruegue, ¿no es así? ¿Durante cuánto tiempo has esperado para verme así? Deja de castigarme, Matthias. Ayúdame. Sé bueno conmigo y yo seré buena contigo.* Él lo había absorbido todo en un silencio estoico. Ella se aferraba con fuerza a esos recuerdos. Los necesitaba tan vívidos y brillantes y causantes de sobresaltos como fuera posible, para luchar contra su hambre por la droga. No deseaba volver a estar así nunca.

Ahora miró a Matthias, su cabello salía grueso y dorado, lo bastante largo que apenas empezaba a rizarse sobre sus orejas. Ella amaba la simple visión de él, y también la odiaba. Pero él no le daría lo que ella deseaba. Porque él sabía cuánto la necesitaba ella.

Después que Kaz los había instalado en Velo Negro, Nina había conseguido durar dos días antes de romperse e ir con Kuwei para pedirle otra dosis de *parem*. Una pequeña. Solo una probada, algo para tranquilizar su necesidad incesante. Los sudores habían desaparecido, los brotes de fiebre. Ella podía caminar y hablar, y escuchar a Kaz y los otros elaborando sus planes. Pero incluso mientras se encargaba de sus asuntos; bebía las tazas de caldos y té endulzado con azúcar que Matthias ponía frente a ella; la necesidad estaba allí, un serruchar incesante en sus nervios, una y otra vez, minuto a minuto. No había tomado la decisión consciente de pedirle a Kuwei cuando se había sentado junto a él. Le había hablado suavemente en shu, lo escuchó quejarse sobre la humedad de la tumba. Y entonces las palabras salieron de su boca: —¿Tienes más?

Él no se molestó en preguntarle a qué se refería. —Se la di toda a Matthias.

—Ya veo —había dicho ella—. Eso es probablemente lo mejor.

Ella había sonreído. Él había sonreído. Ella había deseado desgarrarle la cara.



Porque nunca podría ir con Matthias. Nunca. Y por todo lo que ella sabía, él habría arrojado al mar cualquier dosis de la droga que Kuwei tuviera. La idea la llenó de tanto pánico que había tenido que correr afuera y vomitar el contenido de su estómago enfrente de una de los mausoleos ruinosos. Había cubierto el desastre con tierra, luego encontró un lugar tranquilo para sentarse debajo de una pérgola de hiedra y sollozó en ataques de lágrimas temblorosas.

—Todos ustedes son un montón de granujas inútiles —les había dicho a las tumbas silenciosas. A ellas no pareció importarles. Y, aun así, de alguna forma la quietud de Velo Negro la confortó, la tranquilizó. No podía explicar por qué. Los lugares de los muertos nunca antes habían representado solaz para ella. Descansó durante un rato, se secó las lágrimas, y cuando supo que no se delataría con piel manchada y ojos acuosos, había regresado con los otros.

Sobreviviste a lo peor, se había dicho a sí misma. La parem está fuera de alcance, y ahora puedes dejar de pensar en ella. Y lo había conseguido durante un rato.

Luego, anoche, cuando había estado preparándose para intimar con Cornelis Smeet, había cometido el error de utilizar su poder. Incluso con la peluca y las flores y el disfraz y el corsé, no se había sentido del todo en el rol de la seductora. Así que había encontrado un espejo dentro del club Cúmulo e intentó confeccionar los círculos debajo de sus ojos. Era la primera vez que había intentado utilizar su poder desde su recuperación. Había empezado a sudar por el esfuerzo, y tan pronto el color amoratado se desvaneció, el hambre por la *parem* la impactó, una rápida y dura patada en su pecho. Se había doblado, aferrando el lavamanos, su mente llena con pensamientos vertiginosos de cómo podía marcharse, quién podría tener una dosis, qué podría dar a cambio. Se había forzado a pensar en la vergüenza en el barco, el futuro que tal vez podría hacer con Matthias, pero el pensamiento que la había devuelto a la cordura fue Inej. Le debía a Inej su vida, y no había forma de que la dejara aislada con Van Eck. Ella no era esa persona. Se rehusaba a serlo.

De alguna forma, se había recomuesto. Se salpicó agua en la cara, se pellizcó las mejillas hasta dejárselas rosas. Aun lucía demacrada, pero con resolución, se había



subido el corsé y mostrado la sonrisa más brillante que pudo conjurar. *Haz esto bien y Smeet no te estará mirando a la cara*, se había dicho Nina, y se había deslizado por las puertas para coger un pichón.

Pero una vez que el trabajo estuvo terminado, cuando la información que necesitaban estuvo asegurada, y todos se habían quedado dormidos, había rebuscado entre las pocas pertenencias de Matthias, a través de los bolsillos de su ropa, y su frustración creció con cada segundo que pasaba. Ella odiaba a Matthias. Odiaba a Kuwei. Odiaba esta estúpida ciudad.

Desgustada consigo misma, se había deslizado debajo de sus mantas. Matthias siempre dormía con la espalda hacia una pared, un hábito de sus días en la Puerta del Infierno. Ella había permitido que sus manos merodearan, revisando los bolsillos de él, intentando sentir a lo largo de las costuras de sus pantalones.

—¿Nina? —había preguntado él, somnoliento.

—Tengo frío —dijo ella, sus manos continuaron su búsqueda. Ella presionó un beso a su cuello, luego debajo de su oreja. Nunca antes se había permitido besar así. Nunca había tenido la oportunidad. Habían estado demasiado ocupados desenredando la madeja de sospechas y lujuria y lealtad que los unía, y una vez hubo tomado la *parem*... fue todo en lo que ella podía pensar, incluso ahora. El deseo que sentía era por la droga, no por el cuerpo que sentía removese bajo sus manos. Sin embargo, no le besó los labios. No permitiría que la *parem* también le arrebatara eso.

Él gimió ligeramente. —Los otros...

—Todos están dormidos.

Entonces él le había sujetado las manos. —*Alto*.

—Matthias...

—Yo no la tengo.



Ella se liberó de un tirón, la vergüenza reptó por su piel como el fuego sobre el suelo de un bosque. —¿Entonces quién? —siseó.

—Kaz. —Ella se quedó quieta—. ¿Vas a meterte en su cama?

Nina soltó un bufido de incredulidad. —Él me rajaría la garganta. —Deseaba gritar su impotencia. No habría forma de negociar con Kaz. No podría acosarlo de la forma que podría haber acosado a Wylan o rogado de la forma que podría haberlo hecho con Jesper.

La fatiga la cubrió repentinamente, un yugo en su cuello, el cansancio al menos atemperó su necesidad frenética. Descansó la frente contra el pecho de Matthias. —Odio esto —dijo—. Te odio un poco, *drüskelle*.

—Estoy acostumbrado a eso. Ven aquí. —La había rodeado con los brazos y conseguido que hablara sobre Ravka, sobre Inej. La había distraído con historias, nombrado los vientos que soplaban a través de Fjerda, le contó sobre su primera comida en el salón *drüskelle*. En algún punto, ella debió haberse adormilado, porque lo siguiente que supo es que estaba saliendo a duras penas de un sueño pesado y sin sueños, despertada por el sonido de la puerta de la tumba abriéndose.

Matthias y Kaz habían regresado de la Universidad, con hoyos quemados en su ropa por alguna clase de bomba que Wylan había hecho; Jesper y Wylan pisándoles los talones, con ojos salvajes y empapados por la lluvia repentina que había empezado a caer... con un robusto kaelish con aspecto de granjero a la zaga. Nina sintió como si los Santos le hubieran dado alguna clase de regalo encantador, una situación lo bastante desquiciada y desconcertante para distraerla realmente.

Aunque el hambre por *parem* se había atenuado desde el frenesí de anoche, aún estaba allí, y no tenía idea de cómo iba a conseguir llevar a cabo la misión esta noche. Seducir a Smeet solo había sido la primera parte de su plan. Kaz contaba con ella. Inej contaba con ella. Necesitaban que fuera una Corporalnik, no una adicta temblorosa que se fatigaba solo con el más leve trocito de confección. Pero Nina no podía pensar en nada de eso con Colm Fahey parado allí, retorciendo su sombrero, y Jesper luciendo



como si prefiriera estarse comiendo una pila de gofres cubiertos de vidrio esmerilado que enfrentarlo, y Kaz... ella no tenía idea de qué esperar de Kaz. Ira, tal vez peor. A Kaz no le gustaban las sorpresas o vulnerabilidades potenciales, y el padre de Jesper era una vulnerabilidad muy corpulenta y fastidiosa.

Pero después de escuchar la descripción jadeante (Y Nina sospechaba, que abreviada) de Jesper sobre cómo habían escapado de la Universidad, Kaz sencillamente se apoyó en su bastón y dijo: —¿Los siguieron?

—No —replicó Jesper con una decidida sacudida de cabeza.

—¿Wylan?

Colm se sobresaltó. —¿Dudas de la palabra de mi hijo?

—No es personal, Pá —dijo Jesper—. Él duda de la palabra de todos.

La expresión de Kaz había estado imperturbable, su voz de piedra rasposa tan tranquila y placida que Nina sintió que se le erizaba el vello de los brazos. —Mis disculpas, señor Fahey. Un hábito que se desarrolla en el Barril. Confía, pero verifica.

—O no confíes en absoluto —murmuró Matthias.

—¿Wylan? —Kaz repitió.

Wylan dejó su morral en la mesa. —Si ellos hubieran sabido sobre el pasadizo, nos habrían seguido o habrían tenido gente esperando en la imprenta. Los perdimos.

—Conté más o menos diez en el tejado —dijo Kaz, y Matthias asintió su confirmación.

—Suena aproximado —dijo Jesper—. Pero no puedo estar seguro. Tenían el sol a la espalda.

Kaz se sentó, sus ojos negros enfocados en el padre de Jesper. —Usted fue el anzuelo.

—Perdona, muchacho?



—¿El banco requirió la devolución del préstamo?

Colm parpadeó, sorprendido. —Bueno, sí, de hecho, me enviaron una carta redactada severamente sobre que me había vuelto un riesgo de crédito inestable. Dijeron que, si no pagaba completo, se verían forzados a tomar acción legal. —Se giró hacia su hijo—. Te escribí, Jes. —Su voz era de confusión, no acusadora.

—Yo... yo no he podido recoger el correo. —Después que Jesper había dejado de asistir a la Universidad, ¿lo había arreglado para seguir recibiendo cartas allí? Nina se preguntó cómo había mantenido este engaño durante tanto tiempo. Se habría facilitado por el hecho de que Colm estaba a un océano de distancia... y por su deseo de creer en su hijo. *Un blanco fácil*, pensó Nina tristemente. Sin importar sus razones, Jesper había estado engañando a su propio padre.

—Jesper... —dijo Colm.

—Estaba intentando conseguir el dinero, Pá.

—Están amenazando con apoderarse de la granja.

Los ojos de Jesper estaban firmemente fijos sobre el suelo de la tumba. —Estaba cerca. *Estoy cerca*.

—¿Del dinero? —Ahora Nina escuchó la frustración de Colm—. Estamos sentados en una tumba. Acaban de dispararnos.

—¿Qué lo hizo subir a un barco hasta Ketterdam? —preguntó Kaz.

—¡El banco adelantó la fecha de cobro! —dijo Colm indignado—. Sencillamente dijeron que se me había acabado el tiempo. Intenté contactar a Jesper, pero cuando no hubo respuesta, pensé...

—Pensó que vería a qué se dedicaba su brillante chico en las calles oscuras de Ketterdam.

—Temí lo peor. La ciudad tiene una reputación.



—Bien merecida, le prometo —dijo Kaz—. ¿Y cuándo llegó?

—Hice indagaciones en la Universidad. Dijeron que él no estaba inscrito, así que fui a la policía.

Jesper hizo una mueca. —Oh, Pá. ¿El *cuerpo de vigilancia*?

Colm aplastó su sombrero con renovado vigor. —¿Y a dónde se supone que fuera, Jes? Sabes lo peligroso que es para... para alguien como tú.

—Pá —dijo Jesper, mirando a su padre a los ojos al fin—. No les dijiste que soy...

—¡Por supuesto que no!

Grisha. ¿Por qué ninguno de ellos lo dice?

Colm arrojó el bulto de fieltro que había sido su sombrero. —No entiendo nada de esto. ¿Por qué me trajiste a este horrible lugar? ¿Por qué nos dispararon? ¿Qué ha sido de tus estudios? ¿Qué ha sido de ti?

Jesper abrió la boca, la cerró. —Pá, yo... yo...

—Fue mi culpa —barbotó Wylan. Todos se giraron hacia él—. Él eh... él estaba preocupado por el préstamo del banco, así que suspendió sus estudios para trabajar con un...

—Armero local —ofreció Nina.

—Nina —murmuró Matthias en advertencia.

—Él necesita nuestra ayuda —susurró ella.

—¿Para mentir a su padre?

—Es una mentirijilla. Totalmente diferente. —No tenía idea de dónde estaba yendo Wylan con esto, pero claramente estaba necesitado de ayuda.

—¡Sí! —dijo Wylan ansiosamente—. ¡Un armero! Y entonces yo... yo le dije sobre un trato...



—Fueron estafados —dijo Kaz. Su voz era tan fría y tranquila como siempre, pero estaba rígido, como caminando sobre terreno inestable—. Se les ofreció una oportunidad de negocio que parecía demasiado buena para ser verdad.

Colm se dejó caer en una silla. —Si parece así, entonces...

—Probablemente lo es —dijo Kaz. Nina tuvo la extraña sensación de que, por una vez, él estaba siendo sincero.

—¿Tú y tu hermano perdieron todo? —Colm preguntó a Wylan.

—¿Mi hermano? —preguntó Wylan desconcertado.

—Tu *hermano gemelo* —dijo Kaz con un vistazo a Kuwei, que estaba sentado en silencio observando la acción—. Sí. Perdieron todo. El hermano de Wylan no ha dicho una palabra desde entonces.

—Parece del tipo callado —dijo Colm—. ¿Y todos ustedes son... estudiantes?

—Más o menos —dijo Kaz.

—Que pasan sus horas libres en un cementerio. ¿No podemos ir a las autoridades? ¿Contarles lo que sucedió? Estos bandoleros podrían tener otras víctimas.

—Bueno... —Wylan empezó, pero Kaz lo silenció con una mirada. Un silencio extraño cayó sobre la tumba. Kaz se sentó ante la mesa.

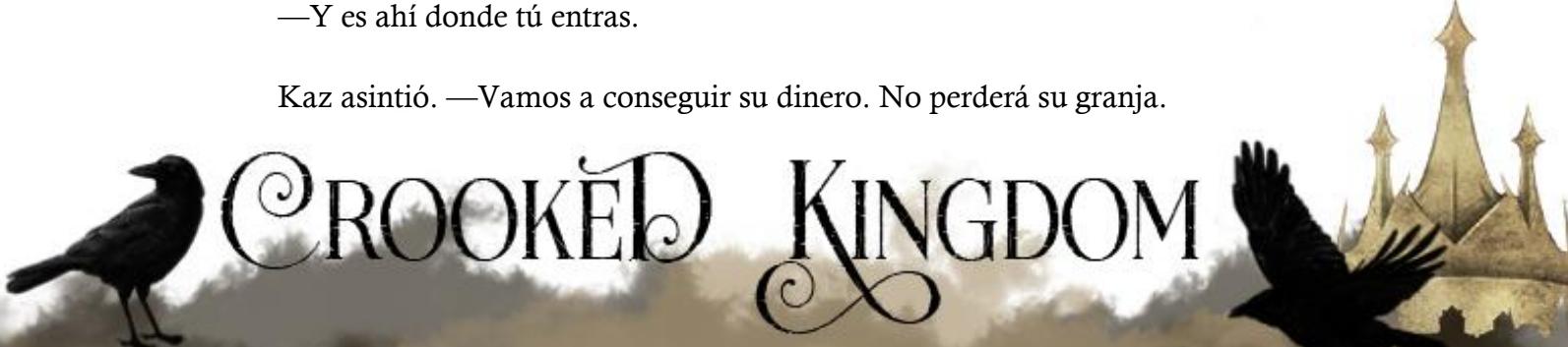
—Las autoridades no pueden ayudarte —dijo—. No en esta ciudad.

—¿Por qué no?

—Porque la ley aquí es la ganancia. Jesper y Wylan intentaron tomar un atajo. El *cuerpo de vigilancia* no hará más que limpiarles las lágrimas. A veces, la única forma de obtener justicia es tomarla por tu cuenta.

—Y es ahí donde tú entras.

Kaz asintió. —Vamos a conseguir su dinero. No perderá su granja.



—Pero vas a salirte de la ley para hacerlo —dijo Colm. Sacudió la cabeza con cansancio—. Apenas luces lo bastante mayor para graduarte.

—Ketterdam fue mi educación. Y puedo decirle esto: Jesper nunca habría recurrido a mí por ayuda si hubiera tenido algún otro lugar al cual ir.

—No puedes ser tan malo, chico —dijo Colm bruscamente—. No has estado vivo el bastante tiempo para cometer tu ración de pecados.

—Soy un estudiante veloz.

—¿Puedo confiar en ti?

—No.

Colm recogió de nuevo su sombrero arrugado. —¿Puedo confiar en ti para que ayudes a Jesper a superar esto?

—Sí.

Colm suspiró. Miró alrededor, a todos. Nina se descubrió enderezándose. —Ustedes me hacen sentir muy viejo.

—Pase un poco más de tiempo en Ketterdam —dijo Kaz—. Se sentirá anciano. —Entonces inclinó la cabeza a un lado y Nina vio esa mirada distante y evaluadora cruzar sus rasgos—. Tiene una cara honesta, señor Fahey.

Colm disparó a Jesper una mirada desconcertada. —Bueno. Eso espero, y gracias por remarcarlo.

—No es un cumplido —dijo Jesper—. Y conozco esa mirada, Kaz. No te atrevas a empezar a girar esas ruedas.

La única respuesta de Kaz fue un parpadeo lento. Cualquier estratagema que se había puesto en movimiento en su cerebro diabólico, ahora era demasiado tarde para detenerla. —¿Dónde se está quedando?

—La Avestruz.



—No es seguro regresar allí. Vamos a mudarlo al Hotel Geldrenner. Lo registraremos bajo un nombre diferente.

—Pero ¿por qué? —balbuceó Colm.

—Porque algunas personas quieren a Jesper muerto, y ya lo utilizaron a usted para atraerlo fuera de su escondite una vez. No tengo duda que estarían dispuestos a tomarlo de rehén, y ya hay suficiente de eso por aquí. —Kaz garabateó unas cuantas instrucciones para Rotty y le tendió un fajo muy grueso de *kruge*. Siéntase libre de tomar sus comidas en el comedor, señor Fahey, pero le pediré que olvide las vistas y se quede dentro del hotel hasta que lo contactemos. Si alguien le pregunta por sus asuntos, usted está aquí para un poco de descanso y relajación.

Colm consideró a Rotty y luego a Kaz. Expulsó una bocanada decidida. —No. Te agradezco, pero este es un error. —Se giró hacia Jesper—. Encontraremos otra forma de pagar la deuda. O empezaremos de nuevo en algún otro lado.

—No vas a renunciar a la granja —dijo Jesper. Bajó la voz—. *Ella* está allí. No podemos abandonarla.

—Jes...

—Por favor, Pá. Por favor déjame recomponer esto. Sé... —Tragó, sus hombros huesudos se desplomaron—. Sé que te decepcioné. Solo dame una oportunidad más. —Nina sospechaba que no solo estaba hablando a su padre.

—Nosotros no pertenecemos aquí, Jes. Este lugar es demasiado ruidoso, demasiado anárquico. Nada tiene sentido.

—Señor Fahey —dijo Kaz tranquilamente—. ¿Sabe lo que dicen sobre entrar en pastizales de vacas?

Las cejas de Jesper se elevaron, y Nina tuvo que acallar una risa nerviosa. ¿Qué sabía el bastardo del Barril sobre pastizales de vacas?

—Mantén la cabeza baja y cuida tus pasos —replicó Colm.



Kaz asintió. —Solo piense en Ketterdam como un pastizal realmente grande. — La sonrisa más breve tironeó del fruncido de la boca de Colm—. Denos tres días para conseguir su dinero y sacar de Kerch a usted y a su hijo de forma segura.

—¿Eso es realmente posible?

—Cualquier cosa puede suceder en esta ciudad.

—Esa idea no me llena de confianza. —Él se levantó y Jesper se enderezó de un salto.

—¿Pá?

—Tres días, Jesper. Luego nos vamos a casa. Con o sin el dinero. —Descansó una mano sobre el hombro de Jesper—. Y por todos los Santos, sé cuidadoso. Todos.

Nina sintió un repentino nudo en la garganta. Matthias había perdido a su familia en la guerra. Nina había sido arrebatada de su familia para entrenar cuando solo era una niñita. Wylan había sido prácticamente desalojado de la casa de su padre. Kuwei había perdido a su padre y su país. ¿Y Kaz? Ella no deseaba saber de qué callejón oscuro había salido Kaz reptando. Pero Jesper tenía un lugar a dónde ir, alguien que cuidara de él, alguien que dijera: *Todo va a estar bien*. Ella tuvo una visión de campos dorados debajo de un cielo sin nubes, una casa de tablas protegida del viento por una línea de robles rojos. Algún lugar seguro. Nina deseó que Colm Fahey pudiera marchar a la oficina de Jan Van Eck y decirle que regresara a Inej o consiguiera que le llenara la boca de nudillos. Deseó que alguien en esta ciudad los ayudara, que no estuvieran tan solos. Deseó que el padre de Jesper pudiera llevárselos a todos con él. Ella nunca había estado en Novyi Zem, pero el anhelo por esos campos dorados se sintió igual a la nostalgia. *Tonta, se dijo, infantil.* Kaz tenía razón... si deseaban justicia, tendrían que tomarla por ellos mismos. Eso no tranquilizó la punzada de corazón ávido en su pecho.

Pero entonces Colm se estaba despidiendo de Jesper y desapareció a través de las tumbas de piedra con Rotty y Specht. Se giró para agitar la mano en despedida y desapareció.



—Debería ir con él —dijo Jesper, rondando el umbral.

—Ya hiciste que casi lo mataran una vez —dijo Kaz.

—¿Sabemos quién dispuso la emboscada en la Universidad? —preguntó Wylan.

—El padre de Jesper fue a la *vigilancia* —dijo Matthias—. Estoy seguro que muchos de los oficiales son susceptibles a sobornos.

—Ciento —dijo Nina—. Pero no puede ser coincidencia que el banco solicitara el préstamo cuando lo hicieron.

Wylan se sentó ante la mesa. —Si los bancos están involucrados, puede que mi padre esté detrás.

—O Pekka Rollins también tiene influencia sobre los bancos —dijo Kaz, y Nina vio su mano enguantada flexionarse sobre la cabeza de cuervo de su bastón.

—¿Podrían estar trabajando juntos? —preguntó ella.

Jesper se frotó las manos sobre la cara. —Por todos los Santos y tu tía Eva, esperemos que no.

—No voy a descartar nada —dijo Kaz—. Pero nada de esto cambia lo que va a suceder esta noche. Toma. —Se estiró dentro de uno de los nichos en la pared.

—¡Mis revólveres! —exclamó Jesper, acunándolos contra su pecho—. Oh, hola, preciosos. —Su mirada era cegadora—. ¡Los recuperaste!

—La caja fuerte en el Cúmulo es fácil de abrir.

—Gracias, Kaz. Gracias.

Cualquier rastro de la calidez que Kaz había mostrado al padre de Jesper había desaparecido, tan fugaz como el sueño de esos campos dorados. —¿De qué sirve un pistolero sin sus armas? —preguntó Kaz, al parecer inconsciente de la forma en la que la sonrisa de Jesper colapsó—. Has estado en números rojos demasiado tiempo. Todos. Esta es la noche en que empezamos a pagar nuestras deudas.



Ahora la noche había caído y estaban en camino a hacer justo eso, una luna cerosa los miraba desde arriba como un ojo blanco y vigilante. Nina se sacudió las mangas. El frente frío había desaparecido, y estaban en medio de una adecuada primavera tardía. O lo que se le parecía en Kerch: la calidez húmeda y claustrofóbica de la boca de un animal aliviada solo por tormentas breves e impredecibles. Matthias y Jesper se habían marchado a los muelles temprano para asegurarse que la *gondela* estaba en su lugar. Luego todos se habían dirigido al punto de desembarco, dejando a Kuwei en Velo Negro con Rotty y Specht.

El bote cortaba silenciosamente a través del agua. Adelante, Nina podía ver el resplandor de luces que los guiaba hacia delante.

Los revólveres de Jesper estaban de vuelta en sus caderas, y tanto él como Matthias tenían rifles cruzados sobre los hombros, Kaz tenía una pistola en su abrigo y ese bastón demoniaco, Y Nina vio a Wylan descansar una mano sobre su morral. Estaba lleno de explosivos, bombas destello y quién sabía qué más.

—Será mejor que estemos en lo correcto sobre esto —dijo Wylan con un suspiro—. Mi padre va a estar preparado.

—Cuento con ello —replicó Kaz.

Nina dejó que sus dedos rozaran contra la culata de la pistola metida en el bolsillo de su ligero abrigo primaveral. Nunca antes había tenido un arma, nunca deseó cargar una. *Porque yo era el arma*. Pero ahora no confiaba en sí misma. El control sobre su poder se sentía endeble, como si continuara intentando alcanzar algo que estaba un poquitito más lejos de lo que había pensado. Necesitaba saber que estaría allí esta noche. No podía cometer un error, no cuando la vida de Inej dependía de ello. Nina sabía que si hubiera estado en Vellgeluk, la batalla habría resultado diferente. Inej nunca habría sido llevada si Nina hubiera sido lo bastante fuerte para enfrentar a los secuaces de Van Eck.



¿Y si hubiera tenido *parem*? Nadie podría haberse enfrentado a ella.

Nina le dio a su cabeza una firme sacudida. *Si hubieras tenido parem, serías completamente adicta y estarías de camino a la Barcaza de la Parca.*

Nadie habló cuando alcanzaron la orilla y desembarcaron tan rápida y silenciosamente como fue posible. Kaz les hizo gestos para que se colocaran en sus posiciones: él se aproximaría desde el norte, Matthias y Wylan desde el este. Nina y Jesper serían responsables de los guardias en el borde oeste del perímetro.

Nina flexionó los dedos. Silenciar a cuatro guardias. Eso debería ser fácil. Unas semanas antes lo habría sido. Ralentizar sus pulsos. Mandarles a la inconsciencia rápidamente, sin dejar salir un sonido de alarma. Pero ahora se preguntaba si era la humedad o su propia trasmisión de nervios lo que hacía que su ropa se pegara tan incómodamente a su piel.

Demasiado pronto, vio las formas de los primeros dos guardias en su puesto. Estaban inclinados contra la baja pared de piedra, los rifles acomodados junto a ellos, su conversación elevándose y bajando en un zumbido perezoso. Fácil.

—Inconscientes —dijo Jesper.

Nina se enfocó en los guardias, dejando que su propio cuerpo se entonara al de ellos, buscando los latidos de su corazón, el ritmo acelerado de su sangre. Era como tambalearse a ciegas por la oscuridad. Sencillamente no había nada allí. Tenuemente, era consciente del indicio de sus figuras, un rastro de discernimiento, pero eso era todo. Los veía con sus ojos, los escuchaba con sus oídos, pero el resto era silencio. Ese otro sentido en su interior, el don que había estado allí desde cuándo podía recordar, el corazón del poder que había sido su acompañante constante desde que era una niña, sencillamente había cesado de latir. Todo en lo que podía pensar era *parem*, la euforia, la facilidad, como si el universo yaciera ante la punta de sus dedos.

—¿Qué estás esperando? —dijo Jesper.



Alertada por algún sonido o sencillamente su presencia, uno de los guardias echó un vistazo en su dirección, escrutando en las sombras. Él levantó sus rifles y señaló para que su acompañante lo imitara.

—Se dirigen en esta dirección. —Las manos de Jesper fueron a sus armas.

Oh, Santos. Si Jesper tenía que disparar, los otros guardias se verían alertados. La alarma se elevaría, y la iniciativa al completo podría irse directamente al infierno.

Nina se enfocó con toda su voluntad. El hambre por *parem* la asaltó, estremeciéndose por su cuerpo, excavando en su cráneo con garras determinadas. Ella la ignoró. Uno de los guardias trastabilló, y cayó de rodillas.

—¡Gillis! —dijo el otro guardia—. ¿Qué pasa? —Pero no era lo bastante tonto para bajar su arma—. ¡Alto! —gritó en su dirección, aun intentando sostener a su amigo—. Identifíquense.

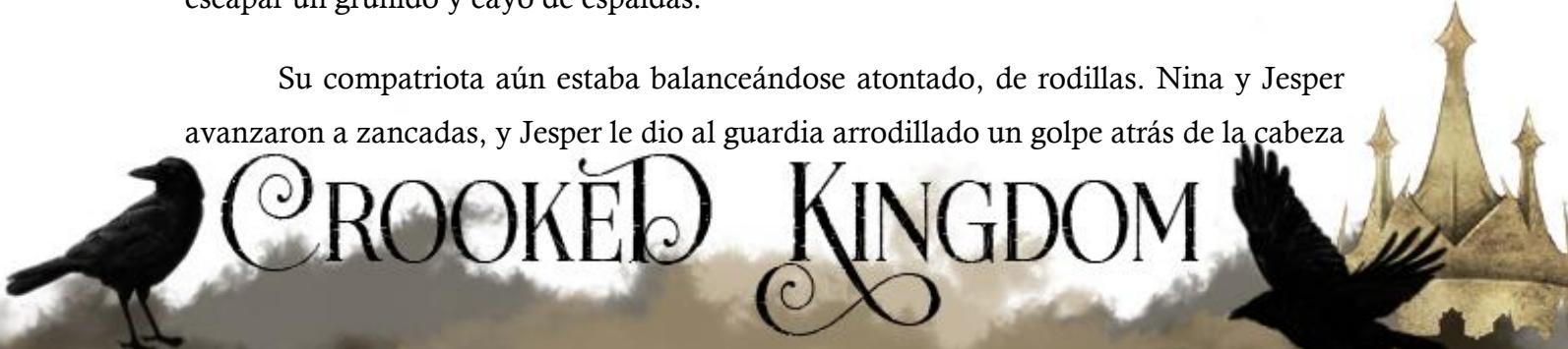
—*Nina* —susurró Jesper furiosamente—. Haz algo.

Nina apretó el puño, intentando apretar la laringe del guardia para evitar que pidiera ayuda.

—¡Identifíquense!

Jesper sacó su arma. *No, no, no.* Ella no iba a ser la razón para que esto fuera mal. *Parem* se suponía que la matara o la dejaría en paz, no atorlarla en este purgatorio miserable e impotente. La ira atravesó a Nina, limpia, perfecta ira centrada. Su mente se estiró y repentinamente, tuvo agarre de algo, no un cuerpo, pero algo. Captó un movimiento desde el rabillo del ojo, una figura tenue emergió de las sombras... una nube de polvo. Se disparó hacia el guardia parado. Él agitó las manos como si estuviera intentando espantar a un enjambre de mosquitos, pero éste giró más y más rápido, un borrón casi invisible. El guardia abrió la boca para gritar y la nube se desvaneció. Él dejó escapar un gruñido y cayó de espaldas.

Su compatriota aún estaba balanceándose atontado, de rodillas. Nina y Jesper avanzaron a zancadas, y Jesper le dio al guardia arrodillado un golpe atrás de la cabeza



con la culata de su revolver. El hombre se derrumbó en el suelo, inconsciente. Cuidadosamente, examinaron al otro guardia. Él yacía con los ojos abiertos, mirando fijamente el cielo estrellado. Su boca y fosas nasales estaban cubiertas de fino polvo blanco.

—¿Tú hiciste eso? —dijo Jesper.

—Lo había hecho? Nina sintió que podía probar el polvo en su propia boca. Eso no debería ser posible. Un Corporalnik podía manipular el cuerpo humano, no materia inorgánica. Ese era el trabajo de un Fabricador... uno poderoso. —¿No fuiste tú?

—Aprecio el voto de confianza, pero fuiste toda tú, preciosa.

—No tenía la intención de matarlo. —¿Qué había tenido la intención de hacer? Solo mantenerlo callado. El polvo se desprendía en una fina línea de las comisuras de los labios separados del hombre.

—Hay dos guardias más —dijo Jesper—. Y ya vamos tarde.

—¿Qué tal si sencillamente los noqueamos con un golpe en la cabeza?

—Sofisticado. Me gusta.

Nina sintió una extraña sensación reptante por todo su cuerpo, pero la necesidad de *parem* ya no estaba gritando en su interior. *No tenía la intención de matarlo*. No importaba. Ahora mismo no podía importarle. Los guardias estaban despachados y el plan estaba en movimiento.

—Vamos —dijo—. Vayamos por nuestra chica.





Traducido por Victor Lobo

Inej pasó la noche en vela en la oscuridad. Cuando su estómago comenzó a gruñir, sospechó que era por la mañana, pero nadie llegó a quitarle la venda de los ojos o a ofrecerle una bandeja. Parecía que Van Eck ya no sentía la necesidad de consentirla más. Él había visto suficientemente claro el miedo en ella. Esa sería su ventaja ahora, no los ojos suli y los intentos de amabilidad de Bajan.

Cuando hubieron pasado sus temblores, se arrastró hacia la ventana, solo para encontrar que había sido atornillada y firmemente cerrada. Tenían que haberlo hecho mientras ella estaba en el teatro. No se sorprendió. Sospechaba que Van Eck la había dejado sin resguardar solo para darle esperanza y luego arrebataráselo de tajo.

Con el tiempo, su mente había comenzado a aclararse, y mientras yacía en silencio, había hecho un plan. Ella hablaría. Había un montón de casas seguras y escondites que los Indeseadables habían dejado de usar, ya que habían sido comprometidos o simplemente dejaron de ser convenientes. Empezaría desde allí. Luego estaban los lugares supuestamente seguros que pertenecían a algunas de las otras bandas del Barril. Ella sabía de un contenedor de transporte convertido en el Tercer Puerto que los de la Tapa utilizaban ocasionalmente. A los Albatros Navaja les gustaba esconderse en un sórdido hotel a solo unas pocas calles más allá del Tablón. Lo llamaban la Casa de la Tarta de Mermelada debido a su color frambuesa desvaído y los aleros blancos que parecía que estaban decorados con hielo. Le debería tomar a Van Eck la mayor parte de una noche buscar en todas las habitaciones. Ella ganaría tiempo. Conduciría a Van Eck y a sus hombres a través de todo Ketterdam en busca de Kaz. Ella nunca había sido una gran actriz, pero se había visto obligada a contar unas cuantas mentiras en la Colección,



y ciertamente había pasado suficiente tiempo en torno a Nina para aprender una o dos cosas.

Cuando Bajan finalmente apareció y le quitó la venda de los ojos, tenía seis guardias armados con él. No estaba segura de cuánto tiempo había pasado, pero sospechaba que todo el día se había ido. La cara de Bajan parecía pálida y tenía problemas para mirarla a los ojos. Ella esperaba que él hubiera permanecido despierto toda la noche, con el peso de sus palabras pesándole en el pecho. Él liberó sus tobillos, pero sustituyó las cuerdas con grilletes; que chocaron con fuerza mientras los guardias la llevaban por el pasillo.

Esta vez la llevaron a través de la puerta trasera del teatro, los pisos, los materiales de decoración y los accesorios desechados estaban cubiertos de polvo, sobre el escenario. Habían bajado las cortinas verdes apolilladas, de manera que la zona de asientos y balcones ya no era visible. Aislada del resto del teatro, calentada por el calor irradiado por las luces del escenario, la atmósfera tenía una curiosa sensación de intimidad. Parecía menos como un escenario y más como la sala de operaciones de un verdadero cirujano. La mirada de Inej tocó la esquina destrozada de la mesa donde había yacido la noche anterior y luego la apartó rápidamente.

Van Eck estaba esperando con una máscara protectora. Inej hizo una promesa silenciosa. Incluso si su plan fracasaba, incluso si él rompía sus piernas hasta dejarlas como pulpa, aunque nunca volviera a caminar, ella iba a encontrar una manera de pagarle con la misma moneda. No sabía cómo, pero se las arreglaría. Había sobrevivido demasiado para dejar que Jan Van Eck la destruyera.

—¿Tiene miedo, señorita Ghafa? —preguntó él.

—Sí.

—Que honestidad. ¿Y está dispuesta a decirme lo que sabe?

Inej respiró hondo y bajó la cabeza en lo que esperaba fuera una exhibición convincente de rendición. —Sí —susurró.



—Prosiga.

—¿Cómo sé que no vas a tomar la información y me dañarás de todos modos? —preguntó cuidadosamente.

—Si la información es buena, no tiene nada que temer de mí, señorita Ghafa. No soy un bruto. He empleado los métodos a los que está más acostumbrada, las amenazas, la violencia. El Barril la ha entrenado para esperar semejante trato. —Sonaba como Tante Heleen. *¿Por qué me haces hacer estas cosas? Tú te lo buscaste, niña.*

—Entonces, ¿me das tu palabra? —preguntó ella. Era absurdo. Van Eck había dejado claro exactamente lo que su palabra valía cuando había roto su acuerdo en Vellgeluk y trató de que los mataron a todos.

Pero él asintió con solemnidad. —La tiene —dijo—. El trato es el trato.

—Y Kaz no debe saber...

—Por supuesto, por supuesto —dijo, con cierta impaciencia.

Inej se aclaró la garganta. —El Paraíso azul es un club no muy lejos del Tablón. Kaz ha utilizado las habitaciones superiores para guardar la mercancía robada. —Era cierto. Y las habitaciones aún deberían de estar vacías. Kaz había dejado de utilizar el lugar después de que había descubierto que una de las encargadas estaba en deuda con los Leones del Centavo. Él no quería que nadie informara sobre sus idas y venidas.

—Muy bien. ¿Qué más?

Inej se mordió el labio inferior. —Un apartamento en *Kolstraat*. No recuerdo el número. Tiene vistas de las entradas traseras de algunos de los antros de juego de la Duela Este. Lo hemos usado para operaciones de vigilancia antes.

—¿En verdad? Continúe por favor.

—Hay un contenedor de transporte...



—¿Sabe algo, señorita Ghafa? —Van Eck dio un paso más cerca de ella. No había ira en su rostro. Él parecía casi alegre—. No creo que ninguno de estos lugares sea realmente importante.

—Yo no trataría de...

—Creo que tiene la intención de que me entretenga persiguiendo mi propio rabo mientras espera que la rescaten o planea algún otro intento descabellado de fuga. Pero, señorita Ghafa, no es necesario esperar. El señor Brekker está tratando de rescatarla en este mismo instante. —Hizo un gesto a uno de los guardias—. Eleven el telón.

Inej oyó el crujido de cuerdas y, poco a poco, las cortinas rasgadas se elevaron. El teatro estaba lleno de guardias que cubrían los pasillos, al menos treinta, tal vez más, todos fuertemente armados con fusiles y garrotes, una enorme exhibición de fuerza. *No*, pensó, mientras las palabras de Van Eck calaban en ella.

—Así es, señorita Ghafa —dijo Van Eck—. Su héroe se acerca. Al señor Brekker le gusta creer que él es la persona más inteligente en Ketterdam, así que pensé que debía de ser indulgente y dejarlo engañarse a sí mismo. Me di cuenta de que, en lugar de ocultarla, simplemente debería dejar que la encontrara.

Inej frunció el ceño. No podía ser cierto. *No podía ser cierto*. ¿De verdad este merca había logrado engañar a Kaz? ¿La había usado a ella para hacerlo?

—He estado enviando a Bajan ida y vuelta de *Eil Komedie* todos los días. Me pareció que un chico suli sería más visible y cualquier tráfico a una isla supuestamente desierta tenía que ser observada. Hasta esta noche, no estaba seguro de que Brekker mordería el anzuelo; me estaba poniendo muy ansioso. Pero lo hizo. Temprano esta tarde, dos de su equipo fueron vistos en los muelles preparando una *gondela* para zarpar, el enorme fjerdano y el chico zemeni. No hice que los interceptaran. Al igual que usted, son meros peones. Kuwei es el premio, y su señor Brekker finalmente va a darme lo que me debe.



—Si hubieras seguido tu parte del trato con nosotros, ya tendrías a Kuwei —dijo—. Arriesgamos nuestras vidas para sacarlo de la Corte de Hielo. Arriesgamos todo. Debiste haber cumplido tu palabra.

—Un patriota se habría ofrecido para liberar a Kuwei sin la promesa de una recompensa.

—¿Un patriota? Tu esquema para *jurda parem* traerá el caos a Kerch.

—Los mercados son resistentes. Kerch perdurará. Incluso puede verse reforzada por los cambios venideros. Pero a usted y su calaña es posible que no les vaya tan bien. ¿Cómo cree que los parásitos del Barril se las arreglarán cuando estemos en guerra? ¿Cuándo los hombres de bien no tengan monedas para despilfarrar y solo puedan enfocar sus mentes en ir a trabajar en lugar del vicio?

Inej sintió que su labio se tensaba. —Las ratas del canal tienen siempre una manera de sobrevivir, no importa lo difícil que trates de acabar con nosotros.

Él sonrió. —La mayoría de sus amigos no sobrevivirán esta noche.

Pensó en Jesper, Nina y Matthias, el dulce Wylan, que merecía algo mucho mejor por padre que esta basura. No era solo por ganar a Van Eck. Ahora era personal. —Nos odias.

—Francamente, *usted* es de poco interés para mí... una acróbata o bailarina o lo que sea que fuera antes de convertirse en una plaga en esta ciudad. Pero confieso que Kaz Brekker en verdad me ofende. Vil, despiadado, sin moral. Él alimenta la corrupción con corrupción. Una mente tan notable podría haberse encauzado a un gran uso. Podría haber gobernado esta ciudad, construido algo, creado algo de lucro que habría beneficiado a todos. En su lugar, se convirtió en una sanguijuela que se alimenta del trabajo de hombres mejores.

—Hombres mejores? ¿Cómo tú?

—Le duele oírlo, pero es cierto. Cuando yo deje este mundo, permanecerá el más grande imperio de transportación que se haya conocido jamás, un motor de riqueza, un



homenaje a Ghezen y una señal de sus hazañas. ¿Quién se acordará de una chica como usted, señorita Ghafa? ¿Qué van a dejar atrás Kaz Brekker y usted, además de cadáveres para ser quemados en la Barcaza de la Parca?

Un grito llegó desde afuera del teatro, y un repentino silencio cayó mientras los guardias se volvían hacia las puertas de entrada.

Van Eck consultó su reloj. —Medianoche en punto. Brekker tiene un gusto por lo dramático.

Ella oyó otro grito, a continuación, un breve traqueteo de disparos. Seis guardias detrás de ella, grilletes en sus pies. La impotencia se elevó hasta asfixiarla. Kaz y los demás estaban a punto de entrar en una trampa, y no tenía manera de advertirlos.

—Creí mejor no dejar sin vigilancia el perímetro completo —dijo Van Eck—. No queremos que sea demasiado fácil y delatar el juego.

—Él nunca te dirá dónde está Kuwei.

La sonrisa de Van Eck era indulgente. —Yo solo me pregunto qué resultará más eficaz: torturar al señor Brekker u obligarlo a observar cómo la torturo a usted. —Se inclinó, con voz de complicidad—. Le puedo decir que lo primero que voy a hacer es destruir esos guantes y romper cada uno de sus dedos de ladrón.

Inej pensó en las pálidas manos arteras de Kaz, la cuerda brillante de tejido cicatrizado que corría encima de los nudillos de su mano derecha. Van Eck podría romper todos los dedos y las dos piernas de Kaz y él nunca diría una palabra, ¿pero si sus hombres despojaban a Kaz de sus guantes? Inej seguía sin entender por qué los necesitaba o por qué se había desmayado en el vagón de la prisión camino a la Corte de Hielo, pero sabía que Kaz no podía soportar el tacto de la piel sobre la piel. ¿Cuánto de esta debilidad podría ocultar? ¿Con qué rapidez Van Eck localizaría su vulnerabilidad? ¿Y cuánto tardaría en aprovecharse de ella? ¿Cuánto tiempo hasta que se deshiciera de Kaz? No podía soportarlo. Se alegró de no saber dónde estaba Kuwei. Ella se rompería antes que Kaz lo hiciera.



Se escucharon botas ruidosas por el pasillo, un estruendo de pisadas. Inej se lanzó hacia delante y abrió la boca para gritar la advertencia, pero la mano de un guardia la sujetó con fuerza, tapándole los labios y jalándola hacia abajo mientras ella trataba de zafarse de sus brazos.

La puerta se abrió. Treinta guardias levantaron treinta fusiles y treinta gatillos se sostuvieron, listos para disparar. El chico en la puerta dio un respingo hacia atrás, con el rostro blanco, sus rizos castaños como sacacorchos desordenados. Vestía la librea de Van Eck de rojo y dorado.

—Yo... señor Van Eck —jadeó, sus manos elevadas a modo de defensa.

—Bajen las armas —Van Eck ordenó a los guardias—. ¿Qué sucede?

El muchacho tragó. —Señor, la casa del lago. Se aproximaron desde el agua.

Van Eck se puso en pie, la silla sobre la que estaba golpeó el suelo. —Alys...

—Se la llevaron hace una hora.

Alys. La hermosa mujer embarazada de Jan Van Eck. Inej sintió una chispa de esperanza, pero la enterró de inmediato, temerosa de creer.

—Mataron a uno de los guardias y dejaron al resto atado en la despensa —el muchacho continuó sin aliento—. Había una nota en la mesa.

—Tráela aquí —ladró Van Eck. El muchacho se acercó por el pasillo, y Van Eck arrebató la nota de su mano.

—¿Qué... qué dice? —preguntó Bajan. Su voz era temblorosa. Tal vez Inej había tenido razón sobre Alys y el maestro de música.

Van Eck le dio una advertencia. —Si me entero de que sabías algo acerca de esto...

—¡No lo sabía! —exclamó Bajan—. No sabía nada. ¡He seguido sus órdenes al pie de la letra!



Van Eck arrugó la nota en su puño, pero no antes de que Inej lograra dar un vistazo a las palabras irregulares escritas a mano por Kaz, inconfundibles... *Mañana al mediodía. Goedmedbridge. Con los cuchillos de ella.*

—La nota fue estacada con esto. —El chico metió la mano en el bolsillo y sacó un alfiler de corbata con un enorme rubí, rodeado por las hojas de un laurel de oro. Kaz lo había robado de Van Eck tiempo atrás, cuando habían sido contratados para el trabajo de la Corte de Hielo. Inej no había tenido la oportunidad de verlo de cerca antes de salir de Ketterdam. De alguna manera, Kaz debía haber conseguido apoderarse de él de nuevo.

—Brekker —Van Eck gruñó, su voz tensa por la rabia.

Inej no pudo evitarlo. Ella se echó a reír.

Van Eck la abofeteó con fuerza. La agarró por la túnica y la sacudió hasta que sus huesos traquetearon. —Brekker piensa que todavía estamos jugando un juego, ¿verdad? Ella es mi esposa. Ella lleva a mi heredero.

Inej rio aún más fuerte, todos los horrores de la última semana se fueron de su pecho en repiques vertiginosos. Ella no estaba segura de que pudiera haberse detenido, incluso si hubiera querido. —Y fuiste tan estúpido como para decirle a Kaz todo eso en Vellgeluk.

—¿Voy a tener que hacer que Franke busque el mazo y le muestre qué tan serio soy?

—Señor Van Eck —declaró Bajan.

Pero Inej estaba harta de tener miedo de este hombre. Antes de que Van Eck pudiera tomar otro aliento, golpeó con la frente hacia arriba, rompiéndole la nariz. Él gritó y la soltó mientras la sangre se derramaba sobre su fino traje de mercader. Al instante, sus guardias estuvieron sobre ella, tirando de ella hacia atrás.

—Tú... perra —dijo Van Eck, con un pañuelo de monograma sobre su cara—. Tú... pequeña ramera. Voy a tomar un mazo y te arrancaré las piernas yo mismo y...



—Adelante, Van Eck, amenázame. Dime todas las *cositas* que soy. Ponme un dedo encima y Kaz Brekker cortará al bebé del vientre de tu bonita esposa y colgará su cuerpo desde un balcón en la Bolsa de Valores. —Horribles palabras, un discurso que pinchó en su conciencia, pero Van Eck merecía las imágenes que había plantado en su mente. A pesar de que no creía que Kaz haría una cosa así, se sentía agradecida por cada cosa desagradable y viciosa que sus Manos Sucias *había* hecho para ganarse su reputación, una reputación que atormentaría a Van Eck cada segundo hasta que le fuera devuelta su esposa.

—Cállate —gritó, saliva voló de su boca.

—¿Piensas que no lo hará? —se burló Inej. Podía sentir el calor en la mejilla, donde su mano la había golpeado, podía ver el mazo que seguía descansando en la mano del guardia. Van Eck le había provocado miedo y estaba contenta de regresárselo—. Vil, despiadado, sin moral. ¿No es por eso que contrataste a Kaz en primer lugar? ¿Porque hace las cosas que nadie más se atreve? Vamos, Van Eck. Rómpeme las piernas y ve qué pasa. *Rétalo a él*.

¿Ella realmente había creído que un merca podía ser más inteligente que Kaz Brekker? Kaz conseguiría liberarla y luego le mostrarían a este hombre exactamente lo que las rameras y las ratas del canal podían hacer.

—Consuélate —dijo mientras Van Eck se agarraba a la esquina irregular de la mesa como apoyo—. Incluso los mejores hombres pueden ser superados.





Traducido por Azhreik

Matthias exiaría los errores que había cometido en esta vida durante mucho tiempo en la próxima, pero siempre había creído que a pesar de sus crímenes y fallas, había un núcleo de decencia en su interior que nunca podría agrietarse. Y, aun así, se sentía seguro que, si tenía que pasar otra hora con Alys Van Eck, tal vez la asesinaría solo por tener un poco de silencio.

El asedio en la casa del lago había resultado con una precisión que Matthias no podía más que admirar. Solo tres días después que Inej fue secuestrada, Rotty había alertado a Kaz de las luces que habían aparecido en *Eil Komedie*, y el hecho de que se habían visto botes yendo y viniendo allí a horas extrañas, con frecuencia transportando a un joven suli. Rápidamente había sido identificado como Adem Bajan, un maestro de música con un contrato vinculante con Van Eck durante los últimos seis meses. Aparentemente se había unido al hogar Van Eck después que Wylan se había marchado de casa, pero Wylan no se sorprendió que su padre hubiera asegurado una instrucción profesional de música para Alys.

—¿Ella es buena? —preguntó Jesper.

Wylan había vacilado, luego dijo: —Es bastante entusiasta.

Había sido lo bastante fácil deducir que Inej estaba siendo mantenida cautiva en *Eil Komedie*, y Nina había querido ir por ella inmediatamente.

—Él no la sacó de la ciudad —había dicho, con las mejillas brillando de color por primera vez desde que había emergido de su batalla con *parem*—. Es obvio que la mantiene allí.



Pero Kaz sencillamente había mirado a media distancia con esa mirada extraña en su cara y dijo: —Demasiado obvio.

—Kaz...

—¿Te gustarían cien *kruge*?

—¿Cuál es la trampa?

—Exactamente. Van Eck lo está haciendo demasiado fácil. Nos está tratando como blancos. Pero él no nació en el Barril, y nosotros no somos un montón de sacrificios tontos listos para saltar ante el primer anzuelo brillante que muestre. Van Eck quiere que pensemos que ella está en esa isla. Tal vez lo está. Pero también tendrá montones de armas de fuego esperándonos, tal vez incluso unos cuantos Grisha utilizando *parem*.

—Siempre golpea donde el blanco no esté mirando —había murmurado Wylan.

—Dulce Ghezen —dijo Jesper—. Has sido completamente corrompido.

Kaz había dado golpecitos con su bastón cabeza de cuervo a las baldosas del piso de la tumba. —¿Sabes cuál es el problema de Van Eck?

—¿No tiene honor? —dijo Matthias.

—¿Podrías aptitudes paternales? —dijo Nina.

—¿Tener entradas en el pelo? —ofreció Jesper.

—No —dijo Kaz—. Demasiado que perder. Y nos dio un mapa de qué robar primero.

Se había puesto de pie y empezó a idear los planes para raptar a Alys. En lugar de intentar rescatar a Inej como Van Eck esperaba, forzarían a Van Eck a intercambiarla por su propia esposa embarazada. El primer truco había sido encontrarla. Van Eck no era tonto. Kaz sospechaba que había sacado a Alys de la ciudad tan pronto hizo su trato falso con ellos, y sus investigaciones iniciales respaldaban eso. Van Eck no mantendría



a su esposa en un almacén o fábrica o edificio industrial, y ella no estaba en ninguno de los hoteles que él poseía, o en la casa de campo Van Eck o sus dos granjas cerca de Elsmeer. Era posible que la hubiera ocultado en alguna granja o propiedad al otro lado del Verdadero Océano, pero Kaz dudaba que él pusiera en una extenuante travesía marítima a la mujer que cargaba su heredero.

—Van Eck debe estar manteniendo propiedades fuera de los libros —había dicho Kaz—. Probablemente también ingresos.

Jesper frunció el ceño. —¿Que no el no pagar tus impuestos es... no sé, sacrílego? Creí que era fanático de servir a Ghezen.

—Ghezen y Kerch no son lo mismo —dijo Wylan.

Por supuesto, descubrir esas propiedades secretas había significado obtener acceso a la oficina de Cornelis Smeet, y otra serie de engaños. Matthias odiaba la deshonestidad de todo, pero no podía negar el valor de la información que habían obtenido. Gracias a los archivos de Smeet, Kaz había localizado la casa del lago, una propiedad refinada a quince kilómetros al sur de la ciudad, fácil de defender, cómodamente amueblada, y listada bajo el nombre de Hendriks.

Siempre golpea donde el blanco no esté mirando. Era un pensamiento sensato, podía admitir Matthias... pensamiento militar, de hecho. Cuando estabas sobrepasado en armas y hombres, buscabas los objetivos menos defendidos. Van Eck había esperado un intento de rescate para Inej, así que allí era donde había concentrado sus fuerzas. Y Kaz había animado eso, diciéndole a Matthias y Jesper que fueran tan conspicuos como fuera posible cuando llevaran una *gondela* a uno de los amarraderos privados del Quinto Puerto. A las once campanadas, Rotty y Specht habían dejado a Kuwei en Velo Negro y, vestidos con pesados abrigos para ocultar sus caras, zarparon con el bote, haciendo un tremendo espectáculo de gritar a supuestos compatriotas que salían desde otros amarraderos... la mayoría de ellos turistas confundidos que no estaban seguros de por qué hombres desconocidos les gritaban desde una *gondela*.



Había requerido todo de Matthias no discutir cuando Kaz había emparejado a Nina con Jesper en el asalto a la casa del lago, a pesar del hecho de que sabía que la pareja tenía sentido. Ellos necesitaban deshacerse de los guardias silenciosamente, para prevenir que cualquiera elevara la alarma o entrara en pánico. El entrenamiento de combate de Matthias hacía eso posible, igual que las habilidades Grisha de Nina, así que habían sido separados. Jesper y Wylan tenían talentos más ruidosos, así que entrarían en la refriega solo como último recurso. También, Matthias sabía que, si empezaba a seguir a Nina en misiones como alguna especie de perro guardián, ella se pondría las manos sobre esas gloriosas caderas y demostraría su conocimiento de obscenidades en varios lenguajes diferentes. Aun así, él era el único, además tal vez de Kuwei, que sabía cómo había sufrido ella desde que habían regresado de la Corte de Hielo. Había sido duro observarla marcharse.

Se habían aproximado desde el otro lado del lago y hecho un trabajo rápido con los pocos guardias en el perímetro. La mayoría de las villas a lo largo de la orilla estaban vacías, ya que era demasiado temprano en la estación para que el clima se hubiera entibiado apropiadamente. Pero las luces ardían en las ventanas de la casa Van Eck... o, más bien, la casa Hendriks. La propiedad había pertenecido a la familia de la madre de Wylan durante generaciones, antes que Van Eck hubiera puesto un pie en la puerta.

Casi no se sentía como un allanamiento; uno de los guardias había estado dormitando de verdad en la caseta. Matthias no se dio cuenta que hubo una víctima hasta que el recuento de los guardias resultó corto, pero no había habido tiempo para interrogar a Nina y Jesper sobre lo que había salido mal. Habían atado a los guardias restantes, guiado a ellos y al resto del personal a la despensa, y luego subido por las escaleras hasta el segundo piso, vistiendo las máscaras de la *Komedie Brute*. Se habían detenido afuera de la sala de música, donde Alyx estaba sentada precariamente sobre la banca de un pianoforte. Aunque habían esperado encontrarla dormida, ella estaba esforzándose con alguna pieza de música.

—Santos, ¿qué es ese ruido? —había susurrado Nina.



—Creo que es «Quédate quieto, pequeño abejorro» —dijo Wylan desde detrás de la máscara y cuernos de su disfraz del Duendecillo Gris—. Pero es difícil decirlo.

Cuando habían entrado a la sala de música, el terrier de pelaje sedoso a los pies de ella había tenido el sentido común de gruñir, pero la pobre, bonita y embarazada Alys solo había levantado la vista de su partitura y dicho: —¿Esto es una obra?

—Sí, amor —dijo Jesper suavemente—, y tú eres la estrella.

La habían metido en un abrigo cálido, luego apresurado fuera de la casa y al bote que esperaba. Ella había sido tan dócil que Nina se había preocupado. —¿Tal vez no está recibiendo suficiente sangre en el cerebro? —le había murmurado a Matthias.

Matthias no había estado seguro de cómo catalogar el comportamiento de Alys. Él recordaba a su madre haciendo un lío de las cosas más simples cuando estaba embarazada de su hermanita. Ella había caminado todo el camino desde la villa a su casita antes que se diera cuenta que traía las botas en el pie equivocado.

Pero a mitad de camino de vuelta a la ciudad, cuando Nina había atado las manos de Alys y amarrado una venda sobre sus ojos, asegurándola con fuerza sobre las arregladas trenzas enrolladas en su coronilla, la realidad de su situación debía haber empezado a calarle. Ella había empezado a gimotear, limpiándose la nariz goteante con la manga de terciopelo. El gimoteo se convirtió en una especie de profundas respiraciones temblorosas, y para cuando habían acomodado a Alys confortablemente en la tumba y encontrado un cojincito para sus pies, había dejado escapar un largo lamento.

—Quiero ir a caaaaaaaa —había llorado—. Quiero a mi perro.

Desde entonces, el llanto no había parado. Kaz eventualmente había alzado las manos al aire en frustración, y todos habían salido de la tumba para intentar encontrar algo de silencio.

—Las mujeres embarazadas son siempre así? —había gemido Nina.

Matthias echó un vistazo dentro del casco de piedra. —Solo las raptadas.



—No puedo escucharme pensar —dijo ella.

—¿Tal vez si le quitamos la venda? —sugirió Wylan—. Podríamos vestir nuestras máscaras de la *Komedie Brute*.

Kaz sacudió la cabeza. —No podemos arriesgarnos a que conduzca a Van Eck de vuelta aquí.

—Va a enfermarse —dijo Matthias.

—Estamos en medio de un trabajo —dijo Kaz—. Hay un montón que tiene que suceder antes del intercambio de mañana. Alguien encuentre una forma de callarla, o yo lo haré.

—Es una chica asustada... —protestó Wylan.

—No pedí una descripción.

Pero Wylan continuó. —Kaz, prométeme que no...

—Antes que termines esa oración, quiero que pienses en lo que cuesta una promesa mía y en lo que estás dispuesto a pagar por ella.

—No es culpa de ella que sus padres la obligaran a un matrimonio con mi padre.

—Alys no está aquí porque hiciera algo malo. Ella está aquí porque es una ventaja.

—Solo es una chica embarazada.

—Embarazarse en realidad no es un talento especial. Pregúntale a cualquier chica sin suerte en el Barril.

—Inej no querría...

En el espacio de un respiro, Kaz había empujado a Wylan con el antebrazo contra la pared de la tumba, la cabeza de cuervo de su bastón apretada bajo la mandíbula de Wylan. —Dime de nuevo cómo hacer las cosas. —Wylan tragó, separó los labios—.



Hazlo —dijo Kaz—. Y te cortaré la lengua de la cabeza y se la daré al primer gato callejero que encuentre.

—Kaz... —había dicho Jesper con cautela. Kaz lo ignoró.

Los labios de Wylan se apretaron en una línea delgada y obstinada. El chico realmente no sabía lo que era bueno para él. Matthias se preguntó si él tendría que intentar interceder a favor de Wylan, pero Kaz lo había liberado. —Alguien póngale un corcho a esa chica antes que yo regrese —dijo, y se adentró a zancadas en el cementerio.

Matthias rodó los ojos hacia el cielo. Todos estos lunáticos necesitaban unos buenos seis meses en un campo de entrenamiento militar y posiblemente una buena tunda.

—Mejor no mencionar a Inej —dijo Jesper mientras Wylan se sacudía—. Ya sabes, si tienes ganas de continuar viviendo.

Wylan sacudió la cabeza. —Pero no todo esto es sobre Inej?

—No, todo es sobre el *gran plan*, ¿recuerdas? —dijo Nina con un bufido—. Alejar a Inej de Van Eck es solo la primera fase.

Volvieron a entrar a la tumba. A la luz de la linterna, Matthias podía ver que el color de Nina era bueno. Tal vez la distracción del allanamiento en la casa del lago había sido algo positivo, aunque no podía ignorar el hecho de que un guardia había muerto durante una misión que no estaba pensada para tener un recuento de cadáveres.

Alys se había tranquilizado y estaba sentada con las manos unidas sobre su vientre, liberando pequeños hipidos infelices. Hizo un intento mediocre de quitarse la venda, pero Nina había sido astuta con los nudos. Matthias echó un vistazo a Kuwei, que estaba sentado enfrente de ella en la mesa. El chico shu solo se encogió de hombros.

Nina se sentó junto a Alys. —Te um... gustaría algo de té?

—Con miel? —preguntó Alys.

—Yo, eh... ¿creo que tenemos azúcar?



—Solo me gusta el té con miel y limón.

Nina lucía como si tal vez le fuera a decir a Alys exactamente dónde podía ponerse su miel y limón, así que Matthias dijo apresuradamente. —¿Qué tal un bizcocho de chocolate?

—¡Oh, me *encanta* el chocolate!

Nina entrecerró los ojos. —No recuerdo haber dicho que podías regalar mis bizcochos.

—Es por una buena causa —dijo Matthias, recuperando la lata. Había comprado los bizcochos con la esperanza de conseguir que Nina comiera más—. Además, apenas los has tocado.

—Los estoy guardando para después —dijo Nina con un resoplido—. Y no deberías meterte conmigo cuando se trata de dulces.

Jesper asintió. —Ella es como un dragón acumulando postres.

La cabeza de Alys había rotado a derecha e izquierda detrás de su venda. —Todos suenan tan jóvenes —dijo—. ¿Dónde están sus padres? —Wylan y Jesper rompieron a reír—. ¿Por qué eso es gracioso?

—No lo es —dijo Nina tranquilizadora—. Solo están siendo idiotas.

—Oye —dijo Jesper—. Nosotros no somos los que estamos echando mano a tu provisión de galletas.

—Sencillamente no dejo que nadie eche mano de mi provisión de galletas —dijo Nina con un guiño.

—Ciertamente no —gruñó Matthias, en algún sitio entre encantado de ver a Nina de vuelta a ser ella misma y celoso de que Jesper fuera el que la hacía sonreír. Necesitaba hundir la cabeza en un balde. Se estaba comportando como un bobo enamorado.



—Así que —dijo Jesper, lanzando un brazo sobre el hombro de Alys—. Cuéntanos sobre tu hijastro.

—¿Por qué? —preguntó Alys—. ¿También van a raptarlo a él?

Jesper se mofó. —Lo dudo. He escuchado que ocasiona toda clase de problemas cuando está alrededor.

Wylan cruzó los brazos. —Yo he escuchado que es talentoso e incomprendido.

Alys frunció el ceño. —Yo puedo comprenderlo perfectamente bien. Él no farfulla ni nada. De hecho, suena parecido a ti. —Wylan se sobresaltó mientras Jesper se doblaba de la risa—. Y sí, es muy talentoso. Está estudiando música en Belendt.

—¿Pero *cómo* es él? —preguntó Jesper—. ¿Algún miedo secreto que te haya confiado? ¿Malos hábitos? ¿Infatuaciones abocadas al fracaso?

Wylan empujó la lata de bizcochos a Alys. —Toma otra galleta.

—¡Ya ha comido tres! —protestó Nina.

—Wylan siempre fue agradable con mis aves. Extraño a mis aves. Y a Rufus. Quiero ir a caaaaaasa. —Y entonces estuvo llorando a lágrima viva de nuevo.

Nina había dejado caer la cabeza sobre la mesa en derrota. —Bien hecho. Creí que realmente podríamos tener un momento de silencio. He sacrificado mis bizcochos por nada.

—¿Ninguno de ustedes se ha topado con una mujer embarazada antes? —gruñó Matthias. Recordaba bien la incomodidad de su madre y sus cambios de humor, aunque sospechaba que el comportamiento de Alys podría no tener nada que ver con el niño que cargaba. Arrancó una tira de una de las mantas deshilachadas en la esquina. —Toma —le dijo a Jesper—. Sumerge esto en agua para que podamos hacer una compresa fría—. Se acuclilló y le dijo a Alys—. Voy a quitarte los zapatos.

—¿Por qué? —dijo ella.



—Porque tus pies están hinchados y te tranquilizará que te los frotén.

—Oh, *esto* es interesante —dijo Nina.

—Que no se te ocurran ideas.

—Demasiado tarde —dijo, agitando los dedos de los pies.

Matthias deslizó los zapatos de Alys y dijo: —No has sido secuestrada. Solo estás siendo retenida durante un tiempo breve. Para mañana por la tarde estarás en casa con tu perro y tus aves. Sabes que nadie va a herirte, ¿sí?

—No estoy segura.

—Bueno, no puedes verme, pero soy la persona más grande aquí, y prometo que nadie te lastimarán. —Incluso mientras decía las palabras, Matthias sabía que podría estar mintiendo. A Alys actualmente le estaban frotando los pies y tenía una toalla fría sobre su frente en un pozo lleno de algunas de las víboras más mortíferas que reptaban por las calles de esta ciudad irracional—. Ahora —dijo—. Es muy importante que permanezcas calmada para que no te pongas enferma. ¿Qué ayuda a animarte?

—Me... me gusta ir a dar caminatas junto al lago.

—Muy bien, tal vez podamos ir por una caminata después. ¿Qué más?

—Me gusta que me arreglen el cabello.

Matthias le dirigió a Nina una mirada significativa.

—¿Qué te hace asumir que sé cómo arreglar cabello?

—Porque el tuyo siempre luce tan lindo.

—Espera —dijo Jesper—. ¿Está siendo encantador? —Escrutó a Matthias—. ¿Cómo sabemos que no es un impostor?

—Tal vez *alguien* podría arreglarte el cabello —dijo Nina a regañadientes.

—¿Algo más? —preguntó Matthias.



—Me gusta cantar —dijo Alys.

Wylan sacudió frenéticamente la cabeza, articulando: *No, no, no.*

—¿Debería cantar? —preguntó Alys esperanzada—. Bajan dice que soy lo bastante buena para estar sobre un escenario.

—Tal vez guardemos eso para después... —sugirió Jesper.

El labio inferior de Alys empezó a temblar como un plato a punto de romperse.

—Canta —barbotó Matthias—. Por supuesto, canta.

Y entonces empezó la pesadilla real.

No era que Alys fuera tan mala, sencillamente nunca paraba. Cantaba entre mordiscos de comida. Cantaba mientras estaba caminando entre las tumbas. Cantaba desde detrás de un arbusto cuando necesitaba aliviarse. Cuando finalmente se durmió, tarareaba *en sueños*.

—Tal vez este fue el plan de Van Eck desde el principio —dijo Kaz taciturno cuando se hubieron reunido fuera de la tumba de nuevo.

—¿Volvernos locos? —dijo Nina—. Está funcionando.

Jesper cerró los ojos y gruñó. —Diabólico.

Kaz consultó su reloj de bolsillo. —De todas formas, Nina y Matthias deberían irse yendo. Si se ponen en posición temprano, pueden recuperar unas cuantas horas de sueño. —Tenían que ser cuidadosos al ir y venir de la isla, así que no podían permitirse esperar hasta el amanecer para asumir sus puestos.

—Encontrarán las máscaras y capas en el peletero —continuó Kaz—. Busquen el tejón dorado en el letrero. Acérquense lo más posible a la Tapa antes de empezar a entregarlas y luego diríjanse al sur. No se queden en ningún lugar demasiado tiempo. No quiero que atraigan demasiada atención de los jefes. —Kaz se encontró con cada una de sus miradas por turnos—. Todos necesitan estar en la posición final antes del



mediodía. Wylan en el suelo. Matthias en el tejado del *Emporium Komedie*. Jesper estará al otro lado de la calle sobre el tejado del Hotel Ammbers. Nina, tú estarás en el tercer piso del hotel. La habitación tiene un balcón que tiene vista al *Goedmedbridge*. Asegúrate que tu línea de visión esté despejada. Quiero que tengas los ojos puestos sobre Van Eck desde el momento uno. Él estará planeando algo, y necesitamos estar listos.

Matthias vio a Nina lanzar una mirada furtiva a Jesper, pero todo lo que dijo fue:
—Sin llantos.

—Sin funerales —replicaron.

Nina se dirigió hacia donde estaba atracado el bote de remos. Kaz y Wylan retrocedieron hacia la tumba, pero antes que Jesper pudiera desvanecerse en el interior, Matthias le bloqueó el paso.

—¿Qué sucedió en la casa del lago?

—¿Quéquieres decir?

—Vi la mirada que ella acaba de lanzarte.

Jesper se removió incómodo. —¿Por qué no le preguntas a ella?

—Porque Nina proclamará que está bien hasta que esté sufriendo demasiado para formar las palabras.

Jesper tocó sus revólveres con las manos. —Todo lo que voy a decir es sé cuidadoso. No es... del todo ella misma.

—¿Qué significa eso? ¿Qué sucedió en la casa Hendriks?

—Nos topamos con algunos problemas —admitió Jesper.

—Un hombre murió.

—Hombres mueren todo el tiempo en Ketterdam. Solo permanece alerta. Puede que ella necesite respaldo.



Jesper atravesó a toda prisa la puerta, y Matthias soltó un gruñido de frustración. Se apresuró para alcanzar a Nina, dándole vueltas en la mente a la advertencia de Jesper, pero no dijo nada cuando ella entró al bote y él los lanzó al canal.

Lo más listo que había hecho desde que regresaron de la Corte de Hielo fue darle a Kaz la *parem* restante. No había sido una decisión fácil. Nunca estaba seguro de la profundidad del pozo en el interior de Kaz, dónde localizar los límites de lo que él haría o no haría. Pero Nina no tenía poder sobre Kaz, y cuando ella había reptado a la cama de Matthias la noche del trabajo de Smeet, él estuvo seguro que había tomado la decisión correcta porque, Djel sabía, Matthias había estado listo para darle cualquier cosa que ella deseara si tan solo continuaba besándolo.

Ella lo había despertado del sueño que lo había estado plagando desde la Corte de Hielo. Un momento él había estado vagando en el frío, ciego por la nieve, con lobos aullando en la distancia, y en el siguiente, había estado despierto, con Nina a su lado, todo calidez y suavidad. Pensó de nuevo en lo que ella le había dicho en el barco, cuando había estado en lo peor de las garras de *parem*. *¿Tan siquiera puedes pensar por ti mismo? Yo solo soy otra causa que seguir. Primero fue Jarl Brum, y ahora soy yo. Yo no deseo tu juramento maldito.*

Él no creía que ella lo dijera en serio, pero las palabras lo atormentaban. Como *driiskelle*, él había servido a una causa corrupta. Podía verlo ahora. Pero había tenido una senda, una nación. Había sabido quién era y lo que el mundo pediría de él. Ahora no estaba seguro de nada excepto su fe en Djel y el juramento que había hecho a Nina. *Me han hecho para protegerte. Solo muerto incumpliré este juramento.* ¿Él sencillamente había sustituido una causa por otra? ¿Estaba refugiándose en sus sentimientos por Nina porque temía elegir un futuro por sí mismo?

Matthias se enfocó en remar. Sus destinos no quedarían decididos esta noche, y tenían mucho que hacer antes que llegara el amanecer. Además, le gustaba el ritmo de los canales en la noche, las farolas callejeras que se reflejaban sobre el agua, el silencio, la sensación de pasar sin ser visto a través del mundo durmiente, vislumbrando una luz en una ventana, alguien que se levantaba inquieto de su cama para cerrar una cortina o



mirar hacia la ciudad. Intentaban entrar y salir de Velo Negro lo menos posible durante el día, así que esta era la forma en la que había llegado a conocer Ketterdam. Una noche había vislumbrado a una mujer ante su tocador, con un vestido de tarde enjoyado, desatándose el cabello. Un hombre... su esposo, asumió Matthias, se había parado detrás de ella y encargado de la tarea, y ella había levantado el rostro hacia él y sonreído. Matthias no podía nombrar el anhelo que sintió en ese momento. Él era un soldado. Igual que Nina. No estaban destinados a semejantes escenas domésticas. Pero había envidiado a esas personas y su tranquilidad. Su hogar cómodo, su comodidad el uno con el otro.

Sabía que le preguntaba a Nina con demasiada frecuencia, pero mientras desembarcaban cerca de la Duela Este, Matthias no pudo evitar decir: —¿Cómo te sientes?

—Bastante bien —dijo ella restándole importancia, ajustando su velo. Estaba vestida con las resplandecientes galas azules de la Novia Perdida, el mismo disfraz que había estado vistiendo la noche que ella y los otros miembros de los Indeseables habían aparecido en su celda—. Dime, *druškelle*, ¿Alguna vez has estado en esta parte del Barril?

—No tuve mucha oportunidad para hacer turismo mientras estaba en la Puerta del Infierno —dijo Matthias—. Y, de todas formas, no habría venido aquí.

—Por supuesto que no. Tanta gente divirtiéndose en un lugar podría haber conmocionado al fjerdano en ti.

—Nina —dijo Matthias bajito mientras avanzaban hacia el peletero. No deseaba presionar, pero necesitaba saber—. Cuando fuimos tras Smeet, utilizaste una peluca y maquillaje. ¿Por qué no te confeccionaste tú misma?

Ella se encogió de hombros. —Era más fácil y más rápido.

Matthias se quedó en silencio, inseguro de si presionarla más.

Pasaron por una tienda de queso, y Nina suspiró. —¿Cómo puedo pasar junto a un escaparate lleno de ruedas de queso y no sentir nada? Ya ni siquiera me reconozco.



—Hizo una pausa, entonces dijo—: Intenté confeccionarme. Algo se siente raro. Diferente. Solo conseguí arreglar los círculos debajo de mis ojos, y requirió cada resquicio de mi concentración.

—Pero nunca fuiste una confeccionista talentosa.

—Modales, fjerdano.

—Nina.

—Esto fue diferente. No era solo desafiante, era doloroso. Es difícil explicarlo.

—¿Qué tal lo de imponer comportamientos? —preguntó Matthias—. Como lo hiciste en la Corte de Hielo cuando utilizaste *parem*.

—Ya no creo que sea posible.

—¿Lo has intentado?

—No exactamente.

—Inténtalo en mí.

—Matthias, tenemos trabajo que hacer.

—Inténtalo.

—No voy a traquetear en tu cabeza cuando no sabemos lo que podría suceder.

—Nina...

—Bien —dijo con exasperación—. Ven aquí.

Casi habían alcanzado la Duela Este y las multitudes de juerguistas habían aumentado. Nina tiró de él hacia un callejón entre dos edificios. Ella le levantó la máscara y su propio velo; luego, lentamente, colocó una mano a ambos lados de su cara. Sus dedos se deslizaron en el cabello de Matthias y la concentración de él se destrozó. Se sentía como si lo estuviera tocando en todos lados.



Ella lo miró a los ojos. —¿Bien?

—No siento nada —dijo. Su voz sonaba vergonzosamente ronca.

Ella arqueó una ceja. —¿Nada?

—¿Qué intentas hacer que haga?

—Estoy intentando obligarte a que me beses.

—Eso es tonto.

—¿Por qué?

—Porque siempre quiero besarte —admitió.

—¿Entonces cómo es que nunca lo haces?

—Nina, acabas de atravesar un terrible sufrimiento...

—Así es. Es verdad. ¿Sabes qué ayudaría? Un montón de besos. No hemos estado a solas desde que estuvimos a bordo del *Ferolind*.

—¿Te refieres a cuando casi moriste? —dijo Matthias. Alguien tenía que recordar la gravedad de esta situación.

—Prefiero pensar en los buenos tiempos. Como cuando sostuviste mi cabello mientras vomitaba en un balde.

—Deja de intentar hacerme reír.

—Pero me gusta tu risa.

—Nina, este no es el momento para coquetear.

—Necesito atraparte con la guardia baja, de otra forma estás muy ocupado protegiéndome y preguntándome si estoy bien.

—¿Está mal preocuparse?



—No, está mal tratarme como si pudiera romperme en cualquier momento. No soy tan delicada o frágil. —Le bajó la máscara nada gentilmente, se colocó el velo de vuelta en su lugar de un tirón, y pasó a su lado a zancadas hasta la salida del callejón, al otro lado de la calle, a una tienda con un tejón dorado sobre la puerta.

Él la siguió. Sabía que había dicho algo incorrecto, pero no tenía idea de qué era lo correcto. Sonó una campanita cuando entraron a la tienda.

—¿Cómo puede estar abierto este lugar a semejantes horas? —murmuró—. ¿Quién desea comprar un abrigo a la hora muerta de la noche?

—Turistas.

Y, de hecho, unas cuantas personas estaban rebuscando entre los montones de pieles y cueros. Matthias siguió a Nina al mostrador.

—Venimos a recoger una orden —dijo Nina al encargado con anteojos.

—¿El nombre?

—Judit Coenen.

—¡Ah! —dijo el empleado, consultando un libro de registro—. Lince dorado y oso negro, pagado en su totalidad. Solo un momento. —Se desvaneció en el cuarto trasero y emergió un minuto después, luchando bajo el peso de dos inmensos paquetes envueltos en papel café y atados con cordel—. ¿Necesitan ayuda para llevar estos a...?

—Estamos bien. —Matthias levantó los paquetes con poco esfuerzo. La gente de esta ciudad necesitaba más aire fresco y ejercicio.

—Pero podría llover. Al menos permítanme...

—Estamos bien —gruñó, y el empleado retrocedió un paso.

—Ignórelo —dijo Nina—. Él necesita una siesta. Muchas gracias por su ayuda.

El empleado sonrió débilmente y ellos se marcharon.



—Sabes que eres terrible en esto, ¿verdad? —preguntó Nina una vez que estuvieron en la calle y entraron a la Duela Este.

—¿En mentir y engañar?

—En ser educado.

Matthias lo consideró. —No tenía la intención de ser grosero.

—Solo déjame a mí lo de hablar.

—Nina...

—Nada de nombres de aquí en adelante.

Ella estaba irritada con él. Podía escucharlo en su voz, y no creía que fuera porque había sido cortante con el empleado. Se detuvieron solo para que Matthias pudiera intercambiar su disfraz del Loco por uno de los muchos atuendos del señor Carmesí doblado en los paquetes de la peletería. Matthias no estaba seguro si el empleado había sabido lo que estaba metido en la envoltura de papel café, si los disfraces habían sido hechos en la tienda, o si el Tejón Dorado era solo alguna clase de punto de entrega. Kaz tenía conexiones misteriosas por todo Ketterdam, y solo él sabía la verdad de sus maquinaciones.

Una vez que Matthias encontró un abrigo rojo lo bastante grande y se colocó la máscara lacada rojo y blanco sobre la cara, Nina le tendió una bolsa de monedas de plata.

Matthias sopesó la bolsa una vez en su palma, y las monedas emitieron un tintineo alegre. —No son reales, ¿cierto?

—Por supuesto que no. Pero nadie nunca sabe si las monedas son reales. Eso es parte de la diversión. Practiquemos.

—¿Practicar?

—¡Madre, padre, paguen el alquiler! —dijo Nina en una voz cantarina.



Matthias la miró fijamente. —¿Es posible que tengas fiebre?

Nina se empujó el velo sobre la cabeza para que él pudiera experimentar la fuerza plena de su mirada fulminante. —Es de la *Komedie Brute*. Cuando el señor Carmesí sube al escenario, la audiencia grita...

—Madre, Padre, paguen el alquiler —terminó Matthias.

—Exactamente. Entonces tú dices: «No puedo, querida, el dinero se gastó» y arrojas un puñado de monedas a la multitud.

—¿Por qué?

—Por la misma razón que todos sisean al Loco y le arrojan flores a la Reina Escarabajo. Es la tradición. Los turistas no siempre lo entienden, pero los kerch sí. Así que esta noche, si alguien grita: «Madre, Padre, paguen el alquiler...»

—No puedo, querida, el dinero se gastó —entonó Matthias sombríamente, arrojando un puñado de monedas al aire.

—Tienes que hacerlo con más entusiasmo —urgió Nina—. Se supone que sea divertido.

—Me siento tonto.

—A veces es bueno sentirse tonto, fjerdano.

—Solo dices eso porque no tienes vergüenza.

Para su sorpresa, en lugar de ofrecer una réplica afilada, ella se quedó en silencio y permaneció así hasta que tomaron su primera posición enfrente de un salón de apuestas en la Tapa, uniéndose a músicos y trovadores, apenas a unas puertas de distancia del club Cúmulo. Entonces fue como si alguien hubiera activado un interruptor en Nina.



—¡Venga uno, vengan todos al Alfanje Carmesí! —declaró ella—. Usted de allí, señor. Es demasiado flacucho para su propio bien. ¿Qué pensaría de un poco de comida gratis y un botellón de vino? Y usted, señorita, luce como si supiera cómo divertirse...

Nina atrajo turistas hacia ellos uno por uno como si hubiera nacido para ello, ofreciendo comida y bebida gratis y tendiendo disfraces y panfletos. Cuando uno de los matones del salón de apuestas emergió para ver qué se traían entre manos, ellos se movieron, dirigiéndose al sur y oeste, continuaron entregando los doscientos disfraces y máscaras que Kaz había procurado. Cuando la gente preguntaba sobre qué era todo eso, Nina proclamaba que era una promoción para un nuevo salón de apuestas llamado el Alfanje Carmesí.

Como Nina había predicho, ocasionalmente alguien captaba el disfraz de Matthias y gritaba: —¡Madre, Padre, paguen el alquiler!

Obedientemente, Matthias replicaba, esforzándose por sonar alegre. Si los turistas y juerguistas encontraban su actuación deficiente, nadie lo dijo, posiblemente distraídos por la lluvia de monedas de plata.

Para cuando alcanzaron la Duela Oeste, el montón de disfraces había desaparecido y el sol se estaba elevando. Él captó un breve destello desde el tejado del Hotel Ammbers; Jesper haciendo señales con su espejo.

Matthias escoltó a Nina a la habitación reservada para Judit Coenen en el tercer piso del hotel. Justo como Kaz había dicho, el balcón tenía una vista perfecta de la amplia extensión del *Goedmedbridge* y las aguas de la Duela Oeste, rodeada a ambos lados por hoteles y casas de placer.

—¿Qué significa eso? —preguntó Matthias—. ¿*Goedmedbridge*?

—Puente de la doncella buena.

—Por qué lo llaman así?



Nina se reclinó contra el umbral y dijo: —Bueno, la historia es que cuando una mujer descubrió que su esposo se había enamorado de una chica de la Duela Oeste y planeaba abandonarla, ella vino al puente y, en vez de vivir sin él, se arrojó al canal.

—¿Por un hombre con tan poco honor?

—¿Nunca has estado tentado? ¿Con toda las frutas y carne de la Duela Oeste ante ti?

—¿Te arrojarías de un puente por un hombre que lo hubiera hecho?

—No me arrojaría de un puente ni por el rey de Ravka.

—Es una historia terrible —dijo Matthias.

—Dudo que sea verdad. Sencillamente es lo que sucede cuando dejas que los hombres nombren los puentes.

—Deberías descansar —dijo—. Puedo despertarte cuando sea tiempo.

—No estoy cansada, y no necesito que me digan cómo hacer mi trabajo.

—Estás enojada.

—O que me digan cómo me siento. Ve a tu puesto, Matthias. Tú también luces un poco hecho polvo dentro de esas filigranas doradas.

Su voz era fría, su espalda recta. El recuerdo del sueño vino a él con tanta fuerza que casi pudo sentir la mordida del viento, la nieve azotando sus mejillas en ráfagas cortantes. La garganta le quemó, en carne viva mientras gritaba el nombre de Nina. Deseaba decirle que tuviera cuidado. Deseaba preguntarle qué sucedía.

—Sin llantos —murmuró.

—Sin funerales —replicó ella, con los ojos enfocados en el puente.

Matthias se marchó en silencio, descendió las escaleras, y cruzó sobre el canal por la amplia extensión del *Goedmedbridge*. Levantó la vista hacia el balcón del Hotel



Ammbers pero no vio señal de Nina. Eso era bueno. Si él no podía verla desde el puente, entonces Van Eck tampoco podría. Unos cuantos escalones de piedra lo bajaron a un muelle donde un vendedor de flores estaba remando su barcaza llena de capullos para acomodarla bajo el baño rosáceo de la luz de mañana. Matthias intercambió una breve palabra con el hombre mientras atendía sus tulipanes y narcisos, notando las marcas que Wylan había puesto con tiza sobre el nivel del agua a ambos lados del canal. Estaban listos.

Subió las escaleras del *Emporium Komedie*, rodeado por todos lados por máscaras y velos y capas destellantes. Cada piso tenía un tema diferente, que ofrecía fantasías de todo tipo. Se horrorizó al ver un estante de disfraces *driūskelle*. Aun así, era un buen lugar para evitar llamar la atención.

Se apresuró al tejado e hizo señales a Jesper con su espejo. Ahora todos estaban en posición. Justo antes del mediodía, Wylan descendería para esperar en el café al costado del canal que siempre atraía una ruidosa colección de artistas callejeros: músicos, mimos, juglares, suplicando dinero de los turistas. Por ahora, el chico yacía de costado, acomodado bajo el saliente de piedra del tejado y tomando una siesta ligera. El rifle de Matthias yacía enrollado en tela impermeabilizada junto a Wylan, y él había dispuesto una hilera completa de fuegos artificiales, sus detonadores enrollados como colas de ratón.

Matthias acomodó la espalda contra el saliente y cerró los ojos, entrando y saliendo de la conciencia. De su tiempo con los *driūskelle*, estaba acostumbrado a estos largos periodos con poco sueño. Despertaría cuando fuera necesario. Pero ahora, marchaba a través del hielo, el viento le aullaba en los oídos. Incluso los ravkanos tenían un nombre para ese viento: *Gruzeburya*, el bruto, un viento letal. Provenía del norte, una tormenta que engullía todo a su paso. Los soldados morían a meros pasos de sus tiendas, perdidos en la blancura, sus gritos de ayuda devorados por el frío sin rostro. Nina estaba allá afuera. Él lo sabía y no tenía forma de alcanzarla. Gritaba su nombre una y otra vez, sintiendo que los pies se le entumecían en las botas, el hielo se le filtraba por la ropa. Se esforzaba por escuchar una respuesta, pero sus oídos estaban llenos del rugido de la



tormenta y en algún lugar, en la distancia, el aullido de lobos. Ella moriría en el hielo. Moriría sola y sería culpa de él.

Despertó, jadeando. El sol estaba alto en el cielo. Wylan se erguía sobre él, sacudiéndolo suavemente. —Casi es tiempo. —Matthias asintió y se levantó, moviendo los hombros en círculos, sintiendo el cálido aire de primavera de Ketterdam a su alrededor. Se sentía ajeno en sus pulmones—. ¿Estás bien? —preguntó Wylan tentativamente, pero aparentemente la mirada fulminante de Matthias fue respuesta suficiente—. Estás grandioso —dijo Wylan, y se apresuró a bajar las escaleras.

Matthias consultó el barato reloj de latón que Kaz había adquirido para él. Casi doce campanadas. Esperaba que Nina hubiera descansado con mayor tranquilidad que él. Destelló su espejo una vez hacia el balcón de ella y sintió una oleada de alivio cuando una luz brillante destelló en respuesta. Hizo señas a Jesper, luego se inclinó por encima del saliente del tejado para esperar.

Matthias sabía que Kaz había elegido la Duela Oeste por su anonimato y sus multitudes. Sus ciudadanos ya habían empezado a despertar de nuevo después de las juergas de la noche previa. Los sirvientes que atendían a las necesidades de sus varias casas estaban haciendo las compras, aceptando embarques de vino y fruta para las actividades de la siguiente noche. Turistas que acababan de arribar en la ciudad estaban paseando por ambos lados del canal, apuntando a los letreros elaboradamente decorados que marcaban cada casa, algunas famosas, algunas notorias. Él podía ver una rosa de muchos pétalos elaborada en blanco hierro forjado y con filigrana de plata. La Casa de la Rosa Blanca. Nina había trabajado ahí durante casi un año. Él nunca la había interrogado sobre su tiempo allí. No tenía derecho. Ella se había quedado en la ciudad para ayudarlo, y podía hacer lo que deseara. Y, aun así, había sido incapaz de evitar imaginarla allí, las curvas de su cuerpo yaciendo desnudas, ojos verdes de párpados entrecerrados, pétalos color crema atrapados en los rizos oscuros de su cabello. Había noches cuando la imaginaba haciendo señas para que se acercara, otras cuando era a alguien más al que daba la bienvenida en la oscuridad, y él permanecía despierto, preguntándose si serían celos o deseo lo que lo enloquecería primero. Arrancó los ojos del letrero y sacó un catalejo de su bolsillo, forzándose a revisar el resto de la Duela.



Apenas unos minutos antes del mediodía, Matthias vislumbró a Kaz avanzando desde el oeste, su figura oscura un borrón moviéndose a través de la multitud, su bastón mantenía el ritmo de su andar desigual. La multitud parecía partirse a su alrededor, tal vez percibiendo el propósito que lo conducía. Le recordaba a Matthias a los pueblerinos haciendo señales en el aire para protegerse de espíritus malignos. Alys Van Eck andaba a su lado. Su venda había sido removida, y a través de su catalejo, Matthias pudo ver que sus labios se movían. *Dulce Djel, ¿todavía está cantando?* A juzgar por la expresión amarga en la cara de Kaz, era una posibilidad clara.

Más allá del otro lado del puente, Matthias vio a Van Eck aproximarse. Tenía un porte rígido, su postura erguida, con los brazos apretados contra el cuerpo como si temiera que el aire rico en pecados del Barril le manchara el traje.

Kaz había sido claro: Deshacerse de Van Eck era un último recurso. No deseaban matar a un miembro del Consejo Mercante, no a plena luz del día enfrente de testigos.

—¿No sería más limpio? —preguntó Jesper—. ¿Un ataque al corazón? ¿Fiebre cerebral? —Matthias habría preferido una muerte honesta, una batalla abierta. Pero no era así como se hacían las cosas en Ketterdam.

—Él no puede sufrir si está muerto —había dicho Kaz, y eso había sido todo. El *demjin* no toleraba ninguna discusión.

Van Eck había llegado rodeado por guardias vestidos en la librea roja y dorada de su casa. Sus cabezas se giraban a izquierda y derecha, analizando su alrededor, buscando amenazas. Por cómo colgaban sus abrigos, Matthias podía decir que todos estaban armados. Pero allí, rodeados por tres guardias inmensos, había una diminuta figura encapuchada. *Inej*.

Matthias se sorprendió ante la gratitud que lo inundó. Aunque solo había conocido a la pequeña chica suli durante un corto tiempo, había admirado su valentía desde el principio. Y ella había salvado sus vidas múltiples veces, poniéndose en riesgo para hacerlo. Él había cuestionado muchas de sus elecciones propias, pero nunca su



compromiso a verla libre de Van Eck. Solo deseaba que ella se separara de Kaz Brekker. La chica merecía algo mejor. Pero bueno, tal vez Nina merecía algo mejor que Matthias.

Ambos bandos alcanzaron el puente. Kaz y Alys se adelantaron. Van Eck hizo señas a los guardias que sujetaban a Inej.

Matthias levantó la vista. Desde el otro tejado, el espejo de Jesper estaba destellando frenéticamente. Matthias revisó el área alrededor del puente, pero no podía ver lo que había atemorizado tanto a Jesper. Se asomó por el catalejo, enfocándolo en las calles laberínticas que fluían hacia afuera desde ambos lados de la Duela. La retirada de Kaz aparecía despejada. Pero cuando Matthias miró más allá de Van Eck hacia el este, su corazón se llenó de temor. Las calles estaban salpicadas de racimos de purpura, todos moviéndose hacia la Duela. *El cuerpo de vigilancia.* ¿Solo era una coincidencia o algo que Van Eck había planeado? Seguramente no desearía arriesgarse a que oficiales de la ciudad descubrieran en qué andaba ¿Podrían estar involucrados los fjerdanos? ¿Qué tal si venían a arrestar tanto a Van Eck como a Kaz?

Matthias destelló su espejo dos veces hacia Nina. Desde el punto de observación más bajo de ella, no vería a la *vigilancia* hasta que fuera demasiado tarde. De nuevo sintió el frío azote del viento, escuchó su voz llamándola, sintió que su terror aumentaba cuando no llegó ninguna respuesta. *Ella estará bien*, se dijo a sí mismo. *Ella es una guerrera.* Pero la advertencia de Jesper se reprodujo en sus oídos. *Sé cuidadoso. Ella no es del todo ella misma.* Esperaba que Kaz estuviera listo. Esperaba que Nina fuera más fuerte de lo que parecía. Esperaba que los planes que habían dispuesto fueran suficiente, que la puntería de Jesper fuera certera, que los cálculos de Wylan fueran correctos. Los problemas venían por todos ellos.

Matthias alcanzó su rifle.





Traducido por Alfacris

K1 primer pensamiento de Kaz cuando divisó a Van Eck moviéndose hacia *Goedmedbridge* fue: *este hombre nunca debe jugar a las cartas*. El segundo fue que alguien había roto la nariz del merc. Estaba torcida e hinchada, un círculo oscuro se había formado debajo de un ojo por la contusión. Kaz sospechó que un medik universitario había tratado lo más grave de los daños, pero sin un sanador Grisha, no había mucho que pudiera hacer para ocultar una fractura así.

Van Eck estaba tratando de mantener una expresión neutral, pero se esforzaba tanto por lucir impasible que su frente estaba brillante por el sudor. Sus hombros estaban rígidos y su pecho sobresalía hacia delante como si alguien hubiera unido una cadena a su esternón y tirado de él hacia arriba. Se dirigió hacia *Goedmedbridge* a un ritmo imponente, rodeado de guardias de librea en rojo y dorado, bueno *eso* sorprendió a Kaz. Había pensado que Van Eck preferiría entrar en el Barril con la menor pompa posible. Reflexionó mentalmente sobre esta nueva información.

Era peligroso ignorar los detalles. A nadie le gustaba que lo pusieran en ridículo y, a pesar de todos sus intentos de un desfile majestuoso, la vanidad de Van Eck tenía que estar herida. Un merc se enorgullecía de su sentido del negocio, su capacidad para crear una estrategia, manipular a los hombres y los mercados. Estaría buscando devolvérsela después de verse coaccionado por un despreciable matón del Barril.

Kaz dejó que sus ojos pasasen una vez por encima de los guardias, brevemente, en busca de Inej. Ella estaba encapuchada, apenas visible entre los hombres que Van Eck había traído, pero en cualquier lugar habría reconocido esa postura como filo de cuchillo ¿Y si la tentación estaba allí para hacer que estirara el cuello, para mirar más de

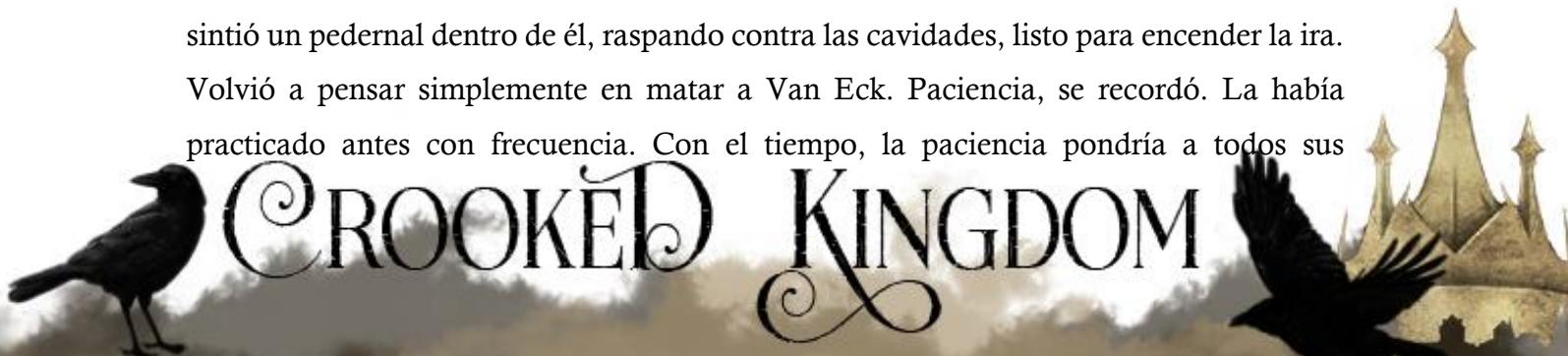


cerca, para asegurarse de que ella estaba ilesa? Podía reconocerla, y hacerla a un lado. Él no iba a romper su concentración.

Por un breve instante, Kaz y Van Eck se evaluaron el uno al otro desde lados opuestos del puente. Kaz no pudo evitar recordar cuando se habían enfrentado así hace siete días. Él había pensado demasiado sobre esa reunión. A altas horas de la noche, cuando la jornada de trabajo había culminado, había permanecido despierto, repasando cada momento de la misma. Una y otra vez, Kaz pensó en esos pocos segundos cruciales cuando había permitido que su atención fuera hacia Inej en lugar de mantener sus ojos en Van Eck. Era un error que no podía permitirse el lujo de cometer otra vez. Ese chico había mostrado su debilidad en una sola mirada fugaz, había cedido la guerra por una sola batalla y puesto a Inej (*a todos ellos*) en peligro. Era un animal herido que tenía que ser sacrificado. Y Kaz lo había hecho con mucho gusto, asfixiando su vida sin tiempo de arrepentirse. El Kaz que permanecía solo veía el objetivo: liberar a Inej. Hacer pagar a Van Eck. El resto era ruido inútil.

Había pensado también en los errores de Van Eck en Vellgeluk. El merca había sido lo suficientemente estúpido como para pregonar el hecho de que su precioso heredero se estaba cocinando en el vientre de su nueva esposa, la joven Alys Van Eck, con su cabello blanco como la leche y manos rellenas como bollitos. Había sido provocado por el orgullo y también por su odio a Wylan, su deseo de borrar a su hijo de los libros como un negocio fallido.

Kaz y Van Eck intercambiaron cortos movimientos de cabeza. Kaz mantuvo una mano enguantada en el hombro de Alys. Dudaba que ella tratara de huir, pero ¿quién sabía qué ideas daban vueltas en la cabeza de la chica? A continuación, Van Eck hizo una señal a sus hombres para llevar a Inej hacia adelante, Kaz y Alys empezaron a cruzar el puente. En un abrir y cerrar de ojos, Kaz notó el andar extraño de Inej, la forma en que mantenía los brazos detrás de la espalda. Le habían atado las manos y le pusieron grilletes en los tobillos. *Una precaución razonable*, se dijo. *Yo habría hecho lo mismo*. Pero sintió un pedernal dentro de él, raspando contra las cavidades, listo para encender la ira. Volvió a pensar simplemente en matar a Van Eck. Paciencia, se recordó. La había practicado antes con frecuencia. Con el tiempo, la paciencia pondría a todos sus



enemigos de rodillas. La paciencia y el dinero que tenía intención de sacarle a esta escoria merc.

—¿Piensas que es atractivo? —preguntó Alys.

—¿Qué? —dijo Kaz, inseguro de haberla oído correctamente. Ella había estado tarareando y cantando todo el camino desde el mercado, donde Kaz le había quitado la venda de los ojos y él había estado haciendo todo lo posible para no escucharla.

—Algo le ha pasado a la nariz de Jan —dijo Alys.

—Sospecho que pilló un mal caso del Espectro.

Alys arrugó la nariz pequeña, meditando. —Creo que Jan sería guapo, si no fuera tan viejo.

—Por suerte para ti, vivimos en un mundo donde los hombres pueden compensar el ser viejos con ser ricos.

—Sería bueno si fuera joven y rico.

—¿Por qué detenerse ahí? ¿Qué me dices de joven, rico y de la realeza? ¿Por qué conformarse con un merc cuando podrías tener un príncipe?

—Supongo —dijo Alys—. Pero es el dinero lo que importa. Nunca realmente le encontré el atractivo a los príncipes.

Bueno, nadie podría dudar de que esta era una chica nacida y crecida en Kerch.
—Alys, estoy sorprendido de que tú y yo estemos de acuerdo.

Kaz supervisaba la periferia del puente a medida que se acercaban al centro, manteniendo un ojo atento en los guardias de Van Eck, tomando nota de las puertas abiertas del balcón del tercer piso del Hotel Ammbers, la barcaza de las flores aparcada en el lado oeste debajo del puente como cada mañana. Asumió que Van Eck tendría personas situadas en los edificios de los alrededores, así como él. Pero a ninguno de ellos se le permitiría un disparo mortal. No hay duda de que a Van Eck le encantaría verlo



flotando boca abajo en un canal, pero Kaz podía conducir a Van Eck hasta Kuwei y ese conocimiento debería impedir que recibiera una bala en el cráneo.

Se pararon a unos buenos diez pasos de distancia. Alys trató de continuar avanzando, pero Kaz la mantuvo firmemente en su lugar.

—Dijiste que me estabas llevando hasta Jan —objetó.

—Y aquí estás —dijo Kaz—. Ahora estate quieta.

—Jan —gritó estridente—. ¡Soy yo!

—Lo sé, querida —dijo Van Eck con calma, la mirada fija en Kaz. Él bajó la voz—. Esto no ha terminado, Brekker. Quiero a Kuwei Yul-Bo.

—¿Estamos aquí para repetirnos? Deseas el secreto para *parem jurda* y yo quiero mi dinero. El trato es el trato.

—No tengo treinta millones de *kruge* para entregar.

—¿No es una pena? Estoy seguro de que otros lo tendrán.

—Y ¿ha tenido suerte consiguiendo un nuevo comprador?

—No te preocupes por mis cuentas, merc. El mercado proveerá. ¿Quieres a tu esposa de vuelta o arrastré a la pobre Alys hasta aquí para nada?

—Solo un momento —dijo Van Eck—. Alys, ¿cómo vamos a nombrar al niño?

—Muy bien —dijo Kaz. Su equipo había hecho pasar a Wylan como Kuwei Yul-Bo en Vellgeluk y Van Eck había sido bien engañado. Ahora el merc quería confirmación de que en realidad estaba recibiendo a su mujer y no una niña con una cara confeccionada radicalmente y un falso vientre—. Parece que un perro viejo puede aprender un truco nuevo. Además de rodar.

Van Eck no le hizo caso. —Alys —repitió—, ¿qué nombre daremos al niño?



—¿El bebé? —respondió Alys confundida—. Jan si se trata de un niño. Plumje si se trata de una niña.

—Acordamos que Plumje era el nombre para tu nuevo periquito.

Alys hizo un puchero. —Nunca estuve de acuerdo.

—Oh, creo que Plumje es un nombre precioso para una niña —dijo Kaz—.
¿Satisfecho, merc?

—Ven —dijo Van Eck, acompañando el avance de Alys mientras hacía una señal al guardia que sostenía a Inej para liberarla.

Cuando Inej sobrepasó a Van Eck, ella volvió su rostro hacia él y murmuró algo. Los labios de Van Eck se fruncieron.

Inej avanzó arrastrando los pies, de manera elegante, incluso con los brazos atados detrás de ella y grilletes alrededor de sus tobillos. Tres metros. Metro y medio. Van Eck abrazó a Alys, mientras ella dejaba escapar un torrente de preguntas y charla. Un metro. La mirada de Inej era firme. Estaba más delgada. Tenía los labios agrietados. Pero a pesar de los largos días de cautiverio, el sol captaba el brillo oscuro de su pelo por debajo de la capucha. Medio metro. Y entonces ella estaba delante de él. Todavía necesitaban salir del puente. Van Eck no los dejaría ir tan fácilmente.

—¿Tus cuchillos? —preguntó.

—Guardados dentro de mi capa.

Van Eck había desatado a Alys y ella estaba siendo llevada por sus guardias. Esos uniformes de color rojo y dorado todavía preocupaban a Kaz. Algo andaba mal.

—Vamos a salir de aquí —dijo, con un cuchillo de ostras en sus manos para ocuparse de las cuerdas de Inej.

—Señor Brekker —dijo Van Eck. Kaz oyó la emoción en la voz de Van Eck y se congeló. Tal vez el hombre era mejor en echarse faroles de lo que él le había dado crédito—. ¡Me dio su palabra, Kaz Brekker! —Van Eck gritó en tonos teatrales. Todo el



mundo al alcance del oído en la Duela se volvió para mirar. — ¡Juró que me devolvería a mi esposa e hijo! ¿Dónde tiene a Wylan?

Y entonces Kaz los vio, una marea de color púrpura se movía hacia el puente, la *vigilancia* inundaba la Duela, fusiles en alto, desenvainando garrotes.

Kaz levantó una ceja. El merc finalmente se volvía más interesante.

—¡Bloqueen el puente! —gritó uno de ellos. Kaz echó un vistazo por encima del hombro y vio a más oficiales de la *vigilancia* que bloqueaban su retirada.

Van Eck sonrió. —¿Vamos a jugar de verdad ahora, señor Brekker? ¿La fuerza de mi ciudad en contra de su banda de matones?

Kaz no se molestó en contestar. Empujó el hombro de Inej y ella se dio la vuelta, ofreciendo sus muñecas para que pudiera cortar las ligaduras. Tiró el cuchillo en el aire, confiando en ella para atraparlo mientras se arrodillaba para hacer frente a sus grilletes, sus ganzúas ya deslizándose entre los dedos. Kaz oyó el golpetear de botas que se acercaban, sintió que Inej movía hacia atrás sus rodillas y oyó un silbido suave, luego el sonido de un cuerpo que caía. La cerradura cedió bajo los dedos de Kaz y los grilletes cayeron libres. Se levantó, se giró, vio a un oficial de la *vigilancia* derribado, el dorso del cuchillo de otras sobresalía de entre sus ojos, y más uniformes púrpuras corrían hacia ellos desde todas las direcciones.

Levantó su bastón para señalar a Jesper.

—Lado oeste, barco de flores —dijo a Inej. Eso fue todo, ella saltó sobre la barandilla del puente y desapareció por la borda sin pensarlo dos veces.

El primer conjunto de fuegos artificiales explotó por encima de su cabeza, de color pálido a la luz del mediodía. El plan estaba en marcha.

Kaz tironeó una soga de escalar del interior de su bolsillo y conectó el gancho al carril. Cogió la cabeza de su bastón de la barandilla junto a él, se impulsó para trepar, y saltó por el borde, su impulso lo llevó por encima del canal. El cable se tensó, y él se



arqueó hacia atrás en dirección al puente como un péndulo, se dejó caer sobre la cubierta de la barcaza de flores al lado de Inej

Dos botes de la *vigilancia* ya se estaban moviendo rápidamente hacia ellos mientras más oficiales corrían por las rampas hacia el canal. Kaz no había sabido lo que Van Eck intentaría, ciertamente no había esperado que llevara a los de la *vigilancia* con él, pero había estado seguro de que Van Eck intentaría cerrar todas sus vías de escape. Sonó otra serie de explosiones y estallidos de color rosa y verde explotaron en el cielo por encima de la duela. Los turistas aplaudieron. Ellos no parecieron notar que dos de las explosiones habían provenido del canal y habían hecho agujeros en la proa de uno de los barcos de la *vigilancia*, haciendo que los hombres se escurriera por los costados al canal mientras la nave se hundía. *Bien hecho, Wylan.* Les había comprado tiempo y lo había hecho sin que las personas presentes en la Duela entraran en pánico. Kaz quería a la multitud en un muy buen estado de ánimo.

Arrojó un arreglo de geranios silvestres en el canal bajo las protestas del vendedor de flores y agarró la ropa que Matthias había escondido allí más temprano por la mañana. Colocó el manto rojo en los hombros de Inej con una lluvia de pétalos y flores, mientras ella seguía atando sus cuchillos. Ella pareció casi tan alarmada como el vendedor de flores.

—¿Qué? —preguntó él, mientras le arrojaba una máscara del señor Carmesí que hacía juego con la propia.

—Esas eran las flores preferidas de mi madre.

—Es bueno saber que Van Eck no te curó el sentimentalismo.

—Es bueno estar de vuelta, Kaz.

—Es bueno tenerte de vuelta, Espectro.

—¿Listo?



—Espera —dijo, escuchando. Los fuegos artificiales habían cesado, y un momento después oyó el sonido que había estado esperando, el tintineo musical de monedas que golpeaban el pavimento, seguido de gritos de alegría de la multitud.

—Ahora —dijo.

Agarraron el cable y él le dio un fuerte tirón. Con un zumbido agudo, el cable se retrajo, tirando de ellos hacia arriba en un estallido de velocidad. Estaban de vuelta en el puente en esos momentos, pero la escena que les esperaba era decididamente distinta de la que habían escapado menos de dos minutos antes.

La Duela Oeste era un caos. Los Señores Carmesí estaban por todos lados, cincuenta, sesenta, setenta de ellos con máscaras rojas y capas, arrojando monedas en el aire, mientras turistas y lugareños se empujaban, riendo y gritando, arrastrándose sobre manos y rodillas, completamente ajenos a los oficiales de la *vigilancia* que intentaban deshacerse de ellos.

—¡Madre, padre, paguen el alquiler! —gritó una multitud de niñas desde la puerta del Lirio Azul.

—¡No puedo, querida, el dinero se gastó! —corearon los señores Carmesí al fondo y echaron otra nube de monedas en el aire, haciendo que la multitud diera delirantes gritos de alegría.

—¡Despejen el camino! —gritó el capitán de la guardia.

Uno de los oficiales trató de desenmascarar a un señor Carmesí parado en un poste de luz y la multitud comenzó a abuchear. Kaz e Inej se sumergieron en el remolino de capas rojas y personas luchando por monedas. A su izquierda, oyó reír a Inej tras su máscara. Nunca la había oído reír de esa manera, vertiginosa y salvaje.

De repente, un profundo estallido sacudió la Duela. Las personas cayeron, se agarraron la una a la otra, a las paredes, a lo que estuviera más cerca. Kaz casi perdió el equilibrio, se enderezó con su bastón.



Cuando alzó la vista, era como tratar de mirar a través de un velo espeso. El humo flotaba pesadamente en el aire. Las orejas de Kaz estaban zumbando. Como provenientes de una gran distancia, oyó gritos asustados, gritos de terror. Una mujer pasó corriendo junto a él, la cara recubierta de polvo y yeso como una pantomima de fantasma, las manos apretadas sobre las orejas. Había sangre goteando por debajo de sus palmas. Un enorme agujero había estallado en la fachada de la Casa de la Rosa Blanca.

Vio a Inej levantar su máscara y él tiró de nuevo hacia abajo, sobre su cara. Sacudió la cabeza. Algo andaba mal. Había planeado una revuelta amable, no un desastre masivo y Wylan no era del tipo de calcular tan tremadamente mal. Alguien más había llegado a causar problemas en la Duela Oeste, alguien al que no le importaba hacer mucho daño.

Todo lo que Kaz sabía era que había invertido mucho tiempo y dinero en recuperar al Espectro. Seguro que no iba a perderla de nuevo.

Tocó el hombro de Inej brevemente. Esa era toda la señal que necesitaban. Él corrió hacia el callejón más cercano. No tuvo que mirar para saber que ella estaba a su lado, en silencio, con paso firme. Ella podría haberlo dejado atrás en un instante, pero corrieron a la par, coincidiendo paso a paso.





Traducido por Leenz

Ahora, esto era el tipo de caos de Jesper.

Jesper tenía dos trabajos, uno antes del intercambio de rehenes y uno después. Mientras Inej estaba en posesión de Van Eck, Nina era la primera línea de defensa si los guardias intentaban quitarla del puente o si alguien la amenazaba. Jesper tenía que mantener a Van Eck en la mira de su rifle; no disparos a matar, pero si el tipo empezaba a blandir un arma, Jesper tenía permitido dejarlo sin el uso de un brazo. O dos.

—Van Eck tendrá alguna artimaña —dijo Kaz en Velo Negro—, y va a ser un desastre, porque él tiene menos de doce horas para planearlo.

—Bien —dijo Jesper.

—Malo —dijo Kaz—. Entre más complicado es el plan, más gente tiene que involucrarse, más gente que habla, muchas más formas en que puede salir mal.

—Es una ley de sistemas —murmuró Wylan—. Creas salvaguardas para las fallas, pero algo en las salvaguardas termina causando una falla imprevista.

—La movida de Van Eck no será elegante, pero será impredecible, así que necesitamos estar preparados.

—¿Cómo nos preparamos para lo impredecible? —preguntó Wylan.

—Ampliamos nuestras opciones. Mantenemos cada avenida de escape abierta. Techos, calles y callejones, vías naveables. No hay posibilidad de que Van Eck nos deje alejarnos un paso de ese puente.



Jesper había visto los problemas inminentes al divisar los grupos de la *vigilancia* dirigiéndose al puente. Podría ser solo precaución. Eso pasaba una vez o dos al año en las Duelas, la forma del Consejo Mercante de mostrarles a los jugadores, proxenetas y artistas que no importaba cuánto dinero ellos echaran en las arcas de la ciudad, el gobierno aún estaba a cargo.

Él había señalizado a Matthias y esperó. Kaz había dicho: Van Eck no va actuar hasta tener a Alys fuera de peligro. Ahí es cuando necesitamos mantener la vigilancia.

Y, claro, una vez que Alys e Inej cambiaron lugares, algún tipo de jaleo había iniciado en el puente. El dedo de Jesper en el gatillo picaba, pero su segundo trabajo había sido simple también: Observar a Kaz en espera de la señal.

Segundos después, el bastón de Kaz se disparó por el aire, Inej y él se lanzaron por encima de las barandillas del puente. Jesper golpeó la mecha y uno, dos, tres, cuatro, cinco de los cohetes que Wylan había preparado estaban elevándose con chirridos hacia el cielo, explotando en bombas crepitantes de color. El último fue un brillo rosa. *Cloruro de estroncio*, Wylan le había dicho, mientras trabajaba en su colección de cohetes y explosivos, bombas relámpagos, gorgojos y cualquier otra cosa que se necesitara.

—En la oscuridad se torna rojo.

—Las cosas siempre son más interesantes en la oscuridad —había contestado Jesper. No había sido capaz de evitarlo. Realmente, si el mercito iba a ofrecer ese tipo de oportunidades, él tenía la obligación de tomarlas.

El primer lote de cohetes fue una señal para los señores Carmesí a quien Nina y Matthias habían reclutado la noche anterior —o muy temprano esta mañana— ofreciéndole alimento gratis y vino a quienes vinieran al *Goedmebridge* cuando los cohetes fueran disparados justo después del mediodía. Toda una gran promoción para el inexistente club Alfanje Carmesí. Sabiendo que solo una fracción de la gente en realidad se presentaría, ellos entregaron más de doscientos trajes y bolsas con monedas falsas.

—Si conseguimos cincuenta, será suficiente —dijo Kaz.



Nunca subestimes el deseo del público de conseguir algo a cambio de nada.

Jesper calculó que al menos había cien señores Carmesí inundando el puente y la Duela, entonando el canto que acompañaba su entrada en cualquier obra de la *Komedie Brute*, lanzando monedas al aire. Algunas veces las monedas eran reales. Por eso era el favorito de la multitud. La gente estaba riendo, arremolinándose unos contra otros, agarrando las monedas, persiguiendo a los señores Carmesí mientras que el cuerpo de *vigilancia* intentaba en vano mantener el control. Era glorioso. Jesper sabía que las monedas eran falsas, pero de todas maneras le hubiera gustado estar abajo recogiendo la plata.

Tenía que permanecer en su lugar por un rato más. Si las bombas de Wylan plantadas en el canal no se activaban cuando se suponía que lo hicieran, Inej y Kaz iban a necesitar un poco más de distracción para bajar del bote del vendedor de flores.

Una serie de bombas brillantes explotaron a través del cielo. Matthias había liberado el segundo lote de cohetes. Esos no eran una señal; esos eran el camuflaje.

Muy abajo, Jesper vio dos chorros de agua saltar del canal cuando Wylan detonó sus minas acuáticas. *Justo a tiempo, mercito.*

Ahora, guardó su rifle bajo la capa de señor Carmesí y descendió por las escaleras, parando solo para unirse a Nina mientras salían del hotel. Ellos habían marcado sus máscaras rojiblancas con una lágrima grande de color negro para diferenciarse de los espectadores, pero en medio del tumulto, Jesper se preguntó si debieron elegir algo más evidente.

Mientras cruzaban el puente a toda prisa, Jesper creyó ver a Matthias y a Wylan con sus capas rojas, arrojando monedas mientras continuaban ininterrumpidamente su salida de la Duela. Si ellos empezaban a correr podrían atraer la atención del cuerpo de *vigilancia*. Jesper se esforzó por no reír. Definitivamente esos eran Matthias y Wylan. Matthias estaba lanzando el dinero con demasiada fuerza y Wylan con demasiado entusiasmo. El brazo de lanzamiento del chico necesitaba mucho trabajo; lucía como si quisiera dislocarse el hombro a propósito.



En este punto, se separarían en varias direcciones, cada uno a través de un callejón o canal diferente, desechando sus trajes de señores Carmesí por otros personajes y disfraces de la *Komedie Brute*. Tenían que esperar el ocaso antes de regresar a Velo Negro.

Mucho tiempo para meterse en problemas.

Jesper podía sentir la atracción de la Duela Este. Él podría encaminarse hacia allá, encontrar un juego de cartas, pasar unas pocas horas con el Tres Hombres Zarza. A Kaz no le gustaría. Jesper era muy conocido. Una cosa era jugar en el Cúmulo en un salón privado como parte de un trabajo. Esto sería muy diferente. Kaz se había desvanecido con promesas de un gran botín y varios miembros valiosos de los Indeseables. La gente estaba especulando ampliamente sobre dónde habría ido y Rotty dijo que Per Haskell los estaba buscando a todos ellos. Los oficiales de la *vigilancia* probablemente visitarían el Tablón esta noche para formular un montón de preguntas incómodas y también había que preocuparse por Pekka Rollins. *Solo un par de manos*, se prometió Jesper a sí mismo, *lo suficiente para quitarme el antojo. Luego iré a visitar a Pá.*

El estómago de Jesper revoloteó. No estaba listo para enfrentar a su padre a solas por el momento, decirle la verdad de toda esta locura. De repente, la necesidad de estar en las mesas fue abrumadora. Al diablo con no correr. Ya que Kaz no le había proporcionado algo a lo que disparar, Jesper necesitaba un par de dados y bajas probabilidades para aclarar su mente.

Allí fue cuando el mundo se volvió blanco.

El sonido fue algo entre un rayo y el crujir de un relámpago. Elevó a Jesper del suelo, haciéndolo caer con un zumbido retumbante que llenaba sus oídos. De repente, estaba perdido en la tormenta de un humo blanco y sucio que bloqueaba sus pulmones. Tosió y todo lo que inhaló raspó en las paredes de su garganta como si el aire se hubiera tornado en vidrio finamente picado. Los párpados estaban cubiertos de polvillo y se esforzó por no frotarlos, parpadeando rápidamente, intentando expulsar los pedacitos de escombros.



Se enderezó sobre manos y rodillas, jadeando por aire, con la cabeza zumbando. Otro señor Carmesí estaba en el suelo junto a él, una lágrima negra pintada sobre su mejilla con laca roja. Jesper se retiró la máscara. Los ojos de Nina estaban cerrados y la sangre corría por su sien. Él le sacudió el hombro.

—¡Nina! —le gritó a través de los gritos y lamentos a su alrededor.

Ella abrió los ojos y respiró bruscamente, luego empezó a toser mientras se levantaba.

—¿Qué fue eso? ¿Qué pasó?

—No lo sé —dijo Jesper—. Pero alguien aparte de Wylan está liberando bombas. Mira.

Un enorme hoyo negro se había abierto en la fachada de la Casa de la Rosa Blanca. Una cama colgaba precariamente desde el segundo piso, lista para colapsar en el salón. La enredadera de rosas que trepaban por la fachada de la casa se incendiaba y un perfume pesado se había levantado en el aire. De algún lugar del interior, podían oír los gritos.

—Por los Santos, tengo que ayudarlos —dijo Nina, la confundida mente de Jesper recordó que ella había trabajado en la Rosa Blanca una buena parte del año—. ¿Dónde está Matthias? —preguntó ella, sus ojos escaneando la multitud—. ¿Dónde está Wylan? Si esta es una de las sorpresas de Kaz...

—No creo... —dijo Jesper. Entonces otra explosión sacudió los adoquines. Ellos se derrumbaron en el suelo, con los brazos sobre la cabeza.

—En el nombre de cada santo que ha sufrido, ¿qué está pasando? —gritó Nina con miedo y exasperación. La gente estaba chillando y corriendo alrededor de ellos, intentando encontrar algún tipo de refugio. Ella se puso de pie y miró hacia el sur del canal, a través de una columna de humo que se levantaba de otra casa de placer.

—¿Eso es el Vara de Sauce?



—No —dijo Nina, una expresión de horror opacó su rostro mientras comprendía algo que Jesper no entendía—. Es el Yunque.

Mientras lo decía, una figura se disparó hacia el cielo por el hoyo en el costado del que había sido el Yunque. Se disparó hacia ellos en un borrón.

—Grisha —dijo Jesper—. Ellos deben tener *parem*. Mientras la sombra se ampliaba sobre sus cabezas y volteaban para seguir su progreso, Jesper vio que estaba equivocado. O que había perdido completamente la cabeza. No era un Impulsor volando sobre ellos. Era un hombre *con alas*: cosas grandes y metálicas que se movían como el zumbido de un colibrí. Tenía a alguien agarrado en sus brazos, un chico gritando en algo que sonaba como rakvano.

—¿Viste eso? Dime que lo viste —dijo Jesper.

—Es Markov —dijo Nina, se le notaba el miedo y la rabia en la cara—. Es por eso que su objetivo fue el Yunque.

—¡Nina! —Matthias estaba atravesando el puente a zancadas, Wylan pisándole los talones. Ambos tenían sus máscaras sobre la cabeza, la *vigilancia* tenía problemas más importantes ahora—. Necesitamos salir de aquí —dijo Matthias—. Si Van Eck...

Pero Nina lo tomó del brazo.

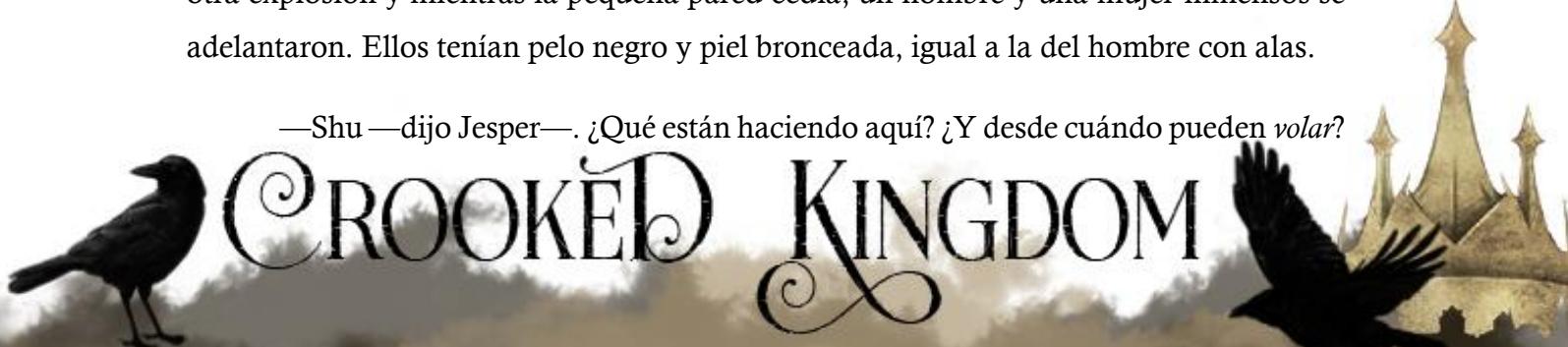
—Ese era Danil Markov. Él trabajaba en el Yunque.

—¿El tipo con alas? —preguntó Jesper.

—No —dijo Nina, sacudiendo la cabeza frenéticamente—. El prisionero. Markov es un Inferno. —Ella apuntó hacia el canal—. Ellos atacaron el Yunque, y la Casa de la Rosa Blanca. Están cazando Grisha. Están buscándome.

En ese momento, una segunda figura alada irrumpió desde la Rosa Blanca. Sonó otra explosión y mientras la pequeña pared cedía, un hombre y una mujer inmensos se adelantaron. Ellos tenían pelo negro y piel bronceada, igual a la del hombre con alas.

—Shu —dijo Jesper—. ¿Qué están haciendo aquí? ¿Y desde cuándo pueden volar?



—Máscaras abajo —dijo Matthias—. Necesitamos protegernos.

Se deslizaron las máscaras a su lugar. Jesper se sintió agradecido por el alboroto alrededor de ellos. Pero aún mientras tenía ese pensamiento, uno de los hombres shu olisqueó el aire, con una inhalación profunda. Con terror, Jesper lo observó girar lentamente y clavar sus ojos en ellos. Él gritó algo a sus compañeros y luego el shu se dirigió directo a ellos.

—Demasiado tarde —dijo Jesper. Se retiró la máscara y la capa, cargó su rifle—. Si vienen buscando un poco de diversión, démosle un poco. ¡Yo me encargo del volador!

Jesper no tenía intención de ser llevado por algún shu chico-pájaro. No sabía adónde se fue el segundo sujeto volador y solo podía esperar que estuviera ocupado con su prisionero Inferno. El hombre alado se lanzó a la izquierda, la derecha, revolviéndose y zumbando como una abeja borracha.

—Mantente quieto, grandísimo insecto —gruñó Jesper, luego disparó tres tiros que alcanzaron un punto mortal en el pecho del volador, haciéndolo retroceder.

Pero el volador se enderezó en un elegante salto mortal y se lanzó hacia Jesper.

Matthias estaba disparándole a los dos shu gigantes. Cada tiro fue un golpe directo, pero a pesar de que los shu se tambalearon, no dejaron de avanzar.

—¿Wylan? ¿Nina? —dijo Jesper—. ¡Cuando quieran unirse, siéntanse libres de hacerlo!

—Eso intento —gruñó Nina, con las manos elevadas, los puños apretados—. Ellos no lo están sintiendo.

—¡Agáchense! —dijo Wylan. Cayeron sobre los adoquines. Jesper oyó un golpe y vio humo negro lanzarse hacia el hombre alado. El volador esquivó por la izquierda, pero el humo negro se dividió y dos bolas crepitantes de llama violeta explotaron. Una aterrizó con un siseo inofensivo en el canal de agua. La otra golpeó al volador. Él gritó, arañándose mientras las llamas violetas se espacián sobre su cuerpo y sus alas, se desvió



de su curso y se golpeó contra el muro, con las llamas aun quemándole, su calor era palpable a pesar de la distancia.

—¡Corran! —gritó Matthias.

Ellos escaparon por el callejón más cercano, Jesper y Wylan al frente, Nina y Matthias siguiéndole los pasos. Wylan lanzó descuidadamente una bomba destello sobre su hombro. Ésta se estrelló contra una ventana y liberó una explosión de brillo inútil.

—Probablemente solo espantaste de muerte a una desventurada chica trabajadora —dijo Jesper—. Dame eso. —Él le arrebató la otra bomba y la lanzó directamente en el camino de sus perseguidores, girándose para proteger sus ojos de la explosión—. Y así es como se hace.

—La próxima vez, no voy a salvar tu vida —respondió Wylan.

—Me extrañarías. Todo el mundo lo hace.

Nina gritó. Jesper se giró. El cuerpo convulsionante de Nina estaba cubierto por una red plateada y estaba siendo arrastrada hacia atrás por una mujer shu, quien estaba plantada en el centro del callejón. Matthias abrió fuego, pero ella no se movió.

—¡Las balas no funcionan! —dijo Wylan—. Creo que hay metal bajo su piel.

Una vez que dijo eso, Jesper pudo ver el metal destellando por debajo de las heridas de bala. Pero ¿qué significaba eso? ¿Ellos eran mecánicos de alguna manera? ¿Cómo era eso posible?

—¡La red! —rugió Matthias.

Todos agarraron la red de metal, intentando tirar de Nina para ponerla a salvo. Pero la mujer shu seguía jalándola hacia atrás, mano a mano, con una fuerza imposible.

—¡Necesitamos algo para cortar la cuerda! —gritó Jesper.

—Al diablo con la cuerda —gruñó Nina entre dientes apretados. Ella tomó un revolver de la funda de Jesper—. ¡Suéltenme! —les ordenó.



—Nina —protestó Matthias.

—*Haganlo.*

Ellos la soltaron y Nina avanzó por el callejón en una rápida ráfaga de inercia. La mujer shu dio un torpe paso hacia atrás, luego levantó el borde de la red, jalando hacia arriba a Nina.

Nina esperó hasta el último segundo posible y dijo: —Veamos si eres toda de metal.

Empujó la pistola directamente en la cuenca ocular de la mujer shu y apretó el gatillo.

El disparo no solo le arrancó el ojo, sino también la parte superior del cráneo. Por un momento, ella permaneció de pie, apretando a Nina, una enorme masa de huesos, masa cerebral color rosa pálido y fragmentos de metal donde el resto de su cara debería de estar. Luego se desplomó.

Nina agarró y sacudió la red. —Quítenme esta cosa antes de que sus amigos vengan por nosotros.

Matthias retiró la red de Nina y todos corrieron, con los corazones martillando, las botas golpeando sobre los adoquines.

Jesper podía oír las palabras temerosas de su padre, persiguiéndolo a través de las calles, un viento de advertencia a sus espaldas. *Temo por ti. El mundo puede ser cruel con los de tu clase.* ¿Qué había enviado a los shu tras Nina? ¿Tras los Grisha de la ciudad? ¿Tras él?

La existencia de Jesper había sido una serie de enfrentamientos cercanos con la muerte y casi desastres, pero nunca había estado tan seguro de que estuviera huyendo para salvar su vida.



LEIGH BARDUGO

THE DREGS

PARTE TRES

LADRILLO POR LADRILLO





Traducido por Azhreik

Miéntras Inej y Kaz se alejaban más de la Duela Oeste, el silencio entre ellos se extendió como una mancha. Habían abandonado sus capas y máscaras en un montón de basura detrás de un pequeño burdel decadente llamado la Habitación Aterciopelada, donde Kaz aparentemente había guardado otro cambio de ropa para ellos. Era como si la ciudad entera se hubiera convertido en su guardarropa, e Inej no pudo evitar pensar en los prestidigitadores que sacaban kilómetros de bufandas de sus mangas y desvanecían chicas de cajas, que siempre le recordaban incómodamente a ataúdes.

Vestidos en los abrigos voluminosos y pantalones bastos de los trabajadores de los muelles, se adentraron en el distrito de almacenes, con el cabello cubierto por sombreros, con los cuellos de los abrigos alzados a pesar del clima cálido. El borde oriental del distrito era como una ciudad dentro de una ciudad, poblada mayormente por inmigrantes que vivían en hoteles baratos y pensiones o en barrios miserables de contrachapado y hojalata corrugada, segregándose en desvencijados vecindarios por el idioma y nacionalidad. A esta hora del día, la mayoría de los ciudadanos del área estaban trabajando en las fábricas y muelles de la ciudad, pero en ciertos rincones, Inej vio a hombres y mujeres reunidos, esperando que algún capataz o jefe llegara para ofrecerles trabajo por un día a algunos afortunados de entre ellos.

Después que fue liberada de la Colección, Inej había recorrido las calles de Ketterdam, intentando encontrarle sentido a la ciudad. Había estado abrumada por el ruido y las multitudes, segura que Tante Heleen o alguno de sus secuaces la atraparían desprevenida y la arrastrarían de vuelta a la Casa de Exóticas. Pero había sabido que, si

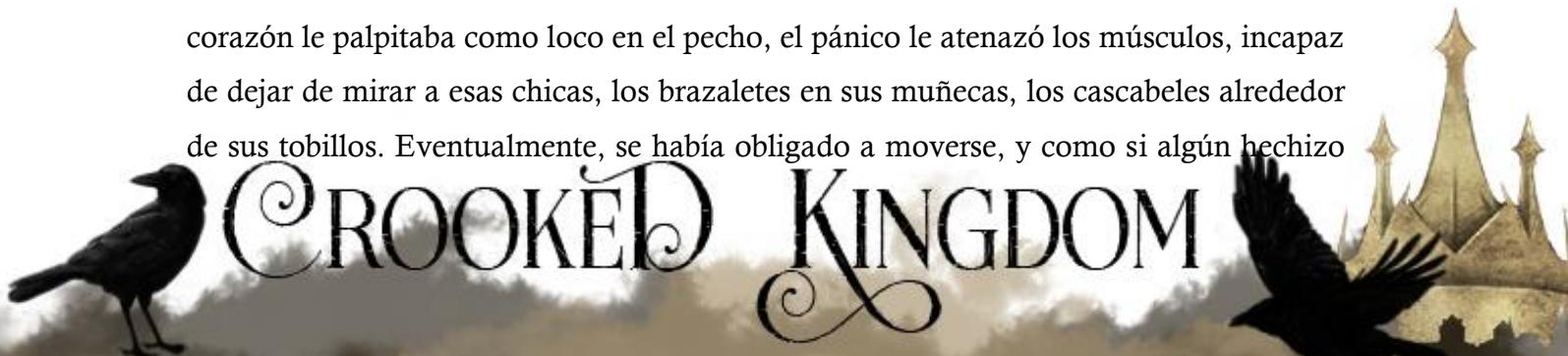


iba a ser de utilidad para los Indeseables, y liquidar su nuevo contrato, no podía permitir que la extrañeza del clamor y el empedrado la superaran. *Damos la bienvenida al visitante inesperado.* Ella tendría que descubrir la ciudad.

Siempre prefería viajar por los tejados, fuera de vista, libre del entrechocar de cuerpos. Allí, se sentía casi del todo como ella misma; la chica que había sido una vez, alguien que no había tenido la sensatez de tener miedo, que no había conocido la crueldad que el mundo podía ofrecer. Había llegado a conocer los gabletes en pico y jardineras en balcón de *Zelverstraat*, los jardines y amplios bulevares del sector de la embajada. Había viajado al sur donde el distrito manufacturero daba lugar a mataderos de olor nauseabundo y pozos de salmuera ocultos a las meras orillas de la ciudad, donde sus despojos podían ser vertidos en el pantano al borde de Ketterdam, y era menos probable que su peste se esparciera a las partes residenciales de la ciudad. La ciudad había revelado sus secretos a ella casi tímidamente, en destellos de grandeza y miseria.

Ahora, ella y Kaz dejaron atrás las pensiones y los carretones. Sumergiéndose a mayor profundidad en el ajetreado distrito de almacenes y el área conocida como el Tejido. Aquí, las calles y canales estaban limpios y ordenados, amplios para el transporte de bienes y cargamento. Pasaron por hectáreas valladas de madera basta y piedra de cantera, pilas bien custodiadas de armas y munición, enormes tiendas a rebosar de algodón, seda, lona y pieles, y almacenes repletos con atados perfectamente pesados de hojas de *jurda* seco de Novyi Zem, que serían procesadas y empacadas en latas con etiquetas brillantes, luego enviadas a otros mercados.

Inej aún recordaba el sobresalto que había sentido cuando vio las palabras *Especies Raras* pintado en un costado de uno de los almacenes. Era un anuncio, las palabras enmarcadas por dos chicas suli enlucidas en pintura, con las extremidades cafés desnudas, el bordado de sus sedas escasas sugeridas por pinceladas doradas. Inej se había quedado allí parada, con la mirada pegada al letrero, a menos de tres kilómetros de donde los derechos de su cuerpo habían sido comprados y vendidos y regateados, el corazón le palpitaba como loco en el pecho, el pánico le atenazó los músculos, incapaz de dejar de mirar a esas chicas, los brazaletes en sus muñecas, los cascabeles alrededor de sus tobillos. Eventualmente, se había obligado a moverse, y como si algún hechizo



hubiera sido roto, había corrido más rápido que nunca, de vuelta al Tablón, apresurada sobre los tejados, la ciudad pasando en destellos grises bajo sus pies temerarios. Esa noche había soñado que las chicas pintadas cobraban vida. Estaban atrapadas en la pared de ladrillo del almacén, gritando para que las liberaran, pero Inej era impotente para ayudarlas.

Especies raras. El letrero aún estaba allí, desteñido por el sol. Aun poseía poder sobre ella, hacía que sus músculos se apretaran, que el aliento se le atorara. Pero tal vez cuando tuviera su barco, cuando hubiera hundido al primer esclavista, la pintura se ampollaría desprendiéndose de los ladrillos. Los gritos de esas chicas en sus sedas color menta se convertirían en risas. Danzarían para nadie más que ellas mismas. Adelante, Inej podía ver una columna alta coronada por la Mano de Ghezen, arrojando su larga sombra sobre el corazón de la opulencia de Kerch. Ella imaginó a sus Santos rodeándola con cuerdas y derribándola al suelo.

Ella y Kaz no trajeron miradas con sus abrigos deformes, dos chicos buscando trabajo o en camino al siguiente turno. Aun así, Inej no podía respirar tranquilamente. La *vigilancia* patrullaba las calles del distrito de almacenes con regularidad, y solo en caso que no hubiera suficiente protección, las compañías transportadoras empleaban guardias privados para asegurarse que las puertas permanecían cerradas y que ninguno de los trabajadores abasteciendo, acomodando y transportando bienes se tomaba demasiadas libertades con las manos. El distrito de almacenes era uno de los lugares más seguros en Ketterdam, y debido a eso, era el último lugar donde Van Eck los buscaría.

Se aproximaron a una tienda de lino abandonada. Los ventanales de sus pisos inferiores estaban rotos, los ladrillos encima ennegrecidos por hollín. El fuego debía haber sido reciente, pero la tienda no permanecería deshabitada durante mucho; sería limpiada y reconstruida o sencillamente derribada para una nueva estructura. El espacio era precioso en Ketterdam.

El candado en la puerta trasera era poco desafío para Kaz, y entraron en un piso inferior que había sido gravemente dañado por el fuego. La escalera cerca de la fachada



del edificio parecía mayormente intacta. Subieron, Inej moviéndose con ligereza sobre las tablas, el avanzar de Kaz puntuado por el rítmico sonido sordo de su bastón.

Cuando alcanzaron el tercer piso, Kaz los dirigió a una bodega donde rollos de lino aún estaban apilados en pirámides gigantes. Estaban mayormente indemnes, pero aquellos en el fondo estaban manchados de hollín, y la tela tenía un olor a quemado, desagradable. Sin embargo, eran confortables. Inej encontró un lugar junto a una ventana que le permitía descansar los pies sobre un rollo y la espalda sobre otro. Estaba agradecida de solo sentarse, mirar por la ventana en la luz acuosa de la tarde. No había mucho que ver, solo las paredes de ladrillo desnudo de los almacenes y arboledas de inmensos silos de azúcar que se alzaban sobre el puerto.

Kaz tomó una lata de debajo de una de las viejas máquinas de costura y se la pasó. Ella la abrió de un tirón, revelando avellanas, galletas envueltas en papel de cera, y un frasco con corcho. Así que esta era una de las casas de seguridad de las que Van Eck había estado tan ansioso por saber. Inej descorchó el frasco y lo olió.

—Agua —dijo él.

Ella bebió profusamente y comió unas cuantas de las galletas rancias. Estaba famélica, y dudaba que tuviera una comida caliente en el futuro cercano. Kaz le había advertido que no podían regresar a Velo Negro hasta que cayera la noche, e incluso entonces, ella no creía que estarían cocinando mucho. Lo observó impulsarse hasta un montón de rollos enfrente de ella, descansando su bastón a su lado, pero forzó sus ojos de vuelta a la ventana, lejos de la precisión de los movimientos de él, la línea tensa de su mandíbula. Mirar a Kaz se sentía peligroso en una forma que no lo había sido antes. Ella podía ver el mazo elevarse, destellando en las luces del escenario en *Eil Komedie*. *Él nunca hará el intercambio si me rompes* Estaba agradecida por el peso de sus cuchillos. Los tocó con las manos como saludando a viejos amigos, sintió que algo de la tensión en su interior se tranquilizaba.

—¿Qué le dijiste a Van Eck en el puente? —le preguntó Kaz al fin—. ¿Cuándo estábamos haciendo el intercambio?



—Me verás una vez más, pero solo una vez.

—¿Más proverbios suli?

—Una promesa a mí misma. Y a Van Eck.

—Cuidado, Espectro. No eres apta para el juego de la venganza. No estoy seguro que tus Santos suli lo aprobarían.

—A mis Santos no le gustan los bravucones. —Frotó su manga sobre la ventana sucia—. Esas explosiones —dijo—. ¿Los otros estarán bien?

—Ninguno de ellos estaba apostado cerca de donde explotaron las bombas. Al menos no a los que vi. Sabremos más cuando estemos de vuelta en Velo Negro.

A Inej no le gustaba eso. *¿Qué tal si alguien había resultado herido? ¿Qué tal si no todos ellos conseguían regresar a la isla?* Después de días de temor y espera, sentarse quieta mientras sus amigos podrían estar en problemas era una nueva clase de frustración.

Se dio cuenta que Kaz la estaba estudiando, y ella giró la mirada hacia la suya. La luz del sol entraba en ángulo por las ventanas, volviendo sus ojos del color de té oscuro. *Él nunca hará el intercambio si me rompes.* Podía sentir el recuerdo de las palabras, como si le hubieran quemado la garganta al pronunciarlas.

Kaz no apartó la mirada cuando dijo: —*Él te lastimó?*

Ella se rodeó las rodillas con los brazos. *¿Por qué quieres saberlo? ¿Para estar seguro que soy capaz de soportar un nuevo peligro? Para que puedas añadirlo a la lista de males por los que debe responder Van Eck?*

Kaz había sido claro sobre su arreglo con ella desde el principio. Inej era una inversión, un recurso digno de protección. Ella había deseado creer que se habían convertido en algo más el uno para el otro. Jan Van Eck la había despojado de esa ilusión. Inej estaba entera, indemne. No portaba cicatrices o trauma de su calvario en *Eil Komedie* que la comida y el sueño no remediaran. Sin embargo, Van Eck había



tomado algo de ella. *Ya no seré de utilidad para él.* Las palabras se desgarraron de algún lugar oculto en su interior, una verdad que no podía dejar de saber. Debería alegrarse por ello. Mejor verdades terribles que mentiras amables.

Dejó que sus dedos vagaran al lugar donde el mazo había rozado su pierna, vio que los ojos de Kaz seguían el movimiento, y se detuvo. Ella unió las manos en su regazo, y sacudió la cabeza.

—No. Él no me hirió.

Kaz se inclinó hacia atrás, su mirada desmantelándola lentamente. Él no le creía, pero ella no lograba animarse a intentar convencerlo de esta mentira.

Él posó su bastón sobre el suelo y lo utilizó para apoyarse mientras se deslizaba del rollo de tela. —Descansa —dijo.

—¿A dónde vas?

—Tengo asuntos cerca de los silos, y quiero ver qué información puedo recoger. —Dejó su bastón apoyado contra uno de los rollos.

—¿No te lo llevarás?

—Demasiado conspicuo, especialmente si Van Eck ha involucrado a la *vigilancia*. Descansa —repitió—. Estarás a salvo aquí.

Inej cerró los ojos. Podía confiar lo suficiente en él para eso.

Cuando Kaz la despertó, el sol se estaba poniendo, destellando de dorado la torre de Ghezen en la distancia. Dejaron la tienda, cerraron con llave detrás de ellos, y se unieron a los trabajadores que caminaban a casa por la noche. Continuaron al sur y este, evitando las partes más ocupadas del Barril, donde sin duda la *vigilancia* estaría patrullando, y se dirigieron hacia un área más residencial. En un estrecho canal,



abordaron un pequeño bote que pilotaron por *Grafcanal*, y entraron en las neblinas que envolvían la isla Velo Negro.

Inej sintió que su emoción incrementaba mientras se abrían paso entre los mausoleos hacia el centro de la isla. *Que estén bien*, oró. *Que todos estén bien*. Finalmente, atisbió una luz tenue y escuchó el débil murmullo de voces. Echó a correr, sin importarle cuando su gorra se le deslizó de la cabeza hasta el suelo cubierto de enredaderas. Abrió bruscamente la puerta de la tumba.

Las cinco personas en el interior se levantaron, con armas y puños alzados, e Inej se paró bruscamente.

Nina gritó: —¡Inej!

Ella atravesó velozmente la habitación y oprimió a Inej en un apretado abrazo. Entonces todos la rodearon a la vez, abrazándola, palmeándola en la espalda. Nina no la soltaba. Jesper echó los brazos alrededor de ambas y canturreó:

—¡El Espectro regresa! —Mientras Matthias se quedaba rezagado, formal como siempre, pero sonriendo. Ella miró del chico shu sentado ante la mesa, en el centro de la tumba, al chico shu idéntico que se alzaba enfrente de ella.

—¿Wylan? —preguntó al que estaba más cerca.

Él mostró una sonrisa, pero se le resbaló cuando dijo: —Una disculpa por mi padre.

Inej tiró de él hacia el abrazo y susurró: —No somos nuestros padres.

Kaz dio golpecitos con el bastón sobre el piso de piedra. Estaba parado en el umbral de la tumba. —Si todos han terminado de hacerse arrumacos, tenemos un trabajo que hacer.

—Aguarda —dijo Jesper, con el brazo aun rodeando a Inej—. No hablaremos sobre el trabajo hasta que averigüemos qué eran esas cosas en la Duela.

—¿Qué cosas? —preguntó Inej.



—¿Te perdiste lo de media Duela estallando?

—Vimos explotar la bomba en el Rosa Blanca —dijo Inej—, y luego escuchamos otra explosión.

—En el Yunque —dijo Nina.

—Después de eso —dijo Inej—, corrimos.

Jesper asintió sabiamente. —Ese fue su gran error. Si se hubieran quedado en los alrededores, los podría haber casi matado un sujeto shu con alas.

—Dos —dijo Wylan.

Inej frunció el ceño. —¿Dos alas?

—Dos sujetos —aclaró Jesper.

—¿Con alas? —presionó Inej—. ¿Cómo un ave?

Nina la arrastró hacia la mesa abarrotada, donde habían extendido un mapa de Ketterdam. —No, más como una polilla, una polilla mortal y mecánica. ¿Tienes hambre? Tenemos bizcochos de chocolate.

—Oh, claro —dijo Jesper—. Ella obtiene el alijo de galletas.

Nina plantó a Inej en una silla y depositó la lata enfrente de ella. —Come —ordenó—. Había dos shu con alas, y un hombre y una mujer que eran... no normales.

—El poder de Nina no tuvo efecto sobre ellos —dijo Wylan.

—Mmm —dijo Nina sin comprometerse, mordisqueando delicadamente la orilla de su bizcocho. Inej nunca había visto a Nina mordisquear delicadamente nada. Su apetito claramente no había regresado, pero Inej se preguntaba si había más detrás.

Matthias se les unió en la mesa. —La mujer shu que enfrentamos era más fuerte que yo, Jesper y Wylan juntos.

—Escuchaste bien —dijo Jesper—, más fuerte que Wylan.



—Hice mi parte —objetó Wylan.

—Definitivamente la hiciste, mercito. ¿Qué era esa cosa violeta?

—Algo nuevo en lo que he estado trabajando. Está basado en un invento ravkano llamado *lumiya*, las llamas son casi imposibles de extinguir, pero cambié la fórmula para que arda con mayor calor.

—Fuimos afortunados de tenerte allí —dijo Matthias, con una pequeña inclinación que dejó a Wylan luciendo complacido y absolutamente aturullado—. Las criaturas eran casi inmunes a las balas.

—Casi —dijo Nina sombría—. Tenían redes. Estaban buscando cazar y capturar Grisha.

Kaz descansó los hombros contra la pared. —¿Estaban utilizando *parem*?

Ella sacudió la cabeza. —No. No creo que fueran Grisha. No mostraron ningún poder, y no se estaban curando las heridas. Parecía como que tenían alguna clase de coraza metálica debajo de la piel.

Ella habló a Kuwei rápidamente en shu.

Kuwei gruñó. —Kherguud. —Todos lo miraron sin entender. Él suspiró y dijo— : Cuando mi padre hizo *parem*, el gobierno lo probó en Fabricadores.

Jesper inclinó la cabeza a un lado. —¿Soy solo yo o tu kerch está mejorando?

—Mi kerch es bueno. Todos ustedes hablan demasiado rápido.

—Muy bien —Jesper arrastró las palabras—. ¿Por qué tus queridos amigos shu probaron *parem* en Fabricadores? —Estaba despatarrado en su silla, con las manos descansando sobre sus revólveres, pero Inej no creía del todo su pose relajada.

—Tienen más Fabricadores en cautiverio —dijo Kuwei.



—Son los más fáciles de capturar —acotó Matthias, ignorando la mirada amarga de Nina—. Hasta recientemente, recibían poco entrenamiento en combate, y sin *parem*, sus poderes son poco aptos para la batalla.

—Nuestros líderes desean conducir más experimentos —continuó Kuwei—. Pero no saben cuántos Grisha pueden encontrar...

—¿Tal vez si no hubieran matado a tantos? —sugirió Nina.

Kuwei asintió, pasando por alto o ignorando el sarcasmo en la voz de Nina. —Sí. Tienen pocos Grisha, y utilizar *parem* acorta la vida de un Grisha. Así que traen doctores para trabajar con los Fabricadores que ya están enfermos por *parem*. Planean hacer una nueva clase de soldado, los Kherguud. No sé si tuvieron éxito.

—Creo que puedo responder esa pregunta con un gigantesco sí —dijo Jesper.

—Soldados especialmente confeccionados —dijo Nina pensativa—. Antes de la guerra, escuché que intentaron algo similar en Ravka, reforzando esqueletos, alterando la densidad ósea, implantes metálicos. Experimentaron en voluntarios del Primer Ejército. Oh, deja de hacer muecas, Matthias. Tus amos fjerdanos probablemente habrían intentado exactamente lo mismo, con el tiempo.

—Los Fabricadores manipulan sólidos —dijo Jesper—. Metal, cristal, fibras textiles. Esto parece trabajo de Corporalki.

Aún habla como si él no fuera uno de ellos, notó Inej. Todos sabían que Jesper era un Fabricador, incluso Kuwei lo había descubierto en el caos que siguió a su escape de la Corte de Hielo. Y, aun así, Jesper rara vez reconocía su poder. Ella suponía que dependía de él proteger su secreto como deseara.

—Los Confeccionistas desdibujan la línea entre Fabricador y Corporalnik —dijo Nina—. Tenía una maestra en Ravka, Genya Safin. Ella podría haber sido una Cardio o una Fabricadora si lo hubiera deseado... en su lugar se convirtió en una gran Confeccionista. El trabajo que estás describiendo es en realidad solo una forma avanzada de confección.



Inej no podía comprenderlo del todo. —Pero nos estás diciendo que viste a un hombre con alas injertadas de alguna forma en su espalda?

—No, eran mecánicas. Alguna clase de estructura metálica, y ¿lona, tal vez? Pero es más sofisticado que solo pegar un par de alas entre los omoplatos de alguien. Tendrías que ligar la musculatura, ahuecar los huesos para disminuir el peso corporal, luego de alguna forma compensar por la pérdida de médula, tal vez reemplazar el esqueleto por completo. El nivel de complejidad...

—*Parem* —dijo Matthias, fruncidas sus cejas rubias pálido—. Un Fabricador utilizando *parem* podría conseguir esa clase de confección.

Nina se alejó de la mesa con un empujón. —¿El Consejo Mercante no hará nada sobre el ataque shu? —le preguntó a Kaz—. ¿Sencillamente se les permite entrar valsando a Kerch y empezar a volar cosas y secuestrar gente?

—Dudo que el Consejo actúe—respondió—. A menos que los shu que los atacaron a ustedes estuvieran vistiendo uniformes, el gobierno de Shu Han probablemente negará cualquier conocimiento del ataque.

—¿Así que sencillamente se salen con la suya?

—Tal vez no —dijo Kaz—. Hoy pasé un poco de tiempo reuniendo información en los puertos. ¿Esas dos naves de guerra shu? El Consejo de Mareas las dejó varadas.

Las botas de Jesper se deslizaron de la mesa y golpearon el suelo con un golpe sordo. —¿Qué?

—Hicieron retroceder la marea. Toda. Utilizaron el mar para formar una nueva isla con ambas naves encalladas en ella. Puedes verlas yaciendo de costado, con las velas arrastrándose en el lodo, justo allí en el puerto.

—Una demostración de fuerza —dijo Matthias.

—¿En beneficio de los Grisha o la ciudad? —preguntó Jesper.



Kaz se encogió de hombros. —¿Quién sabe? Pero podría hacer que los shu sean un poco más cuidadosos en cazar en las calles de Ketterdam.

—¿El Consejo de Mareas podría ayudarnos? —preguntó Wylan—. Si saben sobre *parem*, tiene que preocuparles lo que podría suceder si la gente incorrecta le pone las manos encima.

—¿Cómo los encontrarías? —preguntó Nina amargamente—. Nadie conoce las identidades de los del Consejo, nadie nunca los ve entrar o salir de esas atalayas. —Inej repentinamente se preguntó si Nina había intentado obtener ayuda de los Mareas cuando llegó por primera vez a Ketterdam, de dieciséis años, una Grisha separada de su país, sin amigos o conocimiento de la ciudad—. Los shu no permanecerán intimidados por siempre. Crearon esos soldados por una razón.

—Es astuto cuando piensas en ello —dijo Kaz—. Los shu estaban maximizando sus recursos. Un Grisha adicto al *parem* no puede sobrevivir durante mucho tiempo, así que los shu encontraron otra forma de explotar sus poderes.

Matthias sacudió la cabeza. —Soldados indestructibles que sobreviven a sus creadores.

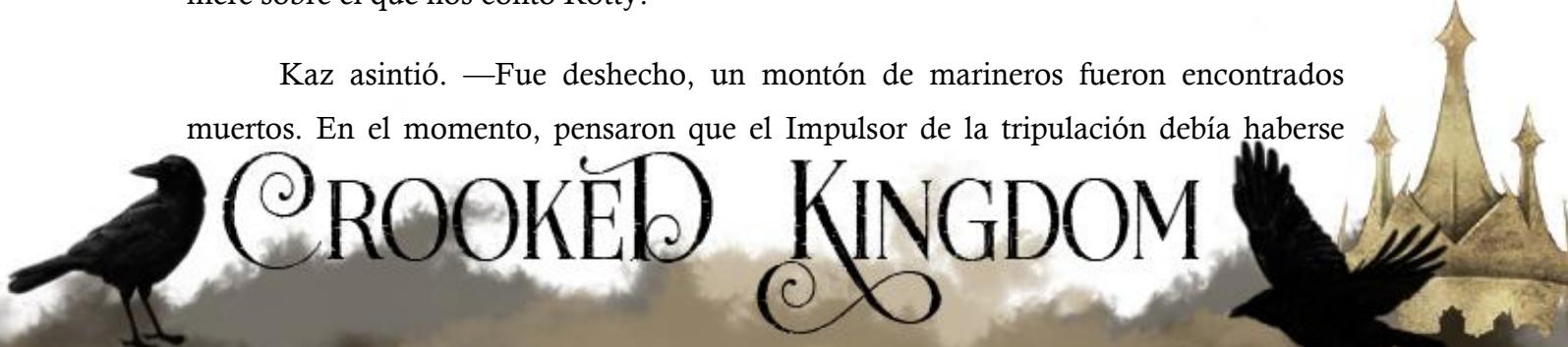
Jesper se frotó la boca con la mano. —Y que pueden salir y cazar más Grisha. Juro por los Santos que uno de ellos nos encontró por nuestro olor.

—¿Es eso siquiera posible? —preguntó Inej, horrorizada.

—Nunca he escuchado que los Grisha desprendan un aroma particular —dijo Nina—, pero supongo que es posible. Si los receptores olfatorios de los soldados fueron mejorados... tal vez es un aroma que la gente ordinaria no puede detectar.

—No creo que este fuera el primer ataque —dijo Jesper—. Wylan, ¿recuerdas lo aterrorizado que estaba ese Impulsor en la sala de libros raros? ¿Y qué hay de ese barco merc sobre el que nos contó Rotty?

Kaz asintió. —Fue deshecho, un montón de marineros fueron encontrados muertos. En el momento, pensaron que el Impulsor de la tripulación debía haberse



rebelado, fugado de su contrato vinculante. Pero tal vez él no desapareció. Tal vez fue capturado. Él era uno de los Grisha del antiguo Concejal Hoede.

—Emil Retvenko —dijo Nina.

—Ese es. ¿Lo conocías?

—Conocía *sobre* él. La mayoría de los Grisha en Ketterdam saben los unos de los otros. Compartimos información, intentamos mantenernos pendientes de los demás. Los shu deben tener espías aquí si sabían dónde buscarnos a cada uno. Los otros Grisha... —Nina se levantó, luego aferró el respaldo de su silla, como si el repentino movimiento la hubiera mareado.

Inej y Matthias se pusieron de pie instantáneamente.

—¿Estás bien? —preguntó Inej.

—Espléndida —dijo Nina con una sonrisa poco convincente—. Pero si los otros Grisha en Ketterdam están en peligro...

—¿Vas a hacer qué? —dijo Jesper, e Inej se sorprendió por el filo cortante de su voz—. Tienes suerte de estar viva después de lo que sucedió hoy. Esos soldados shu pueden *olernos*, Nina. —Se giró hacia Kuwei—. Tu padre hizo eso posible.

—Ey —dijo Wylan—. Tranquilízate.

—¿Tranquilizarme? ¿Como si las cosas no fueran lo bastante malas para los Grisha antes? ¿Qué tal si nos rastrean hasta Velo Negro? Hay tres de nosotros aquí.

Kaz golpeó los nudillos contra la mesa. —Wylan tiene razón. Tranquilízate. La ciudad no era segura antes y no es segura ahora. Así que hagámonos lo bastante ricos para reubicarnos.

Nina se colocó las manos sobre las caderas. —¿Realmente hablamos de dinero?

—Hablamos sobre el trabajo y hacer pagar a Van Eck.



Inej enganchó su brazo con el de Nina. —Quiero saber qué podemos hacer para ayudar a los Grisha que aún están en Ketterdam. —Vio el destello del mazo cuando alcanzaba la cima de su arco—. Y también me gustaría saber cómo vamos a hacer sufrir a Van Eck.

—Hay asuntos mayores aquí —dijo Matthias.

—No para mí —dijo Jesper—. Me quedan dos días para enmendarme con mi padre.

Inej no estaba segura de haber oído correctamente. —¿Tu padre?

—Síp. Reunión familiar en Ketterdam —dijo Jesper—. Todos están invitados.

Inej no se engañó por el tono airoso de Jesper. —¿El préstamo?

Sus manos regresaron a sus revólveres. —Sí. Así que realmente me gustaría saber exactamente cómo pretendemos nivelar el marcador.

Kaz cambió el peso sobre su bastón. —¿Alguno de ustedes se ha preguntado qué hice con todo el efectivo que Pekka Rollins nos dio?

El estómago de Inej se apretó. —¿Fuiste con Pekka Rollins por un préstamo?

—Nunca tendría una deuda con Rollins. Vendí mi parte del Quinto Puerto y el Club Cuervo.

No. Kaz había construido esos lugares de la nada. Eran testamentos de lo que había hecho por los Indeseables. —Kaz...

—¿A dónde creen que fue el dinero? —repitió.

—¿Armas? —preguntó Jesper.

—¿Barcos? —inquirió Inej.

—¿Bombas? —sugirió Wylan.



—¿Sobornos políticos? —ofreció Nina. Todos miraron a Matthias—. Aquí es cuando nos dices lo horribles que somos —susurró ella.

Él se encogió de hombros. —Todas parecen opciones prácticas.

—Azúcar —dijo Kaz.

Jesper empujó en su dirección el tazón de azúcar sobre la mesa.

Kaz rodó los ojos. —No para mi café, listillo. Utilicé el dinero para comprar acciones en azúcar y las coloqué en cuentas privadas para todos nosotros... bajo alias, por supuesto.

—No me gusta la especulación —dijo Matthias.

—Por supuesto que no. Te gustan las cosas que puedes ver. Como pilas de nieve y benevolentes dioses árbol.

—¡Oh, allí está! —dijo Inej, descansando su cabeza sobre el hombro de Nina y sonriendo radiante a Matthias—. Extrañaba su mirada fulminante.

—Además —dijo Kaz—, difícilmente es especulación si conoces el resultado.

—¿Sabes algo sobre el cultivo de azúcar? —preguntó Jesper.

—Sé algo sobre el suministro.

Wylan se enderezó en su asiento. —Los silos —dijo—. Los silos en Arrecife Dulce.

—Muy bien, mercito.

Matthias sacudió la cabeza. —¿Qué es Arrecife Dulce?

—Es un área justo al sur del Sexto Puerto —dijo Inej. Recordaba la vista de los vastos silos que se alzaban por encima del distrito de almacenes. Eran del tamaño de pequeñas montañas—. Es donde mantienen melaza, caña, y las plantas procesadoras para refinar azúcar. Estuvimos cerca de allí hoy. Eso no fue una coincidencia, ¿o sí?



—No —dijo Kaz—. Quería que echaras un vistazo al terreno. La mayoría de la caña de azúcar proviene de las colonias sureñas y Novyi Zem, pero no habrá otro cultivo hasta dentro de tres meses. El cultivo de esta temporada ya ha sido cosechado, procesado, refinado y almacenado en los silos de Arrecife Dulce.

—Hay treinta silos —dijo Wylan—. Mi padre es dueño de diez de ellos.

Jesper silbó. —¿Van Eck controla un tercio del suministro mundial de azúcar?

—Él es dueño de los *silos* —dijo Kaz—, pero solo de una fracción del azúcar dentro de ellos. Mantiene los silos con dinero de su propio bolsillo, suplementa guardias para ellos, y paga a los Impulsores que monitorean la humedad en el interior de los silos para asegurarse que el azúcar permanece seco y separado. Los mercaderes dueños del azúcar le pagan un pequeño porcentaje de cada una de sus ventas. Incrementa rápidamente.

—Semejante riqueza enorme bajo la protección de un hombre —consideró Matthias—. Si algo fuera a sucederle a esos silos, el precio del azúcar...

—Se dispararía como un par barato de revólveres de seis tiros —dijo Jesper, poniéndose de pie y empezando a pasearse.

—El precio aumentaría y continuaría aumentando —dijo Kaz—. Y desde hace unos cuantos días, poseemos acciones en las compañías que *no* almacenan azúcar con Van Eck. Ahora mismo, valen aproximadamente lo que pagamos por ellas. Pero una vez que destruyamos el azúcar en los silos de Van Eck...

Jesper se balanceó sobre los talones. —Nuestras acciones valdrían cinco... tal vez diez veces lo que valen ahora.

—Prueba con veinte.

Jesper silbó. —No me importa hacerlo.

—Podríamos vender con una inmensa ganancia —dijo Wylan—. Nos haríamos ricos de la noche a la mañana.



Inej pensó en una goleta ágil, cargada con pesados cañones. Podría ser suya. —¿Ricos con treinta millones de *kruge*? —preguntó. La recompensa que Van Eck les debía por el trabajo de la Corte de Hielo. Una que él nunca había tenido la intención de pagar.

La sonrisa más breve apareció en los labios de Kaz. —Con un millón más, o menos.

Wylan se estaba mordisqueando el pulgar. —Mi padre puede afrontar una pérdida. Los otros mercaderes, los dueños del azúcar en los silos, serán más afectados.

—Ciento —dijo Matthias—. Y si destruimos los silos, será claro que Van Eck era el objetivo.

—Podríamos intentar hacerlo lucir como un accidente —sugirió Nina.

—Así será —dijo Kaz—. Inicialmente. Gracias al gorgojo. Diles, Wylan.

Wylan se adelantó en el asiento como un escolar ansioso por probar que tenía las respuestas. Sacó un vial de su bolsillo. —Esta versión funciona.

—¿Es un gorgojo? —preguntó Inej, examinándolo.

—Un gorgojo químico —dijo Jesper—. Pero Wylan aún no lo ha nombrado. Mi voto es por Wygojo.

—Eso es horrible —dijo Wylan.

—Es brillante —Jesper guiñó un ojo—. Igual que tú.

Wylan se sonrojó de un rosa lirio.

—Yo también ayudé —añadió Kuwei, pareciendo malhumorado.

—Sí ayudó —dijo Wylan.

—Le haremos una placa —dijo Kaz—. Cuéntales cómo funciona.

Wylan se aclaró la garganta. —Obtuve la idea de la roya de la caña... solo una diminuta bacteria puede arruinar un cultivo completo. Una vez que el gorgojo sea



echado en el silo, continuará expandiéndose, utilizando el azúcar refinado como combustible hasta que el azúcar no sea más que papilla inútil.

—¿Reacciona al azúcar? —preguntó Jesper.

—Sí, cualquier clase de azúcar. Incluso rastros si hay suficiente humedad presente, así que manténgala alejada de sudor, sangre, saliva.

—No lamer el Wygojo. ¿Alguien quiere escribir eso?

—Esos silos son inmensos —dijo Inej—. ¿Cuánto necesitaremos?

—Un vial para cada silo —dijo Wylan.

Inej parpadeó ante el pequeño tubo de cristal. —¿De verdad?

—Diminuto y feroz —dijo Jesper. Guiñó el ojo de nuevo—. Igual que *tú*.

Nina rompió a reír, e Inej no pudo evitar corresponder la sonrisa de Jesper. El cuerpo le dolía y le habría gustado dormir durante dos días seguidos, pero sintió que alguna parte de ella se desenredaba, liberándose del terror e ira de la última semana.

—El gorgojo hará que la destrucción del azúcar luzca como un accidente —dijo Wylan.

—Así es —dijo Kaz—, hasta que los otros mercaderes descubran que Van Eck ha estado comprando azúcar que no está almacenada en sus silos.

Wylan abrió mucho los ojos. —¿Qué?

—Utilicé la mitad del dinero para nuestras acciones. Utilicé el resto para comprar acciones a beneficio de Van Eck... bueno, en beneficio de una sociedad creada bajo el nombre de Alys. No podía hacerlo demasiado obvio. Las acciones fueron adquiridas en efectivo, imposibles de rastrear. Pero los certificados que autentifican su adquisición serán encontrados estampados y sellados en la oficina de su abogado.



—Cornelis Smeet —dijo Matthias, sorprendido—. Engaño sobre engaño. Cuando irrumpiste en su oficina, no solo estabas intentando descubrir dónde mantenían a Alys Van Eck.

—No ganas jugando un solo juego —dijo Kaz—. La reputación de Van Eck se resentirá cuando se pierda el azúcar. Pero cuando la gente que le pagó para mantenerla a salvo descubra que se benefició de la pérdida de ellos, mirarán más de cerca esos silos.

—Y encontrarán los restos del gorgojo —terminó Wylan.

—Destrucción de propiedad, manipulación de los mercados —murmuró Inej—. Será su fin. —Pensó en Van Eck haciendo gestos a su lacayo para que alzara el mazo. *No quiero que sea una fractura limpia. Destroza el hueso*—. ¿Podría él ir a prisión?

—Se le levantarán cargos por violar un contrato e intentar interferir con el mercado —dijo Kaz—. De acuerdo a la ley kerch, no hay mayor crimen. Las sentencias son las mismas que para el asesinato. Podrían colgarlo.

—¿Sí? —dijo Wylan bajito. Utilizó su dedo para dibujar una línea que cruzaba el mapa de Ketterdam, desde Arrecife Dulce hasta el Barril, luego hacia *Geldstraat*, donde su padre vivía. Jan Van Eck había intentado matar a Wylan. Se había librado de él como un desecho. Pero Inej se preguntó si Wylan estaba listo para condenar a su padre a la ejecución.

—Dudo que lo cuelguen —dijo Kaz—. Mi suposición es que le imputarán un cargo menor. Nadie del Consejo Mercante querrá poner a uno de los suyos en la horca. ¿Y en cuanto si él realmente verá el interior de una celda de la cárcel? —Se encogió de hombros—. Depende de cuan bueno sea su abogado.

—Pero será vetado del comercio —dijo Wylan, su voz casi mareada—. Sus pertenencias serán confiscadas para indemnizar por el azúcar perdido.

—Será el fin del imperio Van Eck —dijo Kaz.

—¿Qué hay de Alys? —preguntó Wylan.



De nuevo, Kaz se encogió de hombros. —Nadie va a creer que esa chica tuvo algo que ver con una estratagema financiera. Alys demandará el divorcio y probablemente se mudará de vuelta con sus padres. Llorará por una semana, cantará por dos, y luego lo superará. Tal vez se casará con un príncipe.

—O tal vez un maestro de música —dijo Inej, recordando el pánico de Bajan cuando escuchó que Alys había sido raptada.

—Solo hay un pequeño problema —dijo Jesper—, y por *pequeño*, quiero decir «inmenso, flagrante, tachemos esto y vayamos por una cerveza». Los silos. Sé que todos hablamos sobre quebrantar lo inquebrantable, pero ¿cómo se supone que entremos?

—Kaz puede abrir las cerraduras —dijo Wylan.

—No —dijo Kaz—. No puedo.

—No creo haber oído nunca que esas palabras dejaran tus labios —dijo Nina—. Dilo de nuevo, bien y lento.

Kaz la ignoró. —Son cerraduras cuadrifolio. Cuatro llaves en cuatro cerraduras giradas al mismo tiempo, o disparan puertas de seguridad y una alarma. Puedo abrir cualquier cerradura, pero no puedo abrir cuatro a la vez.

—¿Entonces cómo entramos? —preguntó Jesper.

—Los silos también se abren en la parte superior.

—¡Esos silos tienen casi veinte pisos de altura! ¡Inej va a trepar y bajar diez de ellos en una noche?

—Solo uno —dijo Kaz.

—¿Y luego qué? —dijo Nina, con las manos de vuelta en las caderas y los ojos verdes ardientes.

Inej recordó los silos altísimos, las separaciones entre ellos.

—Y entonces —dijo Inej—. Voy a recorrer un cable de un silo al siguiente.



Nina lanzó las manos al aire. —Y todo eso sin una red, ¿supongo?

—Una Ghafa nunca se presenta con una red —dijo Inej indignada.

—¿Una Ghafa frecuentemente se presenta a veinte pisos sobre el empedrado después de ser mantenida prisionera durante una semana?

—Habrá una red —dijo Kaz—. Ya está puesta detrás de la caseta de guardia del silo, bajo un montón de bolsas de arena.

El silencio en la tumba fue repentino y completo. Inej no podía creer lo que estaba oyendo. —No necesito una red.

Kaz consultó su reloj. —No pregunté. Tenemos seis horas para dormir y cicatrizar. Pillen suministros del Cirkus Zirkoa. Están acampados en las afueras del oeste de la ciudad. Inej, haz una lista de lo que necesitarás. Atacamos los silos en veinticuatro horas.

—Absolutamente no —dijo Nina—. Inej necesita descansar.

—Es cierto —coincidió Jesper—. Ella luce lo bastante delgada para irse volando con una brisa fuerte.

—Estoy bien —dijo Inej.

Jesper rodó los ojos. —Siempre dices eso.

—¿No es así como se hacen las cosas por aquí? —preguntó Wylan—. ¿Todos le decimos a Kaz que estamos bien y luego hacemos algo estúpido?

—¿Somos tan predecibles? —dijo Inej.

Wylan y Matthias dijeron al unísono: —Sí.

—¿Quieres derrotar a Van Eck? —preguntó Kaz.

Nina dejó escapar una exhalación exasperada. —Por supuesto.



Los ojos de Kaz escanearon la habitación, moviéndose de rostro en rostro. —¿Lo quieren? ¿Quieren su dinero? ¿El dinero por el que luchamos, y sangramos y casi nos ahogamos? ¿O quieren que Van Eck se alegre de elegir a montón de donnadies del Barril para estafarlos? Porque nadie más va a ir tras él en nuestro nombre. A nadie más va a importarle que nos engañó o que arriesgamos nuestras vidas por nada. Nadie más va a enderezar esto. Así que estoy preguntando, ¿quieren vencer a Van Eck?

—Sí —dijo Inej. Ella deseaba alguna clase de justicia.

—Profusamente —dijo Nina.

—Tirarle de las orejas con la flauta de Wylan —dijo Jesper.

Uno por uno, asintieron.

—Las apuestas han cambiado —dijo Kaz—. Basado en la pequeña demostración de Van Eck de hoy, probablemente carteles de «Se busca» se están poniendo por todo Ketterdam, y sospecho que ofrecerá una recompensa jugosa. Está explotando su credibilidad, y cuanto más pronto la destruyamos, mejor. Vamos a quitarle su dinero, su reputación y su libertad, todo en una noche. Pero eso significa que no nos detendremos. A pesar de lo enojado que esté, esta noche Van Eck va a comer una fina cena y se echará un sueño irregular en su suave cama de merc. Esos guardias de la *vigilancia* descansaran sus cabezas agotadas hasta que vayan al siguiente turno, preguntándose si tal vez se ganarán una paga extra. Pero *nosotros no nos detenemos*. El reloj está avanzando. Podemos descansar cuando seamos ricos. ¿De acuerdo?

Otra ronda de asentimientos.

—Nina, hay guardias que recorren el perímetro de los silos. Tú serás la distracción, una ravkana en apuros, nueva en la ciudad, buscando trabajo en el distrito de almacenes. Necesitas mantenerlos ocupados lo bastante para que el resto de nosotros entre y que Inej escale el primer silo. Luego...

—Con una condición —dijo Nina, con los brazos cruzados.

—Esto no es una negociación.



—Todo es una negociación contigo, Brekker. Probablemente negociaste para salir del vientre materno. Si voy a hacer esto, quiero que saquemos de la ciudad al resto de los Grisha.

—Olvídalo. No tengo un centro de caridad para refugiados.

—Entonces estoy fuera.

—Bien. Estás fuera. Aun así, tendrás tu parte del dinero por tu trabajo en la Corte de Hielo, pero no te necesito en este equipo.

—No —dijo Inej tranquilamente—. Pero me necesitas a mí.

Kaz descansó su bastón sobre sus piernas. —Parece que todos están formando alianzas.

Inej recordó la forma en que el sol había captado el castaño de los ojos de Kaz solo horas antes. Ahora eran del color del café amargo en la cocción. Pero ella no iba a echarse para atrás.

—Se llaman amistades, Kaz.

La mirada de él cambió a Nina. —No me gusta que me tengan de rehén.

—Y a mí no me gustan los zapatos que aprietan los dedos, pero todos debemos sufrir. Piensa en ello como un desafío para tu cerebro monstruoso.

Después de una larga pausa, Kaz dijo: —¿De cuánta gente estamos hablando?

—Hay menos de treinta Grisha en la ciudad, que yo sepa, aparte del Consejo de Mareas.

—¿Y cómo te gustaría reunirlos? ¿Distribuir panfletos que los dirija a una gigantesca balsa?

—Hay una taberna cerca de la embajada ravkana. La utilizamos para dejar mensajes e intercambiar información. Puedo hacer que circule la noticia desde allí. Luego solo necesitamos un barco. Van Eck no puede vigilar todos los puertos.



Inej no deseaba estar en desacuerdo, pero tenía que decirlo. —Creo que sí puede. Van Eck tiene el poder completo del gobierno de la ciudad respaldándolo. Y no viste su reacción cuando descubrió que Kaz se había atrevido a llevarse a Alys.

—Por favor, dime que realmente le salió espuma por la boca —dijo Jesper.

—Estuvo cerca.

Kaz cojeó hasta la puerta de la tumba, mirando fijamente hacia la oscuridad. —Van Eck no habrá tomado a la ligera la elección de involucrar a la ciudad. Es un riesgo, y él no tomaría ese riesgo si no tuviera la intención de capitalizarlo al máximo. Tendrá cada puerto y atalaya en la costa en alerta total, con órdenes de interrogar a cualquiera que intente dejar Ketterdam. Él sencillamente dirá que sabe que los secuestradores de Wylan podrían planear llevárselo de Kerch.

—Intentar sacar a todos los Grisha será extremadamente peligroso —dijo Matthias—. Lo último que necesitamos es que un grupo de ellos caiga en las manos de Van Eck cuando puede que aún tenga una reserva de *parem*.

Jesper palmoteó con los dedos en las empuñaduras de sus revólveres. —Necesitamos un milagro. Y posiblemente una botella de whisky. Ayuda a lubricar la sesera.

—No —dijo Kaz lentamente—. Necesitamos un barco. Un barco que no pudiera ser sospechoso, que Van Eck y la *vigilancia* nunca tendrían razón para detener. Necesitamos uno de *sus* barcos.

Nina se removió hasta el borde de la silla. —La compañía transportadora de Van Eck debe tener montones de barcos que se dirigen a Ravka.

Matthias cruzó sus enormes brazos, considerando. —¿Sacar a los refugiados Grisha en uno de los propios navíos de Van Eck?

—Necesitaríamos un manifiesto falsificado y papeles de tránsito —dijo Inej.



—¿Por qué crees que echaron a Specht de la Marina? —preguntó Kaz—. Estaba falsificando licencias y órdenes de suministros.

Wylan se tiró del labio. —Pero no es solo cuestión de unos cuantos documentos. Digamos que hay treinta refugiados Grisha. El capitán de un barco va a querer saber por qué treinta personas...

—Treinta y uno —dijo Kuwei.

—¿Realmente estás siguiendo todo esto? —dijo Jesper, incrédulo.

—Un barco a Ravka —dijo Kuwei—. Entiendo eso muy bien.

Kaz se encogió de hombros. —Si vamos a robar un bote, bien podríamos ponerte en él.

—Entonces treinta y uno —dijo Nina con una sonrisa, aunque si el músculo palpitante en la mandíbula de Matthias era algún indicador, él no estaba tan emocionado.

—Muy bien —dijo Wylan, alisando una arruga en el mapa—. Pero el capitán de un barco va a preguntarse por qué treinta y una personas están siendo añadidas a su manifiesto.

—No si el capitán piensa que él es parte del secreto —dijo Kaz—. Van Eck escribirá una carta redactada apasionadamente, implorando al capitán que tenga la máxima discreción en transportar a esos valiosos refugiados políticos y le pida que a toda costa los mantenga ocultos de cualquiera susceptible a sobornos shu... incluyendo la *vigilancia*. Van Eck prometerá al capitán una enorme recompensa cuando regrese, solo para asegurarse que *él* no tenga ninguna idea sobre vender a los Grisha. Ya tenemos una muestra de la escritura de Van Eck. Solo necesitamos su sello.

—¿Dónde lo guarda? —Jesper preguntó a Wylan.

—En su oficina. Al menos allí es donde solía estar.



—Tendremos que entrar y salir sin que él lo note —dijo Inej—. Y tendremos que movernos rápidamente después de eso. Tan pronto Van Eck se dé cuenta que el sello falta, será capaz de adivinar qué tramamos.

—Entramos en la Corte de Hielo —dijo Kaz—. Creo que podemos arreglárnoslas con una oficina de mercader.

—Bueno, casi morimos entrando en la Corte de Hielo —dijo Inej.

—Varias veces, si la memoria me funciona —notó Jesper.

—Inej y yo robamos un DeKappel de Van Eck. Ya conocemos la disposición de la casa. Estaremos bien.

El dedo de Wylan una vez más estaba trazando *Geldstraat*. —No tuvieron que meterse en la caja de seguridad de mi padre.

—¿Van Eck mantiene el sello en una caja de seguridad? —dijo Jesper con una risa—. Es casi como si él *quisiera* que lo tomemos. Kaz es mejor en hacerse amigo de cerraduras de combinación que de personas.

—Nunca han visto una caja de seguridad como esta —dijo Wylan—. Hizo que la instalaran después que robaron el DeKappel. Tiene una combinación de siete dígitos que renueva cada día, y la cerradura está dispuesta con interruptores falsos para confundir a los ladrones de cajas fuertes.

Kaz se encogió de hombros. —Entonces la rodearemos. Tomaré conveniencia sobre fineza.

Wylan sacudió la cabeza. —Las paredes de la caja fuerte están hechas de una aleación única reforzada con acero Grisha.

—¿Una explosión? —sugirió Jesper.

Kaz elevó una ceja. —Sospecho que Van Eck notaría eso.

—¿Una explosión muy pequeña?



Nina bufó. —Tú solo quieres hacer estallar algo.

—De hecho... —dijo Wylan. Inclinó la cabeza a un lado, como si estuviera escuchando una canción distante—. Llegada la mañana, no se podrá ocultar que hemos estado allí, pero si podemos sacar a los refugiados del puerto antes que mi padre descubra el robo... no estoy exactamente seguro dónde puedo conseguir los materiales, pero podría funcionar...

—*Inej* —susurró Jesper.

Ella se inclinó hacia delante, escrutando a Wylan. —¿Es esa una expresión calculadora?

—Posiblemente.

Wylan pareció regresar de golpe a la realidad. —No lo es. Pero... pero sí creo que tengo una idea.

—Estamos esperando, mercito —dijo Kaz.

—El gorgojo es básicamente solo una versión mucho más estable de ácido áurico.

—Sí —dijo Jesper—. Por supuesto. ¿Y eso es?

—Un corrosivo. Emite una cantidad mínima de calor una vez que empieza a reaccionar, pero es increíblemente poderosa e increíblemente volátil. Puede atravesar acero Grisha y prácticamente cualquier otra cosa aparte de fibra de balsa.

—¿Fibra?

—La fibra y la salvia del balsa neutraliza la corrosión.

—¿Y dónde se encuentra semejante cosa?

—Podemos encontrar uno de los ingredientes que necesito en una fábrica. Utilizan el corrosivo para eliminar el óxido de los metales. El otro tal vez sea más difícil de encontrar. Necesitaremos una cantera con una veta de auris o un componente haluro similar.



—La cantera más cercana está en Olendaal —dijo Kaz.

—Eso podría funcionar. Una vez que tengamos ambos componentes, tendremos que ser muy cuidadosos con el transporte —continuó Wylan—. De hecho, tendremos que ser más que cuidadosos. Después que se complete la reacción, el ácido áurico básicamente es inofensivo, pero mientras está activo... bueno, es una buena forma de perder las manos.

—Así que —dijo Jesper—, *¿si* conseguimos estos ingredientes, *y* conseguimos transportarlos por separado, *y* activar este ácido áurico, *y* no perdemos una extremidad en el proceso?

Wylan se tironeó de un mechón de cabello. —Podríamos atravesar la puerta de la caja de seguridad en cuestión de minutos.

—*¿Sin dañar los contenidos del interior?* —preguntó Nina.

—Con algo de suerte.

—Con algo de suerte —repitió Kaz—. He trabajado con peor. Necesitaremos descubrir qué barcos parten hacia Ravka mañana por la noche y hacer que Specht empiece con el manifiesto y los papeles de tránsito. Nina, una vez que hayamos elegido el navío, *¿puede tu pequeña banda de refugiados llegar a los muelles por su cuenta o también para eso necesitarán que los lleven de la mano?*

—No estoy segura lo bien que conocen la ciudad —admitió Nina.

Kaz tamborileó los dedos sobre la cabeza de su bastón. —Wylan y yo podemos acometer la caja de seguridad. Podemos enviar a Jesper a escoltar a los Grisha y podemos trazar una ruta para que Matthias pueda llevar a Kuwei a los muelles. Pero eso deja solo a Nina para distraer a los guardias y poner la red para Inej en los silos. La red necesita al menos tres personas para que funcione.

Inej se estiró, girando suavemente los hombros. Era bueno estar entre esta gente de nuevo. No había estado solo durante unos pocos días, y estaban sentados en un mausoleo húmedo, pero aun así se sentía como el regreso al hogar.



—Te lo dije —dijo ella—. No trabajo con red.





Traducido por Azhreik

Se quedaron despiertos planeando bien pasada la medianoche. Kaz estaba cauteloso de los cambios al plan además de los prospectos de manejar la manada de Grisha de Nina. Pero, aunque no dio indicio a los otros, había elementos de este nuevo curso de acción que le atraían. Era posible que Van Eck intuyera lo que los shu estaban haciendo y fuera tras los restantes Grisha de la ciudad por su cuenta. Eran un arma que Kaz no deseaba ver en el arsenal del mercader.

Pero no podían permitir que este pequeño rescate los retrasara. Con tantos oponentes y el cuerpo de *vigilancia* involucrado, no podían permitírselo. Dado el tiempo suficiente, los shu se dejarían de preocupar sobre esas naves de guerra varadas y el Consejo de Mareas, y encontrarían su camino a Velo Negro. Kaz deseaba a Kuwei fuera de la ciudad y removido de la jugada tan pronto como fuera posible.

Al fin, apartaron sus listas y bosquejos. El desastre de su comida improvisada fue limpiado de la mesa para evitar atraer a las ratas de Velo Negro, y las linternas fueron apagadas.

Los otros dormirían. Kaz no podía. Había dicho en serio lo que había dicho. Van Eck tenía más dinero, más aliados, y el poderío de la ciudad respaldándolo. No podían solo ser más listos que Van Eck, tenían que ser implacables. Y Kaz podía ver lo que los otros no podían. Ganarían la batalla hoy; se habían preparado para recuperar a Inej de Van Eck y lo habían hecho. Pero el merc aún estaba ganando la guerra.

Que Van Eck estuviera dispuesto a arriesgarse a involucrar a la *vigilancia*, y por extensión al Consejo Mercante, significaba que creía que era invulnerable. Kaz aún tenía



la nota que Van Eck había enviado para arreglar la reunión en Vellgeluk, pero era una prueba lamentable de las estratagemas del hombre. Recordaba lo que Pekka Rollins había dicho en el Palacio Esmeralda, cuando Kaz había declarado que el Consejo Mercante nunca respaldaría las actividades ilegales de Van Eck. *¿Y quién va a decirles? ¿Una rata de canal del peor tugurio en el Barril? No te engañes, Brekker.*

En el momento, Kaz apenas había sido capaz de pensar más allá de la neblina de ira que descendía cuando estaba en presencia de Rollins. Lo despojaba de la razón que lo guiaba, la paciencia de la que dependía. Alrededor de Pekka, perdía la forma de quién era... no, perdía la forma de quién había luchado por convertirse. No era Manos Sucias o Kaz Brekker o incluso el lugarteniente más duro de los Indeseables. Solo era un chico avivado por una llama blanca de ira, una que amenazaba con quemar en cenizas la pretensión de civilidad duramente ganada que mantenía.

Pero ahora, reclinado sobre su bastón entre las tumbas de Velo Negro, podía reconocer la verdad de las palabras de Pekka. No podías ir a la guerra contra un merca honorable como Van Eck, no si eras un matón con una reputación más sucia que la suela de la bota de un mozo de establo. Para ganar, Kaz tendría que nivelar el terreno. Mostraría al mundo lo que él ya sabía: a pesar de sus manos suaves y trajes finos, Van Eck era un criminal, tan malo como cualquier matón del Barril... peor, porque su palabra no valía nada.

Kaz no escuchó a Inej aproximarse, solo supo cuando ya estaba allí, parada junto a las columnas rotas de un mausoleo de mármol blanco. En algún lado, ella había encontrado jabón para lavarse, y el aroma de las habitaciones húmedas de *Eil Komedie* (ese débil rastro de heno y maquillaje de teatro) había desaparecido. Su cabello negro brillaba a la luz de la luna, ya acomodado pulcramente en un moño en su nuca, y su inmovilidad era tan completa que bien podría haber sido confundida con uno de los guardianes de piedra del cementerio.

—¿Por qué la red, Kaz?

Sí, ¿por qué la red? ¿Por qué algo que complicaría el asalto que había planeado en los silos y permitir el doble de probabilidades de quedar expuestos? *No podría soportar*



verte caer. —Acabo de tomarme un montón de molestias para recuperar a mi araña. No lo hice para que pudieras abrirte el cráneo al día siguiente.

—Proteges tus inversiones. —La voz de ella sonaba casi resignada.

—Es correcto.

—Y vas a salir de la isla.

Debería preocuparle más que ella hubiera adivinado su siguiente movimiento. —Rotty dice que el anciano se está inquietando. Necesito ir a alisarle las plumas.

Per Haskell aún era el líder de los Indeseables, y Kaz sabía que le gustaban las ventajas de ese puesto, pero no el trabajo que iba con él. Con Kaz desaparecido durante tanto tiempo, las cosas empezarían a desatarse. Además, cuando Haskell se ponía inquieto, le gustaba hacer algo estúpido solo para recordarle a la gente que él estaba a cargo.

—También deberíamos poner ojos en la casa de Van Eck —dijo Inej.

—Me encargaré de eso.

—Él habrá reforzado su seguridad. —El resto se quedó sin decir. No había nadie mejor equipada para atravesar las defensas de Van Eck que el Espectro.

Él debería decirle que descansara, decirle que se encargaría de la vigilancia por su cuenta. En su lugar, asintió y se dirigió a una de las *gondelas* ocultas en los atracaderos, ignorando el alivio que sintió cuando ella lo siguió.

Después del barullo estridente de la tarde, los canales parecían más silenciosos de lo usual, el agua antinaturalmente quieta.

—¿Crees que la Duela Oeste volverá a ser la misma esta noche? —preguntó Inej, con la voz baja. Había aprendido la precaución de una rata de canal en lo concerniente a viajar por las vías fluviales de Ketterdam.



—Lo dudo. La guardia estará investigando, y los turistas no vienen a Ketterdam por la emoción de ser volados en pedazos. —Un montón de negocios iban a perder dinero. Llegada la mañana, Kaz sospechaba que los escalones frontales del Salón de la Guardia estarían abarrotados con los propietarios de casas de placer y hoteles exigiendo respuestas. Sería tremenda escena. *Bien.* Que los miembros del Consejo Mercante se preocupen con problemas más allá de Jan Van Eck y su hijo desaparecido. —Van Eck habrá cambiado las cosas desde que nos llevamos el DeKappel.

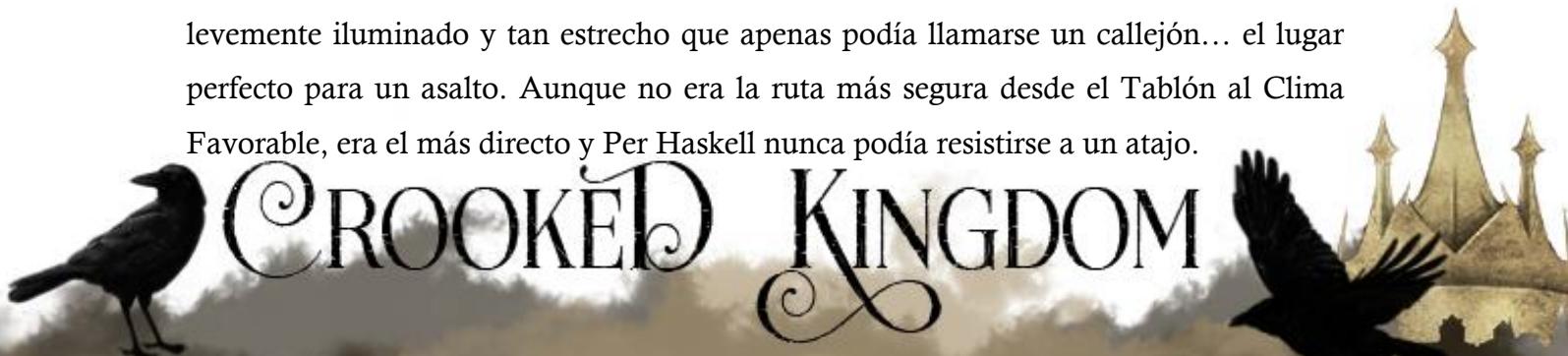
—Y ahora que sabe que Wylan está con nosotros —coincidió Inej—. ¿Dónde vamos a reunirnos con el anciano?

—El Nudillo.

No podían interceptar a Haskell en el Tablón. Van Eck habría mantenido los cuarteles de los Indesables bajo vigilancia, y ahora probablemente también estaban a rebosar de guardias. El pensamiento de guardias de la *vigilancia* revisando sus habitaciones, escarbando entre sus pocas pertenencias, hizo que la furia cosquilleara sobre la piel de Kaz. El Tablón no era mucho, pero Kaz lo había transformado de una pocilga con goteras a un lugar donde podías dormir la borrachera o esconderte de la ley, sin congelarte el culo en el invierno o ser desangrado por pulgas en el verano. El Tablón era suyo, sin importar lo que Per Haskell pensara.

Kaz condujo la *gondela* a *Zovercanal* al borde este del Barril. A Per Haskell le gustaba abrir corte en la Posada Clima Favorable la misma noche de cada semana, reuniéndose con sus lacayos para jugar cartas y chismorrear. Era imposible que se lo perdiera esta noche, no cuando su lugarteniente privilegiado (su lugarteniente privilegiado *desaparecido*) había reñido con un miembro del Consejo Mercante y traía tantos problemas a los Indesables, no cuando él sería el centro de atención.

Ninguna ventana enfocaba al Nudillo, un pasadizo retorcido que se inclinaba entre un inquilinato y una fábrica que elaboraba recuerdos baratos. Era silencioso, levemente iluminado y tan estrecho que apenas podía llamarse un callejón... el lugar perfecto para un asalto. Aunque no era la ruta más segura desde el Tablón al Clima Favorable, era el más directo y Per Haskell nunca podía resistirse a un atajo.



Kaz atracó el bote cerca de un pequeño puentecillo y él e Inej tomaron su lugar en las sombras para esperar, la necesidad de silencio estaba sobreentendida. Menos de veinte minutos después, la silueta de un hombre apareció a la luz de farola en la boca del callejón, una pluma absurda sobresalía de la coronilla de su sombrero.

Kaz esperó hasta que la figura estuvo casi a su nivel antes de dar un paso al frente.
—Haskell.

Per Haskell giró, sacando una pistola de su abrigo. Se movía rápidamente a pesar de su edad, pero Kaz sabía que llevaría acero y estaba listo. Le dio al hombro de Haskell un rápido golpe con la punta de su bastón, solo lo suficiente para enviar una sacudida de entumecimiento a su mano.

Haskell gruñó y el arma se deslizó de su agarre. Inej la atrapó antes que pudiera tocar el suelo y se la arrojó a Kaz.

—Brekker —dijo Haskell enojado, intentando mover su brazo entumecido—. ¿Dónde demonios has estado? ¿Y qué clase de granuja atraca a su propio jefe en un callejón?

—No te estoy asaltando. Sencillamente no quería que le dispararas a nadie antes que tuviéramos la oportunidad de hablar. —Kaz le tendió de vuelta el arma a Haskell por la culata. El anciano se la arrancó de la palma, sacando la canosa barbilla obstinadamente.

—Siempre excediéndose —gruñó, metiéndose el arma en el bolsillo de su áspera chaqueta a cuadros, incapaz de alcanzar la cartuchera con su brazo incapacitado—. ¿Sabes qué problemas me causaste hoy, chico?

—Lo sé. Es por eso que estoy aquí.

—Hubo guardias reptando por todo el Tablón y el Club Cuervo. Tuvimos que cerrar todo el lugar, y quién sabe cuándo seremos capaces de empezar de nuevo. ¿Qué estabas pensando al secuestrar al hijo de un mercader? ¿Este era el gran trabajo por el



que dejaste la ciudad? ¿El que se suponía que me haría rico más allá de mis sueños más alocados?

—Yo no secuestré a nadie. —No era estrictamente cierto, pero Kaz imaginaba que las sutilezas no le importarían a Per Haskell.

—Entonces, en el nombre de Ghezen, ¿qué está pasando? —susurró Haskell furiosamente, escupiendo saliva—. Tienes a mi mejor araña —dijo, haciendo gestos a Inej—. A mi mejor tirador, mi Cardio, mi mejor golpeador...

—Muzzen está muerto.

—Hijo de perra —maldijo Haskell—. Primero Gran Bolliger, ahora Muzzen. ¿Estás intentando destripar a mi pandilla al completo?

—No, señor.

—*Señor*. ¿En qué andas, chico?

—Van Eck está jugando un juego ruin, pero yo aún estoy un paso por delante de él.

—No lo parece desde aquí.

—Bien —dijo Kaz—. Mejor que nadie nos vea venir. Muzzen fue una pérdida que no anticipé, pero dame unos cuantos días más y no solo la ley ya no estará en tus espaldas, tus arcas estarán tan pesadas que serás capaz de llenar tu bañera con oro y nadar en él.

Haskell entrecerró los ojos. —¿De cuánto dinero estamos hablando?

Esa es la forma, pensó Kaz, observando la avaricia iluminar la mirada de Haskell, la palanca en funcionamiento.

—Cuatro millones de *kruge*.

Haskell abrió mucho los ojos. Una vida de bebida y duro vivir en el Barril había amarillado lo blanco. —¿Estás intentando quedar bien?



—Te dije que este era un gran botín.

—No importa lo alta que es la pila de efectivo si estoy en prisión. No me gusta que la ley se meta en mis negocios.

—A mí tampoco, señor. —Haskell podría burlarse de los modales de Kaz, pero sabía que el anciano acogía con entusiasmo cada gesto de respeto y el orgullo de Kaz podía soportarlo. Una vez que tuviera su propia parte del dinero de Van Eck, no tendría que obedecer otra orden o halagar la vanidad de Per Haskell nunca más—. No nos habría metido en esto si no hubiera sabido que saldríamos de ésta limpios como niños del coro y ricos como Santos. Todo lo que necesito es un poco más de tiempo.

Kaz no pudo evitar recordar a Jesper negociando con su padre, y el pensamiento no le sentó bien. Per Haskell nunca se había preocupado por nadie más que él mismo y el siguiente vaso de cerveza rubia, pero le gustaba pensar en sí mismo como el patriarca de una gran familia con inclinaciones criminales. Kaz podía admitir que tenía cariño por el anciano. Él le había dado a Kaz un lugar donde empezar y un techo sobre su cabeza... incluso si Kaz había sido el que se aseguró que no goteara.

El anciano enganchó los pulgares en los bolsillos de su chaleco, haciendo una gran exhibición de considerar la oferta de Kaz, pero la avaricia de Haskell era más fiable que un reloj de cuerda bien ajustado. Kaz sabía que él ya había empezado a pensar en formas de gastar el *kruge*.

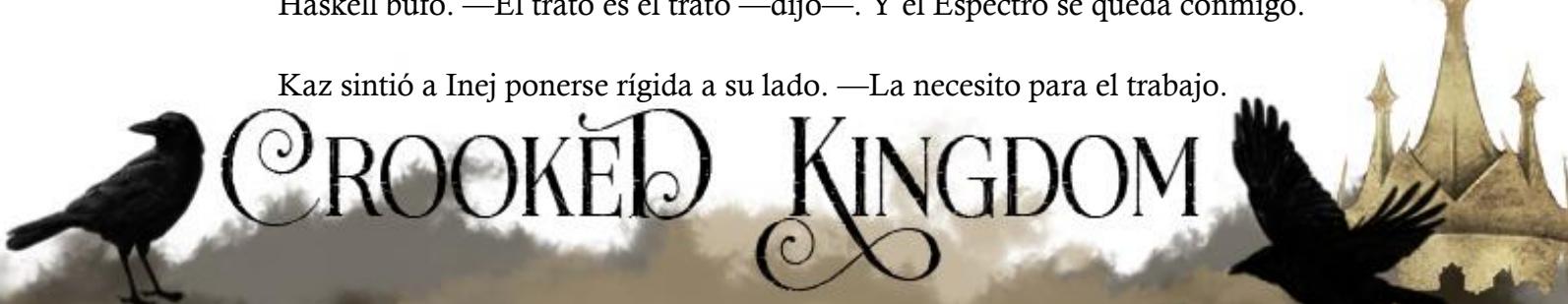
—Muy bien, chico —dijo Haskell—. Puedo proporcionarte un poco más de cuerda para que te cuelgues. Pero si descubro que me estás haciendo una jugarreta, lo lamentarás.

Kaz acomodó sus rasgos en seriedad. Las amenazas de Haskell eran casi tan vacías como sus alardeos.

—Por supuesto, señor.

Haskell bufó. —El trato es el trato —dijo—. Y el Espectro se queda conmigo.

Kaz sintió a Inej ponerse rígida a su lado. —La necesito para el trabajo.



—Utiliza a Roeder. Es lo bastante vivaz.

—No para esto.

Ahora Haskell se enfureció, sacando el pecho, el zafiro falso de su alfiler de corbata destelló en la tenue luz. —¿Ves lo que Pekka Rollins está haciendo? Acaba de abrir un nuevo salón de juego justo enfrente del Club Cuervo. —Kaz lo había visto. El Príncipe Kaelish. Otra joya en el imperio de Rollins, un masivo palacio de juego adornado en verde chillón y dorado, como algún ridículo homenaje a la tierra natal de Pekka Rollins—. Se está metiendo a la fuerza en nuestro territorio —dijo Haskell—. Necesito una araña, y ella es la mejor.

—Eso puede esperar.

—Yo digo que no puede. Dirígete al *Gemensbank*. Verás mi nombre en la parte superior de su contrato, y eso significa que yo digo a dónde va ella.

—Entendido, señor —dijo Kaz—. Y tan pronto la encuentre, se lo haré saber.

—Ella está justo... —Haskell se calló, la mandíbula le colgó de incredulidad—.
¡Ella estaba justo aquí!

Kaz se forzó a no sonreír. Mientras Per Haskell había estado barbotando, Inej sencillamente se había fundido en las sombras y escalado silenciosamente la pared. Haskell escaneó la longitud del callejón y levantó la cabeza hacia los tejados, pero Inej ya se había marchado hace mucho.

—Tráela de vuelta aquí —dijo Haskell furioso—, *ahora mismo*.

Kaz se encogió de hombros. —¿Cree que puedo trepar estas paredes?

—Esta es mi pandilla, Brekker. Ella no te pertenece.

—Ella no le pertenece a nadie —dijo Kaz, sintiendo el chamuscar de esa furiosa llama blanca—. Pero todos estaremos de vuelta en el Tablón bastante pronto. —De hecho, Jesper saldría de la ciudad con su padre, Nina estaría rumbo a Ravka, Inej estaría



en un barco bajo sus propias órdenes, y Kaz se estaría alistando para separarse de Haskell para siempre. Pero el anciano tendría su *kruge* para consolarlo.

—Pequeño bastardo arrogante —gruñó Haskell.

—Pequeño bastardo arrogante que está a punto de hacerte uno de los jefes más ricos en el Barril.

—Sal de mi camino, chico. Voy tarde para mi juego.

—Espero que las cartas sean favorables. —Kaz se movió a un lado—. Pero tal vez quiera estas. —Extendió la mano. Seis balas yacían sobre su palma enguantada—. En caso de una pelea.

Haskell sacó rápidamente la pistola de su bolsillo y abrió la recámara. Estaba vacía. —Pequeño... —Entonces Haskell ladró una risa y retiró las balas de la mano de Kaz, sacudiendo la cabeza—. Tienes la sangre del propio diablo en ti, chico. Ve a conseguir mi dinero.

—Y algo más —murmuró Kaz mientras inclinaba su sombrero y cojeaba de vuelta por el callejón hacia la *gondela*.

Kaz se mantuvo alerta, relajándose solo ligeramente cuando el bote se deslizó más allá de los límites del Barril y en las tranquilas aguas que rodeaban el distrito financiero. Aquí, las calles estaban casi vacías y la presencia de la guardia era más escasa. Mientras la *gondela* pasaba bajo *Ledbridge*, él atisbió una sombra separándose de la barandilla. Un momento después, Inej se le unió en el estrecho bote.

Estaba tentado a dirigirlos de vuelta a Velo Negro. Él apenas había dormido en días, y su pierna nunca se había recuperado completamente de lo que habían atravesado en la Corte de Hielo. Eventualmente, su cuerpo iba a dejar de aceptar órdenes.



Como si ella pudiera leer su mente, Inej dijo: —Yo puedo manejar la vigilancia. Te veré de vuelta en la isla.

Con un demonio. Ella no iba a librarse de él tan fácilmente. —¿Desde qué dirección deseas aproximarte a la casa de Van Eck?

—Empecemos en la Iglesia del Trueque. Podemos fijar la vista en la casa de Van Eck desde el tejado.

Kaz no estaba emocionado de oírlo, pero los llevó a *Beurscanal*, más allá de la Bolsa y la gran fachada del Hotel Geldrenner, donde el padre de Jesper probablemente estaba roncando profundamente en su suite.

Atracaron la *gondela* cerca de la iglesia. El brillo de la luz de las lámparas se desparramaba desde las puertas de la catedral principal, abiertas y sin cerrojo a todas horas, dando la bienvenida a aquellos que deseaban ofrecer oraciones a Ghezen.

Inej podría haber trepado las paredes externas con poco esfuerzo, y Kaz podría haberlo conseguido, pero no iba a ponerse a prueba en una noche cuando su pierna estaba gritando con cada paso. Necesitaba acceso a una de las capillas.

—No tienes que subir —dijo Inej, mientras avanzaban sigilosamente por el perímetro y localizaban una de las puertas de la capilla.

Kaz la ignoró y rápidamente abrió la cerradura. Se deslizaron en el interior de la cámara oscurecida, luego subieron las escaleras dos tramos, las capillas estaban dispuestas una encima de la otra como un pastel de capas, cada una comisionada por una diferente familia mercante de Kerch. Una cerradura más que abrir y estuvieron ascendiendo por otra maldita escalera. Esta se curvaba en una espiral apretada hasta una trampilla en el techo.

La Iglesia del Trueque estaba construida en el plano de la mano de Ghezen, la vasta catedral localizada en la palma, con cinco naves cortas y anchas que irradiaban a lo largo de cuatro dedos y un pulgar, cada dedo terminaba en una pila de capillas. Habían subido las capillas en la punta del meñique y ahora bajaban al tejado de la



catedral principal, y luego por la longitud del dedo anular de Ghezen, eligiendo su camino por una escarpada montaña de tejados resbalosos y estrechas columnas de piedra.

—¿Por qué a los dioses siempre les gusta ser venerados en lugares altos? —murmuró Kaz.

—Son los hombres los que buscan grandeza —dijo Inej, saltando ágilmente como si sus pies supieran alguna topografía secreta—. Los Santos escuchan plegarias donde sea que se les hable.

—¿Y responden de acuerdo a su estado de ánimo?

—Lo que deseas y lo que el mundo necesita no siempre están de acuerdo, Kaz. Rezar y desear no es lo mismo.

Pero son igualmente inútiles. Kaz se tragó su réplica. Estaba demasiado enfocado en no desplomarse a su muerte para involucrarse apropiadamente en una discusión.

En la punta del dedo anular, se detuvieron y absorbieron la vista. Al suroeste, podían ver las altas agujas de la catedral, la Bolsa, la titilante torre del reloj del Hotel Geldrenner, y el largo listón del *Beurscanal* fluyendo debajo del *Zentsbridge*. Pero si miraban al este, este tejado en particular les daba una vista directa de *Geldstraat*, el *Geldcanal* más allá y la casa señorial de Van Eck.

Era un buen punto de vista ventajoso para observar la seguridad que Van Eck había dispuesto alrededor de la casa y en el canal, pero no les proporcionaría toda la información que necesitaban.

—Vamos a tener que acercarnos —dijo Kaz.

—Lo sé —dijo Inej, sacando un trozo de cuerda de su túnica y enganchándola sobre una de las agujas del techo—. Será más rápido y seguro que yo haga el reconocimiento de la casa Van Eck por mi cuenta. Dame media hora.

—Tú...



—Para cuando regreses a la *gondela*, yo tendré toda la información que necesitamos.

Él iba a matarla. —Me arrastraste aquí arriba para nada.

—Tu orgullo te arrastró aquí arriba. Si Van Eck percibe que algo está fuera de lugar esta noche, todo se acaba. Este no es un trabajo de dos personas y lo sabes.

—Inej...

—También mi futuro depende de esto, Kaz. Yo no te digo cómo abrir cerraduras o idear un plan. Esto es en lo que soy buena, así que déjame hacer mi trabajo. —Tensó la cuerda—. Y tan solo pienso en todo el tiempo que tendrás para oraciones y silenciosa contemplación en el camino de bajada.

Ella se desvaneció por el costado de la capilla.

Kaz se quedó allí parado, mirando el lugar en el que ella había estado solo segundos antes. Lo había engañado. La decente, honesta y piadosa Espectro lo había burlado. Se giró para mirar hacia la larga expansión de techo que iba a tener que recorrer para regresar al bote.

—Te maldigo a ti y todos tus Santos —dijo a nadie en absoluto, luego se dio cuenta que estaba sonriendo.

Kaz estaba de un humor decididamente menos divertido para cuando se metió a la *gondela*. No le importaba que lo hubiera embaucado, sencillamente odiaba que ella tuviera razón. Él sabía perfectamente bien que no estaba en forma para intentar escabullirse en la casa de Van Eck a ciegas esta noche. *No era* un trabajo de dos personas, y no era la forma en que operaban. Ella era el Espectro, la mejor ladrona de secretos del Barril. Reunir información sin ser descubierta era su especialidad, no la de él. También podía admitir que estaba agradecido por sentarse durante un momento, estirar la pierna



mientras el agua lamía suavemente los costados del canal. Así que ¿por qué había insistido en acompañarla? Esos eran pensamientos peligrosos... de la clase que había ocasionado que capturaran a Inej en primer lugar.

Puedo superar esto, se dijo Kaz a sí mismo. Para mañana a la media noche, Kuwei estaría en camino fuera de Ketterdam. En cuestión de días, ellos tendrían su recompensa. Inej sería libre de perseguir su sueño de cazar esclavistas, y él estaría libre de esta constante distracción. Empezaría una nueva pandilla, una construida a partir de los miembros más jóvenes y mortíferos de los Indesables. Volvería a dedicarse a la promesa que había hecho a la memoria de Jordie, la tarea meticulosa de destrozar la vida de Pekka Rollins trozo a trozo.

Y, aun así, sus ojos continuaban desviándose al andador junto al canal, su impaciencia crecía. Él era mejor que esto. Esperar era la parte de la vida criminal que mucha gente erraba. Deseaban actuar en vez de quedarse plantados y reunir información. Deseaban saber instantáneamente sin tener que aprender. A veces el truco para conseguir lo mejor de una situación era sencillamente esperar. Si no te gustaba el clima, no te apresurabas a meterte en la tormenta... esperabas hasta que cambiaba. Encontrabas una forma de evitar mojarte.

Brillante, pensó Kaz. *Así que ¿dónde diablos está ella?*

Unos cuantos largos minutos después, ella se dejó caer sin un ruido en la gondola.

—Dime —dijo él, mientras los desplazaba en el canal.

—Alys aún está en la misma habitación en el segundo piso. Hay un guardia apostado afuera de su puerta.

—¿La oficina?

—Misma ubicación, justo al final del pasillo. Ha hecho que instalen cerraduras Schuyler en todas las ventanas exteriores de la casa. —Kaz soltó un suspiro molesto—. ¿Eso es un problema? —preguntó ella.



—No. Una cerradura Schuyler no detendrá ninguna ganzúa que valga su precio, pero consumen tiempo.

—No pude encontrarles sentido, así que tuve que esperar que uno del personal de la cocina abriera la puerta trasera. —Él había hecho un trabajo lamentable en enseñarle a abrir cerraduras. Ella podría dominar una Schuyler si se enfocaba en ello—. Estaban recibiendo entregas —continuó Inej—. Por lo poco que fui capaz de oír, están preparándose para una reunión mañana por la noche con el Consejo Mercante.

—Tiene sentido —dijo Kaz—. Él interpretará el papel de padre desconsolado y hará que ellos añadan más guardias a la búsqueda.

—¿Ellos accederán?

—No tienen razón para negárselo. Y están obteniendo un aviso bastante previo para esconder bajo la alfombra a sus amantes o cualquier otra cosa que no deseen que se descubra en una redada.

—El Barril no lo aceptará con facilidad.

—No —dijo Kaz mientras la *gondela* se deslizaba más allá del superficial banco de arena que colindaba con Velo Negro y entró en la niebla de la isla—. Nadie quiere que los mercaderes se entrometan en nuestros negocios. ¿Alguna noción de a qué hora tendrá lugar esta reunioncita del Consejo?

—Las cocineras estaban comentando sobre disponer una mesa completa para la cena. Podría ser una buena distracción.

—Exactamente. —Esto era ellos en su máximo potencial, con nada más que el trabajo entre ellos, trabajando juntos, libres de complicaciones. Debería dejarlo en eso, pero necesitaba saber—. Dijiste que Van Eck no te lastimó. Dime la verdad.

Habían alcanzado el refugio de los sauces. Inej mantuvo los ojos sobre la caída de sus ramas blancas. —No lo hizo.



Salieron de la *gondela*, se aseguraron que estaba completamente camuflada, y eligieron su camino por la playa. Kaz siguió a Inej, esperando, dejando que su clima cambiara. La luna estaba empezando a descender, detallando las tumbas de Velo Negro, una silueta miniatura grabada en plata. La trenza de ella se le había desenredado en la espalda. Él se imaginó envolviéndola alrededor de su mano, frotando el pulgar sobre el patrón de sus mechones. ¿Y entonces qué? Apartó el pensamiento.

Cuando estaban a solo unos metros del casco de piedra, Inej se detuvo y observó la niebla que envolvía las ramas. —Iba a romperme las piernas —dijo ella—. Aplastarlas con un mazo para que nunca sanaran.

Los pensamientos de luz de luna y cabello sedoso se evaporaron en un estallido negro de furia. Kaz vio a Inej tironear de la manga de su antebrazo izquierdo, donde el tatuaje de la Colección había estado alguna vez. Él tenía la más remota noción de lo que ella había soportado allí, pero sabía cómo era sentirse indefenso, y Van Eck había conseguido hacerla sentir así de nuevo. Kaz iba a tener que encontrar un nuevo idioma de sufrimiento para enseñarle a ese arrogante merca hijo de perra.

Jesper y Nina tenían razón. Inej necesitaba descanso y una oportunidad para recuperarse después de los últimos días. Él sabía lo fuerte que era ella, pero también sabía lo que el cautiverio significaba para ella.

—Si no estás preparada para el trabajo...

—Estoy preparada para el trabajo —dijo ella, aun dándole la espalda.

El silencio entre ellos era agua oscura. Él no podía cruzarla. No podía atravesar la línea entre la decencia que ella merecía y la violencia que esta senda exigía. Si lo intentaba, tal vez conseguiría que los mataran a ambos. Él solo podía ser quien era realmente... un chico que no tenía consuelo para ella. Así que le daría lo que pudiera.

—Voy a desgarrar a Van Eck —dijo bajito—. Voy a darle una herida que no pueda ser suturada, de la que él nunca se recupere. De la clase que no puede sanarse.

—¿De la clase que tú soportaste?



—Sí. —Era una promesa. Era una admisión.

Ella inhaló temblorosamente. Las palabras salieron como una retahíla de disparos, ráfagas, como si ella resintiera el mero acto de decirlas. —No sabía si vendrías.

Kaz no podía culpar a Van Eck por eso. Kaz había erigido esa duda en ella con cada palabra fría y pequeña crueldad.

—Nosotros somos tu equipo, Inej. No dejamos a los nuestros a la merced de basura merca. —No era la respuesta que deseaba dar. No era la respuesta que ella deseaba.

Cuando ella se giró hacia él, sus ojos estaban brillantes de ira.

—Él iba a *romperme las piernas* —dijo, con la barbilla alzada, el más leve temblor en su voz—. ¿Habrías venido por mí entonces, Kaz? ¿Cuándo no pudiera escalar un muro o caminar por la cuerda? ¿Cuándo ya no fuera el Espectro?

Manos Sucias no lo haría. El chico que podría hacer que superaran esto, conseguir su dinero, mantenerlos con vida, le haría la cortesía de sacarla de su miseria, luego cortar por lo sano y seguir adelante.

—Yo vendría por ti —dijo, y cuando vio la mirada cautelosa que ella le disparó, lo dijo de nuevo—: Yo vendría por ti. Y si no pudiera caminar, me arrastraría hasta ti, y sin importar lo rotos que estuviéramos, lucharíamos juntos para abrirnos paso, con los cuchillos en ristre, las pistolas llameando. Porque eso es lo que hacemos. Nunca dejamos de luchar.

El viento se elevó. Las ramas de los sauces susurraron, un sonido pícaro y de chismorreo. Kaz le mantuvo la mirada, vio la luna reflejada allí, hoces gemelas de luz. Ella tenía razón en ser precavida. Incluso de él. Especialmente de él. La precaución era como sobrevivías.

Al fin, ella asintió, con la más mínima inclinación de barbilla. Regresaron a la tumba en silencio. Los sauces siguieron murmurando.





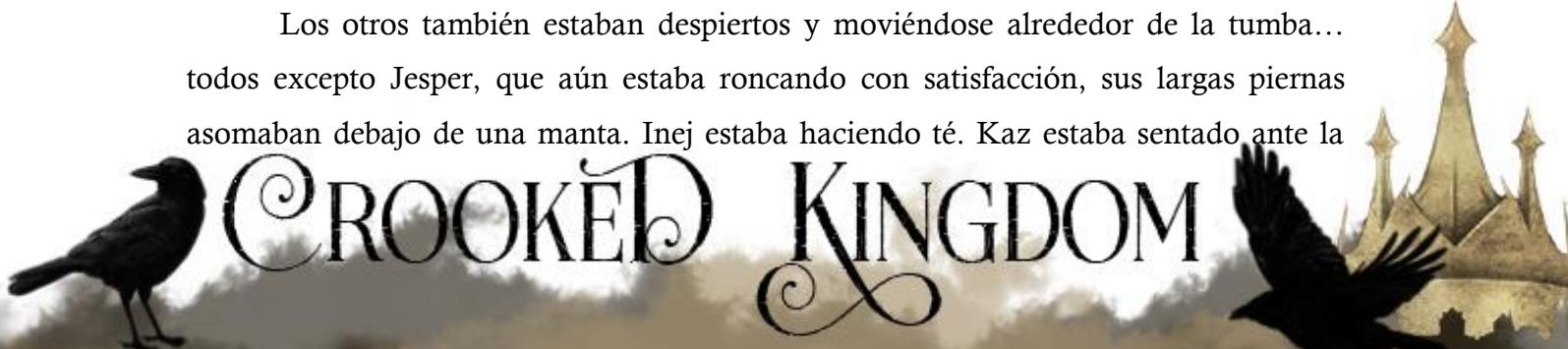
Traducido por Azhreik

Nina despertó mucho antes del amanecer. Como usualmente, su primer pensamiento consciente fue de *parem*, y como usualmente, no tenía apetito. El anhelo por la droga casi la había vuelto loca anoche. Intentar utilizar su poder cuando los soldados Kherguud la atacaron la había dejado desesperada por *parem*, y había pasado las largas horas revolviéndose y girando, enterrándose las uñas hasta dejarse medias lunas sangrientas en las palmas.

Se sentía miserable esta mañana, y aun así una sensación de propósito facilitaba levantarse de la cama. La necesidad por *parem* había atenuado algo en ella, y a veces Nina temía que cualquier chispa que hubiera desaparecido nunca regresaría. Pero hoy, aunque los huesos le dolían y su piel se sentía seca y la boca le sabía cómo un horno que necesitaba limpieza, se sentía *esperanzada*. Inej estaba de vuelta. Tenían un trabajo. Y ella iba a hacer algo bueno por su gente. Incluso si para conseguirlo tenía que chantajear a Kaz Brekker para que fuera una persona decente.

Matthias ya estaba levantado, revisando sus armas. Nina se estiró y bostezó, añadiendo un pequeño arqueo extra de su espalda, complacida con la forma en que la mirada de él viajó sobre su figura antes de saltar culpable de vuelta al rifle que estaba sosteniendo. *Gratificante*. Ella prácticamente se le había arrojado el otro día. Si Matthias no deseaba aprovecharse de la oferta, ella malditamente que podía asegurarse que lo lamentara.

Los otros también estaban despiertos y moviéndose alrededor de la tumba... todos excepto Jesper, que aún estaba roncando con satisfacción, sus largas piernas asomaban debajo de una manta. Inej estaba haciendo té. Kaz estaba sentado ante la



mesa intercambiando bocetos con Wylan mientras Kuwei observaba, ofreciendo una sugerencia ocasionalmente. Nina dejó que sus ojos estudiaran las dos caras shu una junto a la otra. Los modales y postura de Wylan eran completamente diferentes, pero cuando ambos chicos estaban descansando, era casi imposible distinguirlos. *Yo hice eso*, pensó Nina. Recordaba el mecer de las linternas del barco en el pequeño camarote, los rizos rojizos de Wylan desapareciendo bajo las puntas de sus dedos para ser reemplazados por una mata de espeso cabello negro, sus grandes ojos azules, temerosos, pero obcecadamente valientes, volviéndose dorados y cambiando de forma. Se había sentido como magia, verdadera magia, como las de las historias que los maestros en el Pequeño Palacio habían contado para intentar hacerlos dormir. Y todo eso había pertenecido a ella.

Inej vino a sentarse junto a ella con dos tazas de té caliente en la mano.

—¿Cómo estás esta mañana? —preguntó—. ¿Puedes comer?

—No lo creo. —Nina se forzó a tomar un sorbo de té, luego dijo—: Gracias por lo que hiciste anoche. Por apoyarme.

—Fue lo correcto. No quiero ver a nadie más convertido en esclavo.

—Aun así.

—De nada, Nina Zenik. Puedes pagarme en la forma acostumbrada.

—¿Gofres?

—Montones de ellos.

—Los necesitas. Van Eck no te alimentó, ¿o sí?

—Yo no fui particularmente complaciente, pero él lo intentó durante un tiempo.

—¿Y luego?

—Y luego él decidió torturarme.

Nina apretó los puños. —Voy a colgar sus entrañas como guirnaldas de fiesta.



Inej se rio y acomodó la cabeza en el hombro de Nina. —Aprecio la idea. De verdad. Pero esa deuda me corresponde pagarla a mí. —Hizo una pausa—. El miedo fue lo peor. Después de la Corte de Hielo, casi creí que estaba más allá del temor.

Nina descansó su mandíbula encima del cabello sedoso de Inej. —Zoya solía decir que el miedo es un fénix. Puedes verlo arder un millar de veces y aun así regresará. —La necesidad de *parem* también se sentía así.

Matthias apareció enfrente de ellas. —Deberíamos irnos pronto. Tenemos poco más de una hora antes del amanecer.

—¿Exactamente qué estás vistiendo? —preguntó Nina, mirando la gorra copetuda y chaleco rojo de lana que Matthias se había puesto sobre la ropa.

—Kaz nos procuró roles en caso que nos detengan en el cuarto ravkano. Somos Sven y Catrine Alfsson. Desertores fjerdanos buscando asilo en la embajada ravkana.

Tenía sentido. Si los detenían, era imposible que Matthias pudiera hacerse pasar por ravkano, pero Nina fácilmente podía ser fjerdana.

—¿Estamos casados, Matthias? —dijo, batiendo las pestañas.

Él consultó los papeles y frunció el ceño. —Creo que somos hermanos.

Jesper se acercó sin prisa, frotándose los ojos para quitarse el sueño. —Para nada perturbador.

Nina hizo una mueca. —¿Por qué tenías que hacernos hermanos, Brekker?

Kaz no levantó la vista del documento que estaba examinando. —Porque era más fácil para Specht falsificar los papeles de esa forma, Zenik. Los mismos nombres de padres y lugar de nacimiento, y estaba ocupado en acomodar tus nobles impulsos con tan poca antelación.

—No lucimos nada parecidos.

—Ambos son altos —ofreció Inej.



—Y ninguno de los dos tiene branquias —dijo Nina—. Eso no significa que luzcamos emparentados.

—Entonces confeccionalo —dijo Kaz fríamente.

El desafío en los ojos de Kaz era claro. Así que él sabía que ella había estado teniendo dificultades. Por supuesto que lo sabía. Manos Sucias nunca se perdía un engaño.

—No quiero que me confeccionen —dijo Matthias. Ella no tenía duda que era verdad, pero sospechaba que también estaba intentando salvar el orgullo de ella.

—Estarán bien —dijo Jesper, rompiendo la tensión—. Solo mantengan las miradas sentimentales al mínimo e intenten no manosearse en público. —Ella debía ser muy afortunada.

—Toma —dijo Matthias, tendiéndole la peluca rubia que había utilizado para el trabajo Smeet y una pila de ropa.

—Será mejor que sean de mi talla —dijo Nina hosca. Estaba tentada a desnudarse en medio de la tumba, pero pensó que a Matthias podría darle el sincopal por la completa falta de decoro. Cogió una linterna y marchó a una de las catacumbas laterales para cambiarse. No tenía un espejo, pero podía decir que el vestido era espectacularmente falto de estilo, y no tenía palabras para el pequeño chaleco tejido. Cuando emergió del pasadizo, Jesper se dobló de risa, las cejas de Kaz se dispararon hacia arriba e incluso los labios de Inej temblaron.

—Santos —dijo Nina amargamente—. ¿Qué tan malo es?

Inej se aclaró la garganta. —Luces un poco...

—Cautivadora —dijo Matthias.

Nina estaba a punto de espetar que no apreciaba el sarcasmo cuando vio la expresión en el rostro de él. Lucía como si alguien acabara de darle una tina llena de cachorros.



—Podrías ser una doncella el primer día de *Roennigsdjel*.

—¿Qué es *Roennigsdjel*? —preguntó Kuwei.

—Algún festival —replicó Nina—. No puedo recordar. Pero estoy bastante segura que involucra comer un montón de alces. Andando, grandísimo bobo... y se supone que soy tu hermana, deja de mirarme así.

—Así como?

—Como si estuviera hecha de helado.

—No me importa el helado.

—Matthias —dijo Nina—. No estoy segura que podamos continuar pasando el tiempo juntos —pero no pudo eliminar por completo la satisfacción de su voz. Aparentemente, iba a tener que aprovisionarse de fea ropa tejida.

Una vez que estuvieron fuera de Velo Negro, siguieron los canales al noroeste, deslizándose con los botes camino a los mercados matutinos cerca del Salón de la Guardia. La embajada ravkana estaba en la orilla del sector de gobierno, metida en un amplio recodo en el canal que colindaba con una ancha vía pública. La vía pública una vez había sido un pantano, pero había sido rellenado y pavimentado por un constructor que había tenido la intención de utilizar el sitio para un gran hotel y plaza de armas. Se le habían acabado los fondos antes que la construcción pudiera comenzar. Ahora era hogar de un mercado pululante de tenderetes de madera y carretas que aparecían cada mañana y se desvanecían cada tarde cuando la *vigilancia* patrullaba. Era donde refugiados y visitantes, nuevos inmigrantes y viejos expatriados venían para encontrar rostros y costumbres familiares. Los pocos cafés cercanos servían *pelmeni* y arenque salado, y ancianos se sentaban en las mesas de exterior, sorbiendo *kvas* y leyendo sus folletines de noticias ravkanas, con semanas de atraso.

Al principio, cuando Nina había quedado varada en Ketterdam, había pensado buscar santuario en la embajada, pero temía que la enviaran a casa, donde se suponía



que sirviera en el Segundo Ejército. ¿Cómo podía explicar que no podía regresar a Ravka hasta que hubiera liberado a un fjerdano *drüskelle* al que había ayudado a encarcelar con falsos cargos? Después de eso, rara vez había visitado Pequeña Ravka. Era demasiado doloroso caminar por estas calles que eran tan parecidas a casa y al mismo tiempo tan diferentes a casa.

Aun así, cuando atisbó la doble águila dorada Latsov, volando en su campo azul pálido, su corazón saltó como un caballo dando un brinco. El mercado le recordaba a Os Kervo, la ciudad bulliciosa que había servido como capital de Ravka Occidental antes de la unificación... los chales bordados y samovar resplandecientes, el aroma de cordero fresco siendo cocinado en un fogón, los sombreros tejidos de lana, y maltrechos símbolos de hojalata destellando ante el sol de la mañana temprana. Si ignoraba los estrechos edificios kerch con sus tejados con gablete, casi podía fingir que estaba en casa. Una ilusión peligrosa. No existía seguridad en estas calles.

A pesar de lo nostálgica que estaba, mientras Nina y Matthias pasaban ambulantes y mercaderes, alguna cosita bochornosa en su interior se encogió ante lo anticuado que lucía todo. Incluso la gente, aferrándose a la vestimenta ravkana tradicional, lucían como reliquias de otro tiempo, objetos rescatados de las páginas de un cuento de hadas. ¿El año que había pasado en Ketterdam le había hecho esto? ¿De alguna forma cambió la forma en que veía a su propia gente y sus costumbres? No deseaba creer eso.

Cuando Nina emergió de sus pensamientos, se dio cuenta que ella y Matthias estaban atrayendo algunas miradas muy desagradables. Sin duda existían algunos prejuicios contra los fjerdanos entre los ravkanos, pero esto era algo diferente. Entonces miró a Matthias y suspiró. Su expresión era conflictuada, lucía aterrador. El hecho de que tenía la constitución del tanque que habían conducido fuera de la Corte de Hielo no ayudaba tampoco.

—Matthias —murmuró en fjerdano, dándole a su brazo lo que esperaba que fuera un amistoso codeo de hermanos—, ¿debes fulminar todo con la mirada?

—No estoy fulminando.



—Somos fjerdanos en el sector ravkano. Ya destacamos. No les demos otra razón a todos para pensar que estás a punto de hacer un asedio al mercado. Necesitamos completar esta tarea sin atraer atención indeseada. Piensa en ti como un espía.

Su ceño fruncido se profundizó. —Semejante trabajo está por debajo de un soldado honesto.

—Entonces finge ser un actor. —Él hizo un sonido disgustado—. ¿Alguna vez has estado en el teatro?

—Hay obras cada temporada en Djerholm.

—Déjame adivinar, eventos serios que duran varias horas y narran cuentos épicos de los héroes de tiempos antiguos.

—En realidad son muy entretenidos. Pero nunca he visto a un actor que sepa cómo sostener la espada apropiadamente.

Nina bufó una risa.

—¿Qué? —dijo Matthias, perplejo.

—Nada. De verdad. Nada. —Educaría a Matthias sobre indirectas en otra ocasión. O tal vez no lo haría. Él era mucho más divertido cuando no tenía ni la más mínima idea.

—¿Qué son esos? —preguntó él, haciendo gestos a una de las mantas de los vendedores. Estaba repleta de diminutas filas de lo que lucían como ramitas y trozos de roca.

—Huesos —dijo—. Dedos, nudillos, vertebras, trocitos rotos de muñecas. Huesos de Santos. Para protección.

Matthias retrocedió. —¿Los ravkanos portan huesos humanos?

—Ustedes hablan a los árboles. Es superstición.

—¿Realmente provienen de Santos?



Ella se encogió de hombros. —Son huesos seleccionados de cementerios y campos de batalla. Hay montones de esos en Ravka. Si la gente desea creer que están cargando el codo de Sankt Egmond o el meñique del pie de Sankta Alina...

—De todas formas, ¿quién decidió que Alina Starkov era una santa? —dijo Matthias gruñón—. Era una Grisha poderosa. No es lo mismo.

—¿Estás seguro? —dijo Nina, sintiendo que su temperamento se exaltaba. Una cosa era que ella pensara que las costumbres ravkanas parecían retrógradas, y otra que Matthias las cuestionara—. Ya he visto la Corte de Hielo con mis propios ojos, Matthias. ¿Es más fácil creer que ese lugar fue erigido por la mano de un dios o por Grisha con dones que tu gente no entendía?

—Eso es completamente diferente.

—Alina Starkov tenía nuestra edad cuando fue martirizada. Solo era una chica, y se sacrificó para salvar Ravka y destruir el Abismo de Sombras. Hay gente en tu país que también la venera como una Santa.

Matthias frunció el ceño. —No es...

—Si dices natural, te daré unos gigantescos dientes de conejo.

—¿Realmente puedes hacer eso?

—Ciertamente puedo intentarlo. —No estaba siendo justa. Ravka era el hogar para ella; aún era territorio enemigo para Matthias. Él podría haber encontrado una forma de aceptarla, pero pedirle que aceptara una nación entera y su cultura iba a tomar mucho más trabajo—. Tal vez debí haber venido sola. Podrías ir a esperar en el bote.

Él se puso rígido. —Absolutamente no. No tienes idea de lo que podría estar esperándote. Los shu podrían ya haber llegado a tus amigos.

Nina no deseaba pensar sobre eso. —Entonces necesitas calmarte e intentar lucir amigable.

Matthias sacudió los brazos y relajó sus rasgos.



—Amigable, no somnoliento. Solo... finge que cualquiera que te encuentras es un gatito que intentas no asustar.

Matthias lució positivamente ofendido. —Los animales me aman.

—Bien. Finge que son niños pequeños. Niñitos tímidos que se mojarán si no eres amable.

—Muy bien, lo intentaré.

Cuando se aproximaron al siguiente tenderete, la anciana que lo atendía miró a Matthias con ojos de sospecha. Nina asintió alentadoramente hacia él.

Matthias sonrió ampliamente y resonó con voz cantarina: —¡Hola, amiguita!

La mujer fue de precavida a perpleja. Nina decidió que lo tomaría como una mejoría.

—¿Y cómo está usted hoy? —preguntó Matthias.

—¿Perdón? —dijo la mujer.

—Nada —dijo Nina en ravkano—. Él estaba diciendo lo hermosamente que envejecen las mujeres ravkanas.

La mujer mostró una sonrisa chimuela y recorrió a Matthias de forma apreciativa. —Siempre tuve afición por los fjerdanos. Pregúntale si quiere jugar a la Princesa y el Bárbaro —dijo con una risotada.

—¿Qué dijo ella? —preguntó Matthias.

Nina tosió y tomó su brazo, conduciéndolo lejos. —Dijo que eres un individuo muy agradable, y un mérito para la raza fjerdana. Ooh, mira, ¡blini! No he tenido blini decoroso desde hace una eternidad.

—Esa palabra que utilizó: *babink* —dijo él—. Me has llamado así con anterioridad. ¿Qué significa?



Nina dirigió su atención a una pila de panqueques con mantequilla del grosor de papel. —Significa amorcito.

—Nina...

—Bárbaro.

—Solo estaba preguntando, no hay necesidad de insultar.

—No, *babink* significa bárbaro. —La mirada de Matthias regresó bruscamente a la anciana, su mirada fulminante regresó a toda potencia. Nina le sujetó el brazo. Era como intentar aferrarse a un peñasco—. ¡No te estaba insultando! ¡Lo juro!

—¿Bárbaro no es un insulto? —preguntó, elevando la voz.

—No. Bueno, sí. Pero no en este contexto. Ella deseaba saber si te gustaría jugar a la Princesa y el Bárbaro.

—¿Es un juego?

—No exactamente.

—¿Entonces qué es?

Nina no podía creer que realmente iba a intentar explicar esto. Mientras continuaban por la calle, dijo: —En Ravka, hay una popular serie de historias sobre, mm, un valiente guerrero fjerdano...

—¿En serio? —preguntó Matthias—. ¿Él es el héroe?

—Por así decirlo. Rapta a una princesa ravkana...

—Eso nunca sucedería.

—En la historia así es, y... —Se aclaró la garganta—, pasan mucho tiempo conociéndose el uno al otro. En la cueva de él.

—¿Él vive en una cueva?



—Es una cueva muy agradable. Pieles. Copas enjoyadas. Hidromiel.

—Ah —dijo aprobadoramente—. Una reserva de tesoros como Ansgar el Poderoso. ¿Entonces se vuelven aliados?

Nina cogió un par de guantes bordados de otro tenderete. —¿Te gustan estos? Tal vez podríamos conseguir que Kaz use algo con flores. Que avive su apariencia.

—¿Cómo termina la historia? ¿Pelean batallas?

Nina arrojó los guantes de vuelta a la pila, en derrota. —Ellos llegan a conocerse *intimamente*.

La mandíbula de Matthias colgó abierta. —¿En la cueva?

—Verás, él es muy taciturno, muy masculino —se apresuró a decir Nina—. Pero se enamora de la princesa ravkana y le permite que lo civilice...

—¿Qué lo *civilice*?

—Sí, pero eso no es sino hasta el tercer libro.

—¿Hay tres?

—Matthias, ¿necesitas sentarte?

—Esta cultura es repugnante. La idea de que una ravkana pudiera civilizar a un fjerdano...

—Cálmate, Matthias.

—Tal vez escribiré una historia sobre ravkanas insaciables a quienes les gusta emborracharse y quitarse la ropa y hacer avances indecorosos hacia fjerdanos desventurados.

—*Eso* suena como una fiesta. —Matthias sacudió la cabeza, pero ella pudo ver una sonrisa tironeando de sus labios. Decidió presionar su ventaja—. Podríamos jugar —murmuró, lo bastante bajito para que nadie a su alrededor pudiera escuchar.



—Con mucha certeza, no podríamos.

—En algún punto, él la baña.

Los pasos de Matthias trastabillaron. —¿Por qué él...?

—Ella está atada, así que él tiene que hacerlo.

—Calla.

—Ya dando órdenes. Eso es muy barbárico de ti. O podríamos cambiarlo. Yo seré la bárbara y tú puedes ser la princesa. Pero tendrás que hacer muchos más suspiros y temblores y morderte el labio.

—¿Qué tal si muerdo *tu* labio?

—Ya estás captándole el truco, Helvar.

—Estás intentando distraerme.

—Así es. Y está funcionando. Prácticamente no has hecho más que fulminar a todos con la mirada durante dos cuadras. Y mira, estamos aquí.

—¿Ahora qué? —preguntó Matthias, escaneando la multitud.

Habían llegado a una taberna de apariencia destortalada. Un hombre estaba plantado enfrente con un carromato, vendiendo los iconos usuales y pequeñas estatuas de Sankta Alina representada en el nuevo estilo: Alina con el puño levantado, rifle en mano, los cuerpos destrozados de volcra alados debajo de sus botas. Una inscripción en la base de la estatua leía *rebe dva Volkshiya*, Hija de la Gente.

—¿Puedo ayudarles? —preguntó el hombre en ravkano.

—Buena salud al joven rey Nikolai —replicó Nina en ravkano—. Que reine un largo tiempo.

—Con corazón ligero —replicó el hombre.

—Y puño pesado —dijo Nina, completando el código.



El vendedor ambulante miró sobre su hombro. —Toma la segunda mesa a tu izquierda desde la entrada. Ordena si gustas. Alguien estará contigo en corto.

La taberna estaba fresca y oscura después del brillo de la plaza, y Nina tuvo que parpadear para distinguir el interior. El piso estaba regado con aserrín y en unas pocas mesas pequeñas, la gente se reunía en conversación sobre vasos de *kvas* y platillos de arenque.

Nina y Matthias tomaron asiento ante la mesa vacía.

La puerta de la taberna se azotó detrás de ellos. Inmediatamente, los otros clientes se apartaron de sus mesas, las sillas traquetearon contra el piso, y armas apuntaron a Nina y Matthias. *Una trampa.*

Sin detenerse a pensar, Nina y Matthias se pusieron en pie de un salto y se posicionaron espalda contra espalda, listos para luchar... Matthias con la pistola levantada y Nina con las manos alzadas.

Desde la parte trasera de la taberna, una chica encapuchada emergió, el cuello estaba levantado para cubrir la mayor parte de su cara. —Tranquilíicense —dijo, sus ojos dorados destellaron en la luz tenue—. No hay necesidad de una pelea.

—¿Entonces por qué todas las armas? —preguntó Nina, ganando tiempo.

La chica levantó la mano y Nina sintió que su pulso empezaba a caer.

—¡Es una Cardio! —gritó Nina.

Matthias arrancó algo de su bolsillo. Nina escuchó un pop y un zumbido, y un momento después, el aire se llenó de una neblina rojo oscuro. ¿Wylan había hecho una bomba niebla para Matthias? Era una técnica *driuskelle* para oscurecer la visión de los Grisha Cardios. En la cobertura de la niebla, Nina flexionó los dedos, esperando que su poder respondiera. No sintió nada proveniente de los cuerpos que los rodeaban, ni vida, ni movimiento.



Pero desde los bordes de su conciencia percibió algo más, una clase diferente de conciencia, un bolsillo de frío en un lago profundo, un impacto vigorizante que pareció despertar sus células. Era familiar... había sentido algo similar cuando neutralizó al guardia la noche que habían raptado a Alys, pero esto era mucho más fuerte. Tenía forma y textura. Se permitió sumergirse en el frío, alcanzando esa sensación de vigilia ciegamente, avaramente, y arqueó los brazos hacia delante en un movimiento que era tanto instinto como habilidad.

Las ventanas de la taberna se estrellaron hacia dentro en un vendaval de cristales. Fragmentos de hueso se dispararon por el aire, acribillando como metralla a los hombres armados. *Las reliquias de los carromatos de los vendedores*, se percató Nina en un destello de entendimiento. Ella de alguna forma había controlado los huesos.

—¡Tienen refuerzos! —gritó uno de los hombres.

—¡Abran fuego!

Nina se preparó para el impacto de las balas, pero en el segundo siguiente se sintió izada de sus pies bruscamente. Un momento estaba parada en el suelo de la taberna y en el siguiente su espalda estaba aplastada contra las vigas del techo mientras miraba el aserrín muy abajo. A todo su alrededor, los hombres que la habían atacado a ella y Matthias colgaban en lo alto, también unidos al techo.

Una joven estaba parada en el umbral de la cocina, con cabello negro brillándole casi azul en la luz tenue.

—¿Zoya? —jadeó Nina, mientras miraba fijamente, intentando recuperar el aliento.

Zoya avanzó a la luz, una visión de seda zafiro, sus mangas y dobladillo bordado con densas espirales de plata. Sus ojos de pestañas gruesas se habían abierto mucho. —¿Nina? —La concentración de Zoya vaciló, y todos cayeron treinta centímetros en el aire antes que ella levantara las manos y una vez más estuvieran aplastados contra las vigas.



Zoya miró a Nina maravillada. —Estás viva —dijo. Su mirada se deslizó a Matthias, revolviéndose como la mariposa más grande y más enojada que se hubiera fijado a una página—. Y has hecho un nuevo amigo.





Traducido por Azhreik

Wylan no había estado en una barca de este tamaño desde que había intentado abandonar la ciudad seis meses atrás, y era difícil no recordar ese desastre ahora, especialmente cuando los pensamientos sobre su padre estaban tan frescos en su mente. Pero este bote era considerablemente diferente al otro que había intentado tomar esa noche. Esta barca recorría el trayecto del mercado dos veces al día. Al llegar, estaba repleto de vegetales, ganado, lo que sea que los granjeros trajeran a las plazas del mercado dispersas por la ciudad. De niño, había creído que todo provenía de Ketterdam, pero pronto había descubierto que, aunque prácticamente cualquier cosa podía encontrarse en la ciudad, poco se producía allí. La ciudad tenía sus exóticos: mangos, fruta dragón, pequeñas piñas fragantes; de las colonias sureñas. Para alimentos más ordinarios, dependían de las granjas que rodeaban la ciudad.

Jesper y Wylan alcanzaron un bote que salía de la ciudad, lleno de inmigrantes recién llegados del puerto de Ketterdam y obreros buscando trabajo de granja en lugar de trabajos de manufactura ofrecidos en la ciudad. Desafortunadamente, habían abordado tan al sur que todos los asientos ya estaban ocupados, y Jesper lucía verdaderamente enfurruñado al respecto.

—¿Por qué no podemos tomar la ruta a Belendt? —se había quejado Jesper apenas horas antes—. Pasa por Olendaal. Los botes en la ruta del mercado están sucios y nunca hay sitio donde sentarse.



—Porque los dos resaltarán en la ruta a Belendt. Aquí en Ketterdam, no son dignos de atención... asumiendo que Jesper no vista una de sus prendas a cuadros más brillante. Pero dame una buena razón aparte del trabajo de granja para ver a un shu y un zemeni deambulando por el campo.

Wylan no había considerado lo conspicuo que podría ser afuera de la ciudad con su nueva cara. Pero estaba secretamente aliviado que Kaz no los deseara en la ruta a Belendt. Podría haber sido más cómodo, pero los recuerdos habrían sido demasiado en el día que finalmente vería dónde reposaba su madre.

—Jesper —había dicho Kaz—. Mantén las armas ocultas y los ojos abiertos. Van Eck tiene que tener gente vigilando todas las embarcaciones de transporte mayor, y no tenemos tiempo para falsificar identificación para Wylan. Conseguiré el corrosivo de uno de los astilleros en Imperjum. Su primera prioridad es encontrar la cantera y conseguir el otro mineral que necesitamos para el ácido áurico. Van a Santa Hilde solo y solo si hay tiempo.

Wylan sintió que levantaba la barbilla, esa sensación de ebullición obcecada se apoderó de él. —Necesito hacer esto. Nunca he estado en la tumba de mi madre. No voy a dejar Kerch sin despedirme.

—Créeme, a ti te importa más que a ella.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿No recuerdas a tu madre y padre en absoluto?

—Mi madre es Ketterdam. Ella me parió en el puerto. Y mi padre es el lucro. Lo honro diariamente. Regresen para el anochecer o no regresen. Cualquiera de los dos. Necesito un equipo, no patéticos sentimentales. —Kaz le tendió a Wylan el dinero de viaje—. Asegúrate que *tú* compras los boletos. No quiero que Jesper se desvíe para girar la Rueda de Makker.

—Esta canción se está volviendo vieja —murmuró Jesper.

—Entonces aprende un nuevo estribillo.



Jesper solo había sacudido la cabeza, pero Wylan podía decir que el resentimiento de Kaz aún punzaba.

Ahora, Wylan observaba a Jesper apoyado en la barandilla, con los ojos cerrados, el perfil girado hacia el débil sol de primavera.

—¿No crees que deberíamos ser más cuidadosos? —preguntó Wylan, su propia cara enterrada en el cuello de su abrigo. Apenas habían esquivado a dos miembros de la *vigilancia* mientras abordaban.

—Ya estamos fuera de la ciudad. Relájate.

Wylan observó sobre su hombro. —Creí que podrían revisar el bote.

Jesper abrió un ojo y dijo: —¿Y detener el tráfico? Van Eck ya está causando problemas en los muelles. Si colapsa el avance de las barcas, habrá un motín.

—¿Por qué?

—Mira alrededor. Las granjas necesitan trabajadores. Las fábricas necesitan obreros. Los kerch aceptarán inconvenientes hasta cierto punto por el hijo de un hombre rico, especialmente cuando se trata de hacer dinero.

Wylan intentó relajarse y se desabotonó el abrigo basto que Kaz había conseguido para él. —De todas formas, ¿de dónde consigue él toda la ropa y uniformes? ¿Tiene un gigantesco armario en algún lugar?

—Ven aquí.

Precavido, Wylan se deslizó más cerca. Jesper alcanzó el cuello del abrigo y le dio la vuelta, dándole un tirón para que Wylan pudiera girar la cabeza y alcanzar a distinguir un listón azul pegado allí.

—Así es como los actores marcan sus disfraces —dijo Jesper—. Este pertenece a... Josep Kikkert. Oh, él no es tan malo. Lo vi en *El loco consigue esposa*.



—¿Disfraces?

Jesper volvió a darle la vuelta al cuello, y cuando lo hizo, sus dedos rozaron la nuca de Wylan. —Síp. Kaz abrió una entrada secreta a las salas de guardarropa de la casa de ópera Stadlied hace años. Es allí donde consigue un montón de lo que necesita y donde almacena el resto. Significa que nunca pueden atraparlo con un uniforme falso de *vigilancia* o una librea de servicio en una redada.

Wylan supuso que tenía sentido. Observó la luz del sol reflejándose en el agua durante un rato, luego se enfocó en la barandilla y dijo: —Gracias por venir conmigo hoy.

—Kaz no iba a permitirte ir solo. Además, te lo debo. Viniste conmigo a ver a mi papá en la Universidad, e interviniste cuando empezó a ponerse inquisitivo.

—No me gusta mentir.

Jesper se giró, balanceando los codos sobre la barandilla y mirando a lo lejos, a las riberas herbosas que se inclinaban hasta el canal. —¿Entonces por qué lo hiciste?

Wylan realmente no sabía por qué había inventado esa loca historia sobre atraer a Jesper a una mala inversión. Ni siquiera había estado totalmente seguro de lo que iba a decir cuando abrió la boca. Sencillamente no podía soportar ver a Jesper (el confiado y sonriente Jesper) con esa mirada perdida en la cara, o la terrible mezcla de esperanza y temor en la mirada de Colm Fahey mientras esperaba una respuesta de su hijo. Le recordó demasiado a Wylan la forma en que su propio padre lo había mirado a él, en ese entonces cuando aún creía que Wylan podía ser curado o arreglado. No deseaba ver la expresión en los ojos del padre de Jesper cambiar de preocupación a angustia, luego a ira.

Wylan se encogió de hombros. —Estoy acostumbrándome a rescatarte. Como ejercicio.

Jesper dejó escapar una risotada que hizo que Wylan mirara frenéticamente sobre su hombro de nuevo, temeroso de atraer la atención.



Pero el júbilo de Jesper duró poco. Cambió su posición en la barandilla, se pasó la mano sobre la nuca, jugueteó con el ala de su sombrero. Siempre estaba en movimiento, como una larguirucha pieza de relojería que funcionaba con energía invisible. Excepto que los relojes eran simples. Wylan solo podía llegar a adivinar los mecanismos de Jesper.

Al fin, Jesper dijo: —Debería haber ido a verlo hoy.

Wylan sabía que estaba hablando sobre Colm. —¿Por qué no lo hiciste?

—No tengo idea de qué decirle.

—¿La verdad está fuera de cuestión?

—Solo digamos que preferiría evitarla.

Wylan volvió a mirar el agua. Había empezado a pensar en Jesper como audaz, pero tal vez ser valiente no significaba no tener miedo. —No puedes huir de esto para siempre.

—Obsérvame.

Otra granja pasó, poco más que una forma blanca en la niebla de la mañana, lirios y tulipanes punteando los campos ante ella en constelaciones fracturadas. Tal vez Jesper sí podía continuar huyendo. Si Kaz seguía con hazañas milagrosas, tal vez Jesper siempre podría permanecer un paso adelante.

—Desearía haberle traído flores —dijo Wylan—. Algo.

—Podemos recoger algunas en el camino —dijo Jesper, y Wylan supo que estaba aferrando el cambio de tema con ambas manos—. ¿La recuerdas mucho?

Wylan sacudió la cabeza. —Recuerdo sus rizos. Eran del dorado rojizo más hermoso.

—Igual que los tuyos —dijo Jesper—. Antes.



Wylan sintió que sus mejillas se sonrosaban por ninguna buena razón. Jesper solo estaba estableciendo un hecho, después de todo.

Se aclaró la garganta. —Le gustaba el arte y la música. Creo que recuerdo sentarme ante la banca del piano con ella. Pero podría haber sido una niñera. —Wylan elevó los hombros—. Un día se enfermó e iba ir al campo para que sus pulmones pudieran recuperarse, y luego se hubo ido.

—¿Qué hay del funeral?

—Mi padre me contó que había sido enterrada en el hospital. Eso fue todo. Sencillamente dejamos de hablar sobre ella. Dijo que no servía de nada mortificarse por el pasado. No lo sé. Creo que él realmente la amaba. Peleaban todo el tiempo, a veces sobre mí, pero también los recuerdo riéndose juntos un montón.

—Tengo problemas imaginando a tu padre riendo, incluso sonriendo. A menos que se esté frotando las manos y riendo a carcajadas sobre una pila de oro.

—Él no es malvado.

—Intentó matarte.

—No, destruyó nuestro barco. Matarme habría sido un beneficio añadido. —Eso no era completamente cierto, por supuesto. Jesper no era el único que intentaba mantenerse un paso por delante de sus demonios.

—Oh, entonces tienes absolutamente la razón —dijo Jesper—. Para nada malvado. Estoy seguro que también tenía buenas razones para no permitirte pasar duelo por tu madre.

Wylan tironeó de una hebra que se deshilachaba de la manga de su abrigo. —No todo fue su culpa. Mi padre parecía triste la mayor parte del tiempo. Y muy lejos. Fue más o menos al mismo tiempo que se dio cuenta que yo no era... lo que él había esperado.

—¿Qué edad tenías?



—¿Ocho, tal vez? Me había vuelto realmente bueno en ocultarlo.

—¿Cómo?

Una débil sonrisa tocó los labios de Wylan. —Él me leía o yo le pedía a una de las niñeras que lo hiciera, y me memorizaba lo que sea que dijieran. Incluso sabía cuándo hacer pausas y girar las páginas.

—¿Cuánto puedes recordar?

—Mucho. Como que acomodaba las palabras con música en mi cabeza, como canciones. Aún lo hago a veces. Solo digo que no puedo leer la escritura de alguien y hago que me lean las palabras en voz alta, para disponerlo en una melodía. Puedo retenerlo en mi cabeza hasta que lo necesito.

—Supongo que no podrías aplicar esa habilidad a contar cartas.

—Probablemente. Pero no voy a hacerlo.

—Dones malgastados.

—Mira quién habla.

Jesper hizo una mueca. —Disfrutemos el panorama.

Aún no había mucho qué mirar. Wylan se dio cuenta de lo cansado que se sentía. No estaba acostumbrado a esta vida de temor, desplazándose de un momento de preocupación al siguiente.

Pensó en contarle a Jesper cómo había comenzado todo. ¿Sería un alivio tener al descubierto la historia vergonzosa al completo? Tal vez. Pero alguna parte de él deseaba que Jesper y los otros continuaran creyendo que había dejado la casa de su padre con la intención de establecerse en el Barril, que él había escogido esta vida.



Mientras Wylan se hacía mayor, Jan Van Eck había dejado cada vez más claro que no había lugar para su hijo en su casa, especialmente después de su matrimonio con Aly. Pero no parecía saber qué hacer con Wylan. Se avocó a hacer dictámenes sobre su hijo, cada uno más nefasto que el anterior.

No puedo enviarte al seminario porque no puedes leer.

No puedo hacerte aprendiz en algún lugar porque podrías revelar que eres defectuoso.

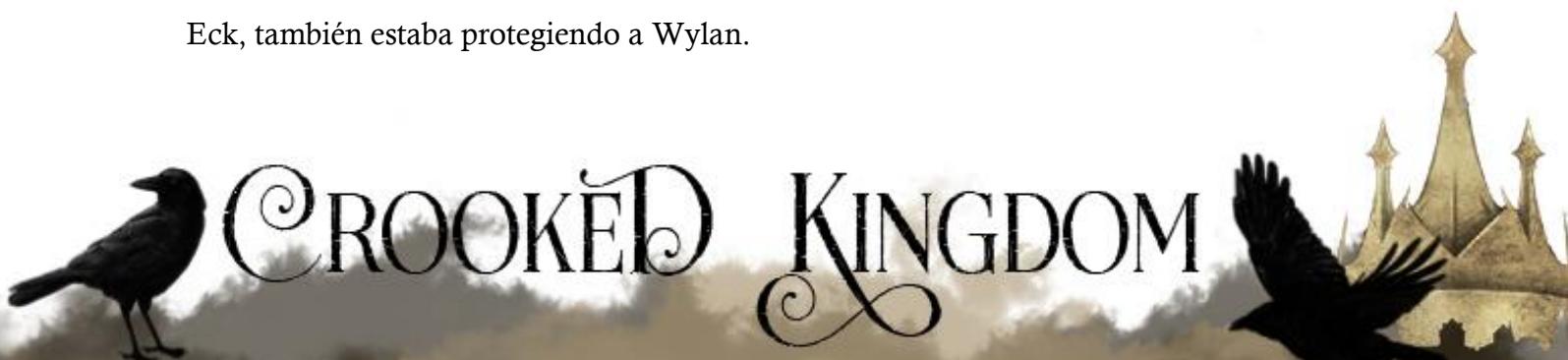
Eres como comida que se pudre con demasiada facilidad. Ni siquiera puedo ponerte en una repisa en algún lado sin que empieces a apestar.

Entonces, seis meses antes, el padre de Wylan lo había convocado a su oficina. —Te he asegurado una vacante en la escuela de música de Belendt. Un secretario personal ha sido contratado y te encontrará en la escuela. Él manejará cualquier correo o asunto más allá de tus capacidades. Es un ridículo desperdicio tanto de dinero como de tiempo, pero debo aceptar lo que es posible en lo que respecta a ti.

—¿Durante cuánto tiempo? —había preguntado Wylan.

Su padre se encogió de hombros. —Lo que sea necesario para que la gente se olvide que tenía un hijo. Oh, no me mires con esa expresión herida, Wylan. Soy honesto, no cruel. Esto es lo mejor para ambos. Se te eximirá de la tarea imposible de intentar cubrir el rol del hijo de un mercader, y a mí se me eximirá de la vergüenza de observarte intentarlo.

No te trato con más dureza de lo que el mundo lo hará. Ese era el refrán de su padre. ¿Quién más sería tan franco con él? ¿Quién más lo amaba lo suficiente para decirle la verdad? Wylan tenía recuerdos felices de su padre leyéndole historias; cuentos oscuros de bosques llenos de brujas y ríos que hablaban. Jan Van Eck había hecho su mayor esfuerzo para cuidar de su hijo, y si había fallado, entonces el defecto recaía en Wylan. Su padre podría sonar cruel, pero no se estaba protegiendo solo a él o el imperio Van Eck, también estaba protegiendo a Wylan.



Y todo lo que decía tenía perfecto sentido. A Wylan no podía confiársele una fortuna porque sería estafado con demasiada facilidad. Wylan no podía ir a la Universidad porque sería blanco de burlas. *Esto es lo mejor para ambos.* La ira de su padre había sido desagradable, pero era su lógica la que atormentaba a Wylan; esa voz práctica e irrefutable que hablaba en la cabeza de Wylan cuando sea que pensaba en intentar algo nuevo, o intentar de nuevo aprender a leer.

Había dolido ser enviado lejos, pero Wylan aún había estado esperanzado. Una vida en Belendt le sonaba mágica. No sabía mucho sobre ella, aparte que era la segunda ciudad más vieja en Kerch y estaba localizada en las costas del río Droombeld. Pero estaría muy lejos de los amigos y socios de negocios de su padre. Van Eck era un nombre lo bastante común, y así de lejos de Ketterdam, ser un Van Eck no significaría ser uno de *esos* Van Eck.

Su padre le tendió un sobre sellado y un pequeño monto de *kruge* para pasajes. —Estos son tus papeles de matrícula, y suficiente dinero para que llegues a Belendt. Una vez que estés allí, haz que tu secretario vea al administrador. Una cuenta ha sido abierta a tu nombre. También he arreglado que viajen chaperones contigo en la barca.

Las mejillas de Wylan se habían inundado de rojo por la humillación. —Puedo llegar a Belendt.

—Nunca has viajado fuera de Ketterdam por tu cuenta, y este no es el momento para empezar. Miggson y Prior tienen negocios que atender a mi nombre en Belendt. Te escoltarán allí y se asegurarán que te posiciones exitosamente. ¿Entendido?

Wylan entendió. Incluso estaba incapacitado para abordar por su cuenta un bote que saliera de la ciudad.

Pero las cosas serían diferentes en Belendt. Empacó una pequeña maleta con una muda de ropa y las pocas cosas que necesitaría antes que sus baúles llegaran a la escuela, junto con las partituras de sus piezas favoritas de música. Si podía leer las letras tan bien como leía una tablatura, no tendría problemas en absoluto. Cuando su padre había dejado de leerle, la música le había proporcionado nuevas historias, unas que se



desenvolvían de sus dedos, que podía escribir por sí mismo en cada nota tocada. Metió su flauta en su morral, en caso que deseara practicar en el trayecto.

Su despedida de Alys había sido breve e incómoda. Era una chica agradable, pero ese era todo el problema... ella solo era unos pocos años mayor que Wylan. No estaba seguro cómo su padre podía caminar por la calle junto a ella, sin avergonzarse. Pero a Alys no parecía importarle, tal vez porque a su alrededor su padre se convertía en el hombre que Wylan recordaba de su niñez... amable, generoso, paciente.

Incluso ahora, Wylan no podía nombrar el momento específico cuando supo que su padre se había rendido con él. El cambio había sido lento. La paciencia de Jan Van Eck se había desgastado silenciosamente como una lámina de oro sobre metal crudo, y cuando se desvaneció, fue como si su padre se hubiera convertido en alguien más por completo, alguien con mucho menos lustre.

—Deseaba despedirme y desearte bien —dijo Wylan a Alys. Ella había estado sentada en su salón, su terrier dormitando a sus pies.

—¿Te marchas? —preguntó ella, levantando la vista de su costura y notando su bolsa. Ella estaba haciéndole el dobladillo a unas cortinas. Las mujeres kerch (incluso las acaudaladas) no se molestaban con nada tan frívolo como los tejidos o bordados. A Ghezen se le servía mejor con tareas que beneficiaran a la casa.

—Viajaré a la escuela de música en Belendt.

—Oh, ¡que maravilloso! —había gritado Alys—. Extraño tanto el campo. Estarás muy contento por el aire fresco, y seguro haces excelentes amigos. —Había dejado su aguja y lo besó en ambas mejillas—. ¿Regresarás para las festividades?

—Tal vez —había dicho Wylan, aunque sabía que no lo haría. Su padre deseaba que desapareciera, así que desaparecería.

—Entonces haremos pan de jengibre —dijo Alys—. Me contarás todas tus aventuras, y pronto tendremos un nuevo amigo con el que jugar. —Se palmeó el vientre con una sonrisa feliz.



Wylan había tardado un momento en entender a qué se refería, y entonces sencillamente se había quedado allí parado, apretando su maleta, asintiendo, sonriendo mecánicamente mientras Alys hablaba sobre sus planes de las fiestas. Alys estaba embarazada. Era por eso que su padre lo mandaba lejos. Jan Van Eck iba a tener otro heredero, un heredero apropiado. Wylan se había convertido en prescindible. Se desvanecería de la ciudad, tendría un trabajo en algún otro lado. El tiempo pasaría y nadie elevaría una ceja cuando el hijo de Alys fuera preparado para ser la cabeza del imperio Van Eck. *Lo que sea necesario para que la gente se olvide que tenía un hijo.* Eso no había sido un insulto vacío.

Miggson y Prior llegaron a las ocho campanadas para llevar a Wylan al bote. Nadie vino a decir un último adiós, y cuando pasó por la oficina de su padre, la puerta estaba cerrada. Wylan se rehusó a golpear y suplicar por una sobra de afecto como el terrier de Alys rogando premios.

Los hombres de su padre vestían los trajes oscuros favorecidos por los mercaderes y dijeron poco a Wylan en el camino al muelle. Compraron boletos para la ruta a Belendlt, y una vez que estuvieran a bordo del bote, Miggson había enterrado la cabeza en un diario mientras Prior se reclinaba en su asiento, con el sombrero inclinado, los párpados no del todo cerrados. Wylan no podía estar seguro si el hombre estaba durmiendo o mirándolo fijamente como alguna especie de lagarto de ojos adormilados.

El bote estaba prácticamente vacío a esa hora. La gente dormitaba en el camarote sofocante o comían lo que sea que hubieran empacado de cena, con rollos de jamón y cantimploras que mantenían el café caliente balanceadas en sus regazos.

Incapaz de dormir, Wylan había abandonado el calor del camarote y caminado a la proa del bote. El aire invernal era frío y olía a los mataderos en las orillas de la ciudad. Revolvió el estómago de Wylan, pero pronto las luces se desvanecerían y estarían en el campo abierto. Lamentaba que no estuvieran viajando de día. Le habría gustado ver los molinos manteniendo guardia sobre sus campos, las ovejas alimentándose en sus pasturas. Suspiró, temblando en su abrigo, y ajustó la cinta de su



moral. Debería intentar descansar. Tal vez podría despertar temprano y observar el amanecer.

Cuando se giró, Prior y Miggson estaban parados detrás de él.

—Lo siento —dijo Wylan—. Yo... —Y entonces las manos de Prior estuvieron apretadas alrededor de su garganta.

Wylan jadeó... o lo intentó, el sonido que salió fue apenas un gruñido. Rasguñó las muñecas de Prior, pero el agarre del hombre era como hierro, la presión inamovible. Era lo bastante grande para que Wylan pudiera sentirse levantado ligeramente mientras Prior lo empujaba contra la barandilla.

La cara de Prior era desapasionada, casi aburrida, y Wylan entendió que nunca alcanzaría la escuela en Belendt. Esa nunca había sido la intención. No había secretario. Ni cuenta a su nombre. Nadie estaba esperando su llegada. Los supuestos papeles de matrícula en su bolsillo podrían decir cualquier cosa. Wylan ni siquiera se había molestado en intentar leerlos. Iba a desaparecer, justo como su padre siempre había deseado, y había contratado a estos hombres para hacer el trabajo. Su padre, quien le había leído por las noches, quien le había llevado té de malva dulce y miel de abeja cuando había tenido una enfermedad pulmonar. *Lo necesario para que la gente olvide que tenía un hijo.* Su padre iba a borrarlo del libro de contabilidad, un cálculo equivocado, un costo que podría ser expugnado. La cuenta se corregiría.

La visión de Wylan se llenó de puntos negros. Creyó poder oír música.

—¡Ustedes de allí! ¿Qué está sucediendo?

La voz parecía provenir de una gran distancia. El agarre de Prior se aligeró muy levemente. Los pies de Wylan hicieron contacto con la cubierta del bote.

—Nada en absoluto —dijo Miggson, girándose para encarar al desconocido—. Acabamos de atrapar a este sujeto revolviendo entre las pertenencias de otros pasajeros.

Wylan hizo un sonido ahogado.



—¿Entonces debería... debería ir por la *vigilancia*? Hay dos oficiales en el camarote.

—Ya hemos alertado al capitán —dijo Miggson—. Lo dejaremos en el cuartel de la *vigilancia* en la siguiente parada.

—Bueno, me alegra que ustedes estuvieran tan alertas. —El hombre se giró para marcharse.

El bote se lanzó hacia delante ligeramente. Wylan no iba a esperar a ver lo que sucedía a continuación. Empujó contra Prior con toda su fuerza... entonces, antes que pudiera perder las agallas, se arrojó por la borda del bote hacia el canal turbio.

Nadó con cada pizca de velocidad que pudo reunir. Aún estaba mareado y la garganta le dolía mucho. Para su conmoción, escuchó otro chapuzón y supo que uno de los hombres se había lanzado tras él. Si Wylan aparecía en algún lugar aun respirando, probablemente no les pagaría a Miggson y Prior.

Cambió su brazada, haciendo el mínimo ruido posible, y se forzó a pensar. En lugar de dirigirse directamente al costado del canal, en la dirección que su cuerpo congelado anhelaba ir, se sumergió bajo una gabarra mercantil cercana y emergió al otro lado, nadando junto a ella, utilizándola como cubierta. El peso muerto de su morral tiraba con fuerza de sus hombros, pero no podía obligarse a renunciar a él. *Mis cosas*, pensó absurdamente, *mi flauta*. No se detuvo, ni siquiera cuando su respiración se volvió jadeante y sus extremidades empezaron a entumecerse. Se forzó a seguir avanzando, para poner tanta distancia como pudiera entre él y los matones de su padre.

Pero eventualmente, su fuerza empezó a ceder y se dio cuenta que estaba revolviéndose más que nadando. Si no llegaba a la costa, se ahogaría. Braceó hacia las sombras de un puente y se arrastró fuera del canal, luego se hizo un ovillo, empapado y temblando en el frío helado. Su garganta lastimada raspaba cada vez que tragaba, y estaba aterrorizado que cada salpicadura que escuchaba fuera Prior viniendo a terminar el trabajo.



Necesitaba hacer alguna clase de plan, pero era difícil formar pensamientos completos. Revisó los bolsillos de su pantalón. Aún tenía a buen resguardo los *kruges* que su padre le había dado. Aunque el efectivo estaba completamente mojado, era perfectamente bueno para gastar. Pero ¿a dónde se suponía que fuera Wylan? No tenía suficiente dinero para salir de la ciudad, y si su padre enviaba hombres a que lo buscaran, lo rastrearían fácilmente. Necesitaba llegar a algún lugar seguro, algún lugar donde su padre no pensara buscar. Sus extremidades se sentían pesadas como plomo, el frío daba paso a la fatiga. Temía que, si se permitía cerrar los ojos, no tendría la voluntad para abrirlos de nuevo.

Al final, sencillamente había comenzado a caminar. Vagó hacia el norte por la ciudad, lejos de los mataderos, más allá de una silenciosa área residencial donde vivían comerciantes menores, luego más adelante, las calles se volvieron más retorcidas y más estrechas, hasta que las casas parecieron agolparse sobre él.

A pesar de la hora tardía, había luces en cada ventana y escaparate. La música se desparramaba de cafeterías en decadencia, y atisbó cuerpos presionados unos contra otros en los callejones.

—¿Alguien te sumergió, muchacho? —gritó un anciano con escasez de dientes desde una escalera de entrada.

—¡Yo le daría una buena sumergida! —cacareó una mujer reclinada en las escaleras.

Estaba en el Barril. Wylan había vivido su vida entera en Ketterdam, pero nunca había venido aquí. Nunca se le había permitido. Nunca lo había deseado. Su padre lo llamaba un «sucio tugurio de vicios y blasfemia» y «la vergüenza de la ciudad». Wylan sabía que era un laberinto de calles oscuras y pasajes ocultos. Un lugar donde los lugareños vestían disfraces y ejecutaban actos indecorosos, donde extranjeros abarrotaban las vías públicas buscando entretenimientos viles, donde la gente iba y venía como mareas. El lugar perfecto para desaparecer.

Y lo había sido... hasta el día que había llegado la primera carta de su padre.



Con un sobresalto, Wylan se dio cuenta que Jesper estaba tirándole de la manga.
—Esta es nuestra parada, mercito. Espábilate.

Wylan se apresuró detrás de él. Desembarcaron en el muelle vacío en Olendaal y recorrieron el dique hasta el camino de una aldea durmiente.

Jesper miró alrededor. —Este lugar me recuerda a casa. Campos hasta donde alcanza la vista, el silencio roto solo por el zumbido de abejas, aire fresco. —Se estremeció—. Repugnante.

Mientras caminaban, Jesper lo ayudó a reunir flores silvestres del costado del camino. Para cuando llegaron a la calle principal, tenían un montoncito respetable.

—Supongo que necesitamos encontrar una forma de llegar a la cantera? —dijo Jesper.

Wylan tosió. —No, solo un almacén general.

—Pero le dijiste a Kaz que el mineral...

—Está presente en toda clase de pinturas y esmaltes. Deseaba asegurarme de tener una razón para ir a Olendaal.

—Wylan Van Eck, le mentiste a *Kaz Brekker*. —Jesper se apretó una mano contra el pecho—. ¡Y te saliste con la tuya! ¡Das lecciones?

Wylan se sintió ridículamente complacido... hasta que pensó en que Kaz lo descubriera. Entonces se sintió un poco como la primera vez que había probado el brandy y terminó escupiendo su cena sobre sus zapatos.

Localizaron un almacén general a mitad del camino principal, y les tomó solo unos momentos comprar lo que necesitaban. En la salida, un hombre que cargaba un carromato intercambió un saludo con ellos. —Están buscando trabajo, chicos? —



preguntó escépticamente—. Ninguno de los dos luce apto para pasar un día entero en el campo.

—Le sorprendería —dijo Jesper—. Nos apuntamos para hacer algo de trabajo cerca de Santa Hilde.

Wylan esperó, nervioso, pero el hombre solo asintió. —¿Están haciendo reparaciones en el hospital?

—Síp —dijo Jesper con tranquilidad.

—Tu amigo de allí no habla mucho.

—Shu —dijo Jesper con un encogimiento de hombros.

El hombre mayor hizo alguna especie de gruñido de acuerdo y dijo: —Suban. Voy a la cantera. Puedo llevarlos a las puertas. ¿Para qué son las flores?

—Él tiene una novia cerca de Santa Hilde.

—Vaya novia.

—Eso digo yo. Tiene un gusto terrible en mujeres.

Wylan consideró empujar a Jesper del carromato.

El camino de tierra estaba bordeado a ambos lados por lo que lucía como campos de cebada y trigales, las extensiones planas de terreno moteadas ocasionalmente por graneros y molinos. El vagón mantuvo un paso rápido. *Un poco demasiado rápido*, pensó Wylan mientras botaban sobre un bache profundo. Inhaló en un siseo.

—Lluvias —dijo el granjero—. Aun nadie ha colocado arena.

—Está bien —dijo Jesper con una mueca, mientras el carromato golpeaba otro terrón sacude huesos—. Realmente no necesito mi bazo en una pieza.

El granjero se rio. —¡Es bueno para ti! ¡Estimula el hígado!



Wylan se aferró el costado, deseando haber arrojado a Jesper del carromato después de todo y saltado con él. Afortunadamente, solo kilómetro y medio después, el carromato ralentizó ante dos postes de piedra que marcaban una larga entrada de gravilla.

—Aquí es lo más lejos que llego —dijo el granjero—. No es un lugar en el que desee aventurarme. Demasiado sufrimiento. A veces cuando el viento sopla a favor, puedes escucharlos, riendo y gritando.

Jesper y Wylan intercambiaron una mirada.

—¿Dice que está embrujado? —preguntó Jesper.

—Supongo.

Le agradecieron y se deslizaron agradecidamente al suelo. —Cuando terminen aquí, sigan el camino un par de kilómetros —dijo el conductor—. Tengo 10 metros cuadrados que aún necesitan trabajo. Cinco *kruge* al día y pueden dormir en el granero en lugar de a campo abierto.

—Suena prometedor —dijo Jesper agitando la mano, pero cuando se giraron para recorrer el camino a la iglesia, farfulló—: caminaremos de regreso. Creo que me lastimé una costilla.

Cuando el conductor estuvo fuera de la vista, se despojaron de sus abrigos y gorras para revelar los trajes oscuros que Kaz había sugerido que vistieran debajo, y los remetieron detrás del tocón de un árbol. —Díganles que Cornelis Smeet los envió —había dicho Kaz—. Que desean asegurarse que la tumba está siendo bien mantenida para el señor Van Eck.

—¿Por qué? —había preguntado Wylan.

—Porque si proclamas ser el hijo de Jan Van Eck, nadie va a creerte.

El camino estaba delineado por álamos, y cuando coronaron la colina, un edificio apareció a la vista: tres pisos de piedra blanca cuya entrada eran unas gráciles escaleras



bajas, que conducían a una puerta arqueada. La entrada estaba cubierta ordenadamente con gravilla y bordeada por bajos arbustos de tejo a cada lado.

—No luce como una iglesia —dijo Jesper.

—¿Tal vez solía ser un monasterio o una escuela? —sugirió Wylan. Escuchó la gravilla tronar debajo de sus zapatos—. Jesper, ¿recuerdas mucho sobre tu madre?

Wylan le había visto un montón de sonrisas diferentes a Jesper, pero la que se extendió por su rostro ahora era nueva, lenta y mostrada con tanta intimidad como una mano ganadora. Todo lo que dijo fue: —Sí. Ella me enseñó a disparar.

Había un centenar de preguntas que Wylan deseaba formular, pero cuanto más se acercaban a la iglesia, menos parecía capaz de capturar un pensamiento y retenerlo. A la izquierda del edificio, podía ver una glorieta cubierta con glicinas recién florecidas, el dulce aroma de las flores púrpuras era pesado en el aire primaveral. Un poco más allá del jardín de la iglesia, y a la derecha, vio una verja de acero forjado y una cerca que rodeaba un cementerio, una alta figura de piedra se erguía en el centro... una mujer, supuso Wylan, probablemente Santa Hilde.

—Ese debe ser el cementerio —dijo Wylan, apretando con más fuerza sus flores. *¿Qué estoy haciendo aquí?* Ahí estaba de nuevo esa pregunta, y repentinamente no lo supo. Kaz había tenido razón. Esto era estúpido, sentimental. *¿Qué bien le haría ver una tumba con el nombre de su madre en ella?* Ni siquiera sería capaz de leerlo. Pero habían recorrido todo este camino.

—Jesper... —empezó, pero en ese momento una mujer con ropa gris de trabajo rodeó la esquina empujando una carretilla repleta de tierra.

—*Goed morgen* —les gritó—. ¿Puedo ayudarles?

—Y es una bella mañana —dijo Jesper grácidamente—. Venimos desde las oficinas de Cornelis Smeet.

Ella frunció el ceño y Wylan añadió. —De parte del estimado Concejal Jan Van Eck.



Aparentemente ella no notó el temblor en su voz, porque su ceño se alisó y sonrió. Sus mejillas eran redondas y rosadas. —Por supuesto. Pero confieso estar sorprendida. El señor Van Eck ha sido tan generoso con nosotros, y aun así oímos de él rara vez. Nada está mal, ¿o sí?

—¡Para nada! —dijo Wylan.

—Solo una nueva política —dijo Jesper—. Más trabajo para todos.

—¿No es así siempre? —La mujer sonrió de nuevo—. ¿Y veo que trajeron flores?

Wylan bajó la vista al ramo. Parecía más pequeño y más desgreñado de lo que había pensado. —Nosotros... sí.

Ella se frotó las manos en su blusón informe y dijo: —Los llevaré con ella.

Pero en lugar de girarse en dirección al cementerio, se dirigió de vuelta por la entrada. Jesper se encogió de hombros, y la siguieron. Mientras subían los bajos escalones de piedra, algo frío reptó por la espalda de Wylan.

—Jesper —susurró—. Hay barrotes en las ventanas.

—¿Monjes inquietos? —ofreció Jesper, pero no estaba sonriendo.

El salón frontal era de dos pisos de altura, su piso tenía limpias baldosas blancas pintadas con delicados tulipanes azules. No lucía como ninguna iglesia que Wylan hubiera visto nunca. El silencio en la habitación era tan profundo, que se sentía casi sofocante. Un largo escritorio estaba colocado en la esquina, y sobre él estaba un jarrón de las glicinas que Wylan había visto afuera. Inhaló profundamente. El olor era reconfortante.

La mujer destrabó un gran gabinete y rebuscó en su interior durante un momento, luego retiró un archivo grueso.

—Aquí estamos: Marya Hendriks. Como pueden ver, todo está en orden. Pueden echarle un vistazo mientras la aseamos. La próxima vez pueden evitar el retraso si nos notifican de antemano sobre su visita.



Wylan sintió que un sudor frío le cubría el cuerpo. Consiguió asentir.

La mujer removió un pesado llavero del gabinete y abrió una de las puertas azul pálido que conducían fuera del salón. Wylan la escuchó girar la llave en la cerradura desde el otro lado. Dejó las flores silvestres sobre el escritorio. Sus tallos estaban rotos. Los había estado apretando con demasiada fuerza.

—¡Qué es este lugar? —dijo Wylan—. ¿Qué quiso decir, con *la aseamos*? —Su corazón marcó un latido frenético, un metrónomo dispuesto al ritmo equivocado.

Jesper estaba revisando la carpeta, sus ojos recorrían las páginas.

Wylan se inclinó sobre su hombro y sintió que un pánico sofocante y desesperado lo atenazaba. Las palabras en la página eran garabatos sin significado, un enredo negro de patas de insecto. Luchó por respirar. —Jesper, por favor —rogó, su voz delgada y atiplada—. *Léemelo*.

—Lo siento —dijo Jesper apresuradamente—. Lo olvidé. Yo... —Wylan no pudo encontrarle sentido a la expresión en la cara de Jesper... tristeza, confusión—. Wylan... creo que tu madre está viva.

—Eso es imposible.

—Tu padre hizo que la internaran.

Wylan sacudió la cabeza. Eso no podía ser. —Ella enfermó. Una infección pulmonar...

—Él afirma que ella es víctima de histeria, paranoia y delirio de persecución.

—No puede estar viva. Él... él volvió a casarse. ¿Qué hay de Alys?

—Creo que hizo que declararan a tu madre loca y lo utilizó como base para el divorcio. Esto no es una iglesia, Wylan. Esto es un manicomio.



Santa Hilde. Su padre había estado enviándoles dinero cada año... pero no como una donación de caridad. *Para su manutención. Para su silencio.* La habitación repentinamente estuvo girando.

Jesper tiró de él hasta la silla detrás del escritorio y presionó los omoplatos de Wylan, urgiéndolo a echarse hacia adelante. —Pon la cabeza entre las rodillas, enfócate en el piso. Respira.

Wylan se forzó a inhalar, exhalar, mirar esos encantadores tulipanes azules en sus cuadros de baldosas blancas. —Dime el resto.

—Necesitas calmarте o van a saber que algo está mal.

—*Dime el resto.*

Jesper soltó una bocanada y continuó girando las páginas del archivo. —Hijo de perra —dijo después de un minuto—. Hay una transferencia de autoridad en el archivo. Es una copia.

Wylan mantuvo los ojos sobre el piso de baldosas. —¿Qué? ¿Qué es eso?

Jesper leyó: —Este documento, atestiguado a plena vista de Ghezen y manteniendo los tratos honestos de los hombres, válido por los tribunales de Kerch y su Consejo Mercante, representa la transferencia de toda propiedad, finca y posesiones legales de Marya Hendriks a Jan Van Eck, para ser administradas por él hasta que Marya Hendriks sea de nuevo competente para conducir sus propios asuntos.

—La transferencia de toda propiedad —repitió Wylan. —¿Qué estoy haciendo aquí? —¿Qué estoy haciendo aquí? —¿Qué está haciendo ella aquí?

La llave giró en la cerradura de la puerta azul pálido y la mujer (*una enfermera*, se percató Wylan) la atravesó, alisando el mandil de su blusón.

—Estamos listos para ustedes —dijo—. Ella está bastante dócil hoy. —Está bien?

—Mi amigo se está sintiendo un poco débil. Demasiado sol después de todas esas horas en la oficina del señor Smeet. —Podríamos molestarla con un vaso de agua?



—¡Ciertamente! —dijo la enfermera—. Oh, sí que luce un poco agotado.

Ella desapareció de nuevo detrás de la puerta, siguiendo la misma rutina de abrir y cerrar con llave. *Se está asegurando que los pacientes no salgan.*

Jesper se acucilló enfrente de Wylan y le puso las manos sobre los hombros.

—Wy, escúchame. Tienes que recomponerte. ¿Puedes hacer esto? Podemos marcharnos. Puedo decirle que no estás por la labor, o simplemente puedo ir yo solo. Podemos intentar regresar en algún...

Wylan inhaló una bocanada profunda y temblorosa a través de la nariz. No podía desentrañar lo que estaba sucediendo, no podía entender el alcance de esto. *Así que solo haz una cosa a la vez.* Era una técnica que uno de sus tutores le había enseñado para intentar que no se viera abrumado por la página. No había funcionado, particularmente cuando su padre se alzaba frente él, pero Wylan había conseguido aplicarlo en otro lado. *Una cosa a la vez. Levántate.. Se levantó. Estás bien.* —Estoy bien —dijo—. No nos marcharemos. —Era lo único de lo que estaba seguro.

Cuando la enfermera regresó, aceptó el vaso de agua, le agradeció, bebió. Entonces él y Jesper la siguieron a través de la puerta azul pálido. No consiguió recoger las flores silvestres marchitas dispersas sobre el escritorio. *Una cosa a la vez.*

Caminaron más allá de puertas cerradas, alguna clase de sala de ejercicio. Desde algún lugar, escuchó gemidos. En un salón amplio, dos mujeres estaban jugando lo que parecía un juego de adivinanzas.

Mi madre está muerta. Ella está muerta. Pero nada en su interior lo creía. Ya no.

Finalmente, la enfermera los condujo a un pórtico acristalado que había sido ubicado en la parte oeste del edificio para que capturara toda la calidez de los rayos de la puesta de sol. Una pared entera estaba compuesta de ventanas, y a través de ellas era visible la extensión verde del jardín del hospital, el cementerio en la distancia. Era una habitación bonita, el piso de baldosas estaba impecable. Un lienzo con los inicios de un paisaje emergiendo de él estaba reclinado en un caballete junto a la ventana. Un recuerdo



regresó a Wylan: su madre parada ante un caballete en el jardín trasero de la casa de *Geldstraat*, el olor de aceite de linaza, pinceles limpios en un vaso vacío, su mirada pensativa evaluando las líneas del cobertizo para botes y el canal más allá.

—Ella pinta —dijo Wylan sin entonación.

—Todo el tiempo —dijo la enfermera alegremente—. Nuestra Marya es una artista.

Una mujer estaba sentada en una silla de ruedas, con la cabeza agachada como si estuviera luchando por no quedarse dormida, las mantas se apilaban alrededor de sus hombros estrechos. Su rostro estaba arrugado, su cabello de un ámbar desteñido, recorrido de gris. *El color de mi cabello*, se dio cuenta Wylan, *si hubiera estado en el sol para que se decolorara*. Sintió una inundación de alivio. Esta mujer era demasiado vieja para ser su madre. Pero entonces ella levantó la barbilla y sus ojos se abrieron. Eran de un celeste claro, puro, sin cambios, sin atenuaciones.

—Tiene algunos visitantes, señorita Hendriks.

Los labios de su madre se movieron, pero Wylan no pudo escuchar lo que dijo.

Ella los miró con ojos agudos. Entonces su expresión cambió, se volvió vaga e interrogadora mientras la certeza abandonaba su rostro. —¿Debería... debería conocerlos?

La garganta de Wylan dolía. *¿Me reconocerías, se preguntó, si aún luciera como tu hijo?* Logró negar con la cabeza.

—Nos conocimos... nos conocimos hace mucho tiempo —dijo—. Cuando yo solo era un niño.

Ella hizo un ruido como tarareo y miró hacia el jardín.

Wylan se giró impotente hacia Jesper. No estaba listo para esto. Su madre era un cadáver largo tiempo enterrado, polvo en la tierra.



Suavemente, Jesper lo condujo a la silla enfrente de Marya. —Tenemos una hora antes que debamos emprender el camino de regreso —dijo bajito—. Háblale.

—¿Sobre qué?

—¿Recuerdas lo que dijiste a Kaz? No sabemos lo que podría suceder a continuación. Esto es todo lo que tenemos. —Entonces se levantó y fue a donde la enfermera estaba acomodando las pinturas—. Dígame, señorita... me avergüenza decir que no escuché su nombre.

La enfermera sonrió, sus mejillas redondas y rojas como manzanas acarameladas. —Betje.

—Un nombre encantador para una chica encantadora. El señor Smeet pidió que eche un vistazo por todas las instalaciones mientras estamos aquí. ¿Le importaría darme un recorrido rápido?

Ella vaciló, mirando hacia Wylan.

—Estaremos bien aquí —consiguió decir Wylan, en una voz que sonaba demasiado alta y demasiado afable a sus oídos—. Solo haré unas preguntas de rutina. Todo parte de la nueva política.

La enfermera resplandeció hacia Jesper. —Bien, entonces creo que podríamos echar un vistazo rápido en los alrededores.

Wylan estudió a su madre, sus pensamientos eran un tintineo de cuerdas mal tocadas. Ellos le habían cortado el cabello. La intentó imaginar más joven, en el atuendo de lana negro de la esposa de un mercader, con encaje blanco en el cuello, sus rizos gruesos y vibrantes, arreglados por la doncella de una señora en un náutilo de trenzas.

—Hola —consiguió decir.

—¿Viniste por mi dinero? No tengo nada de dinero.

—Yo tampoco —dijo Wylan débilmente.



Ella no era familiar, exactamente, pero había algo en la forma que inclinaba la cabeza, la forma en que se sentaba, su espalda aún derecha. Como si estuviera ante el piano.

—¿Te gusta la música? —preguntó.

Ella asintió. —Sí, pero no hay mucha aquí.

Él sacó la flauta de su camisa. Había viajado todo el día con ella metida contra su pecho como alguna clase de secreto, y aún estaba caliente por su cuerpo. Había planeado tocarla junto a su tumba como alguna especie de idiota. Cómo se habría reído Kaz de él.

Las primeras notas fueron débiles, pero entonces controló su respiración. Encontró la melodía, una canción sencilla, una de las primeras que había aprendido. Durante un momento, ella pareció como si estuviera intentando recordar dónde podría haberla escuchado. Luego sencillamente cerró los ojos y escuchó.

Cuando terminó, ella dijo: —Toca algo alegre.

Así que tocó un reel kaelish y luego una saloma marítima de Kerch que era más apta para el silbato de hojalata. Tocó cada canción que llegó a su mente, pero nada de luto, nada triste. Ella no habló, aunque ocasionalmente, la vio golpetear con los dedos de los pies al ritmo de la música, y sus labios se movían como si conociera las palabras.

Al final, dejó la flauta en su regazo. —Durante cuánto tiempo has estado aquí?

Ella permaneció en silencio.

Él se inclinó hacia delante, buscando alguna respuesta en esos vagos ojos celeste.
—¿Qué te hicieron?

Ella descansó una mano gentil sobre la mejilla de él. Su palma se sentía fría y seca. —¿Qué te hicieron? —Él no pudo determinar si era un desafío o si ella solo estaba repitiendo sus palabras.



Wylan sintió la dolorosa presión de las lágrimas en su garganta y luchó por tragárselas.

La puerta se abrió con un golpe. —Bueno, ¿tuvimos una buena visita? —dijo la enfermera mientras entraba.

Rápidamente, Wylan volvió a meter la flauta en su camisa. —Así es —dijo—. Todo parece estar en orden.

—Ustedes dos parecen terriblemente jóvenes para este tipo de trabajo —dijo, mostrando sus hoyuelos a Jesper.

—Yo podría decir lo mismo de usted —replicó—. Pero ya sabe cómo es, los nuevos empleados se quedan con las tareas más arduas.

—¿Regresarán pronto?

Jesper guiñó el ojo. —Nunca se sabe. —Asintió hacia Wylan—. Tenemos un bote que alcanzar.

—¡Despídase, señorita Hendriks! —urgió la enfermera.

Los labios de Marya se movieron, pero estaba vez Wylan estaba lo bastante cerca para escuchar lo que ella murmuraba: *Van Eck*.

En el camino de salida del hospital, la enfermera mantuvo un flujo constante de charla con Jesper. Wylan caminó detrás de ellos. El corazón le dolía. ¿Qué le había hecho su padre a ella? ¿Estaba realmente loca? ¿O sencillamente había sobornado a la gente correcta para que lo dijeran? ¿La había drogado? Jesper miró hacia atrás una vez, mientras la enfermera continuaba farfullando, sus ojos grises estaban preocupados.

Casi estaban en la puerta azul pálido cuando la enfermera dijo: —¿Les gustaría ver sus pinturas?



Wylan se detuvo bruscamente. Asintió.

—Creo que eso sería de lo más interesante —dijo Jesper.

La mujer los condujo de vuelta por donde habían venido y abrió la puerta de lo que parecía ser un armario.

Wylan sintió que sus rodillas cedían y tuvo que aferrarse a la pared para equilibrarse. La enfermera no lo notó... ella estaba hablando y hablando. —Las pinturas son costosas, por supuesto, pero parecen traerle tanto placer. Esta es solo la última tanda. Cada seis meses, aproximadamente, tenemos que ponerlas en el montón de basura. Sencillamente no hay espacio para ellas.

Wylan deseaba gritar. El armario estaba abarrotado de pinturas: paisajes, diferentes vistas de los terrenos del hospital, un lago con sol y sombra, y allí, repetido una y otra vez, estaba la cara de un niñito con rizos rojizos y brillantes ojos azules.

Debió haber hecho alguna clase de ruido, porque la enfermera se giró hacia él. —Oh, cielos —dijo a Jesper—. Tu amigo se ha puesto muy pálido de nuevo. ¿Tal vez un estimulante?

—No, no —dijo Jesper, rodeando a Wylan con el brazo—. Pero realmente deberíamos irnos. Ha sido una visita de lo más esclarecedora.

Wylan no registró la caminata por la entrada bordeada de setos de tejo o recuperar sus abrigos y gorras de detrás del tocón cerca del camino principal.

Estaban a mitad del camino al muelle antes que pudiera conseguir hablar: —Ella sabe lo que él le hizo. Ella sabe que él no tenía derecho a tomar su dinero, su vida. —*Van Eck*, había dicho. No era Marya Hendriks, era Marya Van Eck, una esposa y madre despojada de su nombre y su fortuna—. ¿Recuerdas cuando dije que él no era malvado?

Las piernas de Wylan cedieron y se sentó con fuerza, justo allí a mitad del camino, y no consiguió que le importara porque las lágrimas estaban saliendo y no había forma de que pudiera detenerlas. Rachearon a través de su pecho en sollozos entrecortados y feos. Odiaba que Jesper estuviera viéndolo llorar, pero no había nada



que pudiera hacer, ni sobre las lágrimas, ni sobre nada al respecto. Enterró la cara en sus brazos, cubriendose la cabeza como si al desecharlo con la bastante fuerza, pudiera esfumarse.

Sintió que Jesper le apretaba el brazo.

—Está bien —dijo Jesper.

—No, no lo está.

—Tienes razón, no lo está. Es despreciable, y me gustaría amarrar a tu padre en un campo desierto y dejar que los buitres se alimenten de él.

Wylan sacudió la cabeza. —No lo entiendes. Fui yo. Yo causé esto. Él deseaba una nueva esposa. Deseaba un heredero. Un heredero real, no un imbécil que apenas podía deletrear su propio nombre. —Él tenía ocho cuando su madre había sido enviada lejos. Ya no tenía que preguntárselo, fue entonces cuando su padre se había rendido con él.

—Ey —dijo Jesper, sacudiéndolo—. *Ey*. Tu padre podría haber hecho un montón de elecciones cuando descubrió que no podías leer. Diablos, podría haber dicho que eras ciego o que tenías problemas de vista. O mejor aún, sencillamente podría haber estado feliz con el hecho de que tenía un genio por hijo.

—No soy un genio.

—Eres estúpido sobre un montón de cosas, Wylan, pero no eres estúpido. Y si alguna vez vuelvo a escucharte que te llames imbécil, voy a decirle a Matthias que intentaste besar a Nina. Con lengua.

Wylan se limpió la nariz en la manga. —Él nunca se lo creería.

—Entonces le diré a Nina que intentaste besar a Matthias. Con lengua. —Suspiró—. Mira, Wylan. La gente normal no recluye a sus esposas en manicomios. No desheredan a sus hijos porque no consiguieron el hijo que deseaban. ¿Crees que mi papá



deseaba un desastre como yo por hijo? Tú no causaste esto. Esto sucedió porque tu padre es un lunático vestido con un traje de calidad.

Wylan presionó el borde de sus palmas contra sus ojos hinchados. —Todo eso es cierto, y nada de eso me hace sentir mejor.

Jesper le dio otra sacudida en el hombro. —Bueno, ¿qué hay de esto? Kaz va a destrozar la maldita vida de tu padre.

Wylan estaba a punto de decir que eso tampoco ayudaba, pero vaciló. Kaz Brekker era la criatura más brutal y vengativa que Wylan había conocido... y había jurado que iba a destruir a Jan Van Eck. El pensamiento se sintió como agua fría cayendo en cascada sobre la sensación ardiente y vergonzosa de impotencia que había estado cargando consigo durante tanto tiempo. Nada podría enderezar esto, nunca. Pero Kaz podía hacer muy mala la vida de su padre. Y Wylan sería rico. Podría llevarse a su madre de este lugar. Podrían ir a algún lugar cálido. La pondría frente a un piano, haría que tocara, la llevaría a algún lugar de colores brillantes y sonidos hermosos. Podrían ir a Novyi Zem. Podrían ir a cualquier lugar. Wylan levantó la cabeza y se limpió las lágrimas. —En realidad, eso ayuda un montón.

Jesper sonrió. —Creí que lo haría. Pero si no nos subimos a ese bote de vuelta a Ketterdam, no habrá nada de justo merecido.

Wylan se levantó, repentinamente ansioso de regresar a la ciudad, para ayudar a dar vida al plan de Kaz. Había ido reluciente a la Corte de Hielo. Había ayudado a Kaz a regañadientes. Porque durante todo el tiempo, había creído que merecía el desprecio de su padre, y ahora podía admitir que en algún lugar, en algún lugar enterrado, había esperado que aún podría haber una forma de recuperar el favor de su padre. Bueno, su padre podía guardarse su favor y ver lo que podía comprarse con él cuando Kaz Brekker terminara.

—Andando —dijo—. Vayamos a robar todo el dinero de mi papá.

—¿No es tu dinero?



—Muy bien, vayamos a recuperarlo.

Se alejaron a la carrera. —Me encanta un poco de justo merecido —dijo Jesper— . ¡Estimula el hígado!





Traducido por Azhreik

Nna multitud se había reunido afuera de la taberna, atraída por los sonidos de cristales rotos y problemas. Zoya bajó a Nina y Matthias no demasiado gentilmente al suelo, y los arreó rápidamente por la parte trasera de la taberna, rodeados por un pequeño segmento de los hombres armados. El resto permaneció en la taberna para ofrecer cualquier explicación que se pudiera dar por el hecho de que un montón de huesos acababan de volar a través del mercado y destrozado las ventanas del edificio. Matthias ni siquiera estaba seguro de entender lo que había sucedido. ¿Nina había controlado esas falsas reliquias de Santo? ¿Había sido algo completamente diferente? ¿Y por qué habían sido atacados?

Matthias creyó que emergerían en un callejón, pero en su lugar, descendieron una serie de escalones de aspecto antiguo hasta un túnel frío y húmedo. *El viejo canal*, se dio cuenta Matthias, mientras trepaban a un bote que atravesaba silenciosamente la oscuridad. Había sido pavimentado, pero no completamente llenado. Estaban viajando bajo la ancha vía pública enfrente de la embajada.

Solo unos momentos después, Zoya los condujo por una estrecha escalera de metal a una habitación desnuda con un techo tan bajo que Matthias tuvo que doblarse.

Nina dijo a Zoya algo en ravkano y entonces tradujo la respuesta de Zoya para Matthias. —Es una media habitación. Cuando la embajada se construyó, crearon un piso falso metro y medio por encima del piso original. Por la forma en que está dispuesta en los cimientos, es casi imposible saber que hay otra habitación debajo de ti.

—Es poco más que un sitio para reptar.



—Sí, pero los edificios de Ketterdam no tienen sótanos, así que nadie nunca pensaría en buscar debajo.

Parecía una precaución extrema en lo que se suponía que era una ciudad neutral, pero tal vez los ravkanos habían sido forzados a tomar medidas extremas para proteger a sus ciudadanos. *Debido a gente como yo.* Matthias había sido un cazador, un asesino, y estado orgulloso de hacer bien su trabajo.

Un momento después, llegaron con un grupo de gente arracimada contra lo que Matthias creyó que podría ser la pared oriental si no estuviera completamente perdido.

—Estamos debajo del jardín de la embajada —dijo Nina.

Él asintió. Este sería el lugar más seguro para mantener a un grupo de gente si no deseabas que las voces se elevaran a través del piso de la embajada. Había aproximadamente quince personas, de todas edades y colores. Parecían tener poco en común más allá de sus expresiones precavidas, pero Matthias sabía que todos debían ser Grisha. No habían necesitado la advertencia de Nina para buscar santuario.

—¿Tan pocos? —dijo Matthias. Nina había estimado el número de Grisha en la ciudad a treinta aproximadamente.

—Tal vez los otros salieron por su cuenta o están manteniendo un perfil bajo.

O tal vez ya habían sido capturados. Si Nina no deseaba decir en voz alta la posibilidad, él tampoco lo haría.

Zoya los condujo a través de una arcada hasta un área donde Matthias estuvo aliviado de poder pararse derecho. Dada la forma redonda de la habitación, sospechaba que estaban debajo de alguna clase de cisterna falsa o tal vez una estructura en el jardín. Su alivio se disolvió cuando uno de los hombres armados de Zoya produjo un par de grilletes, y Zoya apuntó directamente a Matthias.

Inmediatamente, Nina se paró enfrente de él, y ella y Zoya empezaron a discutir en susurros furiosos.



Matthias sabía exactamente con quién estaba lidiando. Zoya Nazyalensky era una de las brujas más poderosas en Ravka. Era una Impulsora legendaria, una soldado que había servido primero al Darkling, luego a la Invocadora del Sol, y quien había subido al poder como miembro del Triunvirato del rey Nikolai. Ahora que había experimentado una probada de sus habilidades en persona, no le sorprendía la velocidad con la que había ascendido.

La discusión fue completamente en ravkano, y Matthias no entendió una palabra, pero el regaño en la voz de Zoya era obvio, igual que sus gestos violentos hacia Matthias y los grilletes. Estaba listo para gruñir que si la bruja de la tormenta deseaba encadenarlo, podría intentar hacerlo ella misma y ver lo que sucedía, cuando Nina levantó las manos.

—No más —dijo en kerch—. Matthias permanece libre y continuamos esta conversación en un lenguaje que todos entendamos. Él tiene el derecho a saber qué está sucediendo.

Zoya entrecerró los ojos. Miró de Matthias a Nina y luego, con un kerch de acento cargado, dijo: —Nina Zenik, aún eres una soldado del Segundo Ejército, y aun soy tu comandante. Estás desobedeciendo órdenes directamente.

—Entonces sencillamente tendrás que ponerme cadenas.

—No creas que no lo estoy considerando.

—¡Nina! —el grito provino de una chica pelirroja que había aparecido en la habitación llena de eco.

—¡Genya! —celebró Nina. Pero Matthias habría conocido a esta mujer sin ninguna presentación. Su rostro estaba cubierto de cicatrices, y usaba un parche ocular de seda roja bordado con un rayo solar dorado. Genya Safin... la renombrada Confeccionista, la antigua instructora de Nina, y otra miembro del triunvirato. Mientras Matthias las observaba abrazarse, se sintió enfermo. Había esperado encontrar un grupo de Grisha anónimos, gente que había tomado refugio en Ketterdam y luego se encontraron solos y en peligro. Gente como Nina... no los Grisha de mayor rango de Ravka. Todos sus instintos le dijeron que luchara o se marchara de este sitio lo más



rápido posible, no que se quedara allí parado como un pretendiente conociendo a los padres de su amada. Y, aun así, estas eran las amigas de Nina, sus maestras. *Son el enemigo*, dijo una voz en su cabeza, y no estuvo seguro si era la del comandante Brum o la propia.

Genya dio un paso atrás, apartándole del rostro los mechones rubios de la peluca de Nina para mirarla mejor. —Nina, ¿cómo es posible? La última vez que Zoya te vio...

—Estabas teniendo un berrinche —dijo Zoya—. Alejándote dando pisotones del campamento con toda la precaución de un alce descarriado.

Para sorpresa de Matthias, Nina realmente hizo una mueca, como una niña recibiendo una regañina. No creía que la hubiera visto alguna vez avergonzada.

—Creímos que estabas muerta —dijo Genya.

—Luce medio muerta.

—Luce bien.

—Te desvaneciste —espetó Zoya—. Cuando escuchamos que había fjerdanos cerca, temimos lo peor.

—Lo peor sucedió —dijo Nina—. Y luego sucedió un poco más. —Tomó la mano de Matthias—. Pero estamos aquí ahora.

Zoya miró sus manos unidas y cruzó los brazos. —Ya veo.

Genya elevó una ceja cobriza. —Bueno, si él es lo peor que puede suceder...

—¿Qué estás haciendo aquí? —exigió Zoya—. ¿Están tú y tu... fjerdano accesorio intentando salir de Ketterdam?

—¿Y qué si lo estuviéramos? ¿Por qué nos emboscaron?

—Ha habido ataques sobre Grisha por toda la ciudad. No sabíamos quién eras o si podrías estar coludida con los shu, solo que utilizaste el código con el vendedor. Ahora



siempre apostamos soldados en la taberna. Cualquiera buscando Grisha es una amenaza potencial.

Dado lo que Matthias había visto de los nuevos soldados shu, tenían razón en ser precavidos.

—Vinimos para ofrecer nuestra ayuda —dijo Nina.

—¿Qué clase de ayuda? No tienes idea de las fuerzas que están en funcionamiento aquí, Nina. Los shu han desarrollado una droga...

—*Jurda parem.*

—¿Qué sabes sobre *parem*?

Nina apretó la mano de Matthias. Respiró hondo. —La he visto en funcionamiento. La he... experimentado yo misma.

El ojo ámbar de Genya se abrió mucho. —Oh, Nina, no. No lo hiciste.

—Por supuesto que lo hizo —dijo Zoya—. ¡Siempre has sido así! Te sumerges en los problemas como si fuera un baño caliente. ¿Es por eso que luces como gachas de dos días? ¿Cómo pudiste tomar un riesgo así, Nina?

—No luzco como gachas —protestó Nina, pero tenía esa misma expresión regañada en la cara. Matthias no pudo soportarlo.

—Ella lo hizo para salvar nuestras vidas —dijo—. Lo hizo sabiendo que podría estarse condenando a la miseria e incluso la muerte.

—Temerario —declaró Zoya.

—Zoya —dijo Genya—. No conocemos las circunstancias...

—Sabemos que ha estado desaparecida casi un año. —Apuntó un dedo acusador a Nina—. Ahora aparece con un fjerdano a la zaga, uno con constitución de soldado y quien utiliza técnicas de combate *drüselle*. —Zoya metió la mano en su bolsillo y sacó



un puñado de huesos—. Atacó a nuestros soldados con estos, con *esquirlas de hueso*, Genya. ¿Alguna vez has escuchado que sea posible semejante cosa?

Genya miró los huesos y luego a Nina. —¿Es verdad?

Nina apretó los labios. —¿Posiblemente?

—*Posiblemente* —dijo Zoya—. ¿Y me estás diciendo que sencillamente deberíamos confiar en ella?

Genya lucía menos segura, pero dijo: —Estoy diciéndote que deberíamos escucharla.

—Muy bien —dijo Zoya—. Espero con oídos abiertos y corazón listo. Entretenme, Nina Zenik.

Matthias sabía lo que era enfrentar a los mentores que habías idealizado, sentir el convertirte de nuevo en un pupilo nervioso, ansioso por complacer. Se giró hacia Nina y dijo en fjerdano: —No dejes que te intimiden. No eres la chica que eras. No eres solo un soldado al que ordenar.

—¿Entonces por qué tengo ganas de encontrar un rincón para llorar?

—Esta es una habitación redonda. No hay rincones.

—Matthias...

—Recuerda lo que hemos atravesado. Recuerda por qué vinimos aquí.

—Creí que todos íbamos a hablar kerch —dijo Zoya.

Nina dio otro apretón a la mano de Matthias, lanzó hacia atrás la cabeza y dijo: —Fui capturada por los *drüskelle*. Matthias me ayudó a escapar. Matthias fue capturado por los kerch. Yo lo ayudé a escapar. Fui capturada por Jarl Brum. Matthias me ayudó a escapar. —Matthias no estaba del todo cómodo con lo buenos que eran ambos en ser capturados.

—¿*Jarl Brum*? —dijo Zoya con horror.



Nina suspiró. —Ha sido un año duro. Juro que les explicaré todo, y si deciden que debería ser puesta en un saco y lanzada en el río Sokol, iré con berridos al mínimo. Pero vinimos aquí esta noche porque vi a los soldados Kherguud atacar en la Duela Oeste. Quiero ayudar a sacar a estos Grisha de la ciudad antes que los shu los encuentren.

Zoya tenía que ser varios centímetros más baja que Nina, pero aun así consiguió ver por encima de la nariz cuando dijo: —¿Y cómo puedes ayudar?

—Tenemos un barco. —Eso aún no era técnicamente cierto, pero Matthias no iba a discutir.

Zoya agitó una mano desdeñosa. —También tenemos un barco. Está encallado a kilómetros de la costa. El puerto ha sido bloqueado por los kerch y el Consejo de Mareas. Ningún transporte extranjero puede ir o venir sin permiso expreso de un miembro del Consejo Mercante.

Así que Kaz había tenido razón. Van Eck estaba utilizando cada trozo de su influencia con el gobierno para asegurar que Kaz no sacaba a Kuwei de Ketterdam.

—Claro —dijo Nina—. Pero nuestro barco pertenece a un miembro del Consejo Mercante de Kerch.

Zoya y Genya intercambiaron una mirada.

—Muy bien, Zenik —dijo Zoya—. Ahora estoy escuchando.

Nina explicó algunos de los detalles a Zoya y Genya, aunque Matthias notó que no mencionó a Kuwei y que se desvió claramente de cualquier mención de la Corte de Hielo.

Cuando ellas fueron arriba para debatir la propuesta, dejaron a Nina y Matthias atrás, dos guardias armados apostados en la entrada de la habitación cisterna.



En fjerdano, Matthias susurró: —Si los espías de Ravka valen algo, tus amigos van a darse cuenta que nosotros fuimos los que sacamos a Kuwei.

—No susurres —replicó Nina en fjerdano, pero en un tono de voz normal—. Solo levantará sospechas en los guardias. Y le contaré a Zoya y Genya todo eventualmente, pero ¿recuerdas lo dispuestos que estábamos a matar a Kuwei? No estoy segura que Zoya haga la misma elección de perdonarlo, al menos no hasta que esté a salvo sobre suelo ravkano. Ella no necesita saber quién está en ese bote hasta que ancle en Os Kervo.

A salvo en suelo ravkano. Las palabras cayeron pesadas sobre las entrañas de Matthias. Estaba ansioso por sacar a Nina de la ciudad, pero nada en el prospecto de ir a Ravka le parecía a salvo.

Nina debió haber percibido su intranquilidad, porque dijo: —Ravka es el lugar más seguro para Kuwei. Él necesita nuestra protección.

—Solo que ¿cómo luce la protección de Zoya Nazyalensky?

—Ella realmente no es tan mala. —Matthias le dirigió una mirada escéptica—. En realidad, ella es terrible, pero ella y Genya vieron un montón de muerte en la guerra civil. No creo que deseen más derramamiento de sangre.

Matthias esperaba que eso fuera verdad, pero incluso si lo fuera, no estaba seguro que importara. —¿Recuerdas lo que me dijiste, Nina? Deseaste que el rey Nikolai marchara al norte y arrasara todo a su paso.

—Estaba enojada...

—Tenías derecho a tu enojo. Todos lo tenemos. Ese es el problema. Brum no se detendrá. Los *driuskelle* no se detendrán. Lo consideran su misión sagrada destruir a los de tu clase. —También había sido su misión, y aun podía sentir la desconfianza, el tirón hacia el odio. Se maldecía por eso.

—Entonces encontraremos una manera de hacerles cambiar de opinión. A todos. —Lo estudió un momento—. Utilizaste una bomba niebla hoy. ¿Hiciste que Wylan la hiciera?



—Sí —admitió.

—¿Por qué?

Él había sabido que a ella no le gustaría. —No estaba seguro cómo la *parem* afectaría tu poder. Si tenía que detenerte de utilizar la droga, necesitaba ser capaz de luchar contigo sin lastimarte.

—¿Y la trajiste hoy en caso que tuviéramos problemas?

—Sí.

—Con los Grisha.

Él asintió, esperando su amonestación, pero todo lo que ella hizo fue observarlo, con la cara pensativa. Ella se acercó. Matthias lanzó una mirada intranquila a las espaldas de los guardias, visibles a través del umbral.

—Ignóralos —dijo ella—. ¿Por qué no me has besado, Matthias?

—Este no es el momento...

—¿Es por lo que soy? ¿Es porque aún me temes?

—No.

Ella se detuvo, y él pudo verla luchar con lo que deseaba decir. —¿Es por la forma en que me comporté en el barco? ¿La forma en que actué la otra noche... cuando intenté que me dieras el resto de *parem*?

—¿Cómo puedes pensar eso?

—Siempre me estás llamando desvergonzada. Supongo... supongo que estoy avergonzada. —Se estremeció—. Es como vestir un abrigo que no me queda.

—Nina, te di mi juramento.

—Pero...



—Tus enemigos son mis enemigos, y estaré contigo contra cualquier oponente... incluyendo esta maldita droga.

Ella sacudió la cabeza como si él estuviera diciendo sinsentidos. —No quiero que estés conmigo por un juramento, o porque pienses que necesitas protegerme, o porque crees que me debes alguna estúpida deuda de sangre.

—Nina... —empezó, luego se detuvo—. Nina, estoy contigo porque me dejaste estar contigo. No hay honor más grande que estar a tu lado.

—Honor, deber. Lo comprendo.

Él podía soportar el temperamento de ella, pero su decepción era inaceptable. Matthias solo conocía el lenguaje de la guerra. No tenía palabras para esto. —Conocerte fue un desastre.

Ella elevó una ceja. —Gracias.

Djel, era terrible en esto. Tartamudeó, intentando hacerla entender. —Pero estoy agradecido cada día por ese desastre. Necesitaba un cataclismo para sacudirme de la vida que conocía. Tú fuiste un terremoto, una avalancha.

—Yo —dijo ella, plantando una mano en la cadera—, soy una flor delicada.

—No eres una flor, eres cada flor en el bosque floreciendo a la vez. Eres un maremoto. Eres una estampida. Eres sobrecogedora. Abrumadora.

—¿Y qué preferirías? —dijo, con los ojos ardientes, el más ligero temblor en la voz—. ¿Una decorosa chica fjeriana que viste cuellos altos y se sumerge en agua fría cada vez que tiene la urgencia de hacer algo emocionante?

—¡Eso no es lo que quise decir!

Ella se acercó más a él. De nuevo, sus ojos se desviaron a los guardias. Tenían las espaldas giradas, pero Matthias sabía que debían estar escuchando, sin importar qué lenguaje él y Nina estuvieran hablando. —A qué le tienes tanto miedo? —lo retó—. No los mires a ellos, Matthias. Mírame a mí.



Miró. Era una lucha *no* mirar. Le encantaba ver sus ropas fjerdanas, el pequeño chaleco de lana, el movimiento circular de sus faldas. Sus ojos verdes eran brillantes, sus mejillas rosas, sus labios estaban ligeramente separados. Era demasiado fácil imaginarse arrodillándose como un penitente frente a ella, dejando que sus manos se deslizaran por las curvas blancas de sus pantorrillas, levantando esas faldas, más allá de sus rodillas hasta la piel cálida de sus muslos. Y la peor parte es que sabía lo bien que se sentiría la piel de ella. Cada célula en su cuerpo recordaba la presión de su cuerpo desnudo esa primera noche en el campamento ballenero. —Yo... no hay nadie a quien desee más; no hay nada que desee más que ser abrumado por ti.

—¿Pero no quieres besarme?

Él inhaló lentamente, intentando ordenar sus pensamientos. Todo esto era equivocado.

—En Fjorda... —empezó.

—No estamos en Fjorda.

Necesitaba hacerla comprender. —En Fjorda —insistió—, les habría pedido permiso a tus padres para salir a caminar contigo.

—No he visto a mis padres desde que era una niña.

—Habríamos tenido chaperona. Yo habría cenado con tu familia al menos tres veces antes que nos dejaran a solas.

—Ahora estamos a solas, Matthias.

—Te habría traído regalos.

Nina inclinó la cabeza a un lado. —Continúa.

—Rosas de invierno si podía permitírmelas, un peine de plata para tu cabello.

—No necesito esas cosas.

—Pasteles de manzana con crema dulce.



—Creí que los *driiskelle* no comían dulces.

—Todos serían para ti —dijo.

—Tienes mi atención.

—Nuestro primer beso sería en un bosque iluminado por el sol o bajo un cielo estrellado después de una danza de la villa, no en una tumba o algún sótano húmedo y oscuro con guardias en la puerta.

—Déjame entender bien esto —dijo Nina—. ¿No me has besado porque el escenario no es apropiadamente romántico?

—Esto no es sobre *romance*. Un beso decoroso, un cortejo decoroso. Existe una forma en que estas cosas deberían hacerse.

—¿Para los ladrones decorosos? —Las comisuras de su hermosa boca se curvaron y por un momento temió que ella se riera de él, pero sencillamente sacudió la cabeza y se acercó más. Ahora su cuerpo estaba a menos de un respiro de distancia del suyo. La necesidad de cerrar ese retazo de distancia era enloquecedora.

—El primer día que aparecieras en mi casa para este cortejo decoroso, yo te habría arrinconado en la alacena —dijo—. Pero por favor, cuéntame más sobre las chicas fjerdanas.

—Hablan bajito. No se meten en coqueteos con cada hombre que conocen.

—También coqueteo con las mujeres.

—Creo que coquetearías con una palmera si te prestara algo de atención.

—Si coqueteara con una planta, puedes apostar a que se levantaría y lo notaría.
¿Estás celoso?

—Todo el tiempo.

—Me alegra. ¿Qué estás mirando, Matthias? —El bajo retumbar de su voz vibró directamente a través de él.



Él mantuvo los ojos en el techo, susurrando bajito. —Nada.

—Matthias, ¿estás rezando?

—Posiblemente.

—¿Para controlarte? —dijo dulcemente.

—Realmente eres una bruja.

—No soy decorosa, Matthias.

—Estoy consciente de eso. —Miserable, profunda, hambrientamente consciente.

—Y lamento informártelo, pero tú tampoco eres decoroso.

Ahora, la mirada de él bajo a la suya. —Yo...

—¿Cuántas reglas has roto desde que me conociste? ¿Cuántas leyes? No serán las últimas. Nada respecto a nosotros será decoroso —dijo. Inclinó la cabeza hacia la de él. Tan cerca ahora que era como si ya se estuvieran tocando—. Ni la forma en que nos conocimos, ni la vida que llevemos, y no la forma en que nos besemos.

Ella se puso de puntillas, y así de fácil, su boca estaba contra la suya. Era apenas un beso... solo una rápida y alarmante presión de sus labios.

Antes que ella pudiera siquiera pensar en apartarse, él la estaba sujetando. Sabía que probablemente estaba haciendo todo incorrectamente, pero no pudo importarle, porque ella estaba en sus brazos, sus labios estaban separados, sus manos enredándose alrededor de su cuello, y dulce Djel, su lengua estaba en la boca de él. No era de extrañar que los fjerdanos fueran tan precavidos sobre el cortejo. Si Matthias podía estar besando a Nina, sintiendo su mordisco en su labio con sus dientes habilidosos, sentir su cuerpo apretado contra el suyo, escucharla liberar ese pequeño suspiro en el fondo de la garganta, ¿por qué se molestaría en hacer otra cosa? ¿Por qué lo haría alguien?

—Matthias —dijo Nina sin respiración, y entonces se estaban besando de nuevo.



Ella era dulce como la primera lluvia, exuberante como pradera reverdecida. Sus manos se curvaron en la espalda de ella, trazando su figura, la línea de su columna, el ensanchamiento enfático de sus caderas.

—*Matthias* —dijo más insistente, apartándose.

Él abrió los ojos, seguro que había cometido algún error terrible. Nina se estaba mordiendo el labio inferior... estaba rosa e hinchado. Pero estaba sonriendo, y sus ojos chispeaban. —¿Hice algo mal?

—Para nada, glorioso *babink*, pero...

Zoya se aclaró la garganta. —Me alegra que ustedes dos encontraran una forma de pasar el tiempo mientras esperaban.

Su expresión era puro disgusto, pero junto a ella, Genya lucía como si estuviera a punto de explotar de alegría.

—¿Tal vez deberías bajar me? —sugirió Nina.

La realidad se estrelló contra Matthias... las miradas sabihondas de los guardias, Zoya y Genya en el umbral, y el hecho de que en el acto de besar a Nina Zenik con el deseo acumulado de un año, la había levantado del suelo.

Una oleada de vergüenza lo atravesó. ¿Qué fjerdano haría algo semejante? Suavemente, liberó su agarre sobre los magníficos muslos de ella y la dejó deslizarse hasta el suelo.

—*Desvergonzado* —susurró Nina, y él sintió que las mejillas se le ponían rojas.

Zoya rodó los ojos. —Estamos haciendo un trato con un par de adolescentes locos de amor.

Matthias sintió otra oleada de calor en la cara, pero Nina solo ajustó su peluca y dijo: —¿Entonces aceptarán nuestra ayuda?



Les tomó un tiempo corto planear la logística de cómo se desarrollaría la noche. Ya que podría no ser seguro para Nina regresar a la taberna, una vez que tuviera la información sobre dónde y cuándo abordar el barco de Van Eck, mandaría un mensaje a la embajada... probablemente vía Inej, ya que el Espectro podía ir y venir sin ser vista. Los refugiados permanecerían ocultos el mayor tiempo posible, luego Genya y Zoya los llevarían al puerto.

—Estén preparados para una pelea —dijo Matthias—. Los shu estarán observando este sector de la ciudad. No han tenido la temeridad de atacar la embajada o el mercado aún, pero solo es una cuestión de tiempo.

—Estaremos listos, fjerdano —dijo Zoya, y en su mirada, él vio el acero de una comandante nata.

En su camino de salida de la embajada, Nina encontró a la Cardio de ojos dorados que había sido parte de la emboscada en la taberna. Era shu, con una corta mata de cabello negro, y vestía un par de delgadas hachas plateadas en las caderas. Nina le había dicho que ella era la única Corporalnik entre los refugiados Grisha y diplomáticos.

—¿Tamar? —dijo Nina tentativamente—. Si los Kherguud vienen, no debes permitir que te lleven. Una Cardio en posesión de los shu y bajo la influencia de *parem*, irrevocablemente podría decantar las cosas a su favor. No puedes imaginar el poder de esta droga.

—Nadie me capturará viva —dijo la chica. Deslizó una diminuta tableta amarillo pálido de su bolsillo, mostrándola entre sus dedos.

—¿Veneno?

—La propia creación de Genya. Mata instantáneamente. Todos la tenemos. — Se la tendió a Nina—. Tómala. Solo por si acaso. Yo tengo otra.

—Nina... —dijo Matthias.

Pero Nina no vaciló. Deslizó la píldora en el bolsillo de su falda antes que Matthias pudiera decir otra palabra de protesta.



Salieron del sector de gobierno, apartándose de los tenderetes del mercado y manteniéndose bien lejos de la taberna, donde la *vigilancia* se había reunido.

Matthias se dijo que estuviera alerta, enfocarse en regresarlos a salvo a Velo Negro, pero no pudo dejar de pensar en la píldora amarillo pálido. La visión de ella había traído de vuelta el sueño tan vívido como siempre, el hielo del norte, Nina perdida y Matthias impotente para salvarla. Había incinerado por completo la alegría desenfrenada de su beso.

El sueño había comenzado en el barco, cuando Nina estaba en los peores estertores de su lucha con *parem*. Ella había estado en un ataque esa noche, con el cuerpo temblando, la ropa empapada de sudor.

No eres un buen hombre, había gritado ella. Eres un buen soldado, y lo triste es que ni siquiera conoces la diferencia. Ella había sido miserable después, sollozando, enferma de hambre, enferma de arrepentimiento. *Lo siento,* había dicho. *No lo dije en serio. Sabes que no lo dije en serio.* Y un momento después: *Si tan solo me ayudaras.* Sus hermosos ojos estaban llenos de lágrimas, y en la débil luz de las linternas, su piel pálida había parecido bañada de escarcha. *Por favor, Matthias, tengo tanto dolor. Ayúdame.* Él habría hecho cualquier cosa, intercambiado cualquier cosa para tranquilizar su sufrimiento, pero había jurado que no le daría más *parem*. Había hecho un juramento de que no la dejaría convertirse en una esclava de la droga, y él tenía que honrarlo, sin importar lo que le costara.

*No puedo, mi amor, había susurrado él, presionando una toalla fría en su frente. No puedo conseguirte más *parem*. Hice que cerraran la puerta desde el exterior.*

En un destello, la cara de ella cambió, sus ojos fueron como rendijas. *Entonces derriba la jodida puerta, inútil skiv.*

No.



Ella le escupió en la cara.

Horas después, ella había estado en silencio, su energía agotada, triste pero coherente. Se había tendido de costado, sus párpados de un tono amoratado de violeta, el aliento le salía en jadeos superficiales, y dijo: —Háblame.

—¿Sobre qué?

—Sobre cualquier cosa. Cuéntame sobre los *isenulf*.

Él no debería haberse sorprendido que ella supiera de los *isenulf*, los lobos blancos criados para acompañar en batalla a los *driuskelle*. Eran más grandes que lobos ordinarios, y aunque estaban entrenados para obedecer a sus amos, nunca perdían la cualidad salvaje e indómita que los separaba de sus distantes primos domesticados.

Había sido difícil pensar en Fjerda, la vida que había dejado atrás definitivamente, pero se hizo hablar, ansioso por cualquier forma de distraerla. —A veces hay más lobos que *driuskelle*, a veces más *driuskelle* que lobos. Los lobos deciden cuándo aparearse, con poca influencia del criador. Son demasiado obstinados para eso.

Nina había sonreído, luego hecho una mueca de dolor. —Continúa —había susurrado.

—La misma familia ha estado criando a los *isenulf* durante generaciones. Viven muy al norte, cerca de Stenrink, el Anillo de Piedras. Cuando una nueva camada llega, nosotros viajamos a pie y por trineo, y cada *driuskelle* elige un cachorro. Desde entonces, cada uno es la responsabilidad del otro. Luchan juntos, duermen en las mismas pieles, tus raciones son las raciones de tu lobo. Él no es tu mascota. Es un guerrero como tú, un hermano.

Nina se estremeció, y Matthias sintió una enfermiza oleada de vergüenza. En una batalla con los Grisha, los *isenulf* podían ayudar a equilibrar las probabilidades para un *driuskelle*, entrenado para venir en su ayuda y desgarrar la garganta de su atacante. El poder de los Cardios no parecía tener efecto en animales. Una Grisha como Nina sería virtualmente impotente bajo el ataque de un *isenulf*.



—¿Y qué tal si algo le sucede al lobo? —preguntó Nina.

—Un *driuskelle* puede entrenar un nuevo lobo, pero es una pérdida terrible.

—¿Qué le sucede al lobo si su *driuskelle* es asesinado?

Matthias se quedó en silencio durante un rato. No deseaba pensar en esto. Trass había sido la criatura de su corazón.

—Son regresados a la naturaleza, pero nunca serán aceptados por ninguna manada. —¿Y qué era un lobo sin una manada? Los *isenulf* no estaban hechos para vivir solos.

¿Cuándo los otros *driuskelle* habían decidido que Matthias estaba muerto? ¿Había sido Brum el que había llevado a Trass al hielo del norte? La idea de su lobo abandonado, aullando por Matthias para que viniera y lo llevara a casa, le talló un hueco doloroso en el pecho. Se sentía como si algo se hubiera roto allí y dejado un eco, el solitario crujir de una rama demasiado pesada por la nieve.

Como si ella hubiera percibido su dolor, Nina había abierto los ojos, el verde pálido de un capullo a punto de abrirse, el color que lo había devuelto del hielo. —¿Cuál era su nombre?

—Trassel.

La comisura de sus labios se inclinó. —Alborotador.

—Nadie más lo quería.

—¿Era el más pequeño de la camada?

—No —dijo Matthias—. Lo opuesto.

Había tomado más de una semana de duro viaje alcanzar el Anillo de Piedras. Matthias no había disfrutado el viaje. Él tenía doce años de edad, nuevo a los *driuskelle*, y cada día había pensado en huir. No le molestaba el entrenamiento. Las horas pasadas corriendo y haciendo esgrima ayudaba a mantener a raya el anhelo que sentía por su



familia. Deseaba ser un oficial. Deseaba combatir Grisha. Deseaba una oportunidad para traer honor al recuerdo de sus padres y su hermana. Los *driuskelle* le habían dado propósito. ¿Pero el resto? ¿Las bromas en el comedor? ¿Las interminables charlas jactándose sin sentido? Eso no le servía de nada. Él tenía una familia. Estaban enterrados debajo de la tierra negra, sus almas idas a Djel. Los *driuskelle* eran meramente un medio para un fin.

Brum le había advertido que nunca se convertiría en un verdadero *driuskelle* si no aprendía a ver a los otros chicos como sus hermanos, pero Matthias no creía eso. Él era el más grande, el más fuerte, el más rápido. No necesitaba ser popular para sobrevivir.

Había montado en la parte trasera del trineo durante todo el viaje, acurrucado en sus pieles, sin hablarle a nadie, y cuando finalmente habían llegado al Anillo de Piedras, se había quedado rezagado, inseguro de sí mismo mientras los otros *driuskelle* iban corriendo al gran granero, gritando y empujándose unos a otros, cada uno de ellos arrojándose a la pila de lobeznos blancos agitados, con sus ojos como trozos de hielo azul.

La verdad era que deseaba desesperadamente un lobezno, pero sabía que tal vez no habría suficientes para todos. Dependía del criador qué chico se emparejaba con cada cachorro y quién iba a casa con las manos vacías. Muchos de los chicos ya estaban hablando con la anciana, intentando encantarla.

—¿Ve? A este le gusto.

—¡Mire! ¡mire! ¡Conseguí que se sentara!

Matthias sabía que debería intentar ser afable, hacer alguna clase de esfuerzo, pero en su lugar se encontró atraído a las casetas en la parte trasera del granero. En el rincón, en una jaula de alambres, captó un destello amarillo... luz reflejada de un par de ojos cautelosos. Se acercó más y vio un lobo, ya no un cachorro, pero aún no del todo crecido. Gruñó cuando Matthias se acercó a la jaula, con los pelos del pescuezo erizados, la cabeza baja, los dientes desnudos. El joven lobo tenía una larga cicatriz a través del morro. Atravesaba su ojo derecho y cambiaba parte del iris de azul a castaño moteado.



—No quieres tener nada que ver con ese —dijo la criadora.

Matthias no sabía cuándo ella se había deslizado detrás de él. —¿Él puede ver?

—Puede, pero no le gusta la gente.

—¿Por qué no?

—Salió cuando aún era un cachorro. Cruzó tres kilómetros de campos helados. Un niño lo encontró y lo cortó con una botella rota. No deja que nadie se acerque a él desde entonces, y se está poniendo demasiado mayor para entrenarlo. Probablemente tendré que dormirlo pronto.

—Déjeme llevármelo.

—Te hará pedazos en vez de dejar que lo alimentes, chico. Tendremos un cachorro para ti la próxima vez.

Tan pronto la mujer se alejó, Matthias abrió la jaula. E igual de rápido, el lobo se arrojó hacia delante y lo mordió.

Matthias deseaba gritar mientras los dientes del lobo se hundían en su antebrazo. Cayó al suelo, con el lobo encima de él, el dolor más allá de cualquier cosa que hubiera conocido. Pero no hizo un sonido. Sostuvo la mirada del lobo mientras sus dientes se hundían a mayor profundidad en el músculo de su brazo, un gruñido retumbaba a través del pecho del animal.

Matthias sospechaba que las mandíbulas del lobo eran lo bastante fuertes para romper hueso, pero no luchó, no gritó, no dejó caer la mirada. *No te lastimaré, juró, incluso si tú me lastimas.*

Pasó un largo momento, y luego otro. Matthias podía sentir que la sangre empapaba su manga. Creyó que tal vez perdería la conciencia.

Entonces, lentamente, las mandíbulas del lobo se liberaron. El animal se sentó, el pelo blanco de su morro empapado en la sangre de Matthias, con la cabeza ladeada. El lobo liberó una bocanada de aliento.



—También gusto en conocerte —dijo Matthias.

Él se sentó cuidadosamente, vendó su brazo con el borde de su camisa, y luego él y su lobo, ambos cubiertos de sangre, caminaron de vuelta a donde los otros estaban jugando en una pila de lobeznos y uniformes grises.

—Este es mío —dijo cuándo todos se giraron a mirar, y la anciana sacudió la cabeza. Entonces Matthias se desmayó.

Esa noche, en el barco, Matthias le había contado a Nina sobre Trassel, su naturaleza feroz, su cicatriz irregular. Eventualmente, ella se había adormilado y Matthias había permitido que sus ojos se cerraran. El hielo estaba esperando. El viento mortal venía con dientes blancos, los lobos aullaban en la distancia, y Nina gritaba, pero Matthias no podía ir hacia ella.

El sueño había venido cada noche desde entonces. Era difícil no verlo como alguna clase de presagio, y cuando Nina casualmente había dejado caer esa píldora amarilla en su bolsillo, había sido como observar la tormenta avanzar: el rugido del viento llenando sus orejas, el frío clavándose en sus huesos, la certeza de que iba a perderla.

—La *parem* podría ya no funcionar en ti —dijo ahora. Finalmente habían alcanzado el canal desierto donde habían amarrado la *gondela*.

—¿Qué?

—Tu poder ha cambiado, ¿no?

Las pisadas de Nina trastabillaron. —Sí.

—¿Debido a *parem*?

Ahora Nina se detuvo. —¿Por qué me estás preguntando esto?



No deseaba preguntarle. Deseaba besarla de nuevo. Pero dijo: —Si fueras capturada, los shu tal vez no serían capaces de utilizar la droga para esclavizarte.

—O podría ser igual de malo que antes.

—Esa píldora, el veneno que Tamar te dio...

Nina descansó una mano sobre su brazo. —No voy a ser capturada, Matthias.

—Pero si lo fueras...

—No sé lo que la *parem* me hizo. Tengo que creer que los efectos se desvanecerán con el tiempo.

—¿Y si no?

—Tienen que —dijo, con la frente arrugada—. No puedo vivir así. Es como... ser solo la mitad de mí. Aunque...

—Aunque? —urgió él.

—El anhelo no es tan malo ahora mismo —dijo, como dándose cuenta ella misma—. De hecho, apenas he pensado en *parem* desde la pelea en la taberna.

—¿Utilizar el nuevo poder ayudó?

—Tal vez —dijo precavida—. Y... —frunció el ceño. Matthias escuchó un gruñido bajo y retumbante.

—¿Ese fue tu *estómago*?

—Lo fue. —La cara de Nina se partió en una sonrisa cegadora—. Matthias, estoy famélica.

¿De verdad podía estarse curando finalmente? ¿O lo que había hecho en la taberna le había regresado el apetito? No le importaba. Solo estaba alegre que estuviera sonriendo de esa forma. La levantó y la giró en el aire.



—Vas a luxarte algo si continúas haciendo eso —dijo ella con otra sonrisa radiante.

—Eres tan ligera como una pluma.

—No quisiera ver esa ave. Ahora vayamos a conseguirme una pila de gofres el doble de alta que tú. Yo...

Se quedó callada, el color se drenó de su cara. —Oh, Santos.

Matthias siguió su mirada sobre el hombro y se descubrió mirando a sus propios ojos. Un cartel había sido pegado a la pared, blasonado con un esbozo perturbadoramente preciso de su cara. Encima y a un lado de la ilustración, escrito en varios lenguajes diferentes, había una sola palabra: BUSCADO

Nina arrancó el cartel de la pared. —Se supone que estás muerto.

—Alguien debió pedir ver el cuerpo de Muzzen antes de incinerarlo. —Tal vez los fjerdanos. Tal vez sencillamente alguien en la prisión. En la parte inferior había más palabras impresas en kerch que Matthias no podía leer, pero entendió su propio nombre y el número lo bastante bien—. Cincuenta mil *kruge*. Están ofreciendo una recompensa por mi captura.

—No —dijo Nina. Señaló el texto debajo del gran número y tradujo—: *Buscado: Matthias Helvar. Muerto o vivo. Le han puesto un precio a tu cabeza.*





Traducido por Victor Wolf

Cuando Nina y Matthias entraron intempestivamente en la tumba, Jesper quiso saltar de la mesa y bailar un vals con ambos. Había pasado la última hora tratando de explicarle a Kuwei cómo iban a llegar a la embajada, y empezaba a tener la impresión de que el chico se estaba haciendo el tonto, posiblemente porque estaba disfrutando de los ridículos gestos que Jesper estaba haciendo.

—¿Podrías repetir la última parte? —dijo Kuwei ahora, inclinándose un poco demasiado cerca.

—Nina —dijo Jesper—. ¿Puedes ayudar a facilitar este intercambio?

—Gracias a todos los Santos —dijo Inej, dejando su trabajo en la mesa con Wylan y Kaz. Estaban ensamblando la masa de alambres y engranajes que Kaz había robado del Cirkus Zirkoa. Wylan había pasado las últimas dos horas haciendo modificaciones para asegurar la integridad de Inej en los silos, conectando las abrazaderas magnetizadas que se sujetarían a sus costados metálicos.

—Por qué sigues mirándolo fijamente? —preguntó Kuwei—. Luzco exactamente igual a él. Podrías mirarme a mí.

—No lo estoy mirando fijamente —protestó Jesper—. Estoy... supervisando su trabajo. —Mientras más pronto Kuwei subiera a ese barco, mejor sería. La tumba empezaba a sentirse llena de gente.

—Lograste contactar con los refugiados? —preguntó Inej, haciendo señas a Nina para que se sentara.



—Todo salió muy bien —dijo Nina—. Dejando de lado el romper algunas ventanas y casi recibir un disparo.

Kaz levantó la vista de la mesa, mostrando su interés.

—¿Grandes problemas en Pequeña Ravka? —preguntó Jesper.

—Nada que no pudiéramos manejar —dijo Nina—. Por favor, dime que hay algo para comer.

—¿Tienes hambre? —dijo Inej.

Todos miraron a Nina. Ella hizo una reverencia. —Sí, sí, Nina Zenik tiene hambre. Ahora, ¿alguien me dará de comer antes de que me vea obligada a cocinar a uno de ustedes?

—No seas ridícula —dijo Jesper—. No sabes cómo cocinar.

Inej ya estaba esculcando entre lo que quedaba de su reserva de alimentos, poniendo las escasas ofrendas de bacalao, carne seca y galletas rancias ante Nina.

—¿Qué pasó en la taberna? —preguntó Kaz.

—Los refugiados están escondidos en la embajada —dijo Matthias—. Nos encontramos...

—A su líder —dijo Nina—. Estarán esperando noticias de nosotros. —Se metió dos galletas dentro de la boca—. Esto sabe horrible.

—Come más despacio —dijo Matthias—. Te vas a ahogar.

—Vale la pena —dijo Nina, luchando por tragiar.

—¿Por galletas?

—Estoy fingiendo que son una tarta. ¿Cuándo sale el barco?



—Encontramos un cargamento de melaza hacia Os Kervo que se marcha a las once campanadas —dijo Inej—. Specht está trabajando en los documentos ahora mismo.

—Bien —dijo Nina, mientras arrancaba un trozo de papel de su bolsillo y lo estampaba sobre la mesa. Un bosquejo de Matthias los miraba desde la mesa—. Tenemos que salir de la ciudad tan pronto como sea posible.

—Maldita sea —dijo Jesper—. Kaz y Wylan siguen a la cabeza. —Hizo un gesto hacia donde habían pegado el resto de los carteles de «Se busca»: Jesper, Kaz e Inej, todos estaban allí. Van Eck aún no se había atrevido a colocar la cara de Kuwei Yul-Bo sobre cada superficie de Ketterdam, pero había tenido que mantener la farsa de que buscaba a su hijo, así que también había un cartel que ofrecía una recompensa por el regreso seguro de Wylan Van Eck. Mostraba sus rasgos antiguos, pero Jesper no creía que tuvieran mucha semejanza. Solo Nina no estaba entre los carteles. Ella nunca había conocido a Van Eck, y aunque tenía conexiones con los Indesables, era posible que no supieran de su participación.

Matthias examinó los carteles. —¡Cien mil *krugel*! —Le lanzó una mirada de incredulidad a Kaz—. Tú difícilmente vales eso.

El tintineo de una sonrisa tiró de los labios de Kaz. —Como el mercado lo dicte.

—Dímelo a mí —dijo Jesper—. Ellos solo ofrecen treinta mil por mí.

—Sus vidas están en juego —dijo Wylan—. ¿Cómo pueden actuar como si fuera una competencia?

—Estamos atrapados en una tumba, mercito. Tomas la acción donde la encuentres.

—Tal vez deberíamos ir a Ravka —dijo Nina, golpeando el cartel de «Se busca» de Inej—. No es seguro que te quedes aquí.

—No es una mala idea —dijo Kaz.



Inej le lanzó una rápida mirada. —¿Irás a Ravka?

—De ninguna manera. Permaneceré aquí con un perfil bajo. Quiero ver cómo la vida de Van Eck se deshace cuando caiga el mazo.

—Pero tu podrías venir —dijo Nina a Inej—. ¿Jesper? Podríamos llevar a Colm también.

Jesper pensó en su padre, atrapado en alguna suite lujosa en el Geldrenner, probablemente desgastando la alfombra hasta la duela con su ir y venir. Habían transcurrido solo dos días desde que había visto desaparecer la espalda ancha de su padre entre las tumbas mientras Rotty lo llevaba lejos de Velo Negro, pero parecía mucho más tiempo. Desde entonces, Jesper casi había sido asesinado por los cazadores de Grisha y tenía un precio puesto por su cabeza. Pero si podían hacer este trabajo esta noche, su padre no tendría que saber nada de eso.

—De ninguna manera —dijo Jesper—. Quiero que Pá obtenga su dinero lo más rápido posible y luego regrese a Novyi Zem. No voy a dormir tranquilo hasta que esté a salvo en la granja. Nos esconderemos en su hotel hasta que Van Eck haya sido desacreditado y el mercado del azúcar se vuelva loco.

—¿Inej? —dijo Nina.

Todos miraron al Espectro, excepto Jesper. Él observó a Kaz, curioso por ver cómo reaccionaría ante la perspectiva de que Inej abandonara la ciudad. Pero la expresión de Kaz era impasible, como si esperara escuchar a qué hora se serviría la cena.

Inej sacudió la cabeza. —Cuando vaya a Ravka, será en mi propio barco, pilotado por mi propia tripulación.

Jesper arqueó las cejas. —¿Desde cuándo eres marinero?, ¿Y qué persona sana querría pasar más tiempo en un barco?

Inej sonrió. —He oído decir que esta ciudad enloquece a la gente.



Kaz sacó su reloj del chaleco. —Comenzaremos a las ocho campanadas. Van Eck reunirá al Consejo Mercante en su casa para una reunión esta noche.

—¿Crees que van a dedicar más recursos a la búsqueda de Wylan? —preguntó Nina.

—Probablemente. Ya no es nuestra preocupación. El ruido y la gente que va y viene proporcionará una buena cobertura para que Wylan y yo obtengamos el sello de la caja fuerte. Nina e Inej entrarán en Arrecife Dulce al mismo tiempo. Los guardias patrullan el perímetro de los silos constantemente, y les toma alrededor de doce minutos dar la vuelta alrededor de la valla. Siempre dejan a alguien para vigilar la puerta, así que sean inteligentes al acercarse. —Colocó una pequeña botella con tapón sobre la mesa—. Esto es extracto de café. Kuwei, Nina, Jesper, quiero que todos ustedes lleven un montón. Si esos soldados shu realmente pueden oler a los Grisha, esto podría despistarlos.

—¿Café? —preguntó Kuwei, sacando el corcho y olfateando tentativamente.

—Astuto —dijo Jesper—. Solíamos empaquetar envíos ilegales de jurda y especias en café molido para despistar a los perros de la *vigilancia*. Confunde sus narices.

Nina tomó la botella y colocó una cantidad generosa del extracto detrás de sus orejas y en sus muñecas. —Esperemos que los Kherguud funcionen de la misma manera.

—Es mejor que tus refugiados estén preparados —dijo Kaz—. ¿Cuántos hay?

—Menos de lo que pensábamos. Quince y um ... algunas de las personas de la embajada también. Un total de diecisiete.

—Además de ti, Matthias, Wylan y Kuwei. Veintiuno. Specht falsificará la carta en consecuencia.

—Yo no voy a ir —dijo Wylan.

Jesper se apretó los dedos para mantenerlos quietos. —¿No?

—No dejaré que mi padre me saque de esta ciudad de nuevo.



—¿Por qué todos están tan decididos a quedarse en esta miserable ciudad? —gruñó Nina.

Jesper inclinó la silla hacia atrás, estudiando a Kaz. No le había sorprendido que Wylan quisiera quedarse en Ketterdam. —Tu sabías —dijo, juntando las piezas—. Sabías que la madre de Wylan estaba viva.

—¿La madre de Wylan está viva? —dijo Nina.

—¿Por qué crees que los dejé ir a Olendaal? —preguntó Kaz.

Wylan parpadeó. —Y sabías que yo estaba mintiendo sobre la cantera.

Jesper sintió una punzada de rabia. Una cosa era que Kaz jugara con él, pero Wylan no era como el resto de ellos. A pesar de la mala mano que había tenido con su padre, Wylan no había dejado que sus circunstancias o esta ciudad le hicieran perder la bondad. Aún creía que la gente podía hacer lo correcto. Jesper señaló con un dedo a Kaz. —No deberías haberlo enviado así a Santa Hilde. Fue cruel.

—Fue necesario.

Los puños de Wylan se cerraron. —¿Por qué?

—Porque todavía no entendías lo que es realmente tu padre.

—Podrías habérmelo dicho.

—Estabas enojado. El enojo se desvanece. Te necesitaba deseoso de justicia.

Wylan cruzó los brazos. —Bueno, ahora me tienes.

Kaz unió las manos sobre su bastón. —Se está haciendo tarde, así que todo el mundo haga a un lado sus pañuelos de *Pobre Wylan* y enfóquense en la tarea que tienen a mano. Matthias, Jesper y Kuwei partirán a la embajada a las nueve y media. Se acercarán desde el canal. Jesper, eres alto, moreno y sobresaliente demasiado...

—Todos los sinónimos de delicioso.



—Y eso significa que tendrás que ser dos veces más cuidadoso.

—Siempre hay un precio que se debe pagar por la grandeza.

—Trata de tomar esto en serio —dijo Kaz, la voz como una hoja oxidada. ¿Era esa preocupación real? Jesper trató de no preguntarse si era por él o por el trabajo—. Muévanse rápidamente y lleven a todos a los muelles no antes de las diez. No quiero que todos se queden dando vueltas, llamando la atención. Nos reunimos en el Tercer Puerto, en quince minutos. El barco se llama el *Verrhader*. Navega la ruta de Kerch a Ravka varias veces al año. —Se levantó—. Sean inteligentes y permanezcan tranquilos. Nada de esto funciona si Van Eck se pone alerta.

—Y manténganse a salvo —agregó Inej—. Quiero celebrar con todos ustedes cuando ese barco salga del puerto.

Jesper también lo quería. Quería verlos a salvo del otro lado después de esta noche. Levantó la mano. —¿Habrá champán?

Nina se terminó la última de las galletas, lamiéndose los dedos. —Yo estaré allí, y soy efervescente.

Después de eso, no había nada que hacer, más que terminar de empacar su equipo. No habría un gran adiós.

Jesper se acercó a la mesa donde Wylan empacaba su morral y fingía buscar algo que necesitaba en la pila de mapas y documentos.

Vaciló y luego dijo: —Podrías quedarte conmigo y con Pá. Si túquieres. En el hotel. Si necesitas un lugar para esperar a que todo acabe.

—¿De verdad?

—Seguro —dijo Jesper con un encogimiento de hombros que no se sentía bien sobre sus hombros—. Inej y Kaz también. No podemos esparcirnos todos antes de que se dicte el castigo.



—¿Y después de eso? Cuando se pague el préstamo de tu padre ¿Volverás a Novyi Zem?

—Debería.

Wylan esperó. Jesper no tenía respuesta para él. Si regresaba a la granja, estaría lejos de las tentaciones de Ketterdam y del Barril. Pero podría encontrar un nuevo tipo de problemas. Y habría tanto dinero. Incluso después de que el préstamo fuera pagado, todavía habría más de tres millones de *kruge*. Se encogió de hombros de nuevo. —Kaz es el planificador.

—Claro —dijo Wylan, pero Jesper pudo ver la decepción en su rostro.

—¿Supongo que tienes todo tu futuro decidido?

—No. Solo sé que voy a sacar a mi madre de ese lugar y tratar de construir una especie de vida para nosotros. —Wylan asintió con la cabeza a los carteles en la pared—. ¿Es esto realmente lo que quieras?, ¿ser un criminal?, ¿seguir saltando desde tu siguiente recompensa a la próxima pelea y a la siguiente casi victoria?

—¿Honestamente? —Jesper sabía que a Wylan probablemente no iba a gustarle lo que diría a continuación.

—Es el momento —dijo Kaz desde la puerta.

—Sí, esto es lo que quiero —dijo Jesper. Wylan se colocó el morral sobre el hombro, y sin pensarlo, Jesper extendió la mano y desató la correa. Pero Wylan no lo soltó—. Pero no es todo lo que quiero.

—Ahora —dijo Kaz.

Le voy a pegar en su dura cabeza con ese bastón. Jesper soltó la correa. —Sin llantos.

—Sin funerales —dijo Wylan en voz baja. Él y Kaz desaparecieron por la puerta.

Nina e Inej fueron las siguientes. Nina había desaparecido en uno de los pasajes para cambiarse el ridículo traje de fjerdana y ponerse unos pantalones prácticos, un



abrigo y una túnica, todo de hechura ravkana. Había llevado a Matthias con ella y había emergido arrugada y sonrosada varios minutos después.

—¿Están enfocados en la tarea? —Jesper no pudo resistirse a preguntar.

—Le estoy enseñando a Matthias todo sobre la diversión. Es un excelente estudiante. Diligente en sus lecciones.

—Nina... —advirtió Matthias.

—Tiene problemas de actitud. Muestra espacio para mejorar.

Inej empujó la botella de extracto de café hacia Jesper. —Trata de ser cauteloso esta noche, Jes.

—Soy tan bueno siendo prudente como Matthias es bueno teniendo diversión.

—Soy perfectamente bueno teniendo diversión —Matthias gruñó.

—Perfectamente —dijo Jesper.

Había más que quería decirles a todos ellos, en su mayoría a Inej, pero no delante de los demás. *Tal vez nunca*, admitió. Le debía una disculpa a Inej. Su descuido les había llevado a una emboscada en el Quinto Puerto antes de partir para el trabajo de la Corte de Hielo, y el error casi le había costado la vida al Espectro. Pero, ¿cómo demonios te disculpas por eso?, *Lamento que casi te apuñalaran. ¿Quién quiere gofres?*

Antes de que pudiera meditar más, Inej le había plantado un beso en la mejilla, Nina había apuntado un gesto de un solo dedo a la pared de carteles buscados, y Jesper estaba atrapado esperando las nueve y media campanadas, mirando a Kuwei y un ansioso Matthias.

Kuwei comenzó a reorganizar los cuadernos en su mochila.

Jesper se sentó a la mesa. —¿Necesitas todo eso?

—Los necesito —dijo Kuwei—. ¿Has estado en Ravka?



El pobre niño está asustado, pensó Jesper. —No, pero tendrás a Nina y a Matthias contigo.

Kuwei miró a Matthias y susurró: —Es muy severo.

Jesper tuvo que reírse. —Él no es lo que yo llamaría festivo, pero tiene algunas buenas cualidades.

—Puedo oírté, Fahey —murmuró Matthias.

—Bien. Odiaría tener que gritar.

—¿No estás siquiera preocupado por los demás? —preguntó Matthias.

—Por supuesto. Pero todos estamos ya grandecitos. El tiempo para preocuparse ha terminado. Ahora llegamos a la parte divertida —dijo, golpeando sus armas—. El hacer.

—O el morir —murmuró Matthias—. Tú sabes tan bien como yo que Nina no está en su mejor momento.

—Ella no tiene que estarlo esta noche. La idea es no entrar en una pelea, por desgracia.

Matthias dejó de rondar y se sentó a la mesa frente a Jesper. —¿Qué pasó en la casa del lago?

Jesper alisó la esquina de uno de los mapas. —No estoy seguro, pero creo que ella mató a un hombre ahogándolo con una nube de polvo.

—No lo entiendo —dijo Matthias—. ¿Una nube de polvo?, Ella controló fragmentos de hueso hoy, nunca podría haberlo hecho antes de *parem*. Ella parece pensar que el cambio es temporal, un efecto residual de la droga, pero ... —Se volvió hacia Kuwei—. ¿Podría la *parem* alterar el poder Grisha? ¿Cambiarlo? ¿Destruirlo?



Kuwei jugueteó con el pestillo de su mochila de viaje. —Supongo que es posible. Ella sobrevivió a la abstinencia. Eso es raro, y sabemos muy poco sobre *parem*, sobre el poder Grisha.

—¿No experimentaron lo suficiente para resolver ese enigma? —Las palabras salieron de la boca de Jesper antes de pensarlas mejor. Sabía que no eran justas. Tanto Kuwei como su padre también eran Grisha, y ninguno había estado en posición para impedir que los shu dejaran de experimentar en otros.

—¿Estás enfadado conmigo? —dijo Kuwei.

Jesper sonrió. —No soy del tipo de estar enfadado.

—Sí lo eres —dijo Matthias—. Enfadado y asustado.

Jesper comenzó a evaluar al gran fjerdano. —¿Disculpa?

—Jesper es muy valiente —protestó Kuwei.

—Gracias por notarlo. —Jesper estiró las piernas y cruzó un tobillo sobre el otro—. ¿Tienes algo que decir, Matthias?

—¿Por qué no vas a Ravka?

—Mi padre...

—Tu padre podría ir con nosotros esta noche. Y si estás tan preocupado por él, ¿por qué no estuviste en su hotel hoy?

—No veo cómo eso es asunto tuyo.

—Sé lo que es avergonzarte de lo que eres, de lo que has hecho.

—¿De verdad quieres empezar esto, cazador de brujos? No estoy avergonzado. Soy cuidadoso. Gracias a gente como tú y tus compañeros *driūskelle*, el mundo es un lugar peligroso para gente como yo. Siempre lo ha sido, y no parece estar mejorando.



Kuwei extendió la mano y tocó la mano de Jesper, con rostro implorante. —Tienes que entender. Por favor. Lo que hicimos, lo que mi padre hizo... Estábamos tratando de mejorar las cosas, de idear una forma para que los Grisha... —Hizo un gesto como si estuviera presionando algo.

—¿Para suprimir sus poderes? —preguntó Matthias.

—Sí. Exactamente. Para esconderse más fácilmente. Si los Grisha no usan sus poderes, se enferman. Envejecen, se cansan fácilmente, pierden el apetito. Es una forma en que los shu identifican a los Grisha que tratan de vivir en secreto.

—No uso mi poder —dijo Jesper—. Y, sin embargo... —Él levantó sus dedos, enumerando sus puntos mientras los decía—. Uno: En una apuesta me comí, literal, un pozo lleno de gofres empapados en jarabe de manzana y casi regresé por una segunda ración. Dos: La falta de energía nunca ha sido mi problema. Tres: Nunca he estado enfermo un día de mi vida.

—¿No? —dijo Matthias—. Hay muchos tipos de enfermedades.

Jesper tocó los revólveres. Aparentemente el fjerdano tenía mucho en mente esta noche.

Kuwei abrió su mochila y sacó una lata de *jurda* corriente, del tipo que se vendía en cada tienda de la esquina en Ketterdam. —*Jurda* es un estimulante, bueno para combatir la fatiga. Mi padre piensa... pensó que era la respuesta para ayudar a los de nuestra clase. Si él podía encontrar la fórmula correcta, permitiría a los Grisha mantenerse saludables mientras ocultan sus poderes.

—No funcionó de esa manera, ¿verdad? —dijo Jesper. Tal vez estaba un poco enfadado.

—Las pruebas no salen siempre como estaban planeadas. Alguien del laboratorio habló de más. Nuestros líderes escucharon sobre ello y vieron un destino diferente para la *parem*. —Sacudió la cabeza e hizo un gesto a su mochila—. Ahora trato de recordar los experimentos de mi padre.



—¿Eso es lo que estás escribiendo en los cuadernos?

—También tengo un diario.

—Debe ser fascinante. Día uno: sentado en la tumba. Día dos: sentado en la tumba un poco más.

Matthias ignoró a Jesper y dijo: —¿Has tenido éxito?

Kuwei frunció el ceño. —Algo. Creo. En un laboratorio con científicos reales, tal vez más. No soy mi padre. Él era un Fabricador. Yo soy un Inferno. Esto no es en lo que soy bueno.

—¿En qué eres bueno? —preguntó Jesper.

Kuwei le lanzó una mirada especulativa, luego frunció el ceño. —Nunca tuve la oportunidad de averiguarlo. Vivimos una vida de temor en Shu Han. Nunca fue un hogar.

Eso era algo que Jesper podía comprender. Cogió la lata de *jurda* y abrió la tapa. Era materia de calidad, de aroma dulce, las flores secas casi enteras y un color anaranjado vibrante.

—¿Crees que, si tienes un laboratorio y unos cuantos Fabricadores Grisha alrededor, podrías ser capaz de recrear los experimentos de tu padre y de alguna manera llegar a un antídoto?

—Espero —dijo Kuwei.

—¿Cómo funcionaría?

—¿Purgaría el cuerpo de *parem*? —preguntó Matthias.

—Sí. Drenaría la *parem* —dijo Kuwei—. Pero incluso si tenemos éxito, ¿cómo administrarlo?

—Tendrías que acercarte lo suficiente para inyectarlo o hacer que alguien lo trague —dijo Matthias.



—Y para el momento en que estuvieras al alcance, ya estarías muerto —terminó Jesper.

Jesper apretó una de las flores de *jurda* entre sus dedos. Eventualmente, alguien podría imaginar cómo crear su propia versión de *jurda parem*, y cuando lo hicieran, una de estas flores podría valer una fortuna bastante considerable. Si se concentraba en sus pétalos, incluso un poco, podía sentir que se deshacían en sus componentes más pequeños. No era exactamente ver, más como detectar todos los diferentes pedacitos de materia que formaban un solo todo.

Volvió a poner la flor en la lata.

Cuando era un niño pequeño, acostado en los campos de su padre, había descubierto que podía extraer el color de un pétalo de flor de jurda. Una tarde aburrida, había decolorado una grosería en mayúsculas en el pastizal oeste. Su padre estaba furioso, pero también estaba asustado. Le había gritado hasta quedarse ronco regañando a Jesper, y entonces Colm se había quedado allí sentado, mirándolo fijamente, con las grandes manos juntas alrededor de una taza de té para evitar que temblaran. Al principio, Jesper pensó que era la muestra de que su padre estaba enojado, pero no era eso en lo absoluto.

—Jes —dijo al fin—. Nunca debes hacer eso de nuevo. Prométemelo. Tu mamá tenía el mismo don. Pero solamente puede traerte miseria.

—Lo prometo —dijo Jesper rápidamente, deseando hacer las cosas bien, todavía sintiendo vergüenza al ver a su paciente padre, de modales suaves, tan furioso. Pero todo lo que había pensado era, *Má no parecía miserable*.

De hecho, su madre parecía encontrar alegría en todo. Ella era zemeni de nacimiento, su piel era de un marrón untuoso y oscuro, y tan alta que su padre tenía que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarla a los ojos. Antes de que Jesper fuera lo



bastante mayor para trabajar los campos con su padre, se le había permitido quedarse en casa con ella. Siempre había ropa que lavar, comida que preparar, leña que cortar, y a Jesper le encantaba ayudarla.

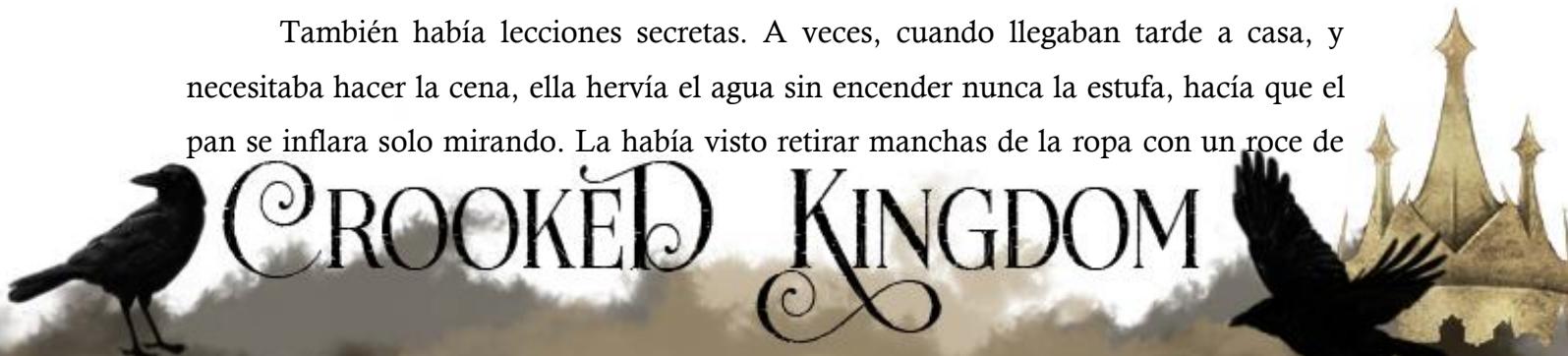
—¿Cómo está mi tierra? —ella le preguntaba cada día a su padre cuando regresaba de los campos, y más tarde Jesper se enteró de que la granja estaba a nombre de ella, un regalo de bodas de Colm, que había cortejado a Aditi Hilli durante casi un año antes de que se dignase darle la hora del día.

—Resplandeciendo —decía él, besándole la mejilla—. Justo como tú, amor.

El Pá de Jesper siempre prometía jugar con él y enseñarle a tallar por la noche, pero invariablemente Colm comía su cena y se quedaba dormido junto al fuego, las botas todavía en sus pies, las suelas manchadas de naranja con *jurda*. Jesper y su madre las sacaban de los pies de Pá, sofocando sus risitas, luego lo cubrían con una manta y se ocupaban del resto de las tareas de la noche. Limpianan la mesa y quitaban la ropa del tendedero, y ella metía a Jesper en la cama. No importaba lo ocupada que estuviera, no importaba cuántos animales necesitara desollar, o cestas necesitaban remendarse, ella parecía tener la misma energía infinita que Jesper, y ella siempre tenía tiempo de contarle una historia o cantarle una canción antes de acostarse.

La madre de Jesper fue la que le enseñó a montar a caballo, colocar un cebo, limpiar un pez, desplumar una codorniz, encender un fuego con nada más que dos palos y preparar una apropiada taza de té. Y ella le enseñó a disparar. Primero con un arma infantil de perdigones que era poco más que un juguete, luego con pistolas y un rifle. —Cualquiera puede disparar —le había dicho—, pero no cualquiera puede dar en el blanco. —Ella le enseñó a mirar a distancia, cómo rastrear a un animal a través de la maleza, los trucos que la luz puede jugar en tus ojos, cómo factorizar la cizalladura del viento, y cómo disparar corriendo, luego montado en un caballo. No había nada que ella no pudiera hacer.

También había lecciones secretas. A veces, cuando llegaban tarde a casa, y necesitaba hacer la cena, ella hervía el agua sin encender nunca la estufa, hacía que el pan se inflara solo mirando. La había visto retirar manchas de la ropa con un roce de



sus dedos, y ella hacia su propia pólvora, extrayendo el salitre de un lago grande y seco cerca de donde vivían. —¿Por qué pagar por algo que yo puedo hacer mejor? —preguntaba—. Pero no le mencionemos esto a Pá, ¿mm? —Cuando Jesper le preguntaba por qué, ella simplemente decía—: Porque él tiene bastante de qué preocuparse, y no me gusta cuando se preocupa por mí. —Pero Pá se preocupaba, especialmente cuando uno de los amigos zemeníes de su madre llegaba a la puerta buscando ayuda o curación.

—¿Crees que los esclavistas no pueden llegar hasta aquí? —le había preguntado una noche, caminando de un lado a otro en su cabaña mientras Jesper se acurrucaba en sus mantas, fingiendo dormir para poder escuchar—. Si se esparce el rumor de que hay una Grisha viviendo aquí...

—Esa palabra —dijo Aditi con una ondulación de una de sus graciosas manos—, no es nuestra palabra. No puedo ser otra cosa que lo que soy, y si mis dones pueden ayudar a la gente, entonces es mi deber usarlos.

—¿Y nuestro hijo? ¿No le debes nada? Tu primer deber es estar a salvo para que no te perdamos.

Pero la madre de Jesper había tomado el rostro de Colm en sus manos, tan suave, tan amablemente, con todo el amor brillando en sus ojos. —¿Qué clase de madre sería para mi hijo si escondiera mis talentos? ¿Si dejo que el miedo sea mi guía en esta vida? Sabías lo que era cuando me pediste que te eligiera, Colm. Ahora no pidas que sea menos.

Y así la frustración de su padre desaparecía. —Lo sé. Es solo que... no puedo soportar la idea de perderte.

Ella rio y lo besó. —Entonces debes mantenerme cerca —decía ella con un guiño. Y la discusión terminaba. Hasta la próxima vez.

Y al final, el padre de Jesper estaba equivocado. No perdieron a Aditi por los esclavistas.



Jesper se despertó una noche oyendo voces, y cuando se había escurrido de debajo de sus mantas, había visto a su madre ponerse el abrigo por encima de su largo camisón, cogiendo un sombrero y sus botas. Tenía siete años entonces, pequeño para su edad, pero lo suficientemente mayor para saber que las conversaciones más interesantes sucedían después de su hora de acostarse. Un hombre zemeni estaba parado en la puerta con ropa de montar polvoriento, y su padre decía: —Es la mitad de la noche. Seguramente esto puede esperar hasta mañana.

—Si fuese Jes el que estuviera sufriendo, ¿dirías eso? —preguntó su madre.

—Aditi...

Ella había besado la mejilla de Colm, y luego había apretado a Jesper entre sus brazos. —¿Está despierto mi conejito?

—No —dijo él.

—Bueno, entonces debes estar soñando. —Lo empujó de regreso, besó sus mejillas y su frente—. Ve a dormir, conejito, y volveré mañana.

Pero no volvió al día siguiente, y cuando un golpe en la puerta llegó la mañana siguiente, no era su madre, solo el mismo zemeni polvoriento.

Colm agarró a su hijo y salió por la puerta en cuestión de segundos. Se puso bruscamente un sombrero sobre la cabeza, hundió a Jesper en la silla de montar delante de él, y luego hizo galopar a su caballo con un puntapié. El hombre polvoriento cabalgaba sobre un caballo aún más polvoriento, y lo siguieron a través de kilómetros de tierra cultivada hasta una casa de campo blanca al borde de un campo de *jurda*. Era mucho mejor que su pequeña cabaña, dos pisos de altura con cristal en las ventanas.

La mujer que esperaba en la puerta era más gorda que su madre, pero casi tan alta, su cabello recogido en espesos rollos de trenzas. Ella los guio adentro, diciendo: —Ella está arriba.

En los años siguientes, cuando Jesper había reconstruido lo que había sucedido durante esos terribles días, recordaba muy pocas cosas: los suelos de madera pulida de



la casa de campo y cómo se sentían casi sedosos bajo sus dedos, los ojos de la mujer robusta, y la niña, una niña varios años mayor que Jesper con trenzas como las de su madre. La muchacha había bebido de un pozo que había sido excavado demasiado cerca de una de las minas. Se suponía que debía haber sido tapado, pero alguien simplemente había quitado el cubo. El cabrestante seguía allí, y la vieja cuerda. Así que la niña y sus amigos habían usado una de sus fiambres para sacar el agua, fría como la mañana y dos veces más clara. Los tres se habían enfermado esa noche. Dos de ellos habían muerto. Pero la madre de Jesper había salvado a la muchacha, la hija de la mujer robusta.

Aditi había llegado a la cabecera de la niña, olió la fiambra de metal y luego puso las manos en la piel febril de la muchacha. Al mediodía del día siguiente, la fiebre había desaparecido y el tinte amarillento se había ido de los ojos de la niña. Al atardecer, se sentó y le dijo a su madre que tenía hambre. Aditi sonrió una vez y se desplomó.

—No tuvo el cuidado suficiente al extraer el veneno —dijo el hombre polvoriento—. Ella misma absorbió demasiado. Ya lo he visto antes con los zowa. —*Zowa*. Simplemente significaba «benditos». Ésa era la palabra que usaba la madre de Jesper en lugar de Grisha. *Somos zowa*, le decía a Jesper mientras hacía que un capullo floreciera con un chasquido de dedos. *Tú y yo*.

Ahora no había nadie a quien llamar para salvarla. Jesper no sabía cómo hacerlo. Si ella hubiera estado consciente, si hubiera sido más fuerte, ella misma podría haberse curado. En vez de eso, se deslizó hacia algún sueño profundo, su respiración se volvió más y más laboriosa.

Jesper dormía, con la mejilla pegada a la palma de su madre, seguro de que en cualquier momento despertaría y acariciaría su mejilla y él oiría su voz decir, —¿Qué estás haciendo aquí, conejito? —En cambio, se despertó con el sonido de su padre llorando.

La habían llevado de vuelta a la granja y la habían enterrado bajo un cerezo que ya empezaba a florecer. Para Jesper, le había parecido demasiado bonito para un día tan



triste, e incluso ahora, al ver aquellas flores de color rosa pálido en una vitrina o bordadas en sedas de una dama, lo ponían siempre de un humor melancólico. Lo transportaban al olor de la tierra fresca, el viento susurrando a través de los campos, el barítono tembloroso de su padre cantando una canción solitaria, un aire kaelish en palabras que Jesper no entendía.

Cuando Colm terminó, y las últimas notas subieron a las ramas del cerezo, Jesper dijo: —¿Era Má una bruja?

Colm puso una mano pecosa sobre el hombro de su hijo y lo acercó. —Era una reina, Jes —dijo—. Era nuestra reina.

Jesper había hecho la cena para ellos esa noche, galletas quemadas y sopa acuosa, pero su padre comió todos los bocados y le había leído de su libro kaelish de los Santos hasta que las luces disminuyeron su fulgor y el dolor en el corazón de Jesper se calmó lo suficiente para que pudiera dormir. Y así había sido desde entonces, los dos, cuidándose el uno al otro, trabajando los campos, juntando y secando *jurda* en los veranos, tratando de hacer rendir la granja. ¿Por qué no había sido suficiente?

Pero, aun cuando Jesper tenía el pensamiento, sabía que nunca podría ser suficiente. Nunca podría volver a esa vida. No había sido creado para ella. Tal vez si su madre hubiera vivido, le habría enseñado a canalizar su inquietud. Tal vez le hubiera enseñado a usar su poder en lugar de ocultarlo. Tal vez habría ido a Ravka para ser un soldado de la corona. O tal vez habría terminado aquí mismo de todos modos.

Se limpió la mancha de *jurda* de la punta de los dedos y volvió a colocar la tapa en la lata.

—Los zemeníes no solo usan las flores —dijo—. Recuerdo a mi madre remojando tallos de *jurda* en leche de cabra. Me lo daba cuando yo había estado en los campos.



—¿Por qué? —preguntó Matthias.

—Para contrarrestar los efectos de la inhalación de polen de *jurda* todo el día. Es demasiado para el sistema de un niño, y nadie me quería más inquieto de lo que ya era.

—¿Los tallos? —repitió Kuwei—. La mayoría de la gente solo se deshace de ellos.

—Los tallos tienen un bálsamo. Los zemeníes lo drenan para ungüentos. Lo frotan en las encías de los bebés y las fosas nasales cuando están quemando *jurda*. —Los dedos de Jesper tamborilearon en la lata, una idea formándose en su mente. ¿Podría el secreto del antídoto para *jurda parem* ser la propia planta *jurda*? No era químico; no pensaba como Wylan, y no había sido entrenado como Fabricador. Pero era hijo de su madre—. ¿Y si hay una versión del bálsamo que contrarrestaría los efectos de la *jurda parem*? Aun así, no habría una manera de admin...

Fue entonces cuando la ventana se rompió. Jesper tenía las armas preparadas en menos de una respiración, mientras Matthias empujaba a Kuwei y se llevaba el rifle al hombro. Se acercaron a la pared y Jesper se asomó por el cristal manchado. En las sombras del cementerio vio linternas levantadas, formas cambiantes que tenían que ser personas, mucha gente.

—A menos que los fantasmas acaben de animarse mucho —dijo Jesper—, parece que tenemos compañía.



LEIGH BARDUGO

THE DREGS

PARTE CUATRO

EL
VISITANTE
INESPERADO





Traducido por Victor Wolf

Por la noche, el distrito de almacenes se sentía como si hubiera mudado su piel y hubiese adquirido una nueva forma. Los barrios miserables en el límite oriental crepitaban con vida, mientras que las calles del distrito se convertían en una tierra de nadie, ocupada solo por guardias en sus puestos y miembros de la vigilancia haciendo sus rondas.

Inej y Nina amarraron su bote en el ancho canal central que corría por el centro del distrito y bajaron por el silencioso muelle, manteniéndose cerca de los almacenes y lejos de las farolas que delineaban el borde del agua. Pasaron barcazas llenas de madera y de inmensos contenedores llenos de carbón. De vez en cuando, vislumbraban hombres que trabajaban a la luz de una linterna, levantando barriles de ron o fardos de algodón. Esta valiosa carga no podía dejarse desatendida durante la noche. Cuando casi llegaban a Arrecife Dulce, vieron a dos hombres descargando algo de un gran vagón aparcado al lado del canal, iluminado por una sola lámpara de color azul.

—Luz de muerto —susurró Inej, y Nina se estremeció. La luz de hueso, hecha de los esqueletos aplastados de peces de aguas profundas, brillaba verde. Pero la luz de muerto quemaba otro combustible, una advertencia azul que permitía a la gente identificar las barcas de los cadávereros, cuya carga eran los muertos.

—¿Qué hacen los cadávereros en el distrito de almacenes?

—A la gente no le gusta ver cadáveres en las calles o canales. El distrito de almacenes está casi desierto por la noche, así que aquí es donde traen los cuerpos. Una vez que el sol se pone, los cadávereros recogen a los muertos y los traen aquí. Trabajan en turnos, vecindario por vecindario. Ellos se irán al amanecer, y también lo hará su carga. —Hacia la Barcaza de la Parca, para quemarlos.



—¿Por qué no construyen un verdadero cementerio? —preguntó Nina.

—No hay espacio. Sé que se habló de reabrir Velo Negro hace mucho tiempo, pero todo se detuvo cuando atacó la plaga de la Doncella de la Reina. La gente tiene demasiado miedo del contagio. Si tu familia se lo puede permitir, te envían a un cementerio o a un campo santo fuera de Ketterdam. Y si no pueden...

—Sin llantos —dijo Nina con tristeza.

Sin llantos, sin funerales. Otra manera de decir buena suerte. Pero era algo más. Un oscuro guiño al hecho de que no habría costosos entierros para gente como ellos, sin lápidas de mármol para recordar sus nombres, sin guirnaldas de mirto y rosas.

Inej tomó la delantera cuando se acercaron a Arrecife Dulce. Los propios silos eran desalentadores, vastos como dioses centinelas, monumentos a la industria, estampados con el laurel rojo Van Eck. Pronto todos sabrían de qué se trataba ese emblema: la cobardía y el engaño. El conjunto circular de los silos de Van Eck estaba rodeado por una alta valla metálica.

—Alambre de púas —observó Nina.

—No será un problema. —Había sido inventado para mantener el ganado en sus corrales. No presentaría ningún desafío para el Espectro.

Montaron guardia junto a la robusta pared de ladrillo rojo de un almacén y mantuvieron su posición, confirmando que la rutina de los guardias no había cambiado. Justo como Kaz había dicho, los guardias tardaron casi doce minutos exactamente en rodear la cerca que encerraba los silos. Cuando las patrullas estaban en el lado este del perímetro, Inej tendría aproximadamente seis minutos para cruzar la valla. Una vez que pasaran al lado oeste, sería demasiado fácil para ellos localizarla en la valla entre los silos, pero ella sería casi imposible de ver en el techo. Durante esos seis minutos, Inej trataría de depositar el gorgojo en la trampilla del silo y luego soltar la cuerda. Si le tomaba más de seis minutos, simplemente tendría que esperar a que los guardias volvieran. Ella no podría verlos, pero Nina tenía una poderosa luz de hueso en la mano.



Señalaría a Inej con un breve destello de luz verde cuando estuviera despejado, para que pudiera cruzar.

—Diez silos —dijo Inej—. Nueve cruces.

—Son mucho más altos de cerca —dijo Nina—. ¿Estás lista para esto?

Inej no podía negar que eran intimidantes. —No importa la altura de la montaña, la escalada es la misma.

—Eso no es técnicamente cierto. Necesitas cuerdas, picos...

—No seas Matthias.

Nina se cubrió la boca con horror. —Voy a comer el doble de pastel para compensarlo.

Inej asintió sabiamente. —Suena como una buena política.

La patrulla volvió a salir de la caseta de guardia.

—Inej —dijo Nina con voz vacilante—, deberías saber, mi poder no ha sido el mismo desde la *parem*. Si nos metemos en una pelea...

—No habrá peleas esta noche. Atravesaremos como fantasmas. —Ella le dio a Nina un apretón en los hombros—. Y no conozco un guerrero más feroz, con poderes o no.

—Pero...

—Nina, los guardias.

La patrulla había desaparecido de la vista. Si no actuaban ahora, tendrían que esperar el próximo ciclo, y eso las retrasaría.

—Estoy en ello —dijo Nina, y caminó hacia la caseta de guardia.

En los pocos pasos que le llevó cruzar el espacio desde su almacén mirador hasta la piscina de luz de lámpara que bañaba la caseta de guardia, todo el comportamiento



de Nina cambió. Inej no pudo explicarlo, pero sus pasos se hicieron más precavidos, sus hombros cayeron ligeramente. Casi parecía encogerse. Ya no era una Grisha entrenada, sino una joven inmigrante nerviosa que esperaba un fragmento de bondad.

—¿Por favor, disculpe? —dijo Nina con un acento ravkano ridículamente denso.

El guardia tenía su arma preparada, pero no parecía particularmente preocupado.
—No deberías estar aquí por la noche.

Nina murmuró algo, mirándolo con grandes ojos verdes. Inej no tenía ni idea de que pudiera parecer tan honesta.

—¿Qué dijiste? —dijo el guardia, acercándose.

Inej hizo su movimiento. Encendió la larga mecha de la bomba destello de baja intensidad que Wylan les había dado, luego se inclinó hacia la cerca, manteniéndose alejada de ese charco de luz, escalando en silencio. Estaba casi directamente detrás del guardia y de Nina, luego por encima de ellos. Podía oír sus voces mientras se deslizaba fácilmente entre los rollos de alambre de púas.

—Yo vengo a buscar trabajo, ¿sí? —dijo Nina—. Para hacer azúcar.

—No la hacemos aquí, solo la almacenamos. Querrás ir a una de las plantas de procesamiento.

—Pero necesito trabajo. Yo... yo...

—Oh, ey, tranquila, no llores. Tranquila, tranquila.

Inej contuvo un resoplido y cayó silenciosamente al suelo al otro lado de la valla. A través de ella, pudo ver los sacos de arena que Kaz había mencionado apilados contra la pared trasera de la caseta de guardia, y la esquina de lo que debía ser la red que había planeado que ella utilizara.

—Tu... uh... ¿tu amigo está buscando trabajo también? —preguntó el guardia.

—No tengo... ¿cómo dice? *Amigo*?



El portón junto a la caseta militar no se cerraba desde el interior, por lo que Inej la abrió, dejándola apenas entreabierta para Nina y corrió hacia las sombras en la base del silo más cercano.

Oyó que Nina se despedía y se alejaba en dirección contraria a su mirador. Entonces Inej esperó. Pasaron los minutos y justo cuando se convenció de que la bomba era defectuosa, sonó un fuerte estallido y un resplandor de luz surgió del almacén que habían utilizado para espiar a los guardias. El guardia emergió de nuevo, con el rifle levantado, y dio unos pasos hacia el almacén.

—¿Hola? —gritó.

Nina se deslizó de las sombras detrás de él y entró por la puerta en cuestión de momentos. La cerró con seguro y se dirigió al segundo silo, desapareciendo en la oscuridad. A partir de ahí, ella sería capaz de señalizar a Inej mientras los guardias hacían sus rondas.

El guardia volvió a su puesto, caminando hacia atrás en caso de que alguna amenaza todavía aguardara en los almacenes más allá. Finalmente, se dio la vuelta y le dio una sacudida a la puerta para asegurarse de que estaba cerrada con llave, y luego se dirigió al interior de la caseta.

Inej esperó la señal de Nina, y luego corrió por los peldaños soldados al lado del silo. Un piso, dos pisos, diez. En el carnaval, su tío mantenía al público entretenido durante su ascenso. *Ningún truco como este se ha intentado nunca antes, ¡y ciertamente nunca por alguien tan joven! Sobre ustedes, contemplen la cuerda aterradoramente alta.* Un proyector se encendería, alumbrando el alambre de manera que pareciera que el más delgado hilo de telaraña colgaba a través de la carpa. *Caballeros, tomen la mano de su dama en las suyas.* *¡Ven lo delgados que son sus dedos? Ahora imagínese, tratando de caminar a través de algo tan delgado, ¡tan frágil como eso! ¿Quién se atrevería a algo semejante? ¿Quién se atrevería a desafiar la muerte misma?*

Entonces Inej se paraba en la parte superior del poste y, con las manos en las caderas, gritaba: —¡Yo lo haré!



Y la multitud jadeaba.

Pero espera, no, esto no puede estar bien, su tío decía, ¡una niña pequeña?

En este punto, la multitud siempre se volvía salvaje. Las mujeres se desmayaban. A veces uno de los hombres trataba de detener el espectáculo.

No había multitud esta noche, solo el viento, el frío metal bajo sus dedos, la brillante cara de la luna.

Inej alcanzó la parte superior del silo y miró hacia la ciudad. Ketterdam brillaba con luz dorada, linternas se movían lentamente a través de los canales, velas dejadas ardiendo en las ventanas, tiendas y tabernas todavía brillaban resplandecientes para los negocios nocturnos. Podía distinguir la brillante lentejuela de la Tapa, las coloridas linternas y los vistosos bulbos en cascada de las Duelas. En tan solo unos pocos días, la suerte de Van Eck estaría arruinada y ella estaría libre de su contrato con Per Haskell. *Libre.* Para vivir como ella deseaba. Para buscar el perdón por sus pecados. Para perseguir su propósito. ¿Extrañaría este lugar? ¿Este desastre abarrotado, remedio de ciudad, que había llegado a conocer tan bien, que de alguna manera se había convertido en su hogar? Ella estaba segura de que lo haría. Así que esta noche, actuaría para su ciudad, para los ciudadanos de Ketterdam, aunque no supieran que debían aplaudir.

Aunque necesitó un poco de músculo, logró aflojar la rueda de la trampilla del silo y abrirla con una llave inglesa. Se metió la mano en el bolsillo y sacó el frasco tapado del gorgojo químico. Siguiendo las instrucciones de Wylan, le dio una sacudida firme, luego derramó el contenido en el silo. Un silbido bajo llenó el aire, y mientras observaba, el azúcar se movió como si algo estuviera vivo debajo de su superficie. Ella se estremeció. Había oído hablar de trabajadores que morían en silos, quedaban atrapados en el interior cuando el grano, el maíz o el azúcar cedían bajo sus pies, lentamente sofocados hasta morir. Cerró la trampilla y la selló con fuerza.

Luego se acercó al primer peldaño de la escalera metálica y sujetó la abrazadera magnetizada que Wylan le había dado. Sin duda se sentía que tenía un agarre sólido. Ante la presión de un botón, dos alambres guía magnetizados se liberaron y se pegaron



al silo con un tañido suave. Sacó una ballesta y un grueso rollo de alambre de su mochila, luego enrolló un extremo del cable a través de la abrazadera, lo aseguró firmemente y sujetó los alambres guía. El otro extremo se fijó a una abrazadera magnetizada cargada en la ballesta. Ella soltó el gatillo. El primer disparo falló, y tuvo que enrollar el cable de nuevo. El segundo tiro se enganchó al peldaño equivocado. Pero el tercer disparo se cerró correctamente en su lugar en el siguiente silo. Ella retorcía la abrazadera hasta que la tensión en la cuerda se sintió bien. Habían usado un equipo similar antes, pero nunca en una distancia tan amplia o una subida tan alta. No importaba. La distancia, el peligro se transformaría sobre el alambre, y ella se transformaría también. En la cuerda floja, ella no le pertenecía a nadie, una criatura sin pasado o presente, suspendida entre la tierra y el cielo.

Era hora. Podías aprender a utilizar los trapecios, pero tenías que nacer para la cuerda floja.

La madre de Inej le había dicho que descendían de la Gente del Aire, que una vez tuvieron alas, y que, a la luz correcta, esas alas todavía se podían vislumbrar sobre los seres humanos a los que ellos les mostraban su favor. Después de eso, Inej se retorcía perpetuamente, frente a los espejos, comprobando su sombra, ignorando la risa de sus primos, para ver si tal vez sus propias alas se distinguían.

Cuando su padre se cansó de que ella lo molestara todos los días, le permitió comenzar su educación con los alambres bajos, descalza, para que pudiera tener la sensación de caminar hacia adelante y hacia atrás, manteniendo su centro equilibrado. Se había aburrido hasta la inconsciencia, pero había cumplido diariamente los ejercicios, probando su fuerza, probando la sensación de zapatos de cuero que le permitirían agarrar el cable más rígido y menos amistoso. Si su padre se distraía, ella cambiaba a mantenerse parada sobre sus manos, de manera que cuando él se volvía hacia ella, Inej atravesaba la cuerda con sus manos. Él estuvo de acuerdo en levantar el alambre unos centímetros, dejarla probar un cable apropiado, y a cada nivel, Inej dominaba una habilidad tras otra: volteretas laterales, volteretas normales, mantener una jarra de agua sobre su cabeza. Ella se familiarizó con el esbelto y flexible palo que le permitiría mantener el equilibrio en alturas mayores.



Una tarde, su tío y sus primos habían estado preparando un nuevo acto. Hanzi iba a empujar a Asha a través del alambre en una carretilla. El día era caluroso y decidieron tomar un descanso para almorzar e ir a nadar en el río. Sola en el campamento tranquilo, Inej escaló una de las plataformas que habían erigido, asegurándose de que diera la espalda al sol para que tuviera una visión clara del alambre.

En lo alto, el mundo se convirtió en un reflejo de sí mismo, sus formas atrofiadas, sus sombras alargadas, familiares en sus perfiles, pero de alguna manera poco confiables, y cuando Inej colocó su pie y lo deslizó sobre el alambre, había sentido un repentino momento de duda. Aunque éste alambre era del mismo ancho del que había caminado durante semanas sin temor, ahora parecía mucho más delgado, como si en este mundo de espejos el alambre obedeciera a reglas diferentes. *Cuando el miedo llega, algo está a punto de suceder.*

Inej respiró profundamente, alineó sus caderas en su centro de gravedad y dio sus primeros pasos en el aire. Debajo de ella la hierba era un mar ondulante. Sintió que su peso cambiaba, inclinándose a la izquierda, sintió la atracción de la tierra, la gravedad dispuesta a unirla con su sombra muy por debajo.

Sus músculos se flexionaron, dobló las rodillas, el momento pasó, y luego solo estaban ella y el alambre. Ya estaba a medio camino cuando se dio cuenta de que estaba siendo observada. Dejó que su visión se expandiera, pero mantuvo su enfoque. Inej nunca olvidaría la mirada de su padre cuando volvió del río con su tío y sus primos, con la cabeza inclinada hacia ella, la boca en un gran “O” de sobresalto, su madre saliendo del carro y presionándose las manos sobre el corazón. Habían permanecido en silencio, temerosos de romper su concentración: su primera audiencia en la cuerda, muda de terror, que le pareció a ella como una adulación.

Una vez que hubo bajado, su madre pasó la mayor parte de una hora alternando entre abrazarla y gritarle. Su padre había sido severo, pero ella no se había perdido el orgullo de su mirada, ni la admiración a regañadientes de los ojos de sus primos.

Cuando uno de ellos la había llevado a un lado más tarde y dijo: —¿Cómo caminas tan sin temor?



Ella simplemente se encogió de hombros y dijo: —Se trata de solo caminar.

Pero eso no era cierto. Era mejor que caminar. Cuando otros caminaban en la cuerda, combatían: el viento, la altura, la distancia. Cuando Inej estaba en la cuerda floja, se convertía en su mundo. Podía sentir su inclinación y atracción. Era un planeta y ella era su luna. Había una sencillez que nunca sintió en los trapecios, donde se dejaba llevar por la inercia. Amaba la quietud que podía encontrar en la cuerda, y era algo que nadie más entendía.

Ella había caído solo una vez, y todavía culpaba a la red. La habían colocado porque Hanzi estaba agregando un monociclo a su acto. Un momento Inej estaba caminando y el siguiente estaba cayendo. Casi no tuvo tiempo de registrarla antes de golpear la red, y rebotó fuera de la red al suelo. Inej se sintió algo sorprendida al descubrir lo dura que era la tierra, que no se suavizaba ni se doblaba por ella. Se rompió dos costillas y tenía un bulto en su cabeza del tamaño de un gran huevo de ganso.

—Es bueno que sea tan grande —murmuró su padre—. Eso significa que la sangre no está dentro de tu cerebro.

Tan pronto como las vendas de Inej fueron retiradas, ella estaba de vuelta en la cuerda. Nunca volvió a trabajar con una red. Sabía que eso la había hecho descuidada. Pero mirando hacia abajo ahora, podía admitir que no le habría importado un poco de seguridad. Muy por debajo, la luz de la luna atrapó las curvas de los adoquines, haciéndolos parecer las semillas negras de una fruta exótica. Pero la red escondida detrás de la caseta era inútil, con solo Nina allí para sostenerla, e independientemente de lo que Kaz originalmente había pensado, el nuevo plan no había sido construido considerando que alguien sostuviera una red a simple vista. Así que Inej caminaría como siempre había hecho, sin nada para atraparla, mantenida a flote por sus alas invisibles.

Inej deslizó el palo de equilibrio del lazo en su chaleco y, con un chasquido, lo extendió a toda su longitud. Probó el peso en sus manos, flexionó los dedos en sus zapatillas. Eran de cuero, robadas del Cirkus Zirkoa a petición suya. Sus suelas lisas carecían del agarre firme y táctil de sus amados zapatos de goma, pero las zapatillas le permitían liberarse más fácilmente.



Por fin la señal vino de Nina, un breve destello de luz verde.

Inej se detuvo en el alambre. Al instante, el viento la golpeó y ella soltó un largo suspiro, sintiendo el persistente tirón, usando el poste flexible para tirar de su centro de gravedad más abajo.

Dejó que las rodillas rebotaran una vez. Afortunadamente, el alambre casi no se movía. Caminó, sintiendo la fuerza de la presión bajo los arcos de sus pies. Con cada paso, el cable se inclinaba ligeramente, ansioso por alejarse del agarre de los dedos de sus pies.

El aire se sentía caliente contra su piel. Olía a azúcar y melaza. Su capucha estaba bajada y podía sentir los pelos de su trenza escapando para hacerle cosquillas en la cara. Se concentró en el alambre, sintiendo la afinidad familiar que había experimentado cuando era niña, como si el cable se aferrara a ella tanto como ella se aferraba a él, dándole la bienvenida a ese mundo de espejos, un lugar secreto ocupado solo por ella. En momentos, había llegado a la azotea del segundo silo.

Ella pisó encima, retrayendo el poste de equilibrio y devolviéndolo a su lugar. Tomó un sorbo de agua de la cantimplora en su bolsillo, se permitió el momento más breve para estirarse. Luego abrió la trampilla y dejó caer el gorgojo. De nuevo oyó aquel crujir como siseo, y su nariz se llenó con el olor de azúcar quemada. Esta vez fue más fuerte, una nube dulce y densa de perfume.

De repente, ella estaba de vuelta en la Colección, una mano gruesa agarraba su muñeca, exigente. Inej se había vuelto buena en anticipar cuando un recuerdoaría apoderarse de ella, preparándose para ello, pero esta vez no estaba preparada. Vino a ella, más insistente que el viento sobre el alambre, dejando su mente débil y sin fuerzas. Aunque olía a vainilla, debajo de ésta podía oler el ajo. Sentía la seda a su alrededor como si la cama fuera una cosa viva.

Inej no se acordaba de todos ellos. Mientras las noches en la Colección se enlazaban unas con otras, ella había mejorado en entumecerse a sí misma, desapareciendo tan completamente que casi no le importaba lo que le sucedía al cuerpo



que dejaba atrás. Aprendió que los hombres que llegaban a la casa nunca miraban muy de cerca, nunca hacían demasiadas preguntas. Ellos querían una ilusión, y estaban dispuestos a ignorar cualquier cosa para preservar esa ilusión. Las lágrimas, por supuesto, estaban prohibidas. Había llorado la primera noche. Tante Heleen había usado la vara en ella, luego el bastón, luego la ahogó hasta que se desmayó. La próxima vez, el miedo de Inej fue mayor que su dolor.

Aprendió a sonreír, a susurrar, a arquear la espalda y a hacer los sonidos que los clientes de Tante Heleen requerían. Ella todavía lloraba, pero las lágrimas nunca fueron derramadas. Estas llenaron el lugar vacío dentro de ella, un pozo de tristeza donde, cada noche, se hundía como una piedra. La Colección era una de las casas de placer más caras en el Barril, pero sus clientes no eran más amables que los que frecuentaban las casas baratas y las muchachas del callejón. De alguna manera, Inej llegó a comprender que eran peores. *Cuando un hombre gasta esa cantidad de monedas*, decía la chica kaelish, Caera, *cree que se ha ganado el derecho de hacer lo que quiera*.

Había hombres jóvenes, ancianos, hombres guapos, hombres feos. Estaba el hombre que lloraba y la golpeaba cuando él no podía proceder. El hombre que quería que fingiera que era su noche de bodas y le dijera que lo amaba. El hombre con dientes afilados como un gatito que había mordido sus pechos hasta que sangró. Tante Heleen añadió a su contrato el precio de las sábanas manchadas de sangre y los días de trabajo que Inej perdió. Pero no había sido lo peor. Lo peor había sido un hombre ravkano que la había elegido en el salón, el hombre que olía a vainilla. Solo cuando estaban de vuelta en su habitación, entre las sedas púrpuras y el incienso, dijo: —Te he visto antes, ¿sabes?

Inej se había reído, pensando que era parte del juego que deseaba jugar, y le sirvió vino de una jarra de oro. —Seguramente no.

—Fue hace años, en uno de los carnavales fuera de Caryeva.

El vino salpicó sobre el borde de la copa. —Debe de haberme confundido con otra persona.



—No —dijo, ansioso como un niño—. Estoy seguro de ello. Vi a tu familia actuar allí. Estaba de permiso militar. No podrías haber tenido más de diez, la niña más diminuta, caminando por la cuerda floja sin miedo. Tú usabas un tocado cubierto de rosas. Por un momento, perdiste el agarre. Perdiste pie y los pétalos de tu corona se soltaron en una nube que se deslizó hacia abajo, abajo. —Flotó sus dedos por el aire como si simulara una nevada—. Volví la segunda noche, y sucedió de nuevo, y aunque sabía que todo era parte del acto, todavía sentí que mi corazón se apretaba mientras fingías recuperar el equilibrio.

Inej trató de estabilizar sus temblorosas manos. El tocado rosa había sido idea de su madre. —Tú haces que parezca demasiado fácil, *meja*, correteando como una ardilla en una rama. Deben creer que estás en peligro incluso si no lo estás.

Aquella había sido la peor noche de Inej en la Colección, porque cuando el hombre que olía a vainilla había comenzado a besarle el cuello y quitarle las prendas, no había podido dejar su cuerpo atrás. De alguna manera, el recuerdo que él tenía de ella había unido su pasado y presente, clavándola allí, debajo de él. Había llorado, pero a él no había parecido importarle.

Inej podía oír el siseo del azúcar mientras el gorgojo hacía su trabajo. Se obligó a concentrarse en el sonido, a respirar más allá del nudo en su garganta.

Te tendré sin armadura. Esas eran las palabras que le había dicho a Kaz a bordo del *Ferolind*, desesperada por alguna señal de que él pudiera abrirse a ella, que pudieran ser más que dos criaturas cautelosas unidas por su desconfianza hacia el mundo. Pero, ¿qué habría pasado si él hubiera hablado esa noche?, ¿si le hubiera ofrecido voluntariamente alguna parte de su corazón?, ¿qué pasaría si él hubiera venido a ella, se hubiera quitado sus guantes, la hubiera atraído hacia él, besado su boca? ¿Lo habría acercado más?, ¿le habría devuelto el beso?, ¿podría haber sido ella misma en un momento así, o se habría fragmentado y desaparecido, una muñeca en sus brazos, una chica que nunca podría estar completa?

No importaba. Kaz no había hablado, y tal vez eso había sido mejor para ambos. Podrían continuar con su armadura intacta. Ella tendría su barco y él tendría su ciudad.



Inej extendió la mano para cerrar la trampilla y tomó una profunda respiración teñida de carbón, expulsando de sus pulmones, con una tos, la dulzura del azúcar arruinado. Luego tropezó cuando sintió que una mano le agarraba la nuca, empujándola hacia adelante.

Ella sintió que su centro de gravedad cambiaba mientras era absorbida por la boca bostezante del silo.





Traducido por Alfacris

Entrar en la casa no fue tan difícil como debería haber sido y eso puso nervioso a Kaz. ¿Le estaba dando a Van Eck demasiado crédito? *El hombre piensa como un merc*, Kaz se lo recordó a sí mismo mientras se metía el bastón bajo el brazo y se deslizaba por una tubería. *Él todavía cree que su dinero lo mantiene a salvo.*

Los puntos más fáciles de entrada eran las ventanas en la planta superior de la casa, accesibles solo desde el techo. Wylan no era apto para escalar o descender, por lo que Kaz iría primero y lo metería a través de los pisos inferiores.

—Dos piernas buenas y todavía necesita una escalera —murmuró Kaz entre dientes, haciendo caso omiso a la punzada de su pierna que concordaba con él.

No estaba encantado de estar en otro trabajo con Wylan, pero el conocimiento de Wylan de la casa y los hábitos de su padre sería útil si surgían sorpresas y era el mejor equipado para manejar el ácido áurico. Kaz pensó en Inej, posada en el techo de la Iglesia del Trueque, las luces de la ciudad brillando debajo. *Esto es en lo que soy buena, así que déjame hacer mi trabajo.* Bien. Dejaría que todos ellos hicieran su trabajo. Nina atacaría al final de la misión e Inej había demostrado suficiente confianza en su capacidad para caminar por la cuerda floja, con poco descanso y sin la seguridad de una red. *¿Te habría dicho si tuviera miedo? Eso es algo por lo que has mostrado simpatía alguna vez?*

Kaz sacudió el pensamiento de su mente. Si Inej no dudaba de sus habilidades, entonces él no debía dudar tampoco. Además, si querían ese sello para los queridos refugiados de Nina, él tenía sus propios problemas con los que lidiar.



Afortunadamente, el sistema de seguridad de Van Eck no era uno de ellos. La vigilancia de Inej había indicado que las cerraduras eran obra de Schuyler. Eran complicadas las pequeñas bastardas, pero una vez que abres una, las abres todas. Kaz había quedado en términos muy amistosos con un cerrajero en *Klokstraat* que creía firmemente que Kaz era el hijo de un rico comerciante que estimaba mucho su colección de cajas de rapé de valor incalculable. En consecuencia, Kaz siempre era el primero en saber exactamente cómo los ricos de Ketterdam mantenían segura sus propiedades. Kaz había oído una vez a Hubrecht Mohren, Ladrón Maestro de Pijl, improvisando sobre la belleza de una cerradura de calidad mientras estaba borracho de cerveza negra en el Club Cuervo.

—Una cerradura es como una mujer —había dicho adormilado—. Tienes que seducirla para conocer sus secretos.

Él era uno de los viejos amigos de Per Haskell, feliz de hablar de tiempos mejores y grandes estafas, sobre todo si eso significaba que no tenía que trabajar mucho. Y ese era exactamente el tipo de embrollada sabiduría que a estos viejos gorrones les gustaba soltar. Claro, una cerradura era como una mujer. También era como un hombre y cualquier persona o cualquier otra cosa; si se quería entenderla, había que desarmarla y ver cómo funcionaba. Si se quería dominarla, había que aprender también cómo volver a armarla.

La cerradura de la ventana cedió en sus manos con un satisfactorio clic. Él abrió la hoja y entró. Las pequeñas habitaciones de la planta superior de la casa de Van Eck estaban dedicadas a las dependencias de servicio, pero todo el personal estaba actualmente ocupado abajo, con los invitados de Van Eck. Algunos de los miembros más ricos del Consejo Mercante de Kerch estaban llenando sus estómagos en el comedor del primer piso, probablemente escuchando la dolorosa historia acerca del secuestro del hijo de Van Eck y lamentándose por las pandillas que controlaban el Barril. Por el olor en el aire, Kaz sospechó que el jamón era parte del menú.

Abrió la puerta y en silencio se dirigió a la escalera, luego procedió con cautela hasta el segundo piso. Conocía la casa Van Eck de cuando él e Inej habían robado la



pintura DeKappel y siempre le gustaba regresar a un hogar o negocio que había tenido motivo para visitar antes. No era solo la familiaridad. Era como si al regresar, reclamara el lugar. *Conocemos cada secreto uno del otro*, la casa parecía decir. *Bienvenido de nuevo*.

Un guardia estaba plantado en posición de firmes al final del pasillo alfombrado, frente a lo que Kaz sabía que era la puerta de Alys. Kaz miró su reloj. Hubo un breve estallido y un destello de luz en la ventana al final del pasillo. Al menos Wylan era puntual. El guardia fue a investigar y Kaz se deslizó por el pasillo en la otra dirección.

Se introdujo en la antigua habitación de Wylan, que ahora claramente tenía toda la intención de ser la guardería. A la luz de la calle de abajo, pudo ver que sus paredes habían sido decoradas con un elaborado mural de paisaje marino. El moisés tenía la forma de un pequeño barco de vela, con banderas y un timón. Van Eck estaba realmente dedicado a esto del nuevo heredero.

Kaz trabajó en la cerradura de la ventana del cuarto y la abrió, asegurando entonces la escalera de cuerda y esperó. Oyó un ruido sordo e hizo una mueca. Al parecer, Wylan había sorteado la pared del jardín. Esperaba que no se hubieran roto los contenedores de ácido áurico y quemado un agujero a través de él y los rosales. Un momento más tarde, Kaz lo oyó jadear y Wylan dobló la esquina, ruidoso como un ganso perseguido. Cuando estaba por debajo de la ventana, puso el morral con cuidado contra su cuerpo y subió por la escalera de cuerda, balanceándose violentamente de izquierda a derecha. Kaz le ayudó a atravesar la ventana, luego tiró de la escalera y cerró la ventana. Tenían que salir de la misma manera.

Wylan echó un vistazo a la guardería con los ojos muy abiertos y luego sacudió la cabeza. Kaz comprobó el pasillo. El guardia estaba de vuelta en su puesto delante de la puerta de Alys.

—¿Y bien? —susurró Kaz a Wylan.

—Es una mecha de combustión lenta —dijo Wylan—. El tiempo es impreciso.

Los segundos pasaron. Por último, sonó otro estallido. El guardia volvió a la ventana y Kaz hizo un gesto para que Wylan lo siguiera a lo largo del pasillo. Kaz hizo



un trabajo rápido con la cerradura de la puerta de la oficina de Van Eck, y estuvieron en el interior en momentos.

Cuando Kaz había entrado en la casa para robar el DeKappel, le habían sorprendido los adornos de la lujosa oficina. Había esperado a un merca austero y controlado, pero la madera estaba muy ornamentada con guirnaldas de laurel; una silla del tamaño de un trono, tapizada en terciopelo carmesí, se cernía sobre el amplio y brillante escritorio. —Detrás de la pintura —susurró Wylan, señalando un retrato de uno de los antepasados de Van Eck.

—¿Qué miembro de tu bendita ascendencia se supone que es?

—Martin Van Eck, mi tatarabuelo. Fue capitán de un barco, el primero en pisar tierra en Eames Chin y navegar por el río hacia el interior. Él trajo un cargamento de especias y utilizó las ganancias para comprar una segunda nave, al menos, eso es lo que me dijo mi padre. Ese fue el comienzo de la fortuna Van Eck.

—Y nosotros seremos el final. —Kaz sacudió una luz de hueso y el resplandor verde llenó la habitación—. Bastante parecido —dijo, mirando la cara demacrada, la frente alta y severos ojos azules.

Wylan se encogió de hombros. —Excepto por el pelo rojo, siempre me parecí a mi padre. Y su padre y todo los Van Eck. Bueno, hasta ahora.

Cada uno tomó un lado de la pintura y la quitaron de la pared.

—Mira tú —canturreó Kaz cuando la caja fuerte de Van Eck apareció a la vista. Caja fuerte ni siquiera parecía la definición correcta. Era más bien como una bóveda, una puerta de acero en una pared que a su vez había sido reforzada con más acero. La cerradura era de manufactura kerch, pero nada que Kaz hubiera visto antes, una serie de interruptores que podían fijarse con una combinación aleatoria de números distintos cada día. Imposible de descifrar en menos de una hora. Pero si no se podía abrir una puerta, solo se tenía que hacer una nueva.



El sonido de voces se filtró desde el piso de abajo. Los mercas habían encontrado algo sobre lo que no estaban de acuerdo. A Kaz no le habría importado tener la oportunidad de escuchar a escondidas la conversación. —Vamos —dijo—. El reloj está corriendo.

Wylan sacó dos frascos de su morral. Separados, no eran nada especial, pero si Wylan tenía razón, una vez que se combinaban, el compuesto resultante quemaba atravesándolo todo, excepto el recipiente de vidrio de balsa.

Wylan respiró hondo y mantuvo los tarros lejos de su cuerpo. —Retrocede —dijo, y vertió el contenido de un frasco en el otro. No pasó nada.

—¿Y bien? —dijo Kaz.

—Muévete, por favor.

Wylan tomó una pipeta de vidrio de balsa y sacó una pequeña cantidad de líquido, dejando que goteara por la parte delantera de la puerta de acero de la caja fuerte. Al instante, el metal comenzó a disolverse, emitiendo un crujido ruidoso que parecía fuerte y desagradable en la habitación pequeña. Un penetrante olor metálico llenó el aire y ambos, Kaz y Wylan, se cubrieron la cara con las mangas.

—Problemas en una botella —se maravilló Kaz.

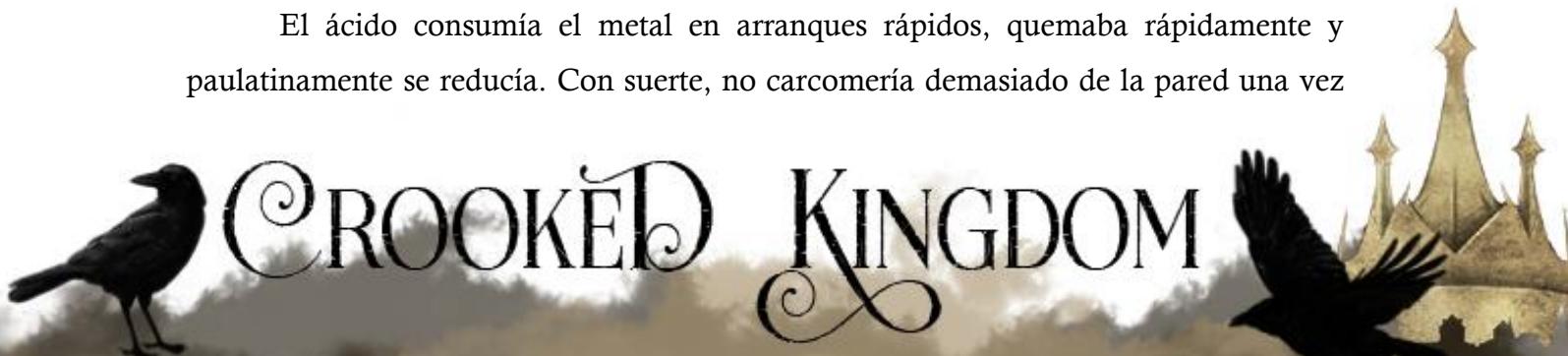
Wylan trabajó de manera constante, transfiriendo cuidadosamente el ácido aurico desde la jarra al acero, el agujero en la puerta de la caja crecía en forma constante.

—Apúrate —dijo Kaz, mirando su reloj.

—Si se derrama una sola gota de esto, quemará en línea recta a través del suelo hasta los invitados a la cena de mi padre.

—Tomate tu tiempo.

El ácido consumía el metal en arranques rápidos, quemaba rápidamente y paulatinamente se reducía. Con suerte, no carcomería demasiado de la pared una vez



que se fueran. No le importaba la idea de que la oficina se derrumbara sobre Van Eck y sus invitados, pero no antes de que la empresa de la noche estuviera completa.

Después de lo que pareció toda una vida, el agujero fue lo suficientemente grande para pasar a través. Kaz hizo brillar la luz de hueso en el interior y vio un libro de contabilidad, pilas de *kruge* y una bolsita de terciopelo. Sacó la bolsa de la caja fuerte, haciendo una mueca cuando su brazo se puso en contacto con el borde del agujero. El acero todavía estaba lo suficientemente caliente como para chamuscar.

Sacudió el contenido de la bolsa en la mano revestida de cuero: un anillo gordo de oro con un grabado de un laurel en rojo y las iniciales de Van Eck.

Se guardó el anillo en el bolsillo, a continuación, cogió un par de pilas de *kruge* y una se la entregó a Wylan.

Kaz casi se rio al ver la expresión en el rostro de Wylan. —¿Esto te molesta, mercito?

—No me gusta sentirme un ladrón.

—¿Después de todo lo que te ha hecho?

—Sí.

—Demasiado honesto. ¿Te das cuenta de que estamos robando tu dinero?

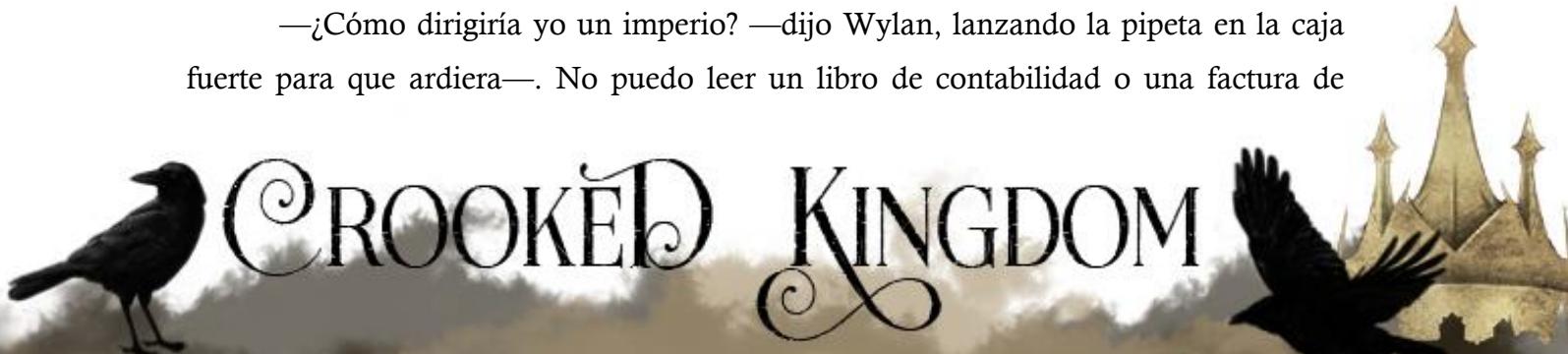
—Jesper dijo lo mismo, pero estoy seguro de que mi padre me excluyó de su testamento tan pronto como Alys quedó embarazada.

—Eso no quiere decir que tengas menos derecho al mismo.

—Yo no lo quiero. Es solo que no quiero que *él* lo tenga.

—Qué lujo que le des tu espalda al lujo. —Kaz empujó los *kruge* en sus bolsillos.

—¿Cómo dirigiría yo un imperio? —dijo Wylan, lanzando la pipeta en la caja fuerte para que ardiera—. No puedo leer un libro de contabilidad o una factura de



embarque. No puedo escribir una orden de compra. Mi padre está equivocado en muchas cosas, pero en esa tiene razón. Yo sería un hazmerreír.

—Entonces págale a alguien para que haga ese trabajo por ti.

—¿Tú lo harías? —preguntó Wylan, la barbilla sobresaliendo hacia delante. — Confiar a alguien ese conocimiento, un secreto que podría destruirte.

Sí, pensó Kaz sin dudar. *Hay una persona en la que confiaría. Conozco a una persona que nunca usaría mis debilidades en mi contra.*

Pasó rápidamente el dedo pulgar a través del libro mayor y le dijo: —Cuando la gente ve a un lisiado caminar por la calle, apoyado en su bastón, ¿qué es lo que sienten? —Wylan apartó la mirada. La gente lo hacía siempre cuando Kaz hablaba de su cojera, como si él no supiera lo que era o cómo el mundo lo veía—. Sienten lástima. Ahora, ¿qué es lo que piensan cuando me ven llegar?

La boca de Wylan se curvó en la comisura. —Ellos piensan que sería mejor que cruzaran la calle.

Kaz arrojó el libro mayor de vuelta a la caja fuerte. —Tú no eres débil porque no puedes leer. Eres débil porque tienes miedo que la gente vea tu debilidad. Estás dejando a la vergüenza decidir quién eres. Ayúdame con la pintura.

Pusieron el retrato de nuevo en su lugar sobre el agujero de la caja fuerte. Martin Van Eck los miró con desaprobación.

—Piensa en ello, Wylan —dijo Kaz mientras enderezaba el marco—. Es la vergüenza lo que rellena mis bolsillos, la vergüenza mantiene al Barril lleno de tontos dispuestos a ponerse una máscara solo para poder tener lo que quieren sin que nadie se entere de ello. Podemos soportar todo tipo de dolor. Es la vergüenza la que devora completos a los hombres.

—Sabias palabras —dijo una voz desde la esquina.



Kaz y Wylan giraron. Las lámparas se encendieron brillantemente, inundando la habitación con luz y de un nicho en la pared opuesta surgió una figura que no había estado allí un momento antes: Pekka Rollins, con una sonrisa satisfecha en su cara rojiza y seguido por un grupo de Leones del Centavo, todos llevaban pistolas, zapas y hachas de mano.

—Kaz Brekker —se burló Rollins—. Filósofo ladrón.





Traducido por Alfacris

—¡Abajo! —le gritó Matthias a Kuwei. El chico shu se aplastó contra el suelo. Un segundo disparo sacudió el aire, destrozando otro de los vitrales.

—O están interesados en perder muchas balas o son disparos de advertencia —dijo Jesper. Caminando agachado, Matthias se acercó al otro lado de la tumba y miró a través de una fina grieta en la piedra.

—Estamos rodeados —dijo. Las personas que estaban entre las tumbas de Velo Negro estaban muy lejos de ser los oficiales de la *vigilancia* que esperaba ver. A la luz parpadeante de las linternas y antorchas, Matthias vislumbró tela a cuadros y estampado de cachemir, chalecos rayados y abrigos a cuadros. El uniforme del Barril. Llevaban armas variadas: armas de fuego, cuchillos largos como el antebrazo de un hombre y bates de madera.

—No puedo distinguir sus tatuajes —dijo Jesper—. Pero estoy bastante seguro de que ese en la delantera es Doughty.

Doughty. Matthias buscó en su memoria, entonces recordó al hombre que los había acompañado hasta Pekka Rollins cuando Kaz había buscado un préstamo.

—Leones del Centavo.

—Un montón de ellos.

—¿Qué es lo que quieren? —dijo Kuwei trémulo.



Matthias podía oír a la gente riendo, gritando y, debajo de todo, el zumbido bajo y febril que llegaba cuando los soldados sabían que tenían la ventaja, cuando olían la promesa de derramamiento de sangre en el aire.

Un vítor se elevó de la muchedumbre cuando los Leones del Centavo se abalanzaron y lanzaron algo hacia la tumba. Eso se elevó y pasó a través de una de las ventanas rotas, golpeando el suelo con un ruido metálico. El gas verde estalló por los costados.

Matthias levantó de un tirón una manta de caballos del suelo y la arrojó sobre el recipiente. La empujó de nuevo a través de la ventanita mientras otro disparo de arma de fuego surcaba el aire. Los ojos le ardían, lágrimas corrían por sus mejillas.

Ahora el zumbido estaba aumentando. Los Leones del Centavo avanzaron.

Jesper disparó y uno del grupo que avanzaba cayó, su antorcha se apagó en el suelo húmedo. Una y otra vez, Jesper disparó, y su puntería infalible derribó Leones del Centavo. Sus filas se rompieron mientras se dispersaban para cubrirse.

—Sigan haciendo cola, muchachos —dijo Jesper con gravedad.

—¡Salgan! —gritó Doughty de detrás de una tumba—. No pueden matarnos a todos.

—No te oigo —gritó Jesper—. Acércate.

—Hemos destrozado sus botes. No tienen manera de salir de esta isla evitándonos. Así que vengan tranquilos o llevaremos sus cabezas al Barril.

—¡Cuidado! —dijo Matthias. Doughty había estado distraídolos. Otro contenedor se estrelló a través de una ventana, luego otro—. ¡La catacumba! —gritó Matthias y corrieron hacia el extremo opuesto de la tumba, apiñándose en el pasillo y sellando la puerta de piedra detrás de ellos. Jesper se quitó la camisa y la metió en el hueco entre la puerta y el suelo.

—¿Cómo diablos nos encontraron? —preguntó.



—No importa —dijo Matthias. No había tiempo para pensar en cómo Velo Negro había sido comprometido. Todo lo que sabía era que, si Pekka Rollins había enviado a su pandilla detrás de ellos, Nina también podría estar en peligro—. ¿Con qué herramientas contamos?

—Wylan nos dejó con un montón de esas bombas violeta en caso de que nos metiéramos en problemas con los soldados shu y también tengo un par de bombas destello. ¿Kuwei?

—No tengo nada —dijo—.

—Tienes esa maldita mochila —dijo Jesper—. ¿No hay nada útil allí?

Kuwei sujetó la bolsa contra su pecho. —Mis cuadernos —dijo con una inhalación.

—¿Qué con los restos del trabajo de Wylan? —preguntó Matthias. Nadie se había molestado en recoger nada.

—Son solo algunas de las cosas que utilizó para hacer los fuegos artificiales para el *Goedmedbridge* —dijo Jesper.

Una ráfaga de gritos llegó de afuera.

—Van a explotar la puerta de la tumba —dijo Matthias. Es lo que él habría hecho si hubiera querido prisioneros en vez de muertos, aunque estaba seguro de que Kuwei era al único que a los Leones del Centavo les interesaba sacar vivo.

—Tiene que haber por lo menos treinta gorilas ahí afuera buscando sacarnos el pellejo —dijo Jesper—. Solo hay una manera de salir de la tumba y estamos en una maldita isla. Estamos fritos.

—Tal vez no —dijo Matthias, considerando el resplandor fantasmal de la luz verde de la luz de hueso. Aunque no tenía el don de Kaz para las estrategias, había sido criado en el ejército. Debía existir una manera de salir de esto.



—¿Estás loco? Los Leones del Centavo tienen que saber por cuánto nos sobrepasan en número.

—Ciento —dijo Matthias—. Pero no saben que dos de nosotros son Grisha. —Ellos pensaban que estaban cazando a un científico, no a un Inferno, y Jesper había guardado en secreto sus poderes de Fabricador por largo tiempo.

—Sí, dos Grisha con apenas entrenamiento —dijo Jesper.

Un fuerte estallido resonó, sacudiendo las paredes de la tumba y tumbando a Matthias contra los otros.

—¡Vienen! —gritó Kuwei.

Pero no sonaron pasos y hubo otra serie de gritos provenientes del exterior. —No usaron una carga lo suficientemente grande —dijo Matthias—. Te quieren vivo, así que están siendo cautelosos. Tenemos una oportunidad más. Kuwei, ¿cuánto calor puedes producir de una llama?

—Puedo hacer que el fuego arda más intensamente, pero es difícil de mantener.

Matthias recordó las llamas violetas que lamían el cuerpo del soldado shu volador, inextinguibles. Wylan había dicho que ardían a mayor temperatura que el fuego ordinario.

—Dame una de las bombas —le dijo a Jesper—. Voy a volar el fondo de la catacumba.

—¿Por qué?

—Para hacerles creer que estamos volando un camino de salida por el otro lado —dijo Matthias, poniendo la bomba en el extremo más alejado del pasaje de piedra.

—¿Estás seguro de que no vamos a volar todos con eso?

—No —admitió Matthias—. Pero a menos que tengas alguna idea brillante ...

—Yo...



—Disparar a tantas personas como sea posible antes de morir no es una opción.

Jesper se encogió de hombros. —En ese caso, continúa.

—Kuwei, tan pronto como la bomba se apague, ve a la puerta de entrada tan rápido como puedas. El gas debe haberse dispersado, pero quiero que corras. Estaré justo detrás de ti, cubriéndote. ¿Conoces la tumba con el gran mástil roto?

—¿A la derecha?

—Sí. Ve directo a esa. Jesper, coge toda la pólvora que dejó Wylan y haz lo mismo.

—¿Por qué?

Matthias encendió la mecha. —Puedes seguir mis órdenes o puedes hacer tus preguntas a los Leones del Centavo. Ahora, ve.

Los empujó contra la pared, protegiendo sus cuerpos cuando un estallido resonó desde el final del túnel.

—¡Corran!

Irrumpieron a través de la puerta de la catacumba.

Matthias mantuvo una mano en el hombro de Kuwei, instándolo mientras corrían a través de los restos del gas verde. —Recuerda, dirígete directamente al mástil roto.

Él abrió la puerta de la tumba y lanzó una bomba al aire. Estalló en fragmentos de luz blanca diamante y Matthias corrió a cubrirse en los árboles, disparando a los Leones del Centavo con su rifle mientras esquivaba las tumbas.

Los Leones del Centavo respondieron el fuego y Matthias se zambulló debajo de un grupo de piedras cubiertas de musgo. Vio a Jesper cargar a través de la puerta de la tumba, sus revólveres disparando, corriendo hacia el mástil de piedra roto. Matthias lanzó la última bomba en el aire cuando Jesper rodó hacia la derecha y el rugido de los



disparos estalló como una tormenta desatada, al tiempo que los Leones del Centavo olvidaron toda promesa de disciplina o recompensa y se abalanzaron con toda su fuerza. Podían haber recibido la orden de mantener a Kuwei con vida, pero eran ratas del Barril, no soldados entrenados.

Sobre su vientre, Matthias se arrastró a través de la tierra del cementerio. —¿Ninguno resultó herido? —preguntó al llegar al mástil roto del mausoleo.

—Sin aliento, pero todavía respirando —dijo Jesper. Kuwei asintió, aunque estaba temblando—. Plan fantástico, por cierto. ¿Cómo es que estar aquí atrapados es mejor que estar encerrados en la tumba?

—¿Tienes los polvos de Wylan?

—Lo que quedó de ellos —dijo Jesper. Vació sus bolsillos, revelando tres paquetes.

Matthias eligió uno al azar. —¿Puedes manipular esos polvos?

Jesper se removió incómodo. —Sí. Supongo. Hice algo similar en la Corte de Hielo. ¿Por qué?

Por qué. Por qué. Con los *driuskelle*, habría sido encarcelado por insubordinación.

—Se supone que Velo Negro está embrujado, ¿no? Vamos a hacer algunos fantasmas. —Matthias miró alrededor del borde del mausoleo—. Se están moviendo. Necesito que sigas mis órdenes y dejes de hacer preguntas. Ambos.

—No es de extrañar que tú y Kaz no se lleven bien —murmuró Jesper.

Con la menor cantidad de palabras que pudo, Matthias explicó lo que pretendía hacer ahora y cuando llegaran a la costa de la isla, suponiendo que su plan funcionara.

—Nunca antes he hecho esto —dijo Kuwei.

Jesper le guiñó un ojo. —Eso es lo que lo hace emocionante.

—¿Listo? —preguntó Matthias.



Abrió el paquete. Jesper alzó las manos y con un leve golpe, el polvo se elevó en una nube. Flotaba suspendido en el aire como si el tiempo se hubiera ralentizado. Jesper se concentró, sudaba en la frente, empujando las manos hacia adelante. La nube se adelgazó y rodó por encima de las cabezas de los Leones del Centavo y luego capturó una de sus antorchas en una explosión verde.

Los hombres que rodeaban al que sostenía la antorcha, jadearon.

—*Kuwei* —ordenó Matthias.

El chico shu levantó las manos y la llama de la antorcha verde se deslizó a lo largo de la empuñadura, serpenteando por el brazo de su portador como una serpiente sinuosa de fuego. El hombre gritó, arrojó la antorcha, cayó al suelo y rodó en un intento de apagar las llamas.

—Continúa —dijo Matthias, y Kuwei flexionó los dedos, pero las llamas verdes se apagaron.

—¡Lo siento! —dijo Kuwei.

—¡Haz otra! —ordenó Matthias. No había tiempo para mimos.

Kuwei apartó las manos de nuevo y una de las linternas de los Leones del Centavo explotó, esta vez en una espiral de llamas amarilla. Kuwei retrocedió como si no hubiera pretendido usar tanta fuerza.

—No pierdas la concentración —insistió Matthias.

Kuwei hizo un bucle con sus muñecas y las llamas de la linterna se elevaron en un arco serpenteante.

—Ey —dijo Jesper—. No está mal. —Él abrió otro paquete de polvo y lanzó su contenido en el aire, luego arqueó sus brazos hacia adelante, enviándolo para encontrarse con la llama de Kuwei. El hilo retorcido de fuego se convirtió en un carmesí profundo y reluciente—. Cloruro de estroncio —murmuró el tirador—. Mi favorito.



Kuwei flexionó uno de sus puños y otra corriente de fuego se unió a las llamas de la antorcha, luego otra, formando una serpiente de cuerpo grueso que ondulaba sobre Velo Negro, lista para atacar.

—¡Fantasmas! —gritó uno de los Leones del Centavo.

—No seas tonto —replicó otro.

Matthias observó serpentear a esa serpiente roja y desenrollarse en senderos de llamas, sintiendo que el viejo temor se elevaba en él. Se había sentido cómodo con Kuwei, a pesar de que había sido el incendio de un Inferno el que consumió el pueblo de su familia en una escaramuza fronteriza. De alguna manera, había olvidado el poder que este chico guardaba dentro de sí. *Era una guerra*, se recordó. *Y esta también lo es*.

Los Leones del Centavo estaban distraídos, pero no duraría mucho.

—Extiende el fuego a los árboles —dijo Matthias, y con un poco de gruñido, Kuwei abrió los brazos. Las hojas verdes lucharon contra el ataque de la llama devoradora, y luego fueron atrapadas.

—Tienen un Grisha —gritó Doughty—. ¡Flanquéenlos!

—¡A la orilla! —dijo Matthias—. ¡Ahora! —Corrieron a través de lápidas y santos de piedra rotos—. Kuwei, prepárate. Necesitamos todo lo que tienes.

Se deslizaron por la orilla, cayendo en las aguas poco profundas. Matthias agarró las bombas violetas y las abrió azotándolas contra los cascos de los botes estropeados. Una tenue llama violeta los envolvió. Tenía una calidad misteriosa, casi cremosa. Matthias había ido y venido de Velo Negro bastantes veces para saber que ésta era la parte más superficial del canal, el largo tramo de arena donde los barcos probablemente encallaban, pero la orilla opuesta parecía increíblemente lejana.

—Kuwei —ordenó, orando para que el chico shu fuera lo suficientemente fuerte, esperando que pudiera manejar el plan que Matthias había esbozado momentos antes—, abre un camino.



Kuwei empujó sus manos hacia delante y las llamas cayeron en el agua levantando una enorme columna de vapor. Al principio, todo lo que Matthias pudo ver fue una pared blanca. Entonces el vapor se abrió ligeramente y vio peces que flotaban en el barro, los cangrejos deslizándose sobre el fondo expuesto del canal mientras las llamas violetas lamían el agua a cada lado.

—Por todos los Santos y los burros que montaban —dijo Jesper con un suspiro de asombro—. Kuwei, lo hiciste.

Matthias se volvió hacia la isla y abrió fuego hacia los árboles.

—¡Apresúrate! —gritó, y corrieron por un camino que no había estado allí hace unos instantes, corriendo hacia el otro lado del canal, hacia las calles y callejones que podrían darles cobertura. *Antinatural*, clamó una voz en su cabeza. *No*, pensó Matthias, *milagroso*.

—¿Te das cuenta de que tú solo has dirigido a tu propio pequeño ejército de Grisha? —dijo Jesper mientras salían del barro y corrían por las calles en sombras hacia Arrecife Dulce.

Lo había hecho. Un pensamiento incómodo. A través de Jesper y Kuwei, había empuñado el poder Grisha. Y, sin embargo, Matthias no se sentía contaminado o de algún modo marcado por ello. Recordó lo que Nina había dicho sobre la construcción de la Corte de Hielo, que debía ser la obra de Grisha y no la obra de Djel. ¿Qué pasaría si ambas cosas fueran ciertas? ¿Y si Djel trabajaba a través de estas personas? *Antinatural*. La palabra le había llegado tan fácilmente, una manera de descartar lo que él no entendía, de hacer que Nina y su especie fueran menos que humanos. Pero ¿y si detrás de la justicia que conducía a los *driuskelle*, había algo menos limpio o justificado? ¿Y si fuera miedo o ira, o simplemente envidia? ¿Qué significaba aspirar a servir a Djel, solo para ver su poder en los dones de otro, saber que nunca podrías poseer esos dones tú mismo?

Los *driuskelle* daban su juramento a Fjerda, pero también a su dios. Si se podía hacer que vieran milagros donde una vez habían visto abominación, ¿qué otra cosa



podría cambiar? *Me han hecho para protegerte.* Su deber para con su dios, su deber para con Nina. Tal vez eran lo mismo. ¿Qué pasaría si la mano de Djel había levantado las aguas la noche de la furiosa tormenta que destrozó el buque *driūskelle* y unió a Matthias y a Nina?

Matthias corría por las calles de una ciudad extranjera, hacia peligros que no conocía, pero por primera vez desde que había mirado a los ojos de Nina y visto que su propia humanidad se reflejaba en ellos, la guerra en su interior se calmó.

Encontraremos una manera de hacerles cambio de opinión., había dicho ella. *A todos.* Él localizaría a Nina. Sobrevivirían esta noche. Se librarían de esta ciudad húmeda y descabellada, y luego ... Bueno, entonces cambiarían el mundo.





Traducido por Azhreik

Inej se retorció, liberándose del agarre como garras en su nuca. Se revolvió para detener su caída. Sus piernas encontraron sujeción en el techo del silo y se liberó de un tirón, alejándose de la trampilla. Se giró sobre los talones, con los cuchillos ya liberados de sus fundas, un peso mortífero en sus manos.

Su mente no podía encontrarle sentido a lo que estaba viendo. Una chica estaba parada ante ella en el techo del silo, resplandeciente como una figura tallada de marfil y ámbar. Su túnica y pantalones eran del color de la crema, con bandas de cuero color marfil y bordadas en dorado. Su cabello caoba colgaba en una gruesa trenza adornada con el centelleo de joyas. Era alta y esbelta, tal vez uno o dos años mayor que Inej.

El primer pensamiento de Inej fue sobre los soldados Kherguud que Nina y los otros habían visto en la Duela Oeste, pero esta chica no lucía shu.

—Hola, Espectro —dijo la chica.

—¿Te conozco?

—Soy Dunyasha, la Espada Blanca, entrenada por los Sabios de Ahmrat Jen, los más grandes asesinos de esta era.

—No me suena de nada.

—Soy nueva en esta ciudad —reconoció la chica—, pero me han dicho que eres una leyenda en estas calles sucias. Lo confieso, creí que serías... más alta.



—¿Qué asunto? —preguntó Inej, el saludo tradicional kerch al inicio de cualquier encuentro, aunque se sentía absurdo decirlo a veinte pisos de altura.

Dunyasha sonrió. Parecía practicada, como las sonrisas que Inej había visto que las chicas daban a los clientes en el salón dorado de la Colección. —Un saludo vulgar para una ciudad vulgar. —Agitó los dedos desmañadamente hacia el horizonte, reconociendo y despreciando Ketterdam con un simple gesto—. El destino me trajo aquí.

—¿Y el destino paga tu salario? —preguntó Inej, evaluándola. No creía que esta chica marfil y ámbar hubiera escalado un silo solo para conocerla. En una lucha, la altura de Dunyasha le daría un mayor alcance, pero podría impactar su balance. ¿Van Eck la había enviado? Y si era así, ¿también había mandado a alguien tras Nina? Dirigió el más breve vistazo hacia abajo, pero no pudo ver nada en las profundas sombras de los silos—. ¿Para quién trabajas?

Aparecieron cuchillos en las manos de Dunyasha, sus bordes resplandecieron brillantes. —Nuestro trabajo es la muerte —dijo—, y es sagrado.

Una luz exultante llenó sus ojos, la primera chispa verdadera de vida que Inej había visto en ella, y entonces atacó.

Inej se alarmó por la velocidad de la chica. Dunyasha se movía como una pincelada de luz, como si fuera una espada ella misma, cortando a través de la oscuridad, sus cuchillos rajando en tandem, izquierda, derecha. Inej dejó que su cuerpo respondiera, esquivando más por instinto que otra cosa, retrocedió lejos de su oponente, pero evitó el borde del silo. Fintó a la izquierda y se deslizó más allá de Dunyasha, consiguiendo la primera estocada propia.

Dunyasha giró y evadió el ataque fácilmente, ingravida como el sol deslizándose por la superficie de un lago. Inej nunca había visto a alguien luchar de esta forma, como si estuviera moviéndose al ritmo de música que solo ella podía escuchar.

—¿Tienes miedo, Espectro? —Inej sintió que el cuchillo de Dunyasha le atravesaba la manga. El ardor de la hoja fue como un látigo incandescente. *No demasiado*



profundo, se dijo. A menos que, por supuesto, la cuchilla estuviera envenenada—. Creo que lo tienes. No puedes temer a la muerte y ser su verdadera emisaria.

—¿La chica estaba loca? —O solo era conversadora? Inej saltó hacia atrás, moviéndose en un círculo alrededor del techo del silo.

—Yo nací sin temor —continuó Dunyasha con una risita feliz—. Mis padres creyeron que me ahogaría porque de bebé gateé hasta el océano, riendo.

—Tal vez les preocupaba que hablaras hasta morir.

Su oponente se lanzó hacia delante con nueva intensidad, e Inej se preguntó si la chica solo había estado jugando con ella en ese primer ataque agresivo, buscando sus fortalezas y debilidades antes de evaluar la ventaja. Intercambiaron estocadas, pero Dunyasha estaba descansada. Inej podía sentir cada dolor y herida y prueba del último mes en su cuerpo... la herida de cuchillo que casi la había matado, el ascenso por el incinerador, los días que había pasado atada en cautiverio.

—Confieso decepción —dijo Dunyasha, mientras sus pies saltaban ágilmente por el techo del silo—. Había esperado que fueras un desafío. Pero ¿qué encuentro? Un manchón de acróbata suli que lucha como una matona callejera corriente.

Era verdad. Inej había aprendido su técnica de chicos como Kaz y Jesper en los callejones y calles torcidas de Ketterdam. Dunyasha no tenía solo un modo de ataque. Se inclinaba como un juncos cuando era necesario, se lanzaba como un gato acechando, retrocedía como el humo. No tenía ni un solo estilo que Inej pudiera comprender o predecir.

Ella es mejor que yo. El conocimiento tenía el sabor a podrido, como si Inej hubiera mordido una fruta tentadora y encontrado que estaba echada a perder. No era solo la diferencia en su entrenamiento. Inej había aprendido a pelear porque tuvo que hacerlo si deseaba sobrevivir. Había sollozado la noche que había matado por primera vez. En cambio, esta chica lo estaba disfrutando.



Pero Ketterdam le había enseñado bien a Inej. Si no podías vencer las probabilidades, cambiabas el juego. Inej esperó a que su oponente se lanzara, luego saltó más allá de ella hacia la cuerda estirada entre los silos, moviéndose descuidadamente para cruzarla. El viento la alcanzó, ahora ansioso, percibiendo la oportunidad. Ella consideró utilizar el palo de balance, pero quería las manos libres.

Sintió que el cable se bamboleaba. *Imposible*. Pero cuando miró hacia atrás sobre su hombro, Dunyasha la había seguido sobre la cuerda floja. Estaba sonriendo, su piel blanca resplandecía como si se hubiera tragado la luna.

La mano de Dunyasha se disparó e Inej jadeó cuando algo afilado se le enterró en la pantorrilla. Se dobló hacia atrás, tomó el cable con las manos y giró la postura para enfrentar a su oponente. La muñeca de la chica se disparó de nuevo. Inej sintió otra puñalada ardiente de dolor, y cuando miró hacia abajo, vio una estrella metálica con picos sobresaliéndole del muslo.

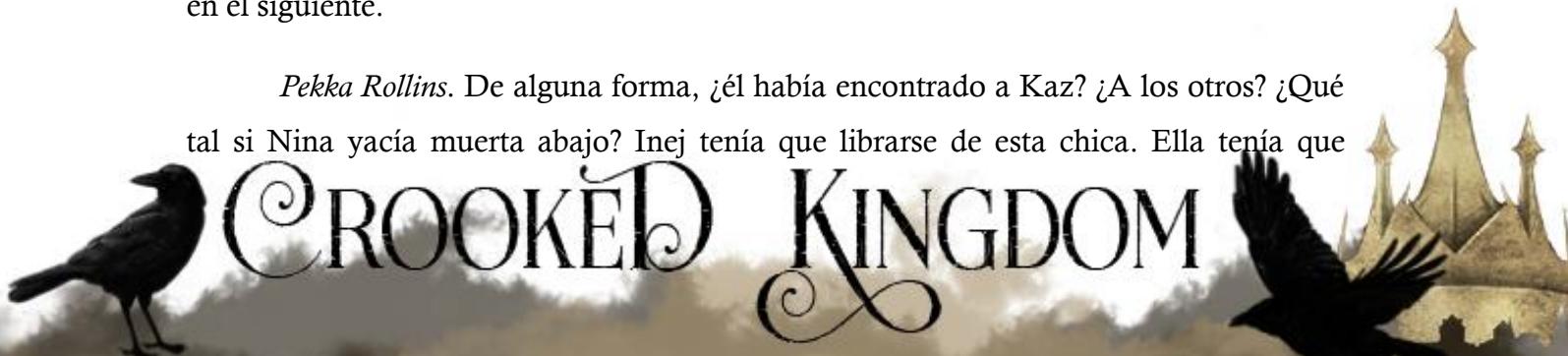
Desde algún lugar debajo, escuchó gritos, los sonidos de una pelea. *Nina*. ¿Quién o qué había enviado Jan Van Eck tras ella? Pero no podía permitirse distracciones, no sobre la cuerda, no enfrentada a esta criatura.

—Escuché que te prostituiste para el Pavorreal —dijo Dunyasha, mientras lanzaba otra estrella de picos a Inej, y otra. Inej evitó ambas, pero recibió la siguiente en la carne de su hombro derecho. Estaba sangrando muchísimo—. Yo habría matado a todos bajo ese techo y a mí misma antes de permitir que me usaran de semejante forma.

—Ahora estás siendo usada —replicó Inej—. Van Eck no es merecedor de tu habilidad.

—Si debes saberlo, Pekka Rollins paga mi salario —dijo la chica, y las pisadas de Inej vacilaron. *Rollins*—. Él paga mis viajes, mi alojamiento. Pero no pido dinero por las vidas que tomo. Son las joyas que visto. Son mi gloria en este mundo y me traerán honor en el siguiente.

Pekka Rollins. De alguna forma, ¿él había encontrado a Kaz? ¿A los otros? ¿Qué tal si Nina yacía muerta abajo? Inej tenía que librarse de esta chica. Ella tenía que



ayudarlos. Otra estrella plateada vino zumbando en su dirección y ella se dobló a la izquierda para evitarla, casi perdió el equilibrio. Danzó hacia atrás en el cable, atisbó otro destello de plata. El dolor le lanceó el brazo y siseó.

Nuestro trabajo es la muerte y es sagrado. ¿A qué dios oscuro servía esta mercenaria? Inej imaginó a alguna deidad inmensa cerniéndose sobre la ciudad, sin cara y sin rasgos, la piel tirante sobre sus extremidades hinchadas, engordada con la sangre de las víctimas de sus acólitos. Podía sentir su presencia, la frialdad de su sombra.

Una estrella se enterró en la espinilla de Inej, otra en su antebrazo. Miró sobre su hombro. Solo tres metros más y estaría en el primer silo. Dunyasha podría saber más de pelear de lo que Inej nunca sabría, pero ella no conocía Ketterdam. Inej correría hasta la parte inferior del silo, encontraría a Nina. Ellas perderían a este monstruo en las calles y canales que Inej conocía tan bien.

De nuevo, calculó la distancia detrás de ella. Solo un metro más. Pero cuando volvió a mirar al frente, Dunyasha ya no estaba en la cuerda. Inej la vio inclinarse, vio su mano alcanzar el imán. *No.*

—Protéjanme —susurró a sus Santos.

La cuerda se zafó. Inej cayó, retorciéndose en el aire como lo había hecho de niña, buscando sus alas.





Traducido por Guangugo

Kaz escuchó un rugido en sus oídos. Como siempre, experimentó una extraña clase de duplicidad cuando miró a Rollins, como si hubiera estado despierto hasta muy tarde y hubiera bebido mucho. El hombre enfrente de él era Pekka Rollins, rey del Barril, señor pandillero y empresario. Pero también estaba Jakob Hertzoon, el supuesto mercader respetable quien había alimentado a Kaz y a Jordie con comodidad y confianza, luego tomó su dinero y los dejó indefensos en una ciudad que no valoraba la piedad.

Cualquier señal del respetable Jakob Hertzoon se había ido esta noche. Rollins vestía un chaleco de rayas verdes perfectamente abotonado en los inicios de su tripa protuberante y un pantalón de tonalidad esmeralda. Aparentemente, había remplazado el reloj que Kaz le había robado, porque sacó uno nuevo y lo miró ahora.

—Esta cosa nunca mantiene la hora del todo correcta —dijo Rollins, dándole al reloj una sacudida, sus patillas temblaron ligeramente mientras emitía un suspiro de exasperación—, pero no puedo resistir un fino toque de brillo. ¿No creo que guardaras el que me quitaste? —Kaz no dijo nada—. Bueno, —Rollins continuó con un encogimiento de hombros, cerrando el reloj y devolviéndolo al bolsillo de su chaleco—, justo ahora, mis lugartenientes deben estar rodeando a tu equipo y a cierto rehén invaluable en la Isla Velo Negro.

Wylan soltó un sonido angustiado.

—También he preparado algo especial para el Espectro —dijo Rollins—. Un extraordinario activo, esa chica. No me gustaba la idea de que tuvieras esa flecha



particular en tu aljaba, así que encontré a alguien aún más extraordinario para que se encargue de ella.

Una sensación enfermiza se asentó en el estómago de Kaz. Pensó en Inej ondulando los hombros, la pulcra figura de su cuerpo lleno de confianza. *No trabajo con red.*

—¿Realmente creíste que serías tan difícil de encontrar, Brekker? He estado en este juego por un largo tiempo. Todo lo que tuve que hacer fue pensar qué habría hecho yo cuando era más joven y más tonto.

El rugido en los oídos de Kaz se volvió más fuerte. —Estás trabajando para Van Eck. —Él sabía que era una posibilidad, pero la había ignorado. Había creído que, si se movía lo suficientemente rápido, ellos no tendrían tiempo para formar una alianza.

—Estoy trabajando *con* Van Eck. Después que vinieras a mí buscando dinero, tuve el presentimiento que él podría necesitar mis servicios. Tuvo sus dudas al principio, no ha tenido la mejor de las suertes haciendo tratos con los chicos del Barril. Pero ese pequeño truco que hiciste con su esposa lo condujo directamente a mis brazos amorosos. Le dije a Van Eck que tú siempre estarías un paso enfrente de él porque no puede evitar pensar como un hombre de negocios.

Kaz casi se encogió. ¿No había tenido él la misma idea?

—Él es un tipo inteligente, sin duda —continuó Rollins—, pero un hombre de imaginación limitada. Mientras que tú, Brekker, piensas como un pequeño rufián malvado. Eres yo con mucho más cabello y mucho menos estilo. Van Eck pensó que te tenía completamente acorralado en la Duela Oeste, se sintió muy bien con llamar a la *vigilancia* también. Pero yo sabía que tú serías más resbaladizo que eso.

—¿Y sabías que vendría aquí?

Rollins se rio entre dientes. —Sabía que no podrías *resistirte*. Oh, no sabía qué plan habías tramado, pero sabía que cualquier proyecto que idearas te traería aquí. No



podías dejar pasar la oportunidad de humillar a Van Eck, de recuperar lo que piensas que te debe.

—El trato es el trato.

Rollins negó con su cabeza, cloqueando como una gran mamá gallina. —Te tomas las cosas muy personalmente, Brekker. Deberías estar concentrado en el trabajo, pero estás muy ocupado guardando rencor.

—Ahí es donde te equivocas —dijo Kaz—. No guardo rencor. Lo acuno. Lo mimo. Lo alimento con finos cortes de carne y lo mando a las mejores escuelas. Yo nutro a mis rencores, Rollins.

—Me alegra que conservaras tu sentido del humor, muchacho. Una vez hayas cumplido tu plazo encerrado, asumiendo que Van Eck te dejé vivir, tal vez simplemente te dejé trabajar para mí. Una pena ver desperdiciarse un talento como el tuyo.

—Preferiría ser cocinado a fuego lento en un asador, con Van Eck girando la manija.

La sonrisa de Rollins fue magnánima. —Imagino que eso también se puede arreglar. No soy nada más que complaciente. —*Solo sigue hablando*, Kaz instó silenciosamente, su mano deslizándose dentro del morral de Wylan.

—¿Qué te hace creer que Van Eck cumplirá su acuerdo contigo más de lo que hizo con nosotros?

—Porque tengo el sentido común de obtener el dinero por adelantado. Y mis demandas son ligeramente más moderadas. ¿Unos pocos millones de *kruge* para librarme al Barril de una molestia que de todos modos me gustaría ver irse? Más razonable. —Rollins enganchó sus pulgares en su chaleco—. El hecho es que Van Eck y yo nos entendemos el uno al otro. Me estoy expandiendo, agrandando mi territorio, pensando en grande. El Príncipe Kaelish es el establecimiento más fino que la Duela Este ha visto jamás, y solo está comenzando. Van Eck y yo somos constructores. Queremos crear algo



que dure más que nosotros. Te acostumbrarás a eso, chico. Ahora ¿por qué no me das ese sello y vienes en silencio?

Kaz sacó el sello de su bolsillo, lo levantó, dejando que captara la luz de la lámpara, atrayendo la mirada de Pekka. Dudó.

—Anda, Brekker. Eres fuerte, confieso, pero te tengo acorralado y te supero en número. No puedes sobrevivir la caída de esa ventana, y Van Eck tiene a miembros de la *vigilancia* rodeando la calle de abajo. Estás acabado, frito, balanceándote en el viento, así que no hagas nada tonto.

Pero si no podías abrir una puerta, solo tenías que hacer una nueva. Era fácil hacer que Rollins hablara; de hecho, Kaz dudaba que lo pudiera parar si quisiera. Luego, era solo cuestión de mantener los ojos de Rollins sobre el brillante sello de oro en la mano derecha de Kaz, mientras abría un frasco de ácido aurico con la izquierda.

—Prepárate —murmuró.

—Kaz —protestó Wylan.

Kaz lanzó el sello a Rollins y en el mismo movimiento salpicó el ácido restante en el suelo. El cuarto se llenó de calor y la alfombra siseó mientras una columna de humo acre se elevaba de ella.

—¡Deténganlos! —gritó Rollins.

—Te veo del otro lado —dijo Kaz. Agarró su bastón y lo golpeó contra las tablas bajo sus pies. El piso cedió con un crujido.

Chocaron contra el primer piso en una nube de yeso y polvo, justo sobre una mesa que colapsó bajo su peso.

Candelabros y platos salieron rodando. Kaz se puso de pie, con el bastón en la mano, salsa gravy le goteaba del abrigo, luego levantó a Wylan de un tirón.

Tuvo un breve momento para registrar las miradas sorprendidas de los mercaderes alrededor de la mesa, sus bocas abiertas en shock, servilletas aún en sus



regazos. Luego Van Eck estaba gritando: —¡Captúrenlos! —Y Kaz y Wylan saltaron por encima de un jamón caído y corrieron por el pasillo de baldosas negras y blancas.

Dos guardias con librea estaban parados enfrente de las puertas con paneles de cristal que se abrían al jardín trasero, levantando sus rifles.

Kaz aceleró el paso y se dejó caer en una barrida. Preparó su bastón horizontalmente por delante de su pecho y se disparó entre los guardias, dejando que el bastón golpeara contra sus espinillas, derribándolos.

Wylan lo siguió, rodando por las escaleras al jardín. Luego estaban en el cobertizo para botes, sobre la barandilla y dentro de la *gondela* que Rotty había mantenido en espera en el canal.

Una bala perforó el costado del bote mientras disparos salpicaban el agua alrededor de ellos. Él y Rotty tomaron sus remos.

—Lanza la artillería pesada —gritó Kaz, y Wylan arrojó cada cohete, bomba, y un poco de municiones que había podido caber en el bote. El cielo sobre la casa de Van Eck explotó en un despliegue de luz, humo y sonaba como si los guardias esquivaran buscando protegerse.

Kaz puso sus brazos a trabajar, sintiendo el bote deslizarse en la corriente mientras pasaban al tráfico brillante del *Geldcanal*.

—¿Entrar y salir sin que él lo notara? —dijo Rotty.

—Estuve casi en lo correcto —gruñó Kaz.

—Tenemos que advertir a los otros —jadeó Wylan—. Rollins dijo...

—¿Pekka Rollins estaba allí? —Rotty preguntó, y Kaz escuchó el miedo en su voz. Una rata de canal enfrentaría a mil matones y ladrones, mercaderes y mercenarios, pero no a Pekka Rollins.

Kaz inclinó uno de sus remos, dirigiendo el bote a estribor y apenas esquivando un barco lleno de turistas.



—Tenemos que regresar a Velo Negro. Los otros...

—Cállate, Wylan, necesito pensar.

Jesper y Matthias eran buenos en una pelea. Si alguien tenía la oportunidad de sacar a Kuwei de Velo Negro, eran ellos. ¿Pero cómo los había encontrado Pekka? Debieron seguir a alguien a la isla. Todos habían tomado riesgos ese día, aventurándose lejos de Velo Negro. Cualquiera de ellos pudo haber sido visto y seguido. ¿Nina y Matthias? ¿Wylan y Jesper? ¿El mismo Kaz? Una vez Pekka hubiera descubierto su escondite, los habría mantenido bajo vigilancia cada minuto, solo esperando a que se separaran y se volvieran vulnerables.

Kaz flexionó los hombros, y Rotty igualó su ritmo, las brazadas de sus remos impulsaban el bote más rápido a través de la corriente. Necesitaba llevarlos dentro del tráfico y lo más lejos de la casa de Van Eck como fuera posible. Necesitaba llegar a Arrecife Dulce. Los hombres de Rollins habrían seguido a Inej y a Nina allí desde Velo Negro. ¿Por qué las había mandado solas a los silos? Nina y sus preciosos refugiados. No habría un gran rescate para los Grisha esta noche. Todas sus oportunidades se fueron al infierno. *También he preparado algo especial para el Espectro.* Al diablo con la venganza, al diablo con los planes. Si Rollins le había hecho algo a Inej, Kaz pintaría la Duela Este con sus entrañas.

Piensa. Cuando un plan era arruinado, hacías uno nuevo. Cuando te acorralaban en un rincón, cortabas un hoyo en el techo. Pero no podía reparar algo a lo que no podía agarrarse. El plan se había vuelto resbaladizo. Él les había fallado. Le había fallado a ella. Todo porque parecía tener alguna clase de punto ciego cuando se trataba de Pekka Rollins. Jesper podría ya estar muerto. Inej podría estar desangrándose por las calles de Arrecife Dulce.

Giró sus remos. —Vamos al distrito de almacenes.

—¿Qué hay con los otros?

—Jesper y Matthias son luchadores, y no hay forma en que Pekka se arriesgue a lastimar a Kuwei. Vamos a Arrecife Dulce.



—Dijiste que estaríamos a salvo en Velo Negro —protestó Wylan—. Dijiste...

—No hay *a salvo* —Kaz gruñó—. No en el Barril. Ni en ninguna parte. —Proyectó su fuerza en remar. Ni sello. Ni barco. Su dinero, gastado.

—¿Qué hacemos ahora? —Wylan dijo silenciosamente, su voz apenas audible sobre el sonido del agua y los otros botes en el canal.

—Agarra un par de remos y sé útil —dijo Kaz—. O pondré tu trasero mimado en el agua y dejaré que tu padre te pesque.





Traducido por Azhreik

Nina los escuchó antes de verlos. Estaba posicionada entre el segundo y tercer silo, donde podía observar el progreso de Inej y echar un ojo sobre la caseta de guardia.

Inej había trepado el silo como una diminuta araña ágil moviéndose a un ritmo que cansó a Nina solo de mirarla. El ángulo era lo bastante pronunciado que apenas pudo ver a Inej una vez que alcanzó la cima, así que no podía decir el progreso que estaba haciendo con la trampilla. Pero Inej no empezó a cruzar cuando Nina dio la primera señal, así que debía haber tenido algún retraso con las cuerdas o con el gorgojo. Ante la segunda señal, Nina la vio avanzar sobre la nada.

Desde donde Nina esperaba, el cable era invisible en la oscuridad, y lucía como si Inej estuviera levitando, cada paso preciso, considerado. Allí... el más leve bamboleo. Ahora... una pequeña corrección. El corazón de Nina latió a un ritmo entrecortado mientras observaba. Tenía la absurda sensación que si permitía que su propia concentración vacilara durante siquiera un segundo, Inej podría caerse, como si la concentración y fe de Nina la estuvieran ayudando a mantenerse a flote.

Cuando Inej finalmente alcanzó el segundo silo, Nina deseó vitorear, pero se conformó con una breve y silenciosa danza. Entonces esperó que los guardias volvieran a estar a la vista en el lado oeste del perímetro. Se detuvieron ante la caseta de guardia durante unos minutos y salieron de nuevo. Nina estaba a punto de hacer una señal a Inej cuando escuchó el sonido de risas alborotadas. Los guardias también lo notaron, repentinamente alertas. Nina vio a uno de ellos encender la linterna y hacer señales encima de la caseta para llamar refuerzos... una medida precautoria en caso de



problemas. Se había sabido que sucedían motines, y con el caos en la Duela Oeste el día anterior, a Nina no le sorprendía que los guardias fueran rápidos en llamar por ayuda.

Parecía que podrían necesitarla. Nina conocía una banda de matones del Barril cuando veía una, y esto parecía un lote desagradable, todos grandes, de músculos anchos y pesadamente armados. La mayoría tenía armas, una señal segura de que estaban buscando más que una riña. El de la delantera vestía un chaleco a cuadros sobre su pecho ancho y estaba agitando una cadena en las manos. Sobre su antebrazo, Nina pudo ver un tatuaje circular. No podía distinguir los detalles desde esta distancia, pero habría apostado un buen dinero a que era un león acurrucado dentro de una corona. Los Leones del Centavo. Los chicos de Pekka Rollins. ¿Qué demonios estaban haciendo aquí?

Nina levantó la vista. Inej estaría poniendo el gorgojo en el segundo silo. Con algo de suerte, ella estaba fuera de su vista, pero ¿exactamente qué deseaba la pandilla de Pekka?

La respuesta vino momentos después: —Escuché que había una Cardio ocultándose en Arrecife Dulce —dijo el chico con el chaleco a cuadros en voz muy alta, aun agitando esa cadena.

Oh, Santos, esto es malo. ¿Los Leones del Centavo las habían seguido a ella e Inej desde Velo Negro? ¿Estaban los demás en problemas? Y ¿qué tal si Pekka Rollins y su pandilla sabían sobre los Grisha en la embajada? Algunos de ellos estaban violando sus contratos al intentar dejar la ciudad. Podían ser chantajeados o peor. Pekka podría venderlos a los shu. *Tienes tus propios problemas ahora mismo, Zenik,* dijo una voz en su cabeza. *Deja de preocuparte sobre salvar el mundo y salva tu propio trasero.* A veces su voz interior podía ser muy sabia.

Uno de los guardias de los silos se adelantó... bastante valientemente, pensó Nina, dada la demostración de fuerza de los Leones del Centavo. No pudo escuchar su conversación. Un papel con un vibrante sello rojo cambió de manos. El guardia se lo dio a su compañero para que lo leyera. Después de un momento, él se encogió de hombros. Y entonces, para el horror de Nina, el guardia se adelantó y abrió la reja. La linterna sobre el techo de la caseta destelló de nuevo. Estaban cancelando los refuerzos.



El sello rojo. El color de Van Eck. Estos eran sus silos, y no había forma en que los guardias se arriesgaran a abrir esa reja para cualquiera que su patrón no hubiera aprobado. Las implicaciones hicieron que le diera vueltas la cabeza. ¿Podían Jan Van Eck y Pekka Rollins estar trabajando juntos? Si era así, las oportunidades de los Indeseadables de salir con vida de la ciudad se acababan de hacer migajas sobre un plato pastelero.

—Sal, dulce Nina. Pekka tiene un trabajo para ti.

Nina vio que la cadena que el chico estaba girando tenía un pesado grillete en el extremo. Cuando había llegado a Ketterdam, Pekka Rollins le había ofrecido empleo y su dudosa protección. En su lugar, ella había elegido firmar con los Indeseadables. Parecía que Pekka estaba harto de regirse por contratos o las leyes de las pandillas. Él iba a atarla en cadenas, tal vez venderla a los shu u ofrecerla a Van Eck para que pudiera dosificarla con *parem*.

Nina estaba refugiada en las sombras del segundo silo, pero no había absolutamente ninguna forma de moverse más de unos cuantos pasos sin exponerse. Pensó en la píldora de veneno en su bolsillo.

—No nos hagas ir por ti, chica. —El chico estaba haciendo señas para que los otros Leones del Centavo se desplegaran.

Nina descubrió que tenía dos ventajas: primero, el grillete en el extremo de esa cadena significaba que Pekka probablemente la quería viva. Él no desearía sacrificar una Grisha Cardio valiosa, así que ellos no dispararían. Segundo, esta asamblea de genios no sabía que la *parem* había trastornado sus poderes. Podría ser capaz de comprarse a ella misma e Inej algo de tiempo.

Nina sacudió el cabello, invocó cada trozo de su valentía, y salió a zancadas a campo abierto. Instantáneamente, escuchó el sonido de gatillos amartillando.

—Ahora tranquilos —dijo ella, plantando una mano sobre una cadera—. No voy a serle de mucha utilidad a Pekka si me llenan de hoyos como la tapa de un salero.



—Vaya, hola, chica Grisha. ¿Vas a hacerlo divertido para nosotros?

Depende de tu definición. —¿Cuál es tu nombre, guapo?

El chico sonrió, revelando un diente de oro y un hoyuelo sorprendentemente encantador. —Eamon.

—Ese es un lindo nombre kaelish. *¿Ken ye hom?*

—Má era kaelish. Yo no hablo ese farfulleo.

—Bueno, qué tal si haces que tus amigos se relajen y bajen esas armas para que pueda enseñarte algunas palabras nuevas.

—No lo creo. Conozco la forma en que funcionan los poderes de Cardio. No dejaré que te apoderes de mi interior.

—Una pena —dijo Nina—. Escucha, Eamon, no hay necesidad de problemas esta noche. Yo solo quiero conocer los términos de Pekka. Si voy a enfrentarme a Kaz, necesito saber que el dolor vale el precio...

—Kaz Brekker está prácticamente muerto, querida. Y Pekka no te ofrece términos. Vienes con nosotros, encadenada o inconsciente.

Nina elevó los brazos y vio que los hombres a su alrededor se ponían rígidos, listos para disparar, sin importar las órdenes de Pekka. Ella convirtió su movimiento en un estiramiento perezoso. —Eamon, sabes que antes que me pongas esas cadenas yo podría hacer licuado con los órganos internos de estos caballeros.

—No eres lo bastante rápida.

—Soy lo bastante rápida para asegurarme que tú nunca... —Sus ojos se deslizaron significativamente bajo la hebilla de cinturón de él—, eleves una bandera en la Duela Oeste de nuevo.

Ahora Eamon palideció. —No puedes hacer eso.

Nina crujió los nudillos. —¿No puedo?



Un suave repiqueteo sonó de algún lugar por encima de ellos, y todos apuntaron sus armas hacia el cielo. *Demonios, Inej, guarda silencio.* Pero cuando Nina levantó la vista, sus pensamientos trastabillaron hasta detenerse aterrorizados. Inej estaba de vuelta en la cuerda. Y no estaba sola.

Durante un momento, Nina pensó que tal vez estaba alucinando mientras observaba la figura de blanco seguir a Inej a la cuerda. Lucía como un fantasma flotando en el aire por encima de ellos. Entonces ella arrojó algo a través del aire. Nina captó un destello de metal. No lo vio impactar, pero vio que los pasos de Inej fallaban. Inej se enderezó, su postura inflexible, con los brazos extendidos para balancearse.

Tenía que haber una forma de ayudarla. Nina estiró su poder hacia la chica de blanco, buscando su pulso, la fibra de sus músculos, algo que pudiera controlar, pero de nuevo estaba esa terrible ceguera, esa nada.

—¿No vas a ayudar a tu amiga? —dijo Eamon.

—Ella puede arreglárselas sola —dijo Nina.

Eamon sonrió con suficiencia. —No eres ni de cerca tan dura como escuchamos. Mucha charla, nada de acción. —Se giró hacia su equipo—. Comprará bebidas toda la noche para el primero que la agarre.

No la apresuraron. No eran lo bastante tontos para eso. Avanzaron lentamente, con las armas levantadas. Nina levantó las manos. Ellos se detuvieron, cautelosos. Pero cuando nada sucedió, ella los vio intercambiar miradas, unas cuantas sonrisas, y ahora estaban viendo más rápido, perdiendo el miedo, listos para tomar su recompensa.

Nina arriesgó una mirada hacia arriba. Inej, de alguna forma, aún mantenía el balance. Parecía estar intentando regresar al primer silo, pero claramente había sido herida y su andar era inestable.

La red. Pero no servía con Nina sola. Si tuviera un poco de *parem*, solo una probada, podría forzar a estos grandes idiotas a ayudarla. La obedecerían sin pensar.



Su mente se estiró, intentando aferrar algo, cualquier cosa. No se quedaría sencillamente allí parada, indefensa, para ser capturada y ver morir a Inej. Pero todo lo que sintió fue un gran vacío negro. No había convenientes esquirlas de hueso, ni polvo que coger. El mundo que una vez había parecido pululante de vida, de latidos, aliento, de corriente de sangre, había sido desnudado. Todo era un desierto negro, cielo sin estrellas, tierra inhóspita.

Uno de los Leones del Centavo se adelantó a la carrera y luego todos estaban lanzándose hacia ella, sujetándole los brazos, arrastrándola hacia Eamon, cuya cara estaba dividida con una sonrisa, su hoyuelo curvándose en una media luna.

Nina soltó un aullido de pura ira, revolviéndose como un animal salvaje. No estaba indefensa. Se rehusaba a estarlo. *No conozco un guerrero más feroz, con poderes o no.*

Entonces lo sintió... allí, en ese desierto negro, un bolsillo de frío tan profundo, que quemaba. Allí, más allá de los silos, en la cuña del canal, camino al puerto... el bote de enfermos, apilado hasta arriba de cuerpos. Una punzada de reconocimiento pulsó a través de ella. No percibía latidos o fluido sanguíneo, pero podía sentir algo más, otra cosa. Pensó en las esquirlas de hueso, recordó el consuelo que había sentido en Velo Negro, rodeada de tumbas.

Eamon intentó cerrarle uno de los grilletes en la muñeca.

—¡También pongámossle el collar! —gritó otro de los Leones del Centavo.

Ella sintió una mano en su cabello, le echaron bruscamente la cabeza hacia atrás para exponer su cuello. Nina sabía que lo que estaba pensando era una locura, pero se le habían acabado las opciones cuerdas. Con toda su fuerza restante, pateó con fuerza a Eamon, zafándose de su agarre. Elevó los brazos en un amplio arco, enfocándose en esta extraña conciencia nueva, y sintió que los cuerpos de la barcaza se levantaban. Apretó los puños. *Vengan a mí.*

Los Leones del Centavo aferraron sus muñecas. Eamon la golpeó en la boca, pero ella mantuvo los puños apretados, la mente enfocada. Esta no era la euforia que había sentido con *parem*. Eso había sido calor, fuego, luz. Esta era una llama fría, una



que ardía baja y azul. Sintió que los cuerpos se elevaban, uno tras otro, respondiendo su llamada. Nina estaba consciente de las manos sobre ella, las cadenas siendo aseguradas alrededor de sus muñecas, pero el frío era más profundo ahora, un río invernal de flujo rápido, rápidos negros dentados de hielo quebrado.

Nina escuchó gritos, el traqueteo de disparos, y luego el retorcimiento de metal. Las manos sobre ella se aflojaron, y las cadenas golpearon el empedrado casi con un tintineo musical. Nina retrajo los brazos hacia ella, sumergiéndose aún más en el frío del río.

—Qué demonios —dijo Eamon, girándose hacia la caseta de guardia—. *Qué demonios.*

Los Leones del Centavo estaban retrocediendo ahora, la misión olvidada, con terror en las caras, y Nina pudo ver exactamente por qué. Una línea de gente estaba empujando la verja, agitándola en sus postes. Algunos eran viejos, otros jóvenes, pero todos eran hermosos: mejillas sonrojadas, labios rosados, cabello brillante y moviéndose en ondas alrededor de sus caras con el suave mecer de algo que crecía bajo el agua. Eran encantadores y eran horribles, porque mientras algunos de ellos no poseían señales de heridas, una tenía sangre café y vomito salpicándole todo el vestido, otro tenía una herida de puñalada que se había vuelto negra por la putrefacción. Dos estaban desnudos y uno tenía un profundo y amplio tajo a través del estómago, la abotargada piel rosa caía hacia delante en un faldón. Todos sus ojos brillaban negros, la pizarra cristalina del agua invernal.

Nina sintió que una oleada de náusea se apoderaba de ella. Se sintió extraña y un poco avergonzada, como si estuviera mirando por una ventana a través de la cual no tenía derecho a asomarse. Pero se le habían acabado las opciones. Y la verdad era, no deseaba detenerse. Flexionó los dedos.

La verja se dobló hacia delante en un agudo chirrido de metal desgarrado. Los Leones del Centavo abrieron fuego, pero los cadáveres siguieron viniendo, sin interés o miedo.



—¡Es ella! —gritó Eamon, trastabillando hacia atrás, cayendo, arrastrándose de rodillas mientras sus hombres huían en la noche—. ¡Vienen por la bruja Grisha!

—Apuesto que ahora deseas que hubiéramos tenido esa charla —gruñó Nina. Pero no le importaban los Leones del Centavo.

Levantó la vista. Inej aún estaba en la cuerda, pero la chica de blanco estaba en el techo del segundo silo y estaba alcanzando la abrazadera.

La red, exigió. *Ahora*. Los cadáveres se movieron en una explosión borrosa de velocidad, acelerando, luego se detuvieron repentinamente, como esperando instrucciones. Ella enfocó su concentración y los conminó a obedecer, empujando toda su fuerza y vida en los cadáveres. En segundos, ellos tenían la red en sus manos, y estaban corriendo, tan rápido que Nina no podía seguirlos.

La cuerda floja se soltó. Inej cayó. Nina gritó.

El cuerpo de Inej impactó en la red, rebotó alto, e impactó la red de nuevo.

Nina corrió hacia ella. —¡Inej!

Su cuerpo yacía en el centro de la red, atravesado por retorcidas estrellas plateadas, sangre rezumaba de las heridas.

Bájenla, ordenó Nina, y los cuerpos obedecieron, bajando la red al empedrado. Nina se tambaleó hasta el lado de Inej y se arrodilló. —¿Inej?

Inej echó los brazos alrededor de Nina.

—Nunca, *jamás* hagas eso de nuevo —sollozó Nina.

—¿Una red? —dijo una voz cantarina—. Eso parece injusto.

Inej se puso rígida. La chica de blanco había alcanzado el fondo del segundo silo y estaba acercándose a zancadas hacia ellas.

Los brazos de Nina se elevaron y los cadáveres se pararon enfrente de ella e Inej.

—¿Estás segura que quieres esta pelea, copo de nieve?



La chica entrecerró sus hermosos ojos. —Te superé —le dijo a Inej—. Sabes que lo hice.

—Tuviste una buena noche —replicó Inej, pero su voz sonaba débil como hilo desgastado.

La chica miró el ejército de cadáveres putrefactos extendidos ante ella, y pareció calibrar sus probabilidades. Hizo una reverencia. —Nos encontraremos de nuevo, Espectro. —Se giró en la dirección que Eamon y el resto de los Leones del Centavo habían huido, saltó por encima de los restos de la verja, y desapareció.

—A alguien le gusta el drama —dijo Nina—. Quiero decir, de verdad, ¿quién viste blanco para una pelea con cuchillos?

—Dunyasha, la Espada Blanca de algo y algo más. Ella realmente desea matarme. Posiblemente todos.

—¿Puedes caminar?

Inej asintió, aunque su cara lucía cenicienta. —Nina, ¿esta gente... está muerta?

—Cuando lo pones de esa forma, suena espeluznante.

—Pero no utilizaste...

—No. No *parem*. No sé lo que sea esto.

—¿Los Grisha pueden siquiera...?

—No lo sé. —Ahora que el miedo a la emboscada y a la caída de Inej estaban remitiendo, sintió una especie de disgusto. ¿Qué acababa de hacer? ¿Con qué se había metido?

Nina recordaba preguntarle a uno de sus maestros en el Pequeño Palacio de dónde provenía el poder Grisha. Había sido poco más que una niña entonces, maravillada por los Grisha mayores que iban y venían de los terrenos del palacio en misiones importantes.



Nuestro poder nos conecta a la vida en formas que la gente ordinaria nunca podría entender, había dicho su maestro. Es por eso que utilizar nuestro don nos hace más fuertes en lugar de mermarnos. Estamos vinculados al poder de la creación misma, la hechura en el corazón del mundo. Para los Corporalki, ese vínculo está incluso más entrelazado, porque lidiamos con la vida y la remoción de ésta.

El maestro había elevado las manos, y Nina sintió que su pulso se ralentizaba ligeramente. Los otros estudiantes habían soltado jadeos y mirado unos a otros, todos experimentando lo mismo. *¿Sienten eso?* preguntó el maestro. *¿Todos sus corazones, latiendo en tiempo compartido, vinculados al ritmo del mundo?*

Había sido la sensación más extraña, la sensación de su cuerpo disolviéndose, como si no fueran muchos estudiantes removiéndose en sus sillas del aula, sino una criatura, con un solo corazón, un solo propósito. Había durado solo unos momentos, pero ella nunca había olvidado esa sensación de conexión, el repentino entendimiento de que su poder significaba que nunca estaba sola.

—Pero el poder que había utilizado esta noche? No era nada parecido. Era un producto de la *parem*, no la creación en el corazón del mundo. Era un error.

Habría tiempo para preocuparse después. —Necesitamos salir de aquí —dijo Nina. Ayudó a Inej a ponerse en pie, luego miró los cadáveres que las rodeaban—. Santos, huelen horroroso.

—Nina, ¿qué tal si pueden escucharte?

—¿Pueden escucharme? —preguntó. Pero los cadáveres no respondieron, y cuando ella los alcanzó con su poder, no se sintieron vivos. Sin embargo, había *algo* aquí, algo que le hablaba en una forma que los vivos ya no podían hacer. Pensó de nuevo en el río helado. Aun podía sentirlo a su alrededor, alrededor de todo, pero ahora se movía en ondas lentas.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —preguntó Inej.



Nina se encogió de hombros, impotente. —Ponerlos de vuelta a donde estaban, supongo. —Levantó las manos. *Vayan*, les dijo tan claramente como pudo, *descansen.* //i

Se movieron de nuevo, un ajetreo repentino que trajo una oración a los labios de Inej. Nina los observó desvanecerse, figuras tenues en la oscuridad.

Inej soltó un ligero estremecimiento, luego se arrancó una puntiaguda estrella plateada del hombro y la dejó caer al suelo con un tintineo alto. El sangrado parecía haber disminuido, pero definitivamente necesitaba vendajes. —Marchémonos antes que la *vigilancia* aparezca —dijo.

—¿Dónde? —preguntó Nina mientras se ponían en marcha hacia el canal—. Si Pekka Rollins nos encontró...

Los pasos de Inej ralentizaron cuando comprendió la realidad. —Si Velo Negro está comprometido, Kaz... Kaz me dijo a dónde ir si las cosas se estropeaban. Pero...

Las palabras colgaron entre ellas. Pekka Rollins entrando en el campo significaba mucho más que un plan fallido.

¿Qué tal si Velo Negro fue descubierto? ¿Qué tal si algo le había sucedido a Matthias? ¿Pekka Rollins le perdonaría la vida o sencillamente dispararía primero y reclamaría su recompensa?

Los Grisha. ¿Qué tal si Pekka había seguido a Jesper y Matthias a la embajada? ¿Qué tal si se habían dirigido a los muelles con los refugiados y fueron capturados? De nuevo, pensó en la píldora amarilla en su bolsillo. Pensó en los feroces ojos dorados de Tamar, la mirada imperiosa de Zoya, la risa burlona de Genya. Ellas habían confiado en ella. Si algo les había sucedido, nunca se perdonaría a sí misma.

Mientras Nina e Inej regresaban sobre sus pasos al atracadero donde su bote estaba amarrado, dirigió una mirada a la barcaza donde el último de los cadáveres estaba recostándose, acomodándose. Ahora lucían diferentes, su color regresaba al gris ceniciente y blanco moteado que ella asociaba con la muerte. Pero tal vez la muerte no era una sola cosa.



—¿A dónde vamos? —preguntó Nina.

En ese momento, vieron dos figuras corriendo hacia ellas. Inej alcanzó sus cuchillos y Nina elevó los brazos, preparada para llamar a sus extraños soldados una vez más. Sabía que sería más fácil esta vez.

Kaz y Wylan aparecieron a la luz de una farola de la calle, con la ropa arrugada, el cabello cubierto de trozos de yeso... y lo que bien podría haber sido salsa gravy. Kaz estaba apoyándose pesadamente en su bastón, su paso era imparable, los rasgos afilados de su cara dispuestos en líneas de determinación.

—Lucharemos juntos para abrirnos paso —susurró Inej.

Nina miró de Inej a Kaz y vio que ambos tenían la misma expresión. Nina conocía esa mirada. Venía después del naufragio, cuando la marea se movía contra ti y el cielo se había oscurecido. Era la primera visión de tierra, la esperanza de refugio e incluso salvación que tal vez te esperaba en una costa distante.





Traducido por Azhreik

Voy a morir y no habrá nadie que la ayude. Nadie que recuerde siquiera a Marya Hendriks.

Wylan deseaba ser valiente, pero estaba helado y amoratado, y peor... estaba rodeado por las personas más valientes que conocía y todos ellos parecían severamente alterados.

Hicieron un progreso lento a través de los canales, deteniéndose bajo puentes y en pozos oscuros de sombras para esperar mientras las botas de los escuadrones de la vigilancia tronaban sobre sus cabezas o a lo largo de los canales. Estaban desplegados en su totalidad esta noche, sus botes cruzaban lentamente, linternas brillantes en las proas. Algo había cambiado en el corto tiempo desde el espectáculo en *Goedmedbridge*. La ciudad había cobrado vida, y estaba enojada.

—Los Grisha... —había intentado Nina.

Pero Kaz la había cortado rápidamente. —O están a salvo en la embajada o más allá de nuestra ayuda. Pueden cuidarse solos. Nosotros vamos a ocultarnos.

Y entonces Wylan supo exactamente en cuantos problemas estaban, porque Nina no había discutido. Sencillamente puso la cabeza en las manos y se quedó en silencio.

—Ellos estarán bien —dijo Inej, rodeándole los hombros con el brazo—. Él estará bien. —Pero sus movimientos eran tentativos, y Wylan podía ver sangre en su ropa.

Después de eso, nadie dijo una palabra. Kaz y Rotty remaban solo esporádicamente, dirigiéndolos a los canales más estrechos y más tranquilos, dejándose ir a la deriva en silencio cuando era posible, hasta que rodearon una curva cerca de *Schoonstraat* y Kaz dijo. —Alto. —Él y Rotty encajaron los remos, arrastrando la



embarcación contra el costado del canal, se acomodaron detrás de la mole de un bote comercial. Lo que sea que vendiera la tienda flotante, sus tenderetes habían sido cerrados herméticamente para proteger su mercancía.

Adelante, podían ver a la vigilancia atestando un puente, dos de sus botes oscurecían el pasaje debajo.

—Están poniendo bloqueos —dijo Kaz.

Abandonaron el bote allí y continuaron a pie.

Wylan sabía que se dirigían a otra casa segura, pero Kaz lo había dicho él mismo: *No hay a salvo*. ¿Dónde podían esconderse? Pekka Rollins estaba trabajando con el padre de Wylan. Entre ambos, tenían que ser dueños de la mitad de la ciudad. Wylan sería capturado. ¿Y entonces qué? Nadie creería que él era el hijo de Jan Van Eck. Wylan Van Eck bien podría ser despreciado por su padre, pero tenía derechos que ningún criminal shu podía esperar. ¿Terminaría en la Puerta del Infierno? ¿Su padre encontraría una forma de que lo ejecutaran?

Conforme se alejaban del distrito manufacturero y el Barril, las patrullas menguaron, y Wylan se dio cuenta que la *vigilancia* debía estar concentrando sus esfuerzos en las partes menos respetables de la ciudad. Aun así, se movieron por pautas, recorriendo callejones que Wylan nunca supo que existieran, ocasionalmente entrando en escaparates vacíos o los niveles bajos de apartamentos desocupados para poder cortar a la siguiente calle. Era como si Kaz tuviera un mapa secreto de Ketterdam que mostraba los espacios olvidados de la ciudad.

¿Jesper estaría esperando cuando finalmente llegaran a donde sea que estuvieran yendo? ¿O yacía herido y sangrante en el suelo de la tumba con nadie que fuera en su ayuda? Wylan se rehusaba a creerlo. Cuanto peor eran las probabilidades, mejor era Jesper en una pelea. Pensó en Jesper rogando a Colm. *Sé que te decepcioné. Solo dame una oportunidad más*. ¿Con qué frecuencia Wylan había dicho casi las mismas palabras a su padre, esperando cada vez poder cumplirlas? Jesper tenía que sobrevivir. Todos.



Wylan recordó la primera vez que había visto al tirador. Había parecido como una criatura de otro mundo, vestido de verde lima y amarillo limón, su zancada larga y desenvuelta, como si cada paso fuera vertido de una botella con cuello estrecho.

En la primera noche de Wylan en el Barril, había vagado de calle en calle, seguro de que estaba a punto de ser asaltado, con los dientes castañeando por el frío. Finalmente, cuando su piel se estaba poniendo azul y no podía sentir los dedos, había convocado el coraje para preguntarle a un hombre fumando su pipa en los escalones frontales de una casa: —¿Sabe dónde podría haber cuartos para rentar?

—El letrero justo allí dice vacantes —dijo, haciendo gestos al otro lado de la calle con su pipa—. ¿Qué eres, ciego?

—Debo haberlo pasado por alto —dijo Wylan.

La posada estaba sucia pero benditamente barata. Había租借了一间房间，价格是十krugue，而且他还支付了热水澡。他知道需要省钱，但如果在第一个晚上就得了肺病，那就麻烦了。他拿着小毛巾走到了走廊尽头的浴室，快速地洗了个澡。尽管水温足够，但他还是觉得有些脆弱，赤裸着身子站在浴缸里，没有锁门。他擦干了身体，穿上最好的衣服，但还是湿透了。

Wylan pasó esa noche acostado sobre un colchón del grosor de un libro, mirando fijamente el techo y escuchando los sonidos de la posada a su alrededor. En el *Geldcanal*, las noches eran tan silenciosas que podías escuchar el agua lamiendo contra los costados del cobertizo para botes. Pero aquí bien podría haber sido mediodía. La música fluía a través de la ventana sucia. La gente hablaba, reía, azotaba puertas. La pareja en la habitación encima de él estaba peleando. La pareja en la habitación debajo de él definitivamente estaba haciendo algo más.



Wylan se llevó los dedos a los moretones en su garganta y pensó: *Desearía poder tocar la campana para pedir un té.* Fue en ese momento que realmente empezó a entrar en pánico. ¿Cuánto más patético podía ser? Su padre había intentado que lo asesinaran. Casi no tenía dinero y estaba acostado sobre un camastro que apestaba a los químicos que habían utilizado para intentar librarse del colchón de liendres. Debería estar haciendo un plan, tal vez incluso planeando venganza, intentando reunir su astucia y recursos. ¿Y qué estaba haciendo? Deseando poder llamar por un té. Tal vez no había sido feliz en casa de su padre, pero nunca había tenido que trabajar por nada. Había tenido sirvientes, comidas calientes, ropa limpia. Lo que sea que se requiriera para sobrevivir en el Barril, Wylan sabía que él no lo tenía.

Mientras yacía allí, buscó alguna explicación a lo que había sucedido. Seguramente, Miggson y Prior tenían la culpa; su padre no lo había sabido. O tal vez Miggson y Prior habían malentendido las órdenes de su padre. Solo había sido un error terrible. Wylan se levantó y alcanzó el bolsillo empapado de su abrigo. Los papeles de su inscripción a la escuela de música en Belendl aún estaban allí.

Tan pronto sacó el grueso sobre, supo que su padre era culpable. Estaba completamente empapado y olía a canal, pero su color era prístino. Ninguna tinta había sangrado de los supuestos documentos en el interior. Wylan abrió el sobre de todas formas. El legajo de papeles doblados se pegaba en un montón húmedo, pero separó cada uno. Todos estaban en blanco. Su padre ni siquiera se había molestado con una treta convincente. Sabía que Wylan no intentaría leer los papeles. Y que su hijo crédulo nunca pensaría en sospechar que su padre mintiera. *Patético.*

Wylan se había quedado dentro durante dos días, aterrorizado. Pero en la tercera mañana, había estado tan hambriento que el olor de patatas fritas que se elevó de la calle lo había sacado de la seguridad de su habitación. Compró un cono de papel lleno de ellas y las engulló tan vorazmente que se quemó la lengua. Entonces se obligó a caminar.

Solo tenía dinero suficiente para mantener su habitación por otra semana, menos si planeaba comer. Necesitaba encontrar trabajo, pero no tenía idea de dónde comenzar. No era lo bastante grande o fuerte para un trabajo en los almacenes o astilleros. Los



trabajos más suaves requerirían que leyera. ¿Era posible que uno de los salones de apuestas o incluso una de las casas de placer necesitara un músico que tocara en sus salones? Aún tenía su flauta. Camino arriba y abajo por la Duela Este y por las calles mejor iluminadas. Cuando empezó a oscurecer, regresó a la posada, completamente derrotado. El hombre con la pipa aún estaba en sus escalones, fumando. Hasta donde Wylan sabía, él nunca dejaba ese lugar.

—Estoy buscando un trabajo —le dijo Wylan—. ¿Conoce a alguien que pudiera estar contratando?

El hombre lo miró entre una nube de humo. —Una joven gota de crema como tú debería poder hacer buen dinero en la Duela Oeste.

—Trabajo *honesto*.

El hombre se había reído hasta que empezó a toser, pero eventualmente había dirigido a Wylan al sur, a las curtidurías.

A Wylan le pagaban una suma nimia por mezclar tintes y limpiar las cubas. Los otros trabajadores eran mayormente mujeres y niños, unos cuantos chicos escuálidos como él. Hablaban poco, demasiado cansados y demasiado enfermos por los químicos para hacer más que completar su trabajo y colectar su paga. No les daban guantes ni máscaras, y Wylan estaba bastante seguro que estaría muerto por envenenamiento antes que tuviera que preocuparse sobre a dónde debería ir con la diminuta cantidad de dinero que estaba ganando.

Una tarde, Wylan escuchó al jefe de tintado quejarse de que estaban perdiendo galones de tinte por la evaporación, porque los calentadores calentaban demasiado. Estaba maldiciendo por el coste que había pagado para que arreglaran dos y de lo poco que había servido.

Wylan vaciló, luego sugirió añadir agua de mar a los tanques.

—¿Por qué demonios quería hacer eso? —dijo el jefe de tintado.



—Elevará el punto de ebullición —dijo Wylan, preguntándose por qué había creído que era una buena idea hablar en absoluto—. Los tintes tendrán que calentarse más para hervir así que perderá menos en la evaporación. Tendrá que cambiar la fórmula porque lo salino aumentará rápidamente, y tendrá que limpiar los tanques con mayor regularidad porque la sal puede ser corrosiva.

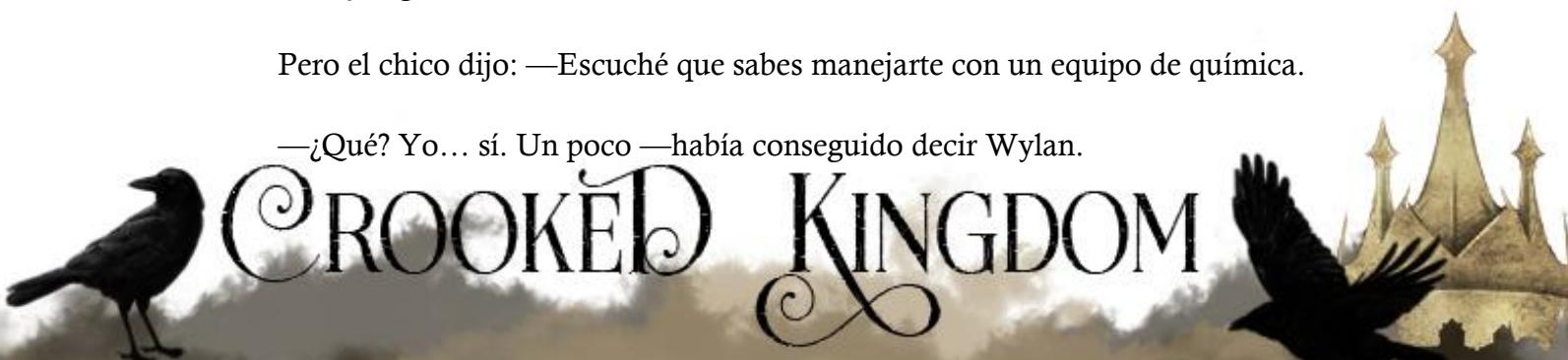
El jefe de tintado meramente había escupido un chorro de *jurda* al suelo y lo ignoró. Pero la semana siguiente, intentaron utilizar agua salada en uno de los tanques. Unos cuantos días después, estaban utilizando una mezcla de agua salada en todos ellos, y el jefe de tintado empezó a acudir a Wylan con más preguntas. ¿Cómo podían evitar que el tinte rojo endureciera el cuero? ¿Cómo podían acortar los tiempos de procesado y secado? ¿Podía Wylan hacer una resina para evitar que los tintes se corrieran?

Una semana después de eso, Wylan había estado parado ante las cubas con su paleta de madera, atontado por los tintes, con los ojos aguados, preguntándose si ayudar al jefe de tintado significaba que podía pedir un aumento, cuando un chico se le aproximó. Era alto, desgarbado, su piel de un profundo café zemeni, y lucía ridículamente fuera de lugar en el piso de tintado. No solo por su chaleco a cuadros color lima y pantalones amarillos, sino porque parecía exudar plena seguridad, como si no hubiera lugar en el que prefiriera estar que una curtiduría miserable, de terrible olor, como si acabara de entrar en una fiesta a la que no podía esperar para asistir. Aunque era delgado, su cuerpo encajaba con una especie de facilidad de miembros sueltos. Al jefe de tintado usualmente no le gustaban los extraños en el piso de tintado, pero no dijo una palabra a este chico con los revólveres colgados en las caderas, solo inclinó su sombrero respetuosamente y se escurrió lejos.

El primer pensamiento de Wylan fue que este chico tenía los labios más perfectamente formados que hubiera visto. Su segundo pensamiento fue que su padre había enviado a alguien nuevo a matarlo. Aferró su paleta. ¿El chico le dispararía a plena luz del día? ¿La gente sencillamente hacía eso?

Pero el chico dijo: —Escuché que sabes manejarlo con un equipo de química.

—¿Qué? Yo... sí. Un poco —había conseguido decir Wylan.



—¿Solo un poco?

Wylan tuvo el presentimiento de que su siguiente respuesta era muy importante.
—Tengo estudios. —Se había enfocado en la ciencia y matemáticas y dedicado a ellas diligentemente, esperando que de alguna forma compensaran por sus otros fallos.

El chico le tendió a Wylan un trozo de papel doblado. —Entonces ven a esta dirección cuando salgas del trabajo esta noche. Tal vez tengamos un trabajo para ti. —Miró alrededor, como apenas notando las cubas y los trabajadores pálidos inclinados sobre ellas—. Un trabajo real.

Wylan había mirado fijamente el papel, las letras un revoltijo enfrente de sus ojos.
—Yo... yo no sé dónde es esto.

El chico soltó un suspiro exagerado. —No eres de por aquí, ¿verdad? —Wylan sacudió la cabeza—. Bien. Vendré a recogerte, porque claramente no tengo nada qué hacer con mi tiempo más que hacer de doncel de nuevos talentos alrededor de la ciudad. Wylan, ¿cierto? —Wylan asintió—. ¿Wylan qué?

—Wylan... Hendriks.

—¿Sabes mucho sobre demo, Wylan Hendriks?

—¿Demo?

—El estallido, el disparo, el pedernal y estrépito.

Wylan no sabía en absoluto a qué se refería, pero sintió que admitir eso sería un grave error. —Seguro —dijo con toda la confianza que pudo reunir.

El chico le lanzó una mirada escéptica. —Ya veremos. Estate al frente a las seis campanadas. Y nada de armas a menos que quieras problemas.

—Por supuesto que no.

El chico había rodado sus ojos grises y murmurado: —Kaz tiene que haber perdido la cabeza.



A las seis campanadas, Jesper llegó para escoltar a Wylan a una tienda de anzuelos en el Barril. Wylan había estado avergonzado por su ropa arrugada, pero era la única que poseía, y el miedo paralizante de que esta fuera solo una trampa elaborada concebida por su padre había provisto amplia distracción de su preocupación. En un cuarto trasero de la tienda de anzuelos, Wylan conoció a Kaz e Inej. Le dijeron que necesitaban bombas destello y tal vez algo con un poco más de impacto. Wylan se había rehusado.

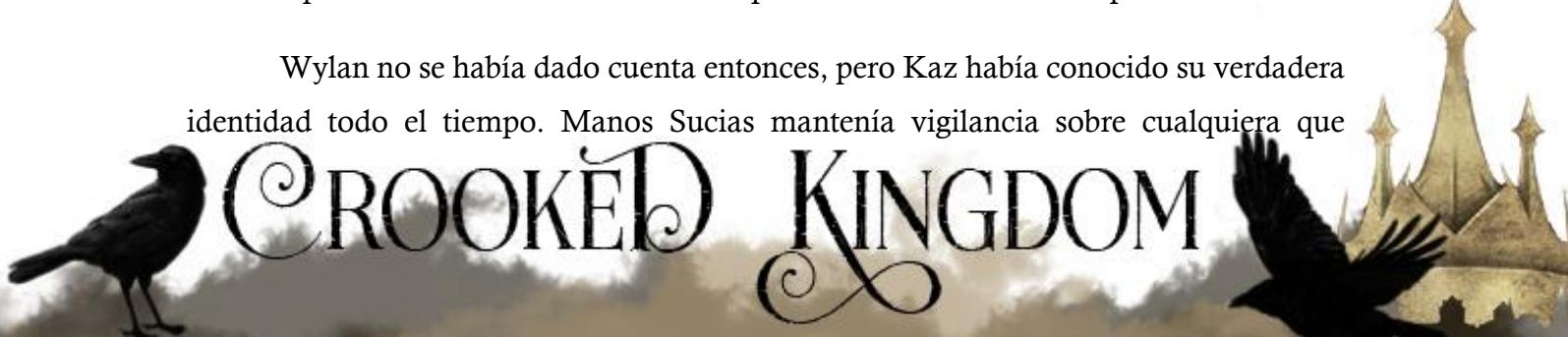
Esa noche, regresó a la posada para encontrar la primera carta. Las únicas palabras que reconoció fueron el nombre del remitente: Jan Van Eck.

Había yacido despierto toda la noche, seguro de que en cualquier momento Prior atravesaría la puerta y cerraría sus manos carnosas alrededor de su cuello. Había pensado en huir, pero apenas tenía suficiente dinero para pagar su renta, mucho menos comprar un boleto fuera de la ciudad. Y ¿qué esperanza tenía en el campo? Nadie iba a contratarlo como un trabajador de granja. El siguiente día, fue a ver a Kaz, y esa noche, construyó su primer explosivo para los Indeseables. Sabía que lo que estaba haciendo era ilegal, pero había ganado más dinero por unas cuantas horas de trabajo que lo que había conseguido en una semana en la curtiduría.

Las cartas de su padre continuaron llegando, una vez, a veces dos a la semana. Wylan no sabía qué pensar de ellas. ¿Eran amenazas? ¿Mofas? Las guardó en un montón debajo de su colchón, y a veces en la noche creía poder sentir la tinta sangrar a través de las páginas, subir por el colchón y entrar en su corazón como veneno oscuro.

Pero cuanto más tiempo pasaba y cuanto más trabajaba para Kaz, menos asustado se sentía. Conseguiría su dinero, saldría de la ciudad y nunca volvería a decir el nombre Van Eck. Y si su padre decidía acabar con él antes de eso, no había nada que Wylan pudiera hacer al respecto. Su ropa estaba desgastada y raída. Se estaba poniendo tan delgado, que tuvo que cortar nuevos hoyos en su cinturón. Pero se vendería en las casas de placer de la Duela Oeste antes de pedir la misericordia de su padre.

Wylan no se había dado cuenta entonces, pero Kaz había conocido su verdadera identidad todo el tiempo. Manos Sucias mantenía vigilancia sobre cualquiera que



tomara residencia en el Barril, y había colocado a Wylan bajo la protección de los Indeseadables, seguro de que un día el hijo de un mercader rico sería de utilidad.

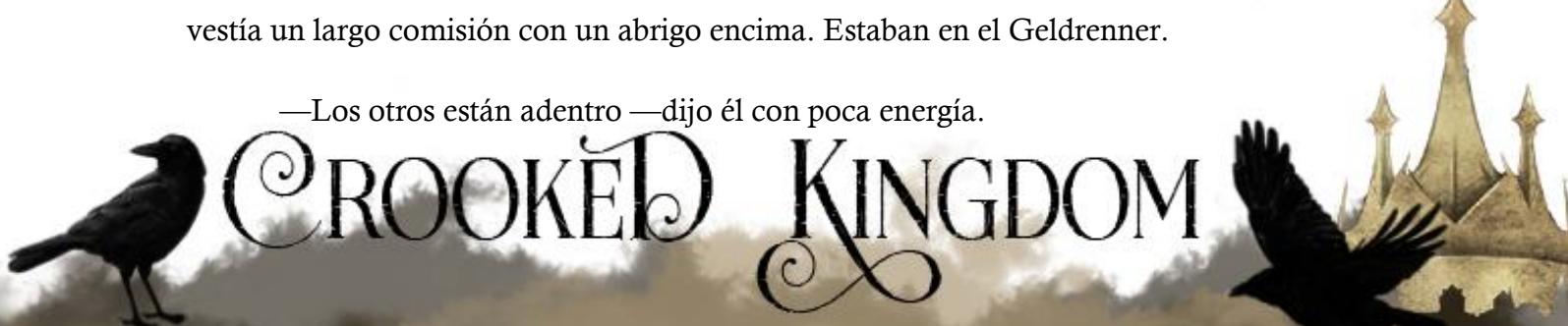
Él no tenía ilusiones sobre por qué Kaz lo había buscado, pero también sabía que nunca habría sobrevivido tanto tiempo sin su ayuda. Y a Kaz no le importaba si no podía leer. Kaz y los otros lo molestaban, pero le habían dado la oportunidad para probarse a sí mismo. Valoraban las cosas que podía hacer en lugar de castigarlo por las cosas que no podía.

Wylan había creído que Kaz podría conseguir venganza por lo que le habían hecho a su madre. Había creído que a pesar de la riqueza e influencia de su padre, este equipo (*su equipo*) era rival para Jan Van Eck. Pero ahora su padre estaba alcanzándolo para mofarse de él de nuevo.

Era bien pasada la media noche cuando alcanzaron el distrito financiero. Habían llegado a una de las áreas más prósperas de la ciudad, cerca de la Bolsa de Valores y el Salón de la Guardia. La presencia de su padre se sentía más cercana aquí, y Wylan se preguntó por qué Kaz los había traído a esta parte de la ciudad. Kaz los condujo a través de un callejón a la parte trasera de un gran edificio, donde una puerta estaba completamente abierta, y entraron a un descansillo construido alrededor de un enorme elevador de acero en el que se apretujaron. Rotty permaneció atrás, presumiblemente para mantener guardia en la entrada. La reja del elevador se cerró con un traqueteo y subieron quince pisos, hasta el piso superior del edificio, luego emergieron en un pasillo decorado en patrones de madera lacada, y sus techos pintados de un lavanda pálido y cremoso.

Estamos en un hotel, se dio cuenta Wylan. *Esa era la entrada de servicio y el elevador del personal*. Golpearon en un par de amplias puertas blancas. Colm Fahey respondió, vestía un largo comisión con un abrigo encima. Estaban en el Geldrenner.

—Los otros están adentro —dijo él con poca energía.



Colm no les hizo preguntas, solo apuntó hacia el baño y se sirvió una taza de té mientras ellos dejaban lodo y porquería sobre las alfombras púrpura. Cuando Matthias vio a Nina, saltó de su asiento en el inmenso sofá berenjena y la apretó en sus brazos.

—No pudimos atravesar los bloqueos a Arrecife Dulce —dijo—. Temí lo peor.

Entonces todos se pusieron a abrazarse, y Wylan se horrorizó al descubrir que sus ojos se estaban llenando de lágrimas. Las retuvo con un parpadeo. Lo último que necesitaba era que Jesper lo viera llorar de nuevo. El pistolero estaba cubierto de tierra y olía como un incendio forestal, pero tenía esa maravillosa mirada de ojos resplandecientes que siempre parecía tener cuando había estado en una pelea. Todo lo que Wylan deseaba hacer era pararse lo más cerca que pudiera a él y saber que estaba a salvo.

Hasta ese momento, Wylan no había comprendido del todo cuánto significaban ellos para él. Su padre se habría burlado desdeñosamente de estos matones y ladrones, un soldado en desgracia, un apostador que no se podía alejar de las deudas. Pero estos eran sus primeros amigos, sus únicos amigos, y Wylan sabía que incluso si tuviera que elegir entre un millar de acompañantes, estas habrían sido las personas que escogería.

Solo Kaz se quedó aparte, mirando silenciosamente por la ventana a las calles oscuras de abajo.

—Kaz —dijo Nina—. Puede que tú no estés contento de que estemos vivos, pero nosotros sí estamos contentos de que estés vivo. ¡Ven aquí!

—Déjalo estar —murmuró Inej suavemente.

—Santos, Espectro —dijo Jesper—. Estás sangrando.

—¿Debería llamar a un doctor? —preguntó el padre de Jesper.

—¡No! —replicaron todos al unísono.

—Por supuesto que no —dijo Colm—. ¿Debería pedir café?

—Sí, por favor —dijo Nina.



Colm ordenó café, gofres y una botella de brandy, y mientras esperaban, Nina enlistó su ayuda para localizar algunas tijeras para que pudiera cortar las toallas del hotel para vendajes. Una vez que encontraron un par, llevó a Inej al baño para atender sus heridas.

Cuando un golpe sonó en la puerta, todos se tensaron, pero solo era su comida. Colm dio la bienvenida a la doncella e insistió que podía manejar el carrito para que ella no viera la extraña compañía que se había reunido en sus aposentos. Tan pronto la puerta se cerró, Jesper saltó a ayudarlo a rodar una bandeja de plata cargada de comida y montones de platos de porcelana tan fina que eran casi transparentes. Wylan no había comido en platos como estos desde que había dejado la casa de su padre. Se dio cuenta que Jesper debía estar vistiendo una de las camisas de Colm; estaba demasiado grande en los hombros y demasiado corta en las mangas.

—De todas formas, ¿qué es este lugar? —preguntó Wylan, mirando alrededor de la vasta habitación decorada casi enteramente en púrpura.

—La suite Ketterdam, creo —dijo Colm, rascándose la nuca—. Es considerablemente más elegante que mi habitación en la posada del distrito universitario.

Nina e Inej emergieron del baño. Nina rebosó un plato con comida y se dejó caer junto a Matthias sobre el sofá. Dobló uno de los gofres a la mitad y dio un gran mordisco, agitando los dedos de los pies con deleite.

—Lo siento, Matthias —dijo con la boca llena—. He decidido huir con el padre de Jesper. Él me mantiene en la ricura a la que me he acostumbrado.

Inej se había quitado la túnica y vestía solo su chaleco tejido, dejando desnudos sus brazos morenos. Tiras de toalla estaban atadas en su hombro, ambos antebrazos, su muslo derecho y la espinilla izquierda.

—¿Exactamente qué te sucedió? —le preguntó Jesper mientras le tendía a su padre una taza de café sobre un platito delicado.



Inej se acomodó en una silla de brazos junto a donde Kuwei se había acomodado en el piso. —Hice una nueva conocida.

Jesper se despatarró sobre un diván y Wylan tomó la otra silla, con un plato de gofres balanceado sobre la rodilla. Había una mesa y sillas perfectamente buenas en el comedor de la suite, pero aparentemente ninguno de ellos tenía interés en él. Solo Colm había tomado asiento allí, con café a su lado, junto con la botella de brandy. Kaz permaneció junto a la ventana, y Wylan se preguntó qué veía a través del cristal que era tan cautivador.

—Entonces —dijo Jesper, añadiendo azúcar a su café—. Aparte de que Inej hizo una nueva colega, ¿qué diablos sucedió allá afuera?

—Veamos —dijo Nina—. Inej cayó veinte pisos.

—Nosotros hicimos un hoyo inmenso en el techo del comedor de mi padre —ofreció Wylan.

—Nina puede despertar a los muertos —dijo Inej.

La taza de Matthias golpeó contra su platito. Lucía ridículo en su mano inmensa.

—No puedo *despertarlos*. Quiero decir, se levantan, pero no es como si volvieran a la vida. No lo creo. No estoy totalmente segura.

—¿Es en serio? —dijo Jesper.

Inej asintió. —No puedo explicarlo, pero lo vi.

El ceño de Matthias estaba fruncido. —Cuando estábamos en el cuarto ravkano, fuiste capaz de convocar esos trozos de hueso.

Jesper tomó un sorbo de café. —¿Pero qué hay de la casa del lago? ¿Controlaste ese polvo?

—¿Qué polvo? —preguntó Inej.

—Ella no solo noqueó a un guardia. Lo ahogó con una nube de polvo.



—Hay un cementerio familiar junto a la casa del lago Hendriks —dijo Wylan, recordando el terreno vallado que colindaba con la pared oeste—. Qué tal si el polvo era... bueno, ¿huesos? ¿restos de personas?

Nina dejó su plato. —Eso casi es suficiente para hacerme perder el apetito. —Lo recogió de nuevo—. Casi.

—Es por eso que preguntaste sobre que la *parem* cambiara el poder de un Grisha —dijo Kuwei a Matthias.

Nina lo miró. —¿Puede hacerlo?

—No lo sé. Solo tomaste la droga una vez. Sobreviviste a la abstención. Eres una rareza.

—Que afortunada soy.

—¿Es tan malo? —preguntó Matthias.

Nina recogió unas cuantas migas de su regazo, regresándolas al plato. —Para citar a cierto rubio, gran montón de músculos, no es natural. —Su voz había perdido su calidez alegre. Solo lucía triste.

—Tal vez lo es —dijo Matthias—. ¿Los Corporalki no son conocidos como la Orden de los Vivos y los Muertos?

—Así no es como el poder Grisha se supone que funcione.

—Nina —dijo Inej suavemente—. La *parem* te llevó al borde de la muerte. Tal vez trajiste algo de vuelta contigo.

—Bueno, ese es un recuerdo bastante horrible.

—O tal vez Djel extinguió una luz y encendió otra —dijo Matthias.

Nina le lanzó una mirada de lado. —¿Te golpeaste en la cabeza?



Él se estiró y tomó la mano de Nina. Wylan repentinamente sintió que estaba fisiando en algo privado. —Estoy agradecido de que estés viva —dijo—. Estoy agradecido que estés junto a mí. Estoy agradecido que estés *comiendo*.

Ella descansó la cabeza en el hombro de él. —Eres mejor que los gofres, Matthias Helvar.

Una pequeña sonrisa curvó los labios del fjerdano. —No digamos cosas que no sentimos, mi amor.

Hubo un ligero golpeteo en la puerta. Inmediatamente, todos alcanzaron sus armas. Colm se quedó congelado en su silla.

Kaz hizo gestos para que se quedara dónde estaba y se movió en silencio hacia la puerta. Se asomó por la mirilla.

—Es Specht —dijo. Todos se relajaron, y Kaz abrió la puerta.

Observaron en silencio mientras Kaz y Specht intercambiaban susurros preocupados, luego Specht asintió y desapareció de vuelta al ascensor.

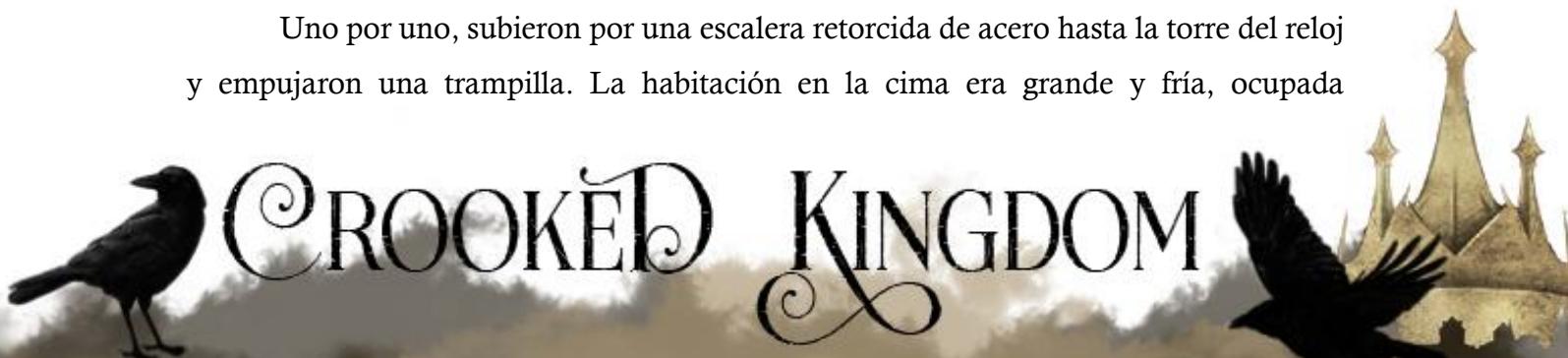
—¿Hay acceso a la torre del reloj en este piso? —preguntó Kaz a Colm.

—Al final del pasillo —dijo Colm—. Yo no he subido. Las escaleras son empinadas.

Sin una palabra, Kaz desapareció. Todos se miraron entre sí durante un momento y luego lo siguieron, pasando junto a Colm, quien los observó marcharse con ojos cansados.

Mientras recorrían el pasillo, Wylan se dio cuenta que el piso entero estaba dedicado al lujo de la suite Ketterdam. Si iba a morir, suponía que no sería el peor lugar para pasar su última noche.

Uno por uno, subieron por una escalera retorcida de acero hasta la torre del reloj y empujaron una trampilla. La habitación en la cima era grande y fría, ocupada



mayormente por los engranajes de un reloj inmenso. Sus cuatro caras miraban sobre Ketterdam y el cielo gris del amanecer.

Al sur, una voluta de humo se elevaba de la isla Velo Negro. Mirando al noreste, Wylan pudo ver el *Geldcanal*, botes de la brigada de incendios y la *vigilancia* rodeaban el área cerca de la casa de su padre. Recordó la mirada sorprendida en la cara de su padre cuando habían aterrizado en mitad de la mesa de comedor. Si Wylan no hubiera estado tan aterrorizado, bien podría haber roto a reír. *Es la vergüenza lo que devora completos a los hombres*. Si tan solo hubieran incendiado el resto de la casa.

En la distancia, los muelles estaban pululantes de botes y carromatos de la *vigilancia*. La ciudad estaba llena del púrpura de la *vigilancia*, como si hubiera atrapado una enfermedad.

—Specht dice que han cerrado los puertos y cerrado el paso a los botes de remos —dijo Kaz—. Están sellando la ciudad. Nadie será capaz de entrar o salir.

—Ketterdam no soportará eso —dijo Inej—. La gente se amotinará.

—No culparán a Van Eck.

Wylan se sintió un poco enfermo. —Nos culparán a nosotros.

Jesper sacudió la cabeza. —Incluso si ponen a cada miembro de la *vigilancia* en la calle, no tienen el personal para cerrar la ciudad y buscarnos.

—¿No la tienen? —dijo Kaz—. Mira de nuevo.

Jesper caminó a la ventana que encaraba al oeste, donde Kaz estaba parado. —Por todos los Santos y tu tía Eva —dijo con una ráfaga de aliento.

—¿Qué es? —preguntó Wylan mientras se asomaban por el cristal.

Una multitud estaba moviéndose hacia el este desde el Barril por el distrito Zelver.

—¿Es una turba? —preguntó Inej.



—Más bien un desfile —dijo Kaz.

—¿Por qué la *vigilancia* no los detiene? —preguntó Wylan mientras el flujo de gente pasaba sin trabas de puente en puente, a través de cada barricada—. ¿Por qué los están dejando pasar?

—Probablemente porque tu padre les dijo que lo hicieran —dijo Kaz.

Conforme el gentío se acercaba, Wylan escuchó cantos, canticos, tambores. Realmente sonaba como un desfile. Se desplazaron sobre *Zelverbridge*, pasando el hotel mientras se dirigían a la plaza que estaba enfrente de la Bolsa. Wylan reconoció a la pandilla de Pekka Rollins liderando la marcha. Quien sea que estuviera enfrente vestía una piel de león con una falsa corona dorada cocida en su cabeza.

—Albatros Navaja —dijo Inej, apuntando detrás de los Leones del Centavo—. Y allí están los Tapones.

—Punteros de Harley —dijo Jesper—. Los Puntas Negras.

—Son todos ellos —dijo Kaz.

—¿Qué significa eso? —preguntó Kuwei—. ¿Las bandas púrpura?

Cada miembro de la multitud abajo vestía una franja púrpura alrededor de su antebrazo izquierdo.

—Han sido nombrados representantes —dijo Kaz—. Specht dice que el mensaje está por todo el Barril. Las buenas noticias es que ahora nos quieren vivos... incluso a Matthias. Las malas noticias es que han añadido recompensas por los gemelos shu con los que estamos viajando, así que la cara de Kuwei, y la de Wylan, están adornando también las paredes de la ciudad.

—¿Y su Consejo Mercante sencillamente está permitiendo esto? —dijo Matthias—. ¿Qué tal si empiezan a saquear o hay un motín?



—No lo harán. Rollins sabe lo que está haciendo. Si la *vigilancia* hubiera intentado cerrar el Barril, las pandillas se habrían vuelto contra ellos. Ahora ellos están del lado correcto de la ley, y Van Eck tiene dos ejércitos. Nos está rodeando.

Inej inhaló bruscamente.

—¿Qué? —preguntó Wylan, pero cuando miró hacia la plaza, entendió. El último grupo en el desfile había aparecido a la vista. Un anciano que vestía un sombrero emplumado los lideraba, y estaban cacareando a todo pulmón... como cuervos. Los Indeseadables, la pandilla de Kaz. Le habían dado la espalda.

Jesper azotó el puño contra la pared. —Esos granujas desagradecidos.

Kaz no dijo nada, solo observó la multitud pasar enfrente del hotel, las pandillas arracimadas en enjambres coloridos, gritándose insultos unos a otros, vitoreando como si fuera alguna clase de festividad. Incluso después que hubieron pasado, sus canticos permanecieron en el aire. Tal vez marcharían todo el camino hasta el Salón de la Guardia.

—¿Qué sucederá ahora? —preguntó Kuwei.

—Seremos cazados por cada miembro de la *vigilancia* y cada matón del Barril en la ciudad, hasta que nos encuentren —dijo Kaz—. Ahora no hay forma de salir de Ketterdam. Ciertamente, no contigo a remolque.

—¿Podemos sencillamente esperar? —preguntó Kuwei—. ¿Aquí? ¿Con el señor Fahey?

—¿Esperar qué? —dijo Kaz—. ¿Qué alguien venga a nuestro rescate?

Jesper descansó la cabeza contra el cristal. —Mi padre. Ellos lo llevarán también. Será acusado de albergar fugitivos.

—No —dijo Kuwei abruptamente—. *No*. Entréguenme a Van Eck.

—Absolutamente no —dijo Nina.



El chico cortó el aire bruscamente con la mano. —Me salvaron de los fjerdanos. Si no actuamos, entonces me capturarán de todos modos.

—¿Entonces todo esto para nada? —preguntó Wylan, sorprendido ante su propia ira—. ¿El riesgo que tomamos? ¿Lo que conseguimos en la Corte de Hielo? ¿Todo lo que sufrieron Inej y Nina para sacarnos?

—Pero si me entrego a Van Eck, entonces el resto de ustedes puede quedar libre —insistió Kuwei.

—No funciona de esa forma, niño —dijo Jesper—. Pekka ha conseguido su oportunidad para derrotar a Kaz con el respaldo del resto del Barril, y Van Eck, con un demonio, seguro que no desea que andemos por ahí libres, no sabiendo lo que sabemos. Esto ya no es solo sobre ti.

Kuwei gimió y se dejó caer contra la pared. Lanzó una mirada torva a Nina. — Debiste haberme matado en la Corte de Hielo.

Nina se encogió de hombros. —Pero entonces Kaz me habría matado a mí y Matthias habría matado a Kaz y todo se habría enredado increíblemente.

—No puedo creer que salimos libres de la Corte de Hielo, pero estamos atrapados en nuestra propia ciudad —dijo Wylan. No parecía correcto.

—Síp —dijo Jesper—. Todos estamos bien y verdaderamente fritos.

Kaz dibujó un círculo en la ventana con un dedo enguantado en cuero. —No del todo —dijo—. Puedo conseguir que la *vigilancia* retroceda.

—No —dijo Inej.

—Yo me entregaré.

—Pero Kuwei... —dijo Nina.

—La *vigilancia* no sabe sobre Kuwei. Piensan que están buscando a Wylan. Así que les diré que Wylan está muerto. Les diré que yo lo maté.



—¿Estás desquiciado? —dijo Jesper.

—Kaz —dijo Inej—. Te mandarían al patíbulo.

—Primero tendrán que darme un juicio.

—Te pudrirás en prisión antes que eso suceda —dijo Matthias—. Van Eck nunca te dará una oportunidad para que hables en una corte.

—¿Realmente creen que han construido una celda que pueda retenerme?

—Van Eck sabe lo bueno que eres con las cerraduras —dijo Inej enojada—. Morirás antes incluso que alcances la cárcel.

—Esto es ridículo —dijo Jesper—. No vas a aceptar el castigo por nosotros. Nadie lo hará. Nos dividiremos. Iremos en parejas, encontraremos una forma de atravesar los bloqueos, nos ocultaremos en algún lugar en el campo.

—Esta es mi ciudad —dijo Kaz—. No la abandonaré con la cola entre las patas.

Jesper soltó un gruñido de frustración. —Si esta es tu ciudad, ¿qué queda de ella? Renunciaste a tu parte del Club Cuervo y el Quinto Puerto. Ya no tienes una pandilla. Incluso si escapas, Van Eck y Rollins de nuevo unirán la *vigilancia* y la mitad del Barril contra ti. No puedes luchar contra todos.

—Obsérvame.

—Maldición, Kaz. ¿Qué es lo que siempre me estás diciendo? Aléjate de una mano perdedora.

—Les estoy dando una forma de salir. Tómenla.

—¿Por qué nos estás tratando como un montón de granujas cobardes?

Kaz se giró hacia él. —Tú eres el que se está preparando para huir, Jesper. Sencillamente deseas que yo huya con ustedes para que no tengas que sentirte tan mal al respecto. Para todo el amor que tienes por las peleas, siempre eres el primero en hablar sobre huir para esconderse.



—Porque deseo permanecer *vivo*.

—¿Para qué? —dijo Kaz, con los ojos titilantes—. ¿Para poder jugar otra ronda en las mesas? ¿Para que puedas encontrar otra forma de decepcionar a tu padre y desilusionar a tus amigos? ¿Le has contado a tu padre que eres la razón por la que va a perder su granja? ¿Le has contado a Inej que tú eres la razón por la que casi murió en la punta del cuchillo de Oomen? ¿Por la que todos casi morimos?

Los hombros de Jesper se plegaron, pero no retrocedió. —Cometí un error. Permito que lo malo en mí le gane a lo bueno, pero por el amor de los Santos, Kaz, ¿durante cuánto tiempo vas a hacerme pagar para darme un poquito de perdón?

—¿Cómo crees que luce mi perdón, Jordie?

—¿Quién demonios es Jordie?

Durante el momento más breve, la cara de Kaz se desencajó, con una mirada confundida, casi atemorizada en sus ojos oscuros... allí estaba y luego desapareció, tan rápido que Wylan se preguntó si lo había imaginado.

—¿Qué quieres de mí? —espetó Kaz, su expresión tan cerrada y cruel como siempre—. ¿Mi confianza? La tenías y la destrozaste en pedazos porque no pudiste mantener la boca cerrada.

—*Una vez*. ¿Cuántas veces te he cubierto la espalda en una pelea? ¿Cuántas veces lo he hecho correctamente? ¿Eso no cuenta para nada? —Jesper elevó las manos—. No puedo ganar contigo. Nadie puede.

—Así es. No puedes ganar. Crees que eres un apostador, pero solo eres un perdedor nato. Peleas. Cartas. Chicos. Chicas. Seguirás jugando hasta que pierdas, así que, por una vez en tu vida, solo aléjate.

Jesper lanzó un golpe primero. Kaz lo esquivó a la derecha y luego estaban forcejeando. Chocaron con la pared, se golpearon la cabeza y se separaron en un frenesí de golpes y jalones.



Wylan se giró hacia Inej, esperando que objetara, hacia Matthias para que los separara, que alguien *hiciera algo*, pero los otros solo retrocedieron, dejando espacio. Solo Kuwei mostró alguna clase de preocupación.

Jesper y Kaz se agitaron alrededor, chocaron contra el mecanismo del reloj, se enderezaron. No era una pelea, era una refriega... sin gracia, un enredo de codos y puños.

—¡Por Ghezen y sus obras, alguien deténgalos! —dijo Wylan desesperadamente.

—Jesper no le ha disparado —dijo Nina.

—Kaz no está utilizando su bastón —dijo Inej.

—¿Creen que no pueden matarse el uno al otro con las manos desnudas?

Ambos estaban sangrando... Jesper de un corte en el labio y Kaz de algún lugar cerca de la frente. La camisa de Jesper estaba a medias sobre su cabeza y la manga de Kaz estaba desgarrada en la costura.

La trampilla se abrió bruscamente y la cabeza de Colm Fahey emergió. Sus mejillas rojas enrojecieron incluso más.

—¡Jesper Llewellyn Fahey, eso es *suficiente!* —rugió.

Jesper y Kaz se sobresaltaron, y entonces, para shock de Wylan, se separaron el uno del otro, luciendo culpables.

—¿Exactamente qué está sucediendo aquí? —dijo Colm—. Creí que eran amigos.

Jesper se pasó una mano por la nuca, luciendo como si deseara desvanecerse por la duela del piso. —Nosotros... eh... estábamos teniendo un desacuerdo.

—Puedo ver eso. He sido muy paciente con todo esto, Jesper, pero estoy en mi límite. Te quiero aquí abajo antes que cuente diez o te atizaré el culo para que no te sientas por dos semanas.

La cabeza de Colm se desvaneció de vuelta por las escaleras. El silencio se estiró.



Entonces Nina rio entre dientes. —Estás en *tantos* problemas.

Jesper hizo una mueca. —Matthias, Nina dejó que Cornelis Smeet le agarrara el trasero.

Nina dejó de reír. —Voy a voltearte los dientes.

—Eso es físicamente imposible.

—Acabo de despertar a los muertos. ¿Realmente quieres discutir conmigo?

Inej inclinó la cabeza a un lado. —¿Jesper *Llewellyn* Fahey?

—Cállate —dijo Jesper—. Es un nombre familiar.

Inej hizo una inclinación solemne. —Lo que digas, Llewellyn.

—¿Kaz? —dijo Jesper tentativamente.

Pero Kaz estaba mirando a la distancia. Wylan creyó que conocía esa expresión.

—¿Esa es...? —preguntó Wylan

—¿Expresión calculadora? —dijo Jesper.

Matthias asintió. —Definitivamente.

—Sé cómo hacerlo —dijo Kaz lentamente—. Cómo sacar a Kuwei, sacar a los Grisha, conseguir nuestro dinero, vencer a Van Eck, y darle a ese hijo de perra, Pekka Rollins, todo lo que se merece.

Nina elevó una ceja. —¿Eso es todo?

—¿Cómo? —preguntó Inej.

—Todo este tiempo, hemos estado jugando el juego de Van Eck. Nos hemos estado escondiendo. Terminamos con eso. Vamos a organizar una pequeña subasta. A plena vista de todos. —Se giró para encararlos, y sus ojos brillaron lisos y negros como



los de un tiburón—. Y ya que Kuwei está tan ansioso por sacrificarse, él va a ser el premio.



LEIGH BARDUGO

THE DREGS

PARTE CINCO

REYES & REINAS





Traducido por Ashadowkiss

Jn la base de la escalera de hierro, Jesper trató de enderezarse la camisa y limpiar la sangre de su labio, aunque en este punto pensó que no importaba si aparecía en nada más que en su ropa interior. Su padre no era tonto, y esa ridícula historia que Wylan había inventado para cubrir los errores de Jesper se había gastado más rápido que un traje barato. Su padre había visto sus heridas, había oído hablar de sus planes estropeados. Sabía que no eran estudiantes ni víctimas de una estafa. Así que ¿ahora qué?

Cierra los ojos y espera que el pelotón de fusilamiento tenga buena puntería, pensó sombríamente.

—Jesper.

Él se giró. Inej estaba justo detrás de él. No la había escuchado acercarse, pero eso no era ninguna sorpresa. *¿Le has contado a Inej que tú eres la razón por la que casi murió en la punta del cuchillo de Oomen?* Bueno, Jesper pensó que se había disculpado mucho esta mañana. Mejor llegar a ello.

—No vine por una disculpa, Jesper. Tienes un punto débil. Todos tenemos un punto débil.

—¿Cuál es el tuyo?

—La compañía que tengo —dijo ella con una leve sonrisa.

—Ni siquiera sabes lo que hice.



—Entonces cuéntame.

Jesper miró sus zapatos. Estaban rotundamente gastados.

—Estaba hasta el fondo con Pekka Rollins por un poco de *kruge*. Sus matones estaban presionando, así que yo... yo les dije que me iba de la ciudad, pero que estaba a punto de obtener una gran recompensa. No dije nada sobre la Corte de Hielo, lo juro.

—Pero fue suficiente para que Rollins armara el rompecabezas y preparara la trampa. —Ella suspiró—. Y Kaz te ha estado castigando desde entonces.

Jesper se encogió de hombros. —Tal vez lo merezco.

—¿Sabes que los suli no tienen palabras para decir «Lo siento»?

—¿Qué dices cuando pisas a alguien?

—No ando pisando a la gente.

—Sabes a lo que me refiero.

—No decimos nada. Sabemos que la ofensa no fue intencionada. Vivimos en cuartos apretados, viajando juntos. No hay tiempo de estar disculpándose constantemente por existir. Pero cuando alguien se equivoca, cuando cometemos errores, no decimos que lo sentimos. Prometemos enmendarlo.

—Lo haré.

—*Mati en sheva yelu*. Esta acción no tendrá eco. Significa que no repetiremos los mismos errores, que no continuaremos haciendo daño.

—No voy a ocasionar que te apuñalen de nuevo.

—Me apuñalaron porque bajé la guardia. Tú traicionaste a tu equipo.

—No quise...

—Sería mejor si *hubieras* querido traicionarnos. Jesper, no quiero una disculpa, no hasta que prometas que no seguirás cometiendo el mismo error.



Jesper se balanceó ligeramente sobre sus talones.

—No sé cómo hacer eso.

—Hay una herida en ti, y las mesas, los dados, las cartas... se sienten como medicina. Te calman, te hacen sentir bien por un tiempo. Pero son veneno, Jesper. Cada vez que juegas, tomas otro sorbo. Tienes que encontrar otra forma de curar esa parte de ti. —Ella colocó la mano en el pecho de él—. Deja de tratar tu dolor como si fuese algo que imaginas. Si ves que la herida es real, entonces puedes curarla.

¿Una herida? Él abrió la boca para negarlo, pero algo lo detuvo. A pesar de todos sus problemas en las mesas y lejos de ellas, Jesper siempre había pensado que era afortunado. Feliz, sencillo. El tipo de chico que la gente quería alrededor. Pero ¿y si él había estado engañado todo este tiempo? *Enfadado y asustado*; así lo había llamado el fjerdano. ¿Qué habían visto Matthias e Inej en Jesper que él no entendía?

—Yo... yo lo intentaré —era lo mejor que podía ofrecer ahora. Tomó las manos de ella en las suyas, presionó un beso en sus nudillos—. Podría tomarme un tiempo antes de decir esas palabras. —Sus labios se inclinaron en una sonrisa—. Y no solo porque no puedo hablar suli.

—Lo sé —dijo ella—, pero piensa en ello. —Miró hacia la sala de estar—. Solo dile la verdad, Jesper. Ambos estarán agradecidos de saber dónde se encuentran.

—Cada vez que pienso en hacer eso, tengo ganas de tirarme de una ventana. —Dudó—. ¿Les dirías la verdad a tus padres? ¿Les dirías todo lo que has hecho... todo lo que pasó?

—No lo sé —admitió Inej—. Pero daría lo que fuera para tener la opción.

Jesper encontró a su padre en la sala de estar púrpura, una taza de café en sus grandes manos. Él había apilado los platos de vuelta sobre la bandeja plateada.



—No tienes que limpiar por nosotros, Pá.

—Alguien tiene que hacerlo. —Tomó un sorbo de su café—. Siéntate, Jes.

Jesper no quería sentarse. Ese hormigueo desesperado estaba crujiendo a través de su cuerpo. Todo lo quería era correr directo al Barril tan rápido como sus piernas pudieran llevarlo y tirarse en el primer salón de juego que encontrara. Si no hubiese creído que sería arrestado o le dispararían antes de llegar a mitad de camino, lo hubiese hecho. Inej había dejado los viales sin utilizar del gorgojo químico sobre la mesa. Tomó uno, jugando con el tapón.

Su padre se inclinó hacia atrás, observándolo con esos severos ojos grises. Jesper podía ver cada línea y pecas en su rostro a la clara luz de la mañana.

—No hubo ninguna estafa, ¿no? Ese chico shu mintió por ti. Todos ellos lo hicieron.

Jesper juntó las manos para evitar que se movieran. *Ambos estarán agradecidos de saber dónde se encuentran.* Jesper no estaba seguro de que eso fuera cierto, pero no tenía más opciones.

—Ha habido muchas estafas, pero por lo general yo estaba en el lado estafador. Un montón de peleas... por lo general estaba en el lado ganador. Un montón de juegos de cartas. —Miró hacia abajo a las medias lunas blancas de sus uñas—. Por lo general estaba en el lado perdedor.

—¿El préstamo que te di para tus estudios?

—Me metí con la gente equivocada. Perdí en las mesas y seguí perdiendo, así que seguí pidiendo prestado. Pensé que podía encontrar una forma de desenterrarme.

—¿Por qué no solo te detuviste?

Jesper quería reír. Él se rogó así mismo, se gritó a sí mismo para detenerse.

—No es de esa forma. —*Hay una herida en ti*—. No para mí. No sé por qué.



Colm se apretó el puente de la nariz. Lucía tan cansado, este hombre que podía trabajar desde el amanecer hasta el atardecer sin siquiera quejarse.

—Nunca debí haberte dejado ir de casa.

—Pá...

—Sabía que la granja no era para ti. Quería que tuvieras algo mejor.

—¿Entonces por qué no enviarme a Ravka? —dijo Jesper antes de poder pensar lo.

El café se derramó de la taza de Colm.

—Fuera de cuestión.

—¿Por qué?

—¿Por qué debería enviar a mi hijo a algún país extranjero para luchar y morir en sus guerras?

Un recuerdo vino a Jesper, fuerte como la patada de una mula. El hombre polvoriento estaba de nuevo en la puerta. Tenía a la niña con él, la niña que había vivido porque su madre había muerto. Él quería que Jesper fuera con ellos.

—Leoni es zowa. Ella también tiene el don —dijo él—. Hay profesores en el este, pasando la frontera. Ellos podrían entrenarlos.

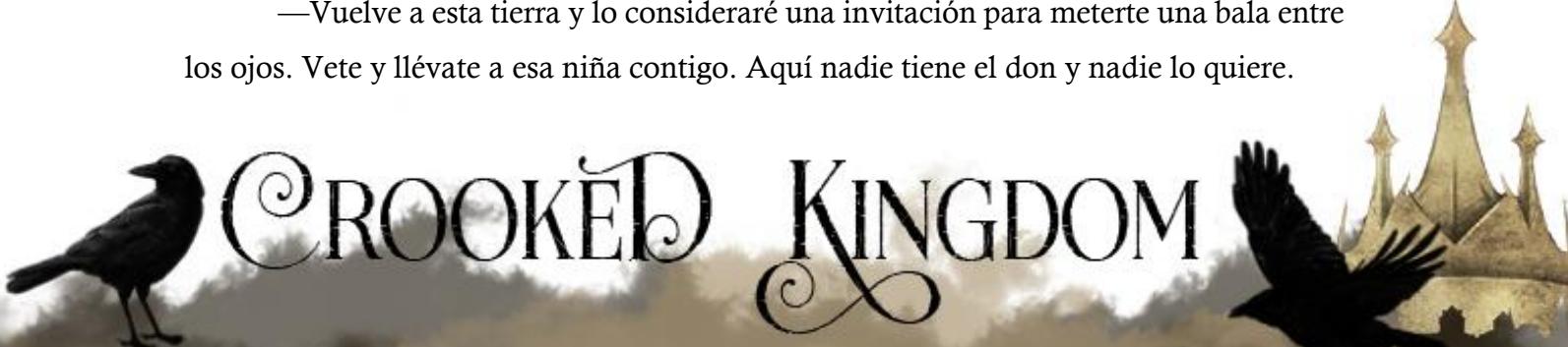
—Jesper no lo tiene —dijo Colm.

—Pero su madre...

—No lo tiene. No tienes ningún derecho de venir aquí.

—¿Estás seguro? ¿Ha sido examinado?

—Vuelve a esta tierra y lo consideraré una invitación para meterte una bala entre los ojos. Vete y llévate a esa niña contigo. Aquí nadie tiene el don y nadie lo quiere.



Él había tirado la puerta en la cara del hombre polvoriento.

Jesper recordó a su padre allí de pie, inhalando pesadamente.

—¿Qué querían, Pá?

—Nada.

—¿Soy zowa? —Jesper había preguntado—. ¿Soy Grisha?

—No digas esas palabras en esta casa. Nunca.

—Pero...

—Eso fue lo que mató a tu madre, ¿entiendes? Eso fue lo que se la llevó lejos de nosotros. —La voz de su padre era feroz, sus ojos grises duros como cuarzo—. No le dejaré llevarte también. —Entonces sus hombros se hundieron. Como si las palabras fueran arrancadas, había dicho—: ¿Quieres ir con ellos? Puedes ir. Si es lo que tú quieras. No me enojaré.

Jesper tenía diez años. Había pensado en su padre solo en la granja, regresando a una casa vacía cada día, sentado solo en la mesa cada noche, sin nadie para hacerle bizcochos quemados.

—No —había respondido—. No quiero irme con ellos. Quiero quedarme contigo.

Ahora, él se levantó de su silla, incapaz de seguir sentado por más tiempo, y paseó por la longitud de la habitación. Jesper sintió como si no pudiese respirar. No podía estar más aquí. El pecho le dolía. La cabeza le dolía. Culpa y amor y resentimiento se enredaban en él, y cada vez que intentaba desenredar el nudo en sus entrañas, se volvía peor. Estaba avergonzado del desastre que había cometido, del problema que había traído a la puerta de su padre. Pero también estaba enfadado. ¿Y cómo podía estar enfadado con su padre? ¿La persona que más lo amaba en el mundo, que había trabajado para darle todo lo que tenía, la persona por la que él recibiría una bala cualquier día de la semana?



Esta acción no tendrá eco.

—Voy a... encontraré una forma de compensarlo, Pá. Quiero ser una mejor persona, un mejor hijo.

—No te crie para ser un jugador, Jesper. Ciertamente no te crie para ser un criminal.

Jesper soltó una risa amarga.

—Te amo, Pá. Te amo con todo mi corazón mentiroso, ladrón e indigno, pero sí, lo hiciste.

—¿Qué? —escupió Colm.

—Me enseñaste a mentir.

—Para mantenerte a salvo.

Jesper meneó la cabeza. —Tenía un don. Debiste haberme dejado usarlo.

Colm golpeó su puño contra la mesa

—No es un don. Es una maldición. Te hubiese matado de la misma forma que lo hizo con tu madre.

Vaya con la verdad. Jesper dio zancadas a la puerta. Si no se iba de este lugar, iba a saltar fuera de su piel.

—De todas formas, estoy muriendo, Pá. Solo que lo hago lentamente.

Jesper caminó por el pasillo. No sabía a dónde ir ni qué hacer consigo mismo. *Ve al Barril. Mantente alejado del Tablón. Hay un juego que jugar en alguna parte, solo sé discreto.* Seguro, un zemeni tan alto como un árbol modestamente ambicioso y con un precio por su cabeza no se notaba en absoluto. Recordó lo que Kuwei había dicho sobre que los



Grisha que no usaban sus poderes estaban cansados y enfermizos. Él no estaba físicamente enfermo, eso era verdad. Pero, ¿qué si Matthias tenía razón y Jesper tenía otro tipo de enfermedad? ¿Y si a todo ese poder dentro de él solo le gustaba rebotar en busca de algún lugar al que dirigirse?

Pasó una puerta abierta, luego volvió sobre sus pasos. Wylan estaba sentado ante un piano blanco lacado en un rincón, presionando apasionadamente una solitaria nota.

—Me gusta eso —dijo—. Tiene un gran ritmo... puedes bailarlo.

Wylan alzó la mirada, y Jesper entró en la habitación, con las manos balanceándose inquietamente a los costados. Dio la vuelta a su perímetro, absorbiendo todo el mobiliario: papel pintado de seda púrpura repleto de peces plateados, candelabros de plata, un gabinete lleno de naves de vidrio soplado.

—Santos, este lugar es espantoso.

Wylan se encogió de hombros y tocó otra nota. Jesper se inclinó al piano.

—¿Quieres salir de aquí?

Wylan alzó la cara, con mirada especulativa. Asintió.

Jesper enderezó la postura un poco más.

—¿En serio?

Wylan sostuvo su mirada. El aire en la habitación pareció cambiar, como si se hubiese vuelto combustible de repente.

Wylan se levantó del banco del piano. Dio un paso hacia Jesper. Sus ojos eran de un oro claro y luminoso, como el sol a través de la miel. Jesper extrañaba el azul, las largas pestañas, el enredo de rizos. Pero si el mercito tenía que estar envuelto en un paquete diferente, Jesper podía admitir que le gustaba mucho este. ¿Y eso realmente importaba cuando Wylan lo miraba así, con la cabeza inclinada hacia un lado, con una leve sonrisa en los labios? Parecía casi... *audaz*. ¿Qué había cambiado? ¿Había temido



que Jesper no saliera de la refriega en Velo Negro? ¿Solo se sentía afortunado por estar vivo? Jesper no estaba seguro de que le importara. Quería distracción, y aquí estaba.

La sonrisa de Wylan se ensanchó. Alzó la frente. Si eso no era una invitación...

—Bueno, demonios —murmuró Jesper. Cerró la distancia entre ellos y tomó la cara de Wylan entre sus manos. Se movió lentamente, deliberadamente, mantuvo el beso tranquilo, el más pequeño roce de sus labios, dando a Wylan la oportunidad de alejarse si quería. Pero no lo hizo. Se acercó más.

Jesper podía sentir el calor del cuerpo de Wylan contra el suyo. Deslizó su mano a la parte posterior del cuello de Wylan, inclinando la cabeza hacia atrás, pidiendo más.

Se sentía codicioso por algo. Había querido besar a Wylan desde que lo había visto por primera vez revolviendo sustancias químicas en esa horripilante curtiduría; rizos ondulados húmedos con el calor, la piel tan delicada que parecía que se moriría si soplaba sobre ella con demasiada fuerza. Parecía que había caído en la historia equivocada, un príncipe convertido en mendigo. A partir de entonces, Jesper había estado atrapado en algún lugar entre el deseo de insultar al pequeño mercito mimado para que se ruborizara y el deseo de coquetearle en un rincón tranquilo solo para ver qué podía suceder. Pero en algún momento durante sus horas en la Corte de Hielo, esa curiosidad había cambiado. Había sentido el tirón de algo más, algo que cobró vida con el inesperado coraje de Wylan, con su forma generosa y de ojos muy abiertos de mirar el mundo. Hizo sentir a Jesper como una cometa con una cuerda, elevada y luego desplomándose hacia abajo, y le gustó.

Así que ¿dónde estaba ese sentimiento ahora? La decepción inundó su interior.

¿Soy yo? Pensó Jesper. *¿Estoy fuera de práctica?* Se acercó, permitiendo que el beso se profundizara, buscando esa elevación, caída, sensación osada, moviendo a Wylan contra el piano. Oyó que las teclas se golpeaban una contra otra, música suave y discordante. *Adecuado*, pensó. Y entonces: *si puedo pensar en metáforas en un momento como este, algo está definitivamente mal.*



Se echó hacia atrás, dejó caer las manos, sintiéndose incómodamente torpe. ¿Qué decías después de un beso terrible? Nunca había tenido motivos para preguntárselo.

Fue entonces cuando vio a Kuwei de pie en la puerta, con la boca abierta, los ojos muy abiertos y sorprendidos.

—¿Qué? —preguntó Jesper—. ¿Los shu no besan antes del mediodía?

—No lo sabría —dijo Kuwei amargamente.

No Kuwei.

—Oh, Santos —susurró Jesper. Ese no era Kuwei en la puerta. Era Wylan Van Eck, experto en ciernes en demo y chico rico rebelde. Y eso significaba que acababa de besar...

El auténtico Kuwei apretó esa misma nota apática en el piano, sonriéndole desvergonzadamente a través de gruesas pestañas negras.

Jesper se volvió hacia la puerta. —Wylan... —empezó.

—Kaz nos quiere en la sala de estar.

—Yo...

Pero Wylan ya se había ido. Jesper miró fijamente la puerta vacía. ¿Cómo pudo haber cometido un error así? Wylan era más alto que Kuwei; su rostro era más estrecho también. Si Jesper no hubiera estado tan nervioso e inquieto después de la pelea con Kaz y la discusión con su padre, nunca los habría confundido. Y ahora lo había arruinado todo.

Jesper apuntó con un dedo acusador a Kuwei.

—¡Deberías haber dicho algo!

Kuwei se encogió de hombros.



—Fuiste muy valiente en Velo Negro. Y ya que probablemente todos vamos a morir...

—Maldita sea —murmuró Jesper, andando a zancadas hacia la puerta.

—Eres un besador muy bueno —dijo Kuwei tras él.

Jesper se volvió.

—¿Qué tan bueno es tu kerch realmente?

—Bastante bueno.

—De acuerdo, entonces espero que entiendas exactamente lo que quiero decir cuando digo que eres definitivamente más problemas de lo que vale la pena.

Kuwei sonrió, muy satisfecho de sí mismo.

—Kaz parece pensar que ahora valgo mucho.

Jesper rodó los ojos hacia el cielo.

—Tú encajas perfectamente aquí.





Traducido por Azhreik

Se reunieron nuevamente en la sala de estar de la suite. A petición de Nina, Colm había ordenado otro montón de gofres y un tazón de fresas y crema. Un espejo cubría la mayor parte de la pared más lejana de la suite, y Matthias no podía evitar que su mirada se desviara a él. Era como mirar a otra realidad.

Jesper se había quitado las botas y estaba sentado sobre la alfombra, con las rodillas apretadas contra el pecho, lanzando miradas furtivas a Wylan, quien se había acomodado sobre el sillón y parecía estar ignorándolo deliberadamente. Inej se sentó sobre el descansillo de la ventana, su balance tan perfecto que la hacía parecer ingravida, un ave dispuesta a alzar el vuelo. Kuwei se había acurrucado en el codo del diván, uno de sus cuadernos abierto junto a él, y Kaz estaba sentado en una silla purpura de respaldo alto, su pierna mala acomodada sobre la mesa baja, el bastón apoyado contra su muslo. De alguna forma, se había ocupado de la manga desgarrada de su camisa.

Nina estaba acurrucada junto a Matthias en el sofá, la cabeza descansaba sobre el hombro de él, sus pies doblados debajo, los dedos manchados de jugo de fresa. Él se sentía extraño sentado de esta forma. En Fjerda, incluso un esposo y su esposa mostraban poco afecto en público. Se sostenían de las manos y tal vez bailaban en un baile público. Pero esto le gustaba, y aunque no podía relajarse del todo, no podía soportar la idea de que ella se apartara de él.

Era la sólida presencia de Colm la que transformaba la imagen en el espejo. Hacía parecer a la gente en el reflejo menos peligrosa, como si no fueran el equipo que había irrumpido en la Corte de Hielo y superado a la milicia fjerdiana con poco más que su



astucia y nervio, solo un montón de niños exhaustos después de una fiesta de cumpleaños particularmente brutal.

—Muy bien —dijo Nina, lamiendo jugo de fresa de sus dedos en una forma que vencía completamente la habilidad de Matthias de formar un pensamiento racional—. Cuando dices una subasta, no te refieres realmente a...

—Kuwei va a venderse a sí mismo.

—¿Estás loco?

—Probablemente sería más feliz si lo fuera —dijo Kaz. Descansó una mano enguantada sobre su bastón—. Cualquier ciudadano kerch y cualquier ciudadano libre que viaje a Kerch tiene el derecho a vender su propio contrato vinculante. No es solo la ley, es negocio, y no hay nada más sagrado en Kerch. Kuwei Yul-Bo tiene el derecho sagrado, como es dictado por Ghezen, dios de la industria y el comercio, a someter su vida a la voluntad del mercado. Puede ofrecer su servicio en subasta.

—¿Quieres que se venda al postor más alto? —dijo Inej incrédula.

—A *nuestro* postor más alto. Vamos a arreglar el resultado para que Kuwei consiga su deseo más profundo... una vida bebiendo té de un samovar en Ravka.

—Mi padre nunca lo permitirá —dijo Wylan.

—Van Eck no tendrá poder para detenerlo. La subasta de un contrato está protegida por las leyes más elevadas de la ciudad; seculares y religiosas. Una vez que Kuwei declare abierto su contrato, nadie puede detener la subasta hasta que la puja haya finalizado.

Nina estaba sacudiendo la cabeza. —Si anunciamos una subasta, los shu sabrán exactamente cuándo y dónde encontrarlo.

—Esto no es Ravka —dijo Kaz—. Esto es Kerch. El negocio es sagrado, protegido por la ley. El Consejo Mercante está obligado por el deber a asegurar que una subasta proceda sin interferencia. La vigilancia desplegará toda su fuerza, y los estatutos



de la subasta exigen que el Consejo de Mareas provea su asistencia también. El Consejo Mercante, la *vigilancia*, los Mareas... todos requeridos para proteger a Kuwei.

Kuwei bajó su cuaderno. —Los shu tal vez todavía tengan *parem* y Fabricadores.

—Eso es cierto —dijo Jesper—. Si es verdad, pueden hacer todo el dinero que deseen. No habrá forma de superarlos.

—Eso es asumiendo que ya tengan Fabricadores en la ciudad. Van Eck nos ha hecho la cortesía de bloquear el puerto.

—Aun así...

—Déjenme preocuparme por los shu —dijo Kaz—. Yo puedo controlar la subasta. Pero necesitaremos contactar con los ravkanos de nuevo. Tendrán que saber lo que estamos planeando. Al menos parte.

—Puedo llegar a la embajada —dijo Inej—, si Nina escribe el mensaje.

—Las calles están cerradas por barricadas —protestó Wylan.

—Pero no los tejados —replicó Inej.

—Inej —dijo Nina—. ¿No crees que deberías contarles un poco más sobre tu nueva amiga?

—Sí —dijo Jesper—. ¿Quién es esta nueva conocida que te hizo un montón de hoyos?

Inej atisbió por la ventana. —Hay un nuevo jugador en el campo, una mercenaria contratada por Pekka Rollins.

—¿Fuiste derrotada en combate singular? —preguntó Matthias sorprendido. Había visto luchar al Espectro. No sería poca cosa superarla.

—Mercenaria es un tanto subestimado —dijo Nina—. Ella siguió a Inej sobre la cuerda floja y entonces le lanzó cuchillos.



—No cuchillos exactamente —dijo Inej.

—¿Cositas letalmente puntiagudas?

Inej se levantó del descansillo. Alcanzó su bolsillo y con un traqueteo dejó sobre la mesa una pila de lo que lucían como pequeños soles plateados.

Kaz se inclinó hacia delante y recogió uno. —¿Quién es ella?

—Su nombre es Dunyasha —dijo Inej—. Se llamó a sí misma la Espada Blanca y una variedad de otras cosas. Es muy buena.

—¿Qué tan buena? —preguntó Kaz.

—Mejor que yo.

—He escuchado de ella —dijo Matthias—. Su nombre surgió en un reporte de inteligencia que los *driiskelle* reunieron en Ravka.

—¿Ravka? —dijo Inej—. Dijo que fue entrenada en Ahmrat Jen.

—Ella clama que tiene sangre Lantsov y que es una contendiente para el trono ravkano.

Nina soltó una carcajada. —No puedes hablar en serio.

—Nosotros consideramos respaldar su proclamación para debilitar el régimen de Nikolai Lantsov.

—Astuto —dijo Kaz.

—Malvado —dijo Nina.

Matthias se aclaró la garganta. —Él es un rey nuevo, vulnerable. Hay algunas preguntas en lo referente a su propio linaje. Pero el reporte sugería que Dunyasha es errática, posiblemente delirante. Determinamos que era demasiado impredecible para semejante operación.



—Pekka podría haber hecho que nos siguiera desde Velo Negro anoche —dijo Inej.

—¿Sabemos cómo Pekka encontró el escondite? —preguntó Nina.

—Alguien de su gente debe haber visto a uno de nosotros —replicó Kaz—. Eso es todo lo que se requería.

Matthias se preguntó si era mejor que no pudieran estar seguros de quién era responsable. De esa forma, nadie tenía que cargar la culpabilidad o sería culpado.

—Dunyasha tenía la ventaja de la sorpresa —dijo Inej—. Si el hotel aún no está comprometido, puedo ir y regresar de la embajada sin ser vista.

—Bien —dijo Kaz, pero la respuesta no salió tan rápidamente como Matthias habría esperado. *Él teme por ella*, pensó Matthias, *y no le gusta eso*. Por una vez, podía simpatizar con el *demjin*.

—Hay otro problema —dijo Nina—. Matthias, cúbreste las orejas.

—No.

—Bien. Sencillamente tendré que asegurarme tu lealtad después. —Le susurró al oído—. Hay una bañera muy grande en el dormitorio principal.

—Nina.

—Solo era una observación. —Nina cogió los restos de un gofre de la bandeja y dijo—: Ravka no puede ganar la subasta. Estamos quebrados.

—Oh —dijo Matthias—. Sabía eso.

—No lo sabías.

—¿Crees que Fjerda no está consciente que las arcas ravkanas están vacías?

Nina hizo una mueca. —Al menos podrías haber fingido estar sorprendido.



—Las calamidades financieras de Ravka no son secreto. Su tesoro fue menguado por años de mal manejo por los reyes Lantsov y luchas en ambas fronteras. La guerra civil no ayudó, y el rey nuevo ha pedido prestado muchísimo de los bancos de Kerch. Si seguimos con la subasta, Ravka no será capaz de subastar competitivamente.

Kaz movió su pierna mala. —Es por eso que el Consejo Mercante de Kerch va a financiarlos.

Jesper rompió a reír. —Fantástico. ¿Alguna posibilidad de que deseen comprarme un bombín de oro macizo mientras están en ello?

—Eso es contra la ley —dijo Wylan—. El Consejo es responsable de ejecutar la subasta. No pueden interferir con su resultado.

—Por supuesto que no —dijo Kaz—. Y lo saben. Kuwei y su padre se acercaron al Consejo Mercante buscando ayuda, pero ellos temían tanto comprometer su neutralidad, que se rehusaron a actuar. Van Eck vio una oportunidad, y ha estado operando a sus espaldas desde entonces. —Kaz se arrellanó aún más en su silla—. ¿Qué ha estado planeando Van Eck todo el tiempo? Ha estado comprando granjas de *jurda* para que cuando el secreto de *jurda parem* se descubra, él controle el suministro de *jurda*. Él gana sin importar quién tenga a Kuwei. Así que piensen como él... piensen como un merc. Cuando Kuwei Yul-Bo, hijo de Bo Yul-Bayur, anuncie la subasta, el Consejo sabrá que el secreto de *parem* podría volverse público en cualquier momento. Finalmente serán libres de actuar y estarán buscando oportunidades para asegurar sus fortunas y el puesto de Kerch en la economía mundial. No pueden involucrarse en la subasta, pero pueden garantizar que ganan un montón de dinero sin importar el resultado.

—Al comprar *jurda* —dijo Wylan.

—Exactamente. Organizamos un consorcio de *jurda*, una oportunidad para inversores dispuestos a hacer una gran cantidad de efectivo a cambio que el mundo se vaya al infierno. Brindaremos al Consejo una oportunidad y dejaremos que su avaricia haga el resto.



Wylan asintió, su cara poniéndose ansiosa. —El dinero nunca va al consorcio. Lo canalizamos a Ravka para que puedan permitirse subastar por Kuwei.

—Algo así —dijo Kaz—. Y tomamos un pequeño porcentaje. Igual que hacen los bancos.

—Pero ¿quién va a ser el señorío? —dijo Jesper—. Van Eck ha visto todas nuestras caras excepto a Nina y Specht. Incluso si uno de nosotros es confeccionado o traemos a otra persona, entonces el Consejo Mercante no va solo a entregar su dinero a un recién llegado sin credenciales reales.

—¿Qué hay de un granjero de *jurda* que ha estado encerrado en la suite más costosa de Ketterdam?

Colm Fahey levantó la vista de su café. —¿Yo?

—Imposible, Kaz —dijo Jesper—. Absolutamente no.

—Él conoce la *jurda*, habla kerch y zemeni, y tiene el perfil.

—Tiene una cara honesta —dijo Jesper amargamente—. No estabas manteniéndolo a salvo al meterlo en este hotel, lo estabas preparando.

—Nos estaba construyendo una salida.

—¿Una cobertura propia?

—Sí.

—No vas a meter a mi padre en esto.

—Ya está en esto, Jes. Tú lo involucraste cuando hiciste que hipotecara su granja para pagar por tu título en desperdiciar dinero.

—No —repitió Jesper—. Van Eck va a hacer la conexión entre Colm Fahey y Jesper Fahey. No es un idiota.



—Pero no hay ningún Colm Fahey quedándose en el Geldrenner. Colm Fahey rentó habitaciones en una pequeña posada del distrito universitario, y de acuerdo a los manifiestos del supervisor de puerto, se marchó de la ciudad hace varias noches. El hombre que se queda aquí está registrado bajo el nombre Johannus Rietveld.

—¿Quién demonios es ese? —preguntó Nina.

—Es un granjero de una ciudad cercana a Lij. Su familia ha estado allí por años. Tiene propiedades en Kerch y en Novyi Zem.

—Pero ¿quién es realmente? —dijo Jesper.

—Eso no importa. Piensen en él como un producto de la imaginación del Consejo Mercante, un sueño maravilloso que cobró vida para ayudarlos a conseguir algo de beneficio del desastre de la *parem*.

Colm bajó su taza. —Lo haré.

—Pá, no sabes a lo que estás accediendo.

—Ya estoy albergando fugitivos. Si voy a ayudar, bien podría ser cómplice.

—Si esto va mal...

—¿Qué tengo que perder, Jes? Mi vida son tú y la granja. Esta es la única forma en que puedo proteger ambas cosas.

Jesper se levantó del piso, paseándose arriba y abajo enfrente de las ventanas. — Esto es una locura —dijo, pasándose la mano por la nuca—. Ellos nunca caerán con eso.

—No pediremos mucho de ninguno de ellos —dijo Kaz—. Ese es el truco. Fijamos una cantidad baja para entrar al consorcio, digamos, dos millones de *kruge*. y entonces los dejamos esperar. Los shu están aquí. Los fjerdanos. Los ravkanos. El Consejo empezará a entrar en pánico. Si tuviera que apostar, diría que tendremos cinco millones de cada miembro del Consejo para cuando terminemos.



—Hay trece miembros del Consejo —dijo Jesper—. Eso son sesenta y cinco millones de *kruge*.

—Tal vez más.

Matthias frunció el ceño. —Incluso con toda la vigilancia en la subasta y la presencia del Consejo de Mareas, ¿realmente podemos garantizar la seguridad de Kuwei?

—A menos que tengas un unicornio en que se aleje montado, no hay un escenario que *garantice* la seguridad de Kuwei.

—Yo tampoco contaría con la protección del Consejo de Mareas —dijo Nina—. ¿Alguna vez han aparecido en público?

—Hace veinticinco años —dijo Kaz.

—¿Y crees que van a aparecer para proteger a Kuwei ahora? No podemos mandarlo a solas a una subasta pública.

—Kuwei no estará solo. Matthias y yo estaremos con él.

—Todos conocen sus rostros. Incluso si tuvieran alguna clase de disfraz...

—Nada de disfraz. El Consejo Mercante es considerado su representante. Pero Kuwei tiene el derecho de elegir su propia protección para la subasta. Nosotros estaremos ahí arriba del escenario con él.

—¿El escenario?

—Las subastas son llevadas a cabo en la Iglesia del Trueque, justo enfrente del altar. ¿Qué podría ser más sagrado? Es perfecto... un lugar cerrado con múltiples puntos de entrada y fácil acceso a un canal.

Nina sacudió la cabeza. —Kaz, tan pronto Matthias pise ese escenario, la mitad de la delegación fjeriana lo reconocerá, y tú eres el hombre más buscado en Ketterdam. Si se aparecen en la subasta, ambos serán arrestados.



—No pueden tocarnos hasta después de la subasta.

—¿Y entonces qué? —dijo Inej.

—Habrá una distracción endemoniada.

—Tiene que haber otra forma —dijo Jesper—. ¿Qué tal si intentáramos hacer un trato con Rollins?

Wylan plegó el borde de su servilleta. —No tenemos nada que ofrecer.

—No más tratos —dijo Kaz—. Nunca debí haber ido con Rollins en primer lugar.

Las cejas de Jesper se elevaron. —¿Realmente estás admitiendo que cometiste un error?

—Necesitábamos capital —dijo Kaz. Sus ojos se deslizaron brevemente a Inej—. Y no lo lamento, pero no fue la movida correcta. El truco para vencer a Rollins es nunca sentarse a la mesa con él. Él es la casa. Él tiene los recursos para jugar hasta que tu suerte se acabe.

—Es igual —dijo Jesper—. Si vamos en contra del gobierno de Kerch, las pandillas del Barril y los shu...

—Y los fjerdanos —añadió Matthias—. Y los zemeníes, y los kaelish, y quien sea más que aparezca cuando se anuncie la subasta. Las embajadas están llenas y no sabemos qué tan lejos han llegado los rumores de *parem*.

—Vamos a necesitar ayuda —dijo Nina.

—Lo sé —dijo Kaz, enderezándose las mangas—. Es por eso que voy a ir al Tablón.

Jesper dejó de moverse. Inej sacudió la cabeza. Todos lo miraron fijamente.

—¿De qué estás hablando? —dijo Nina—. Hay un precio por tu cabeza. Todos en el Barril lo saben.



—Viste a Per Haskell y los Indeseables allí abajo —dijo Jesper—. ¿Crees que puedes convencer al anciano para que te respalde cuando la ciudad entera está a punto de caerte encima como un saco de ladrillos? Sabes que él no tiene las agallas para eso.

—Lo sé —dijo Kaz—. Pero necesitamos un equipo más grande para este trabajo.

—*Demjin*, este no es un riesgo que valga la pena tomar —dijo Matthias, sorprendido al descubrir que lo decía en serio.

—Cuando todo esto haya acabado, cuando Van Eck haya sido puesto en su lugar, cuando Rollins huya, y el dinero esté pagado, estas aún serán mis calles. No puedo vivir en una ciudad donde no puedo levantar la cabeza.

—Si tienes una cabeza que levantar —dijo Jesper.

—He recibido cuchillos, balas y demasiados golpes para contarlos, todo por un trocito de esta ciudad —dijo Kaz—. Esta es la ciudad por la que sangro. Y si Ketterdam me ha enseñado algo, es que siempre puedes sangrar un poco más.

Nina alcanzó la mano de Matthias. —Los Grisha aún están atascados en la embajada, Kaz. Sé que no te importa un carajo, pero tenemos que sacarlos de la ciudad. Y al padre de Jesper. Todos. Sin importar quién gane la subasta, Van Eck y Pekka Rollins no van sencillamente a empacar e irse a casa. Tampoco lo harán los shu.

Kaz se levantó, inclinándose sobre su bastón cabeza de cuervo. —Pero conozco la única cosa a la que esta ciudad teme más que a los shu, los fjerdanos, y todas las pandillas del Barril juntos. Y Nina, tú vas a dárselos.





Traducido por Víctor Wolf

Kaz se sentó en esa silla durante lo que se sintieron como horas, respondiendo a sus preguntas, dejando caer en su lugar las piezas del plan. Él veía la forma final del esquema en su mente, los pasos que tomaría para llegar allí, las infinitas maneras en que podrían fallar o ser descubiertos. Era un plan alocado, monstruoso y espinoso, y eso era lo que tenía que ser para que tuvieran éxito.

Johannus Rietveld. Había dicho una especie de verdad. Johannus Rietveld nunca había existido. Kaz había utilizado el segundo nombre de Jordie y su apellido compartido para crear la identidad del granjero años atrás.

No estaba seguro de por qué había comprado la granja donde había crecido o por qué había seguido haciendo negocios y adquirido propiedades bajo el nombre de Rietveld. ¿Johannus Rietveld tenía la intención de ser su Jakob Herzoon?, ¿Una identidad respetable como la que Pekka Rollins había creado para engañar mejor a los inocentes pichones?, ¿O había sido alguna forma de resucitar a la familia que había perdido? ¿Incluso importaba? Johannus Rietveld existía en el papel y en los registros bancarios, y Colm Fahey era perfecto para desempeñar el rol.

Cuando la reunión finalmente se disolvió, el café se había enfriado y era casi mediodía. A pesar de la luz brillante que fluía a través de las ventanas, todos tratarían de obtener unas pocas horas de descanso. Él no podría. *Nosotros no nos detenemos.* El cuerpo entero de Kaz dolía de cansancio. Su pierna había dejado de palpitarse y ahora solo irradiaba dolor.



Sabía lo estúpido que estaba siendo, lo improbable que volviera del Tablón. Kaz había pasado su vida en una serie de maniobras de evasión y fintas. ¿Por qué enfrentarse a un problema directamente cuando se puede encontrar alguna otra manera de acercarse? Siempre había una debilidad, y él era un experto en encontrarla. Ahora él estaba a punto de avanzar como un buey enganchado a un arado. Las probabilidades de que terminara golpeado, sangrando y arrastrado a través del Barril directamente a la acera de Pekka Rollins, eran muy altas. Pero ellos habían caído en una trampa, y si él tenía que roerse la pierna para sacarlos de ella, entonces eso era lo que haría.

Primero tenía que encontrar a Inej. Estaba en el lujoso cuarto de baño blanco y dorado de la suite, sentada ante una mesa de tocador, cortando vendajes nuevos de las toallas.

Pasó a su lado y se quitó el abrigo, arrojándolo al fregadero, al lado de la palangana. —Necesito tu ayuda para trazar una ruta al Tablón.

—Voy contigo.

—Sabes que tengo que enfrentarme a ellos yo solo —dijo—. Estarán buscando cualquier señal de debilidad, Espectro. —Dio vuelta a las llaves, y después de algunos crujidos, el agua hirviendo salió del grifo. Tal vez cuando estuviera rodando en *kruge* haría que instalarán el flujo de agua caliente en el Tablón—. Pero no puedo acercarme a nivel de la calle.

—No deberías acercarte en absoluto.

Se quitó los guantes y se mojó las manos en el agua, luego se la echó por la cara y se pasó los dedos por el pelo. —Háblame de la mejor ruta o encontraré mi propio camino allí.

Habría preferido caminar en lugar de trepar. Demonios, habría preferido ser conducido allí en un carro. Pero si trataba de atravesar el Barril sobre las calles, sería capturado antes de que se acercara al Tablón. Además, si tenía alguna posibilidad de hacer este trabajo, necesitaba el terreno alto.



Rebuscó en los bolsillos de la chaqueta y sacó el mapa turístico de Ketterdam que había encontrado en el salón de la suite. No tenía tantos detalles como le hubiera gustado, pero sus verdaderos mapas de la ciudad habían quedado en Velo Negro.

Colocaron el mapa al lado de la palangana y se inclinaron a la tarea mientras Inej dibujaba una línea a través de los tejados, describiendo los mejores lugares para cruzar los canales.

Inmediatamente ella tocó el mapa. —Este camino es más rápido, pero es más pronunciado.

—Voy a tomar el camino largo —dijo Kaz. Él quería su mente concentrada en la pelea por venir y evitar ser notado, no en la posibilidad de que podría estar dirigiéndose a su muerte.

Cuando quedó convencido de que podía seguir la ruta de memoria, apartó el mapa y sacó otro papel del bolsillo. Tenía el sello verde pálido del *Gemensbank*. Se lo entregó.

—¿Qué es esto? —preguntó ella, sus ojos escudriñando la página—. No es... — Pasó las yemas de sus dedos sobre las palabras como si esperara que desaparecieran—. Mi contrato —susurró ella.

—No te quiero encadenada a Per Haskell. O a mí. —Otra media verdad. Su mente había inventado cientos de planes para atarla a él, para mantenerla en esta ciudad. Pero ella había pasado bastante de su vida encerrada en deudas y obligaciones, y sería mejor para ambos cuando se fuera.

—¿Cómo...? —dijo ella—. El dinero...

—Está hecho. —Había liquidado todos los bienes que tenía, usando hasta el último de los ahorros que había acumulado, cada parte del dinero sucio.

Ella apretó el sobre sobre su pecho, encima de su corazón. —No tengo palabras para agradecerte por esto.



—¿Sin duda los suli tienen mil proverbios para tal ocasión?

—No han sido inventadas las palabras para tal ocasión.

—Si termino en la horca, puedes decir algo agradable sobre mi cadáver —dijo— . Espera hasta las seis campanadas. Si no vuelvo, intenta sacar a todos de la ciudad.

—Kaz...

—Hay un ladrillo descolorido en la pared detrás del Club Cuervo. Detrás de él encontrarás veinte mil *kruge*. No es mucho, pero debería ser suficiente para sobornar algunos miembros de la *vigilancia*. —Él sabía que sus posibilidades serían muy mínimas y que era por su culpa—. Tendrías una mejor oportunidad si vas por tu cuenta... incluso mejor si te vas ahora.

Inej entrecerró los ojos. —Voy a fingir que no dijiste eso. Estos son mis amigos. No voy a ninguna parte.

—Háblame de Dunyasha —dijo.

—Ella llevaba cuchillas de calidad. —Inej tomó las tijeras de la barra del tocador y comenzó a cortar tiras nuevas de una de las toallas—. Creo que puede ser mi sombra.

—Una sombra demasiado sólida si puede lanzar cuchillos.

—Los suli creen que cuando hacemos el mal, damos vida a nuestras sombras. Cada pecado fortalece a la sombra, hasta que finalmente la sombra es más fuerte que tú.

—Si eso fuera cierto, mi sombra habría envuelto a Ketterdam en una noche permanente.

—Tal vez —dijo Inej, volviendo su oscura mirada hacia la suya—. O tal vez tú eres la sombra de otra persona.

—Te refieres a Pekka.

—¿Qué pasa si vuelves del Tablón? ¿Si la subasta va según lo planeado y logramos esta hazaña?



—Entonces tendrás tu navío y tu futuro.

—¿Y tú?

—Romperé todo el *havok* que pueda hasta que mi suerte se agote. Utilizaré nuestro esfuerzo para construir un imperio.

—¿Y después de eso?

—¿Quién sabe? Quizá lo queme hasta los cimientos.

—¿Es eso lo que te diferencia de Rollins? ¿Que no dejarás nada atrás?

—No soy Pekka Rollins, ni su sombra. No vendo niñas a burdeles. Yo no estafó a niños desamparados para obtener su dinero.

—Mira el salón del Club Cuervo, Kaz. —Su voz era suave, paciente... ¿Por qué le hacía querer incendiar algo?—. Piensa en cada estafa y juego de cartas y robo que has llevado a cabo. ¿Todos esos hombres y mujeres merecían lo que consiguieron o lo que les quitaron?

—La vida no es lo que nos merecemos, Inej. Si fuera...

—¿Tu hermano obtuvo lo que se merecía?

—No. —Pero la negación se sentía vacía.

¿Por qué había llamado a Jesper por el nombre de Jordie? Cuando miraba en el pasado, veía a su hermano a través de los ojos del niño que había sido: valiente, brillante, infalible, un caballero vencido por un dragón vestido como un merc. Pero, ¿cómo vería a Jordie ahora?, ¿cómo un blanco?, ¿otro pichón tonto que busca un atajo? Apoyó las manos en el borde del lavabo. Ya no estaba enojado. Se sentía cansado. —Fuimos tontos.

—Ustedes eran niños. ¿No había nadie que los protegiera?

—¿Hubo alguien que te protegiera *a ti*?



—Mi padre. Mi madre. Hubieran hecho algo para evitar que me robaran.

—Y habrían sido segados por los esclavistas.

—Entonces supongo que tuve suerte de no tener que ver eso.

—¿Cómo podía mirar al mundo de esa manera? —Vendida a un burdel a los catorce años y te consideras afortunada.

—Ellos me amaban. Me aman. Eso creo. —La vio acercarse más al espejo. Su cabello negro era un chapoteo de tinta contra las paredes de azulejos blancos. Ella se detuvo detrás de él—. Tú me protegiste, Kaz.

—El hecho de que estás sangrando a través de tus vendas me dice otra cosa.

Ella miró hacia abajo. Una flor roja de sangre se había extendido sobre el vendaje atado alrededor de su hombro. Tiró torpemente de la tira del vendaje. —Necesito a Nina para arreglar esto.

No quería decirlo. Quería dejarla ir. —Yo puedo ayudarte.

La mirada de ella se clavó en la suya en el espejo, cautelosa como si estuviera evaluando a un oponente. *Yo puedo ayudarte*. Eran las primeras palabras que ella le había dicho, de pie en el salón de la Colección, envuelta en seda púrpura, con los ojos maquillados de kohl. Ella lo había ayudado. Y ella casi lo había destruido. Tal vez debería dejar que terminara el trabajo.

Kaz podía oír el goteo del grifo, el agua golpeando el lavabo en un ritmo desigual. No estaba seguro de lo que quería que ella dijera. *Dile que se vaya*, exigió una voz dentro de él. *Ruégale que se quede*.

Pero Inej no dijo nada. En su lugar, recogió las vendas y las tijeras del tocador y las colocó junto al lavabo. A continuación, colocó las palmas de las manos sobre la encimera y sin esfuerzo se impulsó para sentarse en ella.



Ahora estaban ojo a ojo. Él dio un paso más y luego se quedó allí, incapaz de moverse. No podía hacer esto. La distancia entre ellos parecía nada. Se sentía como kilómetros.

Ella alcanzó las tijeras, con elegancia como siempre, una chica bajo el agua, y se las ofreció a él con la empuñadura por delante. Estaban frías en su mano; el metal era sereno y tranquilizador. Entró en el espacio enmarcado por las rodillas de ella.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó ella. El vapor del lavabo había rizado los mechones de pelo que rodeaban su rostro.

¿Iba él a hacer esto?

Asintió con la cabeza a su antebrazo derecho, sin confiar en sí mismo para hablar. Sus guantes yacían al otro lado del lavabo, negros contra el mármol veteado de oro. Parecían animales muertos.

Se centró en las tijeras, metal frío en sus manos, nada parecido a la piel. No podía hacer esto si sus manos temblaban.

Puedo superar esto, se dijo. No era diferente de apuntar con un arma a alguien. La violencia era fácil.

Deslizó cuidadosamente la hoja bajo el vendaje de su brazo. La toalla era más gruesa que la gasa, pero las tijeras eran afiladas. Un tirón y el vendaje cayó, revelando una profunda herida de punción. Echó la tela a un lado.

Cogió una tira de toalla limpia y se quedó allí, preparándose.

Levantó el brazo. Cautelosamente, rodeó su antebrazo con el pedazo limpio de tela. Sus nudillos rozaron la piel de ella y un relámpago se abrió paso a través de él, lo dejó paralizado, enraizado en la tierra.

Su corazón no debería estar haciendo ese sonido. Tal vez nunca llegaría al Tablón. Tal vez esto lo mataría. Deseó que sus manos se movieran, anudó la venda una vez, dos veces. Estaba hecho.



Kaz respiró hondo. Sabía que debía reemplazar la venda en su hombro, pero no estaba preparado para eso, así que asintió hacia el brazo izquierdo. El vendaje estaba perfectamente limpio y seguro, pero ella no lo interrogó, solo ofreció su antebrazo.

Esta vez fue un poco más fácil. Se movió lentamente, metódicamente, las tijeras, el vendaje, como meditando. Pero entonces la tarea estuvo completa.

No dijeron nada, atrapados en un remolino de silencio, sin tocarse, las rodillas de ella a cada lado de él. Los ojos de Inej eran profundos y oscuros, planetas perdidos, lunas negras.

La venda en su hombro había sido doblada bajo su brazo dos veces y atada cerca de la axila. Se inclinó ligeramente, pero el ángulo era incómodo. No podía simplemente calzar las tijeras debajo de la toalla. Tendría que levantar el borde de la tela.

No. La habitación era demasiado luminosa. Su pecho parecía un puño cerrado.
Detén esto.

Apretó dos dedos. Los deslizó debajo del vendaje.

Todo en él retrocedió. El agua estaba fría contra sus piernas. Su cuerpo se había quedado entumecido y, sin embargo, todavía podía sentir la humedad de la carne putrefacta de su hermano bajo sus manos. *Es la vergüenza la que devora completos a los hombres..* Se estaba ahogando en ella. Ahogándose en el puerto de Ketterdam. Tenía los ojos borrosos.

—No es fácil para mí tampoco —la voz de ella, baja y firme, la voz que alguna vez lo había traído de vuelta del infierno—. Incluso ahora, un chico me sonríe en la calle, o Jesper me pasa el brazo alrededor de la cintura, y siento que voy a desaparecer. —La habitación se inclinó. Se aferró a la vibración de su voz—. Vivo con miedo de ver a uno de sus... uno *de mis...* clientes en la calle. Durante mucho tiempo, pensé reconocerlos en todas partes. Pero a veces pienso que lo que ellos me hicieron no fue lo peor.

La visión de Kaz volvió a enfocarse. El agua retrocedió. Estaba de pie en el cuarto de baño de un hotel. Sus dedos estaban presionados contra el hombro de Inej. Podía



sentir los músculos finos debajo de su piel. Un pulso le golpeaba furiosamente la garganta, en el suave hueco justo debajo de su mandíbula. Se dio cuenta que ella había cerrado los ojos. Sus pestañas eran negras contra sus mejillas. Como si en respuesta al temblor de él, ella se hubiera quedado aún más quieta. Debía decir algo, pero su boca no podía pronunciar palabras.

—Tante Heleen no siempre era cruel —continuó Inej—. Ella te abrazaba, te acercaba, luego te pellizcaba tan fuerte, que rompía la piel. Nunca se sabía si venía un beso o una bofetada. Un día eras su mejor chica y al día siguiente te llevaba a su oficina y te decía que te iba a vender a un grupo de hombres que había conocido en la calle. Ella te hacía suplicarle que se quedara contigo. —Inej soltó un suave sonido que era casi una risa—. La primera vez que Nina me abrazó, me estremecí. —Sus ojos se abrieron. Ella se encontró con su mirada. Podía oír el goteo del grifo, ver el rizo de su trenza sobre su hombro donde se había soltado del recogido—. Continúa —dijo en voz baja, como si le estuviera pidiendo que continuara una historia.

No estaba seguro de poder hacerlo. Pero si ella podía pronunciar esas palabras en el eco de esta sala, él bien podría intentarlo.

Cuidadosamente, él levantó las tijeras. Levantó el vendaje, creando una brecha, sintiendo arrepentimiento y liberación cuando rompió el contacto con su piel. Cortó el vendaje. Podía sentir el calor de ella en sus dedos como la fiebre.

El vendaje arruinado cayó.

Tomó otra larga tira de toalla en su mano derecha. Tenía que inclinarse para rodearlo detrás de ella. Estaba tan cerca ahora. Su mente absorbió la caracola de su oído, el cabello recogido detrás, ese rápido pulso revoloteando en su garganta. Viva, viva, viva.

Tampoco es fácil para mí.

Volvió a enrollar el vendaje. Los toques más pequeños. Inevitable. Hombro, clavícula, una vez su rodilla. El agua se elevó a su alrededor.



Aseguró el nudo. *Da un paso atrás.* No retrocedió. Se quedó allí, oyendo su propia respiración, la de ella, el ritmo de ellos solos en esta habitación.

El mareo estaba allí, la necesidad de correr, también la necesidad de algo más. Kaz pensó que conocía el lenguaje del dolor íntimamente, pero este dolor era nuevo. Le dolía estar aquí así, tan cerca del círculo de sus brazos. *Tampoco es fácil para mí.* Después de todo lo que había soportado, él era el débil. Pero ella nunca sabría lo que era para él ver a Nina abrazarla, ver a Jesper pasando su brazo por el de ella, lo que era estar en las puertas y contra las paredes y saber que nunca podría acercarse más. *Pero ahora estoy aquí,* pensó salvajemente. Él la había cargado, luchado junto a ella, pasó noches enteras junto a ella, ambos boca abajo, mirando a través de un telescopio, observando algún almacén o alguna mansión de merca. Esto no era nada como eso. Estaba mareado y asustado, su cuerpo manchado de sudor, pero estaba aquí. Observó ese pulso, la evidencia de su corazón, igualando cada uno de los latidos ansiosos de él. Vio la húmeda curva de su cuello, el brillo de su piel morena. Quería... quería.

Antes de que supiera lo que quería, bajó la cabeza. Ella respiró hondo. Sus labios flotaron justo encima de la coyuntura caliente entre el hombro y la columna del cuello de ella. Él esperó. *Dime que me detenga. Empújame lejos.*

Ella exhaló. —Sigue —repitió. Termina la historia.

El más mínimo movimiento y sus labios rozaron la piel cálida de ella, suave, perlada de sudor. El deseo lo recorrió, miles de imágenes que había acumulado, apenas dejándose fantasear... la caída de su cabello oscuro liberado de su trenza, su mano ajustada a la curva de su cintura, sus labios entreabiertos, susurrando su nombre.

Todo estaba allí y luego desapareció. Se estaba ahogando en el puerto. Las extremidades de ella eran las extremidades de un cadáver. Sus ojos estaban muertos y tenían la mirada fija. El disgusto y el anhelo se agitaron en sus entrañas.

Retrocedió y el dolor le atravesó la pierna. Su boca estaba en llamas. La habitación se balanceó. Se apoyó contra la pared, tratando de respirar. Inej estaba en pie, moviéndose hacia él, su rostro preocupado. Él levantó una mano para detenerla.



—No lo hagas.

Ella se quedó parada en el centro del suelo de baldosas, enmarcada por blanco y oro, como un ícono dorado. —¿Qué te sucedió, Kaz?, ¿Qué le pasó a tu hermano?

—No importa.

—Dime. Por favor.

Dile, dijo una voz dentro de él. *Dile todo*. Pero no sabía cómo ni por dónde empezar. ¿Y por qué debería hacerlo?, ¿Para que ella pudiera encontrar una forma de absolverlo de sus crímenes? No quería su compasión. No necesitaba explicarse, solo necesitaba encontrar una forma de dejarla ir.

—¿Quieres saber lo que Pekka me hizo? —Su voz fue un gruñido que resonó en los azulejos. —¿Que te diga sobre lo que hice cuando encontré a la mujer que fingió ser su esposa, la chica que fingió ser su hija?, ¿O qué te diga sobre lo que le pasó al chico que nos atrajo en esa primera noche con sus perros mecánicos de juguete? Esa es buena. Su nombre era Filip. Lo encontré administrando un juego de monte en *Kelstraat*. Lo torturé durante dos días y lo dejé desangrándose en un callejón, con la llave de un perro de cuerda clavada en su garganta. —Kaz vio a Inej estremecerse. Ignoró el pinchazo en su corazón.

—Así es —continuó—. Los empleados del banco que entregaron nuestra información. El abogado falso. El hombre que me dio chocolate caliente gratis en la falsa oficina de Hertzoon. Los destruí a todos, uno por uno, ladrillo por ladrillo. Y Rollins será el último. Estas cosas no se lavan con la oración, Espectro. No hay paz esperando por mí, ni perdón, ni en esta vida, ni en la próxima.

Inej sacudió la cabeza. ¿Cómo podía seguir mirándolo con bondad en los ojos?
—No pides perdón, Kaz. Lo ganas.

—¿Eso es lo que piensas hacer?, ¿Al cazar esclavistas?

—Al cazar esclavistas. Al arrancar de raíz a los comerciantes y los jefes del Barril que se aprovechan de ellos. Al ser algo más que solo el próximo Pekka Rollins.



Era imposible. No había nada más. Podía ver la verdad incluso aunque ella no pudiera. Inej era más fuerte que nunca. Ella había mantenido su fe, su bondad, incluso cuando el mundo trató de quitárselas con manos codiciosas.

Sus ojos escudriñaron el rostro de ella como siempre lo habían hecho, estrechamente, con avidez, arrebatoando los detalles de ella como el ladrón que era: el conjunto de sus cejas oscuras, el rico marrón de sus ojos, la inclinación hacia arriba de sus labios. Él no merecía la paz y no merecía el perdón, pero si él iba a morir hoy, quizás lo único que había ganado era el recuerdo de ella, más brillante que cualquier cosa que él tuviera derecho a llevarse al otro lado.

Kaz pasó por delante de Inej, cogió los guantes desechados de encima del lavabo y se los puso. Se metió en su abrigo, se arregló la corbata en el espejo, se metió el bastón bajo el brazo. Bien podría ir a encontrar su muerte con estilo.

Cuando se volvió hacia ella, estaba listo. —Pase lo que pase, sobrevive a esta ciudad. Consigue tu barco, ten tu venganza, talla tu nombre en sus huesos. Pero sobrevive a este lío en el que nos he metido.

—No hagas esto —dijo Inej.

—Si no lo hago, todo habrá terminado. No hay salida. No hay recompensa. No queda nada.

—Nada —repitió ella.

—Encuentra los indicios de Dunyasha.

—¿Qué?

—Un luchador siempre tiene un movimiento involuntario, un patrón, una señal de una lesión antigua, un hombro caído cuando están a punto de lanzar un puñetazo.

—Yo también tengo uno?

—Tu elevas los hombros antes de comenzar un movimiento como si estuvieras a punto de actuar, como si estuvieras esperando la atención de la audiencia.



Ella pareció un poco ofendida por eso. —¿Y cuál es el tuyo?

Kaz pensó en el momento en Vellgeluk que casi le había costado todo.

—Soy un lisiado. Ese es mi indicio. Nadie es lo suficientemente inteligente para buscar los demás.

—No vayas al Tablón, Kaz. Busquemos otro camino.

—Apártate, Espectro.

—Kaz...

—Si alguna vez te importe algo, no me sigas.

Pasó por delante de ella y salió de la habitación. No podía pensar en lo que podría ser, en lo que había que perder. E Inej estaba equivocada acerca de una cosa. Sabía exactamente lo que tenía intención de dejar atrás cuando hubiera muerto.

Daño.





Traducido por Azhreik

Ella lo siguió de todas formas.

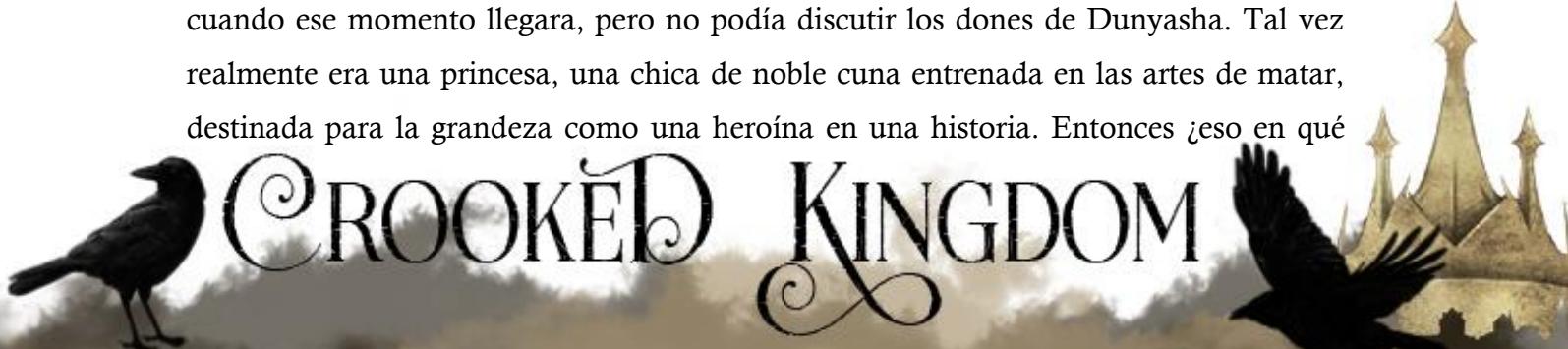
Si alguna vez te importé algo.

Inej literalmente bufó mientras saltaba sobre una chimenea. Era ofensivo. Ella había tenido numerosas oportunidades para liberarse de Kaz, y nunca las había tomado.

Así que él no era apto para una vida normal. ¿Ella estaba destinada a encontrar un esposo de corazón amable, tener sus hijos, luego afilar sus cuchillos después que ellos se hubieran ido a dormir? ¿Cómo explicaría las pesadillas que aún tenía de la Colección? ¿O la sangre en sus manos?

Podía sentir la presión de los dedos de Kaz contra su piel, sentir el roce de ave de su boca contra su cuello, ver sus ojos dilatados. Dos de las personas más mortíferas que el Barril poseía y apenas podían tocarse entre sí sin que ambos desfallecieran. Pero lo habían intentado. Él lo había intentado. Tal vez podrían intentarlo de nuevo. Un deseo tonto, la esperanza sentimental de una chica a la que no le habían robado las primeras veces de su vida, quien no había sentido nunca el azote de Tante Heleen, quien no estaba cubierta de heridas y era buscada por la ley. Kaz se habría reído ante su optimismo.

Pensó en Dunyasha, su sombra. ¿Qué sueños tenía ella? ¿Un trono, como había sugerido Matthias? ¿Otra muerte ofrecida a su dios? Inej no tenía dudas de que volvería a encontrarse con la chica de marfil y ámbar. Deseaba creer queemergería victoriosa cuando ese momento llegara, pero no podía discutir los dones de Dunyasha. Tal vez realmente era una princesa, una chica de noble cuna entrenada en las artes de matar, destinada para la grandeza como una heroína en una historia. Entonces ¿eso en qué



convertía a Inej? ¿Un obstáculo en su camino? ¿Tributo en el altar de la muerte? *Un manchón de acróbata suli que lucha como una matona callejera corriente.* O tal vez sus Santos habían traído a Dunyasha a estas calles. *¿Quién se acordará de una chica como usted, señorita Ghafa?* Tal vez esta era la forma en que Inej rendiría cuentas por las vidas que había tomado.

Tal vez. Pero aún no. Aún tenía deudas que pagar.

Inej siseó mientras se deslizaba por una tubería, sintiendo que el vendaje alrededor de su muslo se liberaba. Iba a dejar un rastro de sangre sobre el horizonte.

Se estaban acercando al Tablón, pero se mantuvo en las sombras y se aseguró que hubiera una buena distancia entre ella y Kaz. Él tenía una forma de percibir su presencia cuando nadie más podía. Él se detenía frecuentemente, inconsciente de que estaba siendo observado. Su pierna le estaba molestando más de lo que había dejado traslucir. Pero ella no interferiría en el Tablón. Podía seguir sus deseos en eso, al menos, porque él tenía razón: En el Barril, la fuerza era la única moneda que importaba. Si Kaz no enfrentaba este desafío solo, podía perder todo... no solo la oportunidad de reunir apoyo de los Indeseables, sino cualquier oportunidad que tuviera alguna vez de caminar libremente por el Barril de nuevo. Ella frecuentemente había deseado quitarle un poco de su arrogancia, pero no podía soportar la idea de ver a Kaz despojado de su orgullo.

Él esquivó sobre los tejados de *Groenstraat*, siguiendo la ruta que habían trazado juntos, y pronto, la parte trasera del Tablón apareció a la vista: estrecha, inclinándose de lado contra sus vecinas, sus tejas negras de hollín.

¿Cuántas veces ella se había aproximado al Tablón desde este ángulo? Para ella, era el camino a casa. Distinguió la ventana de Kaz en el piso superior. Ella había pasado incontables horas sentada en ese descansillo, alimentando a los cuervos que se reunían allí, escuchándolo a él planificar. Debajo, ligeramente a la izquierda, distinguió la franja de ventana que pertenecía a su propio dormitorio diminuto. La impactó que, ya sea que la subasta tuviera éxito o fallara, esta podría ser la última vez que regresaba al Tablón. Tal vez nunca volvería a ver a Kaz sentado ante su escritorio o escucharía el golpeteo de



su bastón subiendo por los escalones desvencijados del Tablón, dejándole saber por su ritmo si había sido una noche mala o buena.

Lo observó bajar torpemente por el borde del tejado y abrir la cerradura de su propia ventana. Una vez que estuvo fuera de vista, ella continuó sobre el ángulo inclinado de las tejas hasta el otro lado del Tablón. No podía seguir el camino por el que él había ido sin delatarse.

En la fachada de la casa, justo debajo de la línea del tejado, encontró el viejo gancho de metal utilizado para levantar cargamento pesado. Lo sujetó, ignorando el gorjeo descontento de palomas asustadas, y abrió ligeramente la ventana con el pie, arrugando la nariz ante la peste de los desechos de ave. Se deslizó en el interior, moviéndose por las vigas del tejado, y encontró un lugar entre las sombras. Entonces esperó, insegura de qué hacer a continuación. Si alguien miraba hacia arriba, podrían verla allí, remetida en la esquina como la araña que era, ¿pero por qué alguien pensaría en hacerlo?

Deabajo, la entrada estaba alborotada con actividad. Aparentemente el humor festivo del desfile de esa mañana había empapado el día. La gente entraba y salía por la puerta, gritándose unos a otros, riendo y cantando. Unos cuantos Indeseables estaban sentados sobre la rechinante escalera de madera, pasándose una botella de whisky de aquí para allá. Seeger (uno de los rufianes favoritos de Per Haskell) seguía soplando las mismas tres notas en un silbato de hojalata con toda intensidad. Un grupo de revoltosos entró por la puerta y trastabilló en la entrada, cacareando y gritando como tontos, dando pisotones, chocando unos con otros como un cardumen de tiburones hambrientos.

Cargaban mangos de flecha tachonados con clavos oxidados, garrotes, cuchillos y armas, y algunos de ellos habían pintado negras alas de cuervo sobre sus ojos salvajes. Detrás de ellos, Inej vio a unos pocos Indeseables que no parecían compartir la emoción: Anika con su mata de cabello amarillo, el enjuto Roeder que Per Haskell había sugerido a Kaz que utilizara como su araña, los matones más grandes Keeg y Pim. Estaban recargados contra la pared, intercambiando miradas infelices mientras los otros vitoreaban y adoptaban poses. *Ellos son la mejor esperanza de apoyo de Kaz*, pensó. Los



miembros más jóvenes de los Indeseables, los niños que Kaz había traído y organizado, los que habían trabajado con mayor ahínco y aceptaban los peores trabajos porque eran los más nuevos.

¿Pero exactamente qué tenía Kaz en mente? ¿Había entrado en su oficina por una razón o sencillamente porque era el punto de acceso más fácil desde el tejado? ¿Tenía la intención de hablar a solas con Per Haskell? La totalidad de la escalera estaba expuesta a la entrada. Kaz no podía siquiera bajar sin atraer la atención de todos, a menos que planeara hacerlo disfrazado. Y el cómo recorrería las escaleras con su pierna mala, sin que nadie reconociera su andar, estaba más allá de su imaginación.

Un vítor se elevó de la gente reunida abajo. Per Haskell había emergido de su oficina, una cabeza gris moviéndose a través de la multitud. Estaba vestido con mucho brillo para las festividades de hoy: chaleco escarlata y plateado a cuadros, pantalones de pata de gallo, desempeñándose como el señor de los Indeseables, la pandilla que Kaz había construido prácticamente de la nada. Con una mano, estaba agitando el sombrero emplumado que favorecía tanto, y en la otra, cargaba un bastón. Alguien había asegurado un cuervo caricaturizado de papel mache encima. Eso la enfermó. Kaz había sido más que un hijo para Haskell. Un hijo taimado, despiadado, mortífero, pero, aun así.

—¿Crees que lo atraparemos esta noche, anciano? —preguntó Bastian, golpeteando un garrote de aspecto desagradable contra su pierna.

Haskell levantó el bastón como un cetro. —¡Si alguien va a conseguir esa recompensa, es uno de mis muchachos! ¡No es cierto!

Vitorearon.

—Anciano.

La cabeza de Inej giró bruscamente cuando la ronquera de Kaz cortó entre el ruido de la multitud, silenciando la charla revoltosa. Cada par de ojos se giró hacia arriba.



Él estaba parado en la cima de las escaleras, mirando desde arriba cuatro pisos de madera desvencijada. Ella se dio cuenta que él se había detenido a cambiarse el abrigo y se le ceñía en líneas perfectamente a medida. Estaba reclinado sobre su bastón, el cabello recogido ordenadamente de su frente pálida, un chico de cristal negro de bordes mortíferos.

La expresión de sorpresa en la cara de Haskell era casi cómica. Entonces empezó a reírse. —Bueno, yo seré un hijo de perra, Brekker. Tú tienes que ser el bastardo más loco que haya conocido.

—Lo tomaré como un cumplido.

—No deberías haber venido aquí... a menos que sea para entregarte como el muchacho listo que sé que eres.

—Estoy harto de hacer dinero para ti.

La cara de Per Haskell se arrugó de ira. —¡Pequeño ignorante granuja! —rugió— . Entrando aquí como un merca en su mansión.

—Tú siempre estabas actuando como si fueras mejor que nosotros, Brekker — gritó Seeger, aun sosteniendo el silbato de hojalata, y algunos de los otros Indeseables asintieron. Per Haskell aplaudió, animando.

Y era verdad. Kaz siempre se había mantenido aparte de todos. Ellos habían deseado camaradería, amistad, pero él nunca había accedido a jugar su juego, solo el propio. Tal vez esta hora de la verdad era inevitable. Inej sabía que Kaz no había tenido la intención de permanecer como el lugarteniente de Per Haskell para siempre. Su triunfo en la Corte de Hielo debería haberlo convertido en rey del Barril, pero Van Eck lo había despojado de eso. Los Indeseables no conocían las cosas extraordinarias que él había logrado en las últimas semanas, el premio que había arrancado de los fjerdanos, o el botín que aún podía estar a su alcance. Él los enfrentó solo, un chico con pocos aliados, un desconocido para la mayoría de ellos, a pesar de su reputación brutal.

—¡No tienes amigos aquí! —gritó Bastian.



Junto a la pared, Anika y los otros se sobresaltaron. Pim sacudió su cabeza grefiada y cruzó los brazos.

Kaz elevó un hombro en el encogimiento más breve. —No vine buscando amigos. Y no estoy aquí por los parásitos gastados y cobardes, o los perdedores que piensan que el Barril les debe algo por conseguir permanecer con vida. Vine por los asesinos. Los duros. Los hambrientos. La gente como yo. Esta es mi pandilla —dijo Kaz, bajando las escaleras, con el bastón golpeteando contra los tablones—, y estoy harto de recibir órdenes.

—¡Vayan a conseguir su recompensa, muchachos! —gritó Haskell. Hubo una breve pausa, y durante un momento, Inej esperó que nadie escuchara, que sencillamente se amotinaran contra Haskell. Entonces se abrieron las compuertas. Bastian y Seeger fueron los primeros en subir corriendo las escaleras, ansiosos por tener su oportunidad con Manos Sucias.

Pero Seeger era lento por el whisky, y para cuando alcanzaron a Kaz en el tercer rellano de escaleras, ya no tenían aliento. El bastón de Kaz azotó en dos arcos tajantes, destrozando los huesos de los brazos de Seeger. En lugar de enfrentarse a Bastian, se deslizó a su lado, imposiblemente rápido a pesar de su pierna mala. Antes que Bastian pudiera girarse, Kaz encajó el bastón en el espacio suave entre el muslo y rodilla de Bastian, que se derrumbó con un grito estrangulado.

Otro de los lacayos de Haskell ya estaba apresurándose para encontrarlo... un matón llamado Tetera, por la forma en que silbaba por la nariz cuando respiraba. Un golpe del bate de Tetera rozó el hombro de Kaz mientras se giraba a la izquierda. Él agitó el bastón y golpeó al matón directamente en la mandíbula con todo el peso de la cabeza de cuervo. Inej vio lo que tenían que ser dientes volando de la boca de Tetera.

Kaz aún estaba en terreno ventajoso, pero estaba superado en número, y ahora venían en oleadas. Varian y Swann corrieron por el descansillo del tercer piso, Felix Rojo pisándoles los talones, Milo y Gorka muy de cerca.



Inej apretó los labios cuando Kaz recibió un golpe en su pierna mala, se tambaleó, y apenas se enderezó a tiempo para esquivar un golpe de la cadena de Varian. Azotó el barandal a centímetros de la cabeza de Kaz, enviando a volar astillas de madera. Kaz sujetó la cadena y utilizó la inercia de Varian para mandarlo volando sobre la barandilla rota. La multitud se echó para atrás cuando golpeó el piso de entrada.

Swann y Felix Rojo vinieron hacia Kaz desde ambos lados. Felix Rojo sujetó el abrigo de Kaz, jalándolo hacia atrás. Kaz se liberó como un mago escapando de una camisa de fuerza en un espectáculo de la Duela Este.

Swann agitó su hacha de picos salvajemente, y Kaz azotó la cabeza de su bastón contra el costado de la cara de Swann. Incluso desde la distancia, Inej vio su pómulo colapsar en un cráter sangriento.

Felix Rojo extrajo una piedra de su bolsillo y golpeó con fuerza la mano derecha de Kaz. El golpe fue torpe, pero el bastón de Kaz cayó al piso, rodando por las escaleras. Beatle, delgado como un hurón y con la cara de uno, se precipitó por los escalones y lo aferró, arrojándose a Per Haskell mientras sus lacayos daban un vítor. Kaz plantó las manos a ambos lados de la barandilla y azotó sus botas contra el pecho de Felix Rojo, haciendo que trastabillara hacia atrás por las escaleras.

El bastón de Kaz había desaparecido. Él extendió sus manos enguantadas. De nuevo Inej pensó en un mago. *Nada en mis mangas.*

Tres Indeseables más saltaron más allá de Felix Rojo y convergieron contra él: Milo, Gorka, flacucho Beatle con su extraña cara pequeña y cabello grasoso. Inej se atrevió a parpadear y Milo tenía a Kaz contra la pared, mandando una lluvia de golpes contra sus costillas y cara. Kaz echó atrás la cabeza y golpeó la frente con la de Milo con un crujido repugnante. Milo dio un paso atontado, y Kaz presionó la ventaja.

Pero había demasiados y Kaz ahora estaba luchando solo con los puños, la sangre derramándose por un costado de su cara, el labio partido, el ojo izquierdo cerrándose de la hinchazón. Sus movimientos estaban volviéndose lentos.



Gorka enganchó un brazo alrededor de la garganta de Kaz. Kaz encajó un codo al estómago de Gorka y se liberó. Se lanzó hacia delante, y Beatle le sujetó por el hombro, azotando su garrote contra el estómago de Kaz. Kaz se dobló, escupiendo sangre. Gorka golpeó el costado de la cabeza de Kaz con un grueso eslabón de cadena. Inej vio que los ojos de Kaz se ponían en blanco. Se tambaleó. Y luego estaba sobre el piso. La multitud en la entrada rugió.

Inej se estaba moviendo antes de pensarlo. No podía sencillamente observarlo morir, no lo haría. Ahora lo tenían tirado, botas pesadas golpeaban y pisoteaban su cuerpo. Los cuchillos de ella estaban en sus manos. Los mataría a todos. Apilaría los cuerpos hasta las vigas para que la *vigilancia* los encontrara.

Pero, en ese momento, por entre las amplias tablas en el barandal del descansillo, vio que los ojos de él estaban abiertos. Su mirada encontró la de ella. Él había sabido todo el tiempo que ella estaba aquí. Por supuesto que sí. Él siempre sabía cómo encontrarla. Él dio la más escueta sacudida de su cabeza sangrienta.

Ella deseaba gritar. *Al diablo con tu orgullo, con los Indesables, con esta miserable ciudad al completo.*

Kaz intentó levantarse. Beatle lo derribó de nuevo de una patada. Ahora se estaban riendo. Gorka levantó la pierna, balanceando su gran bota sobre el cráneo de Kaz, actuando para la multitud. Inej vio a Pim girarse; Anika y Keeg estaban gritando a pleno pulmón que alguien los detuviera. Gorka bajó el pie... y gritó, un grito agudo, borbotante.

Kaz sostenía la bota de Gorka, y el pie de Gorka estaba retorcido a un lado en un feo ángulo. Saltaba sobre la otra pierna, intentando mantener el balance, ese chillido extraño y estridente balaba de su boca al ritmo de sus saltos. Milo y Beatle patearon a Kaz con fuerza en las costillas, pero Kaz no se inmutó. Con una fuerza que Inej no podía imaginar, Kaz movió hacia arriba la pierna de Gorka. El hombretón gritó cuando su rodilla se salió de la articulación. Cayó de lado, farfullando: —¡Mi pierna! ¡Mi pierna!

—Recomiendo un bastón —dijo Kaz.



Pero todo lo que Inej pudo ver fue el cuchillo en manos de Milo, largo y destellante. Lucía como la cosa más limpia de él.

—¡No lo mates, grasoso! —rugió Haskell, sin duda aun pensando en la recompensa.

Pero Milo aparentemente estaba más allá de escuchar. Levantó el cuchillo y lo clavó directamente hacia el pecho de Kaz. En el último segundo, Kaz rodó. El cuchillo se hundió en la duela con un golpe sordo. Milo sujetó el cuchillo para liberarlo, pero Kaz ya se estaba moviendo, e Inej vio que tenía dos clavos oxidados metidos entre los dedos como garras... de alguna forma los había arrancado de uno de los mangos de hacha. Disparó hacia arriba y enterró los clavos en la garganta de Milo, incrustándoseles en la tráquea. Milo hizo un silbido débil, ahogado, antes de caer.

Kaz utilizó la barandilla para ponerse en pie. Beatle levantó las manos, como olvidando que aún estaba en posesión de un garrote y Kaz estaba desarmado. Kaz sujetó un puñado del cabello de Beatle, tiró hacia atrás de su cabeza y la chocó contra la barandilla, el sonido fue como un disparo, el retroceso fue lo bastante brusco que la cabeza de Beatle rebotó de la madera como una pelota de goma. Se derrumbó en una pila de hurón.

Kaz se pasó una manga por la cara, esparciéndose sangre sobre la nariz y frente, y escupió. Ajustó sus guantes, miró a Per Haskell desde el descansillo del segundo piso, y sonrió. Tenía los ojos rojos y húmedos. La multitud era mucho mayor que cuando la pelea había comenzado. Giró los hombros. —¿Quién sigue? —preguntó, como si tal vez tuviera una cita en algún otro lado—. ¿Quién viene? —Inej no sabía cómo podía mantener la voz tan firme—. Esto es lo que hago todo el día. Lucho. ¿Cuándo fue la última vez que vieron a Per Haskell recibir un golpe? ¿Liderar un trabajo? Diablos, ¿cuándo fue la última vez que lo vieron fuera de la cama antes del mediodía?

—¿Crees que vamos a aplaudirte porque puedes recibir una paliza? —bufó Per Haskell—. No compensa los problemas que has ocasionado. Traer la ley al Barril, secuestrar al hijo de un mercader...



—Te dije que no tenía parte en eso —dijo Kaz.

—Pekka Rollins dice otra cosa.

—Es bueno saber que aceptas la palabra de un León del Centavo por encima de uno de los tuyos.

Un murmullo inquieto pasó entre la multitud debajo como un viento agitando las hojas. Tu pandilla era tu familia, el vínculo era tan fuerte como la sangre.

—Eres lo bastante desquiciado para enfrentarte a un merca, Brekker.

—Lo bastante desquiciado —concedió Kaz—, pero no lo bastante estúpido.

Ahora algunos de los Indeseadables estaban murmurando entre ellos, como si nunca hubieran considerado que Van Eck pudiera haber falsificado los cargos. Por supuesto que no. Van Eck era de alta alcurnia. ¿Por qué un mercader honesto fabricaría una acusación contra alguna rata de canal si no fuera cierta? Y después de todo, Kaz había llegado a los extremos para probar que era capaz de cualquier cosa.

—Fuiste visto en el *Goedmedbridge* con la esposa del mercader —insistió Per Haskell.

—Su esposa, no su hijo. Su esposa, quien está a salvo en casa, junto a su esposo ladrón, tejiendo botitas y hablando a sus aves. Piensa por un minuto, Haskell. ¿Qué posible utilidad podría tener yo para el mocoso de un merca?

—Chantage, rescate...

—Me enfrenté a Van Eck porque él se enfrentó a mí y ahora está utilizando a la guardia de la ciudad y a Pekka Rollins y a todos ustedes para igualar el marcador. Es así de simple.

—Yo no pedí este problema, chico. No pedí esto y no lo quiero.

—Quisiste cualquier otra cosa que he traído a tu puerta, Haskell. Aun estarías haciendo los mismos engaños de centavos y bebiendo whisky aguado si no fuera por mí.



Estas paredes se estarían cayendo alrededor de tu cabeza. Has aceptado cada trozo de dinero y suerte que te he tendido. Devoras los beneficios del Quinto Puerto y el Club Cuervo como si fuera tu deber, dejándome a mí hacer tus peleas y tu trabajo sucio. — Su mirada pasó lentamente sobre los Indeseables de abajo—. Todos ustedes se beneficiaron. Recogieron las ganancias. Pero a la primera oportunidad que tienen, están listos para quedar bien con Pekka Rollins por el placer de llevarme a la horca. —Otro susurro intranquilo de los mirones—. Pero no estoy enojado.

Tenía que haber veinte Indeseables mirando hacia Kaz, todos armados, y aun así Inej podría haber jurado que percibió su alivio. Entonces comprendió... la pelea era solo el acto de apertura. Ellos sabían que Kaz era rudo. No necesitaban que él lo probara. Esto se trataba de lo que Kaz necesitaba. De intentar un golpe de estado contra Per Haskell, habría tenido que buscar a los Indeseables individualmente, perdiendo tiempo y arriesgándose a la captura en las calles del Barril. Ahora tenía una audiencia, y Per Haskell había estado feliz de dar la bienvenida a todo eso... un poco de entretenimiento, el dramático fin de Kaz Brekker, la humillación de Manos Sucias. Pero esto no era comedia barata. Este era un rito de sangre, y Per Haskell había permitido que la congregación se reuniera, sin darse cuenta que el espectáculo real aún estaba por comenzar. Kaz estaba parado en su púlpito, herido, amoratado y listo para predicar.

—No estoy enojado —dijo Kaz de nuevo—. No por eso. ¿Pero saben qué me enoja? ¿Lo que realmente me enfurece? Ver a un cuervo aceptando órdenes de un León del Centavo. Verlos desfilar tras Pekka Rollins como si fuera algo de lo que estar orgulloso. Una de las pandillas más mortíferas del Barril doblándose como un montón de lirios frescos.

—Rollins tiene poder, chico —dijo Per Haskell—. Recursos. Regáñame cuando hayas estado por aquí unos cuantos años más. Es mi trabajo proteger a esta pandilla, y eso es lo que hice. Los mantuve a salvo de tu temeridad.

—¿Crees que estás *a salvo* porque le mostraste la panza a Pekka Rollins? ¿Crees que estará feliz de honrar esta tregua? ¿Qué no ansiara lo que tienes? ¿Te suena como Pekka Rollins?



—Con un demonio que no —dijo Anika.

—¿A quién quieren parado en ese umbral cuando al león le entre hambre? ¿Un cuervo? O un gallo desgastado que grazna y se pavonea, luego se alía con un León del Centavo y algún merca sucio contra uno de los suyos?

Desde arriba, Inej podía ver a la gente más cerca de Per Haskell ahora inclinándose ligeramente lejos de él. Unos cuantos le estaban lanzando largas miradas, a la pluma en su sombrero, a los cayados en sus manos... el bastón de Kaz que habían visto empuñado con semejante precisión sangrienta y el cuervo falso que Haskell había concebido para burlarse de él.

—En el Barril, no negociamos con «a salvo» —dijo Kaz, la desgastada quemazón de su voz voló sobre la multitud. —Solo hay fuerza y debilidad. No pides respeto. Te lo ganas. —*No pides perdón. Te lo ganas.* Él se había robado su frase. Ella casi sonrió—. No soy su amigo —dijo—. No soy su padre. No voy a ofrecerles whisky o palmeártelos en la espalda y llamarlos hijo. Pero mantendré dinero en nuestras arcas. Mantendré a nuestros enemigos lo bastante asustados que se escabullirán cuando vean ese tatuaje en su brazo. Así que *a* quién quieren en ese umbral cuando Pekka Rollins venga a tocar?

El silencio se extendió, un tictac alimentándose en el prospecto de violencia.

—¿Y bien? —barbotó Per Haskell, sacando el pecho—. Respóndanle. ¿Quieren a su líder legítimo o algún tullido venido a más que ni siquiera puede caminar derecho?

—Puede que no camine derecho —dijo Kaz—. Pero al menos no huyo de una pelea.

Empezó a bajar los escalones.

Varian se había levantado del suelo tras su caída. Aunque no lucía completamente estable sobre sus pies, se movió hacia las escaleras, e Inej tuvo que respetar su lealtad a Haskell.

Pim se apartó de la pared y bloqueó el camino de Varian. —Estás acabado —dijo.



—¡Ve por los hombres de Rollins! —ordenó Per Haskell a Varian—. ¡Eleva la alarma! —Pero Anika sacó un cuchillo largo y se paró enfrente de la puerta de entrada.

—¿Son Leones del Centavo? —preguntó—. ¿O son Indeseables?

Lentamente, con la cojera pronunciada pero la espalda recta, Kaz bajó el tramo final de escaleras, apoyándose pesadamente en la barandilla. Cuando alcanzó el piso inferior, la multitud restante se dividió.

La cara grisácea de Haskell estaba roja de miedo e indignación. —Nunca durarás, chico. Superar a Pekka Rollins requiere más de lo que tienes.

Kaz arrebató su bastón de mano de Per Haskell.

—Tienes dos minutos para salir de mi casa, anciano. El precio de esta ciudad es la sangre —dijo Kaz—. Y estoy feliz de pagar con la tuya.





Traducido por Azhreik

Jesper nunca había visto a Kaz tan ensangrentado y golpeado: nariz rota, labio partido, un ojo hinchado. Se estaba aferrando el costado en una forma que hizo pensar a Jesper que al menos tenía rota una costilla, y cuando tosió en un pañuelo, Jesper vio sangre en la tela blanca antes que Kaz lo metiera a su bolsillo. Su cojera era peor que nunca, pero aún estaba de pie, y Anika y Pim estaban con él. Aparentemente, habían dejado un equipo mínimo indispensable muy bien armado en el Tablón, en caso que Pekka se enterara del golpe de estado de Kaz y decidiera intentar hacer una apropiación de territorio.

—Por todos los santos —dijo Jesper—. ¿Supongo que fue bien?

—Más o menos lo bien que se esperaba.

Matthias sacudió la cabeza con algo entre admiración e incredulidad. —¿Cuántas vidas tienes, *demjin*?

—Una más, espero.

Kaz se había quitado el abrigo y consiguió arrancarse la camisa, reclinándose sobre el lavabo del baño.

—Por amor de los santos, permítenos ayudarte —dijo Nina.

Kaz sujetó el extremo de un vendaje con los dientes y arrancó un trozo. —No necesito su ayuda. Continúa trabajando con Colm.



—¿Cuál es su *problema*? —gruñó Nina mientras regresaban a la sala de estar para ensayar con Colm su historia de tapadera.

—El mismo que siempre ha tenido —dijo Jesper—. Es Kaz Brekker.

Poco más de una hora después, Inej se había deslizado en la habitación y tendido a Kaz una nota. Era muy entrada la tarde y las ventanas de la suite estaban encendidas de luz oro mantequilla.

—¿Vienen? —preguntó Nina.

Inej asintió. —Le di tu carta al guardia en la puerta, y eso lo consiguió. Me llevaron directamente con dos miembros del Triunvirato.

—¿Con quién te encontraste? —preguntó Kaz.

—Genya Safin y Zoya Nazyalensky.

Wylan se adelantó en el asiento. —¿La Confeccionista? ¿Ella está en la embajada?

Kaz elevó una ceja. —Que hecho tan interesante como para olvidarse mencionarlo, Nina.

—No era relevante en el momento.

—¡Por supuesto que es relevante! —dijo Wylan enojado. Jesper estaba un poco sorprendido. Al principio a Wylan no había parecido importarle lucir los rasgos de Kuwei. Casi había parecido dar la bienvenida a la distancia que le proporcionaba de su padre. Pero eso había sido antes que hubieran ido a Santa Hilde. Y antes que Jesper hubiera besado a Kuwei.

Nina hizo una ligera mueca. —Wylan, creí que ibas a ir a Ravka. Habrías podido conocer a Genya tan pronto estuviéramos en el bote.



—Todos sabemos dónde yacen las lealtades de Nina —dijo Kaz.

—No le dije al Triunvirato sobre Kuwei.

Una débil sonrisa tocó los labios de Kaz. —Como dije. —Se giró hacia Inej—. ¿Estableciste nuestros términos?

—Sí, estarán en los baños del hotel en una hora. Les dije que se aseguraran de que nadie los viera entrar.

—Esperemos que puedan manejarlo —dijo Kaz.

—Pueden dirigir un país —dijo Nina—. Pueden manejar unas cuantas instrucciones simples.

—¿Es seguro para ellas en las calles? —preguntó Wylan.

—Probablemente son los únicos Grisha seguros en Ketterdam —dijo Kaz—. Incluso si los shu están reuniendo las agallas para empezar a cazar de nuevo, no van a empezar con dos dignatarias ravkanas de alto cargo. Nina, ¿Genya tiene la habilidad para restaurar los rasgos de Wylan?

—No lo sé —dijo Nina—. La llaman la Primera Confeccionista, y ciertamente es la más dotada, pero sin *parem*... —No tenía que explicarlo. *Parem* era la única razón por la que Nina había sido capaz de conseguir la milagrosa transformación de Wylan en Kuwei. Aun así, Genya Safin era una leyenda. Cualquier cosa aún podría ser posible.

—Kaz —dijo Wylan, retorciendo la parte trasera de su camisa—. Si ella está dispuesta a intentarlo...

Kaz asintió. —Pero vas a tener que ser el doble de cuidadoso hasta la subasta. Tu padre no desea que aparezcas para echar por tierra el engaño que está ejecutando con el Consejo Mercante y la *vigilancia*. Sería más listo esperar...

—No —dijo Wylan—. Estoy harto de ser alguien más.



Kaz se encogió de hombros, pero Jesper tenía el presentimiento de que estaba consiguiendo exactamente lo que deseaba. Al menos en este caso, también era lo que Wylan deseaba.

—¿No habrá huéspedes del hotel en los baños? —preguntó Jesper.

—Hice que reservaran el lugar entero para el señor Rietveld —dijo Nina—. Es muy cohibido en desvestirse enfrente de otros.

Jesper gruñó. —Por favor no hables sobre mi padre quitándose la ropa.

—Son sus pies palmeados —dijo Nina—. Tan vergonzoso.

—Nina y Matthias se quedarán aquí —dijo Kaz.

—Yo debería estar allí —protestó Nina.

—¿Eres ravkana o un miembro de este equipo?

—Soy ambos.

—Exactamente. Esta conversación va a ser lo bastante truculenta sin ti y Matthias allí para embarrarlo todo.

Aunque dieron vueltas durante un rato, eventualmente Nina accedió a permanecer atrás si Inej iba en su lugar.

Pero Inej solo sacudió la cabeza. —Preferiría no.

—¿Por qué? —preguntó Nina—. Alguien necesita mantener la sensatez de Kaz.

—¿Y crees que yo puedo?

—Deberíamos intentarlo al menos.

—Te amo, Nina, pero el gobierno ravcano no ha tratado a los suli muy bien. No estoy interesada en intercambiar cortesías con sus líderes. —Jesper realmente nunca había considerado eso, y era claro por la expresión afectada de Nina que ella tampoco.



Inej le dio un fuerte abrazo—. Vamos —dijo—. Haremos que Colm nos ordene algo decadente.

—Esa es tu respuesta para todo.

—¿Te estás quejando? —preguntó Inej.

—Estoy enunciando una de las razones por las que te adoro.

Fueron a encontrar a Colm, enganchadas del brazo, pero Nina se mordisqueaba el labio inferior. Tenía que estar acostumbrada a que Matthias criticara su país, pero Jesper suponía que escocía más proveniente de Inej. Deseaba contarle a Nina que podías amar algo y aun así ver sus fallos. Al menos, esperaba que eso fuera verdad, o estaba realmente frito.

Mientras se dividían para prepararse para la reunión con los ravkanos, Jesper siguió a Wylan por el pasillo.

—Ey.

Wylan continuó andando.

Jesper lo sobrepasó al trote y se interpuso en su camino, caminando hacia atrás.
—Escucha, esto con Kuwei no existe. —Intentó de nuevo—. No hay nada con Kuwei.

—No me debes una explicación. Soy yo el que interrumpió.

—¡No, no lo hiciste! Kuwei estaba sentado ante el piano. Fue un error comprensible.

Wylan se detuvo bruscamente. —¿Creíste que era yo?

—¡Sí! —dijo Jesper—. ¿Ves? Solo un gran male...

Los ojos dorados de Wylan refulgieron. —¿Realmente no puedes diferenciarnos el uno del otro?

—Yo... quiero decir, usualmente puedo, pero...



—No somos nada parecidos —dijo Wylan indignado—. ¡Él ni siquiera es tan bueno en ciencia! La mitad de sus cuadernos están llenos de garabatos. Mayormente de ti. Y esos ni siquiera son buenos.

—¿En serio? ¿Garabatos de mí?

Wylan rodó los ojos. —Olvídalo. Puedes besar a quien quieras, Jesper.

—Y lo hago. Tan regularmente como es posible.

—Así que ¿cuál es el problema?

—Ningún problema, solo quería darte esto.

Colocó un diminuto lienzo oval en la mano de Wylan. —Lo tomé cuando estábamos en Santa Hilde. Pensé que podría ser útil si Genya va a intentar devolverte a tu antiguo ser de mercito.

Wylan miró el lienzo. —¿Mi madre pintó esto?

—Estaba en esa habitación llena de su arte.

Era pequeño, sin marco, adecuado solo para una miniatura: un retrato de Wylan de niño, alrededor de ocho años. Wylan curvó los dedos alrededor del borde de la pintura. —Es como ella me recuerda. Ella nunca me vio crecido. —Frunció el ceño—. Es tan antiguo. No sé si será de utilidad.

—Sigues siendo tú —dijo Jesper—. Mismos rizos. Misma arruguita entre las cejas.

—¿Y tomaste esto porque pensaste que podría ser de utilidad?

—Te lo dije, me gusta tu estúpida cara.

Wylan bajó la cabeza y deslizó el retrato en su bolsillo. —Gracias.

—Seguro. —Jesper vaciló—. Si te diriges a los baños, podría ir contigo. Si lo deseas.



Wylan asintió ansiosamente. —Me gustaría eso.

El nuevo humor boyante de Jesper duró todo el camino hasta el ascensor, pero cuando se unieron a Kaz y descendían al tercer piso del hotel, sus nervios empezaron a tintinear. Podrían estar entrando en una trampa, y Kaz no estaba exactamente en forma para pelear.

Alguna parte de Jesper esperaba que los ravkanos dijeran no a este plan desquiciado. Entonces Kaz sería obstaculizado, e incluso si todos terminaban en la Puerta del Infierno o colgando de la horca, su padre al menos tendría la oportunidad de escapar indemne. Colm había pasado horas con Nina y Kaz intentando aprender su rol, repasando diferentes escenarios, soportando sus preguntas interminables y pinchazos sin quejarse. Colm no era un actor, y mentía tan bien como Jesper bailaba ballet. Pero Nina estaría con él. Eso tenía que contar para algo.

El ascensor se abrió y entraron en otro vasto pasillo púrpura y blanco, luego siguieron el sonido de agua corriente a una habitación con una gran piscina circular en el centro, rodeada por una galería de arcadas. Entre ellas, Jesper podía ver más piscinas y cascadas, bovedillas y nichos, cada superficie sólida decorada en destellantes baldosas índigo. Ahora a *esto* Jesper podía acostumbrarse: piscinas de agua humeante, fuentes danzando y burbujeando como invitados en una fiesta, pilas de gruesas toallas y jabones de olor dulce. Un lugar como este pertenecía al Barril, donde podría ser apreciado apropiadamente, no a mitad del distrito financiero.

Les habían dicho que se reunirían con solo dos miembros del Triunvirato, pero había tres personas junto a la piscina. Jesper sabía que la chica tuerta con la *kefta* rojo y azul debía ser Genya Safin, y eso significaba que la chica asombrosamente preciosa con la gruesa cascada de cabello ébano era Zoya Nazyalensky. Estaban acompañadas por un hombre cara de zorro de veintitantes que vestía un abrigo verde azulado, con guantes de cuero café, y un impresionante par de revólveres zemeni colgados alrededor de sus caderas. Si esta gente era lo que Ravka tenía que ofrecer, tal vez Jesper *debía* considerar una visita.

—Dijimos que las Grisha vinieran solos —dijo Kaz.



—Me temo que eso no es posible —dijo el hombre—. Aunque Zoya es, por supuesto, una fuerza considerable, los extraordinarios dones de Genya son poco aptos para la confrontación física. Yo, por otro lado, soy muy apto para todas formas de confrontación, aunque estoy particularmente encariñado con la física.

Kaz entrecerró los ojos. —Sturmhond.

—¡Él me conoce! —dijo Sturmhond deleitado. Codeó a Genya—. Te dije que soy famoso.

Zoya soltó un resoplido exasperado. —Gracias. Ahora va a ser el doble de insufrible.

—Sturmhond ha sido autorizado a negociar de parte del trono ravkano —dijo Genya.

—¿Un pirata? —preguntó Jesper.

—Corsario —corrigió Sturmhond—. No puedes esperar que el rey participe en una subasta como esta en persona.

—¿Por qué no?

—Porque podría perder. Y luce muy mal cuando los reyes pierden.

Jesper no podía creer que estaba teniendo una conversación con *el* Sturmhond. El corsario era una leyenda. Había roto incontables bloqueos en favor de los ravkanos, y había rumores de que... —¿Realmente tienes una nave voladora? —barbotó Jesper.

—No.

—Oh.

—Tengo varias.

—Llévame contigo.



Kaz no parecía ni remotamente divertido. —¿El rey ravkano te permite negociar por él en cuestiones de estado? —preguntó escéptico.

—Ocasionalmente —dijo Sturmhond—. Especialmente si están involucrados personajes no tan agradables. Tiene una reputación, señor Brekker.

—Igual que tú.

—Muy justo. Así que digamos que ambos nos hemos ganado el derecho a tener nuestros nombres asociados a los peores círculos. El rey no arrastrará ciegamente a Ravka en una de tus estratagemas. La nota de Nina decía que tienes a Kuwei Yul-Bo en tu posesión. Quiero confirmación de ese hecho, y quiero los detalles de tu plan.

—Muy bien —dijo Kaz—. Vayamos a hablar en el solario. Preferiría no sudar mi traje. —Cuando el resto de ellos hicieron ademán de seguirlos, Kaz se detuvo abruptamente y miró sobre su hombro—. Solo yo y el corsario.

Zoya echó atrás su gloriosa melena negra y dijo: —Somos el Triunvirato. No acatamos órdenes de ratas callejeras de Kerch con dudosos cortes de pelo.

—Puedo formularlo como pregunta si hará que las plumas se te aplanen —dijo Kaz.

—Insolente...

—Zoya —dijo Sturmhond diplomáticamente—. No antagonicemos con nuestros nuevos amigos antes que hayan tenido siquiera la oportunidad de engañarnos. Lidere el camino, señor Brekker.

—Kaz —dijo Wylan—. ¿No puedes...?

—Negocia por ti mismo, mercito. Es tiempo de que aprendas cómo. —Se desvaneció con Sturmhond de vuelta a los corredores.

Cuando sus pisadas se desvanecieron, el silencio descendió. Wylan se aclaró la garganta y el sonido rebotó por la habitación de baldosas azules como un potrancos de primavera suelto en un corral. La cara de Genya estaba desconcertada.



Zoya cruzó los brazos. —¿Y bien?

—Señora... —intentó Wylan—. Señorita Genya...

Genya sonrió, sus cicatrices tironearon de la comisura de su boca. —Oh, él es dulce.

—Siempre te encariñas con los descarriados —dijo Zoya amargamente.

—Eres el chico que Nina confeccionó para lucir como Kuwei —dijo Genya—. ¿Y quieres que intente deshacer su trabajo?

—Sí —dijo Wylan, esa única palabra estaba imbuida con un mundo entero de esperanza—. Pero no tengo nada con lo que negociar.

Genya rodó su único ojo ámbar. —¿Por qué los kerch están tan enfocados en el dinero?

—Dice la mujer con un país en bancarrota —murmuró Jesper.

—¿Qué dijiste? —espetó Zoya.

—Nada —dijo Jesper—. Solo decía que Kerch es un país en bancarrota moral.

Zoya lo miró arriba y abajo como si estuviera considerando arrojarlo en una piscina y hervirlo vivo. —Si deseas desperdiciar tu tiempo y talento en estos desdichados, síntete libre de hacerlo. Los Santos saben que hay posibilidad de mejorar.

—Zoya...

—Voy a encontrar una habitación oscura con una piscina profunda e intentaré desprenderme de un poco de este país.

—No te ahogues —gritó Genya mientras Zoya se alejaba en contoneos, luego dijo conspiratoria—. Tal vez lo hará solo para llevarme la contraria. —Dirigió a Wylan una mirada evaluadora—. Será difícil. Si te hubiera conocido antes de los cambios...

—Toma —dijo Wylan ansioso—. Tengo un retrato. Es viejo, pero...



Ella tomó la miniatura.

—Y esto —dijo Wylan ofreciéndole el cartel que su padre había creado prometiendo una recompensa por su retorno seguro.

—Mmm —dijo—. Vayamos a encontrar una mejor luz.

Anduvieron por las instalaciones, asomando la cabeza en habitaciones llenas de baños de lodo y baños de leche, y una cámara caliente hecha enteramente de jade. Finalmente se quedaron en una habitación blanca fría con una tina de arcilla de olor extraño contra una pared, y ventanas a todo lo largo de la otra.

—Encuentren una silla —dijo Genya—. Y recojan mi botiquín del área principal de piscinas. Es pesado. Lo encontrarán cerca de las toallas.

—¿Trajiste tu botiquín? —dijo Wylan.

—La chica suli lo sugirió —dijo Genya, ahuyentándolos para que siguieran sus órdenes.

—Tan imperiosa como Zoya —gruñó Jesper mientras él y Wylan obedecían.

—¡Pero con mejor oído! —gritó ella tras ellos.

Jesper recuperó la caja cerca de la piscina principal. Estaba diseñada como un pequeño gabinete, sus puertas dobles cerradas con un elaborado broche dorado. Cuando regresaron a la habitación de arcilla, Genya hizo gestos a Wylan para que se sentara cerca de la ventana, donde la luz era mejor. Descansó sus dedos bajo la barbilla de él y le inclinó la cabeza a un lado y a otro.

Jesper bajó su botiquín. —¿Qué estás buscando? —preguntó.

—Las costuras.

—Costuras?



—Sin importar lo fino que sea el trabajo de un Confeccionista, si miras de cerca, puedes ver las costuras, el lugar donde una cosa termina y la otra inicia. Estoy buscando señales de la estructura original. El retrato ayuda.

—No sé por qué estoy tan nervioso —dijo Wylan.

—¿Porque ella podría arruinarlo y hacerte lucir como una comadreja con rizos?

Genya elevó una ceja del color de las llamas. —Tal vez un topillo.

—No es gracioso —dijo Wylan. Había apretado las manos con tanta fuerza sobre su regazo que sus nudillos se habían vuelto estrellas blancas.

—Muy bien —dijo Genya—. Puedo intentarlo, pero no hago promesas. El trabajo de Nina es casi perfecto. Afortunadamente, yo también.

Jesper sonrió. —Me recuerdas a ella.

—Creo que quieres decir que ella te recuerda a *mí*.

Genya se dispuso a desempacar su botiquín. Era mucho más elaborado que el que Jesper había visto utilizar a Nina. Había cápsulas de tinte, ollas de polvo de color, y filas de estuches de cristal llenos con lo que lucían como gel claro. —Son células —dijo Genya—. Para un trabajo como este, necesito trabajar con tejidos humanos.

—Para nada repugnante —dijo Jesper.

—Podría ser peor —dijo ella—. Una vez conocí a una mujer que se había frotado placenta de ballena en la cara con la esperanza de lucir más joven. Y no diré nada de lo que hizo con la saliva de mono.

—El tejido humano suena encantador —corrigió Jesper.

—Eso es lo que pensé.

Se subió las mangas, y Jesper vio que las cicatrices en su cara también recorrían sus manos y subían por sus brazos. No podía imaginar qué clase de arma había retorcido el tejido de esa forma.



—Estás mirando fijamente —dijo ella sin mirarlo.

Jesper saltó, con las mejillas calientes. —Lo siento.

—Está bien. A la gente le gusta mirar. Bueno, no siempre. Cuando me atacaron, nadie me miraba.

Jesper había oido que ella había sido torturada durante la guerra civil ravnkana, pero eso no era la clase de cosa sobre la que tenías una conversación educada. —Ahora no sé a dónde mirar —admitió.

—A cualquier lugar que gustes. Solo quédate en silencio para que no haga un desastre horroroso con este pobre chico. —Se rio ante la expresión de terror de Wylan—. Estoy bromeando. Pero sí quédate quieto. Esto es un trabajo lento, y necesitarás ser paciente.

Ella tenía razón. El trabajo era tan lento que Jesper no estaba seguro que algo estuviera sucediendo. Genya colocaba las puntas de los dedos debajo de los ojos de Wylan o sobre sus párpados, luego retrocedía y examinaba lo que había hecho... lo que, hasta donde Jesper podía ver, era nada. Entonces alcanzaba uno de los estuches de cristal o botella, untaba algo en sus yemas, tocaba la cara de Wylan de nuevo, retrocedía. La atención de Jesper vagó. Paseó alrededor de la habitación, enterró el dedo en la arcilla, se arrepintió, fue a buscar una toalla. Pero cuando miró a Wylan desde un poco más de distancia, pudo ver que algo había cambiado.

—¡Está funcionando! —exclamó.

Genya le lanzó una mirada fría. —Por supuesto que sí.

Periódicamente, la Confeccionista se detenía y estiraba y le daba a Wylan un espejo para que pudiera consultar lo que lucía bien o mal. Una hora después, los iris de Wylan habían ido del dorado al azul y la forma de sus ojos también había cambiado.

—Su frente debería ser más estrecha —dijo Jesper, asomándose sobre el hombro de Genya—. Solo un poquito. Y sus pestañas eran más largas.



—No sabía que estabas prestando atención —murmuró Wylan.

Jesper sonrió. —Estaba prestando atención.

—Oh, bien, se está sonrojando —dijo Genya—. Excelente para la circulación.

—¿Entrenan Fabricadores en el Pequeño Palacio? —preguntó Wylan.

Jesper frunció el ceño. ¿Por qué tenía que comenzar eso?

—Por supuesto. Hay una escuela en los terrenos del palacio.

—¿Qué tal si un estudiante fuera mayor? —dijo Wylan, aún presionando.

—A un Grisha puede enseñársele a cualquier edad —dijo Genya—. Alina Starkov no descubrió su poder hasta que tenía diecisiete años de edad, y ella.... Ella fue una de las Grisha más poderosas que ha vivido nunca. —Genya presionó la fosa nasal izquierda de Wylan—. Es más fácil cuando eres más joven, pero todo lo es. Los niños aprenden lenguajes más fácilmente. Aprenden matemáticas más fácilmente.

—Y no tienen miedo —dijo Wylan bajito—. Es otra gente la que les enseña sus límites. —Los ojos de Wylan encontraron los de Jesper por encima del hombro de Genya, y como si estuviera retando tanto a Jesper como a sí mismo, dijo—: Yo no puedo leer. —Su piel se manchó instantáneamente, pero su voz fue firme.

Genya se encogió de hombros y dijo: —Eso es porque nadie se tomó el tiempo de enseñarte. Muchos de los civiles de Ravka no pueden leer.

—Montones de personas se tomaron el tiempo para enseñarme. También intentaron montones de estrategias. He tenido cada oportunidad. Pero es algo que no puedo hacer.

Jesper podía ver la ansiedad en su cara, lo que le costaba decir esas palabras. Lo hizo sentir como un cobarde.

—Pareces estar arreglándotelas bastante bien —dijo Genya—. Aparte de tus asociaciones con matones callejeros y pistoleros.



Wylan elevó las cejas, y Jesper supo que lo estaba retando a hablar, pero él permaneció en silencio. *No es un don. Es una maldición.* Retrocedió a la ventana, de repente profundamente interesado en las calles de abajo. *Eso fue lo que mató a tu madre, ¿entiendes?*

Genya alternó entre trabajar y hacer que Wylan sostuviera el espejo para guiarla a través de modificaciones y cambios. Jesper observó durante un rato, fue al piso superior para ver a su padre, le consiguió a Genya algo de té y a Wylan una taza de café. Cuando regresó a la habitación de arcilla, casi dejó caer las tazas.

Wylan estaba sentado en lo último de la luz de la tarde, el Wylan real, el chico que había visto por primera vez en esa curtiduría, el príncipe perdido que había despertado en la historia equivocada.

—¿Y bien? —dijo Genya.

Wylan jugueteó nerviosamente con los botones de su camisa.

—Ese es él —dijo Jesper—. Ese es nuestro joven mercito fugitivo.

Genya se estiró y dijo: —Bien, porque si tuviera que pasar otro minuto oliendo esa arcilla, podría volverme loca. —Era claro que estaba cansada, pero su cara estaba resplandeciente, sus ojos ámbar chispeaban. Así era como lucían los Grisha cuando utilizaban su poder—. Sería mejor revisitar el trabajo de nuevo en la mañana, pero tengo que regresar a la embajada. Y para mañana, bueno... —Se encogió de hombros.

Para mañana la subasta sería anunciada y todo cambiaría.

Wylan le agradeció y luego continuó agradeciéndole hasta que ella los empujó físicamente por la puerta para que ella pudiera ir a encontrar a Zoya.

Jesper y Wylan tomaron el elevador de vuelta a la suite, en silencio. Jesper echó un vistazo al dormitorio principal y vio a su padre dormido sobre los cobertores, su pecho reverberaba con profundos ronquidos. Una pila de papeles estaba esparcida sobre la cama junto a él. Jesper los acomodó en un montón: precios de *jurda*, listados de hectáreas de tierra agrícola en las afueras de las ciudades en Novyi Zem.



No tienes que limpiar por nosotros, Pá.

Alguien tiene que hacerlo.

De vuelta en la sala de estar, Wylan estaba encendiendo las lámparas. —¿Estás hambriento?

—Estoy famélico —dijo Jesper—. Pero Pá está dormido. No estoy seguro que tengamos permitido pedir comida. —Inclinó la cabeza a un lado, escrutando a Wylan— . ¿Hiciste que ella te hiciera más apuesto?

Wylan se sonrosó. —Tal vez olvidaste lo atractivo que soy. —Jesper elevó una ceja—. Bien, tal vez un poco. —Se unió a Jesper junto a la ventana mirando sobre la ciudad. El anochecer estaba cayendo y las farolas de la calle habían florecido en formación ordenada a lo largo de los bordes de los canales. Patrullas de vigilancia eran visibles, moviéndose entre las calles, y las Duelas estaban encendidas de color y sonido de nuevo. ¿Durante cuánto tiempo estarían seguros aquí? Jesper se preguntaba si los Kherguud estaban rastreando a los Grisha a través de la ciudad, revisando las casas de sus contratos. Los soldados shu podrían estar rodeando la embajada incluso ahora. O tal vez este hotel. ¿Podían oler a un Grisha a quince pisos de altura?

Periódicamente, podían ver estallidos de fuegos sobre las Duelas. A Jesper no le sorprendía. Entendía el Barril. Siempre estaba hambriento por más: dinero, tumulto, violencia, lujuria. Era un glotón, y Pekka Rollins había ofrecido a Kaz y al resto del equipo como festín.

—Sé lo que estabas haciendo allá —dijo Jesper—. No tenías que contarle que no puedes leer.

Wylan tomó la miniatura de sí mismo de su bolsillo y lo enderezó en el extremo de la mesa. Los serios ojos azules del joven Wylan les devolvieron la mirada.

—¿Sabes que Kaz fue la primera persona a la que le conté de... mi condición?

—De entre toda la gente.



—Lo sé. Sentí como si me fuera a ahogar con las palabras. Tenía tanto miedo de que se burlara de mí. O que solo se riera. Pero no hizo nada de eso. Contarle a Kaz, enfrentando a mi padre, liberó algo en mí. Y cada vez que le cuento a alguien nuevo, me siento más libre.

Jesper observó un bote de remos desvanecerse debajo del *Zentsbridge*. Estaba casi vacío. —Yo no estoy avergonzado de ser un Grisha.

Wylan pasó el pulgar sobre el borde de la miniatura. No estaba diciendo nada, pero Jesper notaba que deseaba hacerlo.

—Adelante —dijo Jesper—. Lo que sea que estés pensando, solo dilo.

Wylan levantó la vista hacia él. Sus ojos eran del azul claro y puro que Jesper recordaba... un lago de alta montaña, un interminable cielo zemeni. Genya había hecho bien su trabajo. —Sencillamente no lo comprendo. Yo he pasado mi vida entera ocultando las cosas que no puedo hacer. ¿Por qué huir de las cosas increíbles que tú puedes hacer?

Jesper se encogió de hombros irritado. Él había estado enojado con su padre por casi exactamente lo que Wylan estaba describiendo, pero ahora solo se sentía a la defensiva. Estas eran sus elecciones, correctas o erróneas, y había pasado mucho desde que las había tomado. —Sé quién soy, en lo que soy bueno, lo que puedo hacer y lo que no. Yo solo... soy lo que soy. Un gran pistolero, un mal apostador. ¿Por qué eso no puede ser suficiente?

—¿Para mí? ¿O para ti?

—No te pongas filosófico conmigo, mercito.

—Jes, he pensado sobre esto...

—¿Has pensado en mí? ¿A altas horas de la noche? ¿Qué estaba usando yo?



—He pensado sobre tus *poderes* —dijo Wylan, con las mejillas sonrosándose de un tono más oscuro—. ¿Alguna vez se te ha ocurrido que tu habilidad de Grisha podría ser parte de la razón por la que eres tan buen tirador?

—Wylan, eres lindo, pero eres demasiado loco para un vaso tan pequeño.

—Tal vez. Pero te he visto manipular metal. Te he visto dirigirlo. ¿Qué tal si no fallas porque también estás dirigiendo tus balas?

Jesper sacudió la cabeza. Esto era ridículo. Era un buen tirador porque había sido criado en la frontera, porque entendía las armas, porque su madre le había enseñado a estabilizar su mano, aclarar su mente y sentir su blanco tanto como verlo. Su madre. Una Fabricadora. Una Grisha, incluso si ella nunca utilizó esa palabra. *No. Así no es cómo funciona.* Pero ¿qué tal si sí?

Se sacudió el pensamiento, sintiendo la necesidad de prender fuego sobre su piel.
—¿Por qué tienes que decir cosas como esas? ¿Por qué no sencillamente puedes dejar que las cosas sean fáciles?

—Porque *no* son fáciles —dijo Wylan en su forma sencilla y sincera. Nadie en el Barril hablaba así—. Sigues fingiendo que todo está bien. Avanzas a la siguiente pelea o la siguiente partida. ¿Qué temes que suceda si te detienes?

Jesper se encogió de hombros de nuevo. Ajustó los botones en su camisa, tocó los revólveres con los pulgares. Cuando se sentía así, enojado y disperso, era como si sus manos tuvieran vida propia. Su cuerpo entero cosquilleaba. Necesitaba salir de esta habitación.

Wylan posó la mano sobre el hombro de Jesper. —Détente.

Jesper no sabía si deseaba apartarse o acercarlo más.

—Solo détente —dijo Wylan—. Respira.

La mirada de Wylan era firme. Jesper no podía apartar la mirada de ese claro azul agua. Se forzó a quedarse quieto, inhaló, exhaló.



—De nuevo —dijo Wylan, y cuando Jesper abrió la boca para inhalar de nuevo, Wylan se inclinó hacia delante y lo besó.

La mente de Jesper se vació. No estaba pensando en lo que había sucedido antes o lo que podría suceder a continuación. Solo existía la realidad de la boca de Wylan, la presión de sus labios, luego los finos huesos de su cuello, el sedoso tacto de sus rizos cuando Jesper acunó su nuca y lo acercó más. Este era el beso que había estado esperando. Era un disparo. Era un fuego de pradera. Era el girar de la rueda de Makker. Jesper sintió el martilleo de su corazón... ¿o era el de Wylan? como una estampida en su pecho, y el único pensamiento en su cabeza fue un feliz y sorprendido, *Oh.*

Lenta, inevitablemente, se separaron.

—Wylan —dijo Jesper, mirando el interior del amplio azul cielo de sus ojos—. Realmente espero que no muramos.





Traducido por Azhreik

Nina estuvo furiosa al descubrir que Genya había confeccionado no solo a Wylan sino también a Kaz, y ella no había podido ver.

Él había permitido que la Confeccionista le acomodara la nariz, redujera la hinchazón de su ojo para que pudiera ver, y lidió con algo del peor daño que había recibido en el cuerpo. Pero eso fue todo lo que había permitido.

—¿Por qué? —dijo Nina—. Ella podría haber...

—Ella no sabía cuándo detenerse —dijo Kaz.

Nina tuvo la repentina sospecha de que Genya había ofrecido curar la pierna mala de Kaz. —Bueno, luces como la peor clase de matón del Barril —se quejó Nina—. Al menos deberías haberle permitido que te quitara el resto de los moretones.

—Soy la peor clase de matón del Barril. Y si no luzco como si acabara de aplastar a diez de los mejores tipos duros que Per Haskell tenía para ofrecer, entonces nadie va a creer que lo hice. Ahora vayamos a trabajar. No puedes hacer una fiesta si nadie recibe la invitación.

Nina no estaba anhelando esta fiesta en especial, pero la mañana siguiente, el anuncio salió en todos los diarios serios, pegado a las columnas en las entradas oriental y occidental de la Bolsa de Valores, y pegados en la puerta frontal del Salón de la Guardia.

Lo habían mantenido simple:



Kuwei Yul-Bo, hijo de Bo Yul-Bayur, Químico en jefe de Bhez Ju, pone en disponibilidad su servicio y ofrecerá su contrato vinculante como el mercado y la mano de Ghezen ordenan. Aquellos que deseen ofertar, están invitados a participar en una subasta gratuita y justa en cumplimiento con las leyes de Kerch, la regla del Consejo Mercante, y la supervisión del Consejo de Mareas en la Iglesia del Trueque en el plazo de cuatro días. Los participantes se reunirán al mediodía. Sagrado es Ghezen y en el comercio vemos Su mano.

La ciudad ya había estado en un alboroto por los toques de queda, barricadas y bloqueo. Ahora los rumores corrían por las cafeterías y tabernas, cambiando y tomando nueva fuerza desde los salones de *Geldstraat* hasta los barrios bajos del Barril. De acuerdo a las nuevas tropas de los Indeseadables de Kaz, la gente estaba ansiosa por cualquier clase de información del misterioso Kuwei Yul-Bo, y su subasta ya estaba siendo vinculada al ataque bizarro en la Duela Oeste que prácticamente había aplastado dos casas de placer y dejado reportes de hombres voladores a su rastro. Inej mantuvo vigilancia en la embajada shu y regresó con la noticia de que los mensajeros habían estado yendo y viniendo toda la mañana y que había visto al embajador en persona ir intempestivamente a los muelles para exigir que el Consejo de Mareas liberara una de sus naves encalladas en seco.

—Quiere enviar por un Fabricador para poder hacer oro —dijo Jesper.

—Una lástima que los puertos estén clausurados —dijo Kaz.

Las puertas del Salón de la Guardia estaban cerrados al público, y se decía que el Consejo Mercante estaba en una reunión de emergencia para determinar si autorizarían la subasta. Esta era la prueba: ¿Ellos apoyarían las leyes de la ciudad, o... dado que al menos sospechaban sobre Kuwei, flaquearían y encontrarían alguna forma para denegar sus derechos?

En la cima de la torre del reloj, Nina esperó con los otros, observando la entrada oriental de la Bolsa de Valores. Al mediodía, un hombre vestido de negro de mercader se aproximó al arco con un legajo de documentos. Una horda de gente descendió sobre él, arrancándole los panfletos de las manos.



—Pobre pequeño Karl Dryden —dijo Kaz. Aparentemente, era el miembro junior del Consejo, así que se había visto obligado a este trabajo.

Momentos después, Inej atravesó la puerta de la suite apretando un volante. Increíble. Nina había estado mirando directamente a la multitud alrededor de Dryden y nunca había obtenido un vistazo de ella.

—Han validado la subasta —dijo, y le tendió el papel a Kaz, quien lo pasó alrededor del grupo.

Todo lo que el panfleto decía era: *De acuerdo a las leyes de Kerch, el Consejo Mercante de Ketterdam accede a actuar como representante de Kuwei Yul-Bo en la subasta legal de su contrato vinculante. Sagrado es Ghezen y en el comercio vemos Su mano.*

Jesper soltó un largo resoplido y miró a su padre, que estudiaba responsablemente reportes de mercancías y el guion que Nina y Kaz habían preparado para él. —Por mi suerte, dijeron que sí.

Inej le posó una mano en el brazo. —No es demasiado tarde para cambiar de estrategia.

—Lo es —dijo Jesper—. Desde hace mucho tiempo que es tarde.

Nina no dijo nada. Le agradaba Colm. Le importaba Jesper. Pero esta subasta era la mejor oportunidad que tenían de llevar a Kuwei a Ravka y salvar vidas de Grisha.

—Los mercaderes son blancos perfectos —dijo Kaz—. Son ricos y son listos. Eso los hace fáciles de engañar.

—¿Por qué? —preguntó Wylan.

—Los hombres ricos desean creer que merecen cada centavo que consiguen, así que olvidan lo que le deben a la probabilidad. Los hombres astutos siempre están buscando lagunas. Quieren una oportunidad para jugar con el sistema.

—¿Así que cuál es el blanco más difícil de engañar? —preguntó Nina.



—El blanco más duro es uno honesto —dijo Kaz—. Afortunadamente, siempre están escasos. —Dio golpecitos al cristal de la carátula del reloj, haciendo gestos hacia Karl Dryden, quien aún estaba parado junto a la Bolsa, abanicándose con su sombrero ahora que la multitud se había dispersado—. Dryden heredó su fortuna de su padre. Desde entonces, ha sido un inversor demasiado tímido para incrementar sustancialmente su riqueza. Está desesperado por una posibilidad de probarse a sí mismo ante los miembros del Consejo Mercante. Nosotros vamos a darle una.

—¿Qué más sabemos sobre él? —preguntó Nina.

Kaz casi sonrió. —Sabemos que es representado por nuestro buen amigo y amante de perros, Cornelis Smeet.

De su vigilancia anterior de la oficina de Cornelis Smeet, sabían que el abogado tenía a mensajeros llevando documentos de aquí para allá a los clientes todo el día, reuniendo las firmas necesarias y entregando información importante. Los mensajeros estaban demasiado bien pagados para considerar el soborno... especialmente si uno de ellos resultaba estar entre aquellos pocos y temidos hombres honestos.

Y de cierta forma, podían agradecer a Van Eck por la facilidad con la que Kaz colocó el anzuelo. Vestidos con uniformes de la *vigilancia*, Anika y Pim detuvieron a los mensajeros de Smeet con impunidad, exigiendo ver sus identificaciones mientras revisaban sus bolsas. Los documentos en el interior eran confidenciales y estaban sellados, pero no estaban tras los documentos. Solo necesitaban plantar unas cuantas migas para atraer al joven Karl Dryden.

—A veces —dijo Kaz—, un ladrón competente no solo toma. Deja algo atrás.

Trabajando con Specht, Wylan había creado un sello que podía presionarse en la parte posterior de un sobre sellado. Daba la impresión que el sobre había absorbido la tinta de otro documento, como si algún empleado irreflexivo hubiera dejado los papeles



en algún lugar húmedo. Cuando los mensajeros entregaron los documentos de Dryden, si él tenía algo de curiosidad, al menos echaría un vistazo a las palabras que parecían haberse impregnado en su paquete de papeles. Y en verdad que encontraría algo muy interesante: una carta de otro de los clientes de Smeet. El nombre del cliente era ilegible, pero la carta era claramente una consulta: ¿Smeet tenía conocimiento de un granjero llamado Johannus Rietveld, el líder de un consorcio de agricultores de *jurda* de Kerch y Zemeni? Estaba sosteniendo reuniones en el Hotel Geldrenner solo con inversionistas selectos. ¿Sería posible una presentación?

Antes del anuncio de la subasta de Kuwei, la información habría sido de poco interés. Después, era la clase de pista que podía generar fortunas.

Incluso antes de que colocaran el anzuelo con la carta falsa, Kaz hizo que Colm tomara sus comidas en el comedor lavanda del Geldrenner con varios miembros de la comunidad comercial y bancaria de Kerch. Colm siempre se sentaba a buena distancia de cualquiera de los otros clientes, ordenaba extravagante, y hablaba con sus invitados en tonos susurrados. El contenido de la discusión era completamente benigno (charla de reportes de cultivo y tasas de interés) pero nadie en el comedor sabía eso. Todo era hecho delante del personal del hotel, así que cuando los miembros del Consejo Mercante vinieron preguntando sobre cómo el señor Rietveld pasaba su tiempo, obtuvieron la respuesta que Kaz deseaba.

Nina estaba presente en todas esas reuniones, interpretando el rol de la asistente multilingüe del señor Rietveld, una Grisha Cardio buscando trabajo después de la destrucción de la Casa de la Rosa blanca. A pesar de impregnarse de extracto de café para despistar a los Kherguud, se sentía expuesta tan solo sentada a plena vista en el comedor. Kaz tenía a miembros de los Indeseables vigilando constantemente las calles alrededor del hotel por señales de los soldados shu. Nadie había olvidado que estaban cazando Grisha, y que Nina podría representar un blanco muy apetecible si descubrían sobre las reuniones. Adquirir una Cardio que pudieran dosificar con *parem* significaría que podrían alterar radicalmente el curso de la subasta y bien podría valer la pena antagonizar con el Consejo de Mareas. Aun así, Nina se sentía bastante confiada de que los mercaderes que descubrieran sobre la presencia de Rietveld en el hotel se quedarían



callados. Kaz la había educado bien en el poder de la avaricia, y estos hombres deseaban cada trozo de ganancia para ellos mismos.

Nina también apreciaba la atención que Kaz había prestado a la apariencia de Colm. Aún estaba vestido como un granjero, pero Kaz había hecho unas cuantas mejoras sutiles: un abrigo más fino, botas pulidas, un conjunto de broches de corbata de plata con un diminuto trozo de amatista en bruto. Estas eran las señales de prosperidad que los mercaderes notarían y apreciarían, nada demasiado corriente o llamativo, nada que podría provocar sospechas. Los mercaderes eran como la mayoría de hombres; deseaban creer que eran ellos los que hacían el cortejo.

En cuanto a Nina, Genya le había ofrecido una gloriosa *kefta* roja de su colección y habían retirado el bordado, alterándola de azul a negro. Ella y Genya no eran de la misma talla, pero consiguieron soltar las costuras y añadir unos cuantos retazos extra. Se había sentido extraño vestir una *kefta* apropiada después de tanto. La que Nina vestía en la Casa de la Rosa Blanca había sido un disfraz, un hábito barato que tenía la intención de impresionar a su clientela. Esto era lo real, vestido por soldados del Segundo Ejército, hecho de seda pura teñida en un rojo que solo un Fabricador podía crear. ¿Ella tenía siquiera el derecho de vestir algo así ahora?

Cuando Matthias la había visto, se había congelado en el umbral de la suite, sus ojos azules conmocionados. Se había quedado allí en silencio hasta que finalmente dijo:

—Luces muy hermosa.

—Quieres decir que luzco como el enemigo.

—Ambas cosas siempre han sido verdad. —Entonces sencillamente le ofreció su brazo.

Nina había estado nerviosa sobre que Colm tomara el rol principal en esta charada. Él era definitivamente un amateur, y durante las primeras reuniones con banqueros y consultores, él lucía casi tan verde como su sopa de guisantes. Pero con cada hora que pasaba, su confianza había aumentado, y Nina había empezado a sentir la emotividad de la esperanza.



Y, aun así, ningún miembro del Consejo Mercante había venido a ver a Johannus Rietveld. Tal vez Dryden nunca había visto el rastro del documento falso o había decidido no actuar en consecuencia. O tal vez Kaz solo había sobreestimado su avaricia.

Entonces, solo cuarenta y ocho horas antes de la subasta, Johannus Rietveld recibió una nota de Karl Dryden anunciando que llamaría al señor Rietveld ese día y esperaba discutir asuntos de negocios que podrían ser ventajosos para ambos. Jesper intentó calmar los nervios de su padre mientras Kaz despachaba instrucciones a Anika y Pim. Si deseaban enganchar a Dryden, necesitarían asegurar que otros peces mayores estuvieran interesados en el anzuelo. Nina y Colm habían pasado sus reuniones matutinas en el comedor como siempre, y ella había hecho su mayor esfuerzo por intentar calmarlo.

A las once campanadas, atisbó a dos hombres en formal negro de mercader entrando al comedor. No se detuvieron para preguntarle al anfitrión dónde encontrar a Johannus Rietveld, sino que caminaron directamente a su mesa... una señal segura de que lo habían estado observando y reuniendo información.

—Están aquí —ella le susurró a Colm, luego lo lamentó instantáneamente cuando él se enderezó y empezó a girarse en el asiento.

Ella le sujetó la mano. —Mírame —dijo—. Pregúntame sobre el clima.

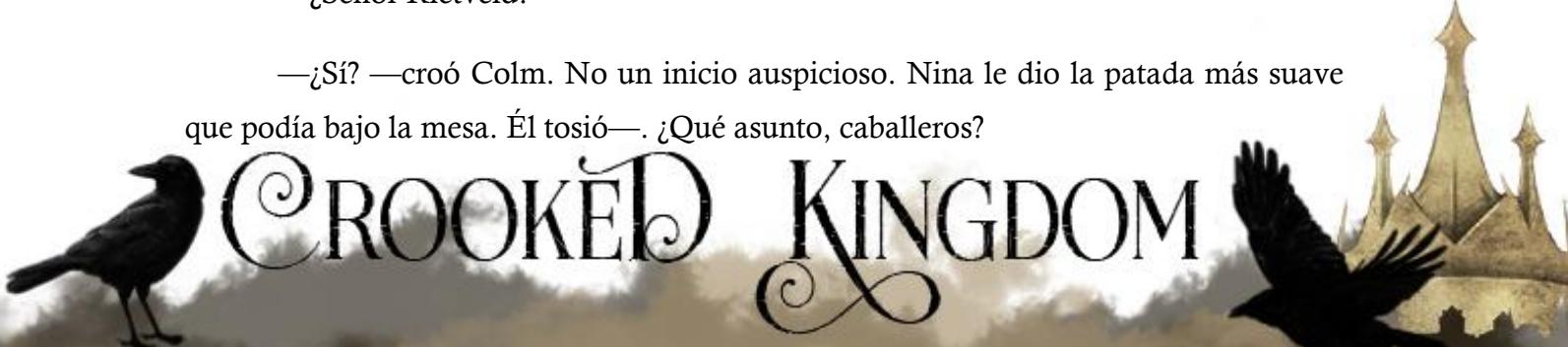
—¿Por qué el clima? —dijo él, el sudor se perlaba en su frente.

—Bueno, podrías preguntarme sobre la última moda en calzado si prefieres. Solo estoy intentando conseguir que actúes natural. —Ella estaba intentando tranquilizar su propio ritmo cardíaco (algo que solía ser capaz de hacer sin intentos ridículos de respirar profundo) porque había reconocido al hombre con Dryden. Era Jan Van Eck.

Los hombres se aproximaron a la mesa, luego se quitaron los sombreros.

—Señor Rietveld?

—Sí? —croó Colm. No un inicio auspicioso. Nina le dio la patada más suave que podía bajo la mesa. Él tosió—. ¿Qué asunto, caballeros?



Durante las preparaciones, Kaz había insistido que Nina aprendiera todos los colores y emblemas de casas del Consejo Mercante, y Nina reconoció sus broches de corbata: un dorado manojo de trigo atado con un listón azul esmalte para la familia Dryden, y el laurel rojo para Van Eck. Incluso sin el broche, ella habría reconocido el parecido de Van Eck con Wylan. Vio las entradas en su cabello. El pobre Wylan tal vez tendría que invertir en un buen tónico.

Dryden se aclaró la garganta importantemente. —Soy Karl Dryden, y este es el estimado Jan Van Eck.

—¡Señor Dryden! —dijo Colm, su sorpresa un poco demasiado exagerada—. Recibí su nota. Desafortunadamente, mi día está completamente agendado.

—¿Me preguntó si podríamos procurar unos cuantos minutos de conversación?

—No deseamos desperdiciar su tiempo, señor Rietveld —dijo Van Eck con una sonrisa sorprendentemente encantadora—. O el nuestro.

—Muy bien —dijo el padre de Jesper, proyectando reluctancia de manera muy convincente—. Por favor, únanse.

—Gracias —dijo Van Eck con otra sonrisa—. Entendemos que representa un consorcio de granjeros de *jurda*.

Colm miró alrededor como preocupado de que alguien pudiera escuchar. —Es posible que así sea. ¿Cómo obtuvieron esta información?

—Me temo que no está en mi poder revelarlo.

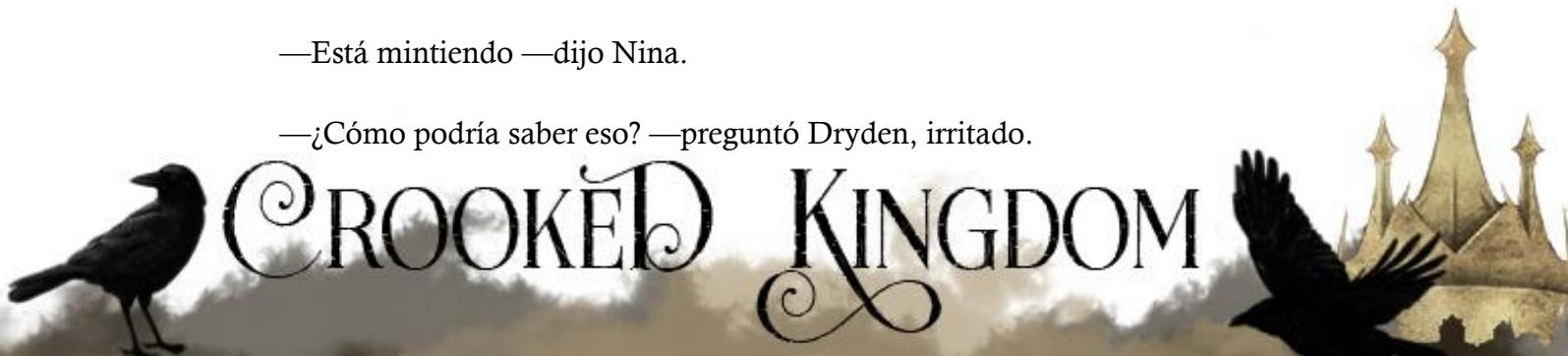
—Él está ocultando algo —dijo Nina.

Dryden y Van Eck fruncieron el ceño al unísono.

—Me enteré por el capitán del barco en el que viajó usted —dijo Van Eck.

—Está mintiendo —dijo Nina.

—¿Cómo podría saber eso? —preguntó Dryden, irritado.



—Soy Grisha —dijo Nina con un gesto dramático—. Ningún secreto está más allá de mi alcance. —Bien podría divertirse.

El labio inferior de Dryden desapareció mientras lo succionaba nerviosamente, y Van Eck dijo a regañadientes. —Es posible que alguna información delicada haya llegado a nuestras manos a través de la oficina de Cornelis Smeet.

—Ya veo —dijo Colm, luciendo en realidad bastante ceñudo.

Nina deseó aplaudir. Ahora los mercaderes estaban a la defensiva.

—Estamos interesados en la posibilidad de añadirnos a su lista de inversionistas —dijo Van Eck.

—No necesito más inversionistas.

—¿Cómo es posible? —preguntó Dryden—. Ha estado en la ciudad menos de una semana.

—El clima ha cambiado de alguna forma. No lo entiendo completamente, pero ha habido una gran demanda de *jurda*.

Ahora Van Eck se inclinó hacia delante, con los ojos ligeramente entrecerrados. —Eso *es* interesante, señor Rietveld. ¿Cómo es que apareció en Ketterdam en un momento tan fortuito? ¿Por qué elegir ahora para empezar un consorcio de *jurda*?

Ahí se acababa lo de estar a la defensiva. Pero Kaz había preparado a Colm para esto.

—Si debe saberlo, hace unos meses, alguien empezó a comprar granjas de *jurda* alrededor de Cofton, pero nadie pudo descubrir su identidad. Algunos de nosotros nos dimos cuenta que algo debía estarse cociendo, así que elegimos no venderle, y en su lugar empezamos nuestra propia empresa.

—¿Un comprador desconocido? —preguntó Dryden. Van Eck lucía un poco enfermo.



—Sí —dijo Nina—. El señor Rietveld y sus compañeros no tuvieron éxito en descubrir quién podría ser. Pero tal vez ustedes, caballeros, puedan tener mejor suerte. Se habla de que es kerch.

Van Eck se hundió en su asiento. Su piel pálida había adquirido un brillo de sudor. El poder en la mesa había cambiado una vez más. Lo último que Van Eck deseaba era que cualquiera investigara quién había estado comprando esos campos de *jurda*. Nina le dio a Colm otro ligero codazo. Cuanto menos interesados parecieran en el dinero del Consejo, más ansiosos estarían los miembros del Consejo en darlo.

—De hecho —continuó Colm—, si consiguen identificarlo, tal vez puedan involucrarse en su plan. Tal vez él aún esté buscando inversionistas.

—No —dijo Van Eck un poco demasiado brusco—. Después de todo, usted está aquí ahora y es apto para representar nuestros intereses. ¿Por qué desperdiciar tiempo y esfuerzo en hacer de sabueso, inútilmente? Cada hombre tiene el derecho de buscar beneficios donde pueda encontrarlos.

—Es igual —dijo Dryden—. Es posible que este inversionista supiera algo sobre la situación con los shu...

Van Eck le lanzó a Dryden una mirada de advertencia; claramente no deseaba que los negocios del Consejo se divulgaran tan casualmente. El merca más joven cerró la boca de golpe.

Pero, entonces, Van Eck unió los dedos y dijo: —Ciertamente vale la pena reunir toda la información que podamos. Yo mismo me encargaré de investigar a este otro comprador.

—Entonces tal vez no necesitamos movilizarnos tan pronto —dijo Dryden.

Tímido en realidad, pensó Nina. Atisbó la señal de Anika desde el otro lado del recibidor. —Señor Rietveld, ¿su siguiente cita? —Lanzó una mirada significativa al recibidor, donde Rotty (luciendo increíblemente elegante en negro de mercader) conducía a un grupo de hombres a través de la entrada y más allá del comedor.



Van Eck y Dryden intercambiaron una mirada ante la visión de Jellen Radmakker, uno de los inversionistas más acaudalados en todo Kerch, atravesando el recibidor. De hecho, tan pronto la nota de Dryden había llegado pidiendo una reunión, varios inversionistas habían sido invitados a una presentación de contratos de futuros de combustibles zemenies que no tenían nada que ver con el ficticio Johannus Rietveld. Por supuesto, Van Eck y Dryden no sabían eso. Lo importante era que creyeran que podrían perder su oportunidad de invertir. Nina casi lamentaba no tener la oportunidad de escuchar a Jesper no dejar de hablar sobre los recursos del mercado durante una hora.

Nina dio a Colm otra patada bajo la mesa.

—Bueno —dijo a la carrera—. Debo marcharme, caballeros. Ha sido un placer...

—¿Cuál es el capital de inversión? —preguntó Dryden.

—Me temo que, a fecha tan tardía, realmente no podría aceptar más...

—¿Qué tal si invertimos juntos? —dijo Van Eck.

—¿Juntos?

—El Consejo Mercante cree que los precios de *jurda* podrían cambiar pronto. Hasta recientemente, nuestras manos estaban atadas por nuestros roles como servidores públicos. Pero la subasta próxima nos ha liberado para perseguir nuevas inversiones.

—¿Eso es legal? —preguntó Colm, su ceño se frunció con toda la apariencia de la preocupación más profunda.

—Absolutamente. Se nos prohíbe influenciar el resultado de la subasta, pero una inversión en su fondo está dentro de la ley y podría ser mutuamente benéfico para ambos.

—Veo cómo el fondo podría beneficiarlos a ustedes, pero...

—Ha estado cortejando a inversionistas separados. ¿Qué tal si el Consejo Mercante se convirtiera en su inversionista principal? ¿Qué tal si este se convirtiera en nuestro fondo exclusivamente? El Consejo representa a las trece familias más antiguas y



mejor establecidas en Kerch, con negocios boyantes y montones de capital. Los granjeros en su consorcio no podrían tener mejores socios.

—No... no lo sé —dijo Colm—. Eso es ciertamente atrayente, pero necesitaría una seria certidumbre si fuéramos a exponernos a arriesgarnos de esta forma. Si el Consejo fuera a retractarse, perderíamos todos nuestros inversionistas a la vez.

Dryden se encabritó. —Ningún miembro del Consejo Mercante violaría un contrato. Entraremos con nuestros propios sellos y haremos que lo atestigüe el juez de su elección.

Nina casi podía ver los engranajes girando en la mente de Van Eck. Sin duda *hubo* granjeros que se rehusaron a vender en Novyi Zem. Ahora tenía la posibilidad de controlar no solo los campos de *jurda* que había comprado, sino también una buena tajada de aquellos que no había conseguido adquirir. Nina también se preguntó si, considerando el dinero que la búsqueda de su hijo le estaba costando a la ciudad, estaba sintiendo la presión de llevarle al Consejo una buena oportunidad.

—Denos cuarenta y ocho horas para... —empezó Van Eck.

La expresión de Colm fue de disculpa. —Me temo que debo terminar mis negocios aquí para mañana en la noche. Ya he reservado mi pasaje.

—Los puertos están cerrados —dijo Van Eck—. No va ir a ningún lado.

El padre de Jesper dirigió a Van Eck una fría mirada gris que erizó el vello de los brazos de Nina. —Me siento decididamente acosado, señor Van Eck, y no me gusta.

Durante un momento Van Eck le sostuvo la mirada. Luego su codicia lo superó.

—Veinticuatro horas, entonces —dijo Van Eck.

Colm fingió vacilar. —Veinticuatro horas. Pero no hago promesas. Debo hacer lo que es mejor para el consorcio.

—Por supuesto —dijo Van Eck, mientras se levantaban y estrechaban manos—. Solo pedimos que no tome la decisión final hasta que hayamos tenido la oportunidad de



armar nuestro caso para hacernos cargo del consorcio. Creo que encontrará nuestra oferta muy generosa.

Colm echó un vistazo en la dirección que Radmakker se había marchado. —Supongo que puedo hacer eso. Buen día, caballeros.

Mientras Nina se giraba para seguirlo fuera del comedor, Van Eck dijo: —Señorita Zenik.

—¿Sí?

—Escuché que trabajaba para la Casa de la Rosa Blanca. —Su labio se curvó ligeramente, como si incluso decir el nombre de un burdel constituyera libertinaje.

—Así es.

—He escuchado que la Cardio de allí ocasionalmente trabaja con Kaz Brekker.

—He hecho trabajos para Brekker antes —concedió Nina tranquilamente. Mejor ir a la ofensiva. Tomó la mano de Van Eck en la suya, complacida ante la forma que el cuerpo entero de él pareció regular—. Pero créame, si tuviera *alguna* idea de dónde se ha llevado él a su hijo, les contaría a las autoridades.

Van Eck se puso rígido. Claramente no había tenido la intención de llevar la conversación en esa dirección. —Yo... gracias.

—No puedo imaginar la angustia que debe estar atravesando. ¿Cómo siquiera Brekker le puso las manos encima al chico? —continuó Nina—. Yo habría creído que su seguridad...

—Wylan no estaba en casa.

—¿No?

—Estaba estudiando música en Belendt.

—¿Y qué tienen que decir sus maestros sobre el secuestro?



—Yo... —Van Eck miró intranquilo a Dryden—. Ellos también están desconcertados.

—¿Tal vez él cayó en malas compañías?

—Tal vez.

—Espero que no se haya metido en el camino de Kaz Brekker —dijo Nina con un estremecimiento.

—Wylan no...

—Por supuesto que no —dijo Nina mientras agitaba las mangas de su *kefta* y se preparaba para salir del comedor—. Solo un tonto lo haría.





Traducido por Azhreik

Nina estaba cansada, Kaz podía verlo. Todos lo estaban. Incluso él no había tenido más opción que descansar después de la pelea. Su cuerpo había dejado de escucharlo. Había traspasado un límite invisible y sencillamente se apagó. No recordaba quedarse dormido. No soñó. En un momento estaba descansando en el dormitorio más pequeño de la suite, de espaldas, repasando los particulares del plan, y en el siguiente estaba despertándose en la oscuridad, con pánico, inseguro de quién era o cómo había llegado allí.

Cuando estiró la mano para encender la lámpara, sintió un brusco tirón de dolor. Había sido atroz soportar los suaves toques de Genya cuando se había encargado de sus heridas, pero tal vez debía haber dejado que la Confeccionista lo curara solo un poco más. Aún tenía una larga noche por delante, y la estratagema de la subasta no se parecía a nada que hubiera intentado.

En su tiempo con los Indeseadables, Kaz había visto y oído bastante, pero su conversación con Sturmhond en el solario lo había superado todo.

Habían repasado los detalles de la subasta, qué necesitarían de Genya, cómo Kaz predecía que irían las pujas y en qué incrementos. Kaz deseaba que Sturmhond entrara en la puja con cincuenta millones y sospechaba que los shu harían una contraoferta elevándola diez millones o más, Kaz necesitaba saber que los ravkanos estaban comprometidos. Una vez que la subasta fuera anunciada, tendría que proceder. No podría haber pasos atrás.



El corsario estaba cauteloso, presionando por información sobre cómo los habían contratado para el trabajo de la Corte de Hielo, igual que cómo habían conseguido encontrar y liberar a Kuwei. Kaz le había proporcionado suficiente información para convencer al corsario que Kuwei era de hecho el hijo de Bo Yul-Bayur. Pero no tenía interés en divulgar los mecanismos de sus estratagemas o los verdaderos talentos de su equipo. Por todo lo que Kaz sabía, Sturmhond tal vez tuviera algo que deseara robar algún día.

Al fin, Sturmhond enderezó las solapas de su abrigo verde azulado y dijo: —Bueno, Brekker, es obvio que solo haces tratos con medias verdades y mentiras descaradas, así que claramente eres el hombre para el trabajo.

—Solo hay una cosa —dijo Kaz, estudiando la nariz rota del corsario y cabello rojizo—. Antes que unamos las manos y saltemos juntos de un acantilado, quiero saber exactamente con quién estoy aliándome.

Sturmhond elevó una ceja. —No hemos estado en un viaje ni intercambiado ropa, pero creo que nuestras presentaciones fueron lo bastante civilizadas.

—¿Quién eres realmente, corsario?

—¿Es una pregunta existencial?

—Ningún ladrón competente habla como tú.

—Que mente tan estrecha la tuya.

—Conozco la apariencia del hijo de un hombre rico, y no creo que un rey enviaría a un corsario ordinario a manejar asuntos tan delicados.

—Ordinario —se mofó Sturmhond—. ¿Estás muy instruido en política?

—Sé manejar con los negocios. ¿Quién eres? Obtenemos la verdad o mi equipo se retira.

—¿Estás seguro que eso sería posible, Brekker? Ahora conozco tus planes. Estoy acompañado por dos de las Grisha más legendarias, y yo tampoco soy un mal luchador.



—Y yo soy la rata de canal quien sacó vivo a Kuwei Yul-Bo de la Corte de Hielo. Hazme saber si te gustan tus posibilidades. —Su equipo no tenía ropa o títulos para rivalizar a los ravkanos, pero Kaz sabía dónde apostaría su dinero, si le quedara algo.

Sturmhond unió las manos detrás de la espalda, y Kaz vio el más leve cambio en su comportamiento. Sus ojos perdieron su resplandor desconcertado y adoptaron un peso sorprendente. Para nada un corsario ordinario.

—Digamos —dijo Sturmhond, la mirada enfocada en la calle de Ketterdam de abajo—, hipotéticamente, por supuesto, que el rey ravcano tiene redes de información que se extienden en lo profundo de Kerch, Fjerda y Shu Han, y que sabe exactamente lo importante que Kuwei Yul-Bo podría ser para el futuro de su país. Digamos que el rey no confiaría en nadie más que sí mismo para negociar semejantes asuntos, pero que también sabe lo peligroso que es viajar bajo su propio nombre cuando su país está agitado, cuando no tiene heredero y la sucesión Lantsov no está asegurada de ninguna forma.

—Así que hipotéticamente —dijo Kaz—, podrían dirigirse a ti como Su Alteza.

—Y una variedad de nombres más coloridos. Hipotéticamente. —El corsario le lanzó una mirada evaluadora—. ¿Exactamente cómo supo que yo no era quien clamaba ser, señor Brekker?

Kaz se encogió de hombros. —Hablas kerch como un nativo... un nativo rico. No hablas como alguien que se relacionó con marineros y matones callejeros.

El corsario se giró ligeramente, dándole a Kaz su atención al completo. Su despreocupación había desaparecido, y ahora lucía como un hombre quien podría comandar ejércitos. —Señor Brekker —dijo—, Kaz, ¿si puedo? Estoy en una posición vulnerable. Soy un rey rigiendo un país con un arca vacía, enfrentando enemigos por todos lados. También hay fuerzas dentro de mi país que podrían considerar cualquier ausencia como una oportunidad para hacer su propia puja por el poder.

—Así que estás diciendo que constituirías un excelente rehén.



—Sospecho que el rescate por mí sería considerablemente menor que el precio que Kuwei tiene sobre su cabeza. En realidad, es un golpe para mi autoestima.

—No pareces estar sufriendo —dijo Kaz.

—Sturmhond fue una creación de mi juventud, y su reputación aún me sirve bien. No puedo pujar por Kuwei Yul-Bo como el rey de Ravka. Espero que tu plan se desarrolle de la forma en que esperas que lo haga. Pero si no, la perdida de semejante premio sería visto como una humillante pifiada diplomáticamente y estratégicamente. Entró a la subasta como Sturmhond o como nadie en absoluto. Si eso es un problema...

Kaz posó las manos sobre su bastón. —Mientras no intentes engañarme, puedes entrar como la Reina Hada o Istamere.

—Ciertamente es agradable tener abiertas mis opciones. —Volvió a mirar hacia la ciudad—. ¿Podría esto funcionar, señor Brekker? ¿O estoy arriesgando el destino de Ravka y el mundo Grisha con el honor y habilidades de un huérfano charlatán?

—Más que un poco de ambos —dijo Kaz—. Estás arriesgando un país. Nosotros estamos arriesgando nuestras vidas. Parece un trato justo.

El rey de Ravka ofreció su mano. —¿El trato es el trato?

—El trato es el trato. —Estrecharon las manos.

—Si tan solo los tratados pudieran ser firmados tan rápidamente —dijo, su comportamiento de corsario despreocupado volvió a su lugar como una máscara comprada en la Duela Oeste—. Voy por una bebida y un baño. Uno puede soportar el lodo y la mugre hasta cierto punto. Como el rebelde dijo al príncipe, es malo para la salud. —Se retiró una mota invisible de polvo de la solapa y salió a zancadas del solario.

Ahora Kaz se alisó el cabello y se puso la chaqueta. Era difícil de creer que una humilde rata de canal había cerrado un trato con un rey. Pensó en esa nariz rota que le daba al corsario la apariencia de alguien que había pasado por una gran cantidad de



peleas a puños. Por todo lo que Kaz sabía, así era, pero debían haberlo confeccionado para disimular sus rasgos. Era difícil mantener un perfil bajo cuando tu cara estaba en el dinero. Al final, realeza o no, Sturmhond sencillamente era solo un timador muy grande, y todo lo que importaba era que él y su gente hicieran su parte.

Kaz revisó su reloj (pasada la medianoche, más tarde de lo que le hubiera gustado) y fue a encontrar a Nina. Le sorprendió ver a Jesper esperando en el pasillo.

—¿Qué pasa? —dijo Kaz, su mente instantáneamente intentando calcular todas las cosas que podrían haber salido mal mientras él dormía.

—Nada —dijo Jesper—. O no más de lo usual.

—¿Entonces qué quieres?

Jesper tragó y dijo: —Matthias te dio la *parem* restante, ¿no?

—¿Y?

—Si algo sucede... los shu estarán en la subasta, tal vez los Kherguud. Hay mucho que depende de este trabajo. No puedo decepcionar a mi padre de nuevo. Necesito la *parem*, como medida de seguridad.

Kaz lo estudió durante un largo momento. —No.

—¿Por qué demonios no?

Una pregunta razonable. Darle *parem* a Jesper habría sido la jugada astuta, la jugada práctica.

—A tu padre le importas más tú que alguna parcela de tierra.

—Pero...

—No voy a dejarte convertirte en un mártir, Jes. Si uno de nosotros cae, todos caemos.

—Esta es mi decisión.



—Y, aun así, parece que soy yo el que la está tomando. —Kaz se dirigió hacia la sala de estar. No tenía la intención de discutir con Jesper, especialmente cuando no estaba completamente seguro de por qué estaba diciendo que no en primer lugar.

—¿Quién es Jordie?

Kaz se detuvo. Sabía que la pregunta vendría y, aun así, era duro escuchar el nombre de su hermano. —Alguien en quién confiaba. —Miró sobre su hombro y encontró los ojos grises de Jesper—. Alguien a quien no quería perder.

Kaz encontró a Nina y Matthias dormidos en el sofá en el salón púrpura. Por qué las dos personas más grandes de su equipo habían elegido el espacio más pequeño para dormir, no tenía idea. Le dio un golpecito a Nina con su bastón. Sin abrir los ojos, ella intentó apartarlo agitando la mano.

—¡Arriba!

—Vete —dijo ella, enterrando la cabeza en el pecho de Matthias.

—Vamos, Zenik. Los muertos esperarán, pero yo no.

Al fin, ella se despertó y se colocó las botas. Había descartado la *kefta* roja en favor del abrigo y los pantalones que había usado durante la desastrosa chapuza que había sido el trabajo de Arrecife Dulce. Matthias observó cada uno de sus movimientos, pero no pidió acompañarlos. Sabía que su presencia solo aumentaría el riesgo de que los descubrieran.

Inej apareció en el umbral, y se dirigieron al elevador en silencio. El toque de queda estaba en efecto sobre las calles de Ketterdam, pero no había forma de evitar esto. Tendrían que depender de la suerte y la habilidad de Inej para vigilar el camino enfrente de ellos en busca de patrullas de la *vigilancia*.

Se marcharon por la parte trasera del hotel y se dirigieron hacia el distrito de manufactura. Su progreso era lento, una ruta enrevesada alrededor de los bloqueos, lleno



de paradas y reanudaciones cuando Inej se desvanecía y reaparecía, haciéndoles señas para que esperaran o redirigiéndolos con un agitar de su mano antes que se marchara de nuevo.

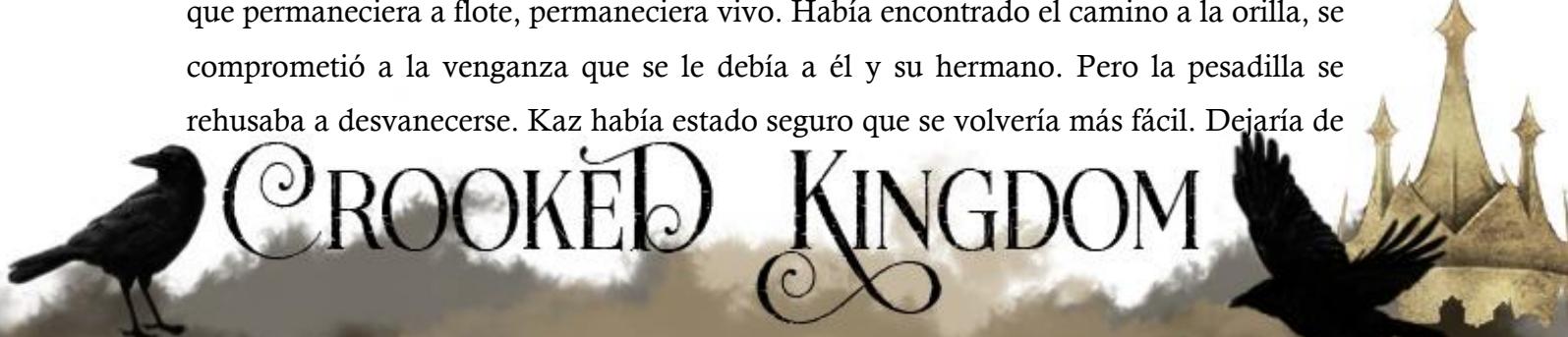
Al fin alcanzaron la morgue, una estructura de piedra gris sin marcar, en la frontera del distrito de almacenes, enfrente tenía un jardín que nadie había atendido en algún tiempo. Solo los cuerpos de los pacientes se traían aquí para ser preparados para el transporte y entierro fuera de la ciudad. No era el miserable montón humano de la Barcaza de la Parca, pero Kaz aun así sintió que estaba descendiendo en una pesadilla. Pensó en la voz de Inej haciendo eco en las baldosas blancas. *Continúa.*

La morgue estaba desierta, su pesada puerta de acero cerrada firmemente. Él cogió el cerrojo y miró una vez sobre su hombro hacia las sombras cambiantes del jardín lleno de malas hierbas. No podía ver a Inej, pero sabía que ella estaba allí. Ella mantendría vigilancia sobre la entrada mientras ellos llevaban a cabo su asunto sombrío.

Hacía frío adentro, iluminado solo por una linterna con la llama azul de advertencia de luz funeraria. Había una sala de procesado y más allá una gran cámara helada llena de cajones lo bastante grandes para contener cuerpos. El lugar al completo olía a muerte.

Pensó en el pulso latiendo bajo la mandíbula de Inej, la calidez de su piel sobre los labios de él. Intentó liberar el pensamiento. No deseaba que ese recuerdo se enredara con esta habitación llena de podredumbre.

Kaz nunca había sido capaz de esquivar el horror de esa noche en el puerto de Ketterdam, el recuerdo del cadáver de su hermano apretado con fuerza en sus brazos mientras se decía a sí mismo que pateara un poco más fuerte, que respirara una vez más, que permaneciera a flote, permaneciera vivo. Había encontrado el camino a la orilla, se comprometió a la venganza que se le debía a él y su hermano. Pero la pesadilla se rehusaba a desvanecerse. Kaz había estado seguro que se volvería más fácil. Dejaría de



tener que pensar dos veces antes de tener que estrechar una mano o verse forzado a entrar en cámaras cerradas. En su lugar, las cosas se pusieron tan mal que apenas podía rozar a alguien en la calle sin encontrarse una vez más en el puerto. Estaba en la Barcaza de la Parca y la muerte estaba rodeándolo. Estaba pateando entre el agua, aferrándose a la resbalosa y abotagada carne de Jordie, demasiado temeroso de ahogarse para soltarlo.

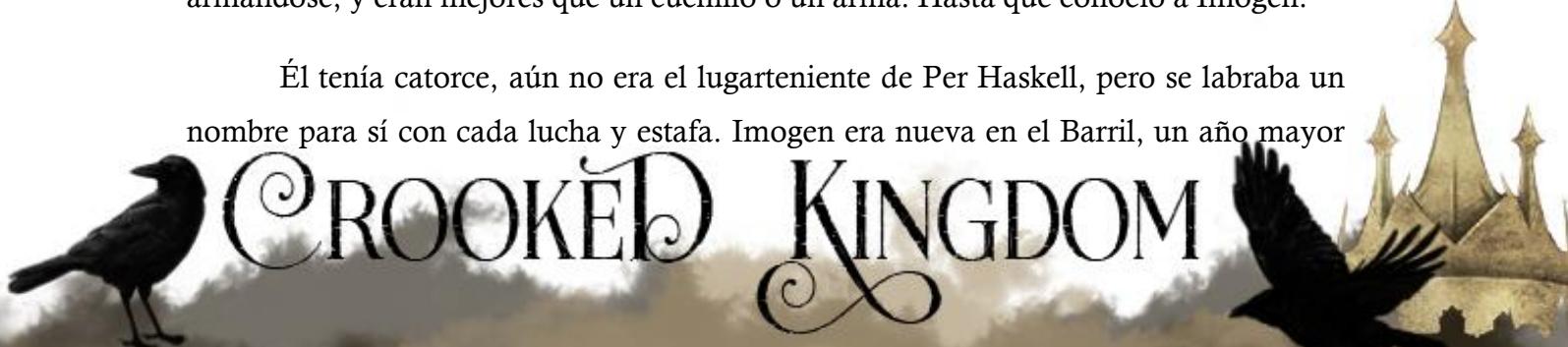
La situación se había vuelto peligrosa. Cuando Gorka una vez se emborrachó demasiado para estar parado siquiera en el Paraíso Azul, Kaz y Tetera tuvieron que cargarlo a casa. Lo cargaron seis bloques, el peso de Gorka deslizándose de aquí para allá, apoyándose contra Kaz en una asquerosa presión de piel y peste, luego cayendo sobre Tetera, liberando brevemente a Kaz... aunque aún podía sentir el roce del brazo peludo del hombre contra su nuca.

Después, Tetera había encontrado a Kaz acurrucado en un lavatorio, temblando y cubierto en sudor. Había dicho que era envenenamiento alimenticio, con los dientes castañeando mientras apretaba el pie contra la puerta para mantener fuera a Tetera. No podían tocarlo de nuevo o perdería la mente por completo.

El siguiente día se había comprado su primer par de guantes, baratas cosas negras que sangraban tinte cada vez que se humedecían. La debilidad era letal en el Barril. La gente podía olerla en ti como la sangre, y si Kaz iba a poner de rodillas a Pekka Rollins, no podía permitirse más noches temblando en el piso de un baño.

Kaz nunca respondía preguntas sobre los guantes, nunca respondía a las mofas. Solo los utilizaba, un día sí y el otro también, se los quitaba solamente cuando estaba solo. Se dijo que era una medida temporal. Pero eso no evitó que volviera a dominar cada juego de manos mientras los utilizaba, aprender a revolver y manejar una baraja incluso más diestramente de lo que podía con las manos desnudas. Los guantes retenían las aguas, evitaban que se ahogara cuando recuerdos de esa noche amenazaban con arrastrarlo bajo la superficie. Cuando se los ponía, se sentía como si estuviera armándose, y eran mejores que un cuchillo o un arma. Hasta que conoció a Imogen.

Él tenía catorce, aún no era el lugarteniente de Per Haskell, pero se labraba un nombre para sí con cada lucha y estafa. Imogen era nueva en el Barril, un año mayor



que él. Había operado con un equipo en Zierfoort, fraudes cortos que ella dijo que la habían dejado aburrida. Desde que llegó a Ketterdam, había estado merodeando por las Duelas, eligiendo pequeños trabajos, intentando encontrar su camino en una de las pandillas del Barril. La primera vez que Kaz la había visto, ella estaba rompiendo una botella sobre la cabeza de un Albatro Navaja que se había puesto mano larga. Había vuelto a aparecer cuando Per Haskell lo tenía con la bitácora de las peleas profesionales de primavera. Ella tenía pecas y una abertura entre los dientes de enfrente, y podía arreglárselas en una riña.

Una noche, cuando estaban parados junto a la arena vacía contando el botín del día, ella le había tocado la manga del abrigo con la mano, y cuando él levantó la mirada, ella había sonreído lentamente, con los labios cerrados, de tal forma que él no pudo ver la abertura en sus dientes.

Después, acostado en su colchón boludo en la habitación que compartía en el Tablón, Kaz había mirado fijamente el techo con goteras y pensó en la forma que Imogen le había sonreído, la forma en que los pantalones le caían sobre las caderas. Avanzaba de lado al caminar, como si se aproximara a todo desde un cierto ángulo. A él le gustaba eso. Le gustaba ella.

No había misterio sobre los cuerpos en el Barril. El espacio era apretujado y la gente tomaba sus placeres donde podía encontrarlos. Los otros chicos en los Indeseables hablaban constantemente sobre sus conquistas. Kaz no decía nada. Afortunadamente, no decía nada sobre casi todo, así que tenía la consistencia trabajando a su favor. Pero sabía qué se esperaba que dijera, las cosas que se suponía que deseara. Sí deseaba esas cosas, en momentos, en destellos: una chica cruzando la calle con un vestido cobalto que se deslizaba desde su hombro, una bailarina moviéndose como llamas en un espectáculo en la Duela Este, Imogen riéndose como si él hubiera dicho la broma más graciosa del mundo cuando él no había dicho mucho.

Él había flexionado las manos en sus guantes, escuchando roncar a sus compañeros de cuarto. *Puedo superar esto*, se dijo a sí mismo. Era más fuerte que esta enfermedad, más fuerte que el tirón del agua. Cuando había necesitado aprender los



funcionamientos de un salón de apuestas, lo había hecho. Cuando había decidido educarse sobre finanzas, también lo había dominado. Kaz pensó en la sonrisa lenta, de boca cerrada, de Imogen, y tomó una decisión. Él conquistaría esta debilidad de la forma que había conquistado todo en su camino.

Había empezado de a poco, con gestos que nadie notaría. Un juego de Tres Hombres Zarza ejecutado sin los guantes puestos. Una noche pasada con ellos debajo de su almohada. Entonces, cuando Per Haskell lo mandó a él y Tetera a lastimar un poco a un peleador mediocre llamado Beni, que le debía efectivo, Kaz había esperado hasta que lo tenían en el callejón, y cuando Tetera le dijo a Kaz que sostuviera los brazos de Beni, él se había quitado los guantes, solo como una prueba, algo fácil.

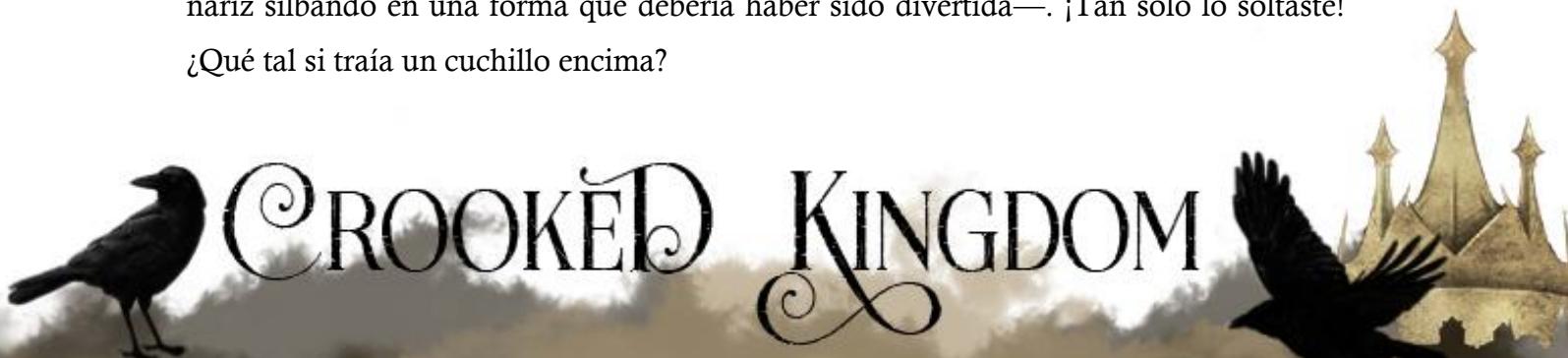
Tan pronto hizo contacto con las muñecas de Beni, una oleada de repulsión lo inundó. Pero estaba preparado y lo soportó, ignorando el sudor helado que le brotó mientras enganchaba los codos de Beni detrás de su espalda. Kaz se forzó a apretar el cuerpo de Beni contra el suyo mientras Tetera repasaba los términos de su préstamo con Per Haskell, puntuando cada sentencia con un golpe a la cara o tripa de Beni.

Estoy bien, se dijo Kaz. Estoy manejando esto. Entonces las aguas se elevaron.

Esta vez la ola fue tan alta como las agujas de la Iglesia del Trueque, lo dominaron y arrastraron bajo la superficie, un peso del que no podía escapar. Tenía a Jordie en los brazos, su cuerpo como pescado podrido apretado contra él. Kaz lo empujó, jadeando por aire.

Lo siguiente que supo es que estaba reclinado contra una pared de ladrillo. Tetera le estaba gritando mientras Beni huía. El cielo era gris por encima de él, y la peste del callejón llenó sus fosas nasales, el aroma cenizo y vegetal de la basura, el fétido olor de orina vieja.

—¿Qué demonios fue eso, Brekker? —gritó Tetera, la cara manchada de furia, la nariz silbando en una forma que debería haber sido divertida—. ¡Tan solo lo soltaste! ¿Qué tal si traía un cuchillo encima?



Kaz lo registró solo difusamente, Beni apenas lo había tocado, pero de alguna forma, sin los guantes, todo era mucho peor. La presión de piel, la flexibilidad de otro cuerpo humano tan cerca del suyo.

—¿Siquiera me estás escuchando, lamentable y flacuchillo granuja? —Tetera lo sujetó por la camisa, sus nudillos rozaron el cuello de Kaz, lanzando otra oleada de mareo contra él. Sacudió a Kaz hasta que los dientes le castañearon.

Tetera le dio a Kaz la paliza que había planeado para Beni y lo dejó sangrando en el callejón. No te volvías blando o te rendías a la distracción, no en un trabajo, no cuando alguien de tu equipo estaba contando contigo. Kaz apretó las manos en sus mangas, pero nunca lanzó un golpe.

Le había tomado casi una hora arrastrarse de ese callejón, y semanas para reconstruir el daño a su reputación. Cualquier resbalón en el Barril podía conducir a una mala caída. Encontró a Beni y lo hizo desear que Tetera hubiera sido el que le diera la golpiza. Volvió a ponerse los guantes y no se los quitó. Se volvió dos veces más despiadado, luchó dos veces más duro. Dejó de preocuparse por parecer normal, dejó que la gente viera un destello de la locura en su interior y los dejó suponer el resto. Si alguien se acercaba demasiado, lanzaba un golpe. Si alguien se atrevía a ponerle las manos encima, rompía una muñeca, dos muñecas, una mandíbula. *Manos Sucias*, lo llamaban. El perro rabioso de Haskell. La rabia en su interior ardió y aprendió a despreciar a la gente que se quejaba, que rogaba, que clamaba que habían sufrido. *Déjame enseñarte cómo luce el dolor*, decía, y entonces creaba una pintura con sus puños.

En la arena, la siguiente vez que Imogen le colocó los dedos en la manga, Kaz le sostuvo la mirada hasta que esa sonrisa de boca cerrada desapareció. Ella dejó caer la mano, apartó la mirada. Kaz regresó a contar el dinero.

Ahora Kaz golpeó su bastón contra el piso de la morgue.



—Terminemos con esto —le dijo a Nina, escuchando que su voz hacia un eco demasiado alto en la piedra fría. Deseaba salir de este lugar tan pronto como fuera posible.

Empezaron en lado opuestos, revisando las fechas en los cajones, buscando un cadáver que estuviera en el estado de descomposición apropiado. Aunque el pensamiento intensificó la tensión en su pecho. Se sentía como un grito en ascenso. Pero su mente había concebido este plan, sabiendo que lo llevaría a este lugar.

—Aquí —dijo Nina.

Kaz cruzó la habitación hasta ella. Se quedaron ante el cajón, ninguno de los dos se movió para abrirlo. Kaz sabía que ambos habían visto montones de cadáveres. No podías hacer una vida en las calles del Barril o como soldado en el Segundo Ejército sin encontrar muerte. Pero esto era diferente. Esto era putrefacción.

Al fin, Kaz enganchó la cabeza de cuervo de su bastón bajo la agarradera y tiró. El cajón era más pesado de lo que había anticipado, pero se abrió con un deslizamiento ágil. Él retrocedió.

—¿Estamos seguros que esto es una buena idea? —dijo Nina.

—Estoy abierto a mejores —dijo Kaz.

Ella soltó una larga bocanada de aire y luego apartó la sábana del cadáver. Kaz pensó en una serpiente cambiando de piel.

El hombre era de mediana edad, sus labios ya se estaban ennegreciendo con la putrefacción.

De niño, Kaz había aguantado la respiración cuando pasaba por un cementerio, seguro que, si abría la boca, algo terrible reptaría en su interior. La habitación se inclinó. Kaz intentó respirar superficialmente, forzándose de vuelta al presente. Extendió los dedos dentro de los guantes, sintió el tirón del cuero, sujetó el peso de su bastón en la palma.



—Me pregunto cómo murió —murmuró Nina mientras escrutaba los pliegues grises de la cara del hombre muerto.

—Solo —dijo Kaz, mirando las puntas de los dedos del hombre. Algo los había estado mordisqueando. Las ratas habían llegado a él antes que encontraran su cuerpo. O una de sus mascotas. Kaz sacó de su bolsillo el contenedor sellado de cristal que había hurtado del botiquín de Genya—. Toma lo que necesites.

Parado en la torre del reloj por encima de la suite de Colm, Kaz inspeccionó a su equipo. La ciudad aún estaba cubierta en oscuridad, pero el amanecer vendría pronto y ellos irían por caminos separados: Wylan y Colm a una panadería vacía para esperar el inicio de la subasta. Nina al Barril con sus encargos a la mano. Inej a la Iglesia del Trueque para tomar su posición en el tejado.

Kaz descendería a la plaza enfrente de la Bolsa, con Matthias y Kuwei y se encontraría con la tropa armada de la *vigilancia* que los escoltaría a la iglesia. Kaz se preguntaba cómo Van Eck se sentía sobre que sus propios oficiales protegieran al bastardo del Barril.

Se sentía más como él mismo que en días. La emboscada en casa de Van Eck lo había sacudido. No había estado listo para que Pekka Rollins reentrara en el campo en esos términos. No había estado preparado para la vergüenza, para los recuerdos de Jordie que habían regresado con mucha fuerza.

Me fallaste. La voz de su hermano, más fuerte que nunca en su cabeza. *Dejaste que te engañara de nuevo.*

Kaz había llamado a Jesper por el nombre de su hermano. Un mal resbalón. Pero tal vez había deseado castigarlos a ambos. Kaz ahora era mayor que Jordie cuando sucumbió a la Plaga de la Doncella de la Reina. Ahora podía mirar atrás y ver el orgullo



de su hermano, su hambre por un éxito rápido. *Tú me fallaste, Jordie. Tú eras mayor. Se suponía que fueras el listo.*

Pensó en Inej preguntando: *¿No había nadie que los protegiera?* Recordaba a Jordie sentado junto a él en un puente, sonriente y vivo, el reflejo de sus pies en el agua debajo de ellos, la calidez de una taza de chocolate caliente acunada en sus manos con mitones. *Se suponía que nos cuidábamos el uno al otro.*

Habían sido dos chicos de granja, que extrañaban a su padre, perdidos en esta ciudad. Así fue cómo Pekka los cogió. No era solo la atracción del dinero. Él les había dado un nuevo hogar. Una esposa falsa que les hizo *hutspot*, una hija falsa con la que Kaz jugara. Pekka Rollins los había atraído con un fuego cálido y la promesa de la vida que habían perdido.

Y eso era lo que te destruía al final: el anhelo por algo que nunca podrías tener.

Escaneó las caras de la gente junto a la que había luchado, sangrado. Les había mentido y ellos le habían mentido. Los había traído al infierno y sacado de ahí de nuevo.

Kaz posó las manos sobre su bastón, con la espalda hacia la ciudad. —Todos deseamos cosas diferentes de este día. Libertad, redención...

—¿Dinero contante y sonante? —sugirió Jesper.

—Bastante de eso. Hay montones de gente esperando interponerse en nuestro camino. Van Eck. El Consejo Mercante. Pekka Rollins y sus gorilas, unos cuantos países, y la mayoría de esta ciudad olvidada por los Santos.

—¿Esto se supone que sea inspirador? —preguntó Nina.

—Ellos no saben quiénes somos. No en realidad. No saben lo que hemos hecho, lo que hemos conseguido juntos. —Kaz golpeteó el piso con su bastón—. Así que mostrémosle que eligieron la maldita pelea equivocada.





Traducido por Brig20

¿Qué estoy haciendo aquí?

Wylan se inclinó hacia el lavabo y se echó agua fría en la cara. En unas pocas horas, comenzaría la subasta. Abandonaría la suite del hotel antes del amanecer. Era imperativo que si alguien fuese a buscar a Johannus Rietveld después de la subasta, encontrasen que se había ido hace mucho tiempo.

Dio un último vistazo en el espejo dorado del baño. La cara que le miraba le era familiar de nuevo, pero ¿quién era él realmente? ¿Un criminal? ¿Un fugitivo? ¿Un chico que era aceptable—tal vez más que aceptable—en demo?

Soy el hijo de Marya Hendriks.

Pensó en su madre, sola, abandonada, junto con su hijo defectuoso. ¿No había sido lo suficientemente joven como para procrear un heredero adecuado? ¿Habría sabido su padre en aquel entonces que querría deshacerse para siempre de cualquier evidencia de que Wylan hubiera existido?

¿Qué estoy haciendo aquí?

Pero sabía la respuesta. Solo él podía encargarse que su padre fuera castigado por lo que había hecho. Solo él podía encargarse de liberar a su madre.

Wylan se examinó en el espejo. Los ojos de su madre. Rizos de su madre. Se había sentido bien ser otra persona por un tiempo, olvidar que era un Van Eck. Pero no quería ocultarse más. Desde que los dedos de Prior se habían cerrado sobre su garganta, había estado huyendo. O tal vez había empezado mucho antes de esa fecha, en las tardes que



había pasado sentado en la despensa o enroscado en el descansillo de la ventana detrás de una cortina, con la esperanza de que todo el mundo lo olvidara, que la niñera regresara a su casa, que su tutor no llegara nunca.

Su padre también había querido desaparecer a Wylan. Él había querido desaparecerlo, igual que lo había hecho con su madre, y durante mucho tiempo, Wylan había querido exactamente lo mismo. Todo había comenzado a cambiar cuando llegó al Barril, cuando consiguió su primer trabajo, cuando conoció a Jesper, a Kaz e Inej, cuando había empezado a darse cuenta de que valía algo.

Jan Van Eck no iba a conseguir su deseo. Wylan no iba a ninguna parte.

—Estoy aquí por ella —dijo al espejo.

El chico de mejillas rosadas en el vidrio no pareció impresionado.

El sol apenas había comenzado a levantarse mientras Pim llevaba a Wylan y a Colm por la parte trasera del hotel y a través de una serie de giros confusos a la plaza que daba a la Bolsa. Por lo general, la panadería de *Beurstraat* habría estado abierta a esta hora, preparándose para servir a los comerciantes y a los mercaderes en camino a la Bolsa. Sin embargo, la subasta había puesto patas arriba los negocios ordinarios y el panadero había cerrado su tienda, tal vez con la esperanza de asegurar un asiento para ver los procedimientos por sí mismo.

Se pararon en la puerta de la plaza desierta por un momento insoportablemente largo, mientras Pim maniobraba la cerradura. Wylan se dio cuenta de que se había acostumbrado a la destreza con la que Kaz lograba allanar una morada. La puerta se abrió con un tintineo demasiado ruidoso y entonces estuvieron en el interior.

—Sin llantos —dijo Pim. Desapareció por la puerta antes de que Wylan pudiera responder.

Los estantes de la panadería estaban vacíos, pero se percibía el olor a pan y azúcar. Wylan y Colm se acomodaron en el suelo con la espalda apoyada en los estantes,



tratando de estar cómodos. Kaz les había dejado con instrucciones estrictas, y Wylan no tenía interés en hacer caso omiso de ellas. Johannus Rietveld nunca podría ser visto en la ciudad de nuevo, y Wylan sabía exactamente lo que su padre le haría si encontraba a su hijo vagando por las calles de Ketterdam.

Se sentaron en silencio durante horas. Colm se durmió. Wylan tarareó para sí, una melodía que había tenido en su cabeza por un tiempo. Necesitaría percusión, algo con un *rata-a-tat-tat* como disparos.

Echó un vistazo cauteloso por la ventana y vio a algunas personas que se dirigían a la Iglesia del Trueque, estorninos que tomaban vuelo en la plaza, y allí, solo a unos cientos de metros de distancia, la entrada a la Bolsa. No tenía necesidad de leer las palabras grabadas sobre el arco. Había oído a su padre repetirlas infinidad de veces. *Enjent, Voorhent, Almhent*. Industria, Integridad, Prosperidad. Jan van Eck había logrado dos de tres lo suficientemente bien.

Wylan no se dio cuenta que Colm estaba despierto hasta que dijo: —¿Qué te hizo mentir por mi hijo ese día en la tumba?

Wylan se dejó caer de nuevo en el suelo. Eligió cuidadosamente sus palabras. —Creo que sé lo que se siente hacer las cosas mal.

Colm suspiró. —Jesper lo hace una gran cantidad de veces. Es imprudente y tonto y propenso a bromear cuando no está justificado, pero... —Wylan esperó—. Lo que estoy tratando de decir es que es un montón de problemas, un montón. Sin embargo, vale la pena.

—Yo...

—Y es mi culpa que se comporte de esa manera. Estaba tratando de protegerlo, pero tal vez lo cargué con algo peor que todos los peligros que acechan por ahí. —Incluso a la débil luz de la mañana goteando a través de la ventana de la panadería, Wylan podía ver lo cansado que se veía Colm—. Cometí grandes errores.



Wylan trazó una línea en el suelo con el dedo. —Le dio alguien a quien recurrir. No importa lo que hizo o lo que salió mal. Creo que eso es más grande que los errores más grandes.

—¿Ves ahora? Es por eso que le gustas. Lo sé, lo sé... no es de mi incumbencia, y no tengo ni idea de si él sería bueno para ti. Es probable que te dé diez tipos de dolor de cabeza. Pero creo que tú serías bueno para él.

La cara de Wylan se enrojeció. Sabía cuánto amaba Colm a Jesper, lo había visto en cada gesto que había hecho. Significaba mucho que pensara que Wylan era lo suficientemente bueno para su hijo.

Un sonido provino de las cercanías de la puerta de entregas, y los dos se quedaron inmóviles.

Wylan se levantó, con el corazón palpitante. —Recuerde —susurró a Colm—. Permanezca oculto.

Caminó más allá de los hornos, en la parte posterior de la panadería. Los olores eran más fuertes aquí, la oscuridad más intensa, pero la habitación estaba vacía. Una falsa alarma.

—No es...

La puerta de entregas se abrió de golpe. Unas manos agarraron a Wylan desde atrás. Le tiraron de la cabeza hacia atrás, con la boca abierta por la fuerza mientras le colocaban un trapo en el interior. Le pusieron una bolsa sobre la cabeza.

—Ey, pequeño merca —dijo una voz profunda que no reconoció—. ¡Listo para reunirte con tu papi?

Tironearon de sus brazos hacia atrás y lo arrastraron a través de la puerta de entregas de la panadería. Wylan tropezó, apenas capaz de mantenerse en pie, incapaz de ver o de orientarse. Se cayó, golpeando sus rodillas dolorosamente contra los adoquines, y le dieron un tirón para levantarla.



—No me hagas cargarte, pequeño merca. No me pagan para eso.

—Por este lado —dijo uno de ellos, una chica—. Pekka está en el lado sur de la catedral.

—Esperen —dijo una voz nueva—. ¿A quién tienen ahí?

Su tono era entrometido. *Del cuerpo de vigilancia*, pensó Wylan.

—Alguien a quien el Concejal Van Eck estará muy feliz de ver.

—¿Es de la pandilla de Kaz Brekker?

—Simplemente corre como un buen soldado y dile que los Leones del Centavo tienen un presente esperándolo en la capilla de armamento.

Wylan oyó multitudes un poco más lejos. ¿Estaban cerca de la iglesia? Un momento más tarde fue halado rudamente hacia adelante y los sonidos cambiaron. Estaban en el interior. El aire era más fresco, la luz más tenue. Fue arrastrado hasta otro conjunto de escaleras, las espinillas le golpearon contra los bordes, y luego fue puesto en una silla, con las manos atadas a la espalda.

Oyó unos pasos subiendo las escaleras, el sonido de una puerta abriéndose.

—Lo tenemos —dijo la misma voz profunda.

—¿Dónde? —El corazón de Wylan trastabilló. *Pronúncialo, Wylan. Un niño de la mitad de tu edad puede leer esto sin esfuerzo.* Él había pensado que estaba preparado para esto.

Brekker lo había escondido en una panadería a solo unas cuadras de distancia.

—¿Cómo lo encontraron?

—Pekka nos ha tenido buscando en la zona. Anticipando que Brekker podría tratar de sacar algún truco en la subasta.

—Sin duda, intentando humillarme —dijo Jan Van Eck.



Retiraron la bolsa de la cabeza de Wylan y vio directamente a la cara de su padre.

Van Eck negó con la cabeza. —Cada vez que pienso que no me puedes decepcionar más, me demuestras que estoy equivocado.

Estaban en una pequeña capilla coronada por una cúpula. Las pinturas al óleo sobre el muro presentaban escenas de batallas y montones de armamento. La capilla tenía que haber sido donada por una familia de fabricantes de armas.

En los últimos días, Wylan había estudiado los planos de la Iglesia del Trueque, trazando mapas de los nichos y bovedillas de las azoteas con Inej, dibujando la catedral y las largas naves en forma de dedos de la mano de Ghezen. Él sabía exactamente dónde estaba—una de las capillas al final del meñique de Ghezen. El suelo estaba alfombrado, la única puerta daba a la escalera, y las únicas ventanas daban a la azotea. Incluso si él no estuviese amordazado, dudaba que alguien más aparte de las pinturas fuera capaz de oírle gritar pidiendo ayuda. Dos personas estaban detrás de Van Eck: una chica en pantalones de rayas, el cabello amarillo afeitado a la mitad de la cabeza, y un chico robusto vestido con tela a cuadros y tirantes. Los dos llevaban los brazaletes de color púrpura que indicaban que actuaban como representantes del cuerpo de *vigilancia*. Ambos llevaban el tatuaje de los Leones del Centavo.

El chico sonrió. —¿Quiere que vaya a buscar a Pekka? —preguntó a Van Eck.

—No hay necesidad. No quiero que aparte los ojos de los preparativos para la subasta. Y esto es algo que prefiero manejar por mí mismo. —Van Eck se inclinó—. Escucha, chico. El Espectro fue visto con un miembro del Triunvirato Grisha. Sé que Brekker está trabajando con los ravkanos. A pesar de todas tus muchas deficiencias, todavía llevas mi sangre. Dime lo que él ha planeado y me aseguraré que cuiden de ti. Tendrás una pensión. Podrás vivir en algún lugar cómodo. Voy a quitarte la mordaza. Si gritas, dejaré que los amigos de Pekka hagan lo que quieran contigo, ¿entendido?

Wylan asintió. Su padre retiró el trapo de su boca.

Wylan se pasó la lengua por los labios y escupió en la cara de su padre.



Van Eck sacó un pañuelo con monograma de nieve del bolsillo. Bordado con el laurel rojo. —Un informe adecuado viniendo de un chico que apenas puede formar palabras. —Se limpió la saliva de la cara—. Vamos a intentar esto de nuevo. Dime lo que Brekker está planeando con los ravkanos y puedo dejarte vivir.

—¿Cómo dejas que viva mi madre?

El estremecimiento en su padre fue apenas perceptible, como una marioneta tirada una vez por sus cuerdas, y luego regresada a su posición de descanso.

Van Eck dobló su pañuelo sucio dos veces, lo guardó. Asintió con la cabeza al chico y a la chica. —Hagan lo que tengan que hacer. La subasta comienza en menos de una hora, y quiero respuestas antes de que comience.

—Sostenlo —dijo el chico corpulento a la muchacha. Ella arrastró a Wylan para ponerlo de pie, y el chico se acomodó un par de puños de bronce de su bolsillo—. Él no va a ser tan bonito después de esto.

—A quién le importa? —dijo Van Eck encogiéndose de hombros—. Solo asegúrense de que esté consciente. Quiero información.

El chico miró a Wylan con escepticismo. —¿Seguro que deseas hacerlo de esta manera, pequeño merca?

Wylan invocó a los trocitos de bravuconería que había aprendido de Nina, la voluntad que había aprendido de Matthias, el enfoque que había estudiado en Kaz, el valor que había aprendido de Inej, y la esperanza imprudente y salvaje que había aprendido de Jesper, la creencia de que, sin importar las adversidades, de alguna manera iban a ganar.

—No voy a hablar —dijo.

El primer golpe le rompió dos costillas. El segundo le hizo toser sangre.

—Tal vez deberíamos romperte los dedos para que no puedas tocar esa flauta infernal —Van Eck sugirió a uno de ellos.



Estoy aquí por ella, Wylan se recordó. Estoy aquí por ella.

Al final, él no era Nina o Matthias o Kaz o Inej o Jesper. No era más que Wylan Van Eck. Él les contó todo.





Traducido por Azhreik

Entrar en la Iglesia del Trueque no era tarea fácil esta mañana. Debido a su posición cerca de la Bolsa y el *Beurscanal*, su tejado no se unía a ningún otro, y sus entradas ya estaban rodeadas por guardias cuando Inej llegó. Pero ella era el Espectro; estaba hecha para encontrar lugares ocultos, los rincones y grietas donde nadie pensaba en mirar.

No se permitiría ningún arma en el interior de la Iglesia del Trueque durante la subasta, así que el rifle de Jesper estaba asegurado a su espalda. Ella esperó fuera de vista hasta que avistó a un grupo de guardias de la *vigilancia* rodando un carromato lleno de leña hacia las inmensas puertas dobles de la iglesia. Inej asumió que eran los preparativos de alguna clase de barricada para el escenario o las naves de los dedos. Esperó hasta que el carromato se hubo detenido, luego se remetió la capucha en la túnica para que no arrastrara en el piso y se deslizó debajo del carro. Se aferró al eje, su cuerpo apenas a centímetros por encima del empedrado, y permitió que la rodaran directamente por el pasillo central. Antes que alcanzaran el altar, se dejó caer y rodó entre los bancos, apenas evitando las ruedas del carro.

El piso era piedra fría debajo de su vientre mientras reptaba por la anchura de la iglesia, luego esperó al final del pasillo y se movió rápidamente detrás de una de las columnas de la arcada occidental. Se movió de columna en columna, luego se deslizó en la nave que la conduciría a las capillas del pulgar. Una vez más, se puso a reptar para poder utilizar las bancas de la nave como cubierta. No sabía dónde debían estar patrullando los guardias, y no tenía deseos de que la atraparan fácilmente por merodear por la iglesia.



Alcanzó la primera capilla, luego trepó las escaleras a la capilla naranja de encima. Su altar estaba recubierto de oro, pero construido para asemejar cráteres de naranjas y otras frutas exóticas. Enmarcaba una pintura al óleo DeKappel que mostraba una familia de mercaderes vestidos de negro, acunados en la mano de Ghezen, flotando sobre una arboleda de cítricos.

Escaló el altar y se impulsó hacia el domo de la capilla, aferrándose de tal forma que casi colgaba cabeza abajo. Una vez que alcanzó el centro de la cúpula, apretó la espalda contra el pequeño domo que coronaba el domo más largo como un sombrero. Aunque dudaba que pudieran escucharla allí, esperó hasta que los sonidos de serruchar y martillar de la catedral empezaron, luego posicionó su pie enfrente de uno de los delgados vitrales que proporcionaban luz a la capilla y pateó. En el segundo intento, el cristal se fracturó, derramándose hacia afuera. Inej se cubrió la mano con su manga para despejar el exceso de esquirlas y se desplazó hasta la cima del domo. Enganchó una cuerda para trepar a la ventana e hizo rappel por el costado del domo hasta el tejado de la nave, donde dejó el rifle de Jesper. No deseaba que la desequilibrara.

Estaba encima del pulgar de Ghezen. La niebla matutina había comenzado a evaporarse y podía sentir que el día sería caluroso. Siguió el pulgar de vuelta al empinado gablete con agujas de la catedral principal y comenzó a trepar una vez más.

Esta era la parte más alta de la iglesia, pero el terreno era familiar, y eso facilitaba el trayecto. De todos los tejados en Ketterdam, el de la catedral era el favorito de Inej. No había tenido buenas razones para aprender sus contornos. Había montones de otros lugares desde los cuales podría haber observado la Bolsa o el *Beurscanal* cuando un trabajo lo requería, pero siempre había elegido la Iglesia del Trueque. Sus agujas eran visibles casi desde cualquier lugar en Ketterdam, el cobre de su tejado estaba enverdecido desde hace mucho y cruzado por columnas de volutas de metal, llenas de perfectos asideros y ofrecía bastante cobertura. Era como una extraña tierra de hadas gris-verde que nadie más en la ciudad conseguía ver.

La equilibrista en ella había imaginado correr por una cuerda entre sus agujas más altas. *¿Quién se atrevería a desafiar la muerte misma? Yo lo haría.* Los kerch

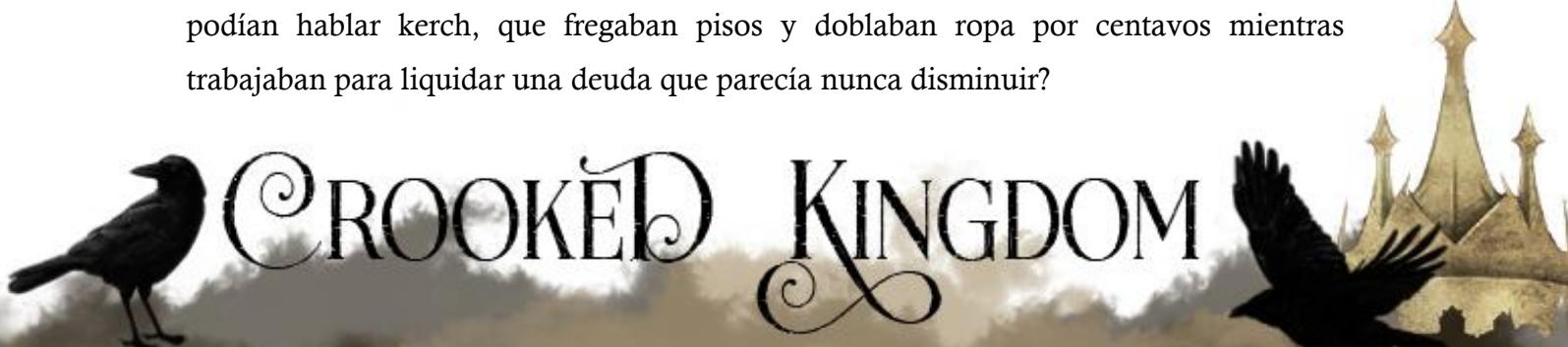


probablemente considerarían blasfemo ejecutar acrobacias encima de su catedral. A menos, por supuesto, que ella pagara una cuota.

Plantó los explosivos que Kaz había descrito como su «seguro» en las ubicaciones que ella y Wylan habían acordado mientras hacían el mapa de la catedral. Solo en la mente de Kaz el caos podría contar como seguro. Las bombas estaban destinadas a ser ruidosas, pero harían poco daño. Aun así, si algo salía mal y se necesitaba una distracción, estarían allí.

Cuando terminó, se posicionó en uno de los bolsillos de volutas de metal que miraban por encima del ábside y la vasta nave de la catedral. Aquí, su vista de los procedimientos no sería obstruida por nada más que una serie de amplias ranuras y la barrera de red entre ellas. Había veces en que venía aquí solo para escuchar la música del órgano o escuchar las voces alzadas en melodía. Muy por encima de la ciudad, los acordes del órgano de tubos hacían eco entre la piedra, se sentía más cerca de sus Santos.

La acústica era lo bastante buena para que hubiera podido escuchar cada palabra de los sermones si lo hubiera deseado, pero elegía ignorar esas partes del servicio. Ghezen no era su dios, y no tenía deseos de ser sermoneada sobre cómo podría servirlo mejor. Tampoco sentía aprecio por el altar de Ghezen: una roca plana, sin gracia, alrededor de la cual había sido construida la iglesia. Algunos la llamaban la Primera Fragua, otros Mortero, pero hoy sería utilizado como bloque de subasta. Eso retorcía el estómago de Inej. Ella supuestamente era una trabajadora con contrato, traída a Kerch por su propia voluntad. Eso es lo que decían los documentos. No contaban la historia de su secuestro, su terror en la bodega de un barco esclavista, la humillación que había sufrido a manos de Tantee Heleen, o la miseria de su existencia en la Colección. Kerch se había construido sobre el comercio, pero ¿cuánto de ese comercio había sido de humanos? Un ministro de Ghezen podría pararse en ese altar y despotricar contra la esclavitud, pero ¿cuánto de esta ciudad había sido construido con impuestos de las casas de placer? ¿Cuántos miembros de su congregación empleaban chicos y chicas que apenas podían hablar kerch, que fregaban pisos y doblaban ropa por centavos mientras trabajaban para liquidar una deuda que parecía nunca disminuir?



Si Inej conseguía su dinero, si conseguía su barco, podría hacer su parte para cambiar todo eso. Si sobrevivía a este día. Se imaginó a todos: Kaz, Nina, Matthias, Jesper, Wylan, Kuwei (quien había tenido tan poca elección respecto al curso de su propia vida); subidos todos en una cuerda, con balance precario, sus vidas vinculadas por la esperanza y fe los unos en los otros. Pekka estaría patrullando la iglesia debajo, y sospechaba que Dunyasha estaría cerca. Ella había denominado su sombra a la chica de marfil y ámbar, pero tal vez ella también era una señal, un recordatorio de que Inej no había sido hecha para esta vida. Y, aun así, era difícil no sentir que esta ciudad era su hogar, que Dunyasha era la intrusa aquí.

Ahora Inej observó a los guardias haciendo el ultimo barrido al piso de la iglesia, revisando los rincones y capillas. Sabía que podrían enviar a unos cuantos bravos oficiales a que revisaran el tejado, pero había bastantes lugares para ocultarse, si era necesario, sencillamente podía deslizarse de vuelta al domo de la capilla del pulgar para esperar a que se marcharan.

Los guardias se acomodaron en sus puestos, e Inej escuchó al capitán dar órdenes sobre dónde estarían sentados en el escenario los miembros del Consejo Mercante. Atisbó al medik universitario que había sido traído para verificar la salud de Kuwei y vio a un guardia acomodar un podio en el lugar donde se pararía el subastador. Sintió una oleada de irritación cuando vio a unos cuantos Leones del Centavo caminando por los pasillos con los guardias. Sacaban el pecho, disfrutando su nueva autoridad, los unos a los otros aludiendo a las bandas purpura de la *vigilancia* en sus brazos y riendo. La *vigilancia* real no lucía complacida, e Inej pudo ver al menos a dos miembros del Consejo Mercante observando sus procederes con ojo cauto. ¿Se estaban preguntando si habían obtenido más de lo que habían pedido al permitir que un montón de matones del Barril fueran nombrados guardias en funciones? Van Eck había empezado su baile con Rollins, pero Inej dudaba que el rey del Barril lo dejara llevar el liderazgo durante mucho tiempo.

Inej escaneó el horizonte, hasta el Puerto y las negras torres de obelisco. Nina había estado en lo correcto sobre el Consejo de Mareas. Parecía que preferían permanecer encerrados en sus atalayas. Aunque, ya que sus identidades eran desconocidas, Inej suponía que podían estar sentados en la catedral ahora mismo. Miró



hacia el Barril, esperando que Nina estuviera a salvo y no hubiera sido descubierta, que la pesada presencia de *la vigilancia* en la iglesia significara un tránsito más sencillo en las calles.

En la tarde, los bancos empezaron a llenarse con espectadores curiosos: vendedores con vestimenta basta, pervertidos y matones recién salidos de las Duelas y engalanados con sus mejores ropas llamativas del Barril, parvadas de mercaderes vestidos de negro, algunos acompañados por sus esposas, sus caras pálidas meciéndose por encima de sus cuellos de encaje blanco, las cabezas coronadas con trenzas.

Los diplomáticos fjerdanos vinieron a continuación. Vestían plata y blanco y estaban rodeados por *driiskelle* en uniformes negros, todo cabello dorado y piel dorada. Su tamaño por sí solo era sobrecogedor. Inej asumía que Matthias debía conocer a algunos de estos hombres y chicos. Habría servido con ellos. ¿Cómo sería para él verlos de nuevo, ahora que lo habían tachado de traidor?

La delegación zemeni siguió, con cinturones de armas vacíos en sus caderas, forzados a despojarse de sus armas en las puertas. Eran tan altos como los *driiskelle*, pero más enjutos en constitución; algunos color bronce como ella, otros del mismo café oscuro que Jesper, algunos con cabezas rapadas, otros con cabello en gruesas trenzas y moños retorcidos. Allí, metido entre las dos últimas filas de los zemeníes, Inej atisbió a Jesper. Por una vez, no era la persona más alta en una multitud, y con el cuello de su abrigo de algodón encerado girado hacia arriba, rodeándole la mandíbula, y un sombrero puesto por encima de las orejas, era casi irreconocible. O eso esperaba Inej.

Cuando los ravkanos llegaron, el zumbido en la habitación se elevó a un rugido. ¿Qué pensaba la multitud de vendedores, mercaderes y alborotadores del Barril de esta gran exhibición internacional?

Un hombre vestido con un abrigo de levita conducía la delegación ravkana, rodeado por un enjambre de soldados ravkanos en vestimenta militar azul pálido. Este tenía que ser el legendario Sturmhond. Era pura confianza, flanqueado por Zoya Nazyalenski en un lado y Genya Safin en el otro, sus zancadas tranquilas y relajadas, como si estuviera dando una vuelta en la cubierta de uno de sus barcos. Tal vez ella



debería haberse encontrado con los ravkanos cuando tuvo la oportunidad. ¿Qué podría aprender en un mes con la tripulación de Sturmhond?

Los fjerdanos se levantaron e Inej pensó que podría empezar una pelea cuando los *driuskelle* enfrentaron a los soldados ravkanos, pero dos miembros del Consejo Mercante se apresuraron a adelantarse, respaldados por una tropa de la *vigilancia*.

—Kerch es territorio neutral —les recordó uno de los mercaderes, su voz era alta y nerviosa—. Estamos aquí en asuntos de negocios, no de guerra.

—A cualquiera que viole la santidad de la iglesia del Trueque no se le permitirá pujar —insistió el otro, agitando las negras mangas.

—¿Por qué su débil rey manda a un sucio pirata a hacer las pujas? —bufó el embajador fjerdano, sus palabras hicieron eco a través de la catedral.

—Corsario —corrigió Sturmhond—. Supongo que él creyó que mi buena apariencia me daría la ventaja. No es una preocupación de dónde usted proviene, ¿entiendo?

—Ridículo pavoreal engreído. Apestas a vileza Grisha.

Sturmhond olfateó el aire. —Estoy asombrado de que pueda detectar cualquier cosa por encima de la peste a hielo y endogamia.

El embajador se tornó púrpura, y uno de sus acompañantes lo apartó velozmente.

Inej rodó los ojos. Eran peores que una pareja de jefes del Barril enfrentándose en las Duelas.

Erizados y gruñendo, los fjerdanos y ravkanos tomaron asiento en lados opuestos del pasillo, y la delegación kaelish entró con poca fanfarria. Pero, segundos después, todos estaban de pie de nuevo cuando alguien gritó: —¡Los shu!

Todos los ojos se giraron hacia las puertas inmensas de la catedral mientras los shu entraban, una marea de estandartes rojos representados con los caballos y llaves, sus uniformes oliva engalanados con oro. Sus expresiones fueron pétreas mientras recorrían



el pasillo, luego se detuvieron cuando el embajador shu discutió furiosamente que su delegación debería estar sentada al frente de la habitación y que le estaban dando preferencia a los ravkanos y fjerdanos al colocarlos más cerca del escenario. ¿Los Kherguud estaban entre ellos? Inej miró hacia el pálido cielo primaveral. No le gustaba la idea de ser arrebatada de su percha por un soldado alado.

Eventualmente, Van Eck recorrió a zancadas el pasillo, desde donde sea que hubiera estado merodeando junto al escenario y espetó: —Si deseaban sentarse al frente, deberían haber renunciado al drama de una gran entrada y llegado aquí a tiempo.

Los shu y los kerch estuvieron en un tira y afloja un rato más hasta que al fin, los shu se acomodaron en sus asientos. El resto de la multitud bullía con murmullos y miradas especulativas. La mayoría de ellos no sabía lo que Kuwei valía o solo habían oído rumores de la droga conocida como *jurda parem*, así que debían preguntarse por qué un chico shu había atraído semejantes postores a la mesa. Los pocos mercaderes que se habían sentado en los bancos frontales con la intención de hacer una puja, estaban intercambiando encogimientos de hombros y sacudiendo la cabeza con perplejidad. Claramente, este no era un juego para jugadores casuales.

Las campanas de la iglesia comenzaron a tocar tres campanadas, justo detrás de las de la torre del reloj Geldrenner. Cayó el silencio. El Consejo Mercante se reunió en el escenario. Y entonces Inej vio girarse cada cabeza en la habitación. Las grandes puertas dobles de la iglesia se abrieron y Kuwei Yul-Bo entró, flanqueado por Kaz y Matthias y una escolta armada de la vigilancia. Matthias vestía sencillas ropas de negociante, pero aun así conseguía lucir como un soldado en desfile. Con su ojo negro y labio partido, Kaz lucía incluso menos respetable de lo usual, a pesar de las líneas severas de su traje negro.

Los gritos empezaron inmediatamente. Era difícil saber quién estaba causando el revuelo más ruidoso. Los criminales más buscados en la ciudad estaban recorriendo el pasillo central de la Iglesia del Trueque. Ante el primer vistazo a Kaz, los Leones del Centavo apostados a lo largo de la catedral empezaron a abuchear. Matthias



instantáneamente había sido reconocido por sus hermanos *driūskelle*, quienes le estaban gritando lo que Inej presumió que eran insultos en fjerdano.

La santidad de la subasta protegería a Kaz y Matthias, pero solo hasta que cayera el mazazo final. Incluso así, ninguno de ellos parecía remotamente preocupado. Caminaban con las espaldas derechas y ojos mirando hacia delante, Kuwei apretado a salvo entre ellos.

Kuwei estaba lidiando peor con todo. Los shu estaban gritando la misma palabra una y otra vez, *sheyao, sheyao*, y lo que sea que significara, con cada grito, Kuwei parecía encogerse más sobre sí.

El subastador de la ciudad se aproximó al estrado elevado y tomó su lugar en el podio junto al altar. Era Jellen Radmakker, uno de los inversionistas que habían invitado a la absurda presentación de Jesper sobre futuros de combustible. De la investigación que había hecho para Kaz, Inej sabía que él era escrupulosamente honesto, un hombre devoto, sin familia, excepto una hermana igualmente piadosa que pasaba sus días fregando los pisos de edificios públicos en servicio a Ghezen. Era pálido, con abundantes cejas naranja y postura encorvada que le daba la apariencia de un camarón gigante.

Inej escaneó las ondulantes espirales de la catedral, los tejados de las naves de los dedos que salían de la palma de Ghezen. Aún ninguna patrulla en el tejado. Era casi insultante. Pero tal vez Pekka Rollins y Jan Van Eck tenían algo más planeado para ella.

Radmakker bajó su mazo en tres arcos furiosos. —Que haya orden —gritó. El clamor en la habitación se redujo a un murmullo descontento.

Kuwei, Kaz y Matthias subieron al escenario y tomaron sus lugares junto al podio, Kaz y Matthias bloqueaban parcialmente de la vista al Kuwei tembloroso.

Radmakker esperó el absoluto silencio. Solo entonces empezó a recitar las reglas de la subasta, seguido por los términos del contrato vinculante ofrecido por Kuwei. Inej echó un vistazo a Van Eck. ¿Cómo era para él estar tan cerca del premio que había buscado durante tanto tiempo? Su expresión era alta, ansiosa. *Ya está calculando su siguiente movimiento*, se percató Inej. Mientras Ravka no tuviera la puja ganadora... y



cómo podrían, con sus arcas de guerra minguadas tremadamente, Van Eck obtendría su deseo: el secreto de *jurda parem* desatado sobre el mundo. El precio de la *jurda* se elevaría a alturas inimaginables, y entre sus propiedades privadas secretas y sus inversiones en el consorcio de *jurda* manejado por Johannus Rietveld, él sería rico más allá de todos los sueños.

Radmakker hizo señas para que se adelantara un medik de la Universidad, un hombre con una brillante coronilla calva. Tomó el pulso de Kuwei, midió su altura, le escuchó los pulmones, examinó su lengua y dientes. Era un espectáculo bizarro, desagradablemente cercano al recuerdo de Inej de ser pinchada y toqueteada por Tante Heleen en la cubierta de un barco esclavista.

El medik terminó y cerró su bolsa.

—Por favor haga su declaración —dijo Radmakker.

—La salud del chico es buena.

Radmakker se giró hacia Kuwei. —¿Libremente consientes acatar las reglas de esta subasta y su resultado?

Si Kuwei replicó, Inej no pudo escucharlo.

—*Habla alto, chico.*

Kuwei lo intentó de nuevo. —Así es.

—Entonces procedamos. —El medik bajó y Radmakker levantó su mazo una vez más—. Kuwei Yul-Bo da libremente su consentimiento a estos procedimientos y por tanto ofrece su servicio por un precio justo según guie la mano de Ghezen. Todas las pujas serán hechas en *kruge*. A los postores se les conmina a mantener silencio cuando no estén haciendo ofertas. Cualquier interferencia en esta subasta, cualquier puja hecha no en buena fe será castigada por el peso completo de la ley kerch. La puja empezará con un millón de *kruge*. —Hizo una pausa—. En el nombre de Ghezen, que la subasta comience.



Y entonces estaba sucediendo, un clamor de números que Inej apenas podía seguir, las pujas subiendo conforme Radmakker golpeaba su mazo tras cada postor, repitiendo las ofertas en staccato pletórico.

—Cinco millones de *kruge* —gritó el embajador shu.

—Cinco millones —repitió Radmakker—. ¿Tengo seis?

—Seis —ofrecieron los fjerdanos.

Los gritos de Radmakker rebotaron de las paredes de la catedral como disparos. Sturmhond esperó, dejando que los fjerdanos y shu batearan números de aquí para allá, el delegado zemeni ocasionalmente subía el precio en incrementos más cautelosos, intentando ralentizar la inercia de las pujas. Los kaelish estaban sentados en silencio en sus bancos, observando el proceder. Inej se preguntaba cuánto sabían ellos, y si estaban indispuestos o sencillamente incapaces de pujar.

La gente ahora se estaba levantando, incapaz de mantenerse en sus asientos. Era un día cálido, pero la actividad en la catedral parecía haber elevado la temperatura. Inej podía ver a la gente abanicándose, e incluso los miembros del Consejo Mercante, reunidos como un jurado de urracas, habían empezado a limpiarse las frentes.

Cuando la puja alcanzó cuarenta millones de *kruge*, Sturmhond finalmente elevó la mano.

—Cincuenta millones de *kruge* —dijo. La iglesia del Trueque quedó en silencio.

Incluso Radmakker hizo una pausa, su comportamiento tranquilo sacudido, antes de repetir: —Cincuenta millones de *kruge* de la delegación ravkana. —Los miembros del Consejo Mercante estaban susurrando unos a otros detrás de las manos, sin duda emocionados ante la comisión que estaban a punto de ganar por el precio de Kuwei.

—¿Escuchó otra oferta? —preguntó Radmakker.



Los shu estaban conferenciando. Los fjerdanos estaban haciendo lo mismo, aunque parecían estar peleando más que consultándose. Los zemeníes parecían estar esperando a ver lo que sucedía a continuación.

—Sesenta millones de *kruge* —declararon los shu.

Una contraoferta elevada diez millones. Justo como Kaz había anticipado.

Los fjerdanos ofrecieron a continuación, sesenta millones y doscientos mil. Era visible que le costaba a su orgullo ofrecer un incremento tan pequeño, pero los zemeníes también parecían ansiosos por enfriar la puja. Pujaron a sesenta millones quinientos mil.

El ritmo de la subasta cambió, subiendo a un ritmo más lento, flotando debajo de los sesenta y dos millones hasta que al fin se alcanzó el hito, y los shu parecieron impacientarse.

—Setenta millones de *kruge* —dijo el embajador shu.

—Ochenta millones —gritó Sturmhond.

—Noventa millones. —Los shu ya no se molestaron en esperar ahora a Radmakker.

Incluso desde su puesto, Inej podía ver la cara pálida y asustada de Kuwei. Los números habían subido demasiado alto, demasiado rápido.

—Noventa y un millones —dijo Sturmhond en un intento tardío de ralentizar el ritmo.

Como si se hubiera cansado del juego, el embajador shu se adelantó y rugió: —Ciento diez millones de *kruge*.

—Ciento diez millones de *kruge* de la delegación shu —gritó Radmakker, su calma arrasada por la suma—. ¿Escucho otra oferta?

La iglesia del Trueque estaba en silencio, como si aquellos reunidos hubieran inclinado la cabeza en oración.



Sturmhond soltó una risa abrupta y se encogió de hombros. —Ciento veinte millones de *kruge*.

Inej se mordió el labio tan fuerte que sacó sangre.

Bum. Las masivas puertas dobles se abrieron bruscamente. Una oleada de agua de mar se estrelló en la nave, haciendo espuma entre los bancos, luego se desvaneció en una nube de niebla. Las charlas excitadas de la multitud se convirtieron en gritos alarmados.

Quince figuras encapuchadas de azul entraron en fila, sus túnicas se agitaban como capturadas por un viento invisible, sus caras oscurecidas por la niebla.

La gente gritó por sus armas; algunos se aferraron unos a otros y gritaron. Inej vio a un mercader agacharse, abanicando frenéticamente a su esposa inconsciente.

Las figuras se deslizaron por el pasillo, sus atuendos se movían en ondas lentas.

—Somos el Consejo de Mareas —dijo la figura encapuchada de azul a la delantera, una voz femenina, baja e imponente. La niebla ocultaba su cara completamente, se transformaba debajo de su capucha en una máscara continuamente cambiante—. Esta subasta es una farsa.

Murmurlos commocionados se elevaron de la multitud.

Inej escuchó a Radmakker llamar al orden, y entonces ella esquivó a la izquierda, moviéndose instintivamente cuando escuchó una suave ráfaga. Una diminuta cuchilla circular pasó cortando, desgarrando la manga de su túnica y rebotó en el tejado de cobre.

—Esa fue una advertencia —dijo Dunyasha. Estaba parada sobre la voluta de una de las agujas, a nueve metros de Inej, su capucha marfil estaba levantada alrededor de su cara, brillante como nieve recién caída debajo del sol de la tarde—. Te miraré a los ojos cuando te envíe a tu muerte.

Inej alcanzó sus cuchillos. Su sombra exigía una respuesta.



LEIGH BARDUGO

THE DREGS

PARTE SEIS

ACCIÓN & ECHO





Traducido por Azhreik

Matthias mantuvo el cuerpo quieto, contemplando el caos que había hecho erupción sobre la Iglesia del Trueque. Estaba intensamente consciente de los miembros del Consejo sentados detrás de él, una parvada de cuervos con trajes negros graznándose unos a otros, cada uno más alto que el anterior... todos excepto Van Eck, quien se había apoltronado profundamente en su silla, sus dedos unidos en pico frente a él, una mirada de suprema satisfacción en el rostro. Matthias podía ver al hombre llamado Pekka Rollins reclinado contra una columna en la arcada oriental. Sospechaba que el jefe de pandilla se había posicionado deliberadamente en la línea de visión de Kaz.

Radmakker exigió orden, levantando la voz, los mechones de su cabello naranja pálido se agitaban con cada golpe de su mazo. Era difícil decir qué había alborotado más a la habitación... la posibilidad de que la subasta estuviera amañada o la aparición del Consejo de Mareas. Kaz aseguró que nadie conocía las identidades de los Mareas... y si Manos Sucias y el Espectro no podían extraer un secreto, entonces nadie podía. Aparentemente, habían aparecido por última vez en público veinticinco años antes, para protestar por la propuesta de destrucción de uno de las torres obelisco para crear un nuevo astillero. Cuando el voto no había salido a su favor, habían mandado una enorme ola para aplastar el Salón de la Guardia. El Consejo había dado marcha atrás y un nuevo Salón de la Guardia había sido erigido en el antiguo sitio, con menos ventanas y unos cimientos más fuertes. Matthias se preguntaba si alguna vez se acostumbraría a escuchar semejantes historias del poder Grisha.



Es solo otra arma. Su naturaleza depende de quien la blande. Tendría que seguir recordándoselo. Los pensamientos de odio eran tan viejos que se habían convertido en instintos. Eso no era algo que pudiera curar de la noche a la mañana. Como Nina con la *parem*, bien podría ser una lucha de por vida. Para este momento, ella estaría muy metida en su asignación en el Barril. O tal vez habría sido descubierta y arrestada. Mandó una plegaria a Djel. *Mantenla a salvo mientras yo no puedo.*

Sus ojos se desviaron a la delegación fjerdana reunida en los bancos frontales y los *drüskelle* allí. Conocía a muchos por nombre, y ellos ciertamente lo conocían a él. Podía sentir el borde agudo de su disgusto. Un chico lo fulminaba desde la primera fila, estremeciéndose de furia, ojos como glaciares, cabello tan rubio que era casi blanco. ¿Qué heridas habían explotado sus comandantes para poner esa mirada en sus ojos? Matthias le sostuvo la mirada firmemente, aceptando el embate de su ira. No podía odiar a este chico. Él había sido ese chico. Eventualmente, el chico cabello de hielo apartó la mirada.

—¡La subasta está autorizada por la ley! —gritó el embajador shu—. No tienen derecho a detener los procedimientos.

Los Mareomotores elevaron los brazos. Otra ola atravesó las puertas abiertas y rugió por el pasillo, arqueándose sobre las cabezas de los shu y quedándose allí flotando.

—Silencio —exigió la Mareomotor líder. Esperó otra protesta y cuando ninguna llegó, la ola se curvó hacia atrás y salpicó inofensiva en el piso. Se deslizó por el pasillo como una serpiente plateada—. Hemos recibido noticia de que estos procedimientos han sido comprometidos.

Los ojos de Matthias se dispararon hacia Sturmhond. El corsario había compuesto sus rasgos en una leve sorpresa, pero incluso desde el escenario, Matthias podía percibir su temor y preocupación. Kuwei estaba temblando, con los ojos cerrados, susurrando para sí en shu. Matthias no podía decir lo que Kaz estaba pensando. Nunca podía.



—Las reglas de la subasta son claras —dijo la Mareomotor—. Ni al del contrato ni sus representantes se les permite interferir con el resultado de la subasta. El mercado debe decidir.

Los miembros del Consejo Mercante estaban ahora de pie, exigiendo respuestas, reuniéndose alrededor de Radmakker al frente del escenario. Van Eck hizo una gran exhibición de gritar junto con los otros, pero se detuvo junto a Kaz, y Matthias lo oyó murmurar: —Y aquí estaba pensando que tendría que ser yo el que revelara tu estratagema con los ravkanos, pero parece que los Mareas tendrán el honor. —Sus labios se curvaron en una sonrisa de satisfacción—. Wylan recibió una buena paliza antes de delatarte a ti y tus amigos —dijo, moviéndose hacia el podio—. Nunca supe que el chico tuviera tantas agallas.

—Se creó un falso fondo para estafar dinero a los mercaderes honestos — continuó la Mareomotor—. Ese dinero fue canalizado a uno de los postores.

—¡Por supuesto! —dijo Van Eck con sorpresa falsa—. ¡Los ravkanos! ¡Todos sabíamos que no tenían los fondos para pujar competitivamente en semejante subasta! —Matthias podía escuchar lo mucho que estaba disfrutando—. Estamos conscientes de cuánto dinero ha pedido prestado la corona ravkana de nosotros durante los últimos dos años. Apenas pueden pagar los intereses. No tienen ciento veinte millones de *kruge* listos para pujar en una subasta abierta. Brekker debe estar trabajando con ellos.

Todos los postores estaban ahora fuera de sus asientos. Los fjerdanos estaban gritando por justicia. Los shu habían empezado a pisotear el suelo y golpear el respaldo de las bancas. Los ravkanos estaban parados a mitad de la vorágine, rodeados por enemigos a cada lado. Sturmhond, Genya y Soya estaban en el centro de todo, con las barbillas en alto.

—Haz algo —gruñó Matthias a Kaz—. Esto está a punto de tornarse feo.

La cara de Kaz era tan impasible como siempre. —¿Eso crees?

—Maldición, Brekker. Tú...



Los Mareas elevaron los brazos y la iglesia se sacudió con otro estallido resonante. El agua salpicó por las ventanas del balcón superior. La multitud se acalló, pero el silencio no era completo. Bullía con murmullos furiosos.

Radmakker golpeó con el mazo, intentando recuperar algo de autoridad. —Si tienen evidencia contra los ravkanos...

La Mareomotor habló detrás de su máscara de niebla. —Los ravkanos no tienen nada que ver con esto. El dinero fue transferido a los shu.

Van Eck parpadeó, luego cambió de pista. —Bueno entonces, Brekker forjó alguna clase de trato con los shu.

Instantáneamente, los shu estuvieron gritando sus negativas, pero la voz de la Mareomotor fue más alta.

—El fondo falso fue creado por Johannus Rietveld y Jan Van Eck.

La cara de Van Eck se puso blanca. —No, eso no es correcto.

—Rietveld es un granjero —tartamudeó Karl Dryden—. Yo mismo lo conocí.

La Mareomotor se giró hacia Dryden. —Tanto usted como Jan Van Eck fueron vistos reuniéndose con Rietveld en el vestíbulo del Hotel Geldrenner.

—Sí, pero era para un fondo, un consorcio de *jurda*, una honesta empresa de negocios.

—Radmakker —dijo Van Eck—. Tú estabas allí. Tú conociste a Rietveld.

Las fosas nasales de Radmakker se inflamaron. —No sé nada de ese señor Rietveld.

—Pero te vi. Ambos te vimos en el Geldrenner...

—Estaba allí para una presentación de los futuros de combustible zemeni. Fue de lo más peculiar, pero ¿qué con eso?



—No —dijo Van Eck, sacudiendo la cabeza—. Si Rietveld está involucrado, Brekker está detrás de esto. Debió haber contratado a Rietveld para estafar al Consejo.

—Cada uno de nosotros puso dinero en ese fondo por aliciente tuyo —dijo uno de los otros concejales—. ¿Estás diciendo que todo ha desaparecido?

—¡Nosotros no sabemos nada de esto! —contraatacó el embajador shu.

—Esto es labor de Brekker —insistió Van Eck. Su comportamiento altanero había desaparecido, pero su compostura permanecía intacta—. Este chico no se detendrá ante nada para humillarme a mí y los hombres honestos de esta ciudad. Secuestró a mi esposa, mi hijo. —Hizo gestos hacia Kaz—. ¿Te imaginé parado en el *Goedmedbridge* en la Duela Oeste con Alys?

—Por supuesto que no. La recogí de la plaza del mercado, tal como me pediste —mintió Kaz con una presteza que incluso Matthias encontró convincente—. Ella dijo que estaba vendada y nunca vio a la gente que se la llevó.

—¡Tonterías! —dijo Van Eck despectivamente—. ¡Alys! —gritó al balcón oeste donde Alys estaba sentada, con las manos unidas sobre su alto vientre embarazado—. ¡Diles!

Alys sacudió la cabeza, con ojos muy abiertos y perplejos. Susurró algo a su doncella, quien gritó: —Sus captores usaban máscaras y ella estuvo vendada hasta que alcanzó la plaza.

Van Eck soltó un bufido de frustración. —Bueno, mis guardias ciertamente lo vieron con Alys.

—¿Hombres a tu mando? —dijo Radmakker escépticamente.

—¡Brekker fue el que dispuso la reunión en el puente! —dijo Van Eck—. Él dejó una nota, en la casa del lago.

—Ah —dijo Radmakker con alivio—. ¿Puedes proporcionarla?

—Sí! Pero... no estaba firmada.



—¿Entonces cómo sabes que fue Kaz Brekker quien envió la nota?

—Dejó un alfiler de corbata...

—El alfiler de corbata de él?

—No, *mi* alfiler de corbata, pero...

—Así que no tienes ninguna prueba en absoluto de que Kaz Brekker secuestró a tu esposa. —La paciencia de Radmakker estaba terminándose—. ¿El asunto con tu hijo extraviado es tan endeble? La ciudad entera lo ha estado buscando, se han ofrecido recompensas. Rezo porque tu evidencia sea más fuerte a ese respecto.

—Mi hijo...

—Estoy justo aquí, Padre.

Cada ojo en la habitación se giró hacia la arcada junto al escenario. Wylan estaba reclinado contra la pared. Su cara estaba ensangrentada y él lucía apenas capaz de estar de pie.

—Por la mano de Ghezen —se quejó Van Eck entre dientes—. ¿Nadie puede hacer su trabajo?

—¿Dependías de hombres de Pekka Rollins? —musitó Kaz con un raspar bajo.

—Yo...

—Y estás seguro que *eran* hombres de Pekka? Si no eres del Barril, podrías encontrar difícil distinguir a leones de cuervos. Un animal es igual que el siguiente.

Matthias no pudo evitar la oleada de satisfacción que sintió cuando vio que la comprensión alcanzaba a Van Eck. Kaz había sabido que no había forma de meter a Wylan en la iglesia sin que Van Eck o los Leones del Centavo lo descubrieran. Así que había orquestado un secuestro. Dos de los Indeseables, Anika y Keeg, con sus bandas de brazo y tatuajes falsos, sencillamente habían caminado hasta un miembro de la *vigilancia* con su cautivo y les dijeron a los hombres que fueran por Van Eck. Cuando



Van Eck llegó a la capilla, ¿qué vio? A su hijo cautivo por dos miembros de pandilla que tenían la insignia de los Leones del Centavo de Pekka. Sin embargo, Matthias no había creído que ellos golpearían tan gravemente a Wylan. Tal vez, él debería haber fingido romperse antes.

—¡Ayúdenlo! —gritó Radmakker a un oficial de la *vigilancia*. —No pueden ver que el chico está herido?

El oficial fue al lado de Wylan y lo ayudó a cojear hasta una silla mientras el medik se adelantaba para atenderlo.

—¿Wylan Van Eck? —dijo Radmakker. Wylan asintió. —El chico en cuya búsqueda hemos estado despedazando la ciudad?

—Me liberé tan pronto pude.

—¿De Brekker?

—De Rollins.

—¿Pekka Rollins te tenía prisionero?

—Sí —dijo Wylan—. Hace semanas.

—Detén tus mentiras —siseó Van Eck—. Cuéntales lo que me dijiste. Cuéntales sobre los ravkanos.

Wylan levantó la cabeza con poca energía. —Diré lo que sea que quieras, Padre. Solo no dejes que me lastimen más.

Un jadeo se elevó de la multitud. Los miembros del Consejo Mercante estaban mirando a Van Eck con abierto disgusto.

Matthias tuvo que retener un bufido. —¿Nina le ha dado lecciones? —susurró.

—Tal vez es talento natural —dijo Kaz.



—Brekker es el criminal —dijo Van Eck—. ¡Brekker está detrás de esto! Todos ustedes lo vieron en mi casa la otra noche. Irrumpió en mi oficina.

—¡Eso es verdad! —dijo Karl Dryden ansiosamente.

—Por supuesto que estábamos allí —dijo Kaz—. Van Eck nos invitó para negociar un trato por el contrato vinculante de Kuwei Yul-Bo. Nos dijo que nos reuniríamos con el Consejo Mercante. En su lugar, Pekka Rollins estaba esperando para emboscarnos.

—¿Estás diciendo que violó una negociación de buena fe? —dijo uno de los concejales—. Eso parece improbable.

—Pero también todos vimos a Kuwei Yul-Bo allí —dijo otro—, aunque no sabíamos quién era en ese momento.

—He visto el cartel ofreciendo una recompensa por un chico shu que coincide con la apariencia de Kuwei —dijo Kaz—. ¿Quién proveyó su descripción?

—Bueno... —El mercader vaciló, y Matthias podía ver que la sospecha batallaba con su relucencia a creer las acusaciones. Se giró hacia Van Eck, y su voz fue casi esperanzada cuando dijo—: ¿Seguramente no sabías que el chico shu que describiste era Kuwei Yul-Bo?

Ahora Karl Dryden estaba sacudiendo la cabeza, menos en negación que en incredulidad. —También fue Van Eck quien nos empujó a unirnos al fondo de Rietveld.

—Tú estabas igual de ansioso —protestó Van Eck.

—Yo deseaba investigar al comprador secreto que compró las granjas de *jurda* en Novyi Zem. Tú dijiste... —Dryden se calló, con los ojos muy abiertos, y la boca colgándole—. ¡Eras tú! ¡Tú eras el comprador secreto!

—Finalmente —murmuró Kaz.



—No puedes creer que yo buscaría estafar a mis propios amigos y vecinos —argumentó Van Eck—. ¡Yo invertí mi propio dinero en ese fondo! Yo tengo tanto que perder como el resto de ustedes.

—No si hiciste un trato con los shu —dijo Dryden.

Radmakker golpeteó con su mazo una vez más. —Jan Van Eck, en el mejor de los casos, has despilfarrado los recursos de esta ciudad persiguiendo acusaciones infundadas. En el peor de los casos, has abusado de tu posición como concejal, intentado defraudar a tus amigos, y violado la integridad de esta subasta. —Sacudió la cabeza—. La subasta ha sido comprometida. No puede proseguir hasta que hayamos determinado si cualquier miembro del Consejo canalizó fondos con conocimiento a uno de los postores.

El embajador shu empezó a gritar. Radmakker golpeó con su mazo.

Entonces todo pareció suceder a la vez. Tres *drüskelle* fjerdanos se lanzaron hacia el escenario y la *vigilancia* se apresuró a bloquearlos. Los soldados shu empujaron hacia delante. Los Mareomotores elevaron las manos, y entonces, encima de todo eso, como el grito ansioso de una mujer en duelo, la sirena de la plaga empezó a chillar.

La iglesia se quedó en silencio. La gente se detuvo, con la cabeza levantada, los oídos sintonizados a ese sonido, un sonido que no habían escuchado en más de siete años. Incluso en la Puerta del Infierno, los prisioneros contaban historias de la Plaga de la Doncella de la Reina, la última gran oleada de enfermedad que golpeó Ketterdam, las cuarentenas, los botes de enfermos, los muertos apilándose en las calles más rápido de lo que los cadávereros podían colectarlos y quemarlos.

—¿Qué es eso? —preguntó Kuwei.

La comisura de la boca de Kaz se curvó. —Eso, Kuwei, es el sonido que la muerte hace cuando viene a llamar.



Un momento después, la sirena no podía escucharse por encima de los gritos, mientras la gente empujaba hacia las puertas dobles de la iglesia. Nadie notó siquiera cuando se soltó el primer disparo.





Traducido por Brig20

La rueda giró, y los paneles dorados y verdes se movieron tan rápido que se convirtieron en un solo color. Se redujo la velocidad y se detuvo y cualquiera que fuese el número que mostro debió ser muy alto, porque las personas vitorearon. El piso del palacio del juego estaba demasiado caluroso, y el cuero cabelludo de Nina picaba debajo de su peluca. Era en forma de campana poco favorecedora, y la había combinado con un vestido poco elegante. Por una vez, no quería llamar la atención.

Había pasado inadvertida en su primera parada en la Duela Oeste, y en la segunda, luego, había cruzado la Duela Este, haciendo todo lo posible para moverse sin ser vista a través de las multitudes. Eran más estrechas debido a los bloqueos, pero la gente no se mantenía alejada de sus placeres. Había visitado un palacio de juego solo a unas pocas cuadras al sur de éste, y ahora su trabajo estaba casi terminado. Kaz había elegido el establecimiento con cuidado. Este sería su cuarto y último destino.

Mientras sonreía y gritaba con los otros jugadores, abrió el estuche de cristal en su bolsillo y se centró en las células negras que contenía. Podía sentir en el fondo ese frío que irradiaba de ella, esa sensación de algo más, algo distinto que hablaba al poder dentro de ella. Vaciló solo brevemente, recordando con demasiada claridad el frío de la morgue, el hedor de la muerte. Recordaba estar por encima del cuerpo del hombre muerto y centrada en la piel descolorida alrededor de su boca.

Así como alguna vez había utilizado su poder para curar o marcar la piel, o incluso colocar un rubor en las mejillas de alguien, se había concentrado en aquellas células en descomposición y canalizó una tira delgada de carne necrótica en el estuche



de cristal comprimido. Había escondido el estuche en una bolsa de terciopelo negro y ahora, de pie en esta multitud ruidosa, viendo girar los colores alegres de la rueda, sentía su peso; colgando de su muñeca por un cordón de plata.

Ella se inclinó para hacer una apuesta. Con una mano, puso sus fichas en la mesa. Con la otra, abrió el estuche de cristal.

—¡Deséame suerte! —le dijo al que giraba la rueda, permitiendo que la bolsa abierta rozara contra la mano de él, enviando esas células muertas hasta sus dedos, dejando que se multiplicaran sobre su piel sana.

Cuando él tocó la rueda, sus dedos eran negros.

—¡Su mano! —exclamó una mujer—. Hay algo en ella.

Él se pasó los dedos por el abrigo verde bordado, como si se tratara simplemente de tinta o polvo de carbón. Nina flexionó los dedos, y las células se arrastraron desde la manga del sujeto hasta el cuello de la camisa, estallando en una mancha negra sobre un lado de su cuello, curvándose debajo de su mandíbula hasta su labio inferior.

Alguien gritó, y los jugadores se alejaron de él mientras el empleado miraba a su alrededor en confusión. Los jugadores de las otras mesas se apartaron de sus cartas y los dados con irritación. El jefe de la sala y sus secuaces se estaban moviendo hacia ellos, listos para terminar cualquier pelea o problema que interrumpía el juego.

Oculta por la multitud, Nina barrió su brazo a través del aire y un grupo de células saltó del empleado de la rueda a una mujer que usaba perlas de aspecto costoso. Un patrón de líneas negras apareció en su mejilla, una pequeña araña fea le onduló por la barbilla y sobre la columna de su garganta.

—¡Olena! —gritó su corpulento compañero—. ¡Tu cara!

Ahora los gritos se extendieron mientras Olena se arañaba el cuello, tropezando hacia adelante, buscando un espejo mientras los otros clientes se apartaban de su camino.



—¡Tocó al empleado! ¡Se le pego también!

—¿Qué se le pegó?

—¡Fuera de mi camino!

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto el jefe de la sala, colocando una mano sobre el hombro del empleado desconcertado.

—¡Ayúdame! —rogó el corredor, levantando las manos—. Algo está mal.

El jefe de sala miró las manchas negras en la cara y las manos del empleado, alejándose rápidamente, pero ya era demasiado tarde. La mano que había tocado el hombro del empleado se volvió de un negro violáceo feo, y ahora el jefe de sala estaba gritando también.

Nina observaba el terror asumir su propio impulso, a toda velocidad a través de la sala de juego como un borracho enojado. Los jugadores derribaban sus sillas, tropezaban hacia las puertas, agarrando las fichas incluso mientras corrían por sus vidas. Mesas volcadas, derramaban las cartas, y los dados caían al suelo. La gente corría hacia las puertas, empujándose los unos a los otros por el camino. Nina iba con ellos, dejándose llevar por la multitud mientras huían de la sala de juego y dando bandazos a la calle. Había sido lo mismo en cada una de sus paradas, la lenta purga de miedo que repentinamente subía a pánico total. Y ahora, por fin, lo oyó: la sirena. Su gemido ondulante descendió sobre la duela, subiendo y bajando, haciendo eco a lo largo de los tejados y los adoquines de Ketterdam.

Los turistas voltearon los unos a los otros con preguntas en los ojos, pero los lugareños (los artistas, los comerciantes, los tenderos y los jugadores de la ciudad) se transformaron instantáneamente. Kaz le había dicho que iban a reconocer el sonido, que iban a prestarle atención como niños llamados a casa por un padre severo.

Kerch era una isla, aislada de sus enemigos, protegida por los mares y su inmensa armada. Pero había dos cosas a las que su capital era más vulnerable, a los incendios y a las enfermedades. Y así como el fuego saltaba fácilmente entre los tejados apretujados



de la ciudad, la peste pasaba sin esfuerzo de un cuerpo a otro, a través de las densas multitudes y espacios hacinados. Igual que los chismes, nadie sabía exactamente donde comenzó o cómo se movió tan rápidamente, solo que lo hizo, a través de la respiración o el tacto, llevada en el aire o por los canales. Los ricos sufrieron menos, capaces de permanecer encerrados en sus grandes casas o jardines, o huyeron de la ciudad por completo. Los pobres infectados fueron puestos en cuarentena en hospitales improvisados, en barcazas fuera del puerto. La plaga no pudo ser detenida con armas o dinero. No se podía razonar con ella o alejarla con oraciones.

Solo los muy jóvenes en Ketterdam no tenían un claro recuerdo de la plaga de la Doncella de la Reina, de los botes de enfermos moviéndose a través de los canales pilotados por cadávereros con sus largos remos. Los que habían sobrevivido habían perdido un hijo o un padre o un hermano o una hermana, un amigo o un vecino. Recordaban las cuarentenas, el terror que llegaba incluso con el contacto humano más básico.

Las leyes contra la peste eran simples y férreas: Cuando sonaba la sirena, todos los ciudadanos tenían que regresar a sus hogares. Los oficiales de la guardia debían reunirse en estaciones separadas en torno a la ciudad; en caso de infección, este era un medio para tratar de evitar que se extendiera a la totalidad del cuerpo de *vigilancia*. Ellos eran enviados solo para detener a saqueadores, y a esos hombres se les daba el triple de remuneración por el riesgo de vigilar los lugares públicos. Se detenía el comercio y solo los botes de enfermos, los cadávereros y mediks tenían vía libre por la ciudad.

Pero conozco la única cosa a la que esta ciudad teme más que a los shu, los fjerdanos, y todas las pandillas del Barril juntos.. Kaz había estado en lo correcto. Las barricadas, bloqueos, los controles de documentos de las personas, todos serían abandonados para encarar la plaga. Por supuesto, ninguna de estas personas estaba realmente enferma, pensó Nina mientras aceleraba de nuevo a través del puerto. La carne necrótica no se extendería más allá de lo que Nina había injertado en sus cuerpos. Tendrían que eliminarla, pero nadie más enfermaría o moriría. En el peor de los casos, tendrían que soportar unas cuantas semanas de cuarentena.



Nina mantuvo la cabeza baja, cubierta con su capucha. A pesar de que había sido la causa de todo, y aunque sabía que la plaga era pura ficción, todavía tenía el corazón acelerado, llevado al galope por la histeria que burbujeaba a su alrededor. La gente lloraba, empujando y gritando, discutiendo por el espacio en los botes de remos. Era un caos. El caos de su creación.

Yo hice esto, pensó con asombro. Ordené a esos cadáveres, esos trozos de hueso, esas células muertas. ¿En qué la convertía eso? Si algún Grisha había tenido alguna vez un poder tal, nunca había oído hablar de él. ¿Qué pensarían los otros Grisha de ella? ¿Sus compañeros Corporalki, los Cardios y Sanadores? ¡Estamos vinculados al poder de la creación misma, la hechura en el corazón del mundo. Tal vez debería sentir vergüenza, tal vez incluso estar asustada. Pero ella no había sido hecha para la vergüenza.

Quizá Djel extinguió una luz y encendió otra. A Nina no le importaba si era Djel o los Santos o una brigada de gatitos que escupían fuego; mientras corría hacia el este, se dio cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, se sentía fuerte. Su respiración era fácil, el dolor en sus músculos se había atenuado. Ella estaba hambrienta. El ansia de *parem* se sentía distante, como un recuerdo del hambre real.

Nina había entristecido por la pérdida de su poder, por la conexión que había sentido con el mundo de los vivos. Había resentido este regalo de sombra. Le había parecido una farsa, un castigo. Pero tan cierto como la vida está conectada a todo, también lo está la muerte. Era ese interminable río de aguas rápidas. Había sumergido sus dedos en su corriente, aferrado el remolino de su poder en su mano. Ella era la Reina del Luto, y en sus profundidades, nunca se ahogaría.





Traducido por saimi_v

Inej vio el chasquido de la mano de Dunyasha y escuchó un sonido como de aleteo, y sintió que algo rebotaba en su hombro. Ella agarró la estrella plateada antes que cayera del techo. Inej había estado preparada esta vez. Jesper la había ayudado a coser un poco de los rellenos de uno de los colchones de la suite del hotel dentro de su túnica y capa. Años en la granja zurciendo camisas y calcetines lo habían hecho increíblemente hábil con una aguja, y ella no iba a jugar al alfiletero para la Espada Blanca de nuevo.

Inej saltó hacia delante, velozmente hacia su oponente, con los pies seguros sobre este techo en el que había pasado tantas horas. Ella arrojó la estrella de vuelta a Dunyasha. La chica la esquivó fácilmente.

—Mis propias cuchillas no me traicionarían así. —Ella la reprendió, como si se tratara de un niño pequeño

Pero Inej no necesitaba golpearla, solo era una mera distracción. Ella movió su mano, como si estuviera lanzando otro cuchillo, y mientras Dunyasha seguía el movimiento, Inej rebotó hacia afuera en la columna metálica a su derecha, dejando que el rebote la llevara más allá de su oponente. Ella se agachó, cuchillas en la mano y le hirió la pantorrilla a la mercenaria.

Inej se levantó en un momento, con el cuchillo sobre una de las volutas de las columnas de la iglesia, manteniendo sus ojos sobre Dunyasha. Pero la chica solo se rio.

—Tu espíritu me da placer, Espectro. No puedo recordar la última vez que alguien me hizo sangrar primero.



Dunyasha brincó sobre la voluta de la columna, y ahora ellas estaban frente a frente, ambas con sus cuchillos listos. La mercenaria arremetió, asestando un corte, pero esta vez, Inej no se permitió seguir los instintos que tanto se había esforzado por aprender en las calles de Ketterdam. En su lugar, ella respondió como lo haría una acróbata. Cuando el trapecio venía hacia ti, no tratabas de esquivarlo; ibas a encontrarte con él.

Inej se agachó entrando dentro del rango de Dunyasha, como si fueran compañeras de baile, usando el movimiento de ataque de su oponente para hacerla perder el equilibrio. De nuevo, Inej la golpeó con su cuchillo en la pantorrilla abriéndole a la chica otra herida.

Esta vez Dunyasha siseó.

Mejor que una risa, pensó Inej

La mercenaria se volteó, un movimiento compacto, rotando sobre los dedos de los pies, como una daga sobre su punta. Si ella sintió algún dolor, no lo mostró. Sus manos ahora sostenían 2 cuchillos curvos, moviéndose en un sinuoso ritmo mientras acechaba a Inej por la columna de metal.

Inej sabía que no podía moverse hacia el rango de esas cuchillas. *Así que rompe el ritmo,* se dijo a sí misma. Ella dejó que Dunyasha la persiguiera, cediéndole terreno, escabulléndose hacia atrás, por la columna, hasta que vio la sombra de una alta aguja detrás de ella. Hizo una finta, retando a su oponente a embestir hacia delante. En vez de comprobar la finta y mantener su balance, Inej continúo dejándose caer hacia la derecha. En el mismo movimiento, guardó sus cuchillos y se agarró de la aguja con una mano, balanceando su cuerpo hacia el otro lado. Ahora la aguja estaba entre ellas. Dunyasha gruñó de frustración mientras sus cuchillas resonaban contra el metal.

Inej brincó de voluta en voluta por todo el techo hacia las más delgadas columnas de metal, siguiendo por encima de la forma jorobada de la catedral. Era como caminar sobre las aletas de algún animal marino.

Dunyasha la siguió e Inej tuvo que aceptar que sus movimientos seguían tan suaves y con tanta gracia aún con las dos pantorrillas sangrando. —¿Vas a correr todo



el camino de regreso a la caravana, Espectro? Sabes que es cuestión de tiempo para que esto termine y se haga justicia.

—¿Justicia?

—Eres una asesina y una ladrona. Fui elegida para librar a este mundo de gente como tú. Puede que un criminal me pague el salario, pero yo nunca he tomado una vida inocente.

Esas palabras tañeron una nota discordante dentro de Inej. ¿Era ella inocente? Ella se arrepentía de las vidas que había tomado, pero las había tomado para salvar su propia vida y la vida de sus amigos. Ella había robado. Ella ayudaba a Kaz a chantajear a hombres buenos y malos. ¿Podría decir que las decisiones que había tomado eran las únicas puestas frente a ella?

Dunyasha se aproximó, las llamas de su cabello brillaban en contraste con el cielo azul, su piel era tan blanca como las finas ropas que usaba. En alguna parte, lejos bajo sus pies, la subasta continuaba en la catedral, los participantes no tenían idea de lo que ocurría sobre sus cabezas. Aquí el sol brillaba como una moneda recién acuñada, el viento soplaban en un suave susurro sobre las columnas y agujas en el techo. *Inocencia*. La inocencia era un lujo, e Inej no creía que sus santos la exigieran.

Ella sacó sus cuchillos una vez más. *Sankt Vladimir, Sankta Alina, protéjanme.*

—Son encantadores —dijo Dunyasha, y sacó dos largos cuchillos rectos de las vainas en su cintura—. Le voy a dar a mi nuevo cuchillo una empuñadura nueva con tu pantorrilla. Será un honor para ti servirme en muerte.

—Yo nunca te serviré —dijo Inej

Dunyasha embistió.

Inej se mantuvo cerca, usando cada oportunidad para meterse en la defensa de la mercenaria y negarle la ventaja de su largo alcance. Ella era más fuerte de lo que era cuando se enfrentaron en la cuerda floja, estaba más descansada, mejor alimentada. Pero



ella seguía siendo una chica entrenada en las calles, y no en las torres de algún monasterio shu.

El primer error de Inej fue que retrocedió muy lento. Ella lo pagó con un profundo corte en su bíceps izquierdo. Cortó a través de su relleno y le hizo difícil mantener un buen agarre del cuchillo con la mano izquierda. Su otro error fue poner mucha fuerza en el impulso de un gancho hacia arriba, se inclinó demasiado y sintió el cuchillo de Dunyasha rozar sus costillas. Cortó superficialmente esta vez, pero había estado muy cerca.

Ella ignoró su dolor y se enfocó en su oponente, recordándose lo que Kaz le había dicho. *Encuentra su indicio. Todo el mundo lo tiene.* Pero los movimientos de Dunyasha parecían impredecibles, ella estaba igual de cómoda con la mano derecha e izquierda, ella no favorecía ningún pie, y esperaba hasta el último momento para golpear, sin darle ninguna indicación temprana de su intención. Ella era extraordinaria.

—¿Cansada, Espectro?

Inej no dijo nada para conservar su energía. Aunque la respiración de Dunyasha parecía clara y estable, Inej podía sentirse desfallecer un poco. No era mucho, pero era lo suficiente para darle la ventaja a la mercenaria. Entonces lo vio, una mínima subida en el pecho de Dunyasha, seguido por una embestida. Una subida, entonces otra embestida. El indicio estaba en su respiración. Ella tomaba una gran bocanada de aire antes de un ataque.

Ahí. Inej se dobló hacia la izquierda, y golpeo rápidamente. Un golpe rápido de su cuchillo hacia un costado de Dunyasha. *Ahí.* Inej atacó de nuevo y la sangre corrió por el brazo de Dunyasha.

Inej retrocedió, esperando que la chica avanzara. A la mercenaria le gustaba esconder su asalto directo con otros movimientos, el movimiento de sus cuchillas, una innecesaria floritura. Eso la hacía más difícil de leer, pero *ahí*. La rápida ráfaga de aliento. Inej se agachó y barrió ampliamente con su pierna izquierda, golpeando a la mercenaria y sacándola de balance. Esta era su oportunidad. Inej se puso de pie de un



salto, usando su impulso ascendente y el descenso de Dunyasha, empujó su cuchillo debajo de la guarda de cuero que protegía el esternón de la chica.

Inej sintió sangre en su mano y arrancó el cuchillo hasta dejarlo libre y Dunyasha soltó un gruñido de sorpresa. La chica la miraba fijamente ahora, agarrándose el pecho con una mano. Tenía los ojos entrecerrados. Todavía no había miedo en ellos, solo un duro y brillante resentimiento, como si Inej hubiera arruinado una fiesta importante.

—La sangre que has derramado es sangre de reyes —dijo Dunyasha, furiosa—. Tú no estás hecha para tener semejante regalo.

Inej casi sentía pena por ella. Dunyasha realmente creía que ella era la heredera de los Lantsov, y tal vez así era. ¿Pero eso no era lo que soñaba cada chica? ¿Despertarse y encontrarse a sí misma como una princesa? ¿o bendecida con poderes mágicos y un gran destino? Tal vez había gente que vivía esas vidas. Tal vez esta chica era una de ellas. *Pero ¿qué hay del resto de nosotros? ¿Qué con los donnadies, los nada, las chicas invisibles? Nosotros aprendemos a levantar nuestras cabezas como si usáramos coronas. Nosotras aprendemos a hacer magia a partir de lo ordinario.* Así es como sobrevivías cuando no eras escogida, cuando no había sangre real en tus venas. Cuando el mundo no te debía nada, aun así, exigías algo.

Inej levantó una ceja y lentamente se limpió la sangre de reyes en los pantalones.

Dunyasha gruñó y se lanzó hacia Inej, cortando y golpeando con un brazo, el otro presionado su herida, tratando de detener el sangrado. Ella obviamente había sido entrenada para pelear solamente con una mano. *Pero ella nunca ha tenido que pelear con una herida,* se dio cuenta Inej. *Tal vez los monjes se saltaron esa lección.* Y ahora que ella estaba herida su indicio era todavía más obvio.

Ellas estaban cerca del tope de la columna principal de la iglesia, las volutas estaban sueltas en varias partes e Inej cuadró sus pasos de acuerdo a eso, esquivando los golpes de Dunyasha fácilmente ahora, brincando de derecha a izquierda, tomando pequeñas victorias, un corte aquí, un golpe allá, esto era una batalla de desgaste y la mercenaria estaba perdiendo sangre rápidamente.



—Eres mejor de lo que pensé —jadeó Dunyasha, sorprendiendo a Inej con su admisión. Sus ojos estaban apagados por el dolor; la mano en su esternón estaba manchada y roja. Su postura todavía era derecha, su balance firme, mientras estaban paradas a pocos metros una de la otra, encima de las altas columnas de metal.

—Gracias —dijo Inej. Las palabras se sintieron falsas en su boca.

—No hay vergüenza en encontrar un oponente digno. Esto significa que hay más que aprender, un recuerdo bienvenido para perseguir la humildad. —La chica bajó la cabeza, envainó su cuchillo. Se colocó un puño en el pecho en señal de saludo.

Inej esperó, con la guardia alta. ¿Podía decirlo en serio? Esta no era la forma en que se terminaba una pelea en el Barril, pero la mercenaria claramente seguía su propio código. Inej no quería estar forzada a matarla, sin importar lo desalmada que parecía.

—He aprendido humildad —dijo Dunyasha, bajando la cabeza—. Y ahora tú aprenderás que algunos están destinados a servir. Y algunos están destinados a gobernar.

La cara de Dunyasha se levantó repentinamente. Abrió la palma y lanzó un soplo de aire.

Inej vio una nube de polvo rojo y retrocedió, pero ya era muy tarde. Sus ojos quemaban. ¿Qué era eso? No importaba. Estaba ciega. Escuchó el sonido de un cuchillo siendo preparado, y sintió el corte. Caminó hacia atrás a lo largo de la columna, luchando por mantener el balance.

Las lágrimas le caían por la cara mientras trataba de limpiarse el polvo de los ojos. Dunyasha no era más que una figura borrosa frente a ella. Inej mantuvo extendido su cuchillo, tratando de crear distancia entre ellas, y sintió el cuchillo de la mercenaria cortar a través de su antebrazo. El cuchillo se deslizó fuera de sus dedos y resonó sobre la azotea. *Sankta Alina, protégeme.*

Pero, tal vez los santos habían escogido a Dunyasha como su navío. Sin importar los rezos de Inej y sus penitencias, tal vez el juicio había llegado al fin.



No estoy arrepentida, se dio cuenta. Ella había escogido vivir libremente como una asesina mientras otros morían tranquilos como esclavos, y ella no podía arrepentirse de eso. Podía ir con sus santos con el espíritu listo y esperando que ellos pudieran recibirla.

El próximo corte, se sintió a través de sus nudillos. Inej dio otro paso atrás, pero sabía que se estaba quedando sin espacio. Dunyasha iba a llevarla hasta al borde.

—Te lo dije, Espectro. Yo no tengo miedo. Por mi sangre fluye la fuerza de cada reina y de cada conquistador que vinieron antes de mí.

El pie de Inej se topó con el final de una de las columnas de metal, y entonces lo entendió. Ella no tenía el entrenamiento ni la educación de su oponente o sus finas ropas blancas. Ella nunca podría ser tan despiadada y no podía desear serlo. Pero ella conocía esta ciudad de adentro hacia afuera. Era la fuente de su sufrimiento y el campo de pruebas de su fuerza. Le gustara o no, Ketterdam (el brutal, sucio y desesperanzado Ketterdam) se había vuelto su hogar. Y ella lo defendería. Ella conocía estas azoteas como conocía los escalones que chirriaban en el Tablón, como conocía los adoquines y los callejones de la Duela. Ella conocía cada centímetro de esta ciudad como un mapa en su corazón.

—La chica que no conoce el miedo —jadeó Inej mientras la hoja de la mercenaria se movía delante de ella.

Dunyasha se inclinó. —Adiós, Espectro.

—Entonces conoce el miedo ahora, antes de morir. —Inej dio un paso a un lado, balanceándose en un pie, mientras la bota de Dunyasha bajaba sobre el trozo faltante de la voluta.

Si la mercenaria no hubiera estado sangrando, tal vez hubiera prestado más atención al terreno. Y si no hubiera estado tan ansiosa, hubiera podido enderezarse ella misma.

Sin embargo, resbaló, se precipitó hacia adelante. Inej vio a Dunyasha a través del borró de sus lágrimas. Ella colgó por un momento, con su silueta contra el cielo



azul, los dedos de sus pies buscando agarre, brazos extendidos con nada para sujetarse; una bailarina en posición para saltar, ojos y boca abiertos en sorpresa. Incluso ahora, en su último momento, ella lucía como una chica de una historia destinada a la grandeza. Ella era una reina sin misericordia, una figura tallada en marfil y ámbar.

Dunyasha cayó silenciosamente, disciplinada hasta el final.

Inej se asomó cautelosamente por el borde del techo. Allá abajo, la gente estaba gritando. El cuerpo de la mercenaria yacía como una flor blanca rodeada de un campo rojo.

—Que proporciones más que miseria en tu próxima vida —murmuró Inej.

Necesitaba moverse. Las sirenas todavía no habían sonado, pero Inej sabía que ya era tarde. Jesper debía estar esperando. Ella corrió rápidamente por la azotea de la catedral, por encima del pulgar de Ghezen hacia la capilla. Trepó por la cuerda y el rifle de Jesper estaba donde ella lo había dejado, encajado entre dos piezas de voluta. Mientras escalaba el domo y bajaba la cabeza para entrar en la capilla anaranjada, solo pudo rezar para que no fuera demasiado tarde. Pero Jesper no se encontraba por ninguna parte.

Inej torció el cuello, buscando en la vacía capilla.

Ella necesitaba localizar a Jesper. Kuwei Yul-Bo tenía que morir esta noche.





Traducido por Ivetee

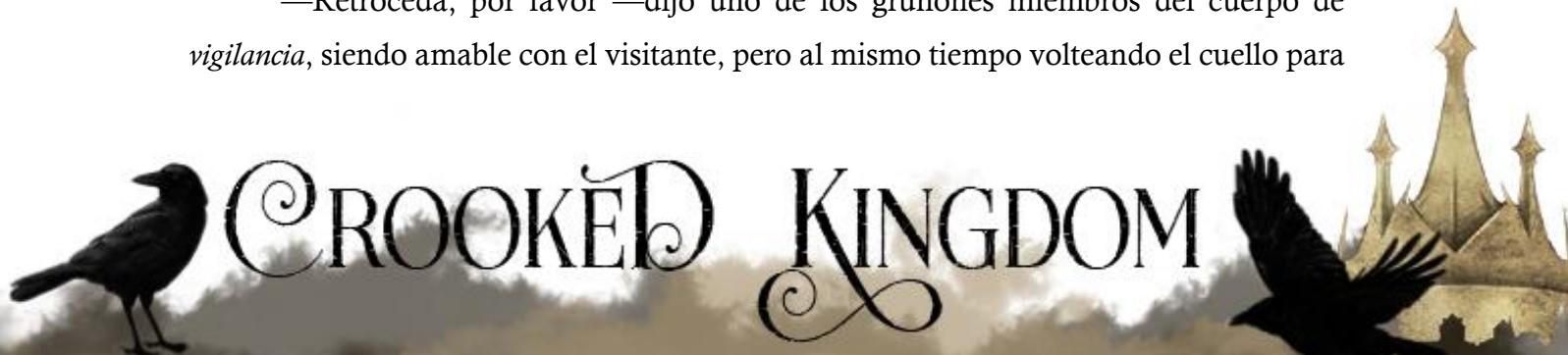
C1 Consejo de Mareas había arribado en todo su esplendor y Jesper no pudo evitar recordar la *Komedie Brute*. ¿Qué era toda esta cosa sino una representación que orquestó Kaz con ese pobre tonto de Kuwei como protagonista?

Jesper pensó en Wylan, quien por fin tendría justicia por su madre, en su propio padre esperando en la panadería. Él estaba arrepentido por la pelea que habían tenido, a pesar de que Inej le había dicho que ambos estarían felices de saber en dónde estaban parados, Jesper no estaba tan seguro. A él le encantaban los enfrentamientos, pero esa confrontación con su padre lo dejó con un nudo en el estómago. Ellos evitaron hablar de tantas cosas por mucho tiempo, que cuando realmente hablaron con la verdad, fue como si se hubiera roto una clase de hechizo; no una maldición, sino magia buena, del tipo de magia que mantenía a todos seguros, que podía preservar un reino bajo cristal. Hasta que un idiota como él venía y usaba esa protección como blanco de práctica.

Tan pronto como los Mareas avanzaron por el pasillo, Jesper se alejó del grupo de los zemeníes y se dirigió al pulgar de la iglesia. Mantuvo sus movimientos lentos y su espalda vuelta hacia los guardias que se encontraban alineados junto a las paredes, fingiendo que estaba tratando de encontrar un lugar mejor para ver lo que sucedía.

Cuando alcanzó el arco que marcaba la entrada al pulgar, dirigió sus pasos hacia las puertas principales de la catedral, como si fuera a salir.

—Retroceda, por favor —dijo uno de los gruñones miembros del cuerpo de vigilancia, siendo amable con el visitante, pero al mismo tiempo volteando el cuello para



ver qué estaba pasando con el Consejo de Mareas—. Las puertas deben mantenerse despejadas.

—No me estoy sintiendo bien —dijo Jesper, sujetándose el estómago, imitando un poco el acento zemeni—. Le pido que me deje pasar.

—Lo siento mucho, señor. —*Señor!*, tanta educación para alguien que no fuera una rata del Barril.

—Usted no lo entiende —dijo Jesper—. Debo ir al sanitario *urgentemente*. Cené el día de ayer en un restaurante... ¿la Cacerola de Sten?

El soldado hizo una mueca. —¿Por qué fue ahí?

—Estaba en una de las guías de turistas. —De hecho, era uno de los peores restaurantes en Ketterdam, pero también era uno de los más baratos. Ya que estaba abierto a todas horas y era accesible, Sten era una de las pocas cosas que los del Barril y los oficiales de la *vigilancia* tenían en común. De vez en cuando, alguien reportaba algún desagradable problema estomacal gracias a la comida de Sten y su cacerola maldita por los santos.

El soldado movió la cabeza y señaló a los guardias en el arco, uno de ellos se acercó trotando.

—Este pobre bastardo fue con Sten. Si lo dejo ir por el frente el capitán puede verlo, ¿lo llevas por la parte trasera de la capilla?

—¿Por qué demonios comiste en el Sten? —preguntó el otro guardia.

—Mi jefe no me paga bien —dijo Jesper.

—Sé lo que es eso —le respondió el guardia y lo llevó hacia el arco.

Simpatía, camaradería. *Voy a fingir ser un turista más seguido*, pensó Jesper. *Puedo renunciar a unos cuantos bonitos chalecos si los soldados van a comportarse tan agradables*.



Mientras pasaban bajo el arco, Jesper notó que había una escalera en espiral, que conducía a la parte superior, y desde ahí podría tener una mejor vista del escenario. Le habían prometido a Kuwei que no lo dejarían solo en medio del desastre, a pesar de que era un hacedor de problemas, Jesper no iba a dejarlo solo.

Discretamente, Jesper revisó su reloj, mientras caminaban hacia las capillas al final del pulgar. A las cuatro campanadas, Inej estaría esperando sobre el domo naranja de la capilla para instalar su rifle.

—Oh —se quejó Jesper, esperando que el guardia siguiera su paso—. No creo poder lograrlo.

El guardia hizo un pequeño sonido de disgusto, y alargó sus zancadas. —¿Qué ordenaste, amigo?

—El especial.

—*Nunca* ordenes el especial. Ellos solo recalientan cualquier cosa que les haya quedado del día anterior. —Llegaron a la capilla y el guardia dijo—: Te dejaré pasar por esta puerta, hay una cafetería cruzando la calle.

—Gracias —dijo Jesper, y enrolló su brazo alrededor del cuello del guardia, aplicando presión suficiente para que su cuerpo cayera inconsciente. Jesper se desató las tiras de cuero alrededor de las muñecas, amarrándole las manos del guardia a la espalda, y le metió en la boca el pañuelo que él llevaba alrededor del cuello, y después rodó el cuerpo detrás del altar.

—Duerme bien —le dijo Jesper, sintiéndose mal por él, aunque no lo suficiente para despertarlo y desatarlo, pero mal, aun así.

Escuchó un estallido que venía de la catedral y miró a lo largo de la nave, porque el pulgar de la iglesia estaba construido a un nivel ligeramente más alto que la catedral, todo lo que podía ver eran las cabezas de las personas que se encontraban en las últimas filas, pero sonaba como que los Mareas estaban haciendo un gran alboroto. Jesper revisó su reloj una vez más y se dirigió a las escaleras.



Una mano lo sujetó firmemente del cuello y lo arrojó hacia atrás, golpeando el piso de la capilla tan fuerte que le sacó completamente el aire. Su atacante estaba parado al pie de las escaleras, viéndolo en el piso con sus ojos dorados.

Su ropa era diferente de la que Jesper le había visto al salir de la Casa de la Rosa Blanca en la Duela Oeste. Ahora, el soldado Kherguud vestía un simple uniforme color olivo sobre sus amplios hombros, sus botones brillaban y su cabello negro estaba recogido en una apretada coleta, mostrando su cuello tan grueso como un jamón. Lucía como lo que verdaderamente era: un arma.

—Que bien que te vestiste para la ocasión —dijo Jesper, aun tratando de recuperar el aliento. El soldado shu inhaló profundamente, ensanchando sus fosas nasales, y sonrió.

Jesper se arrastró hacia atrás, el soldado lo siguió. Jesper se maldijo a sí mismo por no haber tomado el arma del guardia que había dejado inconsciente, la cual no servía mucho para tiros a larga distancia, pero era mucho mejor que nada, en contra del gigante que ahora lo miraba.

Él se puso de pie y corrió a toda velocidad hacia la parte trasera de la nave, si lograba llegar a la catedral... tendría muchas cosas que explicar, pero el soldado shu no lo atacaría en la mitad de la subasta. ¿O sí?

Jesper no iba a averiguarlo. El soldado lo derribó por detrás, arrastrándolo al piso. La catedral parecía imposiblemente lejos, el clamor de la subasta y el Consejo de Mareas un eco distante que resonaba en los altos muros de piedra. *Acción y eco*, pensó sin sentido mientras el soldado lo giraba.

Jesper pataleó como un pez, tratando de evadir el agarre del enorme hombre, agradecido de tener la complexión de una garza a dieta, y pudo ponerse nuevamente de pie; pero el soldado era muy veloz a pesar de su tamaño. Arrojó a Jesper contra la pared, quien soltó un grito de dolor, preguntándose si no se le habría quebrado una costilla. *Es bueno para ti, estimula el hígado.*

Jesper no podía pensar claramente con ese zoquete maltratándolo.



Jesper vio el puño del gigante retroceder, el brillo del metal en sus dedos. *Ellos le dieron nudillos de latón de verdad, se dio cuenta horrorizado, los insertaron en su mano.*

Él se movió a la izquierda justo a tiempo, el puño del soldado golpeó la pared junto a su cabeza con un estridente tronido.

—Resbaladizo —dijo el soldado con un marcado acento kerch. Nuevamente inhaló profundamente.

Él captó mi aroma, pensó Jesper, ese día en la Duela. A él no le interesa que quizá lo encuentre la guardia, él estaba cazando y ahora ha encontrado su presa.

El soldado arrojó su puño hacia atrás nuevamente, estaba a punto de golpear a Jesper hasta dejarlo inconsciente y después ¿Qué? ¿Atravesaría la puerta de la capilla y lo cargaría por la calle como un saco de granos? ¿Lo entregaría a uno de sus alados compañeros?

Por lo menos nunca volveré a decepcionar a nadie. Ellos lo llenarían completamente de *parem*. Quizá podría vivir lo suficiente para hacer a los shu un nuevo lote de Kherguud.

Volvió a esquivar a la derecha, el puño del soldado hizo otro cráter en la pared de la iglesia, la cara del gigante se contorsionó de furia, detuvo a Jesper por el cuello para que no se moviera y preparó su golpe por última vez.

Miles de pensamientos entraron en la cabeza de Jesper en un simple segundo: el sombrero aplastado de su padre, el brillo de sus revólveres con empuñaduras de perla, Inej parada recta como una flecha. *No quiero una disculpa.* Wylan sentado en la tumba, mordiéndose la punta del pulgar. *Cualquier clase de azúcar*, dijo, y luego *manténgalo alejado de sudor, sangre y saliva*.

El gorgojo químico. Inej había botado los viales sin utilizar en la mesa en la suite de Ketterdam. Él estuvo jugueteando con un vial mientras él y su padre discutían, ahora los dedos de Jesper buscaron en su bolsillo, y encontraron el tubo de cristal.

—*Parem!* —gritó Jesper, era una de las pocas palabras shu que conocía.



El soldado se detuvo, su puño en el aire y volteó la cabeza hacia un lado.

Siempre golpea donde el blanco no esté mirando.

Jesper abrió la boca y fingió meterse algo en ella, mientras los ojos del soldado se abrían en asombro y la fuerza con que lo retenía disminuyó, ya que trataba de apartar la mano de Jesper. El Kherguud hizo un sonido, quizá un gruñido, quizá los inicios de una protesta, eso no importaba. Con la otra mano, Jesper aplastó el suero en la boca abierta del soldado.

El gigante retrocedió mientras las esquirlas de cristal se enterraban en sus labios y se regaban en su mentón, sangre brotando de ellos. Jesper se frotó con fuerza la mano contra su playera, esperando no haberse cortado los dedos al estrellar el cristal en la boca del soldado y que por ahí entrara el gorgojo. Pero nada pasó, el soldado no se veía más que enojado, gruñó y apretó los hombros de Jesper, levantándolo del piso. *Oh Santos, pensó Jesper, quizás él no se va a molestar en llevarme con sus amigos.* Agarró los gruesos brazos del gigante, intentando soltarse de su agarre.

El Kherguud le dio a Jesper una sacudida, tosiendo, su gran pecho tembló, sacudió a Jesper de nuevo, pero más débilmente, solo una ligera movida. Fue en ese momento que Jesper se dio cuenta que el soldado no lo estaba sacudiendo, sino que el soldado estaba temblando. Un ligero siseo salió de la boca del gigante, como el sonido de huevos cayendo a una sartén caliente. Espuma rosada salió de sus labios, una mezcla de sangre y saliva que escorría sobre su mentón. Jesper retrocedió.

El soldado, gimió, sus enormes manos soltaron a Jesper y éste avanzó hasta el rincón más alejado, sin poder quitar sus ojos del Kherguud, cuyo cuerpo comenzó a convulsionarse, su pecho se expandió, el soldado se dobló mientras chorros de bilis rosa salpicaban las paredes.

—Fallaste otra vez —dijo Jesper tratando de no vomitar.

El gigante camino de lado para finalmente caer inmóvil como un tronco. Por un momento, Jesper solo contempló su enorme cuerpo, pero regresó a sus sentidos. ¿Cuánto tiempo había perdido? Regresó a toda velocidad a la capilla al final del pulgar.



Antes de alcanzar la puerta, Inej salió, apresurándose hacia él. Había faltado al encuentro; ella no habría regresado a buscarlo a menos que creyera que estaba en problemas.

—Jesper, ¿Dónde...?

—Arma —pidió él.

Sin decir otra palabra, ella se la descolgó del hombro, y él la tomó, corriendo de regreso a la catedral. Si tan solo pudiera llegar hasta la arcada.

La sirena sonó. Demasiado tarde. Él nunca llegaría a tiempo, les fallaría a todos. *¿De qué sirve un pistolero sin sus armas?* ¿De qué serviría Jesper si no podía hacer el disparo? Estarían atrapados en esta ciudad, serían encarcelados, probablemente ejecutados. Kuwei sería vendido al mejor postor. *Parem* dejaría una huella ardiente en el mundo y los Grisha serían cazados con aún más fervor. En Fjerda, la Isla Errante, Novyi Zem. Los zowa se desvanecerían, obligados al servicio militar, devorados por la maldición de esta droga.

La sirena se escuchó más fuerte para después disminuir, hubo gritos dentro de la catedral, la gente corría hacia las puertas principales, pronto llegarían al pulgar, buscando otras salidas.

Cualquiera puede disparar, pero no cualquiera puede dar en el blanco. La voz de su madre. *Nosotros somos zowa, tú y yo.*

Imposible. Él ni siquiera podía ver a Kuwei desde donde estaba, y *nadie* podía disparar rodeando una esquina. Pero Jesper conocía los planos de la catedral demasiado bien, él sabía que era un disparo recto desde el pasillo hasta donde la subasta se estaba realizando. Él podía ver el segundo botón de la camisa de Kuwei en su mente.

Impossible.

Las balas solo siguen una trayectoria. Pero ¿Qué pasaría si la trayectoria pudiera ser guiada?



No todos pueden dar en el blanco.

—¿Jesper? —dijo Inej detrás de él. Levantó su rifle, era un arma de fuego ordinaria, pero él mismo la había arreglado. Solo había un tiro dentro, no letal, era una mezcla de cera y hule. Si fallaba, alguien podría terminar gravemente lastimado. Pero si no disparaba, muchas personas resultarían heridas. *Demonios, pensó Jesper, quizá si fallo, podría sacarle un ojo a Van Eck.*

Él había trabajado con armas, hecho sus propias municiones, el conocía las armas mejor de lo que conocía las reglas de la Rueda de Makker. Jesper se enfocó en la bala, sintió todo, hasta las partes más pequeñas, quizá él era igual, una bala en la recámara, que pasa toda su vida esperando el momento en que será disparado en una dirección.

Cualquiera puede disparar.

—Inej —dijo—, si puedes decir una oración, este sería un buen momento para hacerlo.

Y disparó. Fue como si el tiempo se detuviera, sintió el culatazo del rifle, la bala que salía irrefrenable. Con toda su atención se concentró en la cubierta de cera, y tiró hacia la izquierda, con el disparo aún resonando en sus oídos, sintió la bala girar, enfocado en ese botón, el segundo botón, una pequeña pieza de madera, los hilos lo mantenían en su lugar.

No es un don, es una maldición. Pero si se ponía a considerarlo, la vida de Jesper había estado llena de bendiciones. Su padre, su madre, Inej, Nina, Matthias guiándolos a través del canal lodoso, Kaz... incluso Kaz, a pesar de todas sus fallas y cruidades, Kaz le había dado un hogar y una familia en los Indesables, cuando Ketterdam podría habérselo tragado entero. Y Wylan. Wylan, que había comprendido, aún antes que Jesper, que el poder dentro de él podría ser una bendición también.

—¿Qué es lo que acabas de hacer? —le preguntó Inej.

Quizá nada, quizá lo imposible. Jesper nunca podía resistirse a las bajas probabilidades.



LEIGH BARDUGO

THE DREGS

Se encogió de hombros. —Lo mismo que siempre hago, aproveché un tiro.





Traducido por Azhreik

Kaz había estado parado junto a Kuwei cuando la bala impactó y había sido el primero a su lado. Escuchó unos cuantos disparos en la catedral, muy probablemente oficiales de la *vigilancia* asustados, con dedos impulsivos en el gatillo. Kaz se arrodilló junto al cuerpo de Kuwei, ocultando su mano izquierda de la vista, y clavó una jeringa en el brazo del chico shu. Había sangre por todos lados. Jellen Radmakker había caído en el escenario y estaba aullando:

—¡Me han disparado! —No le habían disparado.

Kaz gritó por un medik. El hombrecito calvo estaba paralizado junto al escenario, donde había estado atendiendo a Wylan, su cara estaba horrorizada. Matthias atenazó el codo del medik y lo arrastró hasta allí.

La gente aún estaba empujando para salir de la iglesia. Había estallado una riña entre los soldados ravkanos y los fjerdanos cuando Sturmhond, Zoya y Genya corrieron hacia una salida. Los miembros del Consejo Mercante habían rodeado a Van Eck con un puñado de hombres de la *vigilancia*. Él no iba a ir a ningúñ lado.

Un momento después, Kaz vio a Inej y Jesper empujando contra la oleada de gente que intentaba escapar por el pasillo central. Kaz permitió que sus ojos escanearan una vez a Inej. Estaba ensangrentada, y sus ojos estaban rojos e hinchados, pero parecía bien.

—Kuwei... —dijo Inej.

—Ahora no podemos ayudarlo —dijo Kaz.



—¡Wylan! —dijo Jesper, contemplando los cortes y moratones que se le formaban rápidamente—. Santos, ¿todo eso es real?

—Anika y Keeg se ensañaron con él.

—Yo quería que fuera creíble —dijo Wylan.

—Admiro tu compromiso con el oficio —dijo Kaz—. Jesper, quédate con Wylan. Van a querer interrogarlo.

—Estoy bien —dijo Wylan, aunque su labio estaba tan hinchado que sonó más como—: Efto bieg.

Kaz dirigió Matthias un solo asentimiento cuando dos guardias levantaron el cuerpo de Kuwei en una camilla. En lugar de combatir con la multitud en la catedral, se dirigieron al arco que conducía al meñique de Ghezen y la salida más allá. Matthias los siguió, arrastrando al medik. No podía haber preguntas respecto a la supervivencia de Kuwei.

Kaz e Inej los siguieron a la nave principal, pero Inej se detuvo en la arcada. Kaz la vio mirar una vez sobre su hombro, y cuando él siguió su mirada vio que Van Eck, rodeado por furiosos concejales, le estaba devolviendo la mirada. Recordó las palabras que ella le había dicho a Van Eck en el *Goedmedbridge*. *Me verás una vez más, pero solo una*. Por el bamboleo nervioso de la garganta de Van Eck, él también lo estaba recordando. Inej dio la más pequeña inclinación.

Recorrieron a la carrera la nave del meñique y entraron a la capilla. Pero la puerta a la calle y el canal más allá estaba cerrada. Detrás de ellos, la puerta a la capilla se cerró con un golpe. Pekka Rollins se reclinó contra ella, rodeado por cuatro de sus Leones del Centavo.

—Justo a tiempo —dijo Kaz.

—Supongo que ¿predijiste esto también, tramposo bastardo?

—Sabía que no me dejarías marcharme esta vez.



—No —concedió Rollins—. Cuando viniste buscando dinero, debí haberte destripado a ti y tus amigos y ahorrado un montón de líos. Eso fue tonto de mí. —Rollins empezó a quitarse su chaqueta—. Puedo admitir que no te mostré el respeto apropiado, muchacho, pero ahora lo tienes. Felicidades. Vales la pena el tiempo que va a tomarme darte una golpiza letal con ese bastón tuyo. —Inej sacó sus cuchillos—. No, no, niñita —dijo Rollins en advertencia—. Esto es entre yo y este granuja arribista.

Kaz asintió a Inej. —Tiene razón. Hace mucho que tenemos una charla pendiente.

Rollins rio, desabrochándose los puños de la camisa y arremangándoselas. —El tiempo para hablar terminó, muchacho. Eres joven, pero yo he estado peleando desde mucho antes que hubieras nacido.

Kaz no se movió, mantuvo las manos descansando sobre su bastón. —No necesito pelear contigo, Rollins. Voy a ofrecerte un trato.

—Ah, un intercambio justo en la Iglesia del Trueque. Me costaste un montón de dinero y me proporcionaste un montón de problemas con tus estratagemas. No sé lo que podrías tener para ofrecer que me satisficiera tanto como matarte con mis manos desnudas.

—Es sobre el Príncipe Kaelish.

—Tres pisos de paraíso, el salón de juego más lujoso en la Duela Este. ¿Plantaste una bomba allí o algo?

—No, me refería al pequeño príncipe kaelish. —Rollins se quedó quieto—. Afecto a los dulces, cabello rojo como su padre. No cuida muy bien de sus juguetes.

Kaz metió la mano en su abrigo y sacó un pequeño león de ganchillo. Era de un amarillo desteñido, su melena de lana enredada... y manchada por tierra oscura. Kaz lo dejó caer al suelo.

Rollins lo miró fijamente. —¿Qué es eso? —dijo, su voz poco más que un susurro. Entonces, como recobrándose, gritó—: ¿Qué es eso?



—Sabes lo que es, Rollins. Y ¿no fuiste tú quien me dijo lo parecidos que eran tú y Van Eck? Hombres de industria, construyendo algo para dejar tras de sí. Ambos tan preocupados por su legado. ¿De qué sirve todo eso si no hay nadie a quien dejárselo? Así que me encontré preguntándome, ¿para quién está construyendo él?

Rollins apretó los puños, los músculos carnosos de sus antebrazos se flexionaron, sus carrillos temblaron. —Te mataré, Brekker. Mataré todo lo que amas.

Ahora Kaz se rio. —El truco es no amar nada, Rollins. Puedes amenazarme todo lo que quieras. Puedes destriparme donde estoy parado. Pero no hay forma de que encuentres a tu hijo a tiempo para salvarlo. ¿Debería enviarlo a tu puerta con la garganta cortada y vestido en su mejor traje?

—Insignificante trozo de basura del Barril —siseó Rollins—. ¿Qué demonios quieres de mí?

Kaz sintió que su humor se alejaba, sintió que esa puerta oscura se abría en su interior.

—Quiero que recuerdes.

—¿Recordar qué?

—Hace siete años hiciste una estafa a dos niños del sur. Niños granjeros demasiado estúpidos para ser sensatos. Nos acogiste, hiciste que confiáramos en ti, nos alimentaste con *hutspot* con tu esposa falsa y tu hija falsa. Tomaste nuestra confianza y luego tomaste nuestro dinero y luego tomaste todo. —Podía ver la mente de Rollins trabajando—. ¿No puedes recordar bien? Eran tantos, ¿no es así? ¿Cuántos timos ese año? ¿Cuántos pichones desafortunados has estafado desde entonces?

—No tienes derecho... —dijo Pekka enojado, su pecho elevándose y cayendo en resoplidos entrecortados, sus ojos una y otra vez atraídos hacia el león de juguete.

—No te preocupes. Tu chico no está muerto. Aún. —Kaz observó la cara de Pekka atentamente—. Mira, te ayudaré. Utilizaste el nombre Jakob Hertzoon. Hiciste a mi hermano un mensajero tuyo. Operabas en una cafetería.



—Al otro lado del parque —dijo Pekka rápidamente—. La que tenía cerezos.

—Esa es.

—Fue hace mucho tiempo, chico.

—Nos despojaste de todo. Terminamos en las calles y entonces morimos. Ambos a nuestra manera. Pero solo uno de nosotros renació.

—¿De esto se ha tratado todo este tiempo? ¿El porqué me miras con asesinato en esos ojos tuyos de tiburón? —Pekka sacudió la cabeza—. Eran dos pichones, y yo resulté ser el que los desplumó. Si no hubiera sido yo, hubiera sido alguien más.

Esa puerta oscura se abrió aún más. Kaz deseaba atravesarla. Él nunca podría estar completo. Jordie nunca podría ser traído de vuelta. Pero Pekka Rollins podría descubrir el desvalimiento que ellos habían conocido.

—Bueno, es tu mala suerte que fueras tú —escupió—. Tuya y de tu hijo.

—Creo que estás echando un farol.

Kaz sonrió. —Enterré a tu hijo —canturreó, saboreando las palabras—. Lo enterré vivo, a tres metros bajo tierra en un campo de suelo rocoso. Pude escucharlo llorar todo el tiempo, rogando a su padre. *Papá, Papá*. Nunca he escuchado un sonido más dulce.

—Kaz... —dijo Inej, con la cara pálida. Ella no le perdonaría esto.

Rollins se lanzó hacia él, lo sujetó por las solapas y lo aplastó contra la pared de la capilla. Kaz se lo permitió. Rollins estaba sudando como una ciruela húmeda, la cara lívida de desesperación y terror. Kaz se embebió. Deseaba recordar cada momento de esto.

—Dime dónde está, Brekker. —Golpeó la cabeza de Kaz contra la pared de nuevo—. *Dime*.

—Es un trato simple, Rollins. Solo di el nombre de mi hermano y tu hijo vive.



—Brekker...

—Dime el nombre de mi hermano —repitió Kaz—. ¿Qué tal otra pista? Nos invitaste a una casa en *Zelvestraat*. Tu *esposa* tocó el piano. Su nombre era Margit. Había un perro plateado y llamabas a tu hija Saskia. Ella llevaba un listón rojo en su trenza. ¿Ves? Yo lo recuerdo. Lo recuerdo todo. Es fácil.

Rollins lo soltó, se paseó por la capilla, pasándose las manos por su cabello ralo.

—Dos niños —dijo frenéticamente, rebuscando el recuerdo. Se giró hacia Kaz, señalando—. Lo recuerdo. Dos niños de Lij. Tenían una mísera fortunita. Tu hermano se imaginaba como un negociante, deseaba ser un merca y volverse rico como cualquier otro tonto que se baja de una barca en el Barril.

—Es correcto. Dos tontos más a quienes adular. Ahora dime su nombre.

—Kaz y... —Rollins se apretó las manos sobre la coronilla. De un lado para otro cruzó la capilla, de un lado para otro, respirando pesadamente, como si hubiera corrido por toda la longitud de la ciudad—. Kaz y... —Se giró hacia Kaz—. Puedo hacerte rico, Brekker.

—Yo mismo puedo hacerme rico.

—Puedo darte el Barril, influencia con la que nunca has soñado. Lo que sea que desees.

—Trae a mi hermano de vuelta de entre los muertos.

—¡Él era un tonto y tú lo sabes! Él era como cualquier otro blanco, pensando que era más listo que el sistema, buscando hacer dinero rápido. No puedes trasquilar a un hombre honesto, Brekker. ¡Lo sabes!

La avaricia es mi palanca. Pekka Rollins le había enseñado esa lección, y tenía razón. Ellos habían sido tontos. Tal vez un día Kaz podría perdonar a Jordie por no ser el hermano perfecto que él mantenía en su corazón. Tal vez incluso podría absolverse a



sí mismo por ser la clase de niño crédulo, confiado, que creyó que alguien podría sencillamente desear ser amable. Pero para Rollins no habría indulto.

—Dime dónde está, Brekker —rugió Rollins en su cara—. ¡Dime dónde está mi hijo!

—Di el nombre de mi hermano. Dilo como lo hacen en los espectáculos de magis en la Duela Este... como un encantamiento. ¿Quieres a tu chico? ¿Qué derecho tiene tu hijo a su preciosa vida mimada? ¿Cómo es él diferente a mí o mi hermano?

—No sé el nombre de tu hermano. ¡No lo sé! ¡No lo recuerdo! Estaba forjando mi nombre. Estaba haciendo un poco de limpieza. Creí que ustedes dos tendrían una semana dura y regresarían a casa al campo.

—No, no lo creíste. No volviste a dirigirnos otro pensamiento.

—Por favor, Kaz —susurró Inej—. No hagas esto. No seas esto.

Rollins gruñó. —Te estoy rogando...

—¿Lo estás?

—Hijo de Perra.

Kaz consultó su reloj. —Todo este tiempo hablando mientras tu niño está perdido en la oscuridad.

Pekka echó un vistazo a sus hombres. Se frotó las manos sobre la cara. Luego, lentamente, con movimientos pesados, como si tuviera que luchar con cada músculo de su cuerpo para hacerlo, Rollins se arrodilló.

Kaz vio que los Leones del Centavo sacudían la cabeza. La debilidad nunca ganaba respeto en el Barril, sin importar lo bueno de la causa.

—Te estoy rogando, Brekker. Él es todo lo que tengo. Déjame ir con él. Déjame salvarlo.



Kaz miró a Pekka Rollins, Jakob Hertzoon, arrodillándose frente a él al fin, con los ojos húmedos de lágrimas, el dolor labrado en las arrugas de su cara enrojecida.

Ladrillo por ladrillo.

Era un inicio.

—Tu hijo está en la esquina al sur del campo Tarmakker, a tres kilómetros de Appelbroek. He marcado el terreno con una bandera negra. Si te marchas ahora, deberías llegar a él con bastante tiempo.

Pekka se puso de pie rápidamente y empezó a gritar órdenes. —Manda a los chicos al frente para que alisten caballos. Y consigue un medik.

—La plaga...

—El que está de guardia en el Palacio Esmeralda. Lo sacas a volandas del ala de enfermos si tienes que hacerlo. —Presionó un dedo en el pecho de Kaz—. Pagarás por esto, Brekker. Pagarás y continuarás pagando. No habrá fin a tu sufrimiento.

Kaz encontró la mirada de Pekka. —El sufrimiento es como cualquier otra cosa. Si vives con él el suficiente tiempo, aprendes a encontrarle el gusto.

—Vamos —dijo Rollins. Forcejeó con la puerta cerrada—. ¿Dónde está la maldita llave? —Uno de sus hombres se adelantó con ella, pero Kaz notó la distancia que mantenía de su jefe. Esta noche, estarían contando por todo el Barril la historia de Pekka Rollins arrodillado, y Rollins también debía saberlo. Amaba a su hijo lo bastante para apostar su orgullo y reputación al completo. Kaz suponía que eso debía contar para algo. Tal vez para alguien más lo habría hecho.

La puerta a la calle se abrió de un portazo, y un momento después habían desaparecido.

Inej se hundió acuclillada, presionándose las palmas contra los ojos. —¿Llegará a tiempo?

—¿Para qué?



—Para... —Levantó la vista hacia él. Kaz iba a extrañar esa expresión de sorpresa—. No lo hiciste. No lo enterraste.

—Ni siquiera he visto nunca al niño.

—Pero el león...

—Fue una suposición. El orgullo de Pekka sobre los Leones del Centavo es demasiado predecible. El niño probablemente tiene un millar de leones con los que jugar y un gigantesco león de madera para cabalgar.

—¿Cómo supiste siquiera que tenía un hijo?

—Lo deduje esa noche en casa de Van Eck. Rollins no dejaba de dar la perorata sobre el legado que estaba construyendo. Sabía que tenía una casa en el campo, le gustaba dejar la ciudad. Solo pensé que tenía una querida metida en algún lugar. Pero lo que dijo esa noche me hizo pensarla de nuevo.

—¿Y que tenía un hijo y no una hija? ¿Eso también fue una suposición?

—Una estudiada. Nombró su nuevo salón de juego el Príncipe Kaelish. Tenía que ser un niñito pelirrojo. ¿Y qué niño no es afecto a los dulces?

Ella sacudió la cabeza. —¿Qué encontrará en el campo?

—Nada en absoluto. Sin duda su gente reportará que su hijo está sano y salvo y haciendo lo que sea que los niños mimados hacen cuando sus padres están lejos. Pero con algo de suerte, Pekka pasará unas cuantas horas agonizantes excavando en la tierra y yendo en círculos antes de eso. Lo importante es que no estará alrededor para respaldar ninguna de las declaraciones de Van Eck y que la gente escuchará que huyó de la ciudad apresuradamente... con un medik a la zaga.

Inej lo miró y Kaz pudo verla completando el acertijo. —Los sitios de los brotes.

—El Príncipe Kaelish. El Palacio Esmeralda. La Dulcería. Todos negocios propiedad de Pekka Rollins. Serán cerrados y puestos en cuarentena durante semanas. No me sorprendería si la ciudad clausura algunas de sus otras propiedades como



precaución, si piensan que su personal está esparciendo la enfermedad. Debería tomarle al menos un año recuperarse financieramente, tal vez más si el pánico dura lo bastante. Por supuesto, si el Consejo piensa que él ayudó a establecer el falso consorcio, puede que nunca le concedan una licencia para volver a operar.

—El destino tiene planes para todos nosotros —dijo Inej bajito.

—Y a veces el destino necesita un poco de asistencia.

Inej frunció el ceño. —Creí que tú y Nina eligieron cuatro sitios de brotes en las Duelas.

Kaz se enderezó las mangas. —También hice que se detuviera en la Colección.

Ella sonrió entonces, con ojos rojos, sus mejillas manchadas de alguna clase de polvo. Era una sonrisa por la que creyó que podría morir para ganársela de nuevo.

Kaz revisó la hora. —Deberíamos irnos. Esto no ha terminado.

Le ofreció una mano enguantada. Inej suspiró larga y temblorosamente, luego se la tomó, levantándose como humo de una llama. Pero ella no lo soltó. —Mostraste piedad, Kaz. Fuiste el mejor hombre.

Ahí iba de nuevo, buscando decencia donde no había ninguna. —Inej, podía matar al hijo de Pekka solo una vez. —Abrió la puerta con un empujón de su bastón—. Él puede imaginar su muerte un millar de veces.





Traducido por Brig20

Matthias trotaba al lado del cuerpo sin vida de Kuwei. Dos de los guardias cargaron al chico en una camilla, y fueron corriendo hacia el *Beurscanal* con él, mientras ululaban las sirenas anunciando la peste. El medik luchaba para mantener el ritmo, la túnica de universitario aleteaba.

Cuando llegaron al muelle, el medik tomó la muñeca de Kuwei en su mano. — Esto es inútil. No tiene pulso. La bala debe haber atravesado el corazón.

Simplemente, no tire de esa camisa, deseó Matthias en silencio. Jesper había usado una bala de cera y goma que se había hecho añicos cuando golpeó la vejiga alojada detrás del botón de la camisa de Kuwei, estallando la carcasa de la vejiga y salpicando de sangre y médula por todas partes. La sangre la habían recogido en una carnicería, pero no había forma en que el medik pudiese saber eso. Para todos en la iglesia, parecía que Kuwei Yul-Bo recibió un disparo en el corazón y murió inmediatamente.

—Maldita sea —dijo el medik—. ¿Dónde está el bote de emergencias? ¿Y dónde está el encargado del muelle?

Matthias podía responder a estas preguntas con bastante facilidad. El encargado había abandonado su puesto tan pronto como había oído la sirena de la peste, e incluso desde este punto de vista estrecho podía ver el canal obstruido con embarcaciones, la gente gritando y golpeando a los lados de los barcos con sus remos, intentando evacuar la ciudad antes de que los canales fueran cerrados y quedaran atrapados en un laberinto de plaga.



—¡Aquí, señor! —gritó un hombre en un barco de pesca—. Podemos llevarlo al hospital.

El medik pareció desconfiar. —¿Alguien abordo ha mostrado signos de infección?

El pescador hizo un gesto hacia una mujer muy embarazada tumbada en la parte trasera del barco, protegida por un toldo. —No, señor. Solo somos nosotros y los dos estamos sanos, pero mi esposa está a punto de tener un bebé. Podríamos necesitar a alguien como usted a bordo en caso de que no lleguemos a tiempo al hospital.

El medik pareció un poco verde. —No soy... no trato problemas femeninos. Además, ¿por qué no está teniendo su bebé en casa? —preguntó con recelo.

No puede importarle menos si Kuwei sobrevive, pensó Matthias con severidad. *Él está buscando salvar su propio pellejo.*

—No tenemos una casa —dijo el hombre. —Solo el barco.

El medik miró sobre su hombro a la gente en pánico que se desbordaba por las puertas de la catedral principal. —Muy bien, vamos. Quédate aquí—le dijo a Matthias.

—Soy su protector elegido —dijo Matthias—. Voy a donde él va.

—No hay espacio para todos ustedes —dijo el pescador.

Los guardias de la *vigilancia* intercambiaron susurros furiosos, entonces uno de ellos dijo: —Lo pondremos en el barco, pero luego tenemos que reportarnos a nuestro puesto de mando. Es el protocolo.

Kaz había dicho que los oficiales no querrían estar en ningún lugar cerca de un hospital durante una epidemia de peste, y tenía razón. Matthias no podía culparlos.

—Pero es posible que necesitemos protección —protestó el medik.

—¿Para un tipo muerto? —dijo el oficial de la *vigilancia*.

—*Para mí!* ¡Soy un medik viajando durante tiempo de peste!



El oficial se encogió de hombros. —Es el protocolo.

Ellos alzaron la camilla y la colocaron en el barco y se marcharon.

—No tienen sentido del deber —resopló el medik.

—Él no se ve muy bien —dijo el pescador, mirando a Kuwei.

—Ésta casi muerto —dijo el medik—. Pero hay que seguir con el procedimiento. Como dirían nuestros amigos uniformados, «Es el protocolo».

La mujer embarazada dejó escapar un quejido terrible y Matthias tuvo el placer de ver al medik escurrirse rápidamente hasta dar de espaldas contra la barandilla del barco, casi volcando un cubo de calamares. Con suerte, el cobarde se mantendría bien lejos de Nina y su vientre falso. Era una lucha para Matthias mantener sus ojos apartados de ella cuando lo único que quería era asegurarse de que estaba a salvo. Pero una sola mirada le dijo que estaba mejor que segura. Su cara estaba radiante, sus ojos luminosos como esmeraldas. Esto era lo que resultaba cuando ella utilizaba su poder... sin importar la forma que tomara. *Antinatural*, dijo la voz antigua y determinada. *Hermosa*, dijo la voz que había hablado la noche en que había ayudado a escapar a Jesper y a Kuwei de Velo Negro. Era más nueva, menos segura, pero más fuerte que nunca.

Matthias hizo una seña al pescador y Rotty le devolvió el guiño, dando un breve tirón a las barbas de su disfraz. Enfiló el barco rápidamente por el canal.

Cuando se acercaban a *Zentsbridge*, Matthias vio la enorme embarcación de botellas debajo. Era lo bastante amplia para que los cascos de los dos barcos se rasparan mientras Rotty trataba de pasar. El hombre del bote y Rotty comenzaron una fuerte discusión, y Nina soltó otro gemido, lo suficientemente largo y fuerte que Matthias se preguntó si ella estaba tratando de competir con la sirena de la peste.

—Tal vez un poco de respiración profunda? —sugirió el medik desde la barandilla.



Matthias dio a Nina una mirada de advertencia más que obvia. Se podía fingir un embarazo. No podían fingir un parto real. Al menos no creía que fuera posible. En este punto no ponía en duda que Kaz fuera capaz de cualquier cosa.

El medik gritó a Matthias para que le llevara su bolsa. Matthias fingió quejarse por ello por un momento, mientras extraía el estetoscopio y lo metía debajo de una pila de redes, por si acaso el medik quería escuchar el vientre de Nina.

Matthias entregó la bolsa. —¿Qué estás buscando? —preguntó, usando su corpulencia para bloquear la visión del medik hacia el bote de botellas mientras el cuerpo de Kuwei era cambiado por el cadáver que habían robado de la morgue la noche anterior. Tan pronto como Sturmhond había sacado a Genya fuera de la iglesia, ella se había detenido debajo del puente para confeccionar el rostro del cadáver y elevar su temperatura corporal. Era imperativo que no pareciera que había estado muerto durante demasiado tiempo.

—Un sedante —dijo el medik.

—¿Es seguro para una mujer embarazada?

—Para mí.

El hombre del bote de botellas gritó algunas palabras groseras más hacia Rotty (Specht claramente estaba disfrutándolo) y entonces el barco pesquero pasó el *Zentsbridge* y siguió avanzando, moviéndose más rápido ahora que habían dejado la parte más concurrida del canal. Matthias no pudo resistir dar una mirada hacia atrás y vio sombras que se movían detrás de las cajas de vino apiladas en el bote de botellas. Aún había más trabajo por hacer.

—A dónde vamos? —dijo el medik bruscamente—. Pensé que nos dirigíamos a la clínica universitaria.

—El canal está cerrado —mintió Rotty.

—Entonces llévennos al hospital Ghezendaal y que sea rápido.



Esa era la idea. La clínica universitaria estaba más cerca, pero Ghezendaal era más pequeño, con personal menos capacitado, e inevitablemente estaría abrumado por el pánico de la plaga, un lugar perfecto para llevar un cuerpo que no sería examinado muy de cerca.

Se deslizaron hasta detenerse en el muelle del hospital y el personal asistió a Rotty y a Nina a salir de la barca, y luego también ayudaron a levantar la camilla. Pero tan pronto como llegaron a las puertas del hospital, la enfermera de turno miró el cuerpo en la camilla y le dijo: —¿Por qué traen un cadáver aquí?

—¡Es el protocolo! —dijo el medik—. Estoy tratando de cumplir mi deber.

—Estamos poniendo cuarentena por una plaga. No tenemos camas para dar a los muertos. Llévenlo a la parte trasera de la bahía de vagones. Los cadavereros pueden venir por él esta noche.

Los miembros del personal desaparecieron alrededor de la esquina con la camilla. Para mañana el cuerpo de un desconocido sería cenizas y el Kuwei real sería libre de vivir su vida sin estar constantemente mirando por encima del hombro.

—Bueno, al menos ayuden a esta mujer, que está a punto de... —El medik miró a su alrededor, pero Nina y Rotty ya habían desaparecido.

—Ellos ya entraron —dijo Matthias.

—Pero...

La enfermera espetó: —¿Va a estar aquí todo el día bloqueando mi puerta o va a entrar y ser de ayuda?

—Yo... se me necesita en otros lugares —dijo el medik, ignorando la mirada incrédula de la enfermera—. La mala educación de algunas personas —farfulló, sacudiéndose el polvo de la túnica y saliendo del hospital—. Soy un académico de la Universidad.



Matthias se inclinó profundamente. —Le agradezco por sus intentos de salvar a mi protegido.

—Ah, bueno, sí. En efecto. Solo estaba cumpliendo con mi deber y juramento. —El medik miraba con nerviosismo a las casas y negocios que ya habían comenzado a bloquear sus puertas y sellar sus persianas—. Realmente tengo que llegar a la clínica...

—Estoy seguro de que todos estarán muy agradecidos por su atención —dijo Matthias, seguro que la intención del medik era correr a casa, a sus aposentos y montar una barricada contra cualquiera que estornudara siquiera.

—Sí, sí —dijo el medik—. Buen día y buena salud. —Y salió corriendo por la calle estrecha.

Matthias se encontró sonriendo mientras corría en la dirección opuesta. Se reuniría con los demás de vuelta en el *Zentsbridge*, donde con suerte, reanimarían a Kuwei. Él estaría con Nina de nuevo y tal vez, tal vez podría empezar a pensar en un futuro.

—¡Matthias Helvar! —dijo una voz aguda y chillona.

Matthias se volteó. Había un chico de pie en medio de la calle desierta. El joven *drüskelle* con cabello blanco como el hielo, que le había fulminado con tanta fuerza en la mirada durante la subasta. Llevaba un uniforme gris, no el negro completo de un oficial *drüskelle*. ¿Había seguido a Matthias desde la iglesia? ¿Qué había visto?

El chico no tendría más de catorce años. Le temblaba la mano que sostenía su pistola.

—Te acuso de traición —dijo, con la voz quebrada—, alta traición contra Fjerd y tus hermanos *drüskelle*.

Matthias levantó las manos. —Estoy desarmado.

—Eres un traidor a tu tierra y tu dios.

—No nos hemos visto antes.



—Mataste a mis amigos. En el allanamiento de la Corte de hielo.

—No maté a ningún *driūskelle*.

—Tus compañeros lo hicieron. Eres un asesino. Humillaste al comandante Brum.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Matthias suavemente. Este muchacho no quería hacerle daño a nadie.

—No importa.

—¿Eres nuevo en la Orden?

—Seis meses —dijo, levantando la barbilla.

—Me uní cuando era aún más joven que tú. Yo sé lo que se siente allí, los pensamientos que ponen en tu cabeza. Pero no tienes que hacer esto.

El chico tembló aún más fuerte. —Te acuso de traición —repitió.

—Soy culpable —dijo Matthias—. He hecho cosas terribles. Y si lo deseas, voy a caminar de regreso a la iglesia contigo en este momento. Voy a hacer frente a tus amigos y oficiales de mando y veremos qué justicia hay para mí.

—Estás mintiendo. Incluso dejaste que mataran a ese chico shu que se suponía debías proteger. Eres un traidor y un cobarde. —Bien, él creía que Kuwei estaba muerto.

—Iré contigo. Tienes mi palabra. Y tú tiene la pistola. No hay nada que temer de mí.

Matthias dio un paso adelante.

—¡Quédate donde estás!

—No tengas miedo. El miedo es la forma en que ellos te controlan. —*Encontraremos una manera de hacerles cambiar de opinión.* El niño solo había estado en la Orden por seis meses. Podía ser alcanzado—. Hay tantas cosas en el mundo que no tienes que temer, si tan solo abres los ojos.



CROOKED KINGDOM



—Te dije que te quedes donde estás.

—No quieres hacerme daño. Lo sé. Yo fui como tú una vez.

—No soy como tú —dijo el chico, sus ojos azules ardiendo. Matthias vio la ira allí, la rabia. Él la conocía muy bien. Pero, aun así, se sorprendió cuando escuchó el disparo.





Traducido por Pily1

Nina se quitó el vestido y la pesada panza de goma que había atado sobre su túnica, mientras Rotty se deshacía de su barba y abrigo. Ataron todo en un paquete y Nina lo arrojó por la borda mientras subían al bote amarrado debajo del *Zentsbridge*.

—¡Hasta nunca! —dijo mientras se hundía en el agua.

—Que poco sentimiento maternal —dijo Kaz, saliendo de detrás de las cajas de vino.

—¿Dónde está Inej?

—Estoy bien —dijo Inej detrás de él—. Pero Kuwei...

—Estás sangrando de nuevo —observó Nina cuando se deslizó detrás de las altas pilas de cajas para unirse a ellos. Había poco tráfico en el canal ahora, pero no debían correr riesgos—. ¿Y qué ocurrió con tus ojos?

—Te diría que preguntaras a la Espada Blanca, pero... —Inej se encogió de hombros.

—Espero que haya sufrido.

—Nina.

—¿Qué? No podemos ser ambos, misericordiosos y serenos.



Estaban en un pequeño espacio sombreado entre las cajas de vino y el arco de piedra del puente. La camilla con el cuerpo de Kuwei yacía sobre una mesa improvisada de cajas. Genya estaba inyectando algo en el brazo del chico shu y Zoya y el hombre que Nina asumía era Sturmhond, miraban.

—¿Cómo está? —preguntó Nina.

—Si tiene pulso, no puedo encontrarlo —dijo Genya—. El veneno hizo su trabajo.

Tal vez demasiado bien. Genya había dicho que el veneno bajaría el pulso y la respiración hasta el punto de que podría imitar la muerte. Pero la representación era incómodamente convincente. Una parte de Nina sabía que el mundo podría ser más seguro si Kuwei moría, pero también sabía que si alguien más desentrañaba el secreto de *parem*, lo mejor sería encontrar un antídoto. Habían luchado para liberarlo de la Corte de Hielo. Planearon y confabularon y se esforzaron para que pudiera estar a salvo y pudiera dedicarse a su trabajo entre los Grisha. Kuwei era esperanza.

Y era un chico que merecía la oportunidad de vivir sin un blanco en la espalda.

—¿El antídoto? —preguntó Nina, mirando a la jeringa en la mano de Genya.

—Esta es la segunda dosis que le inyecta —dijo Kaz.

Todos observaron cómo Genya tomaba el pulso y la respiración. Ella sacudió la cabeza.

—Zoya —dijo Sturmhond. Su voz tenía el tono de mando.

Zoya suspiró y se subió las mangas.

—Desabotónale la camisa.



—¿Qué estás haciendo? —preguntó Kaz cuando Genya deshizo los restantes botones de Kuwei. Su pecho era estrecho, las costillas visibles, todo ello salpicado de la sangre de cerdo que habían encapsulado en la vejiga de cera.

—O voy a despertar su corazón o cocinarlo desde el interior —dijo Zoya—. Un paso atrás.

Hicieron todo lo posible para obedecer en el reducido espacio.

—¿Exactamente qué quiere decir con eso? —preguntó Kaz a Nina.

—No estoy segura —admitió Nina. Zoya tenía las manos y los ojos cerrados. El aire se sentía repentinamente fresco y húmedo.

Inej inhaló profundamente.

—Huele como una tormenta.

Zoya abrió los ojos y juntó las manos como en oración, frotándose las palmas de las manos una contra la otra rápidamente.

Nina sintió la caída de presión, el sabor metálico en su lengua.

—Creo... Creo que está convocando un rayo.

—¿Es seguro? —preguntó Inej.

—Ni remotamente —dijo Sturmhond.

—Al menos lo ha hecho antes? —dijo Kaz.

—¿Para este propósito? —preguntó Sturmhond—. La he visto hacerlo dos veces. Funcionó espléndidamente. Una vez. —Su voz era extrañamente familiar, y Nina tuvo la sensación de que se habían conocido antes.

—¿Listos? —preguntó Zoya.



Genya empujó un pedazo densamente plegado de tela entre los dientes de Kuwei y retrocedió. Con un estremecimiento, Nina se dio cuenta de que era para evitar que se mordiera la lengua.

—Realmente espero que lo haga bien —murmuró Nina.

—No tanto como lo espera Kuwei —dijo Kaz.

—Es complicado —dijo Sturmhond—. A los rayos no les gustan los amos. Zoya está poniendo su vida en riesgo.

—No me parece que sea de ese tipo —dijo Kaz.

—Te sorprenderías —respondieron Nina y Sturmhond al unísono. Una vez más, Nina tuvo la extraña sensación de que lo conocía.

Vio que Rotty cerraba los ojos, incapaz de ver. Los labios de Inej se movían en lo que Nina sabía que debía ser una oración.

Una luz azul débil crujío entre las palmas de Zoya. Ella tomó una respiración profunda y las colocó sobre el pecho de Kuwei.

La espalda de Kuwei se inclinó hacia atrás, todo su cuerpo se arqueó tan bruscamente que Nina pensó que su columna vertebral podría romperse. Luego cayó de golpe en contra de la camilla. Sus ojos no se abrieron. Su pecho se mantuvo inmóvil.

Genya le tomó el pulso.

—Nada.

Zoya frunció el ceño y juntó nuevamente las palmas de las manos, un ligero sudor caía a lo largo de su perfecta frente.

—¿Estamos absolutamente seguros de que queremos que viva? —resopló. Nadie respondió, pero siguió frotándose las manos una vez más.



—¿Qué se supone que está haciendo? —dijo Inej.

—Le va a dar una descarga en el corazón para que vuelva a su ritmo —dijo Genya—. Y el calor debe ayudar a desnaturalizar el veneno.

—O lo mata —dijo Kaz.

—O lo mata —reconoció Genya.

—Ahora —dijo Zoya, con voz determinada. Nina se preguntó si estaba ansiosa por que Kuwei sobreviviera o si simplemente odiaba fallar en algo.

Zoya descargó las palmas de las manos abiertas contra el pecho de Kuwei. El cuerpo se dobló como una rama verde atrapado por un viento implacable y, una vez, más se derrumbó contra la camilla.

Kuwei jadeó, con los ojos abiertos. Luchó para sentarse, tratando de escupir el fajo de tela.

—Gracias a los Santos —dijo Nina.

—*Gracias a mí* —dijo Zoya.

Genya se movió para inmovilizarlo, y los ojos de él se abrieron aún más cuando el pánico lo poseyó.

—Shhh —murmuró Nina, adelantándose. Kuwei conocía a Genya y a Zoya solo como miembros de la delegación ravkana. Bien podrían ser desconocidas—. Todo está bien. Estás vivo. Estás a salvo.

Inej se reunió con ella, al lado de Kuwei, le retiró el tejido de la boca, le alisó el pelo hacia atrás.

—Estás a salvo —repitió.



—La subasta...

—Se acabó.

—¿Y los shu?

Sus ojos dorados estaban aterrorizados, y Nina entendió lo asustado que había estado.

—Te vieron morir —le aseguró Nina—. Lo mismo hicieron todos. Representantes de todos los países vieron que te dieron un tiro en el corazón. El medik y personal del hospital darán testimonio de tu muerte.

—El cuerpo...

—Esta noche será recogido por los cadavereros —dijo Kaz—. Se acabó.

Kuwei se dejó caer de nuevo, pasó un brazo sobre los ojos, y se echó a llorar. Nina lo palmeó suavemente.

—Sé lo que quieres decir, chico.

Zoya se puso las manos en las caderas.

—¿Alguien me va a agradecer, o a Genya, por este pequeño milagro?

—Gracias por casi matar y luego revivir a uno de los rehenes más valiosos en el mundo para que lo puedan utilizar para su propio beneficio —dijo Kaz—. Ahora tienen que irse. Las calles están casi vacías, y necesitan llegar al distrito manufacturero.

Los bellos ojos azules de Zoya se estrecharon.

—Muéstrate por Ravka, Brekker. Te enseñaremos algunos modales.

—Lo tendré en mente. Cuando me quemen en la Barcaza de la Parca, definitivamente quiero ser recordado como *educado*.



—Ven con nosotros ahora, Nina —instó Genya.

Nina sacudió la cabeza.

—El trabajo no ha terminado y, de todos modos, Kuwei se encuentra demasiado débil para hacer el viaje.

Zoya frunció los labios.

—Pero no olvides dónde están tus lealtades. —Salió del bote, seguida de Genya y Sturmhond.

El corsario se volvió hacia el bote y dirigió la mirada hacia Nina. Sus ojos eran de un color extraño, y sus rasgos no parecían encajar correctamente.

—En caso de que estés tentada a no volver, quiero que sepas que tú y tu fjerdano son bienvenidos en Ravka. No podemos estimar la cantidad de *parem* que los shu puede tener todavía o cuántos de esos soldados Kherguud han hecho. El Segundo Ejército necesita de tus dones.

Nina vaciló.

—No soy... no soy lo que era.

—Eres un soldado —dijo Zoya—. Eres Grisha. Y tendríamos suerte de tenerte.

La mandíbula de Nina cayó. Casi sonaba como un elogio.

—Ravka está agradecida por tu servicio —dijo Sturmhond cuando se volvieron para irse—. Y también la corona. —Agitó la mano una vez. En la luz de la tarde, con el sol detrás de él, se parecía menos a un corsario y más a... Pero eso era una tontería.

—Tengo que volver a la iglesia —dijo Kaz—. No sé lo que el Consejo va a hacer con Wylan.



—Vayan —dijo Nina—. Nosotros esperaremos aquí a Matthias.

—Manténganse alerta —dijo Kaz—. Mantenlo fuera de la vista hasta el anochecer. Entonces sabes a dónde ir.

Kaz bajó del barco y desapareció de nuevo en dirección a la Iglesia del Trueque.

Nina no creyó que fuera seguro ofrecer vino a Kuwei, por lo que le ofreció un poco de agua y le animó a descansar.

—Temo cerrar los ojos —dijo él.

Nina se esforzó por ver sobre el borde del canal y por la calle.

—¿Qué estará entreteniendo tanto a Matthias? ¿Crees que el medik le dio problemas? —Pero entonces lo vio caminando hacia ella a través de la plaza vacía. Él levantó la mano en señal de saludo.

Ella saltó de la barca y corrió hacia él, echándose en sus brazos.

—*Driüsje* —dijo él contra su pelo—. Estás bien.

—Por supuesto que estoy bien. Eres el que llega tarde.

—Pensé que no sería capaz de encontrarte en la tormenta.

Nina se retiró. —¿Te detuviste a emborracharte en el camino hasta aquí?

Él le tomó la mejilla con la mano. —No —dijo, y luego la besó.

—¡Matthias!

—¿Lo he hecho mal?

—No, lo hiciste espléndidamente. Pero soy quien siempre te besa a *ti* primero.



—Debemos cambiar eso —dijo, y luego se dejó caer contra ella.

—¿Matthias?

—No es nada. Necesitaba volver a verte.

—Matthias... Oh, Santos. —El abrigo que había estado sosteniendo cayó y vio la herida de bala en el estómago. Su camisa estaba empapada de sangre—. ¡Ayuda! —gritó—. ¡Que alguien me ayude! —Pero las calles estaban vacías. Las puertas cerradas. Las ventanas selladas—. Inej —exclamó.

Él era demasiado pesado. Se hundieron en los adoquines y Nina acunó suavemente la cabeza en su regazo. Inej corrió hacia ellos.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Le han disparado. Oh, Santos, Matthias, ¿quién hizo esto? —Tenían tantos enemigos.

—No importa —dijo. Su respiración sonaba extraña y débil—. Todo lo que quería era verte una vez más. Decirte...

—Busca a Kuwei —le dijo Nina a Inej—. O a Kaz. Él tiene *parem*. Tienes que conseguirlo para mí. Puedo salvarlo. Puedo curarlo. —¿Pero sería cierto que, si usaba la droga, haría retornar su poder a lo que había sido? Podía tratar. Tenía que intentarlo.

Matthias la tomó de la mano con una fuerza sorprendente. Estaba mojado con su propia sangre.

—No, Nina.

—Puedo luchar contra ella por segunda vez. Puedo curarte y luego puedo luchar contra ella.

—No vale la pena el riesgo.



—Vale la pena cada riesgo —dijo—. Matthias...

—Necesito que salves a los demás.

—¿Los demás? —preguntó con desesperación.

—Los otros *driūskelle*. Júrame que por lo menos tratarás de ayudarlos.

—Iremos juntos, Matthias. Seremos espías. Genya nos confeccionará e iremos a Fjerda juntos. Voy a usar todos los feos chalecos tejidos que deseas.

—Ve a casa en Ravka, Nina. Sé libre, como estaba destinado a ser. Sé un guerrero, como siempre lo has sido. Solo reserva un poco de misericordia para mi pueblo. Tienes que salvar a Fjerda. Prométemelo.

—Lo prometo. —Las palabras eran más un sollozo que un sonido.

—Me han hecho para protegerte. Incluso en la muerte, encontraré una manera.

—Le agarró la mano con más fuerza—. Que me entierren para que pueda ir a Djel. Entiérrame para que pueda echar raíces y seguir las aguas del norte.

—Te lo prometo, Matthias. Te llevaré a casa.

—Nina —dijo, apretándole la mano contra su corazón—. Ya estoy en casa.

La luz desapareció de sus ojos. Su pecho se quedó inmóvil bajo sus manos.

Nina gritó, un aullido que arrancó desde el espacio negro donde su corazón había latido solo unos momentos antes. Buscó su pulso, para encontrar la luz y la fuerza que había sido Matthias. *Si tuviera mi poder. Si nunca hubiera tomado parem. Si tuviera parem.* Sentía el río a su alrededor, las aguas negras del luto. Metió la mano en el frío.

El pecho de Matthias se elevó, sacudió su cuerpo.

—Vuelve a mí —susurró—. Vuelve.



Podía hacerlo. Podría darle una nueva vida, una vida que naciera de aguas profundas. Él no era un hombre común y corriente. Era Matthias, su valiente fjerdano.

—*Vuelve* —exigió. Sopló. Los párpados de él se abrieron y sus ojos brillaron negros.

—Matthias —susurró—. Háblame.

—Nina.

Su voz, su hermosa voz. Era la misma. Le agarró la mano, buscándolo en esa negra mirada. Pero sus ojos habían sido del color de los hielos del norte, del azul más pálido y puro. Esto estaba mal.

Inej estaba arrodillada a su lado. —Déjalo ir, Nina.

—No puedo.

Inej puso su brazo alrededor de los hombros de Nina.

—Déjalo ir con su dios.

—Él debería estar aquí, conmigo.

Nina tocó la fría mejilla. Tenía que haber una manera de hacer esto, para que estuviera bien. ¿Cuántas cosas imposibles habían logrado juntos?

—Te reunirás con él de nuevo en la próxima vida —dijo Inej—. Pero solo si sufres esto ahora.

Eran almas gemelas, soldados destinados a luchar por diferentes bandos, para encontrarse uno al otro y perderse uno al otro demasiado rápido. No lo mantendría aquí. Así no.



—En la próxima vida, entonces —susurró—. Ve. —Observó sus ojos cerrarse una vez más—. *Farvell* —dijo en fjerdano—. Que Djel te cuide hasta que yo pueda hacerlo una vez más.





Traducido por Pily1

Matthias estaba soñando de nuevo. Soñando con ella. La tormenta rugía en torno a él, ahogando la voz de Nina. Y, sin embargo, su corazón estaba ligero. De alguna manera, sabía que ella estaría a salvo, encontraría refugio del frío. Él estaba en el hielo, una vez más, y en algún lugar podía oír a los lobos aullando. Pero esta vez, sabía que le estaban dando la bienvenida a casa.





Traducido por Alfacris

Wylan estaba sentado entre Alys y Jesper, en un banco cerca del frente de la iglesia.

Los ravkanos, shu y fjerdanos se habían metido en una maraña de puñetazos que había dejado a varios soldados heridos y sangrando y al embajador fjerdano con un hombro dislocado. Se hablaba con enojo de sanciones comerciales y represalias en todas partes. Pero, por ahora, parecía haberse restaurado algo de orden. La mayoría de los asistentes a la subasta habían huido desde hacía mucho tiempo o habían sido llevados por la vigilancia. Los shu se habían marchado, amenazando con acciones militares por la muerte de uno de sus ciudadanos.

Los fjerdanos aparentemente habían marchado hacia las puertas del Salón de la Guardia para exigir que Matthias Helvar fuera encontrado y arrestado, solo para ser informados de que las medidas de emergencia por la plaga prohibían las asambleas públicas. Debían regresar a su embajada inmediatamente o correrían el riesgo de ser expulsados de las calles por la fuerza.

La gente estaba magullada y conmocionada y Wylan había oído que la mano de una mujer había sido aplastada cuando la habían tirado al suelo durante las corridas de pánico hacia la puerta de la catedral. Pero pocos fueron a las clínicas u hospitales para recibir atención médica. Nadie quería exponerse a la plaga que se extendía por el Barril. Solo el Consejo Mercante y algunos de los guardias permanecían cerca del altar, discutiendo en tonos amortiguados, que de vez en cuando se elevaban a algo más parecido a un griterío.

Wylan, Jesper, Alys y su doncella habían sido agrupados por la *vigilancia* y Wylan esperaba que Kaz hubiera tenido razón al insistir en que permaneciera en la iglesia. No



estaba seguro si sentía que los oficiales estaban allí para protegerlo o mantenerlo bajo vigilancia. Por como Jesper seguía tamborileando los dedos sobre sus rodillas, Wylan sospechaba que se sentía igualmente nervioso. No ayudaba el dolor que sentía cada vez que Wylan respiraba, sentía su cabeza como un timbal siendo asaltado por un percusionista entusiasta.

Él era un desastre, casi hubo un motín y la reputación de Ketterdam estaba hecha jirones y, sin embargo, Wylan sonreía.

—¿Por qué estás tan feliz? —preguntó Jesper.

Wylan miró a Alys brevemente y susurró: —Lo hicimos. Y sé que Kaz tenía sus propios motivos, pero estoy bastante seguro de que acabamos de ayudar a prevenir una guerra. —Si Ravka hubiera ganado la subasta, los shu o los fjerdanos habrían encontrado alguna excusa para lanzar un ataque a Ravka para ponerle las manos encima a Kuwei. Ahora Kuwei estaría a salvo, e incluso si alguna otra persona finalmente desarrollaba *parem*, los ravkanos pronto podrían estar en camino de desarrollar un antídoto.

—Probablemente —dijo Jesper, sus dientes brillaban blancos—. ¿Qué es un pequeño incidente internacional entre amigos?

—Creo que Keeg puede haberme roto la nariz.

—Y después de que Genya la hizo tan bonita y recta.

Wylan vaciló. —Puedes irte si lo necesitas. Sé que debes estar preocupado por tu padre.

Jesper echó una ojeada a los guardias. —No estoy seguro de que nuestros nuevos amigos me dejen salir de aquí. Además, no quiero que nadie me siga hasta él.

Y Wylan oyó a Kaz decirle a Jesper que se quedara.

Alys frotó una mano sobre su vientre. —Tengo hambre —dijo, echando un vistazo a donde el Consejo Mercante todavía discutía—. ¿Cuándo crees que consigamos ir a casa?



Wylan y Jesper intercambiaron una mirada.

En ese momento, un joven corrió por el pasillo de la catedral y entregó un fajo de papeles a Jellen Radmakker. Llevaban el sello verde pálido del *Gemensbank* y Wylan sospechaba que mostrarían que todo el dinero del Consejo Mercante había sido canalizado desde un falso fondo de jurda directamente a una cuenta destinada a los shu.

—¡Esto es una locura! —gritó Van Eck—. ¡No pueden creer nada de esto!

Wylan se puso de pie para echar un mejor vistazo, luego inspiró profundamente con una aguda punzada de dolor en sus costillas. Jesper extendió una mano para estabilizarlo. Pero lo que Wylan vio cerca del podio sacó de su mente todos los pensamientos de dolor: un oficial de la *vigilancia* estaba esposando a su padre, que se agitaba como un pez atrapado en una caña de pescar.

—Es la obra de Brekker —dijo Van Eck—. Él creó el fondo. Encuentren al granjero. Encuentren a Pekka Rollins. Se los dirán.

—Deja de hacer un espectáculo —susurró Radmakker furiosamente—. Por el bien de tu familia, demuestra algo de autocontrol.

—¿Que me controle? ¿Cuándo me tienen encadenado?

—Cálmate, hombre.

—Te llevarán al Salón de la Guardia para esperar cargos. Una vez que hayas pagado la fianza...

—¿Fianza? Soy miembro del Consejo Mercante. Mi palabra...

—¡No vale nada! —murmuró Radmakker, mientras Karl Dryden se erizaba de una manera que recordaba a Wylan claramente al terrier de Alys cuando veía a una ardilla. —Deberías estar agradecido de que no te echen a la Puerta del Infierno ahora mismo. Han desaparecido setenta millones de *kruge* del dinero del Consejo. Kerch se ha convertido en el hazmerreír. ¿Tienes alguna idea del daño que causaste hoy?

Jesper suspiró. —¿Hacemos todo el trabajo y él se lleva todo el crédito?



—¿Qué está sucediendo? —preguntó Alys, buscando la mano de Wylan—. ¿Por qué Jan está en problemas?

Wylan sintió lástima por ella. Era dulce y tonta y nunca había hecho nada más que casarse con el individuo que su familia le ordenó. Si Wylan estaba en lo correcto, su padre sería acusado por cargos de fraude y traición. Hacer un contrato falso a propósito, con el fin de subvertir el mercado no era solo ilegal, sino que se consideraba blasfemia, una desgracia en las obras de Ghezen y las penas eran duras. Si su padre era declarado culpable, sería despojado de su derecho a poseer bienes o a tener inversiones. Toda su fortuna pasaría a Alys y a su heredero por nacer. Wylan no estaba seguro de que Alys estuviera lista para ese tipo de responsabilidad.

Le dio un apretón en la mano. —Todo va a estar bien —dijo—. Te lo prometo. —Y lo decía en serio. Encontrarían un buen abogado o un hombre de negocios para ayudar a Alys con la finca. Si Kaz conocía a todos los estafadores de Ketterdam, entonces debía saber quiénes eran también los comerciantes honrados... sin otra razón más que evitarlos.

—¿Dejarán que Jan vuelva a casa esta noche? —preguntó Alys, su labio inferior temblaba.

—No lo sé —admitió.

—Pero tú volverás a la casa, ¿verdad?

—Yo...

—Permanece lejos de ella —espetó Van Eck cuando la *vigilancia* lo arrastró por los escalones del escenario—. Alys, no lo escuches. Necesitas ir por Smeet para que ponga los fondos para la fianza. Ve...

—No creo que Alys pueda ayudarte con eso —dijo Kaz. Estaba de pie en el pasillo, apoyado en su bastón cabeza de cuervo.

—Brekker, pequeño desgraciado matón. ¿De verdad crees que esto se acabó? —Van Eck se enderezó, tratando de recuperar parte de su dignidad perdida—. A esta hora



mañana, estaré en libertad bajo fianza y restableceré mi reputación. Hay una manera de conectarte con el consorcio Rietveld y la encontraré. Lo juro.

Wylan sintió que Jesper se tensaba a su lado. Colm Fahey era la única conexión.

—Por supuesto, lo juras —dijo Kaz—. Haz un voto solemne. Creo que todos sabemos lo que vale tu palabra. Sin embargo, es posible que tus recursos estén algo restringidos. El custodio de tu patrimonio estará a cargo de tus fondos. No estoy seguro de cuánto dinero Wylan planea dedicar a tu defensa, o tu fianza, para el caso.

Van Eck rio amargamente. —Lo excluí de mi testamento tan pronto como Alys concibió. Wylan nunca verá ni un centavo de mi dinero.

Un murmullo de sorpresa surgió de los miembros del Consejo Mercante.

—¿Estás seguro? —dijo Kaz—. Yo estoy seguro de que Wylan me dijo que ustedes dos se habían reconciliado. Por supuesto, eso fue antes de todo este feo asunto.

—Mi testamento está perfectamente claro. Hay una copia de él en ... —Van Eck se detuvo a la mitad y Wylan observó una expresión horrorizada extenderse por la cara de su padre—. La caja fuerte —susurró.

El entendimiento golpeó a Wylan unos segundos más tarde. Specht había falsificado una carta con la letra de su padre para el capitán del barco; ¿Por qué no algo más? *A veces, un ladrón competente no solo toma. Deja algo atrás.* La noche en que habían entrado en la oficina de su padre, Kaz no solo había intentado robar el sello. Había reemplazado el testamento de Van Eck con una falsificación. Wylan recordó lo que Kaz había dicho: *¿Te das cuenta de que estamos robando tu dinero?* Lo había dicho en serio.

—Hay otra copia —dijo Van Eck—. Mi abogado...

—¿Cornelis Smeet? —dijo Kaz—. ¿Sabes si él crío a esos perros guardianes tuyos? Es curioso, cuando entrenas a un animal para obedecer. A veces se vuelven demasiado fáciles de dominar. Mejor mantenerlos un poco salvajes.



No ganas jugando un solo juego. ¿Cuánto tiempo había estado planeando que Wylan obtuviera el imperio de su padre?

—No —dijo Van Eck, sacudiendo la cabeza—. No. —Con sorprendente fuerza, se sacudió los guardias—. No puedes darle a este cretino el control de mis fondos — gritó, señalando a Wylan con sus manos encadenadas—. Incluso si hubiera querido que heredara, él es incompetente para hacerlo. No puede leer, apenas puede unir una oración básica en la página. Es un idiota, un niño de mente blanda.

Wylan registró el horror en los rostros de los miembros del Consejo. Esta era la pesadilla que había tenido en innumerables ocasiones de niño: estar en público, con sus deficiencias expuestas.

—¡Van Eck! —dijo Radmakker—. ¿Cómo puedes decir algo así sobre tu propia sangre?

Van Eck se echó a reír. —¡Por lo menos puedo demostrarlo! Dale algo para leer. ¡Adelante, Wylan, muéstrales qué gran hombre de negocios serás!

Radmakker le puso una mano en el hombro. —No tienes por qué obedecer sus desvaríos, hijo.

Pero Wylan ladeó la cabeza, una idea formándose en su mente. —Está bien, señor Radmakker —dijo—. Si nos ayuda a poner fin a este trágico asunto, obedeceré a mi padre. De hecho, si tiene una Transferencia de Autoridad, puedo firmarla ahora y empezar a reunir fondos para la defensa de mi padre.

Hubo murmullos en el escenario y luego apareció una carpeta con los documentos del contrato vinculante. Los ojos de Wylan se encontraron con los de Jesper. ¿Entendía lo que Wylan quería?

—Éstos estaban destinados a Kuwei Yul-Bo —dijo Dryden—. Pero no se han llenado. Debería haber una Transferencia de Autoridad.

Le ofreció el expediente a Wylan, pero Jesper lo tomó y lo hojeó.



—¡Él debe leerlo! —gritó Van Eck—. ¡No el otro muchacho!

—Creo que tu primera inversión debería ser un bozal —murmuró Jesper.

Le entregó a Wylan un documento. Podría haber sido cualquier cosa. Wylan vio las palabras, reconoció sus formas, no pudo formar su significado. Pero él podía oír la música en su cabeza, ese truco de memoria que había usado con tanta frecuencia cuando era niño; la voz de Jesper leyéndole en voz alta en la visita a Santa Hilde. Veía la puerta azul pálido, olía la glicina que florecía.

Wylan se aclaró la garganta y fingió examinar la página. —*Este documento, atestiguado a plena vista de Ghezen y manteniendo los tratos honestos de los hombres, válido por los tribunales de Kerch y su Consejo Mercante, representa la transferencia de toda propiedad, finca y posesiones legales de...* —Hizo una pausa—. Supongo que aquí dirá nuestros nombres, *Jan Van Eck a Wylan Van Eck, para que sean administrados por él hasta que Jan Van Eck sea de nuevo competente para conducir... sus propios asuntos.* ¿Realmente necesito continuar?

Van Eck miraba con la boca abierta a Wylan. Los miembros del Consejo sacudían la cabeza.

—Claro que no, hijo —dijo Radmakker—. Creo que ya has sufrido suficiente. —La mirada que le dirigió a Van Eck ahora era de lástima—. Llévenlo al Salón de la Guardia. Tal vez tengamos que encontrarle un medik también. Algo debió de haber enloquecido su mente, poner esos locos pensamientos en su cabeza.

—Es un truco —dijo Van Eck—. Es otro de los trucos de Brekker. —Se separó de sus guardias y se precipitó hacia Wylan, pero Jesper se paró frente a él, agarrándolo por los hombros y manteniéndolo a raya con los brazos rectos—. Destruirás todo lo que he construido, todo lo que mi padre y su padre construyeron. Tú...

Jesper se inclinó y dijo, lo bastante bajito para que nadie más pudiera oír: —Yo puedo leerle.

—Tiene un barítono muy relajante —añadió Wylan, y luego los guardias se llevaron a su padre por el pasillo.



—¡No te saldrás con la tuya en esto! —gritó Van Eck—. Ya conozco tu juego, Brekker. Mi ingenio es más agudo...

—Solo puedes afilar una espada hasta cierto punto —dijo Kaz, mientras se unía a ellos en la parte delantera de la iglesia—. Después, se reduce la calidad del metal.

Van Eck estaba aullando. —¡Ni siquiera saben si ese es realmente Wylan! ¡Podría estar usando la cara de otro chico! No entienden ...

El resto del Consejo Mercante los siguió, luciendo todos un poco aturdidos. —Está desquiciado —dijo Dryden.

—Deberíamos haber sabido que no estaba cuerdo cuando se alió con ese malvado Pekka Rollins.

Wylan entregó la Transferencia de Autoridad a Radmakker. —Tal vez sea mejor que no hagamos esto ahora. Creo que estoy un poco aturdido.

—Por supuesto. Veremos cómo conseguir el testamento de Smeet y asegurarnos de que todo está en orden. Podemos enviar los papeles apropiados a tu casa.

—¿Mi casa?

—¿No irás a tu casa en *Geldstraat*?

—Yo ...

—En efecto —dijo Jesper.

—No lo entiendo —dijo Alys mientras su doncella le acariciaba suavemente la mano—. ¿Jan está arrestado?

—Alys —dijo Kaz—. ¿Cómo te sentirías si esperas a que pase todo este desagradable asunto en el campo? Lejos de la amenaza de la peste. Tal vez en la bonita casa del lago que mencionaste.

El rostro de Alys se encendió, pero luego vaciló. —¿Es realmente correcto? ¿Que una mujer abandone a su marido en este momento?



—Es tu deber, en realidad —dijo Kaz—. Después de todo, ¿tu prioridad no debería ser el bebé?

Jesper asintió sabiamente. —Buen aire de campo, muchos prados para... corretear por ellos. Crecí en una granja. Es por eso que soy tan alto.

Alys frunció el ceño. —Eres un poco demasiado alto.

—Era una granja realmente grande.

—Y podrías continuar tus lecciones de música —dijo Wylan.

Ahora los ojos de Alys brillaron definitivamente. —¿Con el señor Bajan? —Se mordió el labio—. Tal vez sería lo mejor. Para el bebé.





Traducido por Azhreik

En la creciente penumbra de la tarde, caminaron juntos a la casa Van Eck, Kaz apoyado en su bastón, Alys inclinada contra el brazo de su doncella. Las calles estaban espeluznantemente vacías. Ocasionalmente, veían a miembros de la *vigilancia* y el corazón de Jesper empezaba a acelerarse, preguntándose si sus problemas iban a empezar de nuevo. Pero ahora que Van Eck y Pekka habían sido desacreditados tan absolutamente, la *vigilancia* tenía mayores problemas con los que lidiar, y los brotes en el Barril habían dado a las pandillas bastante en qué ocuparse. Parecía que los ciudadanos, tanto honestos como deshonestos, estaban viendo por su propio bienestar, y estaban felices de dejar a Jesper y sus amigos en paz.

Pero nada de eso le importaba a Jesper. Solo necesitaba saber que su padre estaba a salvo. Estaba tentado a ir a la panadería, pero no podía arriesgarse a que lo siguieran.

Eso le daba el hormigueo, pero por ahora podía resistirlo. Tal vez utilizar su poder había ayudado. Tal vez solo estaba aturdido por la pelea. Era demasiado pronto para intentar desentrañarlo. Pero al menos esta noche, podía prometer no hacer algo estúpido. Se sentaría a desteñir el color de una alfombra como Fabricador, o haría práctica de tiro, o haría que Wylan lo atara a una silla si era necesario. Jesper deseaba saber qué sucedía después. Deseaba ser parte de ello.

Sin importar el escándalo que había tocado el nombre Van Eck hoy, las linternas aun así habían sido encendidas en las ventanas, y los sirvientes abrieron felizmente la puerta a Alys y al joven amo Wylan. Mientras atravesaban lo que lucía como el comedor, pero parecía faltarle una mesa, Jesper levantó la vista hacia el inmenso hoyo



en el techo. Podía ver directamente hasta el siguiente piso y algunas molduras de madera bastante sofisticadas.

Sacudió la cabeza. —Realmente deberías ser más cuidadoso con tus cosas.

Wylan intentó sonreír, pero Jesper podía ver que era todo nervios. Se movía de habitación en habitación cautelosamente, tocando ocasionalmente una pieza de mobiliario o un punto en la pared brevemente. Wylan aún estaba bastante magullado. Habían enviado a la Universidad por un medik, pero podría tardar un buen rato antes que alguien pudiera venir.

Cuando alcanzaron la sala de música, Wylan se detuvo finalmente. Pasó una mano por la tapa del pianoforte. —Este es el único lugar en esta casa en el que alguna vez fui feliz.

—Esperemos que eso pueda cambiar ahora.

—Me siento como un intruso. Como si, en cualquier minuto, mi padre fuera a entrar intempestivamente por esa puerta y me dirá que me marche.

—Ayudará cuando los papeles estén firmados. Lo hará sentirse más permanente.
—Jesper sonrió—. Fuiste bastante asombroso allá, por cierto.

—Estaba aterrorizado. Aún lo estoy. —Bajó la vista hacia las teclas y tocó un acorde suave. Jesper se preguntó cómo pudo haber confundido a Kuwei con Wylan. Sus manos eran completamente diferentes, la forma de los dedos, los nudillos—. Jes —dijo Wylan—. ¿Era en serio lo que le dijiste a mi padre? ¿Te quedarás conmigo? ¿Ayudarás?

Jesper se reclinó en el pianoforte, descansando sobre los codos. —Veamos. ¿Vivir en una lujosa mansión de merca, ser atendido por sirvientes, pasar un poco de tiempo extra con un experto en ciernes en demo, que toca una infame flauta? Supongo que puedo soportarlo. —Los ojos de Jesper viajaron desde la parte superior de los rizos dorado rojizo de Wylan hasta la punta de sus pies y de vuelta—. Pero cobro una tarifa bastante elevada.



Wylan se sonrojó de un magnífico tono de rosa. —Bueno, esperemos que el medik esté aquí pronto para arreglarme las costillas —dijo mientras retrocedía hacia el salón.

—¿Sí?

—Sí —dijo Wylan, atisbando brevemente sobre su hombro, sus mejillas ahora estaban rojas como cerezas—. Me gustaría hacer un pago inicial.

Jesper soltó un ladrido de risa. No podía recordar la última vez que se había sentido tan bien. Y ni siquiera le estaban disparando.

La cocinera hizo una cena fría y Alys se retiró a sus aposentos. El resto de ellos se sentó en los escalones que conducían al jardín trasero, observando la extraña visión del sol poniéndose sobre el *Geldcanal* casi vacío, esperando. Solo los botes de la *vigilancia*, la brigada de incendios, y el ocasional bote de medik podía verse deslizarse por el agua, dejando amplias ondas ininterrumpidas a su paso. Nadie comió mucho. Todos estaban en ascuas mientras esperaban que cayera la noche. ¿Los otros habían salido ilesos? ¿Todo había ido según lo planeado? Aún había mucho por hacer. Kaz se mantuvo perfectamente quieto, pero Jesper podía percibir la tensión en él, enroscada como una cascabel.

Jesper sintió que la esperanza en él se esfumaba, disminuía hasta la nada por la preocupación por su padre. Exploró la casa, paseó por el jardín, se maravilló ante la destrucción infringida en la oficina de Van Eck. ¿Desde cuándo tardaba tanto la puesta de sol? Podía decirse todo lo que deseara que su padre estaba bien, pero no lo creería hasta que viera por sí mismo la cara arrugada de Colm Fahey.

Al fin cayó la noche y, una larga hora después, el gran bote de botellas se deslizó hasta el muelle en la elegante caseta para los botes de Van Eck.

—¡Lo consiguieron! —vitoreó Wylan.



Kaz soltó el aire lentamente. Jesper agarró una linterna y el champán que habían estado enfriando. Cruzaron el jardín, abrieron la puerta de par en par y se derramaron en la caseta para botes. Sus felicitaciones murieron en sus labios.

Inej y Rotty estaban ayudando a Kuwei a salir del bote. Aunque lucía arrugado y tembloroso, y su camisa colgaba abierta para revelar un pecho aún salpicado con sangre de cerdo, él estaba en una pieza. El padre de Jesper estaba sentado en el bote, con los hombros caídos, luciendo más agotado de lo que Jesper lo había visto nunca, su cara pecosa estaba arrugada de tristeza. Se levantó lentamente y bajó al muelle. Apretó a Jesper con fuerza y dijo: —Estás bien. Estás bien.

Nina permaneció en el bote, descansando la cabeza sobre el pecho de Matthias. Él estaba acostado junto a ella, con los ojos cerrados, su color era ceniciente.

Jesper le lanzó a Inej una mirada interrogadora. Su cara estaba manchada de lágrimas. Ella dio una sola sacudida de cabeza.

—¿Cómo? —dijo Kaz bajito.

Lágrimas frescas se reunieron en los ojos de Inej. —Aún no lo sabemos.

Wylan recuperó una manta de la casa y la extendieron en el rincón de la caseta para botes, luego Jesper y Rotty ayudaron a levantar el cuerpo masivo de Matthias fuera del bote. El proceso fue incómodo, sin dignidad. Jesper no pudo evitar pensar que el fjerdano habría odiado eso.

Lo posaron sobre la manta. Nina se sentó junto a él, sin decir nada, con la mano de él apretada entre las suyas. Inej trajo un chal que acomodó sobre los brazos de Nina, luego se acuclilló silenciosamente junto a ella, con la cabeza anidada contra su hombro.

Durante un rato, ninguno de ellos supo qué hacer, pero eventualmente Kaz miró su reloj y les hizo señas en silencio. Aún había trabajo que requería su atención.

Se dispusieron a convertir el bote de botellas. Para las diez campanadas, necesitaba lucir menos como una tienda mercante de canal y más como un bote de enfermos de un cadaverero. Habían rehecho embarcaciones muchas veces, utilizando la



base de un solo navío como el esqueleto para una barcaza de flores, un navío de pesca, un tenderete flotante. Lo que fuera necesario para el trabajo. Esta era una transformación más fácil. No tenía que construirse nada, solo ser arrancado.

Arrastraron los pisos de botellas a la caseta y abrieron la parte superior de la cubierta para eliminar los compartimientos de almacenamiento, haciendo el bote más amplio y plano. Colm ayudó, trabajando lado a lado con Jesper, como habían hecho en la granja. Kuwei vagaba entre el jardín y la caseta para botes, aun débil por su calvario.

Pronto, Jesper estaba sudando, intentando enfocarse en el ritmo del trabajo, pero no podía sacudirse la tristeza en su corazón. Él había perdido amigos. Había estado en trabajos cuando las cosas habían salido mal. ¿Por qué esto se sentía tan diferente?

Cuando lo último del trabajo se hubo terminado, Wylan, Kaz, Rotty, Jesper y su padre se quedaron parados en el jardín. No había nada que faltara hacer. La barcaza estaba lista. Rotty estaba vestido de negro de la cabeza a los pies, y habían confeccionado una capucha de cadáverero cortando y volviendo a coser uno de los elegantes trajes negros de Van Eck. Era tiempo de marcharse, pero ninguno de ellos se movió. A todo su alrededor, Jesper podía oler la primavera, dulce y ansiosa, el aroma de lirios y jacintos, rosas que florecían temprano.

—Se suponía que todos lo consiguiéramos —dijo Wylan bajito.

Tal vez eso era ingenuo, la protesta del hijo de un mercader rico que solo había tenido una probada de la vida del Barril. Pero Jesper se dio cuenta que él había estado pensando lo mismo. Después de todos sus escapes alocados y casi muertes, había empezado a creer que los seis estaban, de alguna forma, encantados, que las armas de él, el cerebro de Kaz, el ingenio de Nina, el talento de Inej, la ingenuidad de Wylan y la fuerza de Matthias, de alguna forma los habían hecho intocables. Podrían sufrir. Podrían afrontar reveses, pero Wylan tenía razón, al final se suponía que todos quedarían de pie.

—Sin llantos —dijo Jesper, sorprendido por el dolor de lágrimas en su garganta.

—Sin funerales —replicaron todos suavemente.



—Adelante —dijo Colm—. Despídanse.

Caminaron hacia la caseta para botes. Pero antes que Wylan entrara, se inclinó y arrancó un tulipán rojo del lecho de flores. Todos lo imitaron y enfilaron al interior en silencio. Uno por uno, se arrodillaron junto a Nina y descansaron una flor sobre el pecho de Matthias, luego se levantaron, rodeando su cuerpo, como si ahora que era demasiado tarde pudieran protegerlo.

Kuwei fue el último. Había lágrimas en sus ojos dorados, y Jesper se alegró que se hubiera unido a su círculo. Matthias era la razón por la que Kuwei y Jesper habían sobrevivido a la emboscada en Velo Negro; él era una de las razones por las que Kuwei tendría una oportunidad para vivir verdaderamente como Grisha en Ravka.

Nina giró la cara hacia el agua, mirando hacia las casas estrechas que delineaban el *Geldcanal*. Jesper vio que los residentes habían llenado sus ventanas con velas, como si estos pequeños gestos pudieran de alguna forma alejar la oscuridad. —Estoy fingiendo que esas luces son por él —dijo ella. Levantó un pétalo rojo extraviado del pecho de Matthias, suspiró y le soltó la mano, levantándose lentamente—. Sé que es tiempo.

Jesper la rodeó con el brazo. —Él te amaba muchísimo, Nina. Amarte lo hizo mejor.

—¿Al final eso hizo alguna diferencia?

—Por supuesto que la hizo —dijo Inej—. Matthias y yo no orábamos al mismo dios, pero sabíamos que había algo más allá de esta vida. Fue tranquilamente al siguiente mundo, sabiendo que había hecho bien en este.

—¿Te quedarás en Ravka? —preguntó Wylan.

—Solo lo suficiente para conseguir transporte a Fjerda. Hay Grisha que pueden ayudarme a preservar su cuerpo durante el viaje. Pero no puedo ir a casa, no puedo descansar hasta que él lo haga. Lo llevaré al norte. Al hielo. Lo enterraré cerca de la costa. —Se giró hacia ellos entonces, como viéndolos por primera vez—. ¿Qué hay de todos ustedes?



—Tendremos que hallar una forma de gastar nuestro dinero —dijo Kaz.

—¿Qué dinero? —dijo Jesper—. Todo se vertió en las arcas de los shu. Como si lo necesitaran.

—¿En serio?

Nina entrecerró los ojos y Jesper vio retornar un poco de su ánimo. —Deja de jugar, Brekker, o mandaré mi profano ejército de muertos tras de ti.

Kaz se encogió de hombros. —Sentí que los shu podían arreglárselas solo con cuarenta millones.

—Los treinta millones que Van Eck nos debía... —murmuró Jesper.

—Cuatro millones de *kruge* a cada uno. Le daré la parte de Per Haskell a Rotty y Specht. Será lavado en uno de los negocios de los Indesables antes que regrese de vuelta al *Gemensbank*, pero los fondos deben estar en cuentas separadas para ustedes para finales de mes. —Hizo una pausa—. La parte de Matthias irá a Nina. Sé que el dinero no te importa...

—Importa —dijo Nina—. Encontraré una forma de hacer que importe. ¿Qué harán ustedes con sus partes?

—Encontrar una nave —dijo Inej—. Armar una tripulación.

—Ayudar a llevar un imperio —dijo Jesper.

—Intentar no llevarlo al suelo —dijo Wylan.

—¿Y tú, Kaz? —preguntó Nina.

—Construir algo nuevo —dijo, con un encogimiento de hombros—. Observarlo arder.

Jesper se preparó y dijo: —De hecho, deberías poner mi parte a nombre de mi padre. No creo... no creo que esté listo para esa cantidad de dinero aún.



Kaz lo observó durante un largo momento. —Ese es el movimiento correcto, Jes.

Era un poco una absolución.

Jesper sintió que el dolor se arrastraba a su corazón. Estaba forrado de fondos por primera vez en años. La granja de su padre estaba a salvo. Pero nada de eso se sentía correcto.

—Creí que ser rico mejoraría todo —dijo.

Wylan echó un vistazo a la mansión de su padre. —Yo podría haberte dicho que no funciona de esa forma.

En la distancia, empezaron a tocar las campanas. Jesper fue por su padre en el jardín. Colm estaba parado cerca de los escalones de la casa, con el sombrero arrugado en sus manos.

—Al menos ahora podemos permitirnos un nuevo sombrero para ti —dijo Jesper.

—Este es cómodo.

—Iré a casa, Pá. Cuando la ciudad esté abierta de nuevo. Después que Wylan esté asentado.

—Él es un buen muchacho. —*Demasiado bueno para mí*, pensó Jesper—. Espero que realmente vayas a casa a visitarme. —Colm se miró sus grandes manos—. Deberías conocer a la gente de tu madre. La chica que tu madre salvó hace todos esos años... he escuchado que ella es muy poderosa.

Jesper no sabía qué decir.

—Me... me gustaría eso. Lamento todo esto. Por mezclarte en esto. Por casi perder lo que construiste trabajando tan duro. Su... supongo que lo que quiero decir es que esta acción no tendrá eco.

—¿Perdón?

—Suena mejor en suli. Voy a intentarlo, Pá.



—Eres mi hijo, Jesper. No puedo protegerte. Tal vez no debería haberlo intentado. Pero estaré allí incluso cuando flaquees. Cada vez.

Jesper abrazó a su padre con fuerza. *Recuerda esta sensación*, se dijo a sí mismo. *Recuerda todo lo que tienes que perder*. No sabía si era lo bastante fuerte para mantener las promesas que había hecho esta noche, pero podría intentar serlo.

Caminaron de regreso a la caseta para botes y se unieron a los otros.

Inej colocó las manos sobre los hombros de Nina. —Nos volveremos a ver.

—Por supuesto que sí. Ustedes han salvado mi vida. Yo he salvado la suya.

—Creo que tú nos aventajas en esa cuenta.

—No, no me refiero a las grandes cosas. —Los ojos de Nina los contemplaron a todos—. Me refiero a los pequeños rescates. Reírse de mis bromas. Perdonarme cuando fui tonta. Nunca intentar hacerme sentir pequeña. No importa si es el próximo mes, o el próximo año, o en diez años, esas serán las cosas que recordaré cuando los vea de nuevo.

Kaz ofreció su mano enguantada a Nina. —Hasta entonces, Zenik.

—Cuento con eso, Brekker. —Estrecharon manos.

Rotty trepó al bote de enfermos. —¿Listos?

Kuwei se giró hacia Jesper. —Deberías visitarme en Ravka. Podríamos aprender a utilizar nuestros poderes, *juntos*.

—¿Qué tal si te empujo al canal y vemos si sabes cómo nadar? —dijo Wylan con una imitación muy pasable de la mirada fulminante de Kaz.

Jesper se encogió de hombros. —He escuchado que él es uno de los hombres más ricos en Ketterdam. No me metería en su camino.

Kuwei soltó un bufido ofendido y se tendió en la cubierta del bote de enfermos. Cruzó los brazos pulcramente sobre su pecho.



—No —dijo Kaz—. No. Los cadávereros no se molestan en arreglarlos.

Kuwei dejó que sus manos cayeran a los costados. Colm fue el siguiente, y Jesper instantáneamente deseó olvidar la imagen de su padre tendido como un cadáver.

Utilizaron la manta para llevar a Matthias al bote, luego deslizaron la tela de debajo de él. Nina tomó el ramo de tulipanes de su pecho y los esparció sobre el agua. Se tendió junto a él.

Rotty empujó la larga pértiga de madera contra el fondo arenoso del canal. La barcaza se alejó del muelle. En la oscuridad, lucía como cualquier otro cadáverero conduciendo su cargamento sombrío a través de los canales. Solo los botes de enfermos podían atravesar libremente la ciudad y salir del puerto, recolectando a los muertos para llevarlos a la Barcaza de la Parca para quemarlos.

Rotty los llevaría a través del distrito manufacturero, a donde los refugiados Grisha habían huido después de la subasta, después de despojarse de las túnicas azules que habían utilizado para fingir ser el Consejo de Mareas. Kaz había sabido que no había forma de transportar tantos Grisha sin atraer la atención. Así que habían tomado el pasaje secreto de la embajada a la taberna, y luego desfilado por la calle en ondulantes túnicas azules, con las caras envueltas en niebla, declarando su poder en lugar de intentar ocultarlo. Jesper suponía que allí había una lección, si deseaba tomarla. Solo había cuatro Mareomotores reales entre ellos, pero había sido suficiente. Por supuesto, había existido la posibilidad de que el verdadero Consejo de Mareas apareciera en la subasta, pero basado en el historial de ellos, Kaz pensó que valía la pena el riesgo.

Los Grisha y Sturmhond estarían esperando para abordar el bote no lejos de Arrecife Dulce. Una vez que todos estuvieran a bordo, Rotty los conduciría más allá del puerto y mandaría una bengala donde el barco de Sturmhond vendría a encontrarlos. Era la única forma de conseguir sacar de la ciudad a un grupo de Grisha refugiados, un granjero que había ayudado a estafar al Consejo Mercante al completo, y el cuerpo de un chico que había (hasta unas horas antes) sido el rehén más buscado del mundo.

—Tendrán que quedarse quietos —murmuró Inej.



—Quietos como una tumba —replicó Nina.

La barcaza se deslizó en el canal, y ella levantó la mano en despedida, su palma como una estrella blanca, brillante contra la oscuridad. Ellos se quedaron parados junto a la orilla del agua mucho después que ésta se hubo desvanecido.

En algún punto, Jesper se dio cuenta que Kaz había desaparecido.

—No es de despedidas, ¿verdad? —murmuró.

—Él no se despide —dijo Inej. Ella mantuvo los ojos sobre las luces del canal. En algún lugar del jardín, un ave nocturna empezó a cantar—. Solo deja ir.





Traducido por Alfacris

Kaz apoyó su pierna mala en un taburete bajo y escuchó mientras Anika le daba su informe sobre las ganancias en el Club Cuervo y el estado del tráfico turístico en la Duela Este. En las tres semanas pasadas desde la subasta de Kuwei y el pánico de la plaga, Kaz se había apoderado de la oficina de Per Haskell en la planta baja del Tablón. Todavía dormía en el último piso, pero era más fácil hacer negocios desde la guarida de Haskell. No extrañaba los viajes extra por las escaleras y su antigua oficina se sentía vacía ahora. Cada vez que se sentaba para tratar de hacer algo de trabajo, descubría que sus ojos se desviaban hacia el alfeizar de la ventana.

La ciudad todavía no había vuelto a la normalidad, pero eso había creado algunas oportunidades interesantes. Los precios de las Duelas habían caído mientras la gente se preparaba para un largo brote de plaga y Kaz se apresuró a tomar ventaja. Compró el edificio al lado del Club Cuervo para que pudieran expandirse e incluso logró adquirir una pequeña propiedad en la Tapa. Cuando el pánico se acabó y el turismo se reanudó, Kaz estaba ansioso por desplumar a una clase mucho más alta de pichones. También había comprado las acciones de Per Haskell en el Club Cuervo por un precio razonable. Podía haberlas tenido por nada, dado los problemas en el Barril, pero no quería que nadie sintiera demasiada lástima por el viejo.

Cuando Pekka Rollins volviera a la ciudad, Kaz encontraría una manera de sacarlo del negocio. Lo último que quería era que los ingresos de su arduo trabajo ingresaran a las arcas de Rollins.



Una vez que Anika terminó su recital, Pim dio los detalles que había recogido en el juicio de Van Eck. El misterioso Johannus Rietveld no había sido encontrado, pero una vez que las cuentas de Van Eck habían sido puestas al descubierto, rápidamente había quedado claro que había estado utilizando la información que había obtenido en el Consejo Mercante para comprar granjas de *jurda*. Más allá de estafar a sus amigos, manipular una subasta y secuestrar a su propio hijo, había incluso sugerencias de que había contratado un equipo para entrar en un edificio gubernamental fjerdano y posiblemente para sabotear sus propios silos de azúcar. Van Eck no salió en libertad bajo fianza. De hecho, no parecía que fuera a salir de la cárcel en el corto plazo. Aunque su hijo había proporcionado un fondo pequeño para su representación legal, podría describirse como moderado en el mejor de los casos.

Wylan había elegido utilizar una porción de su nueva riqueza para restaurar su hogar. Le había dado a Jesper una pequeña cantidad para especular en la bolsa y también había traído a su madre a casa. La gente de *Geldstraat* se sorprendió al ver a Marya Hendriks sentada en el parque con su hijo, o siendo llevada por el canal en un bote de remos por uno de sus sirvientes. A veces se podía vislumbrar desde el agua, de pie ante sus caballetes en el jardín Van Eck.

Alys había permanecido con ellos por un tiempo, pero finalmente ella y su terrier habían escogido escapar de la ciudad y sus chismes. Terminaría su confinamiento en la casa del lago Hendriks y se decía que estaba haciendo progresos dudosos en sus clases de canto. Kaz estaba contento de no vivir al lado.

—Buen trabajo —dijo Kaz cuando Pim terminó. No había pensado que Pim tuviera mucho talento para recolectar información

—Roeder elaboró el informe —dijo Pim—. Creo que está buscando un lugar como tu nueva araña.

—No necesito una nueva araña —dijo Kaz.

Pim se encogió de hombros. —El Espectro ha desaparecido. La gente habla.



Kaz despidió a Anika y a Pim y se sentó durante un largo momento en la oficina silenciosa. Apenas había dormido en las últimas semanas. Había estado esperando casi la mitad de su vida a que este momento se convirtiera en realidad y temía que, si dormía, todo desaparecería. Pekka Rollins había huido de la ciudad y no había regresado. El rumor era que se había escondido con su hijo en una casa de campo rodeada de hombres armados en todo momento. Entre las cuarentenas en el Palacio Esmeralda, el Príncipe Kaelish y la Dulcería, junto con el hecho de que no estaba cerca para enderezar las cosas, los negocios de Pekka Rollins estaban al borde del colapso. Incluso se hablaba de motín dentro de los Leones del Centavo. Su jefe se había ido y el trato que había hecho con Van Eck los había hecho lucir no mejor que los lacayos de un hombre rico. Bien podrían ser de la *vigilancia*.

Ladrillo por ladrillo. Eventualmente, Rollins saldría de los escombros. Kaz tendría que estar listo.

Un golpe llamó a la puerta. El único problema con estar en la planta baja era que era mucho más probable que la gente te molestara.

—Ha llegado una carta —dijo Anika y la arrojó sobre su escritorio—. Parece que mantienes compañía cercana, Brekker —dijo con una sonrisa astuta.

Kaz dejó que su mirada hacia la puerta hablara. No estaba interesado en ver a Anika agitar sus pestañas amarillas.

—De acuerdo —dijo ella y desapareció, cerrando la puerta detrás de ella.

Kaz llevó la carta a la luz. El sello era de cera azul pálido, marcado con una doble águila de oro. Abrió el sobre, leyó el contenido de la carta y quemó ambos. Luego escribió una nota propia y la selló con cera negra.

Kaz sabía que Inej se había quedado en la casa de Wylan. De vez en cuando, encontraba una nota garabateada en su escritorio, un poco de información sobre Pekka o los hechos en el Salón de la Guardia y sabía que ella había estado aquí en su oficina.



Se puso el abrigo, tomó su sombrero y su bastón y metió el papel en el bolsillo. Podría haber enviado un mensajero, pero quería entregarla él mismo.

Kaz pasó por delante de Anika y Pim en la salida del Tablón. —Volveré en una hora —dijo—, y es mejor que no les vea perder el tiempo aquí.

—No hay casi nadie en el club —dijo Pim—. Los turistas tienen demasiado miedo de la peste.

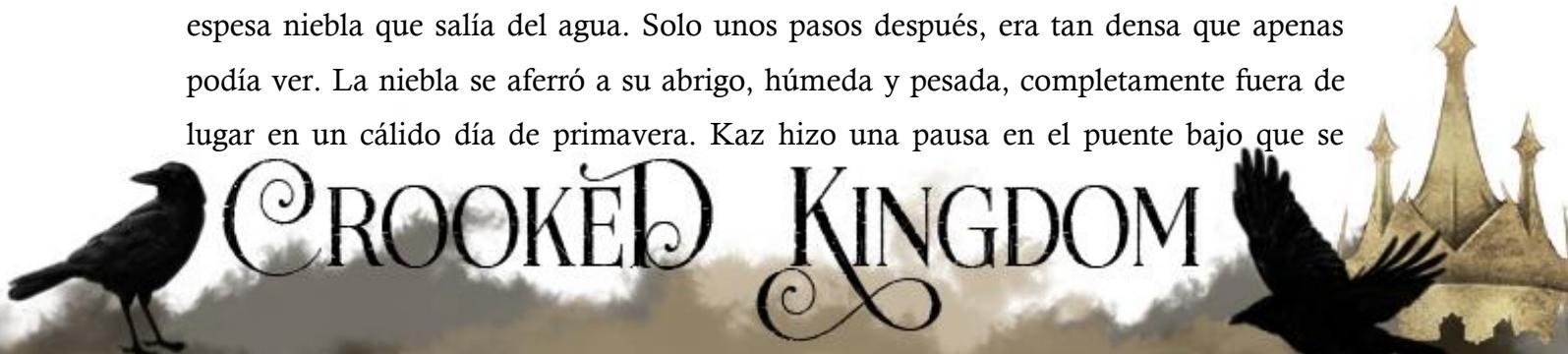
—Vayan a las casas de huéspedes donde todos los pichones asustados esperan que el pánico desparezca. Muéstrenles que están rozagantes. Asegúrense de que ellos sepan que acaban de pasar un buen rato jugando Tres Hombres Zarza en el Club Cuervo. Si eso no funciona, muevan sus traseros al puerto y movilicen algunos pichones de los trabajadores de los barcos.

—Acabo de terminar un turno —protestó Pim.

Kaz se acomodó el sombrero en la cabeza y pasó un pulgar por el borde. —No pregunté.

Cortó hacia el este a través de la ciudad. Estaba tentado a dar un rodeo, solo para ver por sí mismo cómo estaban las cosas en la Duela Oeste. Entre el ataque de los shu y el brote de la peste, las casas de placer estaban prácticamente desiertas. En varias calles habían sido construidas barricadas para hacer cumplir la cuarentena que rodeaba la Dulcería y la Colección. Había rumores de que Heleen Van Houden no iba a reunir lo de la renta ese mes. Una pena.

No había barcos en funcionamiento, por lo que tuvo que hacer el viaje hasta el distrito financiero a pie. Mientras avanzaba por un canal pequeño y desierto, vio una espesa niebla que salía del agua. Solo unos pasos después, era tan densa que apenas podía ver. La niebla se aferró a su abrigo, húmeda y pesada, completamente fuera de lugar en un cálido día de primavera. Kaz hizo una pausa en el puente bajo que se



extendía por el canal, esperando, con el bastón preparado. Un momento después, tres figuras encapuchadas emergieron a su izquierda. A su derecha aparecieron otras tres, con sus túnicas azules moviéndose sinuosamente en el aire, aunque no había brisa. Eso Kaz lo había acertado, pero sus máscaras no estaban hechas de niebla. En cambio, el verdadero Consejo de Mareas (o un grupo muy convincente de actores) llevaba algo que daba la impresión de mirar hacia un estrellado cielo nocturno. Buen efecto.

—Kaz Brekker —dijo el líder Mareomotor—. ¿Dónde está Kuwei Yul-Bo?

—Muerto y olvidado. Quemado hasta cenizas en la Barcaza de la Parca.

—¿Dónde está el verdadero Kuwei Yul-Bo?

Kaz se encogió de hombros. —Una iglesia llena de gente vio que le disparaban. Un medik lo declaró muerto. Más allá de eso, no puedo ayudarte.

—No quieres que el Consejo de Mareas sea tu enemigo, jovencito. Ninguno de tus envíos saldrá nunca del puerto nuevamente. Inundaremos el Quinto Puerto.

—Por supuesto, hazlo. Ya no tengo acciones en el Quinto Puerto. Quieres detener mis embarques, tendrás que detener todos los barcos que lleguen y salgan del puerto. No soy un merca. Yo no hago alquiler de buques y registro manifiestos comerciales. Soy un ladrón y un contrabandista. Trata de atraparme y descubrirás que estás intentando atrapar el aire.

—¿Sabes lo fácil que es ahogarse? —preguntó el Mareomotor. Levantó una mano—. Puede ocurrir en cualquier lugar.

Rápidamente Kaz sintió que sus pulmones se llenaban de agua. Tosió, escupió agua de mar y se inclinó, jadeando.

—Dinos lo que queremos saber —dijo el Mareomotor.

Kaz inhaló entrecortadamente. —No sé dónde está Kuwei Yul-Bo. Puedes ahogarme donde estoy y nada cambiará eso.

—Entonces, tal vez encontraremos a tus amigos y los ahogaremos en sus camas.



Kaz tosió y escupió de nuevo. —Y tal vez encuentres las torres del obelisco bajo cuarentena de la peste. —Los Mareas se removieron incómodos, las nieblas se movieron con ellos—. Yo hice sonar esas sirenas. He creado esta plaga y la controlo.

—Un farol —dijo el Mareomotor, su manga deslizándose a través de la niebla.

—Pruébame. Voy a extender la enfermedad alrededor de cada una de sus torres. Se convertirán en epicentros de la enfermedad. ¿Crees que el Consejo Mercante no los bloqueará a todos? ¿Que no les pedirá registrar su identidad finalmente? Probablemente estarían contentos con la excusa.

—No se atreverían. Este país se hundiría si no fuera por nosotros.

—No tendrán opción. El público clamará por acción. Quemarán las torres desde el suelo.

—Muchacho monstruoso.

—Ketterdam está hecha de monstruos. Simplemente tengo los dientes más largos.

—El secreto de *jurda parem* nunca puede revelarse al mundo. Ningún Grisha volvería a estar a salvo. Ni aquí, ni en ningún lado.

—Entonces es una suerte que haya muerto con ese pobre chico shu.

—No olvidaremos esto, Kaz Brekker. Un día te arrepentirás de tu insolencia.

—Te diré algo —dijo Kaz—. Cuando llegue ese día, márcalo en tu calendario. Puedo pensar en mucha gente que querrá hacer una fiesta.

Las figuras parecieron borrosas y cuando las nieblas finalmente se diluyeron, Kaz no vio ningún rastro de los Mareas.

Sacudió la cabeza y avanzó a lo largo del canal. Eso era lo maravilloso de Ketterdam. Nunca te permitía aburrirte. Sin duda los Mareas querían algo de él en el futuro y él estaría obligado a dárselo.



LEIGH BARDUGO

THE DREGS

Pero, por ahora, tenía asuntos pendientes.





Traducido por Shiiro

Inej no se veía capaz de subir las escaleras hasta su cama. ¿Cómo había matado el tiempo durante tanto rato en la cena con Jesper y Wylan?

La cocinera se había deshecho en disculpas mientras servía la cena esa noche. Aún no podía conseguir productos frescos de calidad en el mercado, al estar la gente tan asustada que no quería entrar en la ciudad. Habían hecho lo que habían podido para reconfortarla, y se habían llenado el estómago de queso y pastel de puerros para después tomarse unos pasteles bañados en miel, sentados en el suelo de la sala de música. La madre de Wylan se había retirado pronto. Parecía estar volviendo a ser ella misma de cuando en cuando, pero Inej sospechaba que sería un proceso largo.

Wylan tocó el piano y Jesper cantó la saloma marinera más sucia que Inej hubiera oído jamás. Echaba tanto de menos a Nina que dolía. No había llegado ninguna carta suya, y solo podía esperar que su amiga hubiera llegado a Fjerd sana y salva y encontrado un poco de paz en el hielo. Cuando Inej tuviera al fin su barco, quizás su primer viaje fuera a Ravka. Podría viajar a Os Alta, intentar encontrar a su familia en una de las viejas rutas que solían transitar, ver a Nina otra vez. Algun día.

Inej había decidido pasar las noches en casa de Wylan, regresó al Tablón solo para recuperar sus escasas pertenencias. Teniendo el contrato vinculante pagado y su cuenta bancaria a rebosar de fondos, no estaba segura del todo de cuál era su lugar. Había estado buscando navíos con cañones resistentes, y usando su conocimiento de los secretos de la ciudad para comenzar a reunir información que esperaba que la condujera a los traficantes de esclavos que hacían negocio en los puertos de Kerch. Las habilidades que había adquirido como el Espectro le serían de mucha ayuda. Pero esta noche, lo



único que quería era dormir.

Se arrastró escaleras arriba y reptó hacia su cama, deliciosamente cómoda. Vio la nota cuando extendió la mano para apagar la luz: una carta sellada con los garabatos caóticos de Kaz.

Al amanecer. Quinto Puerto.

Por supuesto que se las había arreglado para colarse en la casa, evitando a los sirvientes y a los tres tontos cantando a pleno pulmón. Era lo justo, supuso. Ella misma había estado yendo y viniendo del Tablón, deslizándose a través de ventanas y puertas, dejando información para Kaz cuando lo necesitaba. Podría haberse limitado a llamar a la puerta de su despacho, pero era más fácil así.

Kaz había cambiado. La red, pagar su contrato. Aún podía sentir el ligero tacto de sus labios en su piel, de sus manos desnudas trajinando con los nudos de sus vendas. Inej había visto el débil resplandor de en lo que él podría convertirse si él mismo se lo permitía. No podía soportar la idea de verlo con su armadura una vez más, de vuelta a sus trajes inmaculados y su frialdad. No lo escucharía hablar como si la Corte de Hielo y todo lo que había llevado hubiera sido tan solo otro trabajo, otro botín, otra pizca de ventaja ganada.

Pero no ignoraría esta nota. Era hora de ponerle fin a esta cosa que no había tenido nunca la oportunidad de comenzar. Le contaría lo que había oído sobre Pekka, le ofrecería compartir algunas de sus rutas y escondrijos con Roeder. Y se habría terminado. Apagó la luz y, tras un largo rato, se quedó dormida apretando la nota con fuerza.

Fue difícil levantarse de la cama a la mañana siguiente. Había desarrollado malos hábitos durante las últimas tres semanas: dormir cuando le apetecía, comer cuando tenía ganas. Nina hubiera estado orgullosa. Estar en casa de Wylan era como haber entrado



en un mundo mágico. Había estado en la mansión antes, cuando Kaz y ella robaron el DeKappel, y luego otra vez antes del trabajo de Arrecife Dulce. Pero una cosa era entrar como ladrón en un lugar, y otra muy distinta ser invitada. A Inej la avergonzaba el placer de ser atendida y, aun así, el personal de Van Eck parecía encantado de tenerlos allí. Quizá temían que Wylan cerrara la casa y ellos perdieran su trabajo. O quizás pensaban que Wylan se merecía un poco de amabilidad.

Una de las sirvientas le había dejado una túnica de seda lapislázuli y un par de mocasines al lado de la cama. Había agua caliente en el cuenco al lado de la palangana, un bol de cristal lleno de rosas frescas. Se lavó, se cepilló el pelo para luego trenzárselo, se vistió y salió de la casa discretamente; de entre todas las cosas, por la puerta principal.

No se bajó la capucha en ningún momento, y se movió con rapidez y ligereza mientras se dirigía al puerto. Las calles seguían casi vacías, y más aún a estas horas de la mañana, pero Inej sabía que no podía bajar la guardia. Pekka Rollins se había marchado. Van Eck estaba en la cárcel. Pero, contratada por los Indeseadables o no, mientras Kaz tuviera enemigos en las calles, ella también los tenía.

Él la estaba esperando en el muelle, mirando el agua. El abrigo negro se le ceñía a los hombros, y la brisa marina alborotaba las ondas oscuras de su pelo.

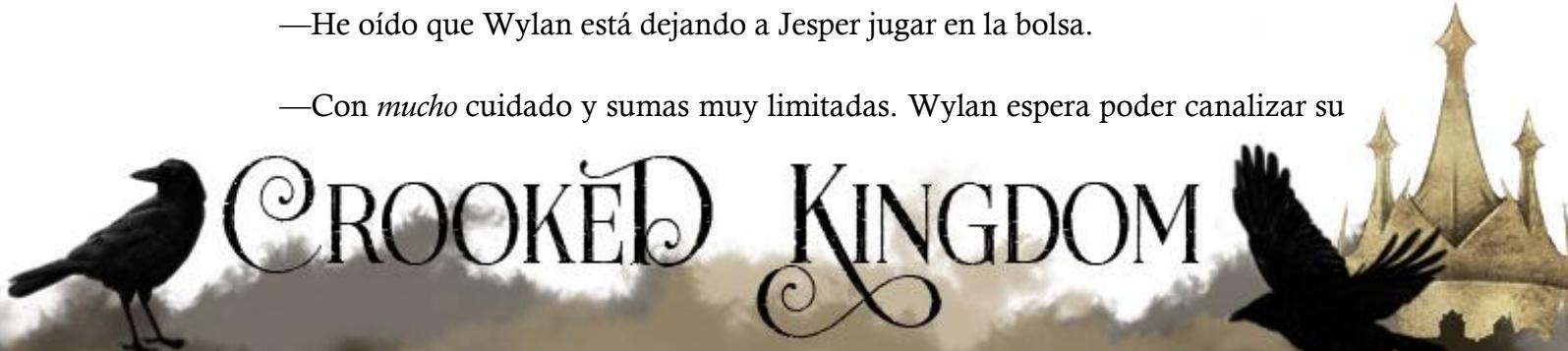
Sabía que no tenía que anunciar su presencia, así que se puso a su lado, contemplando los barcos atracados. Parecía que habían llegado varias naves aquella mañana. Quizá la ciudad comenzaba a recuperar su ritmo.

—¿Cómo van las cosas en la casa? —preguntó Kaz por fin.

—Bien —admitió ella—. Me han convertido en una vaga. —Por un segundo fugaz, Inej se preguntó si Kaz envidiaría sus comodidades, o si ese concepto le resultaba desconocido. ¿Se permitiría descansar alguna vez? ¿Dormir más de lo estrictamente necesario? ¿Alargar una sobremesa? Nunca lo sabría.

—He oído que Wylan está dejando a Jesper jugar en la bolsa.

—Con *mucho* cuidado y sumas muy limitadas. Wylan espera poder canalizar su



amor por el riesgo de una forma productiva.

—Podría ser brillante o podría ser un desastre total, pero por lo general a Jesper le gusta trabajar de esta forma. Por lo menos, la suerte es más favorable que en cualquier casa de apuestas.

—Wylan solo accedió cuando Jesper prometió que empezaría a entrenar con un Fabricador... Suponiendo que puedan encontrar uno. Quizá les haga falta una excursión a Ravka.

Kaz ladeó la cabeza, observando una gaviota volar sobre ellos, con las alas bien extendidas.

—Dile a Jesper que lo echan de menos. En el Tablón.

Inej alzó una ceja.

—En el Tablón. —Para Kaz, aquello era tan bueno como un ramo de flores y un abrazo sincero; y significaría el mundo para Jesper.

Una parte de ella quería desdibujar aquel momento, estar cerca de él durante más tiempo, oír el raspar áspero de su voz o, simplemente, quedarse allí, en un silencio más que cómodo, como habían hecho innumerables veces. Había formado una parte tan grande de su mundo durante tanto tiempo. En vez de eso, Inej dijo:

—¿Qué pasa, Kaz? No puedes estar planeando un trabajo nuevo tan pronto.

—Toma —dijo él, tendiéndole un catalejo. Sobresaltada, se dio cuenta de que él no llevaba los guantes. Lo cogió de sus manos con cuidado.

Inej se colocó el catalejo delante del ojo y le echó un vistazo al puerto.

—No sé lo que estoy buscando.

—Embarcadero veintidós.

Inej ajustó la lente y escudriñó los amarraderos. Ahí, en el embarcadero en el que habían levado anclas para dirigirse a la Corte de Hielo, había una pequeña embarcación.



Era elegante y estaba perfectamente proporcionada, con los cañones desplegados y una bandera con los tres peces de Kerch ondeando desde el mástil.

En el costado, escrito con pulcra letra blanca, se podía leer *El Espectro*.

A Inej se le paró el corazón. No podía ser.

—No es...

—Es tuya —dijo Kaz—. Le he pedido a Spetch que te ayude a enrolar a la tripulación adecuada. Si prefieres a otro primer oficial...

—Kaz...

—Wylan me la dejó a buen precio. La flota de su padre está llena de barcos de calidad, pero este... Encajaba contigo. —Se miró las botas—. El embarcadero también es tuyo. Siempre estará ahí cuando... Si quieres volver.

Inej se había quedado sin habla. Sentía el corazón demasiado lleno, el lecho de un riachuelo seco que no estaba preparado para semejante chaparrón.

—No sé qué decir.

La mano desnuda de Kaz se curvó sobre la cabeza de cuervo de su bastón. Era una imagen tan extraña que a Inej le costó apartar la vista.

—Di que volverás.

—No he acabado con Ketterdam. —Hasta que no lo dijo en voz alta, no supo que lo decía de verdad.

Kaz le lanzó una mirada rápida.

—Pensé que querías perseguir esclavistas.

—Sí. Y quiero tu ayuda. —Inej se lamió los labios, saboreando el océano en ellos. Su vida había sido una cadena de momentos imposibles, así que ¿por qué no pedir un imposible más, ahora?—. No son solo los esclavistas. Son los que consiguen los esclavos,



los clientes, los jefes del Barril, los políticos. Son todos los que hacen la vista gorda con el sufrimiento cuando pueden sacar dinero.

—Yo soy un jefe del Barril.

—Tú nunca venderías a una persona, Kaz. Sabes mejor que nadie que no eres un jefe más intentando rascar márgenes de beneficio.

—Los jefes, los clientes, los políticos —se burló él—. Eso podría ser la mitad de Ketterdam perfectamente, y quieres derrotarlos a todos.

—¿Por qué no? —preguntó Inej—. En el mar y en la ciudad. Uno a uno.

—Ladrillo por ladrillo —respondió él. Después sacudió la cabeza, como si se quitase aquello de encima—. No nací para ser un héroe, Espectro. Deberías saberlo a estas alturas. Quieres que sea un hombre mejor, un buen hombre. Yo...

—Esta ciudad no necesita a un buen hombre. Te necesita a ti.

—Inej...

—¿Cuántas veces me has dicho que eres un monstruo? Pues sé un monstruo. Sé aquello que temen cuando cierran los ojos por la noche. No vamos a perseguir a todas las pandillas. No vamos a cerrar los negocios que tratan bien a sus empleados. Vamos a perseguir a mujeres como Tante Heleen, y a hombres como Pekka Rollins. —Hizo una pausa—. Y míralo de esta forma... Estarás eliminando a la competencia.

Kaz dejó escapar un sonido que casi podría haber sido una carcajada.

Una de sus manos descansaba sobre el bastón. La otra, en su costado, cerca de ella. Con moverse lo mínimo posible, se estarían tocando. Así de cerca estaba. Así de lejos estaba.

Con cuidado, Inej rozó con los nudillos la mano de Kaz, una presión ligera, una pluma de pájaro. Él se envaró, pero no se apartó.

—No estoy lista para rendirme con esta ciudad, Kaz. Creo que merece la pena



salvarla.

Creo que merece la pena salvarte.

Una vez, habían estado en la cubierta de un barco, y ella había esperado exactamente igual que ahora. Él no había dicho nada, y no dijo nada ahora. Inej sintió cómo él se deslizaba fuera de su alcance, arrastrado por una corriente submarina que lo alejaría cada vez más de la playa. Comprendía el sufrimiento y sabía que era un lugar al que no podía seguirle, no a menos que quisiera ahogarse ella también.

En Velo Negro, Kaz le había dicho que lucharían juntos para abrirse paso. *Con los cuchillos en ristre, las pistolas llameando. Porque eso es lo que hacemos.* Lucharía por él, pero no podía curarlo. Y no iba a malgastar su vida intentándolo.

Sintió los nudillos de Kaz frotando los suyos. Y, de pronto, la mano de él se aferraba a la de ella, con la palma contra la suya. Un temblor lo sacudió. Lentamente, dejó que sus dedos se entrelazasen.

Durante largo rato, permanecieron allí, cogidos de la mano, observando la extensión gris del mar.

Una nave de Ravka, con el águila doble de Lanstov en la asta, había atracado a tan solo unos embarcaderos de distancia de *El Espectro*, probablemente para descargar un grupo nutrido de turistas o de inmigrantes buscando trabajo. El mundo cambiaba. El mundo seguía adelante.

—Kaz —preguntó de repente—. ¿Por qué los cuervos?

—¿El cuervo y la copa? Probablemente porque los cuervos son carroñeros. Toman las sobras.

—No me refiero al tatuaje de los Indeseables. Eso es tan viejo como la banda. ¿Por qué lo adoptaste? Tu bastón. El Club Cuervo. Podrías haber elegido un símbolo nuevo, construido un mito nuevo.

Los ojos castaños de Kaz permanecieron clavados en el horizonte, mientras el sol



que amanecía tenía sus facciones de luz dorada pálida.

—Los cuervos recuerdan las caras humanas. Se acuerdan de la gente que los alimenta, que es amable con ellos. Y también de la que los trata mal.

—¿En serio?

Él asintió lentamente.

—No olvidan. Se dicen entre ellos a quién cuidar y de quién cuidarse. Inej —dijo Kaz, señalando el puerto con la cabeza de su bastón—, mira.

Inej alzó el catalejo y volvió a mirar el puerto, los pasajeros que desembarcaban, pero la imagen estaba borrosa. Reacia, le soltó la mano. Era como una promesa, y no quería dejarla ir. Ajustó la lente, y su mirada fue a caer sobre dos figuras que bajaban por la rampa de desembarco. Sus pasos eran gráciles, y su postura tan recta como hojas de cuchillo. Se movían como acróbatas suli.

Inspiró bruscamente. Todo en ella pareció enfocarse, como la lente del catalejo. Su mente se negaba a aceptar la imagen que tenía delante. No podía ser real. Era una ilusión, un reflejo falso, una mentira hecha de cristal. Con la siguiente respiración, se haría añicos.

Aferró la manga de Kaz. Iba a caerse. Y de pronto él la rodeaba con el brazo, manteniéndola de pie. La mente de Inej se dividió. Parte de ella era muy consciente de los dedos desnudos de él sobre su manga, las pupilas dilatadas de él, el abrazo de su cuerpo alrededor de ella. La otra parte aún trataba de comprender lo que veía.

Las cejas oscuras de Kaz se juntaron.

—No estaba seguro. ¿No debería haber...?

Apenas podía oírlo por encima del estrépito de su corazón.

—¿Cómo? —preguntó, con la voz ronca y desconocida por las lágrimas no derramadas—. ¿Cómo los has encontrado?



—Un favor de Sturmhond. Envió patrullas. Como parte de nuestro trato. Si ha sido un error...

—No —lo cortó ella mientras las lágrimas comenzaban a caer por fin—. No ha sido un error.

—Por supuesto, si algo hubiera salido mal durante el trabajo, habrían venido a recoger tu cadáver.

Inej ahogó una risa.

—Déjame tener esto.

Se estabilizó, y recobró el equilibrio. ¿De verdad había pensado que el mundo no cambiaba? Era tonta. El mundo estaba hecho de milagros, terremotos inesperados, tormentas que llegaban de repente y podían cambiar la forma de un continente. El chico a su lado. El futuro ante ella. Todo era posible.

Ahora Inej temblaba, con las manos apretadas sobre la boca, observándolos cruzar el muelle hacia el embarcadero. Dio unos pasos hacia ellos, y luego se giró para mirar a Kaz.

—Ven conmigo —dijo—. Ven a conocerlos.

Kaz asintió, como si estuviera calmándose, y flexionó los dedos una vez más.

—Espera —dijo. Su voz sonó más ronca que de costumbre—. ¿Llevo la corbata recta?

Inej rio mientras la capucha se le deslizaba del cabello.

—Esa es la risa —murmuró él, pero ella ya había echado a correr, y sus pies apenas tocaban el suelo.

—¡Mamá! —gritó—. ¡Papá!

Inej los vio girarse, vio a su madre aferrarse al brazo de su padre. Corrieron hacia ella.



LEIGH BARDUGO

THE DREGS

Su corazón era un río que la llevaba al mar.





Traducido por Shiiro

Pekka estaba sentado en el salón de su casa de campo, mirando por la ventana a través de una de las cortinas blancas de encaje. Encaje kaelish, importado de Maroch Glen. Pekka no había reparado en gastos al crear aquel lugar. Había construido la casa desde cero, especificando las dimensiones de cada habitación, el barniz para los suelos, eligiendo cada mueble y cada detalle con cuidado. El Palacio Esmeralda era su gran orgullo, el Príncipe Kaelish la joya de la corona de su imperio, un testimonio de lujo y estilo asentado en la moda de élite del Barril. Pero este lugar era su hogar, su castillo. Cada mínimo detalle inspiraba respeto, prosperidad y permanencia.

Pekka se sentía a salvo allí, a salvo con su hijo y los guardaespaldas a los que pagaba tan bien. Aun así, se apartó de la ventana. Mejor no arriesgarse. Demasiados lugares para que un tirador se ocultara ahí fuera. Quizá debería talar las hayas que bordeaban el jardín.

Se esforzó por comprender adónde había ido a parar su vida. Hacía un mes, era un hombre rico, un hombre con el que codearse, un rey. ¿Y ahora?

Apretó a su hijo contra sí y le acarició el pelo rojizo. El niño, en su regazo, no se quedaba quieto.

—¡Quiero salir a jugar! —dijo Alby, saltando de la rodilla de Pekka con el pulgar en la boca, aferrando el león de peluche; uno de los muchos que poseía. Pekka apenas podía soportar verlo. Kaz Brekker lo había engañado, y él había picado.

Pero era peor que eso. Brekker se había metido en su cabeza. Pekka no podía dejar de pensar en su hijo, su hijo perfecto enterrado bajo tierra, chillando su nombre,



llamando a su padre, mientras él era incapaz de ir a rescatarlo. A veces, su hijo lloraba desde algún lugar en los campos, pero él no sabía dónde cavar. A veces Pekka era el que estaba bajo tierra, paralizado mientras la tierra se amontonaba sobre él; ligera primero, como fina llovizna, y luego pesada como terrones, que le llenaban la boca y le robaban el aliento. Podía oír gente por encima de él riéndose, chicos, chicas, mujeres, hombres. Eran siluetas contra el cielo azul del alba, con las caras ocultas por las sombras, pero sabía quiénes eran. Toda la gente a la que había manipulado, traicionado, matado. Todos los lamentables imbéciles que había sacrificado en su escalada hacia la cima. Aún no podía recordar el nombre del hermano de Brekker. ¿Cómo se llamaba?

Pekka había sido Jakob Hertzoon; había tenido mil caras diferentes. Pero Kaz Brekker lo había encontrado. Había vuelto para vengarse. Si uno de esos idiotas podía encontrarlo, ¿por qué no otro, y otro? ¿Cuántos estaban haciendo cola, esperando para echarle encima su paletada de tierra?

Tomar decisiones, incluso las más simples, se había vuelto difícil. Qué corbata ponerse. Qué pedir para cenar. Dudaba de sí mismo. Pekka jamás había dudado de sí mismo. Había empezado en la vida como un don nadie. Un picador de roca de la Isla Errante, un chico valorado solo por su espalda fuerte y su juventud, por su habilidad para balancear un pico y llevar un cargamento de rocas. Pero había conseguido colarse en un barco para llegar a Ketterdam, y se había labrado su reputación con los puños. Había sido un boxeador, un matón, el refuerzo más temido entre las pandillas. Había sobrevivido porque era el más astuto, el más duro, porque nadie podía doblegar su fuerza de voluntad. Ahora, todo lo que quería era sentarse, beberse su whisky y observar las sombras moverse en el techo. Cualquier otra cosa lo llenaba de una fatiga terrible.

Y entonces, una mañana se despertó con un cielo azul brillante. El aire estaba lleno de trinos de pájaros. Podía oler la llegada del verano, el calor en el aire, la fruta madurando en los árboles.

Se vistió. Tomó el desayuno. Pasó la mañana en los campos, trabajando a primera hora y jugando con Alby. Cuando el día pasó a ser demasiado caluroso, se sentaron en el amplio pórtico y bebieron limonada fría. Después, Pekka entró y se



enfrentó a todos los papeles y talonarios que habían estado acumulándose sobre su escritorio.

Las cosas eran un desastre en el Palacio Esmeralda y en el Príncipe Kaelish. La ciudad los había cerrado como precaución sanitaria, y marcado las puertas y ventanas con gruesas equis negras para indicar un foco de la enfermedad. Las noticias de Ketterdam informaban que la plaga había sido una falsa alarma, algún hongo extraño o virus que había atacado rápidamente, pero al parecer era inofensivo. Los oficiales de la ciudad se mostraban cautelosamente optimistas.

Pekka estudió las hojas de balance. Ambos salones de apuestas podrían salvarse a tiempo. Los daba por perdidos para el resto del año, pero cuando las cosas se calmasen, les daría una mano de pintura y nombres nuevos y volvería al negocio. Probablemente tendría que cerrar la Dulcería. Ningún hombre iba a bajarse los pantalones cuando el precio podría ser pillar la plaga, no cuando había muchos otros establecimientos encantados de reemplazarlo. Era un fastidio. Pero ya había tenido situaciones así antes. Tenía una buena fuente de «contratados» que trabajarían por nada. Seguía siendo Pekka Rollins, rey del Barril. Y si cualquiera de esos niñatos que pululaban por ahí se había olvidado de aquel pequeño detalle, él estaría encantado de recordárselo.

Para cuando Pekka terminó de ponerse al día con las ingentes cantidades de cartas y noticias, ya había caído la noche. Se estiró, bebió el resto de whisky que le quedaba y se asomó por la puerta de Alby para verlo durmiendo a salvo y abrazado al maldito león. Dio las buenas noches a los guardias apostados en la puerta de la habitación de su hijo, y luego caminó hacia el recibidor.

—¿Se va a la cama, jefe? —preguntó Doughty. Él y otro inmenso matón vigilaban los cuarteles de Pekka por la noche, hombres de confianza.

—Sí, Doughty. Y será una buena noche.

Cuando subió para acostarse, supo que no soñaría con su hijo llorando, o la tumba, o el coro oscuro sobre él, riéndose. Soñaría con la Isla Errante, con sus campos verdes y las nieblas que envolvían sus montañas. Por la mañana se despertaría fresco y



repuesto, listo para ponerse manos a la obra y recuperar su trono.

En lugar de ello, se despertó con el peso de una roca sobre el pecho. Su primer pensamiento fue que estaba en la tumba, y que la presión que notaba era la tierra. Después recuperó el control de sí mismo. Su habitación estaba a oscuras, y alguien estaba encima de él. Tragó saliva y trató de librarse de sus sábanas, pero notó un par de rodillas y codos firmemente apoyados sobre él, y la presión afilada de una hoja contra su cuello.

—Te mataré —jadeó Pekka.

—Ya lo intentaste. —Era la voz de una mujer. No, de una chica.

Abrió la boca para gritar a sus guardias.

Ella apretó el cuchillo más contra su cuello. Pekka siseó mientras su sangre le resbalaba por el cuello.

—Grita y usaré esta daga para clavarte la garganta a la almohada.

—¿Qué quieres?

—¿Te gusta la vida, Rollins? —Al no obtener respuesta, presionó con el cuchillo otra vez—. Te he hecho una pregunta. ¿Te gusta la vida?

—¿Cómo has pasado por encima de mis guardias?

—¿Llamas guardias a eso?

—¿Los has matado?

—No me ha molestado.

—La única ventana que hay tiene barrotes. Es...

—Soy el Espectro, Rollins. ¿Crees que unos barrotes pueden detenerme?

La chiquilla suli de Brekker. Maldijo el dinero que había invertido en esa mercenaria de Ravka.



—¿Así que Brekker te ha mandado para darme un mensaje? —preguntó.

—Tengo mi propio mensaje para darte.

—Dime el trato que has hecho con Brekker. Sea cuento sea lo que te está pagando, puedo doblar esa cifra.

—Shhh —lo acalló la chica, apoyando más peso con las rodillas. Pekka sintió que su hombro se desencajaba—. Dejé los sesos de la bonita Dunyasha esparcidos por los adoquines de Ketterdam. Quiero que medites sobre lo que podría hacer contigo.

—¿Por qué no me matas, simplemente, y te ahorras las amenazas? —No pensaba dejarse intimidar por una chica de la Colección.

—La muerte es un regalo que todavía no te has ganado.

—Tú...

Le metió algo en la boca.

—Ya puedes chillar —informó. Le subió la camisa del pijama, y entonces enterró el cuchillo en su pecho. Pekka emitió un alarido espantoso, intentando quitársela de encima.

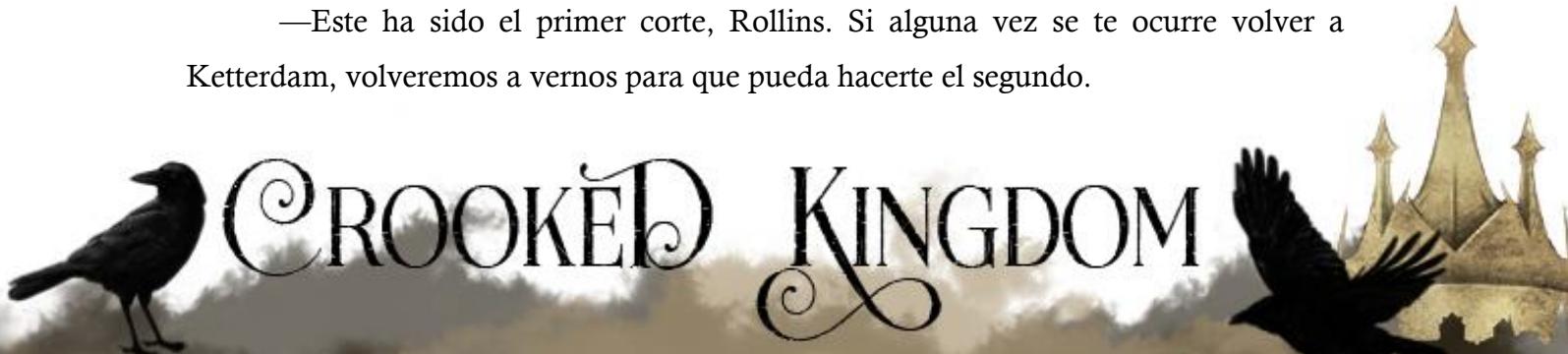
—Con cuidado —dijo ella—. No querrás que se me escurra.

Pekka se obligó a quedarse quieto. Se dio cuenta de la cantidad de tiempo que hacía desde que sintió dolor real por última vez. Nadie se había atrevido a levantarle la mano en años.

—Mucho mejor.

Ella se echó hacia atrás ligeramente, como si fuera a revisar su trabajo. Jadeando, Pekka miró hacia abajo, pero no pudo ver nada. Le sobrevino una oleada de náuseas.

—Este ha sido el primer corte, Rollins. Si alguna vez se te ocurre volver a Ketterdam, volveremos a vernos para que pueda hacerte el segundo.



Con una palmadita le bajó la camisa, y de repente ya no estaba. No la oyó marcharse, sino que solo sintió cómo su peso desaparecía de su pecho. Se sacó el trapo de la boca y rodó sobre sí mismo, buscando la lámpara. La habitación quedó inundada de luz: el vestidor, el espejo, el lavabo. No había nadie. Se tambaleó hacia la ventana. Seguía cerrada, y los barrotes estaban ahí. El lugar en el que lo había acuchillado le ardía.

Fue a su tocador y se subió la camisa, empapada de sangre. Había hecho un corte preciso, justo por encima de su corazón. La sangre manaba en pulsos regulares abundantemente. *Este ha sido el primer corte.* Sintió el sabor ácido de la bilis en la garganta.

Por todos los Santos y sus madres, pensó. Me va a arrancar el corazón del pecho.

Pekka pensó en Dunyasha, una de las asesinas más talentosas del mundo, una criatura sin conciencia ni compasión; el Espectro la había matado. Quizá no era completamente humana.

Alby.

Embistió la puerta hacia el pasillo, pasando entre los guardias aún apostados allí. Ellos se giraron, con expresiones de asombro, pero él corrió y los dejó atrás, cruzando el recibidor a la carrera hacia el cuarto de su hijo. *Por favor, suplicó en silencio, por favor, por favor, por favor.*

Abrió la puerta de golpe, y la luz del pasillo se derramó sobre la cama. Alby yacía de lado, durmiendo a salvo, con el pulgar en la boca. Pekka se dejó caer contra el marco de la puerta, débil de puro alivio, apretándose el pecho sangrante. Entonces vio el muñeco que aferraba su hijo. El león había desaparecido. En su lugar había un cuervo de alas negras.

Pekka reculó como si hubiera visto a su hijo abrazado a una araña peluda.

Cerró la puerta con cuidado y volvió al recibidor.

—Saca a Shay y Gerrigan de la cama —dijo.



—¿Qué ha pasado? —preguntó Doughty—. ¿Llamo a un médico?

—Diles que empiecen a hacer nuestras maletas. Y que reúnan todo el dinero que tengo.

—¿Adónde vamos?

—Tan lejos como podamos.

Rollins cerró de un portazo su dormitorio. Volvió a la ventana y comprobó los barrotes de nuevo. Sólidos del todo. Bloqueados del todo. En el brillo oscuro del cristal podía ver su reflejo, y no se reconocía. ¿Quién era este hombre con poco pelo y ojos aterrizados? Hacía tiempo, se habría enfrentado a cualquier amenaza con la barbilla alta y un par de pistolas. ¿Qué había cambiado? ¿Era una simple cuestión de tiempo? *No, comprendió, fue el éxito.* Se había acomodado, y había descubierto que le gustaba.

Pekka se sentó ante el espejo y comenzó a limpiarse la sangre del pecho. Se había enorgullecido de hacer suyo Ketterdam. Había puesto las trampas, provocado los incendios, puesto la bota sobre el cuello de todos aquellos que lo habían desafiado y recolectado las recompensas de su valentía. La mayoría de la oposición había caído con facilidad, presas fáciles, e incluso había dado la bienvenida a los retos ocasionales por la emoción que conllevaban. Había modelado el Barril, escrito las reglas del juego a su gusto, las había reescrito a voluntad.

El problema era que las criaturas que habían logrado sobrevivir a la ciudad que había creado eran un tipo de miseria totalmente nuevo: Brekker, su reina Espectro, su banda podrida de maleantes. Una generación sin miedo, con mirada dura y feroz, con sed de venganza antes que de oro.

¿Te gusta la vida, Rollins?

Sí, mucho, y pretendía seguir vivo durante un largo tiempo más.

Pekka contaría su dinero. Educaría a su hijo. Se buscaría una buena mujer, o dos, o diez. Y quizás, en las horas tranquilas, brindaría por los hombres como él, por los arquitectos de la desgracia que habían ayudado a crear a Brekker y su banda. Bebería



por todas sus pobres almas, pero sobre todo por los pobres ignorantes que no sabían el problema que se avecinaba.



REPARTO DE PERSONAJES

Adem Bajan [ad -em bah-zhahn]

Instructor de música contratado por Jan Van Eck.

Aditi Hilli [uh-dee -tee hee -lee] (fallecida)

La madre de Jesper Fahey

Alina Starkov [uh-lee -nuh stahr -kovf] (fallecida)

Grisha Etherealnik (Invocadora del Sol); antigua líder del Segundo Ejército

Alys Van Eck [al -is van ek]

Segunda esposa de Jan Van Eck

Anika [an -i-kuh]

Miembro de los Indeseables

Anya [ahn -yuh] (fallecida)

Grisha Sanadora contratada por el Concejal Hoede

Bastian [bas -chuhn]

Miembro de los Indeseables

Beatle [bee -tuhl]

Miembro de los Indeseables

Betje [beh -chyuh]

Cuidadora en Santa Hilde



Big Bolliger [big bah -luh-gur]

Antiguo miembro de los Indeseables; exiliado

Bo Yul-Bayur [boh yool -bye-yur] (fallecido)

Inventor de *jurda parem* que intentó desertar de Shu Han; padre de Kuwei Yul-Bo

Colm Fahey [kohm fay -hee]

Padre de Jesper Fahey

Cornelis Smeet [kor-nel -uhhs smeet]

Abogado y administrador de propiedades de Jan Van Eck

Danil Markov [da -nuhl mahr -kovf]

Grisha Inferno contratado por el Yunque

Darkling [dahr -kling]

Grisha Etherealnik y título portado por los anteriores líderes del Segundo Ejército; nombre real desconocido

David Kostyk [day -vid kah -stik]

Grisha Fabricador (Durast); miembro del Triunvirato ravkano

Dirix [deer -iks] (fallecido)

Miembro de los Indeseables

Doughty [dow -tee]

Miembro de los Leones del Centavo

Dunyasha Lazareva [duhn-yah -shuh lahts -uh-ray -vuh]



Una mercenaria; también conocida como la Espada Blanca de Ahmrat Jen

Eamon [ay -muhn]

Lugarteniente de los Leones del Centavo

Elzinger [el -zing-ur]

Miembro de los Puntas Negras

Emil Retvenko [eh-meel red-veng -koh]

Grisha Impulsor contratado en la finca del Concejal Hoede

Eroll Aerts [air -uhl airts]

Miembro de los Leones del Centavo

Felix Rojo [fee -liks]

Miembro de los Indeseables

Filip [fil -uhp] (fallecido)

Miembro de los Leones del Centavo

Geels [geelz]

Lugarteniente de los Puntas Negras

Genya Safin [jen -yuh saf -in]

Grisha Confeccionista; miembro del Triunvirato ravkano

Gerrigan [gair -uh-ghin]

Miembro de los Leones del Centavo

Gorka [gor -kuh]



Miembro de los Indeseables

Hanna Smeet [ha -nuh smeet]

Hija de Cornelis Smeet

Heleen Van Houden [huh-leen van hou -tuhn]

Propietaria y proxeneta de la Colección (La Casa de Exóticas); también conocida como el Pavorreal

Hoede [hohd] (fallecido)

Miembro del Consejo Mercante de Kerch

Inej Ghafa [in-ezh guh-fah]

Miembro de los Indeseables; araña y recolectora de secretos; también conocida como el Espectro

Jan Van Eck [yahn van ek]

Magnate de embarques y mercader prominente; Miembro del Consejo Mercante de Kerch, padre de Wylan Van Eck

Jarl Brum [yarl broom]

Comandante de los fjerdanos *drūskelle*

Jellen Radmakker [yel -uhn rahd -mah-kur]

Mercader prominente

Jesper Fahey [jes -pur fay -hee]

Miembro de los Indeseables; pistolero

Jordan Rietveld [jor -duhn reet -veld] (fallecido)



Hermano Mayor de Kaz Brekker

Karl Dryden [karl **drye** -duhn]

Miembro más joven del Consejo Mercante de Kerch

Kaz Brekker [kaz **brek** -ur]

Lugarteniente de los Indesables; también conocido como Manos Sucias

Keeg [keeg]

Miembro de los Indesables

Kuwei Yul-Bo [koo-way **yool** -boh]

Grisha Inferno y desertor de Shu; hijo de Bo Yul-Bayur

Marya Hendriks [mahr -ee-yuh **hen** -driks] (fallecida)

Primera esposa de Jan Van Eck; madre de Wylan Van Eck

Matthias Helvar [muh-tye -uhs **hel** -vahr]

Fjerdano *driuskelle* deshonrado

Miggson [mig -suhn]

Un empleado de Jan Van Eck

Milo [mye -loh]

Miembro de los Indesables

Muzzen [muh -zuhn]

Miembro de los Indesables

Naten Boreg [nay -tuhn **bor** -eg]



CROOKED KINGDOM



Miembro del Consejo Mercante de Kerch

Nikolai Lantsov [ni -koh-lye lan -tsovf]

Rey de Ravka

Nina Zenik [nee -nuh zen -uhk]

Miembro de los Indeseables; Grisha Cardio

Onkle Felix [uhng -kuhl fee -liks]

Padrote principal de la Casa de La Rosa Blanca

Oomen [oo -muhn] (fallecida)

Miembro de los Puntas Negras

Pekka Rollins [pek -uh rah -luhnz]

General de los Leones del Centavo

Per Haskell [pair has -kuhl]

General de los Indeseables

Pim [pim]

Miembro de los Indeseables

Prior [prye -ur]

Un empleado de Jan Van Eck

Raske [rask]

Experto en demolición independiente

Roeder [roh -dur]



Miembro de los Indeseables

Rotty [rah -tee]

Miembro de los Indeseables

Seeger [see -gur]

Miembro de los Indeseables

Shay [shay]

Miembro de los Leones del Centavo

Specht [spekt]

Miembro de los Indeseables; falsificador y antiguo oficial naval

Sturmhond [sturm -hahnd]

Corsario y emisario del gobierno ravkano

Swann [swahn]

Miembro de los Indeseables

Tamar Kir-Bataar [tay -mahr keer -buh-tahr]

Grisha Cardio; capitán de la guardia personal del rey Nikolai

Varian [vair -ee-yuhn]

Miembro de los Indeseables

Wylan Van Eck [wye -luhn van ek]

Hijo de Jan Van Eck

Zoya Nazyalensky [zoi -yuh nahz -yuh-len -skee]



LEIGH BARDUGO

THE DREGS

Grisha Impulsora; miembro del Triunvirato ravkano



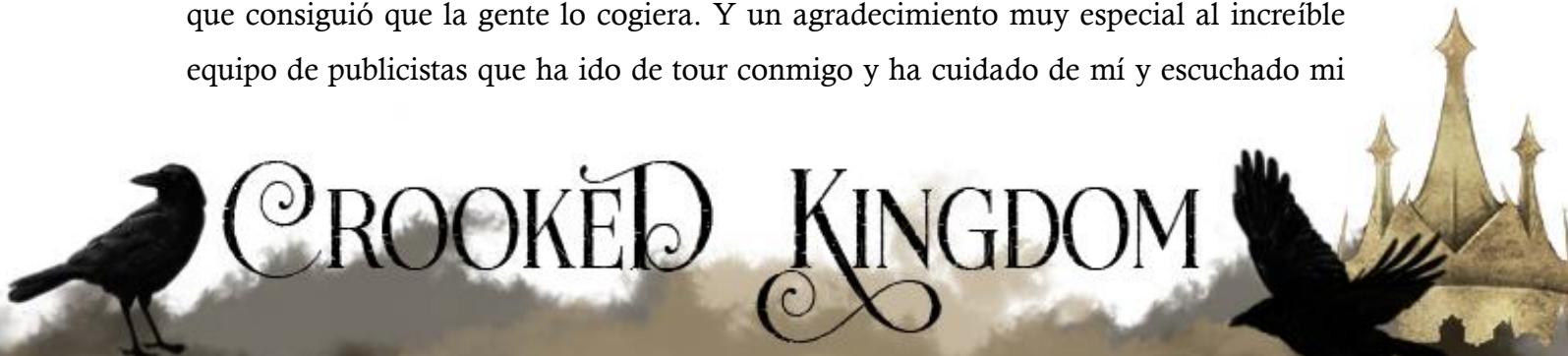
AGRADECIMIENTOS

Joanna Volpe también conocida como la Loba, también conocida como la agente más divertida, dura, inteligente y más paciente que existe... gracias por ser mi querida amiga y feroz defensora. Y a todos en el Equipo New Leaf... especialmente Jackie, Mike, Kathleen, Mia, Chris, Hilary, Danielle, y Pouya "All Star" Shahbazian—gracias por ser una agencia, una familia y un ejército. Los amo, chicos.

Holly Black y Sarah Rees Brennan me ayudaron a encontrar el corazón de esta historia cuando todo lo que yo podía ver eran sus huesos. Robin Wasserman, Sarah Mesle, Daniel José Older, y la brillante Morgan Fahey me proveyeron de invaluables observaciones editoriales. Rachael, Robyn, y Flash pasaron muchas horas en mi sala de estar y jardín haciéndome compañía. Amie Kaufman y Marie Lu son hermosos ángeles guerreros hilarantes, que soportaron un montón de correos ridículos de mi parte. Rainbow Rowell es una Gryffindor, pero supongo que estamos bien. Anne Grasser se encargó de mi horario y mis peticiones excéntricas con tranquilidad y paciencia. Nina Douglas impulsó mis libros en el Reino Unido y me mantuvo riendo en el camino. Noa Wheeler, gracias por quedarte en Ketterdam un poco más y vernos a mí (y nuestro equipo de inadaptados) atravesar esta aventura.

Como siempre, tengo una deuda de sangre con Kayte Ghaffar, mi mano derecha, mi genio de guardia, quien ha prestado tanto tiempo y creatividad a mí y estos libros.

Muchas gracias a mi familia Macmillan: Jon, Laura, Jean, Lauren, Angus, Liz, Holly, Caitlin, Kallam, Kathryn, Lucy, Katie, April, Mariel, Kaz Brekker, Eileen, Tom, Melinda, Rich (quien de alguna forma consiguió superarse con esta portada), cada una de las personas que llevó este libro a los estantes, cada una de las personas en marketing que consiguió que la gente lo cogiera. Y un agradecimiento muy especial al increíble equipo de publicistas que ha ido de tour conmigo y ha cuidado de mí y escuchado mi



parloteo en los aeropuertos: Morgan, Brittany, Mary, Allison, y especialmente la Maravillosa Molly Brouillette, quien llevó a cabo tremenda magia con esta serie.

Gracias a Steven Klein por su ayuda al pensar sobre prestidigitación y grandes ilusiones; Angela DePace por ayudarme a refinar el gorgojo químico y ácido aurico; y Josh Minuto, quien puso la tormenta en la lluvia de ideas cuando era tiempo de traer a Kuwei de entre los muertos.

Lulu, gracias por postergar los días festivos, sufriendo mis cambios de humor, y contenerme con peonías. Christine, Sam, Emily, y Ryan, me alegra mucho que seamos familia. ¡Tarta de elote para todos!

A todos los lectores, bibliotecarios, bloggers, BookTubers, Instagrammers, habitantes de booklr, escritores de fics, artistas, y creadores de ediciones y listas de música: Gracias por traer a la vida el mundo Grisha más allá de las páginas de estos libros. Estoy verdaderamente agradecida.

Y finalmente, si te gustaría ayudar a detener el tráfico humano y el trabajo forzado en nuestro mundo, no necesitas una goleta y un cañón pesado. GAATW.org ofrece recursos e información en línea sobre organizaciones respetables que agradecerán tu apoyo.

A Holly y Sarah, quienes me ayudaron a construir;

Noa, quien se aseguró que las paredes quedaran en pie;

Jo, quien también me mantuvo a mí de pie.



CRÉDITOS

The Guardians

Moderadora

Azhreik

Traductores

*Akonatec
Alfacris
Ashadowkiss
Azhreik
Brig20
Guangugo
Ivetee
Leenz
Pily1
Saimi_v
Shiro
Victor Lobo*

Correctora

Azhreik

Diseño

Pamee



Esta traducción es de fans para fans.

Hecha sin fines de lucro.

*Apoya a los autores comprando sus libros
cuando salgan a la venta en tu país.*

